

VIDAS PARALELAS

Vol. VI:

**ALEJANDRO - CÉSAR - POMPEYO -
AGESILAO - SERTORIO - ÉUMENES**

Plutarco

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

VIDAS PARALELAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 363

PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

VI

ALEJANDRO – CÉSAR
AGESILAO – POMPEYO
SERTORIO – ÉUMENES

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JORGE BERGUA CAVERO, SALVADOR BUENO MORILLO
Y
JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por M.^a LUISA ALÍA ALBERCA (*Alejandro – César y Sertorio – Éumenes*) y JORGE BERGUA CAVERO (*Agesilao – Pompeyo*).

©EDITORIAL GREDOS, S. A.

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.

www.editorialgredos.com

Primera edición: 2007.

Segunda edición: junio de 2014.

La introducción, traducción y notas de *Alejandro – César* han sido realizadas por JORGE BERGUA CAVERO; las de *Agesilao – Pompeyo*, por SALVADOR BUENO MORILLO, y las de *Sertorio – Éumenes*, por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.

Depósito Legal: M. 25.157-2007.

Ref: GBCC363

ISBN: 978-84-249-1795-1. Obra completa.

ISBN: 978-84-249-881-0. Tomo I.

ALEJANDRO – CÉSAR

INTRODUCCIÓN

Las *Vidas de Alejandro y César* constituyen sin duda una de las parejas más célebres dentro de la producción biográfica de Plutarco; en la medida en que se ha podido establecer la cronología relativa de las veintitrés parejas que constituyen las *Vidas paralelas*, parece que correspondería a la que nos ocupa una posición central dentro del conjunto.

ALEJANDRO

Por lo que respecta a la *Vida de Alejandro*, hay que decir que, como no podía ser menos, la figura del rey macedonio había sido objeto durante la época helenística de una abundante literatura, tanto histórica y biográfica como de otro tipo; el propio Plutarco ya se había ocupado de la figura del conquistador en su obrita titulada *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, que consta de dos discursos epidícticos y es generalmente tenuta por obra de juventud del autor griego¹. Frente a este entretenimiento retórico, en el que la admiración hacia Alejandro apenas deja lugar a sombra o matiz alguno, la biografía de madurez va a presentar un cuadro de mucha mayor complejidad histórica y moral.

Los textos fundamentales que conservamos hoy para conocer la trayectoria política y personal de Alejandro son, aparte de la biografía de Plutarco, y por orden cronológico: diversos pasajes de la *Geografía* de Estrabón (siglo I a. C.), los libros XVII y XVIII de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia (siglo I a. C.), la *Historia de Alejandro Magno* de Quinto Curcio Rufo (en latín; fecha discutida, probablemente en época de Claudio), la *Anábasis de Alejandro Magno* de Arriano de Nicomedia (siglo II d. C.), y el *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trog*o de Marco Juniano Justino (en latín, siglos II-III d. C.; el original de P. Trogo fue compuesto en época de Augusto)². Hemos perdido, en cambio, las obras de los primeros historiadores de Alejandro, algunos de ellos contemporáneos del monarca y participantes en su expedición a Asia; entre ellos, los más citados por el erudito Plutarco —que menciona a bastantes más— son Calístenes, Aristobulo, Cares, Onesícrito y Clitarco, aparte de otras fuentes como los supuestos *Diarios* reales (de todos ellos

hablamos en las notas correspondientes). Los investigadores, por lo demás, llevan largos años discutiendo la importancia de cada una de estas fuentes a la hora de componer la biografía, así como la cuestión de hasta qué punto Plutarco leyó realmente a dichos historiadores o recurrió a materiales de segunda mano, a antologías o recopilaciones de anécdotas, etc., pero no creo que sean éstas cuestiones que interesen al lector no especialista³; el caso es que Plutarco seleccionó entre todos esos materiales aquellos que convenían a los objetivos de su biografía, los redujo o los amplió hasta darles las dimensiones apropiadas y los sometió a sus propias exigencias formales y estilísticas para crear una obra unitaria.

Ofrecemos ahora un esquema que permita comprender la estructura de la *Vida de Alejandro*:

A. Orígenes y formación de un monarca.

1. Prólogo: biografía e historia.
- 2-3. Portentos que rodean el nacimiento de Alejandro.
4. Apariencia física y rasgos de carácter.
- 5-10. Anécdotas de infancia y adolescencia. Sus maestros: Aristóteles.

B. A la conquista de un imperio.

- 11-13. Toma las riendas del reino. Destrucción de Tebas.
- 14-21. Invasión de Asia: Granico. Campañas en Asia Menor; batalla de Iso.
- 22-23. Excurso: temperancia y frugalidad de Alejandro.
- 24-30. En Levante y en Egipto-Libia; fundación de Alejandría.
- 26-27. Visita al santuario de Amón.
- 31-38. En Mesopotamia: batalla de Gaugamela. Entrada triunfal en Babilonia, Susa y Persépolis.
- 39-43. Excurso: generosidad de Alejandro, atenciones hacia los suyos. La muerte de Darío (43).
- 44-55. Campañas en Irán y en Bactria-Sogdiana. La amazona (46).
- 48-51. El *affaire* Filotas; la muerte de Clito.

- 52-55. Caída en desgracia de Calístenes.
- 56-65. Campaña de la India. Encuentro con los gimnosofistas; Cálano.
- 66-72. Viaje de regreso a Persia y Babilonia. Bodas y festejos. La muerte de Hefestión (72).

C. Muerte de Alejandro.

- 73-74. Presagios ominosos al entrar en Babilonia.
- 75-77. Muerte de Alejandro; testimonio de los *Diarios reales*⁴.

Como se ve, la biografía sigue un orden cronológico frecuentemente interrumpido por digresiones cuya finalidad es dibujar con mayor claridad el carácter del protagonista, del mismo modo que el relato pormenorizado de determinados sucesos, significativos para el autor aunque históricamente poco destacados, ralentiza deliberadamente la narración y acerca a ojos vista la obra al género dramático (se trata, de hecho, de auténticas *escenas*).

Pero lo más notable de la *Vida de Alejandro* es seguramente la ambigüedad que se desprende de ella, los muchos interrogantes que deja sin resolver acerca del carácter del rey macedonio. Por ejemplo, sería equivocado ver en la biografía una celebración unilateral de la victoria de lo griego sobre lo bárbaro, pues al propio Alejandro —un macedonio, al fin y al cabo— se lo describe como una explosiva mezcla del Este y el Oeste, un general que heleniza el Asia al tiempo que comienza a orientalizar Grecia; Plutarco insiste mucho en su formación absolutamente helénica y en una virtud cardinal como es el autocontrol —cf. el significativo episodio de la doma de Bucéfalo en el cap. 6, con resonancias del *Fedro* platónico—, pero, al mismo tiempo, sus actos están muy lejos de responder al ideal del rey-filósofo: su conducta va siendo, cada vez más, la de un autócrata oriental; las escenas simposíacas, auténtico espejo de la educación griega, degeneran a menudo en peleas, insultos y crímenes (como el episodio de Clito); se insiste mucho en los excesos con la bebida, hasta el punto de que la muerte de Alejandro en Babilonia a causa del vino puede verse «como la victoria final del estrato dionisiaco sobre la *paideia*

filosófica adquirida», de la pasión sobre la razón⁵. Un desenlace, por otra parte, que, para Plutarco, podría estar inscrito o prefigurado en la propia constitución humoral de Alejandro, «muy caliente y fogosa», disposición que el seco clima oriental no habría hecho sino exacerbar; dicho de otro modo, una barbarie congénita unida a la influencia del Oriente acaban por destruir al personaje.

En definitiva, Plutarco enfrenta al lector con un personaje muy complejo, lleno de tensiones, que impide la identificación fácil o la lectura simplista de su trayectoria; y lo hace echando mano no sólo de los recursos del género épico —cosa en cierto modo inevitable, tratándose del responsable de tantas hazañas—, sino, sobre todo, de los de la tragedia ática, para crear así uno de sus retratos más logrados, «rico en ambigüedad, contradicciones e ironía, y por eso mismo magníficamente real»⁶.

CÉSAR

Si bien se han criticado a menudo los emparejamientos que presenta Plutarco en las *Vidas paralelas*, la elección de César como pareja de Alejandro Magno puede considerarse acertada en un punto capital: se trata sin duda de los dos mayores conquistadores del mundo griego y de Roma; otros rasgos comunes a ambos serían la ambición desmedida, la resistencia extrema a la fatiga y las pretensiones de descender de dioses —Amón y Venus, respectivamente—, aunque es muy difícil decir hasta qué punto Julio César se imaginaba a sí mismo como cabeza de una monarquía de tipo helenístico como las que salieron de la repartición del imperio de Alejandro⁷. Es más, en época de Plutarco ya debía de haber una cierta tradición literaria comparando o al menos poniendo en relación a ambos personajes; incluso se ha hablado a menudo de la imitación consciente de Alejandro por parte de destacadas figuras políticas romanas, especialmente Pompeyo (apodado precisamente *Magnus*), Antonio o el propio César (cf. la anécdota del cap. 11)⁸.

Nuestras fuentes principales para conocer a Julio César, aparte de sus propias obras y de las biografías de Plutarco y de Suetonio (incluida ésta en sus *Vidas de los doce césares*), son:

en la literatura latina, las partes correspondientes en las obras históricas de Salustio —para todo lo referente a la conjuración de Catilina—, la *Historia romana* de Velejo Patérculo (siglo I d. C.), el *Epítome* de Floro (siglo II d. C.), sin olvidar los resúmenes de la gran obra histórica de Tito Livio o, en un plano distinto, la *Farsalia* del poeta-historiador Lucano; entre los griegos, el libro II de las *Guerras civiles* de Apiano (siglo II d. C.) y los libros 37-44 de la *Historia romana* de Dión Casio (siglos II-III).

En cuanto a Plutarco, ha utilizado y cita en su biografía los *Comentarios* del propio César, que utiliza de acuerdo con sus fines, extractando u omitiendo el contenido de libros enteros⁹; también cita, entre los autores latinos, a Cicerón, a Gayo Opio (colaborador del dictador y autor, al parecer, de una biografía suya), a Tito Livio y al oscuro Tanusio Gémino, además de al griego Estrabón (cf. las notas correspondientes en la traducción). Mención aparte merecen las *Historias* de Asinio Polión, también manejadas por el autor griego, y que constituyen sin duda una de las mayores pérdidas de la historiografía latina del siglo I a. C.: sabemos que en esta obra, compuesta después de Accio (entre el 30 y el 25 a. C.), Asinio, testigo de muchos hechos importantes de la biografía cesariana, juzgaba con severidad el relato dejado por el propio César en sus *Commentarii*, reivindicaba su propio papel en algunos momentos importantes de la guerra civil y, sobre todo, «ponía crudamente al descubierto las razones personalistas del estallido de la guerra civil», ofreciendo, por ejemplo, un relato del paso del Rubicón significativamente distinto del de César¹⁰.

Ofrecemos ahora una visión sinóptica de la estructura de la *Vida de César*:

A. La carrera hacia el consulado.

- 1-4. Primeras actuaciones públicas.
- 5-7. De tribuno militar a pontífice máximo. La conjuración de Catilina.
- 8-12. La pretura; el *affaire* de Clodio. En la Hispania Ulterior.
- 13-14. La elección al consulado. El primer «triunvirato».

B. La guerra de las Galias.

- 15-17. Un nuevo comienzo en su carrera. Virtudes militares de César, devoción de sus soldados.
- 18-24. Campañas de los años 58-53 a. C. Confirmación del «triunvirato» en Luca (21).
- 25-27. La gran revuelta de Vercingetórix; rendición de Alesia.

C. La larga guerra civil.

- 28-32. Prolegómenos de la guerra. El paso del Rubicón.
- 33-36. Caos en Roma. Operaciones en Italia e Hispania.
- 37-47. Travesía del Adriático y persecución de Pompeyo. La batalla de Farsalo.
- 48-50. La guerra en Alejandría y el Ponto.
- 51-54. En Roma. Campaña de Túnez; muerte de Catón.
- 55-56. De nuevo en Roma. Última campaña: la batalla de Munda.

D. Dictadura y muerte de César.

- 57-59. Medidas políticas, reformas y proyectos.
- 60-62. La aspiración a la tiranía; las Lupercales. Inicios de la con jura.
- 63-66. Crónica de un asesinato: prodigios y sueños premonitores; avisos fallidos; muerte en el Senado.
- 67-69. El testamento de César; muerte de Casio y Bruto en Filipos.

Hay que señalar que es muy posible que se haya perdido el comienzo de la biografía (la pérdida de un cuadernillo del arquetipo habría provocado la desaparición del final de la vida Alejandro y el principio de la de César); en todo caso, la biografía se abre de una forma muy abrupta y, contra los hábitos de Plutarco, no hay referencia alguna a los orígenes familiares y la formación de César. Curiosamente, resulta que la biografía de Suetonio empieza de forma muy similar: «Cuando contaba quince años perdió a su padre; al año siguiente fue designado para ser flamen dial [...]»; sin embargo, sabemos que, por una extraña casualidad, el principio de dicha biografía también se ha perdido: en el fragmento desaparecido figurarían no sólo los orígenes e

infancia de César —¿o es que Suetonio tampoco sabía nada al respecto?—, sino también el título de la obra y la dedicatoria, que sabemos iba dirigida a su amigo Septicio Claro¹¹.

Frente a Suetonio, que opta por organizar su biografía por bloques temáticos y se muestra muy interesado en el detalle anecdótico y anticuario, Plutarco sigue un orden cronológico, apenas interrumpido por algún que otro excursus, y aprovecha y recrea las grandes posibilidades dramáticas que le ofrecen algunos sucesos (no en vano, Shakespeare se basó en él para su *Julius Caesar*)¹².

A menudo se ha señalado la existencia en la biografía de Plutarco de bastantes errores en la cronología, así como inexactitudes diversas —en las cifras de combatientes o de muertos en las campañas, en la naturaleza de ciertas medidas políticas de César, etc.—, que se suelen atribuir a su deficiente conocimiento del latín, aprendido ya en edad madura (cf. *Vida de Demóstenes*, 2, 2-3). En cambio, parece que otros aspectos de la biografía cesariana, tal como la presenta Plutarco, obedecen a una manipulación más o menos consciente por parte del autor griego; por ejemplo, llama la atención la manera en la que, seguramente influido por la contención de Alejandro, Plutarco rebaja o ignora abiertamente el papel desempeñado por los y las amantes de César —cuyo apetito sexual era bien conocido de sus contemporáneos—, para presentarnos a un casto César que no se permite que el amor le distraiga de sus ocupaciones políticas y militares (cf. la aparición de Cleopatra en los caps. 48-49)¹³.

TRADUCCIONES, EDICIONES

Las traducciones de estas dos *Vidas* a lenguas modernas han sido innumerables. Por mencionar sólo las hechas o publicadas en España, habría que empezar con las *Vidas* completas mandadas traducir al aragonés por Juan Fernández de Heredia, a finales del siglo XIV; viene luego la versión parcial de la *Vida de Alejandro* al valenciano por Luis de Fenollet, puesta al frente de la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio (Barcelona, 1481), basada en la traducción toscana de esa misma obra a cargo de Pier Candido Decembrio; y, sobre todo, la traducción completa de las *Vidas*

paralelas a cargo de Alfonso Fernández de Palencia (Sevilla, 1491), hecha a partir de versiones latinas de humanistas italianos. Después de estos activos comienzos, los siglos XVI y XVII ofrecen un vacío considerable —las *Vidas de Alejandro y César* no figuran en la selección de *Vidas* publicada por Francisco de Enzinas en 1551—, y habrá que esperar a la benemérita versión de A. Ranz Romanillos (1821-30) para verlas de nuevo en castellano¹⁴. En el siglo XX han proliferado las traducciones, entre las cuales hay que destacar especialmente la de Emilio Crespo (recogida en la bibliografía).

En cuanto a ediciones del texto griego se refiere, hemos seguido para nuestra traducción la de R. Flacelière y É. Chambry, acompañada de traducción francesa, en la colección Budé-Belles Lettres (*Vies*, vol. IX, París, 1975), aunque cotejándola con la de K. Ziegler, *Plutarchus. Vitae parallelae*, vol. II, fasc. 2, Leipzig, 1968; los pasajes más comprometidos textualmente se comentan en las notas correspondientes. También puede consultarse cómodamente el texto griego en la colección Loeb: *Plutarch's Lives*, vol. 7, con traducción inglesa de B. Perrin, Londres-Cambridge (Mass.), 1971.

Tenemos que advertir al lector de que, en nuestra intención, una traducción de las *Vidas* de Plutarco no es un comentario literario de las mismas, ni mucho menos un comentario histórico sobre los personajes involucrados (Alejandro y César, en este caso); el lector español interesado en esto último hará mucho mejor en acudir a estudios modernos, muy especialmente al de Bosworth (2005) para el rey macedonio y al de Canfora (2000) para el romano —libros que además someten en todo momento a examen crítico sus fuentes, entre las cuales Plutarco ocupa un lugar muy relevante. Por esta misma razón, las notas son fundamentalmente explicativas y deliberadamente parcas en lugares paralelos de la literatura clásica, que podrían multiplicarse hasta el infinito (apenas hay un párrafo de la *Vida* de Alejandro que no encuentre un paralelo más o menos cercano en Arriano, Quinto Curcio, Diodoro, etc.) y que, por lo demás, están muy bien recogidos en ediciones como la de Teubner y, en su caso, en las ediciones comentadas.

¹ Puede verse, en traducción de M. LÓPEZ SALVÁ, en esta misma colección (*Obras morales y de costumbres (Moralia)*) V Madrid, 1989, págs. 227-84).

² Todos ellos, excepto los libros citados de Diodoro, se pueden consultar en esta misma colección; por lo general cuentan con amplias introducciones que proporcionan abundante información sobre las fuentes antiguas para la vida de Alejandro.

³ Cf. sobre todo los trabajos de J. R. HAMILTON (*Plutarch Alexander: A Commentary*, Oxford, 1969, págs. 49-62) y N. G. L. HAMMOND (*Sources for Alexander the Great: an Analysis of Plutarch's 'Life' and Arrian's 'Anabasis Alexandrou'*, Cambridge, 1993, págs. 5-187).

⁴ Sobre la posible pérdida del final de la biografía, cf. la última nota de la traducción.

⁵ Cf. T. WHITMARSH, «Alexander's Hellenism and Plutarch's Textualism», *Classical Quarterly* 52 (2002), pág. 187.

⁶ J. M. MOSSMAN, «Tragedy and epic in Plutarch's Alexander», en B. SCARDIGLI (ed.), *Essays on Plutarch's Lives*, Oxford, 1995, pág. 228.

⁷ La comparación expresa entre ambos personajes, presente en otras *Vidas*, se ha perdido, si es que Plutarco llegó a escribirla.

⁸ Cf. O. WEIPPERT, *Alexander-imitatio und römische Politik in republikanischer Zeit*, Augsburg, 1972; y el escepticismo al respecto de P. GREEN, «Caesar and Alexander: *aemulatio, imitatio, comparatio*», *American Journal of Ancient History* 3 (1978), págs. 1-26, quien considera que la carrera de César no revela preocupación alguna por imitar a Alejandro (tampoco sus tácticas militares), más allá del afán genérico de eclipsar sus logros.

⁹ Para la cuestión de las fuentes, cf. A. GARZETTI, *Plutarchi Vita Caesaris*, Florencia, 1954, págs. XXII-XXXIII.

¹⁰ L. CANFORA, *Giulio Cesare*, Roma-Bari, 1999 = *Julio César. Un dictador democrático* [trad. X. GARÍ y A. ARES], Barcelona, 2000, pág. 395; cf. SUETONIO, I, 56, 4: «Asinio Polión considera que [los *Comentarios* de la guerra de las Galias y de la guerra civil] han sido compuestos con poco cuidado y poco respeto a la verdad, porque César, según él, las más de las veces ha dado a la ligera crédito a las acciones realizadas por otros y, en cuanto a las suyas, las ha expuesto faltando a la verdad, sea intencionadamente, sea también por falta de memoria, y opina que tenía la intención de rehacerlos y corregirlos».

¹¹ Cf. A. RAMÍREZ DE VERGER, «Introducción general» a SALUSTIO, *Vidas de los doce césares*, trad. de R. M. AGUDO, vol. I, Madrid, 1992 (núm. 167 de esta colección), pág. 20.

¹² Sobre las diferencias entre la *Vida* de Alejandro y la de César en el aprovechamiento de los recursos trágicos (César no sería un héroe trágico, en la medida en que, según Plutarco, su destrucción obedece a factores políticos, externos al personaje), cf. las observaciones de J. M. MOSSMAN, «Tragedy and Epic...», pág. 226.

¹³ Cf. el estudio de J. BENEKER, «No Time for Love: Plutarch's Chaste Caesar», *Greek, Roman and Byz. Studies* 43 (2002/3), págs. 13-29.

¹⁴ Cf. J. BERGUA CAVERO, *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (siglos XIII-XVII)*, Univ. de Zaragoza, 1995, págs. 9-20.

BIBLIOGRAFÍA

Generalidades

- R. H. BARROW, *Plutarch and his Times*, Londres, 1967.
- T. E. DUFF, *Plutarch's Lives: Exploring Virtue and Vice*, Oxford, 1999.
- C. P. JONES, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971.
- C. B. R. PELLING, *Plutarch and History*, Londres, 2002.
- , *Literary Texts and the Greek Historian*, Londres, 2000.
- A. PÉREZ JIMÉNEZ, «Introducción general», en *Plutarco. Vidas paralelas*, vol. I, Madrid, 1985, págs. 7-135 (en esta misma colección).
- PLUTARCO, *Vidas paralelas. Alejandro-César, Pericles-Fabio Máximo, Alcibiades-Coriolano*, introd. y trad. de EMILIO CRESPO, Madrid, 1999.
- D. A. RUSSELL, *Plutarch*, Londres, 1973 (reed. Londres, 2001, con introd. y bibliografía por J. M. MOSSMAN).

Sobre Alejandro Magno y la «Vida de Alejandro» de Plutarco

- Alexandre le Grand. Image et réalité*, Entretiens de la Fondation Hardt, vol. 22, Ginebra-Vandoeuvres, 1976.
- A. B. BOSWORTH, *Conquest and Empire: the Reign of Alexander the Great*, Cambridge, 1988 = *Alejandro Magno* [trad. C. FRANCÍ], Madrid, 2005.
- , *From Arrian to Alexander: Studies in Historical Methodology*, Oxford, 1988.
- , *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander*, 2 vols., Oxford, 1980.
- , *Alexander and the East: the Tragedy of Triumph*, Oxford, 1996.
- A. GUZMÁN GUERRA, F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Alejandro Magno*, Madrid, 1997.
- J. R. HAMILTON, *Plutarch Alexander: A Commentary*, 2.^a ed., con prólogo y bibliogr. de P. A. STADTER, Bristol, 1999 (1.^a ed., Oxford, 1969).
- N. G. L. HAMMOND, *Alexander the Great: King, Commander and Statesman*, 2.^a ed., Bristol, 1989.
- , *Sources for Alexander the Great: an Analysis of Plutarch's 'Life' and Arrian's 'Anabasis Alexandrou'*, Cambridge, 1993.
- , *The Genius of Alexander the Great*, Londres, 1997.
- , *Three Historians of Alexander the Great: the So-called Vulgate Authors, Diodorus, Justin and Curtius*, Oxford, 1983.
- , G. T. GRIFFITH, F. W. WALBANK, *A History of Macedonia*, 3 vols., Oxford, 1972-88.
- J. HUMBERT, «Plutarque, Alexandre et l'hellénisme», en S. SAÏD (ed.), *ΕΛΛΗΝΙΣΜΟΣ: quelques jalons pour une histoire de l'identité grecque*, Leiden, 1991, págs. 175 y ss.
- C. MOSSÉ, *Alexandre. Le destin d'un mythe*, París, 2001 = *Alejandro Magno. El destino de un mito* [trad. M. SÁENZ DE LA CALZADA], Madrid, 2004.

- J. M. MOSSMAN, «Plutarch, Pyrrhus, and Alexander», en P. A. STADTER (ed.), *Plutarch and the Historical Tradition*, Londres, 1992, págs. 90-108.
- , «Tragedy and epic in Plutarch's Alexander», en B. SCARDIGLI (ed.), *Essays on Plutarch's Lives*, Oxford, 1995, págs. 209-28.
- L. PEARSON, *The lost Histories of Alexander the Great*, Oxford, 1960.
- L. PRANDI, «L'Alessandro di Plutarco», en L. VAN DER STOCKT (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch*, Lovaina-Namur, 2000, págs. 375-86.
- J. ROISMAN (ed.), *Brill's Companion to Alexander the Great*, Leiden, 2003.
- D. SANSONE, «Plutarch, Alexander and the discovery of naphtha», *Greek, Roman and Byz. Studies* 21 (1980), págs. 63-74.
- J. SEIBERT, *Alexander der Grosse*, Serie «Erträge der Forschung», núm. 10, Darmstadt, 1972.
- A. WARDMAN, «Plutarch and Alexander», *Classical Quarterly* 5 (1955), págs. 96-107.
- T. WHITMARSH, «Alexander's Hellenism and Plutarch's Textualism», *Classical Quarterly* 52 (2002), págs. 174-92.

Sobre César y la «Vida de César» de Plutarco

- J. BENEKER, «No Time for Love: Plutarch's Chaste Caesar», *Greek, Roman and Byz. Studies* 43 (2002/3), págs. 13-29.
- L. CANFORA, *Giulio Cesare*, Roma-Bari, 1999 = *Julio César. Un dictador democrático* [trad. X. GARÍ y A. ARES], Barcelona, 2000.
- J. CARCOPINO, *Jules César*, París, 1935 (6.^a ed., 1990) = *Julio César: el proceso clásico de la concentración de poder* [trad. J. A. CAMPUZANO], Madrid, 2004.
- M. J. EDWARDS, *Plutarch: the Lives of Pompey, Caesar and Cicero: A Companion to the Penguin Translation*, Bristol, 1991.
- A. GARZETTI, *Plutarchi Vita Caesaris*, Florencia, 1954 (reimpr. en 1968).
- M. GELZER, *Caesar. Der Politiker und Staatsmann*, Stuttgart, 1921 = *Caesar. Politician and Statesman*, trad. ingl., Oxford, 1969.
- P. GREEN, «Caesar and Alexander: *aemulatio, imitatio, comparatio*», *American Journal of Ancient History* 3 (1978), págs. 1-26.
- H. KROYMANN, «Caesar und das Corpus Caesarianum in der neueren Forschung: Gesamtbibliographie», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* I, 3 (1973), págs. 457-87.
- C. MEIER *Caesar*, Berlín, 1982 = *Caesar*, trad. ingl., Londres, 1995.
- C. B. R. PELLING, «Plutarch on Caesar's fall», en J. MOSSMAN (ed.), *Plutarch and his Intellectual World*, Londres, 1997, págs. 215-32.
- Présence de César, Hommage à M. Rambaud*, ed. R. CHEVALLIER, París, 1985.
- R. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939 = *La revolución romana* [trad. A. BLANCO FREIJEIRO], Madrid, 1989.
- O. WEIPPERT, *Alexander-imitatio und römische Politik in republikanischer Zeit*, Augsburg, 1972.

ALEJANDRO

Disponiéndonos a escribir en este libro la vida del rey [1] Alejandro y la de César, el que acabó con Pompeyo, limitaremos nuestro prólogo, en razón de la cantidad de hechos que abarca nuestro tema, a rogar a los lectores que no nos miren con malos ojos si no lo relatamos todo o no nos paramos en todos los detalles de alguna acción célebre, sino que abreviamos la mayor parte del relato. Y es que no escribimos [2] historia, sino biografías, y no es necesariamente en las acciones más relumbrantes donde se manifiestan la virtud o el vicio; antes bien, con frecuencia una acción insignificante, una palabra o una broma revelan el carácter de una persona mejor que los combates mortíferos, los grandes despliegues tácticos o el asedio de ciudades. Así, igual que los pintores [3] captan el parecido a partir del rostro y de los rasgos exteriores en los que se manifiesta el carácter, preocupándose apenas del resto de las partes del cuerpo, del mismo modo se nos ha de permitir a nosotros que penetremos ante todo en los rasgos espirituales para a través de ellos trazar la imagen de la vida de cada hombre, dejando a otros los hechos grandiosos y los combates.

Que Alejandro era, por parte paterna, descendiente de [2] Heracles a través de Carano, y de Éaco a través de Neoptólemo por parte materna, es un hecho que se admite generalmente¹. [2] Se cuenta que Filipo, iniciado en los misterios de Samotracia a la vez que Olímpíade, siendo él todavía un muchacho y ella huérfana de padre y de madre, se enamoró de ella y de esta forma se concertó la boda, con el consentimiento del [3] hermano, Aribas. Pues bien, la novia, antes de la noche en que ambos se encontraron en la cámara nupcial, creyó que tronaba, que un rayo caía sobre su vientre y que del golpe se encendía un gran fuego, que después de fragmentarse en [4] llamas en todas direcciones terminaba por extinguirse. Por su parte Filipo, algún tiempo después de la boda, se vio a sí mismo en sueños colocando un sello sobre el vientre de su mujer, y según le pareció, el relieve de dicho sello consistía [5] en la imagen de un león. Mientras los demás adivinos se mostraban perturbados por esta visión, pensando que a Filipo le hacía falta una vigilancia más estrecha de sus

asuntos maritales, Aristandro de Telmeso proclamó que la mujer estaba encinta, pues no se sella lo que está vacío, y también que llevaba en su seno un niño valeroso y con la naturaleza [6] propia de un león. Se pudo ver también, en cierta ocasión, a una serpiente extendida junto al cuerpo de Olímpíade mientras ésta dormía; y dicen que ello debilitó sobremanera el amor y el afecto de Filipo, hasta el punto de evitar en muchas ocasiones el acostarse a su lado, ya fuera por temor de ser objeto de posibles embrujos o filtros de su mujer, ya por un escrúpulo religioso de tener trato con ella, que supuestamente [7] lo tenía con un ser superior. Pero hay otra versión al respecto, según la cual todas las mujeres de la comarca son afectas desde muy antiguo a los ritos órficos y a las celebraciones orgiásticas de Dioniso, recibiendo la denominación de Clodonas y Mimálonas; que sus prácticas se parecen en muchos aspectos a las de las Edónides y a las de las mujeres tracias del Hemo (de aquí proviene, al parecer, el uso de la palabra [8] *threskeúein* aplicado a los ritos exagerados e imprudentes)²; y que Olímpíade, que ansiaba más que las otras los raptos y [9] se comportaba de forma más bárbara en los delirios, llevaba consigo en las celebraciones báquicas grandes serpientes domesticadas que con frecuencia, deslizándose fuera de la hiedra y de las cestas sagradas y enroscándose en los tirso y en las coronas de las mujeres, llenaban de estupefacción a los varones.

Sea como fuere, Filipo, después de la aparición mencionada, [3] envió a Delfos a Querón de Megalópolis y éste, según dicen, le trajo como respuesta de parte del dios que hiciera sacrificios a Amón y que venerara a esta divinidad más que a ninguna otra; también anunciaba que perdería uno de los [2] dos ojos, el que había aplicado a la juntura de la puerta para espiar al dios que compartía el lecho con su mujer bajo forma de serpiente³. Y según testimonio de Eratóstenes, Olímpíade, [3] al despedir a Alejandro que marchaba a su expedición militar, le comunicó sólo a él el secreto de su nacimiento y le exhortó a que su espíritu estuviera a la altura de su alcuña⁴; aunque [4] otros escriben que Olímpíade rechazaba tal versión por impía, diciendo: «¿Es que no va a dejar Alejandro de calumniarme ante Hera?»⁵.

[5] Nació pues Alejandro el día seis del mes de Hecatombeón, que los macedonios llaman Loo, el mismo día en que [6] se prendió fuego al templo de Ártemis en Éfeso; y por cierto que Hegesias de Magnesia hizo al respecto una consideración capaz por su frialdad de apagar tal incendio, pues dijo que era natural que hubiera ardido por completo el templo, puesto que [7] Ártemis estaba ocupada en el parto de Alejandro⁶. Y cuantos magos se encontraban a la sazón en Éfeso, considerando que la destrucción del templo era presagio de otra desgracia, corrían de un lado a otro golpeándose el rostro y gritando que aquel día había engendrado una gran calamidad y desdicha [8] para el Asia. Y a Filipo, que acababa de tomar Potidea, le llegaron al mismo tiempo tres noticias: que los ilirios habían sido derrotados por Parmenión en una gran batalla, que uno de sus caballos de carreras había vencido en Olimpia y que había [9] nacido su hijo Alejandro⁷. Filipo se alegró de estas noticias, como es natural, y los adivinos aumentaron más todavía su regocijo al declarar que el niño nacido en conjunción con tres victorias habría de ser invencible.

[4] En cuanto a su apariencia física, las estatuas que mejor la ponen de manifiesto son las de Lisipo, el único, además, al [2] que Alejandro consentía que le esculpiera. De hecho, aquellos rasgos que más tarde se pusieron a imitar con especial ahínco muchos de sus sucesores y amigos —la tensión del cuello ligeramente inclinado a la izquierda y la vivacidad de los ojos— consiguió conservarlos con gran fidelidad este artista. Por su parte Apeles, al pintarle portando el rayo, no reprodujo [3] el color de su piel, haciéndola más oscura y como mugrienta; pero era blanca, según dicen, de una blancura que tomaba un tinte púrpura especialmente en torno al pecho y el rostro⁸.

Hemos leído en las *Memorias* de Aristóxeno que su [4] piel despedía un olor muy agradable, y que su boca y todo su cuerpo olían siempre tan bien que sus túnicas quedaban impregnadas de su fragancia⁹. Quizá la causa radique en su [5] constitución física, que era muy caliente y fogosa, ya que el buen olor nace de la cocción de los líquidos por efecto del calor, según opinión de Teofrasto¹⁰; de ahí que las regiones [6]

secas y ardientes de la tierra produzcan la mayor parte de los aromas y también los mejores, pues el sol extrae la humedad que, como un principio de putrefacción, tiene su asiento en la superficie de los cuerpos. A Alejandro, además, el calor de su [7] constitución física le hizo, según parece, ser también dado a la bebida e irascible.

Todavía niño, su temperancia se dejaba ver en que, siendo [8] por lo demás vehemente e impetuoso en sus impulsos, en lo que toca a los placeres corporales se mostraba inflexible y hacía uso de ellos con gran parsimonia, mientras que su ambición revelaba ya una gravedad y una magnanimidad que [9] no cuadraban con su edad. Y es que no mostraba interés por cualquier tipo de fama, viniera de donde viniese, como Filipo, que se vanagloriaba de su habilidad para el discurso, como un sofista, y que hacía grabar en las monedas sus victorias con el [10] carro en Olimpia; por el contrario, cuando los de su entorno le tentaban preguntándole si quería competir en Olimpia en la carrera del estadio —pues era muy veloz—, contestaba: «Sí, [11] siempre que tenga a reyes por contrincantes»¹¹. Parece que en general era hostil al gremio de los atletas; y aunque instituyó gran cantidad de concursos, no sólo de actores trágicos, flautistas y citaredos, e incluso de rapsodas, sino también de todo tipo de competiciones de caza y de esgrima, no se preocupó lo más mínimo de costear premios de boxeo o de pancracio.

[5] Estando ausente Filipo llegaron embajadores del rey de Persia; Alejandro los acogió, trabó amistad con ellos y hasta tal punto los subyugó por su gentileza y por no hacer ninguna [2] pregunta infantil o insustancial — al contrario, se informaba de la longitud de los caminos y de la forma de viajar hacia el interior de Asia, así como de las aptitudes guerreras de su rey [3] y del valor y fortaleza de los persas— que los embajadores quedaron atónitos y consideraron que la tan celebrada habilidad de Filipo nada valía en comparación con el brío y la grandeza de miras de su hijo.

[4] Así, cada vez que se le anunciaba que Filipo había tomado una ciudad famosa o que había conseguido una brillante victoria militar, no se mostraba precisamente contento al escucharlo, antes bien les decía a sus compañeros: «Ay,

amigos, mi padre va a conquistarlo todo y no va a dejarme ocasión [5] de acometer ninguna gran hazaña en vuestra compañía». Y es que, no ansiando el placer ni la riqueza, sino la virtud y la gloria, consideraba que cuanto más recibiera de su padre, tanto menos podría conseguir por sí mismo. Por ello, estimando que [6] con sus conquistas en aumento Filipo estaba agotando en beneficio propio las posibles hazañas, prefería Alejandro heredar un reino que proporcionase combates, guerras y momentos de gloria antes que riquezas, lujos y placeres.

Como es lógico, muchos eran los que se ocupaban de él, [7] a los que se llamaba educadores, pedagogos y maestros, y por encima de todos ellos estaba Leónidas, varón de carácter austero y pariente de Olímpíade, que si bien no rechazaba el nombre de pedagogo, nombre que designa una tarea noble y hermosa, en razón de su dignidad y parentesco era llamado por los demás «educador y preceptor de Alejandro». El que [8] asumía el cargo y denominación de pedagogo era Lisímaco, oriundo de Acarnania, persona carente de distinción alguna pero que, por darse a sí mismo el sobrenombre de Fénix, a Alejandro el de Aquiles y a Filipo el de Peleo, gozaba de favor y ocupaba el segundo puesto¹².

Un día el tesalio Filonico trajo el caballo Bucéfalo para [6] vendérselo a Filipo por trece talentos; bajaron a la llanura para probarlo y el animal se mostró rebelde y de todo punto intratable, no permitía que lo montasen ni toleraba la voz de ninguno de los escuderos de Filipo, sino que se encabritaba contra todos. Filipo, irritado, mandó que se lo llevaran por [2] considerarlo completamente salvaje e indomable, pero Alejandro se presentó diciendo: «¡Qué caballo están desperdiciando, todo por no poder manejarlo debido a su inexperiencia y a su falta de energía!». Al principio Filipo guardaba silencio, pero [3] como Alejandro seguía hablando entre dientes y se mostraba desconsolado, dijo: «Ya que les haces reproches a personas de más edad que tú, ¿es que acaso consideras que sabes más que ellos o que puedes manejar mejor el caballo?». Alejandro [4] respondió: «Al menos éste lo manejaría mejor que otro». «Y si no lo consigues, ¿qué castigo estás dispuesto a aceptar por tu temeridad?». «Por Zeus», dijo

Alejandro, «pagaré el precio del [5] caballo». Hubo risas y enseguida quedó formalizada la apuesta entre ambos. Al punto corrió Alejandro hacia el caballo, cogió las bridas y le volvió de cara al sol pues, según parece, se había percatado de que el animal se inquietaba al ver su propia [6] sombra que se proyectaba agitándose delante de él. Durante unos instantes estuvo caminando junto a él y acariciándolo, mientras lo vio furioso y jadeante, y desprendiéndose tranquilamente de su clámide, de un salto quedó firmemente montado [7] sobre su grupa. Tirando un poco del freno con las bridas consiguió sofrenarlo sin golpearle ni desgarrarle la boca; cuando vio que el caballo deponía su actitud amenazante y que estaba deseoso de correr, aflojó las riendas y se lanzó a la carrera [8] con un grito ya más atrevido y espoleándole con el pie. Al principio Filipo y los suyos estaban mudos de inquietud, pero cuando giró y volvió hacia ellos con soltura, ufano y contento, todos prorrumpieron en vítores; y se dice que su padre lloró de alegría y que, al desmontar su hijo, le besó en la frente y le dijo: «Hijo mío, búscate un reino a tu medida, pues Macedonia es demasiado pequeña para ti».

[7] Observando que su hijo era de naturaleza indomable y se revolvía contra cualquier coacción, pero se dejaba conducir por la razón a sus deberes, Filipo trataba por su parte de persuadirlo [2] antes que de darle órdenes; y como no confiaba demasiado en los profesores de letras y ciencias para su supervisión y formación —pues consideraba que era tarea excesiva para ellos y, como dice Sófocles, «cuestión de muchos frenos y a la vez de muchos timones»¹³—, hizo llamar al más célebre y sabio de los filósofos, Aristóteles, pagándole unos magníficos honorarios dignos de él: y es que volvió a levantar la ciudad [3] de Estagira, de donde era Aristóteles, destruida por el propio Filipo, y restableció en ella a sus habitantes exiliados o esclavizados. Asignó a maestro y discípulo, como lugar en que [4] ocuparse de los estudios, el Ninfeo de Mieza, donde todavía hoy se enseñan los bancos de piedra y los paseos sombreados de Aristóteles¹⁴. Parece que Alejandro no sólo aprendió [5] las materias morales y políticas, sino que también accedió a las enseñanzas secretas y más profundas, aquellas que los filósofos designaban

técnicamente como *acroamáticas* y *epópticas* y que no exponían al público general. Y en efecto, [6] cuando Alejandro había ya pasado al Asia, al enterarse de que Aristóteles había publicado en forma de libro algunas de estas materias, le escribió en nombre de la filosofía una carta en la que se explayaba francamente, y cuyo tenor era como sigue: «Alejandro a Aristóteles, salud. No hiciste bien publicando tus [7] lecciones acroamáticas, pues ¿en qué vamos a diferenciamos nosotros de los demás si las materias en las que nos educaste pasan a ser patrimonio común de todos? Pues lo que es yo, preferiría sobresalir en conocimientos superiores antes que en poder. Adiós». Así que Aristóteles, para tranquilizar tal ambición [8] de Alejandro, se justifica al respecto de dichas lecciones diciendo que están publicadas sin estarlo —y en verdad que su tratado de metafísica carece de utilidad para quien pretenda enseñar o aprender, siendo más bien un vademécum para los ya adoctrinados desde el principio¹⁵.

[8] Me parece que fue también Aristóteles el que, más que ningún otro, comunicó a Alejandro la afición a la medicina. Y es que no sólo le interesaba la teoría, sino que atendía también a los amigos enfermos y les prescribía tratamientos y régimen, [2] como puede verse por su correspondencia. Era también por naturaleza amante de las letras y aficionado a la lectura. Consideraba la *Iliada*, y así la llamaba, como un viático de la virtud militar, y se hizo con la edición preparada por Aristóteles, la llamada «edición del estuche», que tenía siempre bajo [3] la almohada junto con su puñal, según cuenta Onesícrito¹⁶. Por otra parte, como en las zonas interiores de Asia no le era fácil hacerse con otros libros, ordenó a Hárpalo que le enviase una remesa, y aquél le mandó las obras de Filisto, gran cantidad de tragedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo, y los ditirambos de Telestes y Filóxeno¹⁷.

[4] Al principio admiraba a Aristóteles y, según él mismo decía, lo amaba tanto o más que a su padre, pues éste le había dado el ser, pero gracias a aquél llevaba una vida honorable; sin embargo, más tarde empezó a verle con recelo, no hasta el punto de causarle daño, pero el hecho de que sus atenciones para con él no tuvieran la vivacidad y el afecto de [5] antes era

ya un indicio de distanciamiento. Sin embargo, el amor y la pasión por la filosofía, que se habían implantado en él desde el principio y crecido con él, nunca se borraron de su espíritu, como atestiguan los honores concedidos a Anaxarco, los cincuenta talentos enviados a Jenócrates o el gran interés mostrado hacia Dándamis o Cálano¹⁸.

Cuando Filipo marchó de campaña contra Bizancio, Alejandro, [9] que contaba a la sazón dieciséis años y había quedado en Macedonia como dueño de la situación y en posesión del sello real, desbarató la rebelión de los medos, tomó su ciudad, expulsó de ella a los bárbaros, la repobló con gentes de varias procedencias y le puso el nombre de Alejandrópolis¹⁹. Por otra [2] parte, estuvo presente y tomó parte en Queronea en la batalla contra los griegos, y se dice que fue el primero en lanzarse contra el batallón sagrado de los tebanos; todavía en nuestra [3] época se mostraba junto al Cefiso una vieja encina llamada «de Alejandro», junto a la cual plantó entonces sus reales, y la fosa común de los macedonios no está lejos de allí²⁰. Así que [4] de resultas de tales acciones, como es natural, Filipo sentía un amor extraordinario por su hijo, hasta el punto de regocijarse de que los macedonios llamasen rey a Alejandro y general a Filipo.

Pero los conflictos de la casa real, debidos a los matrimonios [5] y amoríos de Filipo y que de alguna manera se contagiaban desde su gineceo a todo el reino, provocaban numerosas quejas y violentas desavenencias, que además el carácter difícil de Olímpíade, mujer celosa y colérica, se encargaba de [6] agrandar, excitando por su parte a Alejandro. Pero la disputa más sonada la provocó Átalo en la boda de Cleopatra, muchacha a la que desposaba Filipo, enamorado de ella pese a [7] la corta edad de la chiquilla. Átalo, que era tío de Cleopatra, borracho después del banquete, exhortó a los macedonios a que pidieran a los dioses que naciera de Filipo y Cleopatra [8] un sucesor legítimo del reino. En esto Alejandro, encolerizado, le dijo: «Necio, ¿es que a mí me tienes por bastardo?», y [9] acto seguido le lanzó una copa a la cabeza. Filipo se levantó desenvainando la espada contra su hijo, pero por fortuna para ambos el vino y su propia cólera le hicieron resbalar y caerse. [10] Alejandro le increpó diciendo:

«Amigos, ahí tenéis al hombre que se disponía a pasar de Europa al Asia: pasando de [11] un lecho a otro ha acabado por los suelos». Después de este episodio causado por el vino, Alejandro se llevó a Olímpíade y la instaló en el Epiro, mientras él residía entre los ilirios²¹. [12] Mientras tanto el corintio Demarato, huésped de la casa real [13] y hombre de palabra franca, se llegó ante Filipo; después de las saluciones y atenciones de rigor, preguntó Filipo cómo andaba la mutua concordia entre los griegos, y Demarato le contestó: «En verdad, Filipo, que te conviene preocuparte seriamente por Grecia, tú que has llenado tu propia casa de tan [14] grandes males y disensiones». Filipo, volviendo en sí con esta advertencia, mandó ir a buscar a Alejandro y lo hizo regresar, persuadido por Demarato.

[10] Algún tiempo después Pixódaro, sátrapa de Caria, con la secreta intención de ganarse la alianza de Filipo gracias a un lazo de parentesco, quiso ofrecer a su hija mayor para casarla con Arrideo, hijo de Filipo, y envió a Macedonia a Aristócrito para hablar del asunto. De nuevo Alejandro tuvo que escuchar de labios de sus amigos y de su madre falsas acusaciones, en el sentido de que Filipo quería asegurar el trono a Arrideo por medio de una boda brillante y de una posición aventajada. Trastornado por tales palabras, Alejandro envía a Caria a [2] Tésalo, al actor trágico, para que le haga ver a Pixódaro que tiene que olvidarse de ese bastardo no muy en sus cabales y concertar la alianza con el propio Alejandro; esta proposición agradó a Pixódaro mucho más que sus planes anteriores. Pero [3] Filipo, enterándose del asunto, tomó consigo a uno de los amigos íntimos de Alejandro, Filotas el hijo de Parmenión, y entrando en la habitación de su hijo lo increpó e injurió con severidad y amargura, diciendo que era innoble e indigno de la posición que disfrutaba querer convertirse en el yerno de un cario, esclavo por demás de un rey bárbaro²². Escribió Filipo [4] a los corintios para que le trajeran a Tésalo atado de pies y manos; en cuanto a los demás amigos de Alejandro, expulsó de Macedonia a Hárpalo y Nearco, así como a Erigio y Tolomeo, a los que más tarde hizo volver Alejandro y concedió los más altos honores²³.

Más adelante Pausanias, ultrajado por instigación de Átalo [5] y de Cleopatra, no pudiendo obtener justicia por ello, acabó con Filipo. La responsabilidad principal recayó en Olimpíade, que supuestamente habría presionado y azuzado al joven encolerizado, pero cierta sospecha alcanzó también a Alejandro. [6] Se dice, en efecto, que al encontrarse Pausanias con él después del ultraje padecido y lamentarse por ello, Alejandro le salió con aquel verso yámbico de *Medea*: «Al responsable de la [7] boda, al marido y a la esposa»²⁴. No obstante, mandó buscar y castigar a los cómplices de la trama y llevó muy a mal que Olimpíade tratase cruelmente a Cleopatra durante su ausencia.

[11] Así pues, a los veinte años se hizo con las riendas del reino, a la sazón afectado por violentas envidias, odios terribles y [2] peligros por todos sus costados. En efecto, los pueblos bárbaros colindantes no toleraban la servidumbre, añorando las dinastías de sus antepasados, y en cuanto a Grecia, Filipo la había vencido con las armas pero no había tenido tiempo de domarla y amansarla, antes bien, limitándose a cambiar y alterar las cosas, la había dejado en un estado de gran agitación y confusión [3] debido a la novedad de la situación. Los macedonios, asustados ante tal estado de cosas, pensaban que Alejandro debía abandonar Grecia por completo y no recurrir a la violencia contra ella, y, por lo que respecta a los bárbaros levantiscos, pensaban que debía atraérselos tratándolos con suavidad y mitigar así [4] los conatos de rebelión; pero Alejandro, con razonamiento inverso, se lanzó con audacia y resolución a la tarea de asegurar y salvar la situación, en la idea de que, a poco que se le viera flaquear en su determinación, se le echarían todos encima.

[5] Así pues, puso fin a la agitación y guerras de la parte de los bárbaros acudiendo sin tardanza con su ejército hasta el río Istro y venciendo en una gran batalla a Sirmo, el rey de [6] los tribalos²⁵. Pero, enterándose de que los tebanos le hacían defección y que los atenienses estaban de su lado, inmediatamente hizo pasar las Termópilas a sus fuerzas diciendo que, puesto que Demóstenes le llamaba niño cuando estaba entre los ilirios y tribalos, y muchacho cuando entró en Tesalia, quería ahora, junto a los muros de Atenas, hacerle ver

que era todo un hombre²⁶. Llegado ante las murallas de Tebas [7] y queriendo darles aún la ocasión de volverse atrás de sus determinaciones, reclamó la entrega de Fénix y Prótites y prometió la amnistía para los que se pasasen a su lado²⁷. Los [8] tebanos, por su parte, exigieron la entrega de Filotas y Antípatro, e hicieron proclamar que se alistaran con ellos aquellos que quisieran ayudar a liberar Grecia; en vista de ello Alejandro ordenó a los macedonios el ataque. Los tebanos [9] lucharon con un valor y un arrojo por encima de sus fuerzas, enfrentados a un enemigo varias veces más numeroso; pero [10] cuando la guarnición macedonia abandonó la ciudadela Cadmea y cayó sobre ellos por la espalda, viéndose rodeados, la mayor parte de los tebanos cayeron luchando allí mismo. La ciudad fue tomada, saqueada y arrasada; en general la esperanza [11] de Alejandro era que los griegos, conmovidos ante tal desastre y cobrando miedo, se mantendrían tranquilos, pero además así consiguió salvar las apariencias, como si satisficiera las quejas de sus aliados, pues tanto los focios como los platenses habían acusado a los tebanos. Y dejando aparte [12] a los sacerdotes, a todos los huéspedes de los macedonios, a los descendientes de Píndaro y a los que habían votado en contra de la defección, hizo vender como esclavos a los demás, que serían unos treinta mil; los muertos ascendían a más de seis mil.

[12] En medio de tantos y tan crueles sufrimientos como abrumaban a la ciudad, unos soldados tracios devastaron la casa de Timoclea, mujer principal y de conducta intachable, y mientras ellos saqueaban sus bienes el comandante la violentó y deshonoró, preguntándole después si tenía oro o plata escondidos [2] en algún sitio. Ella le dijo que sí, le condujo a solas al jardín y mostrándole un pozo, le dijo que ella misma había metido allí sus más preciosas pertenencias cuando la toma [3] de la ciudad. Y cuando el tracio se asomaba para examinar el interior, Timoclea se puso detrás de él y lo empujó; a continuación lanzó sobre él una lluvia de piedras hasta acabar con [4] su vida. Cuando los tracios la llevaron atada ante Alejandro, enseguida quedó patente por su aspecto y sus andares que era una mujer animosa y digna de respeto, pues seguía a los soldados que la conducían sin dar muestras

de inquietud o miedo. [5] Cuando el rey le preguntó quién era, contestó que hermana de Teágenes, el que había combatido contra Filipo por la libertad de los griegos y caído en Queronea con el mando de general. [6] Admirado Alejandro tanto de su respuesta como de su acción, ordenó que se la dejara en libertad junto con sus hijos²⁸.

[13] Se reconcilió con los atenienses, a pesar de que habían mostrado una aflicción excesiva respecto de la desgracia de Tebas; en efecto, estando en plena celebración de la fiesta de los Misterios, la suspendieron en señal de duelo, y a los tebanos que se refugiaron en la ciudad los trataron con todo [2] tipo de miramientos²⁹. Pero, sea por estar ya saciada su cólera, como los leones, sea por deseo de compensar su crueldad y severidad con una acción indulgente, Alejandro no sólo olvidó todos los motivos de queja contra Atenas, sino que instó a la ciudad a que prestase la debida atención a sus intereses, ya que, decía, si algo le sucediese a él, a ella correspondería el mando sobre Grecia. Se dice además que, a lo largo de su [3] vida, la desgracia de los tebanos fue con frecuencia para él motivo de aflicción, y que por ello trataba con más dulzura a [4] muchos de ellos. Y ello hasta el punto de que tanto lo ocurrido con Clito estando él ebrio, como la cobardía de los macedonios en la India, que no había permitido dar cumplimiento a su expedición y a su gloria, las achacaba Alejandro al resentimiento y la venganza de Dioniso³⁰. Y entre los tebanos que [5] sobrevivieron no hubo uno que se acercase después a pedirle algo y no pudiese obtenerlo. Hasta aquí, pues, lo referente a Tebas. [14]

Cuando los griegos se reunieron en el Istmo y votaron ir de campaña contra los persas en compañía de Alejandro, éste [2] fue proclamado comandante en jefe. Como muchos hombres políticos y filósofos se acercaban a él para felicitarle, confiaba Alejandro en que Diógenes de Sinope, que se encontraba a [3] la sazón en Corinto, haría lo propio. Pero como aquél no se preocupaba lo más mínimo de Alejandro y pasaba el rato en el Craneo, fue él en persona a visitarle, encontrándole tumbado [4] al sol. Diógenes se incorporó un poco ante tal avalancha de hombres como venía hacia él y se quedó mirando a Alejandro; éste le saludó y le preguntó si acaso tenía necesidad de alguna

[5] cosa. «Que te me apartes un poco del sol», dijo. Dícese que ante tal respuesta y muestras de desdén, Alejandro quedó tan admirado de la altivez y grandeza de este hombre que, cuando ya de vuelta, los suyos se reían y mofaban del filósofo, dijo: «Pues por lo que a mí hace, si no fuese Alejandro, de buena gana sería Diógenes»³¹.

[6] Queriendo consultar a Apolo acerca de su expedición se llegó hasta Delfos, pero se dio la circunstancia de ser uno de los días nefastos, en los que no está permitido emitir oráculos. [7] Primero Alejandro mandó llamar a la profetisa, pero como ella se negaba y alegaba las prescripciones sagradas, subió él en persona a por ella y la llevó por la fuerza al templo; y cuando ella, como vencida ante su empeño, dijo: «Eres invencible, hijo», escuchándolo Alejandro declaró que ya no necesitaba ninguna otra profecía, pues tenía de sus labios el oráculo que deseaba.

[8] Cuando se aprestaba a salir de campaña, entre otras señales que parecían proceder de la divinidad, la imagen de Orfeo en Libetros, tallada en madera de ciprés, comenzó a exudar [9] abundantemente por aquellos días. Todos se mostraron atemorizados ante este prodigio, pero Aristandro les exhortó a que estuviesen tranquilos: según él, Alejandro iba a llevar a cabo hazañas dignas de ser cantadas y difundidas por todas partes, lo cual provocaría muchos sudores y esfuerzos a los poetas y músicos que las celebrasen³².

[15] En cuanto a los efectivos del ejército, los autores que calculan por lo más bajo hablan de treinta mil hombres de infantería y cuatro mil jinetes, y los que por lo más alto, de cuarenta [2] y tres mil y cinco mil, respectivamente. Cuenta Aristobulo que Alejandro no tenía más de setenta talentos para mantener a esta tropa; Duris habla de víveres para tan sólo treinta días, y Onesícrito dice que además tuvo que pedir prestados doscientos [3] talentos³³. Ahora bien, aunque partía con tan pocos y magros recursos, no se embarcó en las naves sin antes informarse de los asuntos de los amigos, concediendo un campo a uno, una aldea a otro, la renta de un caserío o de un puerto al de más allá. Y como ya hubiese gastado y asignado de esta [4] forma casi todos los bienes del reino,

Perdicas le dijo: «¿Y qué dejas para ti, señor?». Contestóle Alejandro que la esperanza, y Perdicas: «Pues bien, también nosotros, tus compañeros de expedición, la compartiremos contigo». Y diciendo esto [5] Perdicas renunció a la propiedad que le había sido asignada, y lo mismo hicieron algunos otros de sus amigos. Pero a los [6] que aceptaban o le solicitaban algo les satisfacía de buena gana, y en estos repartos gastó la mayor parte de sus bienes en Macedonia.

Con tal espíritu y determinación cruzó el Helesponto; subiendo [7] a Ilión hizo un sacrificio a Atenea y libaciones a los héroes. Ante la tumba de Aquiles, después de untarse de aceite [8] y correr desnudo alrededor de ella junto con sus compañeros, según la costumbre, hizo ofrenda de una corona y llamó bienaventurado a Aquiles por haber tenido en vida un amigo fiel y un gran heraldo de sus hazañas después de muerto. Mientras [9] recorría visitando la ciudad alguien le preguntó si quería ver la lira de Alejandro, pero él contestó que aquélla no le interesaba en absoluto, sino que buscaba la de Aquiles, con la que el héroe cantaba las hazañas y gestas de los valientes³⁴.

Entre tanto los generales de Darío habían reunido y colocado [16] en orden de batalla un gran ejército en el paso del río Granico, así que no había más remedio que, ante las puertas por así decir de Asia, pelear por la entrada y posterior conquista³⁵. Pero la mayor parte de los macedonios temían [2] la profundidad del río y lo irregular y escarpado de la orilla opuesta, a la que había que acceder peleando; además, algunos creían que había que observar las prescripciones referentes al mes Desio (y es que durante este mes los reyes macedonios tenían por costumbre no salir de campaña)³⁶. Esto último lo solucionó Alejandro ordenando que se llamase «segundo [3] Artemisio» en vez de Desio; y como Parmenión, en vista de lo avanzado de la hora, no permitía que se corrieran tales riesgos, Alejandro le contestó que era una afrenta al Helesponto tener miedo del Granico después de haber cruzado aquél, y acto seguido se lanzó a la corriente con trece escuadrones de [4] caballería. Dirigiéndose contra los dardos enemigos, hacia un lugar escarpado y pertrechado de armas y caballos, a través de la corriente que casi les arrastraba y sumergía, se hubiera

dicho que ejercía el mando del ejército con más alocamiento e insensatez que juicio.

[5] No obstante, empeñado en cruzar, acabó por alcanzar la orilla opuesta no sin gran dificultad y esfuerzo, pues estaba húmeda y resbaladiza a causa del barro; al punto se vio obligado a entablar combate en pleno desorden, enzarzándose individualmente contra el enemigo que se les venía encima, antes de que sus tropas acabasen de cruzar y adoptasen una posición [6] de combate determinada. Los persas, en efecto, cargaban chillando, colocaban sus caballos junto a los del enemigo y hacían uso de sus lanzas, o de sus espadas cuando aquéllas se [7] les rompían. Una turba de enemigos se lanzó contra Alejandro —que se hacía notar por el escudo y el penacho del casco, adornado a ambos lados por una pluma de una blancura y tamaño admirables—, y aunque fue alcanzado por un dardo [8] en el repliegue de la coraza, no resultó herido; después, cuando se le vinieron encima a un tiempo los generales Résaces y Espitridates, esquivó a éste y anticipándose a aquél le alanceó, pero su lanza se quebró contra la coraza, así que Alejandro echó mano a su espada. Estaban ambos entablado [9] combate cuando Espitridates, acercando su caballo por el flanco y levantándose enérgicamente, le golpeó con su cimitarra bárbara, arrancándole el penacho con una de las plumas; el [10] casco aguantó el golpe a duras penas, hasta el punto de que la hoja de la cimitarra llegó a rozar la parte superior del cabello. Pero cuando Espitridates se levantaba otra vez para golpear de [11] nuevo, se le adelantó Clito el negro, atravesándole de medio a medio con su jabalina, al tiempo que Résaces caía herido de muerte por la espada de Alejandro.

Mientras el combate ecuestre se desarrollaba en medio de [12] tales peligros e incertidumbre, la falange macedonia cruzó el río y ambas formaciones de infantería trabaron combate. Sin [13] embargo, los persas no resistieron con mucho vigor ni durante mucho tiempo, sino que se dieron la vuelta y huyeron, a excepción de los mercenarios griegos, quienes se reunieron junto a una colina y solicitaron garantías a Alejandro. Pero éste, llevado [14] más de la cólera que del cálculo, se lanzó el primero contra ellos, perdiendo su caballo, herido por una

espada en el costado —no era Bucéfalo, sino otro—, y fue entonces cuando cayeron la mayor parte de los que habían de resultar muertos o heridos en esa jornada, puesto que se enfrentaban a hombres valerosos y desesperados.

Las bajas de los bárbaros se calculan en veinte mil infantes [15] y dos mil quinientos jinetes. Por lo que respecta al bando de Alejandro, Aristobulo dice que hubo en total treinta y cuatro muertos, nueve de ellos de infantería³⁷. Ordenó Alejandro [16] que se erigieran en su honor estatuas de bronce, que Lisipo se encargó de hacer. Y queriendo compartir su victoria con [17] los griegos, envió a los atenienses en particular trescientos escudos de los capturados, y ordenó colocar sobre el conjunto de despojos restantes una ambiciosa inscripción que rezaba: [18] «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, a excepción de los espartanos, a expensas de los bárbaros que habitan el Asia». [19] En cuanto a las copas, telas de púrpura y demás objetos preciosos que había arrebatado a los persas, los envió todos a su madre, salvo unos pocos.

[17] Esta batalla tuvo como efecto inmediato un gran vuelco de la situación a favor de Alejandro, hasta el extremo de entregársele la ciudad de Sardes, baluarte del imperio marítimo de los persas, y ponerse a su disposición el resto de la [2] región. Tan sólo resistieron Halicarnaso y Mileto, que tomó por la fuerza, sometiendo acto seguido las zonas limítrofes de ambas ciudades. Pero Alejandro estaba indeciso en cuanto a [3] sus planes para el futuro: tan pronto se mostraba impaciente por encontrarse con Darío y jugárselo todo a una baza, como pensaba en, por así decir, ejercitarse primero y cobrar fuerzas ocupándose de los asuntos y recursos marítimos, para ir después al encuentro de aquél.

[4] Hay en Licia, junto a la ciudad de Jantos, una fuente de la que se dice que por aquel entonces, cambiando su curso y desbordándose sin causa aparente, vomitó de sus profundidades una tablilla de bronce grabada en arcaicos caracteres y en la que se declaraba que el imperio persa tocaría a su fin destruido [5] por los griegos. Enardecido con este prodigio, se apresuró a despejar las comarcas costeras hasta Fenicia y Cilicia. Su [6] veloz paso por Panfilia ha dado pie a muchos historiadores para hacer descripciones pintorescas y

exageradas, destinadas a asombrar al lector: según ellos, por alguna especie de favor divino, el mar se habría retirado ante Alejandro, por más que suela venir siempre oleaje procedente de alta mar y rara vez deje al descubierto estrechos caminos por los que avanzar [7] al pie de las escarpaduras y acantilados. Sobre este episodio extraordinario ironiza también Menandro en una de sus comedias, diciendo aquello de:

«Ya va esto a lo Alejandro, que si a uno busco yo,
sin llamarle se presenta; y si acaso hay que cruzar
por el mar algún terreno, allanado me será³⁸.»

Pero el propio Alejandro no hace alusión en sus cartas [8] a ningún prodigio semejante, sino que dice haberse abierto camino por la llamada *Escalera* y haberla recorrido partiendo de Fasélide. Por esta razón pasó muchos días en dicha ciudad; [9] y habiendo visto en la plaza una estatua del ya fallecido Teodectes (que era de Fasélide), acudió allí con los suyos de francachela después de cenar, borracho, y cubrió la estatua de abundantes guirnaldas, rindiendo así, en broma, honores no desprovistos de gracia al hombre al que había tenido ocasión de tratar gracias a Aristóteles y a la filosofía³⁹.

A continuación domeñó a los pisidios que le hacían resistencia [18] y sometió la Frigia. Tomó la ciudad de Gordio, que se [2] dice había sido residencia del antiguo Midas; allí vio el célebre carro cuyo yugo estaba atado con corteza de cornejo, y se le informó de la tradición a la que daban crédito los bárbaros y según la cual aquel que desatara el nudo estaba destinado a ser el rey del mundo. Pues bien, la mayoría de los autores [3] dicen que, como los nudos tenían ocultos los cabos y estaban retorcidos entre sí con varias vueltas, Alejandro, incapaz de desatarlo, lo cortó con un golpe de su espada, apareciendo [4] muchos cabos a consecuencia del corte. Pero Aristobulo dice que le resultó muy fácil desatarlo quitando la llamada clavija del timón, con que se sujetaba la correa del yugo, y retirando de esta forma el yugo mismo⁴⁰.

[5] A continuación se hizo con el poder sobre Paflagonia y Capadocia y, enterándose de la muerte de Memnón —uno de los generales de Darío para la zona marítima y del que se esperaba daría a Alejandro muchos problemas y pondría

obstáculos y dificultades sin cuento—, se reafirmó más aún en [6] su propósito de llevar la expedición al interior⁴¹. Por entonces Darío ya bajaba desde Susa, ufano y confiado en la magnitud de sus tropas (pues llevaba un ejército de seiscientos mil hombres) y animado por cierto sueño que los magos interpretaban [7] más para complacerle que con sentido común. Soñó Darío que la falange macedonia era presa de un enorme fuego; que Alejandro le servía, vestido con la estola que el propio Darío llevaba en otro tiempo, cuando era correo del rey; y que [8] Alejandro, entrando en el templo de Belo, desaparecía⁴². Con todo ello, a lo que parece, quería significar la divinidad que las hazañas de los macedonios habrían de brillar con luz propia, que Alejandro se haría el amo de Asia, como lo había hecho Darío convirtiéndose en rey después de ser correo, pero que muy pronto perdería su vida en plena gloria.

[19] Aún se acrecieron los ánimos de Darío al sospechar cobardía en Alejandro, que se demoraba largo tiempo en Cilicia. [2] Pero esta demora se debía a una enfermedad, que unos atribuyen al cansancio y otros al hecho de bañarse en la helada corriente del Cidno⁴³. Ninguno de sus médicos se atrevía a [3] combatirla, y es que, creyendo que el mal era demasiado grave para cualquier tipo de tratamiento, temían ser acusados por los macedonios en caso de fracasar; pero Filipo de Acarnania, [4] al ver la penosa situación en la que se encontraba Alejandro, confiando en su amistad y considerando una indignidad no compartir con él el peligro cuidándole y asistiéndole, sin dejar nada por probar, preparó una medicina y le convenció de que aceptase beberla si realmente tenía prisa en reponerse para la guerra.

En esto Parmenión envió una carta desde el campamento [5] instando a Alejandro a que se guardase bien de Filipo, pues según él Darío le había convencido para que le matase a cambio de ricos presentes y de la promesa de casarle con su hija. Alejandro leyó la carta y sin revelar su contenido a ninguno de sus amigos la metió bajo su almohada. Cuando, llegado el [6] momento, entró Filipo con los demás acompañantes llevando su medicina en una copa, Alejandro le dio a leer la carta al tiempo que se tomaba la medicina con

decisión y sin dar señales de sospecha; fue aquello un espectáculo admirable y [7] teatral, el uno leyendo y el otro bebiendo, después se miraron el uno al otro, aunque no de igual modo, sino que Alejandro lo hizo con una expresión relajada y radiante, haciendo ver su benevolencia y confianza para con Filipo, mientras que éste, [8] fuera de sí ante tal calumnia, tan pronto invocaba a los dioses levantando los brazos hacia el cielo como se echaba sobre el lecho de Alejandro conjurándole a que tuviera ánimo y se confiase a él. Al principio la medicina, adueñándose de su [9] cuerpo, pareció como que alejaba su fuerza vital y la hundía en lo más profundo, hasta el punto de perder el habla, ver sus sentidos muy debilitados y confusos y finalmente perder el [10] conocimiento; sin embargo, reanimado rápidamente por Filipo y sintiéndose mejor, se presentó ante los macedonios, que no podían salir de su estado de desánimo si no era viendo a Alejandro.

[20] Había en el ejército de Darío un tal Amintas, un tráfuga [2] macedonio, que conocía el carácter de Alejandro. Viendo que Darío se encaminaba hacia los desfiladeros para encontrarse con él, le encareció que permaneciese donde estaba, en llanuras anchas y abiertas, para combatir con tal grueso de [3] ejército contra un enemigo menos numeroso. Cuando Darío le respondió que temía que los enemigos se apresurasen a huir y Alejandro se le pudiera escapar, le dijo: «Lo que es por eso, soberano, puedes estar tranquilo: pues él marchará contra ti, si [4] es que no lo está haciendo ya». Estas palabras de Amintas no le convencieron, y levantando el campo marchó Darío hacia Cilicia al tiempo que Alejandro lo hacía en dirección a Siria [5] para encontrarse con él. Pero habiéndose cruzado ambos ejércitos durante la noche sin encontrarse, empezaron a retroceder de nuevo; Alejandro se congratulaba de su buena fortuna y estaba impaciente por salirle al encuentro en los desfiladeros, mientras que Darío lo estaba por ganar el campamento [6] anterior y sacar sus tropas de dichos desfiladeros; y es que ya había comprendido que para sus intereses había sido un error meterse en un terreno que, con el mar, las montañas, el río Píñaro que discurre por el medio y accidentes geográficos por todas partes, resulta

difícil para la caballería y ofrece una posición favorable a un número reducido de enemigos⁴⁴.

Así que la fortuna proporcionó a Alejandro la ventaja del [7] lugar, pero su estrategia fue más importante para la victoria que los imponderables de la fortuna: pues siendo inferior en [8] número ante tal multitud de bárbaros, no les dio ocasión de rodearle, y él mismo, desbordando con su ala derecha la izquierda del enemigo y situándose en su flanco, puso en fuga a los bárbaros que tenía frente a sí. Luchaba Alejandro en primera fila, hasta el punto de resultar herido en el muslo, según Cares, por la espada de Darío —pues habrían venido ambos a las manos—; ahora bien, Alejandro, en la carta que envió [9] a Antípatro acerca de la batalla, no menciona el nombre del que le hirió, y dice solamente que resultó herido de daga en el muslo y que la herida no tuvo secuelas de importancia⁴⁵.

Obtuvo Alejandro una brillante victoria y abatió a más de [10] ciento diez mil enemigos, pero no pudo capturar a Darío, que le llevaba cuatro o cinco estadios de ventaja en su huida, aunque sí se apoderó de su carro y su arco antes de darse la vuelta. Entonces se encontró con que los macedonios arramblaban [11] con las riquezas del campamento bárbaro, en cantidades fabulosas a pesar de haber venido a la batalla con un equipo ligero y haber dejado la mayor parte de la impedimenta en Damasco. Habían reservado para él la tienda de Darío, rebotante de una magnífica servidumbre así como de abundantes muebles y tesoros. Así que Alejandro, despojándose al punto [12] de la armadura, se encaminó hacia el baño diciendo: «Vamos a limpiarnos el sudor de la batalla en el baño de Darío»; y uno de sus compañeros replicó: «No, por Zeus, sino en el baño de Alejandro, pues es de justicia que los bienes del vencido pasen [13] al vencedor y sean designados con su nombre». Y cuando vio los barreños, los jarros, las bañeras y los frascos de perfumes, todo de oro, primorosamente trabajado; la sala que olía divinamente como a perfume y esencias; cuando de allí entró en la tienda, digna de admiración por su altura, por su tamaño, por el lujo del lecho, de las mesas, de los alimentos mismos, mirando a sus

compañeros les dijo: «¡En esto consistía, por lo que parece, ser rey!».

[21] Cuando se disponía a comer, alguien vino a informarle de que entre los prisioneros se encontraban la madre, la mujer y dos hijas solteras de Darío, y que al ver su carro y su arco habían comenzado a golpearse el pecho y a lamentarse, en la [2] idea de que aquél había muerto. Alejandro guardó silencio durante un buen rato, y con los sentimientos más puestos en la desdicha de ellas que en su propia buena suerte, despachó a Leonato para que les dijera que Darío no había muerto y que no tenían que tener miedo de Alejandro, pues si luchaba contra Darío era por el imperio, pero ellas disfrutarían de todas las consideraciones de que eran objeto bajo el reinado de aquél. [3] Y si estas palabras les parecieron amables y honestas, su gesto [4] les resultó todavía más lleno de humanidad: les concedió el permiso de enterrar a cuantos persas desearan, sirviéndose para ello de vestidos y ornatos tomados del botín, y no sólo no les suprimió nada de la servidumbre y honores que tenían, sino que incluso pudieron disfrutar de mayores recursos que antes. [5] Pero el más hermoso y regio favor que estas mujeres nobles y prudentes recibieron de Alejandro durante su cautiverio fue el de no escuchar ni sospechar ni tener que temer ninguna indignidad, antes bien, como si no estuvieran en un campamento enemigo, sino custodiadas en santos e inviolables gineceos, pudieron llevar una vida retirada y al abrigo de miradas indiscretas. Y eso que —al menos es lo que se dice— la mujer de [6] Darío era con mucho la más distinguida de todas las reinas, del mismo modo que el propio Darío era el más apuesto y gallardo de los hombres, y las hijas habían salido a imagen de sus progenitores. Pero Alejandro, según parece, considerando [7] el dominio de sí mismo como algo más digno de un rey que vencer a sus enemigos, ni tocó a estas mujeres ni conoció a ninguna otra antes de la boda, a excepción de Barsine. Ésta [8] quedó viuda tras la muerte de Memnón y fue capturada en Damasco; como había sido educada en la cultura griega, tenía [9] un carácter dulce y era hija de Artabazo —nacido de una hija del rey de Persia—, Alejandro hizo de ella su concubina, aconsejado, al decir de Aristobulo, por Parmenión para que tomase una mujer tan

hermosa y de tan noble linaje⁴⁶. Y Alejandro, [10] cuando veía a las demás cautivas, que llamaban la atención por su porte y hermosura, decía bromeando que las mujeres persas eran un tormento para la vista⁴⁷; pero, oponiendo a su [11] belleza la hermosura de su propia continencia y temperancia, pasaba frente a ellas como si fuesen estatuas sin vida.

En cierta ocasión Filóxeno, general al mando de las provincias [22] marítimas, le escribió contándole que un tal Teodoro de Tarento había ido a verle con dos muchachos extraordinariamente hermosos, que estaban a la venta, y le preguntaba si quería comprarlos; Alejandro, ofendido, daba voces una y otra vez ante sus amigos y se preguntaba de qué ruindad podía Filóxeno considerarle reo como para presentarse por intermediario de semejante oprobio. Y al propio Filóxeno le envió una [2] carta llena de injurias en la que le instaba a que mandase al [3] infierno a Teodoro junto con sus mercancías. También reprendió severamente a Hagnón, quien le había escrito diciéndole que tenía intención de comprar y llevar a su presencia a Cróbilo, [4] célebre a la sazón en Corinto; y enterándose de que los macedonios Damón y Timoteo, que estaban a las órdenes de Parmenión, habían ultrajado a las mujeres de ciertos mercenarios, escribió a Parmenión ordenándole que, si eran convictos de su crimen, les castigase e hiciese perecer como a fieras [5] nacidas para estrago de los hombres. Y en la tal carta decía textualmente de sí mismo: «Pues, por lo que a mí respecta, no sólo no se me podría acusar de haber visto o querido ver a la mujer de Darío, sino que ni siquiera he tolerado que delante de [6] mí se hablase de su belleza». Decía también que si se tenía por mortal era ante todo por el sueño y el deseo sexual, puesto que la fatiga y el placer amoroso tienen su origen en una misma debilidad propia de nuestra naturaleza.

[7] Era además extraordinariamente frugal, y dio prueba de ello en muchas ocasiones, especialmente en las palabras que dirigió a Ada, a la que adoptó por madre y nombró reina de [8] Caria⁴⁸; pues como ella, en señal de afecto, le enviase cada día gran cantidad de viandas y pasteles y hubiese terminado por mandarle a los cocineros y pasteleros de mejor reputación, [9] le respondió Alejandro que no necesitaba nada de eso, pues

tenía los mejores cocineros que le había dado su pedagogo Leónidas: para el desayuno, un paseo antes del alba, y para la [10] cena, haber hecho un desayuno frugal. «Y este mismo Leónidas», decía, «revisaba y abría los cofres en que se guardaban mis mantas y vestidos para vigilar que mi madre no me hubiese metido alguna cosa de lujo o superflua».

Por otra parte, era menos inclinado al vino de lo que parecía. [23] Tenía esa fama por el mucho tiempo que pasaba con cada copa, no tanto bebiendo cuanto hablando, pues proponía siempre un tema de conversación amplio; y aun esto sólo lo hacía cuando disponía de mucho tiempo de ocio, pues cuando [2] tenía cosas que hacer, ni el vino o el sueño, ni el juego, el amor o el espectáculo le retenían, como les ocurrió a otros hombres de armas; y ello lo prueba su propia vida, que aun habiendo sido extraordinariamente breve, llenó de muchas y brillantes hazañas.

Cuando estaba sin ocupaciones, nada más levantarse hacía [3] un sacrificio a los dioses y a continuación desayunaba sentado; después pasaba la jornada cazando, dictando justicia, arreglando algún asunto militar o leyendo. Si el ejército iba de [4] marcha sin demasiadas prisas, durante el camino se entrenaba tirando con el arco o bien subiendo y bajando del carro en marcha; muchas veces, por diversión, cazaba zorros y pájaros, como puede verse en sus *Diarios*⁴⁹. Llegado al destino de [5] la etapa, mientras se dirigía al baño o a ungirse de aceite, se informaba con los panaderos y cocineros de si la cena estaba preparada. Comenzaba a cenar a una hora avanzada, después [6] de anochecer, y lo hacía recostado; y era admirable su atención y cuidado en la mesa para que la comida se repartiese con equidad y diligencia. En cuanto a la bebida, como queda dicho, la prolongaba mucho por su afición a charlar, y siendo [7] por lo demás entre todos los reyes el de más grata compañía y dotado de todo tipo de encantos, entonces resultaba desagradable con sus jactancias y bravatas de militar, llegando a caer en la fanfarronería y dejando el terreno abonado para los aduladores; ello causaba no poco embarazo a los comensales más discretos, que ni querían competir con los aduladores ni tampoco regatearle elogios, pues lo primero parecía indecoroso [8] y lo segundo

comportaba un peligro cierto. Después de la bebida tomaba un baño y muchas veces dormía hasta el mediodía; con cierta frecuencia incluso se pasaba todo el día [9] durmiendo. Y era tan frugal con los alimentos que, cuando le traían de las regiones costeras los más preciados frutos y pescados, los distribuía entre todos sus compañeros, quedándose [10] él sin nada en muchas ocasiones. No obstante, la cena era siempre fastuosa y el gasto, que crecía junto con sus éxitos, acabó por alcanzar las diez mil dracmas; en esta cifra se detuvo, y tal era el gasto prefijado para aquellos que recibiesen a Alejandro.

[24] Después de la batalla de Iso, mandó hacer traer de Damasco el dinero, los bagajes y las mujeres e hijos de los persas. [2] Los más beneficiados con ello fueron los jinetes tesalios, pues envió a propósito a estos hombres que se habían destacado por [3] su valor en la batalla, queriendo beneficiarles; pero el resto del ejército también se vio colmado de riquezas. Catando entonces los macedonios por primera vez el oro, la plata, las mujeres y el género de vida de los bárbaros, se lanzaron, como perros que han detectado un rastro, a la búsqueda y persecución de la riqueza de los persas.

[4] No obstante, Alejandro consideró necesario hacerse dueño primero de las regiones marítimas. Así pues, enseguida los reyes de la zona vinieron a entregarle Chipre y Fenicia, [5] a excepción de la ciudad de Tiro. Duraba ya siete meses el asedio de esta ciudad con trincheras, máquinas y doscientos trirremes en la costa cuando Alejandro tuvo un sueño en el que Heracles le tendía la mano y le llamaba desde la muralla⁵⁰; y también a muchos ciudadanos de Tiro se les apareció [6] en sueños Apolo diciendo que se pasaba al bando de Alejandro, pues no le gustaban las cosas que se hacían en la ciudad. Pues bien, los ciudadanos de Tiro, tratando al dios como si [7] fuese un hombre que se pasa al bando enemigo y es cogido en flagrante delito, lanzaron cadenas en torno a su estatua colosal y las fijaron al pedestal, motejándolo de «alejandrista». Alejandro tuvo otra visión en sueños: se le aparecía [8] un sátiro a lo lejos que parecía querer jugar con él, pero que se escabullía cuando intentaba atraparlo, y que finalmente, a costa de muchas súplicas y carreras, caía en sus manos. Los adivinos, separando la palabra *sátiro*, le dijeron no sin [9]

cierta verosimilitud: «Tiro será tuya»⁵¹. Y todavía se enseña una fuente junto a la cual creía Alejandro haber visto al sátiro en sueños.

En medio del asedio hizo una expedición contra los árabes [10] que habitan junto al Antilíbano y en ella corrió peligro su vida a causa del pedagogo Lisímaco; éste le había acompañado, pues protestaba que él no era ni más inútil ni más viejo que Fénix⁵². Se acercaron, pues, a las montañas y dejando los caballos [11] continuaron a pie. El grueso de las tropas tomó mucha delantera, pero Alejandro no pudo sufrir dejar atrás a Lisímaco, que estaba fatigado y apenas podía continuar —estaba cayendo ya la noche y los enemigos no andaban lejos—; así pues, mientras Alejandro animaba y acompañaba a Lisímaco, sin darse cuenta quedó separado de su ejército con unos pocos hombres, viéndose obligado a pasar la noche a oscuras, con un intenso frío y en unos parajes peligrosos. Entonces vio a lo lejos una gran cantidad de fuegos dispersos, encendidos [12] por los enemigos. Confiado en su agilidad y habituado ya a socorrer con su esfuerzo a los macedonios en apuros, fue corriendo [13] hasta la hoguera más cercana, golpeó con su espada a los dos bárbaros sentados en torno al fuego, agarró una tea y [14] volvió con ella a donde los suyos. Encendiendo entonces un gran fuego asustaron al momento a una parte de los bárbaros, que se dieron a la fuga, y rechazaron a los que se vinieron contra ellos, de tal manera que pudieron pasar la noche al raso sin peligro. Éste es, en todo caso, el relato que hizo Cares del episodio⁵³.

[25] El sitio de Tiro tuvo el siguiente desenlace. Alejandro dejaba que la mayor parte de sus fuerzas reposaran de sus muchos combates anteriores, pero mandaba a unos pocos contra las murallas para que los enemigos no tuviesen ni un respiro. En esto el adivino Aristandro hacía un sacrificio, y después de examinar las señales proclamó resueltamente a los presentes que sin ninguna duda la ciudad sería tomada [2] ese mes. Esto provocó bromas y risotadas —y es que era el último día del mes—, pero el rey, que veía la situación embarazosa del adivino y que tomaba siempre en gran consideración los presagios, ordenó que el día aquel no se contase ya como trigésimo, sino como el antepenúltimo del mes; y dando la

señal con la trompeta procedió a atacar las murallas [3] con más violencia de lo que tenía previsto en principio. La acometida fue magnífica, y cuando las tropas del campamento, no pudiendo contenerse, corrieron a ayudarles, los de Tiro desmayaron en su defensa y Alejandro tomó la ciudad ese [4] mismo día. Más tarde, mientras asediaba Gaza, ciudad muy importante de Siria, le cayó en el hombro un terrón soltado desde el cielo por un ave. Ésta, tras posarse encima de una de las máquinas de asedio, sin darse cuenta se enredó en las nervaduras que se utilizaban para enrollar las cuerdas. Y el [5] presagio fue congruente con lo que había predicho Aristandro, pues Alejandro resultó herido en el hombro pero tomó la ciudad⁵⁴.

Envió una gran parte del botín a Olímpíade, a [6] Cleopatra⁵⁵ y a sus amigos, y asimismo hizo llegar a su pedagogo Leónidas quinientos talentos de incienso y cien de mirra en recuerdo de una esperanza que le hizo concebir en su infancia: parece que en cierta ocasión Leónidas, durante un sacrificio, [7] viendo que Alejandro cogía a manos llenas el incienso y lo hacía quemar en el altar, le dijo: «Cuando te hagas dueño de la tierra que produce los aromas podrás quemarlos en tal abundancia, pero por ahora has de servirte de lo que tienes con parsimonia». Así que entonces Alejandro le escribió: «Te [8] enviamos incienso y mirra en cantidad para que cejes en tu cicatería para con los dioses».

Trajéronle en cierta ocasión un cofrecillo que a los hombres [26] encargados de recibir los tesoros y bagajes de Darío había parecido el enser más valioso; Alejandro preguntaba a sus amigos qué objeto les parecía el más digno por su valor de ser depositado allí. Cada uno decía una cosa diferente, pero él declaró [2] que metería y guardaría allí su *Iliada*; y dan testimonio de ello no pocos de los autores más dignos de crédito⁵⁶. Por [3] otra parte, si es cierto lo que dicen los alejandrinos, confiados en el testimonio de Heraclides, parece que Homero fue para él un compañero de expedición en absoluto inactivo o inútil: dicen, en efecto, que habiéndose hecho el amo de Egipto, tenía [4] intención de fundar una ciudad griega, grande y populosa, y darle su propio nombre⁵⁷. Estaba ya a punto de tomar medidas y rodear cierto terreno,

siguiendo la opinión de los arquitectos, [5] cuando, una noche, tuvo mientras dormía una visión portentosa: un hombre de aspecto venerable y con el cabello todo cano se le acercaba y le decía estas palabras:

«Allí, en medio del mar encrespado, se encuentra una isla situada delante de Egipto, a la cual llaman Faro⁵⁸.»

[6] Alejandro se levantó al momento y se encaminó a Faro, que entonces era todavía una isla, situada un poco más arriba de la boca del Nilo llamada Canóbica, pero que hoy en día [7] está unida al continente por medio de un malecón. Así pues, cuando vio que el sitio ofrecía magníficas condiciones —se trata, en efecto, de una faja de tierra, parecida a un istmo, con una anchura apropiada, que sirve de separación entre una gran laguna y el mar, formando del lado de este último un puerto espacioso—, diciendo que Homero, además de admirable en todos los sentidos, era un peritísimo arquitecto, ordenó trazar el croquis de la ciudad respetando la configuración del terreno. [8] Como no tenían tierra blanca, tomaron un poco de harina y dibujaron sobre el suelo negruzco un área circular, cuya circunferencia interior cortaban dos bases rectas que, partiendo por así decir de las franjas, iban reduciendo la superficie [9] de forma uniforme, imitando la figura de una clámide. El rey se mostró complacido con este diseño, pero de repente una bandada de infinitos pájaros de todas las especies y tamaños, viniendo del río y de la laguna, se abatieron sobre el lugar a la manera de nubarrones y no dejaron ni rastro de la harina; este [10] presagio causó una cierta turbación en Alejandro. No obstante, los adivinos le exhortaron a que estuviera tranquilo, pues interpretaban que la ciudad por él fundada sería muy próspera y proporcionaría sustento a hombres de todos los países⁵⁹.

Alejandro ordenó a los capataces que se pusieran manos a la obra, mientras él partía hacia el santuario de Amón. Se trata [11] de un camino largo, lleno de fatigas y penalidades, y con dos peligros: el primero, la falta de agua, que convierte el país en un desierto durante no pocas jornadas, y el segundo, cuando el viento del sur se abate con violencia sobre los viajeros en

medio de los profundos e inmensos arenales (como le ocurrió [12] en otro tiempo, según se cuenta, al ejército de Cambises: el viento levantó una enorme cantidad de arena que, como un oleaje que cubriese la llanura, enterró y acabó con la vida de cincuenta mil hombres)⁶⁰. Casi todos estaban inquietos por [13] estos peligros, pero a Alejandro era difícil hacerle desistir de uno de sus proyectos, fuera el que fuese; y es que la fortuna, [14] cediendo a sus empresas, le confirmaba en su determinación, y por otra parte la vehemencia con que llevaba a término sus acciones hacía invencible su ambición, que acababa por domeñar no sólo a los enemigos, sino incluso los lugares y los momentos propicios.

En todo caso, durante aquella marcha, los auxilios que en [27] los momentos de apuro le vinieron del dios encontraron más crédito que no los oráculos ulteriores, que de alguna manera fueron objeto de más confianza gracias a aquellos auxilios. En efecto, en primer lugar Zeus envió mucha agua con lluvias [2] abundantes que hicieron desaparecer el miedo a la sed y que, apagando la sequedad de la arena y dejándola húmeda y bien [3] compacta, proporcionaron un aire más puro y respirable. Además, como los mojones de que se servían los guías eran irreconocibles y los viajeros erraban y se separaban entre sí debido al desconocimiento de la ruta, aparecieron unos cuervos que asumieron la guía de la expedición, volando velozmente por delante cuando los seguían y esperando cuando la comitiva se [4] quedaba atrás o se retrasaba. Pero lo más admirable era, como dice Calístenes, que estos cuervos llamaban a voces a los que se extraviaban por la noche y con sus graznidos les ponían sobre la pista del buen camino⁶¹.

[5] Cuando hubo cruzado el desierto y llegó al lugar, el sacerdote de Amón le saludó de parte del dios, como si fuese hijo de éste; preguntó Alejandro si acaso se le había escapado [6] alguno de los asesinos de su padre, pero el sacerdote le instó a que mirara lo que decía, pues no era hijo de un hombre mortal. Cambiando el tenor de la pregunta, quiso saber Alejandro si había castigado a todos los asesinos de Filipo, y acerca del imperio, si el dios le concedía el convertirse en amo del mundo [7] entero. Cuando el dios contestó que también le concedía esto último y que Filipo estaba plenamente vengado,

Alejandro le obsequió con magníficas ofrendas y con dinero para sus servidores. [8] Esto es lo que escriben la mayor parte de los autores acerca de los oráculos; pero el propio Alejandro, en una carta a su madre, dice que recibió ciertas predicciones secretas, que [9] él mismo le contaría a ella sola a su regreso⁶². Y según algunos, cuando el sacerdote quiso saludarle en griego utilizando la expresión afectuosa «hijo mío» (*paidíon*), por barbarismo se equivocó en la última letra y pronunció «hijo de Zeus» (*paidíos*), poniendo una *sigma* en vez de una *ni*; añaden que a Alejandro le gustó este desliz verbal, que dio pie a la creencia de que el dios le había efectivamente llamado «hijo de Zeus». Se dice también que, escuchando las lecciones del filósofo [10] Psamón en Egipto, le causó especial efecto la máxima de que «todos los hombres son gobernados por Dios, pues divina es la parte que en cada uno manda e impera»; pero dicen también [11] que el propio Alejandro propuso a este respecto una opinión todavía más filosófica, a saber, que «si bien Dios es el padre común de los hombres, adopta especialmente como suyos a los mejores de entre ellos».

En general se mostraba altivo con los bárbaros y parecía [28] firmemente convencido de su origen y nacimiento divinos, pero ante los griegos se andaba con más tiento y moderación a la hora de deificarse; bien que en una carta dirigida a los [2] atenienses, al respecto de Samos les dice: «Yo no os hubiera entregado una ciudad libre e ilustre, pero podéis conservarla puesto que la recibisteis del que era entonces el amo y era designado como padre mío», refiriéndose a Filipo. Sin embargo, [3] más tarde, recibiendo una herida de flecha que le causaba agudos dolores, dijo: «Esto que mana, amigos, es sangre y no “el icor, que es lo que fluye por dentro de los felices dioses”»⁶³.

En cierta ocasión hubo un enorme trueno que aterrorizó [4] a todos, y cuando Anaxarco el filósofo, allí presente, le preguntó: «¿Serás tú, el hijo de Zeus, capaz de hacer algo parecido?», Alejandro le contestó entre risas: «Yo no quiero infundir miedo a mis amigos como me sugieres, tú que desprecias mis cenas porque ves sobre las mesas pescados y no cabezas de sátrapas». Pues se cuenta, en efecto, que Anaxarco, en cierta [5] ocasión en que el rey envió unos

pececillos a Hefestión, pronunció la frase antedicha, como alguien que despreciaba y escarnecía a aquellos que persiguen la notoriedad arrojando grandes peligros y penalidades y sin embargo en lo referente a los goces y placeres exceden en muy poco o en nada a los [6] demás. Así pues, por todo lo dicho queda claro que Alejandro no estaba afectado ni infatuado en su fuero interno por su supuesta divinidad, sino que se servía de tal creencia para someter a los demás a su voluntad.

[29] Volviendo desde Egipto a Fenicia hizo celebrar sacrificios y procesiones en honor de los dioses, y también concursos de coros en ronda y de tragedias que resultaron muy vistosos, no sólo por el derroche en su preparación sino también por las rivalidades [2] que surgieron. Y es que hacían de coregos los reyes de Chipre —como en Atenas lo hacen los que salen elegidos por sorteo entre cada tribu—, que pusieron un admirable empeño [3] en disputarse el premio entre ellos⁶⁴. Pero la contienda más animada fue entre Nicocreonte de Salamina y Pasícrates de Solos, pues a ellos había tocado en el sorteo ser los coregos de los actores más ilustres: Pasícrates de Atenodoro y Nicocreonte de Tésalo. El propio Alejandro estaba del lado de este [4] último, pero a pesar de ello no mostró abiertamente su preferencia hasta que en la votación se proclamó vencedor a Atenodoro. Entonces, según parece, abandonó el teatro diciendo que alababa la decisión de los jueces, pero que él con gusto daría una parte de su imperio por no ver vencido a Tésalo. [5] Y cuando, algún tiempo después, multado por los atenienses por no haberse presentado al concurso de las Dionisias, Atenodoro pidió al rey que les escribiera intercediendo por él, Alejandro no lo hizo, pero pagó la multa de su propio dinero. [6] Por otra parte, Licón de Escarfe, que tenía una buena racha en el teatro, metió de relleno en su comedia un verso en el que solicitaba diez talentos, y Alejandro se los concedió entre risas⁶⁵.

Por medio de unos amigos Darío le envió una carta rogándole [7] que aceptase diez mil talentos como rescate de los cautivos y que, conservando todas las tierras al oeste del Éufrates y desposando a una de sus hijas, se convirtiera en su amigo y aliado. Alejandro comunicó tales proposiciones a sus amigos, y cuando Parmenión le dijo: «Si yo fuese Alejandro,

las [8] aceptaría», «También yo, por Zeus», contestó Alejandro, «si fuese Parmenión». Y escribió a Darío diciéndole que si venía ante él [9] sería tratado con toda consideración, pero que si no lo hacía se pondría en marcha al instante para ir en su busca.

Sin embargo, muy pronto tuvo ocasión de arrepentirse de [30] su decisión, pues la mujer de Darío murió de parto; y era bien visible su aflicción por haber perdido la ocasión de dar una magnífica prueba de su bondad. Así pues, hizo enterrar a esta mujer sin escatimar gasto alguno.

Uno de los eunucos guardianes de los dormitorios (que [2] habían sido capturados junto con las mujeres), de nombre Tireo, escapando del campamento, llegó a caballo a presencia de Darío y le anunció la muerte de su mujer. El rey, golpeándose [3] la cabeza y prorrumpiendo en sollozos, exclamó: «¡Ay del genio de los persas, si la mujer y hermana del rey no sólo ha de convertirse en cautiva en vida, sino que además se ha de ver privada en su muerte de una sepultura regia en la que yacer!», pero el eunuco le interrumpió diciendo: «Mi señor, [4] por lo que respecta a la sepultura y a todas las honras debidas al caso, nada tienes que reprochar al genio malo de los persas, pues ni a mi señora Estatira, mientras vivió, ni a tu madre ni [5] a tus hijas les ha faltado nada de los bienes y honores de que disfrutaban antes, excepto el de ver tu luz, que ojalá el señor Oromasdes haga brillar de nuevo con fuerza; ni tampoco tu mujer, una vez muerta, se ha visto privada de decoro alguno, es más, incluso ha sido honrada con las lágrimas de los enemigos. [6] Y es que Alejandro es tan generoso en la victoria como terrible en la batalla».

[7] Al escuchar esto, la turbación y el dolor llevaron a Darío a concebir extrañas sospechas; y llevándose al eunuco al interior [8] de su tienda le habló así: «Si no te has pasado tú también, como la buena estrella de los persas, del lado de los macedonios, y si yo, Darío, soy todavía tu señor, dime, en nombre de la reverencia debida a la gran luz de Mitra y a la mano derecha de tu rey, si no estaré llorando el menor de los males de Estatira, si acaso hemos tenido que sufrir alguno más terrible mientras ella vivía y si nuestra mala fortuna no hubiera

sido más honorable de haber caído en manos de un enemigo cruel [9] y salvaje. Pues ¿qué motivo decente puede tener un hombre joven para llegar a rendir tan grandes honores a la mujer de [10] su enemigo?»⁶⁶. Estaba todavía hablando Darío cuando Tireo, lanzándose a sus pies, le suplicó que mirase lo que decía; que no injuriase a Alejandro ni cubriese de ignominia a su difunta hermana y esposa; ni tampoco que se privase a sí mismo de la mayor consolación en sus reveses, a saber, el pensar que había sido derrotado por un hombre que estaba por encima de la naturaleza humana, y que admirase a Alejandro por haber mostrado mayor temperancia para con las mujeres de los [11] persas que valor contra sus maridos. Y, al mismo tiempo, el eunuco pronunciaba juramentos terroríficos en prueba de ello y daba explicaciones acerca de la continencia y magnanimidad de Alejandro en todo momento, hasta que Darío, saliendo ante sus compañeros y alzando las manos al cielo, pronunció la siguiente plegaria: «Dioses de mi stirpe y reino, ante todo [12] concededme que pueda enderezar de nuevo el reino de los persas y dejarlo a mi muerte con el esplendor en que lo recibí, para que venciendo pueda devolver a Alejandro los favores que, en mi derrota, ha dispensado a los seres que me son los más queridos; pero si acaso ha llegado aquel día fatídico en [13] que, por venganza divina y mudanza de las cosas, ha de tocar a su fin el imperio persa, que ningún otro hombre sino Alejandro se siente en el trono de Ciro»⁶⁷. Esto es lo que allí sucedió [14] y se dijo, según la mayor parte de los historiadores.

Una vez sometido todo el país a este lado del Éufrates, [31] marchó Alejandro contra Darío, que bajaba a su encuentro con un ejército de un millón de hombres. Uno de sus compañeros [2] le cuenta una anécdota digna de risa, y es que los sirvientes del ejército, por diversión, se han dividido en dos bandos, cada uno de los cuales tiene su general en jefe, y al uno le han llamado Alejandro y al otro Darío; empezando por lanzarse [3] bolos de tierra entre ellos, han llegado después a los puños y finalmente, enardecidos por la contienda, muchos la han emprendido hasta con piedras y palos, siendo difícil hacerles parar. Tras escuchar esto ordenó Alejandro que los dos jefes se [4] batieran en combate singular, y él mismo se encargó de

armar al tal Alejandro, mientras Filotas hacía lo propio con Darío; la tropa contemplaba el combate y veía en él una especie de augurio del futuro. La lucha fue reñida y venció el llamado [5] Alejandro, quien recibió como recompensa doce aldeas y el derecho de vestir la estola persa. Tal es lo que ha dejado escrito Eratóstenes⁶⁸.

En cuanto a la gran batalla contra Darío, no tuvo lugar en [6] Arbela, como escriben la mayoría de los autores, sino en Gaugamela. [7] Dicen que esta palabra significa ‘casa del camello’, pues uno de los antiguos reyes, escapando de sus enemigos montado en un camello de carreras, decidió establecer allí [8] al animal y asignó aldeas y rentas para su cuidado⁶⁹. Pues bien, hubo un eclipse de luna en el mes de Boedromión, hacia el comienzo de la celebración de los Misterios en Atenas, y a la undécima noche después del eclipse ambos ejércitos se encontraron a la vista el uno del otro. Darío mantenía a su [9] tropa en armas y recorría las filas a la luz de las antorchas, y Alejandro, mientras los macedonios descansaban, permanecía delante de su tienda en compañía del adivino Aristandro, celebrando [10] ciertos ritos secretos y sacrificando al Miedo. Pero sus compañeros de más edad, y especialmente Parmenión, viendo toda la llanura entre el Nifates y los montes Gordieos, que resplandecía con los fuegos bárbaros, mientras que un rumor indefinible mezclado con alboroto resonaba desde el campamento, [11] como si viniera del inmenso mar, quedaron admirados ante tal multitud y hablaron entre ellos diciendo que sería una empresa de enorme dificultad rechazar a semejante contingente si se trababa combate al descubierto; así que, después que el rey hubo terminado sus sacrificios, se presentaron ante él y trataron de convencerle de que atacase a los enemigos durante la noche para así disimular con la oscuridad lo terrorífico del [12] combate que iba a librarse. Pero él dijo aquello tan celebrado de «Yo no robo las victorias»; y si bien a algunos pareció una respuesta propia de un jovenzuelo fatuo que se tomaba [13] a broma semejante peligro, otros han visto que hizo bien en confiar en el presente y en no perder de vista el futuro, al no querer dar a Darío, vencido, motivos para recobrar ánimos e intentarlo de nuevo, achacando esta derrota

a la noche y la oscuridad, como achacaba la anterior a las montañas, los desfiladeros y el mar. Y es que Darío no iba a dejar de pelear [14] por falta de armas o de hombres, teniendo semejantes tropas y un país tan enorme, sino tan sólo cuando perdiera el ánimo y la esperanza al verse vencido de forma clara e irrefutable, luchando de poder a poder⁷⁰.

Una vez que sus compañeros se hubieron retirado, Alejandro [32] se acostó en su tienda y se dice que durmió profundamente durante todo lo que quedaba de noche, contra lo que era habitual en él, hasta el punto de que sus generales quedaron sorprendidos cuando fueron a buscarle al alba y tuvieron que dar ellos mismos la primera orden, a saber, que los soldados se preparasen su rancho. Después, como el tiempo apremiaba, [2] Parmenión entró en la tienda y colocándose junto al lecho le llamó dos o tres veces por su nombre; cuando se despertó, Parmenión le preguntó que cómo se le ocurría dormir el sueño de un vencedor cuando en realidad estaba a punto de librar el mayor de los combates. Pues bien, se dice que Alejandro se [3] sonrió y le dijo: «¡Pues qué! ¿Es que no crees que es ya una victoria no tener que vagar y perseguir a un Darío huido a través de un país enorme y devastado?». Y no sólo antes de [4] este combate, sino también en medio del peligro mismo dio Alejandro muestras de grandeza y de firmeza por su capacidad de reflexión y confianza en sí mismo.

En efecto, durante el combate el ala izquierda de Parmenión [5] tuvo que retroceder, quebrantada por la caballería bactriana que cargó contra los macedonios con gran estruendo y virulencia; por otra parte, Maceo envió, destacados de su falange, a unos cuantos jinetes para que se lanzasen contra los [6] guardianes de los bagajes. Por ello Parmenión, aturdido ante el doble peligro, envió unos mensajeros a Alejandro para que le dijeran que el campamento y los bagajes se perdían sin remisión si no enviaba inmediatamente un sólido refuerzo desde el [7] frente de batalla a la retaguardia. En ese momento estaba Alejandro dando a los suyos la señal de ataque, y cuando escuchó el mensaje de Parmenión dijo que no estaba en sus cabales, pues su turbación le hacía olvidar que, si vencían, se apropiarían de

los bienes de los enemigos, y si perdían, tendrían que preocuparse no de riquezas o esclavos, sino de morir peleando [8] gloriosamente. Mandando esta respuesta a Parmenión, se colocó su casco; el resto de la armadura lo llevaba ya al salir de su tienda: una túnica siciliana, ceñida al cuerpo, y sobre [9] ella una coraza doble, de lino, tomada como botín en Iso. En cuanto al casco, era de hierro pero resplandecía como pura plata, obra de Teófilo, y llevaba ajustada una gola igualmente [10] de hierro, incrustada de piedras preciosas; llevaba también una espada admirable por su temple y liviandad, regalo del rey de Citio, pues se había habituado a servirse ante todo de espada [11] en los combates. Llevaba también, abrochada a la espalda, una capa de una factura más esmerada que el resto de la armadura, pues era obra del antiguo Helicón, regalo de la ciudad de Rodas en señal de homenaje, y Alejandro la utilizaba también [12] en las batallas⁷¹. Mientras recorría las filas ordenando las falanges, arengando, dando instrucciones o pasando revista, se servía de otro caballo, pues a Bucéfalo, que ya no era joven, le ahorraba estos trabajos; pero cuando se disponía a entrar en acción le trajeron su caballo, montó en él y al punto comenzó el ataque.

Arengó entonces Alejandro de forma especial a los tesalios [33] y a los demás griegos, quienes le animaron gritando que los llevara contra los bárbaros, y cambiándose la jabalina a la mano izquierda, invocó con la diestra a los dioses —según Calístenes— rogándoles que, si en verdad era hijo de Zeus, protegiesen a los griegos y mantuviesen su fortaleza⁷². El adivino [2] Aristandro, que llevaba una clámide blanca y una corona de oro y cabalgaba a su lado, señaló un águila que planeaba por sobre la cabeza de Alejandro y se dirigía volando recta en dirección a los enemigos; ello inspiró una gran confianza a [3] los que la vieron, y con este ánimo, exhortándose los unos a los otros, la caballería se lanzó a la carrera contra el enemigo mientras la falange la seguía en tropel. Pero antes de que las [4] primeras líneas trabaran combate, los bárbaros se dieron la vuelta, produciéndose una viva persecución; Alejandro procuraba llevar a los vencidos hacia el centro, donde se encontraba Darío. Y es que lo había divisado desde lejos, a través de los [5] hombres de

vanguardia, destacándose al fondo del batallón real, gallardo y con buena talla, subido sobre un carro elevado, protegido por una muralla de numerosos y magníficos jinetes debidamente repartidos en torno al carro y en posición para recibir al enemigo. Sin embargo Alejandro, visto [6] de cerca mientras lanzaba a los fugitivos contra los que aún resistían, ofrecía un aspecto tan terrible que llenó de espanto y dispersó a la mayor parte; pero los mejores y más nobles se [7] hicieron matar delante del rey, cayendo los unos encima de los otros, y obstaculizaron así la persecución, debatiéndose convulsivamente y aferrándose a hombres y caballos. Darío [8] veía ante sus propios ojos todas estas calamidades, las fuerzas colocadas en vanguardia se desplomaban en dirección a él; por otra parte, como no era fácil hacer girar el carro para salir huyendo, pues las ruedas estaban inmovilizadas, empotradas entre un amasijo de cadáveres, y los caballos, atrapados y casi desapareciendo entre la masa de muertos, se encabritaban y asustaban al cochero, Darío abandonó el carro y sus armas y, montando en una yegua que, según dicen, acababa de parir, se dio a la fuga.

[9] Ahora bien, parece lógico pensar que Darío no habría escapado entonces si Parmenión no hubiera enviado de nuevo unos jinetes para reclamar la ayuda de Alejandro, pues un importante contingente resistía todavía en aquella zona y los [10] enemigos no cedían. En general se acusa a Parmenión de haber estado indolente e inactivo en esta batalla, ora porque su avanzada edad hiciese ya disminuir algo su audacia, ora porque —como quiere Calístenes— viera con disgusto y envidia [11] la pujanza creciente del poder de Alejandro⁷³. Sea como fuere, el rey, molesto con esta petición de socorro, no dijo la verdad a sus soldados, sino que, pretextando que ya estaba bien de matanzas y que era de noche, dio la señal de retirada; y cuando se dirigía hacia la zona en peligro, se enteró por el camino de que los enemigos habían sido completamente derrotados y puestos en fuga.

[34] Llegada a su término de esta forma la batalla, el imperio persa pareció completamente destruido; Alejandro, proclamado rey de Asia, ofreció suntuosos sacrificios a los dioses y repartió entre sus amigos riquezas, fincas y gobiernos.

[2] Queriendo mostrarse generoso con los griegos, les escribió diciendo que quedaban abolidas todas las tiranías y que se gobernase cada pueblo según sus propias leyes; e instaba de forma particular a los de Platea para que reconstruyeran su ciudad, pues sus antepasados habían ofrecido a los griegos su territorio como campo de batalla en el que luchar por la libertad⁷⁴. Envió también una parte del botín a los ciudadanos [3] de Crotona, en Italia, rindiendo así honores al celo y virtud del atleta Faílo, quien, cuando las Guerras Médicas, mientras los demás itaiotas se desentendían de los griegos, navegó hasta Salamina con una nave costeada por él mismo, a fin de tomar parte en aquel peligro⁷⁵. ¡Hasta tal punto era Alejandro proclive a favorecer todo tipo de virtud y espontáneo guardián de las acciones hermosas!

Recorriendo la región de Babilonia, que se le había sometido [35] al instante y en su totalidad, lo que más admiración le produjo fue la sima que hay en Adiabena, de la que emana fuego sin cesar, como de una fuente, y la corriente de nafta que, por su abundancia, forma una laguna no lejos de la sima; esta nafta es en todo lo demás similar al betún, pero su sensibilidad [2] al fuego es tal que muchas veces, antes de que la llama la alcance, se inflama por el propio resplandor que emana de la luz y hace arder también el aire contiguo⁷⁶. Los bárbaros, [3] para demostrar su naturaleza y potencia, rociaron con una ligera capa de esta sustancia el pasaje que conducía a la residencia del rey; después, colocándose en uno de los extremos, aplicaron las antorchas que llevaban (era ya de noche) a los lugares humedecidos. Tan pronto como se inflamaron las partes más [4] próximas, las llamas alcanzaron, en un tiempo imperceptible, a la velocidad del pensamiento, el otro extremo, y el pasaje quedó convertido en un reguero ininterrumpido de fuego.

[5] Había un tal Atenófanes, ateniense, entre el personal encargado del baño y los ungüentos, personal que no sólo se ocupaba del cuidado corporal del rey sino que también acostumbraba [6] a distraer su espíritu de forma conveniente. En cierta ocasión en que se hallaba en la sala de baño, junto a Alejandro, un joven esclavo de muy poco valor y aspecto ridículo, [7] pero buen cantante, de nombre Estéfano,

Atenófanes dijo: «Señor, ¿quieres que probemos esta sustancia con Estéfano? Pues si prende en él sin apagarse, habrá que reconocer que su [8] poder es verdaderamente temible e invencible». El muchacho, por su parte, se prestó de bastante buena gana al experimento. En cuanto le rociaron de nafta y le prendieron, su cuerpo despidió una llamarada tan grande, completamente envuelto por el fuego, que Alejandro fue presa del miedo y la turbación [9] más totales; y si no llegan a tener a mano, por fortuna, gran cantidad de vasijas con agua para el baño, se hubiese consumido antes de recibir socorro. A pesar de ello, a duras penas pudieron entonces apagar el cuerpo del muchacho, todo él convertido en fuego, y después del incidente quedó en un estado lamentable.

[10] Pues bien, hay quienes, queriendo salvar la veracidad del mito, suponen con cierta verosimilitud que tal era la sustancia utilizada por Medea para ungir la guirnalda y el vestido [11] de que se habla en las tragedias; pues el fuego no salió ni de dichos objetos ni por generación espontánea, sino que, por haber alguna llama situada cerca de ellos, se produjo una rápida atracción y un contacto imperceptible a los sentidos⁷⁷. [12] En efecto, los rayos y emanaciones procedentes de un fuego lejano proyectan sobre los demás cuerpos tan sólo luz y calor, mientras que, en contacto con aquellos que poseen una sequedad espirituosa o una humedad grasienta considerables, dichos rayos y emanaciones, concentrándose e inflamándose con violencia, operan al instante un cambio en su materia. Por lo demás, el origen de la nafta es un problema de difícil [13] solución [...] ⁷⁸ o más bien una sustancia húmeda, alimento de la llama, que mana de una tierra de naturaleza grasienta y generadora de fuego. Pues, en efecto, la tierra de Babilonia es [14] extremadamente ígnea, hasta el punto de que muchas veces los granos de cebada saltan rebotados del suelo —como si el intenso calor produjese pulsaciones en aquellos terrenos— y los hombres, durante los grandes calores, duermen sobre odres llenos de agua. Y Hárpalo, nombrado gobernador de esta región, [15] se entregó a la tarea de adornar con plantas helénicas el alcázar y los paseos, y tuvo éxito con todas excepto con la hiedra, la única planta que la tierra no admitió, haciéndola morir siempre al no

tolerar la temperatura (pues allí la tierra es ígnea y la hiedra gusta de climas fríos). En cuanto a digresiones [16] como ésta, esperamos que, siempre que guarden cierta medida, los lectores más ceñudos no nos las censuren en exceso⁷⁹.

Alejandro, convertido en el amo de Susa, se incautó en el [36] palacio real de cuarenta mil talentos de moneda acuñada, así como de ajuares y riquezas incalculables. Se cuenta que allí [2] encontró también cinco mil talentos de púrpura de Hermíone, que a pesar de estar depositada desde hacía ciento noventa años conservaba todavía un color fresco y flamante. La causa [3] de ello, según se dice, radica en que el tinte de las telas de púrpura se hacía con miel, así como el de las telas blancas se hacía con aceite blanco; pues también estas últimas, datando de la misma época, mostraban un aspecto puro y brillante. [4] Por otra parte, Dinón cuenta que los reyes de Persia hacían traer también agua del Nilo y del Istro para ser depositada en el tesoro junto con las demás riquezas, como queriendo así reafirmar la grandeza de su imperio y su poder sobre todas las tierras⁸⁰.

[37] Si bien la Pérsida es un país difícil de invadir debido a la aspereza del terreno, y además era custodiada por los persas de la alta nobleza —pues Darío se había dado a la fuga—, Alejandro contó con la ayuda de un guía bilingüe, nacido de padre licio y madre persa, que le hizo dar un rodeo poco considerable; [2] esto es lo que, según se dice, había profetizado la Pitia siendo Alejandro todavía un niño: que un licio sería el conductor de Alejandro en su marcha contra Persia [...] ⁸¹.

[3] En Persépolis tuvo lugar una gran masacre de prisioneros; el propio Alejandro escribe, en efecto, que ordenó degollar a estos hombres por considerarlo favorable a sus intereses. [4] Se dice también que encontró tanto dinero acuñado como en Susa, así como que, para transportar el resto del mobiliario y riquezas, hicieron falta diez mil yuntas de mulas y cinco mil [5] camellos. Viendo una gran estatua de Jerjes derribada de mala manera por la multitud que se abalanzaba en dirección al palacio, se detuvo y le dirigió la palabra como si fuera una persona de carne y hueso: «¿Debo

pasar de largo a causa de tu expedición contra los griegos o levantarte por tu magnanimidad y virtud en lo demás?»⁸². Finalmente, después de reflexionar largo rato en silencio, pasó de largo. Con la intención de que [6] sus soldados se repusieran —pues era invierno por aquel entonces—, permaneció allí durante cuatro meses. Y se cuenta que, cuando se sentó por primera vez en el trono real, bajo el [7] dosel de oro, Demarato el corintio, que le tenía afecto y era amigo suyo como antes de su padre, rompió a llorar senilmente y a encarecer de cuán gran placer se veían privados aquellos griegos que habían muerto antes de poder ver a Alejandro sentado en el trono de Darío.

A continuación, cuando se disponía a salir en busca de [38] Darío, celebró por complacer a sus amigos una velada de bebida y diversión, en la que hubo incluso mujeres que acudieron a la fiesta con sus amantes. La más célebre entre ellas era la [2] amante de Tolomeo —quien habría de ser rey más adelante—, la ateniense Tais; ésta, mientras halagaba y gastaba bromas apropiadas a Alejandro, a causa del vino llegó a pronunciar unas palabras, sin duda conformes con el carácter de su patria, pero en todo caso inapropiadas para una mujer de su condición. Dijo, en efecto, que en ese día ella obtenía la compensación [3] por todo lo que había padecido vagando a través del Asia, pues podía regalarse a su gusto en el altivo palacio de los reyes de Persia; pero también dijo que con mayor placer [4] todavía iría en procesión a prender fuego a la casa de Jerjes, el que incendió Atenas, y que ella misma, a la vista de Alejandro, encendería el fuego, para que el mundo entero supiera que las mujeres que acompañaban a Alejandro habían impuesto a los persas, en venganza de Grecia, un castigo mayor que todos los almirantes y generales de infantería. Según pronunciaba [5] estas palabras, los presentes comenzaron a aplaudir alborotadamente, y los compañeros de Alejandro a exhortarle, rivalizando entre sí, así que el rey, arrastrado por ellos, saltó de su asiento y portando una corona y una antorcha se puso el primero en camino. Los demás le siguieron en medio de [6] un gran griterío y algazara y rodearon el palacio; acudieron también a toda prisa aquellos macedonios que se enteraron [7] del caso, con antorchas y

lentos de alegría, pues confiaban en que el hecho de incendiar y destruir el palacio era la prueba de que Alejandro tenía la mente puesta en el retorno, y no [8] en habitar entre los bárbaros. Algunos autores dicen que fue así como sucedieron las cosas, pero otros sostienen que el incendio fue premeditado; sea como fuere, en lo que están de acuerdo todos es en que Alejandro se arrepintió muy pronto y mandó apagar el fuego⁸³.

[39] Era por naturaleza muy proclive a la dádiva, y la prosperidad de sus empresas le hizo entregarse más aún a esta práctica; añádase a ello la gentileza, única virtud que hace [2] verdaderamente gratos a aquellos que hacen la dádiva. Recordaré aquí unos pocos ejemplos. Aristón, comandante de los peonios, presentó a Alejandro la cabeza de un enemigo que había matado, diciendo: «Este regalo, señor, merece entre nosotros el premio de una copa de oro», y Alejandro le contestó entre risas: «Sí, pero vacía, mientras que yo te la doy llena de [3] vino puro y bebiendo antes a tu salud». Un soldado raso macedonio conducía una mula que transportaba oro propiedad del rey; y, como la bestia estaba agotada, él mismo cogió el fardo para transportarlo. Pues bien, viendo el rey a este hombre realmente abrumado y enterándose del caso en el momento en que iba a depositar el fardo, le dijo: «No desfallezcas, no: continúa todavía hasta tu tienda con el oro y guárdalo para [4] ti». En general se irritaba más con los que no aceptaban sus regalos que con los que se los pedían. Así escribió una carta a Foción diciéndole que en adelante no le iba a tratar como a [5] un amigo si seguía rechazando sus favores. Por otra parte, a Serapión, uno de los jóvenes que jugaban con él a la pelota, no le regalaba nada, pues él nada le pedía. Pues bien, en cierta ocasión en que Serapión participaba en el juego y lanzaba la pelota a los otros, el rey le dijo: «¿Y a mí no me la echas?», y él contestó: «Es que tú no me la pides»; Alejandro se echó a reír de la ocurrencia y lo colmó de presentes. Otra vez pareció [6] que se irritaba contra Próteas, uno de los que en la mesa, no sin gracia, se ocupaban de divertirlo; como los amigos intercedieran por él y él mismo se echase a llorar, Alejandro le dijo que estaba olvidado el incidente. «Entonces», dijo el bufón, «soberano, dame algo en

prenda de tu perdón», así que Alejandro ordenó que se le entregaran cinco talentos.

Por lo que respecta a las riquezas distribuidas entre sus [7] amigos y guardia personal, una carta de Olímpíade a Alejandro deja patente el volumen que alcanzaban: «Si quieres», le dice, «favorecer y encumbrar a tus amigos, busca otro método, pues de esta forma estás haciendo de cada uno de ellos un rey en potencia y les estás proporcionando numerosas amistades mientras te aíslas a ti mismo». Si bien Olímpíade le escribía [8] con frecuencia este tipo de cartas, él las guardaba en secreto, salvo en una ocasión con Hefestión, que, según su costumbre, leía en su compañía una carta sin sello, y Alejandro no se lo impidió, pero quitándose del dedo su anillo le impuso el sello sobre la boca. Al hijo de Maceo —que había sido el personaje [9] más importante con Darío—, en posesión ya de una satrapía, le concedió otra más grande, pero él declinó el ofrecimiento diciendo: «Señor, antes había un solo Darío, pero ahora tú has creado muchos Alejandros»⁸⁴. A Parmenión le regaló la [10] casa de Bagoas, en la que, según se dice, se hallaron ropajes por valor de más de mil talentos⁸⁵. Escribió a Antípatro exhortándole [11] a que tomase una guardia personal, pues se urdía [12] una trama contra él. Y a su madre le enviaba gran cantidad de regalos, pero no le permitía que se metiese en sus asuntos ni en sus decisiones militares; cuando ella se lo reprochaba, él [13] llevaba con calma su mal humor. Eso sí, en cierta ocasión en que Antípatro le escribió una larga carta contra ella, después de leerla dijo que Antípatro ignoraba que una sola lágrima de una madre basta para borrar diez mil cartas.

[40] Veía Alejandro a los suyos completamente abandonados a la molicie, insolentes en su tren de vida y sus dispendios; así, Hagnón de Teos llevaba clavos de plata en los zapatos, Leonato tenía gran cantidad de camellos a fin de hacerse traer de Egipto la arena para sus ejercicios gimnásticos, Filotas utilizaba redes de cien estadios de longitud para la caza⁸⁶; para las friegas y el baño se servían de mirra en mayor cantidad que antes del aceite y se hacían seguir por todas partes de [2] masajistas y ayudantes de cámara. Alejandro los reprendió tranquila y filosóficamente, diciendo

que le sorprendía el hecho de que unos hombres que habían librado tantas y tales batallas se olvidaran de que aquellos que fatigan a los otros tienen un sueño más dulce que los que se dejan fatigar, y también que fueran incapaces de ver, comparando su vida con la de los persas, que no hay nada más servil que la molicie ni [3] nada más regio que el esfuerzo. «Pues, ¿cómo podría uno», decía, «cuidar por sí mismo de su caballo o sacar brillo a la lanza o al casco, si ha perdido la costumbre de echar mano de lo máspreciado, es decir, de su propio cuerpo? ¿No sabéis que la meta de nuestro imperio consiste en no comportarnos [4] de la misma manera que los vencidos?». Por su parte, él mismo se esforzaba más aún en los ejercicios militares y en las cacerías, sufriendo penalidades y afrontando riesgos; tanto es así que un viejo embajador laconio, que estaba a su lado mientras abatía un gran león, le dijo: «En verdad, Alejandro, has librado con el león un hermoso combate por la primacía». Crátero consagró en Delfos esta cacería, haciendo esculpir [5] sendas estatuas en bronce del león, de los perros, del rey enzarzado con el león y de sí mismo acudiendo en su ayuda —algunas de dichas estatuas son obra de Lisipo, otras de Leócares⁸⁷.

Así pues, Alejandro se exponía al peligro ejercitándose él [41] mismo e incitando a los demás a la virtud; pero a sus amigos, que a causa de la riqueza y el fasto ya no querían sino entregarse al ocio y a la molicie, les fastidiaban sus expediciones y vagabundeos, y así, poco a poco acabaron por murmurar y hablar mal de él. Al principio Alejandro mantuvo la más absoluta [2] calma al respecto, diciendo que es natural que un rey que hace el bien oiga hablar mal de sí mismo. Es más, ante los [3] más mínimos contratiempos de sus familiares daba grandes muestras de afecto y estima; ofreceré unos pocos ejemplos de ello. Escribió a Peucestas reprochándole que, mordido por [4] un oso, hubiera escrito al respecto a los demás y a él no le hubiera informado. «Así que ahora», decía, «escribeme sobre tu estado y dime si acaso algunos de tus compañeros de cacería te abandonaron a tu suerte, para que paguen su falta». A Hefestión, ausente a causa de ciertos negocios, le escribió [5] contándole que, mientras se divertían cazando una mangosta, Crátero se había puesto delante de la

jabalina de Perdicas, resultando herido en el muslo. Cuando Peucestas sanó de cierta [6] enfermedad, Alejandro escribió al médico Alexipo para darle las gracias. Estando Crátero enfermo, el rey tuvo un sueño, tras lo cual él mismo ofreció ciertos sacrificios por su curación [7] y le exhortó a que él hiciese lo propio. Escribió también al médico Pausanias, que tenía la intención de administrar eléboro a Crátero, tanto para expresar su inquietud como para [8] darle consejos sobre la utilización de dicho fármaco. Hizo encadenar a Efialtes y Ciso, los primeros en anunciar la fuga y desaparición de Hárpalos, pues pensaba que se trataba de [9] una calumnia contra aquél⁸⁸. En cierta ocasión se procedía a enviar de vuelta a casa a los soldados enfermos o de edad avanzada; Euríloco el egeo se inscribió en la lista de enfermos, y más tarde, cuando se descubrió que no tenía ninguna dolencia, reconoció que estaba enamorado de Telesipa y que quería acompañarla en su partida hacia el mar. Alejandro le [10] preguntó qué clase de mujer era, y cuando se enteró de que se trataba de una cortesana de condición libre le dijo: «Euríloco, cuenta conmigo para compartir tus penas de amor; y piensa si podríamos convencer a Telesipa con palabras o con regalos, puesto que se trata de una persona libre».

[42] No deja de ser admirable que, escribiendo a sus amigos, se tomase el tiempo y la molestia de descender a tales detalles. Así, por ejemplo, ordena en una carta buscar a un esclavo de Seleuco que había huido a Cilicia; alaba a Peucestas por haber capturado a Nicón, esclavo de Crátero; o exhorta a Megabizo, en relación con un sirviente refugiado en su templo, para que, si puede, lo atrape después de haberle hecho salir del recinto sagrado, pero le pide que no le ponga las manos encima mientras [2] esté dentro⁸⁹. Se cuenta también que al principio, cuando se trataba de juzgar en causas capitales, se ponía la mano en uno de los oídos mientras hablaba la acusación, para así conservar dicho oído puro y ajeno a la calumnia, en favor del reo; pero más adelante acabaron por exasperarle las muchas [3] acusaciones falsas que, a costa de las verdaderas, hallaban crédito y conseguían abrirse camino. Y lo que más lo sacaba [4] de sus casillas era oír hablar mal de sí mismo: entonces era duro e inflexible,

precisamente porque ponía su reputación por encima de su vida y de su reino.

Marchaba entonces al encuentro de Darío, dispuesto a librar [5] batalla de nuevo; cuando se enteró de que Beso lo había capturado, despidió a los tesalios de regreso a casa, entregándoles dos mil talentos como presente en pago de sus servicios de guerra. Ante la penosa y larga persecución (pues en once [6] días recorrieron a caballo tres mil trescientos estadios), la mayor parte de los soldados comenzaron a flaquear, especialmente a causa de la falta de agua⁹⁰. Fue entonces cuando Alejandro [7] se encontró con un grupo de macedonios que transportaban agua del río en odres, a lomos de acémilas; y viendo éstos que el rey padecía por la sed —era ya mediodía—, llenaron al punto un casco y se lo ofrecieron. Alejandro les preguntó que [8] para quién era el agua que transportaban, y ellos contestaron: «Para nuestros propios hijos; pero mientras tú vivas podremos engendrar otros, si es que los perdemos». Tras escuchar tales [9] palabras, cogió el casco entre sus manos, pero mirando en torno suyo y viendo cómo todos los jinetes que le rodeaban giraban la cabeza para fijar los ojos en la bebida, lo devolvió sin probarla, si bien dio las gracias a aquellos hombres y dijo: «Si bebo yo solo, éstos flaquearán». Entonces los jinetes, [10] viendo su temperancia y su grandeza espiritual, gritaron que les condujese sin miedo, mientras aguijaban los caballos, pues se decían que no podían estar fatigados ni sedientos ni, en una palabra, considerarse simples mortales mientras tuvieran un rey semejante.

[43] Así pues, iban todos con el mismo celo, pero se dice que sólo sesenta llegaron a entrar con Alejandro en el campamento [2] enemigo. Una vez allí, pasaron por encima de grandes cantidades de oro y plata tiradas por tierra, pasaron también de largo junto a muchos carros de niños y mujeres, que erraban a falta de conductores, y se fueron en busca de las primeras [3] filas, en la idea de dar allí con Darío. A duras penas pudieron encontrarlo, tendido en un carro, con el cuerpo acribillado por los dardos y a punto de expirar. Con todo, llegó a pedir de beber, y después de tomar un poco de agua fría dijo a Polístrato, [4] el que se la había dado: «Amigo, para mí es el colmo de la desdicha no poder devolver un favor que se me

hace, pero Alejandro te recompensará a ti, y a él le recompensarán los dioses por su bondad para con mi madre, mi mujer y mis hijos. A él doy esta mi diestra, por tu mediación». Diciendo [5] esto expiró, asido de la mano de Polítrato. Cuando Alejandro llegó al lugar se mostró visiblemente afectado por el suceso, y quitándose su clámide la echó sobre el cuerpo, [6] cubriéndolo. Más tarde, dando con Beso, lo hizo descuartizar: curvando dos árboles hacia el mismo punto y atando a cada uno de ellos una parte del cuerpo, al soltarlos, cada árbol, enderezándose violentamente, se lleva la parte del cuerpo [7] que le corresponde. Pero antes de nada envió el cadáver de Darío a su madre, adornado como corresponde a un rey, y admitió entre sus amigos íntimos a Exatres, hermano de Darío⁹¹.

[44] El rey en persona, acompañado de sus mejores tropas, descendió a la Hircania; viendo un golfo marino que parecía tener al menos el tamaño del Ponto, si bien el agua era más dulce que la de los otros mares, no pudo hacer averiguaciones exactas sobre dicho mar, pero consideró como lo más verosímil que se tratase de una filtración de la laguna Meótide⁹². Sin embargo, la verdad del caso no había sido desconocida [2] de los investigadores naturales, que, muchos años antes de la expedición de Alejandro, explicaron que, de los cuatro golfos que se adentran en tierra desde el mar exterior, éste es el más septentrional, el denominado tanto mar de Hircania como mar Caspio. Allí unos bárbaros, cayendo inesperadamente sobre [3] los que llevaban a Bucéfalo, el caballo de Alejandro, se hicieron con él. El rey llevó muy a mal este hecho y envió un [4] heraldo amenazando con matarlos a todos junto con sus mujeres e hijos si no le restituían su caballo; sin embargo, cuando [5] aquéllos se presentaron trayéndoselo y poniendo en sus manos sus ciudades, les trató a todos con gran humanidad e incluso pagó rescate por Bucéfalo a los que se habían apoderado de él.

De allí se replegó en dirección a la tierra de los partos donde, demorándose por un tiempo, vistió por primera vez la [45] estola bárbara, ya sea por querer acomodarse a las costumbres vernáculas —pues la comunidad de hábitos y de raza es de gran importancia para domar a los pueblos—, ya sea

como un intento subrepticio de imponer la prosternación a los macedonios, acostumbrándoles poco a poco a tolerar los cambios y mudanzas en su género de vida. Ahora bien, no llegó a adoptar el traje de los medos, absolutamente bárbaro y extraño, ni [2] tampoco los calzones largos, ni la ropa con mangas, ni la tiara, sino que hizo una mezcla acertada, a medio camino por así decir entre el traje persa y el medo, algo menos fastuoso que aquél pero más imponente que éste. Al principio hizo uso de él [3] en presencia de los bárbaros o con sus amigos en la intimidad, pero más tarde se dejaba ver de tal guisa ante todo el mundo, ya fuera que saliera a caballo o que celebrara audiencia. Este [4] espectáculo contrariaba mucho a los macedonios, pero como por lo demás admiraban sus virtudes, consideraban que debían pasarle por alto algunas de sus inclinaciones al placer o a la vanidad. Y ello con más razón por cuanto que, además de [5] todas las heridas anteriores, había recibido recientemente una en la pierna, de resultas de la cual la flecha le había astillado y hecho perder la canilla, y también había resultado herido por una piedra en el cuello, por causa de lo cual una especie de neblina se había deslizado sobre sus ojos durante no poco rato; no obstante, Alejandro no dejó por ello de exponerse sin reservas a los peligros, antes bien, cruzó el río Orexartes (que él creía era el Tanais), y poniendo en fuga a los escitas les persiguió cien estadios, y todo ello aun padeciendo las molestias de una diarrea⁹³.

Fue entonces cuando la amazona acudió a su presencia, [46] según dicen la mayoría de los autores, entre ellos Clitarco, Policlito, Onesícrito, Antígenes e Istro. Pero Aristobulo, Cares [2] el chambelán, Tolomeo, Anticlides, Filón de Tebas, Filipo de Teángela, además de Hecateo de Eretria, Filipo de Cálcide y Duris de Samos, dicen que es una pura invención, y Alejandro [3] parece ofrecer un testimonio en favor de estos últimos, pues, cuando escribe a Antípatro contándole todo con gran detalle, dice que el rey escita le ofreció casarse con su hija, pero no menciona a la amazona⁹⁴. Se dice también que, muchos años [4] más tarde, cuando Onesícrito leía a Lisímaco, ya convertido en rey, el cuarto libro de su *Historia*, en el que se narra el caso de la amazona,

Lisímaco se sonrió tranquilamente y le dijo: «Y yo, ¿dónde estaba entonces?». En todo caso, el hecho [5] de que se crea o no dicha historia en nada puede influir para admirar a Alejandro más o menos que antes⁹⁵.

Temiendo que los macedonios pudieran flaquear en lo que [47] quedaba de campaña, había dejado en cuarteles al grueso del ejército, y en cuanto a las tropas de elite que tenía consigo en Hircania (veinte mil infantes y tres mil jinetes), intentó ganarse su confianza diciéndoles: «Ahora los bárbaros tienen pavor de nosotros cuando estamos frente a ellos, pero si nos retiramos después de limitarnos a sembrar la confusión en Asia, al punto se echarán sobre nosotros como si fuésemos mujeres». No obstante, dejó marchar a los que así lo deseaban, [2] eso sí, protestando que, mientras se dedicaba a conquistar el mundo para los macedonios, se le dejaba solo en compañía de sus amigos y de aquellos que deseaban hacer campaña. [3] Tal es lo que, casi con las mismas palabras, puede leerse en su carta a Antípatro, así como que, diciendo lo que queda escrito, todos pidieron a gritos que les condujese a la región del [4] mundo que quisiese. Una vez superada la prueba con ellos, no tuvo dificultad en ganarse al grueso del ejército, que lo siguió mansamente.

[5] Así pues, en lo que respecta al modo de vida, Alejandro se acercaba cada vez más a las costumbres vernáculas al tiempo que intentaba que los persas hiciesen lo mismo respecto de las costumbres macedonias, pues consideraba que la mezcla y la comunidad de vida, conseguidas con benevolencia, eran mejores bases para su imperio que la fuerza bruta, especialmente [6] para cuando él estuviese lejos de allí. Por ello, escogiendo a treinta mil jóvenes hizo que aprendiesen las letras griegas y que se les educase en la milicia macedonia, designando a tal [7] efecto un buen número de supervisores. Y por lo que hace a Roxana, es verdad que actuó movido por el amor —la había encontrado lozana y hermosa mientras danzaba con ocasión de un banquete—, pero no por ello dejó de parecer una decisión [8] conforme con sus intenciones; en efecto, los bárbaros se sintieron confiados por el parentesco contraído con esta boda y concibieron un extraordinario amor por Alejandro, pues no sólo había mostrado siempre una gran

continencia a este respecto, sino que tampoco consintió en poner la mano sobre la única mujer que le había doblegado sin antes desposarla ante la ley⁹⁶.

[9] Como viera que, entre sus mejores amigos, Hefestión aprobaba su decisión y cambiaba como él su vestimenta, mientras Crátero seguía fiel a las costumbres patrias, se servía del primero en sus relaciones con los bárbaros y del segundo para tratar con griegos y macedonios; en fin, al uno le tenía un [10] gran afecto mientras que por el otro sentía un gran respeto, y pensaba y decía siempre que Hefestión era amigo de Alejandro y Crátero amigo del rey. Por esta razón ambos escondían [11] en su pecho una mutua antipatía y altercaban con frecuencia. Una sola vez, durante la campaña de la India, llegaron a las manos, sacando las espadas; sus amigos respectivos acudieron para ayudarles, hasta que Alejandro, presentándose a caballo, reprendió públicamente a Hefestión, llamándole estúpido y loco si era incapaz de comprender que, separado de Alejandro, no era nada; en cuanto a Crátero, también le hizo acerbos reproches, pero en privado. Finalmente los reunió para reconciliarlos [12] y juró en nombre de Amón y de los demás dioses que ellos eran entre todos los hombres los que más quería, pero que si volvía a saber de querellas entre ellos, daría muerte a ambos o al menos al que hubiese comenzado. De ahí que, según se dice, en lo sucesivo no dijeran ni hicieran nada el uno contra el otro, ni siquiera en broma.

Filotas, el hijo de Parmenión, gozaba de gran consideración [48] entre los macedonios, pues se le tenía por hombre valeroso y tenaz, y también por el más generoso y afecto a sus amigos, después del propio Alejandro. En todo caso se [2] cuenta que, en una ocasión en que uno de sus familiares le pidió dinero, ordenó que se le diera, y como el contable dijera que no había, le dijo Filotas: «Pero ¿cómo? ¿Es que tampoco tienes una copa o un vestido?». Sin embargo, estaba hinchado [3] de soberbia, tenía enormes riquezas y desplegaba un género de vida y unos cuidados corporales muy por encima de lo soportable en un particular; era entonces cuando, tratando de parecer majestuoso y elevado, pero haciéndolo de forma inconveniente y sin gracia, como un hombre vulgar y afectado,

se granjeaba sospechas y envidias; tanto es así que el propio Parmenión le dijo una vez: «Hijo mío, hazme el favor de quitarte un poco de importancia». Por otra parte, el propio [4] Alejandro oía acusaciones contra él desde hacía largo tiempo. Cuando el ejército se incautó en Damasco de las riquezas de Darío, derrotado en Cilicia, entre los muchos prisioneros que fueron conducidos al campamento se encontraba una mujer, Antígona, oriunda de Pidna y distinguida por su belleza, que [5] Filotas hizo suya. Y como es comprensible en un joven en compañía de su amada y algo bebido, Filotas no se mordía la lengua e incurría en toda suerte de bravatas y fanfarronadas, atribuyendo a su padre y a sí mismo el mérito de las hazañas más señaladas y tildando a Alejandro de muchachuelo que, [6] si disfrutaba de poder y de renombre, era gracias a ellos. La mujer hizo saber tales palabras a uno de sus familiares quien, como es lógico, se las hizo saber a otra persona, hasta que llegaron a oídos de Crátero; éste cogió a la mujer y la llevó [7] en secreto ante Alejandro quien, después de escucharla, le ordenó que continuase sus relaciones con Filotas como hasta entonces y que viniera a comunicarle todo lo que le oyera decir.

[49] Así pues, Filotas ignoraba tales asechanzas, seguía viviendo con Antígona y dejaba escapar, movido por la cólera o por la jactancia, gran cantidad de palabras inconvenientes y [2] ofensivas contra el rey. Pero Alejandro, a pesar de ver cómo se acumulaban pruebas fehacientes contra Filotas, aguantó en silencio y se contuvo, ya sea porque confiaba en el afecto que Parmenión le tenía, ya porque temía la consideración pública [3] y la influencia de padre e hijo. Sin embargo, por aquel entonces un macedonio llamado Limno, oriundo de Calestra, que conspiraba contra Alejandro, intentaba hacer participar en la trama a Nicómaco, un joven del que estaba enamorado; [4] éste no aceptó la proposición e hizo saber la existencia del complot a su hermano Cebalino quien, por su parte, presentándose ante Filotas, le instó a que les llevara a presencia de Alejandro, pues tenían que hablarle de asuntos de mucha gravedad. [5] Pero Filotas, por la razón que fuera —pues es algo que nunca se ha averiguado—, no los llevó ante el rey, so pretexto de que éste estaba ocupado en otros asuntos más importantes; y esto lo hizo por dos veces.

Así que ellos, sospechando ya [6] de Filotas, se dirigieron a otra persona, que les condujo a presencia de Alejandro; en primer lugar denunciaron lo referente a Limno, pero después dieron a entender discretamente que Filotas se había desentendido de sus denuncias en dos ocasiones, y fue esto lo que irritó sobremanera a Alejandro. [7] Y cuando el soldado enviado para detener a Limno, al defenderse éste viéndose cogido, le dio muerte, Alejandro fue presa de turbación aún mayor, por creer que se le escapaban las pruebas de la conspiración. Y amargado contra Filotas [8] convocó a aquellos que lo odiaban desde hacía tiempo; éstos dijeron ya abiertamente que sería negligente por parte del rey creer que Limno, un simple hombre de Calestra, hubiera emprendido por sí mismo una acción tan arriesgada. Decían, [9] por el contrario, que aquél era mero subordinado, o más bien instrumento al servicio de un poder más alto, y que había que buscar la conspiración entre aquellos que tenían el mayor interés en ocultarla. El rey prestó oídos a tales discursos y [10] sospechas y así empezaron ya a llover miles de acusaciones contra Filotas. En vista de ello, éste fue apresado y llevado [11] a juicio; asistían a la prueba del tormento los amigos de Alejandro, mientras él escuchaba desde fuera, colocado detrás de un cortinaje. Y se dice que entonces, al prorrumpir Filotas en [12] humildes y lastimosas voces y súplicas dirigidas a Hefestión, dijo Alejandro: «¿Y siendo, Filotas, tan blando y poco varonil emprendes planes semejantes?». Inmediatamente después de [13] la muerte de Filotas Alejandro ordenó que se eliminara en Media a Parmenión, un hombre que había tenido gran parte en las conquistas de Filipo, y el único entre sus amigos de más edad o, en todo caso, el que más había empujado a Alejandro a cruzar al Asia; de los tres hijos que tenía, había visto morir antes a dos durante la campaña, y él mismo murió al [14] tiempo que el tercero⁹⁷. Estos sucesos hicieron a Alejandro temible para muchos de sus amigos, y especialmente para Antípatro, quien envió emisarios secretamente para concluir [15] un pacto con los etolios; éstos, en efecto, temían a Alejandro a causa de la destrucción de la ciudad de Eníades, pues al enterarse de ella el rey había dicho que no serían los hijos de Eníades quienes castigaran a los etolios, sino él mismo⁹⁸.

[50] No mucho tiempo después tuvo lugar el asunto de Clito, que, si se oye contar sin más, parecerá más brutal que lo sucedido [2] con Filotas; sin embargo, si tenemos en cuenta en nuestra reflexión tanto la causa como las circunstancias, encontraremos que el suceso no fue premeditado, sino resultado de cierta mala suerte del rey, cuya cólera y ebriedad sirvieron de catalizadores del mal humor de Clito⁹⁹. Sucedió de la siguiente forma. [3] Un grupo de personas había llegado de la costa trayendo al rey frutas de Grecia, y éste, admirado de su frescura y buen aspecto, llamó a Clito con la intención de mostrárselas y de [4] compartirlas con él. Clito ofrecía un sacrificio en ese momento, pero lo suspendió para acudir ante Alejandro, y tres de las reses que habían recibido ya las libaciones rituales le siguieron. [5] Enterándose el rey de ello, lo hizo saber a los adivinos Aristandro y Cleómenes de Laconia; como éstos declararan que era una señal de mal augurio, Alejandro ordenó ofrecer [6] inmediatamente un sacrificio por la salud de Clito (y es que el propio Alejandro, tres días antes, había tenido un extraño sueño: creyó ver a Clito, vestido con ropas negras, sentado entre los hijos de Parmenión, que estaban todos muertos). Pues bien, Clito no se previno terminando su sacrificio, sino que [7] se presentó al punto al banquete del rey, que había sacrificado en honor de los Dioscuros. Cuando el vino hubo circulado en [8] abundancia se empezaron a cantar poemas de un tal Pránico (o según otros de Pierión) en los que se deshonraba y ridiculizaba a los generales recientemente vencidos por los bárbaros. Los invitados de más edad, pudiendo apenas soportarlo, comenzaron [9] a injuriar tanto al autor de los versos como al cantor, pero Alejandro y su círculo, que lo escuchaban con gusto, le ordenaron que continuase; entonces Clito, que estaba ya borracho y cuyo natural rudo y arrogante le hacía fácilmente irascible, fue presa de una gran irritación y comenzó a decir que no estaba bien, en presencia de bárbaros y enemigos, ultrajar a unos macedonios que, aunque hubieran tenido una actuación desgraciada, valían mucho más que aquellos que se burlaban de ellos. Alejandro respondió que Clito defendía su propia [10] causa llamando desgracia a la cobardía; Clito se puso en pie [11] y dijo: «Sin embargo, esa cobardía es la que te ha salvado a ti, el hijo de los dioses,

cuando ya volvías la espalda a la espada de Espitridates, y gracias a la sangre de los macedonios y a estas mis heridas te has engrandecido hasta el punto de hacerte pasar por hijo de Amón, renegando de Filipo».

Así que Alejandro, muy excitado, le dijo: «¿Y acaso crees, [51] desgraciado, que te vas a ir tan contento diciendo todo el tiempo semejantes cosas sobre mí y soliviantando a los macedonios?». «Ni siquiera ahora», respondió Clito, «estamos contentos, [2] Alejandro, recibiendo tal pago por nuestros esfuerzos; antes bien, envidiamos la suerte de aquellos que han muerto antes de vernos a los macedonios cardados por las varas de los medos y teniendo que suplicar a los persas para poder acudir a presencia de nuestro rey». Los amigos de Alejandro, [3] al oír tales osadías en la boca de Clito, se pusieron en pie frente a él y le injuriaron, mientras los más viejos intentaban controlar el [4] tumulto. Por su parte Alejandro, volviéndose hacia Jenódoco de Cardia y Artemio de Colofón, dijo: «¿No os parece que los griegos se comportan en medio de los macedonios como [5] semidioses entre fieras salvajes?». Pero Clito no cedía, antes bien instaba a Alejandro a que aclarase públicamente qué quería decir con esa frase, o si no, que no invitase a su mesa a hombres libres con derecho a decir lo que les pareciese; a cambio de ello, que viviese en compañía de bárbaros y de esclavos dispuestos a prosternarse ante su cinturón pérsico y su túnica blancuzca. Alejandro, no pudiendo ya contener la cólera, cogió una de las manzanas que tenía a la mano y se la [6] tiró, alcanzándole, al tiempo que iba en pos de su espada. Uno de sus guardias personales, Aristófanes, se había adelantado a quitarla de su vista; los demás le rodeaban y le suplicaban, pero él, levantándose de un salto, comenzó a gritar y a llamar a sus escuderos en lengua macedonia (lo que era señal de gran alarma), al tiempo que ordenaba al trompeta que diese la señal, y como éste tardara y se resistiera a hacerlo, le propinó [7] un puñetazo — por cierto que después este soldado fue tenido en gran estima por haber sido el principal responsable de que el campamento no se viera por completo alborotado. [8] Los amigos de Clito, que seguía en sus trece, lo sacaron como pudieron de la sala, pero él volvió a entrar por otra puerta, recitando despectiva y audazmente aquellos yambos de la *Andrómaca* de Eurípides:

«¡Ay de mí! ¡Qué malas costumbres [9] hay en Grecia!»¹⁰⁰. Entonces Alejandro, cogiendo la lanza de uno de sus guardias, en el momento en que Clito se le ponía delante y apartaba la cortina de la puerta, lo atravesó de parte [10] a parte. En el mismo instante en que Clito se desplomaba entre gemidos y alaridos, la cólera abandonó a Alejandro; volviendo [11] en sí y viendo a sus amigos en pie, mudos, se apresuró a sacar la lanza del cadáver e intentó herirse en el cuello, pero no pudo hacerlo porque los miembros de su guardia personal le sujetaron las manos y le condujeron a la fuerza hasta su dormitorio.

Pasó la noche llorando desconsoladamente y, como el día [52] siguiente, cansado ya de gritar y lamentarse, lo pasara tumbado sin decir palabra, suspirando profundamente, sus amigos, temerosos de su silencio, entraron a la fuerza en su habitación. No quiso escuchar sus palabras, pero cuando el adivino Aristandro [2] le recordó la visión que había tenido relacionada con Clito, así como el presagio —queriendo con ello decir que tales sucesos estaban desde hacía mucho tiempo fijados por el destino—, Alejandro pareció más aliviado.

Por ello trajeron a su presencia al filósofo Calístenes, pariente [3] de Aristóteles, y a Anaxarco de Abdera¹⁰¹. Calístenes [4] trató de calmar su pena con prudencia y dulzura, insinuando razones y hablando con circunloquios para no herirle; pero Anaxarco, que desde el principio llevaba un camino propio en filosofía y se había ganado la fama de desdeñar y menospreciar a sus colegas, nada más entrar comenzó a gritar: «He [5] aquí a Alejandro, hacia el que el mundo entero dirige ahora sus miradas; pero él yace por tierra, llorando como un esclavo, temeroso de la ley y del reproche de los hombres, él que tendría que ser para ellos la ley y la norma de lo justo, puesto que ha vencido para ordenar y mandar, no para ser dominado y esclavizado por la vana opinión. ¿No sabes», añadió, [6] «que Zeus tiene por asistentes a Justicia y a Temis, a fin de que todo lo que haga el que manda sea legítimo y justo?». Usando [7] de tales razones, Anaxarco consiguió aligerar la aflicción del rey, pero hizo que su carácter fuese, en más de un aspecto, más inconsistente y más indiferente a la ley que antes; y al tiempo que él se

adaptaba maravillosamente a la situación, trataba además de minar las enseñanzas de Calístenes, de por [8] sí poco agradables dada su austeridad. Se cuenta que en cierta ocasión, en la mesa, se discutía acerca de las estaciones y de la temperatura ambiente; Calístenes compartía la opinión de quienes decían que allí hacía más frío y que los inviernos eran peores que en Grecia, y como Anaxarco defendiera con ardor [9] la opinión contraria, le dijo Calístenes: «Sin embargo, tienes que reconocer que hace aquí más frío que allá, pues en Grecia tú pasabas el invierno con una capa raída y aquí te recuestas bien envuelto en tres cobertores». Estas palabras soliviantaron aún más a Anaxarco.

[53] Los demás sofistas y aduladores sufrían al ver que Calístenes era requerido por los jóvenes en razón de su elocuencia y que era igualmente del agrado de los de más edad a causa de su género de vida ordenado, digno e independiente; ello confirmaba lo que se decía acerca de sus motivaciones para salir de Grecia, a saber, que se había llegado a presencia de Alejandro con la ambición de restablecer a sus conciudadanos [2] y de refundar de nuevo su ciudad patria¹⁰². Envidiado a causa de su reputación, en ciertas ocasiones ofrecía puntos flacos a los que querían calumniarle, pues la mayor parte de las veces rechazaba las invitaciones y, cuando de acudía a alguna, con su actitud grave y silenciosa hacía ver que no aprobaba ni le gustaba lo que sucedía allí; hasta el punto de que Alejandro dijo de él: «Odio al sofista que no es sabio por sí mismo»¹⁰³.

[3] Se cuenta también que una vez, con numerosos invitados a la mesa de Alejandro, cuando le llegó a Calístenes el turno de brindar, se le pidió que hiciera el elogio de los macedonios, y él abordó dicho tema con tan gran abundancia retórica que los presentes, levantándose, se pusieron a aplaudir y a lanzarle coronas de flores; en esto Alejandro dijo que, según Eurípides, [4] para aquel que toma para discursar «un hermoso punto de partida, no es tarea ardua el hablar bien»¹⁰⁴. «Ea, muéstranos», añadió el rey, «tus capacidades acusando a los macedonios, para que, aprendiendo sus defectos, puedan hacerse mejores». Así que el hombre, entregándose a la palinodia, habló sin tapujos [5] contra los macedonios durante

largo rato, proclamando que la discordia entre los griegos había sido la causa del engrandecimiento y poderío de Filipo, y pronunció el verso: «En medio de la discordia hasta el criminal puede alcanzar honores»¹⁰⁵. Esto le granjeó un odio profundo y amargo de parte de [6] los macedonios, y Alejandro dijo que Calístenes no había dado muestras de su habilidad, sino de su inquina contra ellos.

Tal es lo que, según testimonio de Hermipo, Estrebo (el [54] lector de Calístenes) contó a Aristóteles, y también que Calístenes, dándose cuenta de la hostilidad de Alejandro contra él, le dijo en dos o tres ocasiones, según se retiraba: «Murió también Patroclo, él que era mucho mejor que tú»¹⁰⁶. Así [2] pues, no parece haberse equivocado Aristóteles al decir que Calístenes poseía una elocuencia grande y poderosa pero carecía de sentido común. Sin embargo, al rechazar enérgica y [3] filosóficamente la prosternación y al decir abiertamente, él solo, aquello que indignaba secretamente a los macedonios mejores y más provecos, les ahorró a los griegos un gran oprobio —y mayor aún a Alejandro, apartándole de la idea de la prosternación—, pero se buscó su propia ruina, ya que con su actitud más parece haber forzado al rey que no haberle [4] persuadido. Y Cares de Mitilene cuenta que, con ocasión de un banquete, Alejandro, después de beber, ofreció la copa a uno de sus amigos; éste la cogió, se puso en pie mirando hacia el hogar, bebió, se prosternó ante Alejandro, después le besó y [5] volvió a recostarse en su sitio. Todos los invitados, uno detrás de otro, hicieron lo propio, pero Calístenes tomó la copa en un momento en que el rey no le prestaba atención, pues estaba conversando con Hefestión; y cuando Calístenes, después de [6] beber, se disponía a besar al rey, Demetrio el apodado Fidón dijo: «Mi señor, no le beses, pues él es el único que no se ha prosternado ante ti». Entonces Alejandro esquivó el beso, y Calístenes dijo levantando mucho la voz: «Pues bien, me iré de aquí con un beso de menos»¹⁰⁷.

[55] Una vez surgida esta hostilidad de parte del rey, en primer lugar se dio crédito a Hefestión, que decía que Calístenes, después de haberse comprometido ante él a prosternarse, había [2] faltado a su promesa; más tarde los Lisímacos y Hagnones le atacaron diciendo que el sofista iba

por ahí todo orgulloso de haber echado por tierra la tiranía, y que los jovenzuelos corrían a su presencia y le honraban como al único libre entre [3] tantas miríadas de hombres. Por eso, cuando se descubrió la conspiración de Hermolao y los suyos contra Alejandro, las acusaciones de los detractores de Calístenes cobraron visos de verosimilitud: decían que, a uno que le preguntaba cómo podría convertirse en un personaje de primera fila, le había [4] contestado: «Matando al que ocupa el primer puesto», y también que para empujar a Hermolao a la acción le había instado a no tener miedo del lecho de oro y a recordar que acometía [5] a un hombre expuesto a la enfermedad y a las heridas. No obstante, ninguno de los compinches de Hermolao denunció [6] a Calístenes, ni siquiera en situación de extrema necesidad. Es más, el propio Alejandro en una carta escrita poco después a Crátero, a Átalo y a Alcetas, dice que los jóvenes sometidos a tortura reconocieron haber actuado por propia iniciativa, sin la complicidad de ninguna otra persona. Pero más tarde, [7] escribiendo a Antípatro, incrimina a Calístenes diciendo: «Los macedonios han acabado con los jóvenes, pero yo me ocuparé de castigar al sofista, a los que le han enviado y a aquellos que acogen en sus ciudades a los que conspiran contra mí», aludiendo directamente con estas palabras a Aristóteles (y es que Calístenes se había criado en su casa en razón de su parentesco, pues era hijo de Hero, prima hermana de Aristóteles)¹⁰⁸. Unos dicen que Calístenes murió ahorcado por orden de Alejandro, [8] otros que encarcelado y de enfermedad; y Cares cuenta que, después de ser apresado, estuvo detenido y encadenado durante siete meses a la espera de ser juzgado en el Consejo y en presencia de Aristóteles, pero que, por la época en que Alejandro fue herido en la India, murió de exceso de obesidad y de pediculosis¹⁰⁹.

Bien es verdad que esto sucedió más tarde. En cuanto a [56] Demarato de Corinto, era ya bastante mayor cuando concibió el deseo de marchar a presencia de Alejandro, y cuando le hubo visto, dijo que los griegos que habían muerto antes de poder ver a Alejandro sentado en el trono de Darío se habían visto privados de un gran placer. Ahora bien, no pudo disfrutar [2] por mucho tiempo de la benevolencia del rey para

con él, pues murió de agotamiento; se celebraron magníficos funerales y el ejército elevó en su honor un túmulo de gran perímetro y de ochenta codos de altura; sus restos mortales fueron llevados hasta la costa en una cuadriga ricamente engalanada¹¹⁰.

[57] Cuando se disponía a pasar a la India, como viera ya al ejército entorpecido y con poca maniobrabilidad a consecuencia de la abundancia de botín, cargando los carros al despuntar el alba, hizo quemar primero los suyos propios y los de sus íntimos, y a continuación ordenó prender fuego también a los [2] de los macedonios. Y resultó más difícil y más penoso tomar esta decisión que ponerla en práctica; pues si bien disgustó a unos pocos, la mayoría, dando voces y gritos de entusiasmo, comenzaron a compartir los enseres necesarios con aquellos que andaban escasos y a quemar y destruir por propia iniciativa los objetos superfluos, lo que animó y enardeció sobremanera a Alejandro.

[3] Por esta época era ya terrible e inflexible en lo referente al castigo de los culpables, y así a Menandro, uno de sus íntimos al que había puesto al mando de una plaza fuerte, le condenó a muerte porque no quería quedarse allí; y a Orosdates, uno de los bárbaros sublevados, él mismo lo mató de un flechazo.

[4] En esto una oveja parió un cordero que tenía alrededor de la cabeza algo con la forma y el color de una tiara, así como un testículo a cada lado; Alejandro, horrorizado de esta señal, se hizo purificar por los babilonios que tenía costumbre de llevar consigo a tales efectos, e hizo saber a sus amigos que si estaba inquieto, no era por sí mismo sino por ellos, pues temía que, faltando él, la divinidad hiciera recaer el poder en [5] un hombre mezquino y cobarde. Sin embargo, se produjo un mejor presagio que disipó su desazón. Y es que un macedonio llamado Próximo, al mando de los guardias que se hacían cargo de la ropa de cama, mientras cavaba un lugar para la tienda del rey junto al río Oxo, descubrió un manantial de un líquido aceitoso y graso¹¹¹. Una vez salido el primer chorro, [6] comenzó a brotar un líquido puro y transparente que parecía, por su olor y gusto, idéntico al aceite, con un brillo y

una untuosidad exactamente iguales, y eso que aquella tierra no producía siquiera olivos —si bien es verdad que el propio [7] río Oxo, según se cuenta, tiene un agua muy suave, que hace relucir la piel de los que se bañan en él. Sea como fuere, ello [8] provocó un extraordinario contento en Alejandro, como queda patente por la carta que escribe a Antípatro y en la que considera este suceso como uno de los mayores signos enviados por la divinidad. Los adivinos, por su parte, vieron en ello [9] el presagio de una expedición gloriosa pero también difícil y llena de penalidades, pues los dioses han concedido a los hombres el aceite como remedio contra las fatigas.

Durante los combates, Alejandro se expuso a muchos [58] peligros y recibió heridas de consideración, pero fueron la escasez de víveres y la rudeza del clima las que provocaron las mayores pérdidas en el ejército. Él pretendía doblegar la [2] fortuna mediante la audacia y la fuerza mediante el valor, y consideraba que nada era inaccesible para los valientes, como nada era tampoco seguro para los cobardes. Y se cuenta que [3] durante el asedio a la ciudadela de Sisimitres, que era muy escarpada y de difícil acceso, como los soldados comenzaban a flaquear, preguntó Alejandro a Oxiartes qué temperamento tenía el propio Sisimitres. Oxiartes le dijo que era el más cobarde [4] de los hombres, y Alejandro: «Me estás diciendo con ello», contestó, «que podemos tomar la ciudadela, pues quien está a su mando carece de firmeza». Y en efecto, consiguió asustar a Sisimitres y tomar la ciudadela. Durante el ataque [5] a otra fortaleza igualmente escarpada se puso a arengar a los macedonios más jóvenes y se dirigió en especial a uno llamado Alejandro diciéndole: «Tú has de mostrarte valeroso, aunque sólo sea por el nombre que llevas». Y cuando el joven cayó muerto luchando con gran arrojo, Alejandro se mostró extraordinariamente afectado¹¹².

[6] Más adelante, cuando los macedonios vacilaban en ir contra la ciudad llamada Nisa (pues estaba junto a un río muy profundo), Alejandro, deteniéndose en la orilla, dijo: «¿Por qué diablos no habré aprendido a nadar?», y acto seguido, con el escudo en la mano, hizo ademán de ir a cruzar [...] ¹¹³. [7] Sin embargo, se detuvo el asalto cuando se presentaron de parte de los sitiados unos embajadores con ciertas peticiones.

En un primer momento éstos quedaron perplejos al ver al rey en armas y con un aspecto tan descuidado; después alguien le trajo a Alejandro un cojín y él invitó a sentarse en él al [8] más anciano, que se llamaba Acufis. Así que éste, admirado de su mansedumbre y humanidad, le preguntó qué tenían [9] que hacer para ganarse su amistad. Alejandro dijo: «Ponerte a ti al mando de la ciudad y enviarme a mí a los cien mejores hombres», y Acufis le contestó entre risas: «Pero, señor, me será más fácil gobernar si te envío a los peores, no a los mejores»¹¹⁴.

[59] Se dice que Taxiles mandaba sobre una porción de la India comparable en tamaño a Egipto, y además fértil y abundante como la que más¹¹⁵. Él, que era un hombre sabio, saludó a Alejandro y le dijo: «¿Qué necesidad tenemos, [2] Alejandro, de guerrear y luchar entre nosotros, si tú no has venido para arrebatarnos el agua ni el sustento necesario para vivir, únicas cosas por las que deben pelear los hombres sensatos? En cuanto a lo demás, las llamadas riquezas y [3] posesiones, si yo tengo más que tú estoy dispuesto a hacerte partícipe de ellas, y si tengo menos no rechazaré tus dádivas, al contrario, te estaré agradecido por ello». Así que Alejandro, [4] regocijado con sus palabras, le estrechó la mano y le dijo: «¿Y acaso crees que nuestro encuentro va a terminar sin combate, después de tales muestras de amabilidad? Ten por seguro que de ningún modo me vas a aventajar, pues yo voy a esforzarme en contrarrestar tus favores a fin de que no resultes ser más generoso que yo». Así, recibiendo [5] muchos presentes y ofreciendo todavía más, acabó Alejandro por entregarle mil talentos de plata acuñada, lo que por un lado molestó vivamente a sus amigos, pero por otro hizo que muchos bárbaros se mostrasen más mansos ante él.

No obstante, los indios más belicosos, que iban de ciudad [6] en ciudad ofreciéndose como mercenarios, las defendían con gran resolución y causaban no pocos quebrantos a Alejandro; en cierta ciudad, después de pactar una tregua con ellos, Alejandro les sorprendió en el camino de regreso y los mató a todos. Y esto ha de quedar como una mancha en el historial [7] militar de Alejandro, que por lo demás peleó siempre con lealtad y como corresponde a un rey. No menos

problemas [8] que los mercenarios le dieron los filósofos, que injuriaban a los reyezuelos que se ponían del lado de Alejandro y trataban de sublevar a los pueblos libres; por esta razón el rey mandó también colgar a muchos de ellos¹¹⁶.

[60] Por lo que respecta a la campaña contra Poro, el propio Alejandro cuenta en sus cartas cómo se desarrolló. Dice pues que, como el Hidaspes hacía con su cauce de divisoria entre ambos ejércitos, Poro tenía en todo momento a sus elefantes [2] colocados de frente para impedir el paso del río; así que Alejandro ordenaba cada día que se hiciera mucho ruido y estrépito en el campamento para acostumbrar así a los bárbaros y que [3] no se alarmaran¹¹⁷. En una noche borrascosa y sin luna tomó consigo a una parte de la infantería y a la elite de la caballería y, alejándose bastante de los enemigos, cruzó hasta una isla no [4] muy grande. Allí comenzó a caer sobre sus tropas una lluvia furiosa, que traía consigo abundantes ráfagas y rayos, y Alejandro, aun viendo cómo algunos de los suyos caían fulminados por los rayos, decidió salir de la isleta para ganar la orilla [5] opuesta. Pero el Hidaspes, que a causa de la tormenta bajaba con violencia y por encima de su nivel, había causado una gran rotura en dicha orilla, contra la que se dirigía una parte importante de la corriente; sus hombres pudieron alcanzar la parte central con no poco peligro, pues se trataba de un terreno [6] resbaladizo y lleno de fracturas. Según se cuenta, fue entonces cuando Alejandro dijo: «Atenienses, ¿podríais creer cuán grandes peligros afronto para merecer vuestro [7] reconocimiento?». Esto es al menos lo que cuenta Onesícrito¹¹⁸, si bien el propio Alejandro dice tan sólo que sus hombres, abandonando las almadías, cruzaron el terreno inundado llevando sus armas y con el agua que les llegaba hasta el pecho; una vez cruzado el río, Alejandro fue a colocarse con la caballería veinte estadios por delante de la infantería, pues calculaba que, si los enemigos atacaban con su caballería, él podría derrotarles con facilidad, y que si ponían en marcha su falange, la infantería macedonia tendría tiempo de unirse a él. Y se cumplió una de las dos posibilidades: haciendo frente a mil jinetes y sesenta [8] carros enemigos, los puso en fuga, capturó la totalidad de los carros y mató a cuatrocientos jinetes. Comprendiendo [9]

con ello Poro que Alejandro en persona había cruzado el río, se puso en marcha con todas sus tropas, a excepción de las que dejó para impedir que cruzaran los demás macedonios. Y Alejandro, que temía tanto los elefantes como la superioridad [10] numérica del enemigo, se lanzó contra el ala izquierda y ordenó a Ceno que atacara la derecha. Ambos flancos fueron [11] puestos en fuga, pero los soldados se retiraban para reunirse siempre junto a los elefantes; a partir de entonces el combate entró en una fase de gran confusión, y a duras penas los enemigos cedieron al cabo de ocho horas. Esto es al menos lo que cuenta en sus cartas el propio artífice de la victoria.

La mayor parte de los historiadores coinciden en señalar [12] que Poro levantaba cuatro codos y un palmo de altura, y que en razón de su talla y de su corpulencia quedaba tan proporcionado con su elefante como puede estarlo un jinete con su caballo, y eso que su elefante era enorme. Además este animal [13] dio muestras de una sorprendente inteligencia y solicitud hacia su rey: mientras éste estuvo aún en perfecto estado, el elefante se defendía y rechazaba a los asaltantes con decisión, pero cuando se apercibió de que su jinete flaqueaba ante la avalancha de dardos que le herían, temiendo que cayese por tierra se arrodilló suavemente y cogiendo con su trompa las saetas se las fue sacando del cuerpo una a una, con gran cuidado¹¹⁹.

[14] Cuando Poro fue finalmente apresado, Alejandro le preguntó cómo había que tratarle, y él respondió: «Como a un rey»; y como aquél insistiera en si quería añadir algo más, [15] dijo: «Está todo dicho con lo de «como a un rey»». Así que Alejandro no sólo le permitió reinar con el título de sátrapa en las tierras de las que era antes señor, sino que añadió a ello, después de haber domeñado a sus habitantes, una comarca independiente que, según se dice, comprendía quince naciones, cinco mil ciudades de importancia y un sinfín de [16] aldeas. Además conquistó un territorio tres veces mayor que el reseñado e hizo de él una satrapía al mando de Filipo, uno de sus Compañeros.

[61] De resultas del combate contra Poro murió Bucéfalo, no inmediatamente sino al cabo de un tiempo, mientras se le curaban sus heridas, según la versión de la mayoría de autores

(aunque según Onesícrito fue a causa de la vejez y del agotamiento, pues, de hecho, tenía treinta años cuando murió)¹²⁰. [2] Ello afectó en lo más profundo a Alejandro, quien consideraba haber perdido ni más ni menos que a un amigo o familiar; y fundó en su honor, a orillas del Hidaspes, una ciudad a la [3] que llamó Bucefalia. Se cuenta asimismo que, perdiendo a un perro llamado Peritas al que él mismo había criado y al que quería mucho, fundó también una ciudad que llevaba su nombre (esto último dice Soción haberlo oído de labios de Potamón de Lesbos)¹²¹.

[62] El combate contra Poro había debilitado considerablemente a los macedonios, que se resistían a seguir penetrando al [2] interior de la India. En efecto, habían podido rechazar a duras penas a aquél, que se les había enfrentado con apenas veinte mil infantes y dos mil jinetes; por ello se opusieron firmemente a Alejandro cuando éste pretendió forzarles a cruzar también el Ganges, pues se enteraron de que su anchura era de treinta y dos estadios y su profundidad de cien brazas, y que la orilla opuesta estaba cubierta por una muchedumbre de caballos, elefantes y armas. Se decía, en efecto, que los reyes [3] de los gandáridas y de los presios les aguardaban con ochenta mil jinetes, doscientos mil infantes, ocho mil carros y seis mil elefantes de combate. Y no había en ello exageración, pues [4] Sandracoto, que reinó no mucho tiempo después, regaló a Seleuco quinientos elefantes e invadió y domó toda la India con un ejército de seiscientos mil hombres¹²².

Así pues, en un primer momento Alejandro, desazonado [5] y furioso, se encerró en su tienda y permaneció allí tumbado, diciendo que no iba a estarles agradecido por las conquistas realizadas hasta entonces si no cruzaban el Ganges, y que consideraría la retirada como una confesión de derrota. Pero [6] tanto las sensatas recomendaciones de sus amigos como los gemidos y gritos de los soldados que le suplicaban agolpándose a su puerta, hicieron que el rey se doblegase y levantase el campamento, no sin antes idear gran cantidad de ingeniosos engaños en aras de su propia leyenda; así, hizo fabricar armas [7] enormes, pesebres para los caballos y frenos más pesados de lo normal, y los dejó allí esparcidos por el

suelo. Hizo levantar [8] también altares a los dioses, que incluso hoy siguen venerando los reyes de los presios cuando cruzan el río, y celebran allí [9] sacrificios a la manera griega. En cuanto a Sandracoto, siendo todavía un muchacho pudo ver a Alejandro en persona; y se cuenta que más tarde solía repetir que Alejandro había estado a punto de hacerse con el país, pues el rey anterior era odiado y despreciado a causa de su maldad y de su baja extracción social.

[63] De allí Alejandro se puso en marcha para ir a ver el mar exterior; haciendo construir gran cantidad de barcos de remos y de almadías, comenzó a descender sin prisas por los cursos [2] de agua¹²³. Pero dicha navegación no estaba desprovista de trabajo ni de combates, pues desembarcaba para atacar las ciudades e iba sometiendo todas las comarcas; y entre los llamados malos, que se dice son los más belicosos entre [3] los indios, poco faltó para que el rey muriera acribillado. En efecto, después de haber expulsado de la muralla a los enemigos a base de dardos, él subió el primero sobre el muro con la ayuda de una escala, pero ésta se rompió y los bárbaros, colocados junto a la muralla por la parte de dentro, le disparaban desde abajo; y aunque estaba casi solo, se encogió y saltó en medio de los enemigos, teniendo la fortuna de caer [4] de pie. Comenzó Alejandro a blandir sus armas y los bárbaros creyeron ver un resplandor espectral que se movía delante de [5] ellos, por lo que en un primer momento se dieron a la fuga, dispersándose; pero cuando vieron que estaba solo con dos escuderos, acudieron a la carrera y, a pesar de su defensa, en el cuerpo a cuerpo comenzaron a herirle con espadas y [6] lanzas a través de su armadura; y un arquero que se encontraba algo más lejos le disparó una flecha con tal violencia e impulso que aquélla, atravesando la coraza, quedó clavada en un hueso junto a la tetilla. Y como Alejandro cediera al [7] impacto y doblara las rodillas, el soldado que lo había asaeteado vino contra él desenfundando su cimitarra bárbara, pero le salieron al paso Peucestas y Limneo; ambos resultaron [8] heridos, y Limneo murió, mientras que Peucestas aguantó firme y Alejandro dio muerte al bárbaro. Pero había recibido [9] numerosas heridas, y finalmente, golpeado en el cuello con un mazo, tuvo que

apoyar su cuerpo contra la muralla, sin dejar de mirar en dirección a los enemigos. En ese momento [10] los macedonios aparecieron en la escena y se lo llevaron ya inconsciente, conduciéndole a su tienda. Al punto corrió [11] por el campamento el rumor de que había muerto. Con gran esfuerzo y dificultad se le pudo aserrar el cabo de la flecha, que era de madera, y pudiendo así quitarle la coraza, no sin problemas se procedió a la extracción de la punta, clavada en una de las costillas y que se cuenta tenía tres dedos de ancho [12] y cuatro de largo. Mientras se le extraía la flecha tuvo varios desmayos y estuvo muy cerca de la muerte, pero a pesar de todo se recuperó. Aunque fuera de peligro, siguió estando [13] débil y durante bastantes días tuvo que seguir un régimen y cuidarse; un día, como oyera a los macedonios que alborotaban en el exterior de su tienda, impacientes por verle, se puso un manto por encima y salió ante ellos. Después de sacrificar [14] a los dioses se embarcó de nuevo y continuó su viaje sometiendo por el camino muchas comarcas y grandes ciudades.

Por lo que respecta a los gimnosofistas, que habían sido [64] los principales instigadores de la rebelión de Sabas y habían dado innumerables problemas a los macedonios, Alejandro, capturando a diez de entre ellos que llevaban fama de dar respuestas con gran maestría y concisión, comenzó a proponerles preguntas insolubles, advirtiéndoles que haría matar al primero que respondiera incorrectamente, y así sucesivamente con los demás; y ordenó a uno de ellos, el más anciano, que [2] hiciera de juez¹²⁴. Así pues, le preguntó al primero quiénes creía que eran más numerosos, los vivos o los muertos; él [3] dijo que los vivos, pues los muertos ya no son. Al segundo, si los animales más grandes se crían en la tierra o en el mar; él dijo que en la tierra, pues el mar no es sino una parte de [4] aquélla. Al tercero, cuál es el animal más mañoso; él contestó [5] que aquel que el hombre no conoce todavía. Al cuarto, que con qué razonamiento había incitado a Sabas a la rebelión; él respondió que con la intención de que aquél viviera noblemente [6] o muriera noblemente. Al quinto le preguntó si había sido antes el día o la noche; él dijo que el día, por un solo día, [7] y advirtiéndole la sorpresa del rey

añadió que las respuestas a preguntas insolubles han de ser por fuerza incomprensibles. [8] Así que pasando al sexto le preguntó Alejandro cuál es la mejor manera de hacerse querer; él respondió que siendo el [9] más poderoso sin inspirar el terror. Ya con los tres últimos, a uno le preguntó cómo podría un hombre convertirse en dios, y él dijo que haciendo aquello que no le es posible al hombre [10] hacer. Al otro le preguntó cuál es más poderosa, la vida o la muerte, y él respondió que la vida, puesto que es capaz de [11] sobrellevar tal cantidad de desgracias. Y al último le preguntó hasta qué momento le vale la pena vivir al hombre; él dijo que hasta el momento en que considera la muerte preferible [12] a la vida. Entonces Alejandro, volviéndose hacia el juez, le instó a que dictara su sentencia. Cuando éste proclamó que unos habían respondido peor que otros, le dijo Alejandro: «Pues bien, tú serás el primero en morir, en vista de tan buena sentencia». Y aquél: «No ha de ser así, señor, a menos que mintieras cuando dijiste que moriría el primero que diese la peor respuesta».

Así pues, Alejandro los dejó marchar después de hacerles regalos; [65] y envió a Onesícrito a presencia de los gimnosofistas más célebres, que vivían pacíficamente retirados, para que les pidiera que se llegaran ante el rey. Este Onesícrito, que era un filósofo [2] de los que habían frecuentado a Diógenes el cínico, cuenta que Cálano le exigió de una forma insolente y brusca que se quitara la túnica para escuchar sus palabras desnudo, pues de lo contrario no tendría ninguna conversación con él, aunque viniera de parte del propio Zeus; Dándamis, por el contrario, se mostró más [3] afable, y después de escuchar hasta el final la charla de Onesícrito acerca de Sócrates, Pitágoras y Diógenes, dijo que le parecían varones de magníficas cualidades, pero que habían vivido con un excesivo temor de las leyes. Sin embargo, otros cuentan [4] que Dándamis se limitó a decir lo siguiente: «¿A cuento de qué ha venido hasta aquí Alejandro haciendo tan largo camino?».

En todo caso, Taxiles convenció a Cálano de que se presentase [5] ante Alejandro. Este Cálano se llamaba en realidad Esfines, pero como, cuando se encontraba con alguien, le saludaba diciendo en lengua india *calé*, en lugar de

«salud», los griegos le pusieron por nombre Cálano. De él se cuenta [6] también que propuso a Alejandro una representación figurada de su imperio: extendiendo por tierra una piel de cuero toda seca y acartonada, pisó con el pie uno de los extremos; al hacer presión en un punto, las demás partes de la piel se levantaron. Pisando de esta forma por todo el perímetro de la [7] piel hizo ver que sucedía siempre lo mismo, hasta que, plantándose en el medio, mantuvo de esta forma toda la piel en reposo. Con esta imagen quería demostrar que Alejandro tenía [8] que hacer sentir su poder sobre todo en la parte central del imperio, y no entregarse a errabundeos en regiones lejanas¹²⁵.

[66] El descenso por los ríos en dirección al mar duró siete meses. Una vez hubo desembocado con sus naves en el océano, navegó hacia una isla que él llamó Escilustis, si bien [2] otros la llaman Psiltucis¹²⁶. Desembarcó en ella, sacrificó a los dioses y examinó las condiciones del mar y de la parte de la costa que era accesible. Finalmente, tras rogar a los dioses que ningún hombre después de él superara los límites de [3] su expedición, emprendió el regreso. Ordenó que sus barcos navegaran llevando siempre la India a su derecha, y nombró jefe de la expedición a Nearco y primer piloto a Onesícrito; [4] y él, marchando a pie a través del país de los oritas, fue presa de una gravísima escasez de víveres y perdió tal cantidad de hombres que ni siquiera un cuarto de sus fuerzas de guerra [5] regresaron de la India —y eso que la infantería ascendía a [6] ciento veinte mil soldados y la caballería a quince mil. Las graves enfermedades, el pésimo régimen de vida, los ardientes calores y sobre todo el hambre los fueron diezmando mientras atravesaban un país estéril, cuyos habitantes llevaban una vida miserable y poseían unos pocos corderos raquíuticos que tenían costumbre de alimentar con pescados de mar, y cuya carne [7] era maloliente y de ínfima calidad. Así pues, recorrió penosamente esta comarca en sesenta días; pero en cuanto llegó a los límites de la Gedrosia disfrutó de todo en abundancia, gracias a la asistencia de los sátrapas y reyezuelos de las regiones más próximas¹²⁷.

[67] Allí el ejército pudo recuperarse, y a continuación Alejandro marchó en cortejo festivo a través de la Carmania,

por [2] espacio de siete días. Ocho caballos les llevaban lentamente a él y a sus íntimos, subidos sobre un entarimado clavado a una peana bien alta y visible; Alejandro banqueteaba sin cesar, día y noche. Les seguían innumerables carros, unos con [3] vistosas cubiertas teñidas de púrpura, otros con ramas siempre frescas y verdes para hacer sombra, y en ellos venía el resto de amigos y oficiales, con la cabeza coronada de guirnaldas y bebiendo. No se veían ni escudos ni cascos ni lanzas; sólo [4] los vasos, los cuernos para beber y las copas tericleas con las que los soldados, a lo largo de todo el camino, extraían el vino de grandes cubas y crateras y brindaban entre sí, unos al tiempo que avanzaban caminando, otros recostados en sus carros. Una incesante música de caramillos y flautas, de cantos [5] acompañados con la lira y de melodías báquicas entonadas por mujeres llenaban todos los lugares por los que pasaban. Esta [6] marcha desordenada y errante venía acompañada de juegos de una licencia báquica, como si el propio Dioniso estuviera allí presente dirigiendo el cortejo. Una vez llegados al alcázar de [7] Gedrosia, Alejandro volvió a celebrar festejos para animar a su ejército¹²⁸. Y se cuenta que, mientras contemplaba borracho [8] los concursos de danza, su querido Bagoas, que había resultado vencedor bailando en uno de los coros, cruzó la escena del teatro con su traje de danzante y vino a sentarse junto a él; viendo lo cual los macedonios comenzaron a aplaudir y a gritar al rey que le besara, hasta que éste, abrazando al joven, hizo lo que le pedían¹²⁹.

[68] Allí acudieron a su encuentro Nearco y los suyos¹³⁰. Alejandro escuchó con gran placer el relato de su navegación y concibió el proyecto de descender él mismo por el Éufrates con una gran flota para después, bordeando las costas de Arabia y de Libia, penetrar en el mar interior a través de las [2] columnas de Heracles; en Tápsaco hizo construir todo tipo de barcos y reclutar marineros y timoneles de todas partes¹³¹. [3] Pero las dificultades que había tenido en su expedición a las tierras altas, la herida recibida ante los malos y las pérdidas en su ejército, que se decía eran muy elevadas, haciendo todo ello que se dudara de su supervivencia, tuvieron por efecto que los pueblos sometidos se inclinaban a la rebelión y que sus

generales y sátrapas cometieran muchas injusticias y actuaran con violencia, movidos por la codicia; en una palabra, la agitación [4] y el ansia de novedades recorría todo el imperio. De ahí que incluso Olimpiade y Cleopatra, rebelándose contra Antípatro, se repartieran el poder, adueñándose la primera del Epiro y [5] la segunda de Macedonia —y Alejandro, al enterarse de ello, dijo que su madre había tomado la mejor decisión, pues los [6] macedonios no iban a tolerar que les mandara una mujer. Por todo ello envió de nuevo al mar a Nearco, pues había decidido llenar toda la costa de ciudades, y él se dirigió a las tierras bajas para castigar personalmente a sus generales corruptos. [7] A uno de los hijos de Abulites, llamado Oxiartes, él mismo lo mató atravesándolo con su lanza macedónica; y como Abulites no le tenía preparados los víveres indispensables, sino que solamente le había presentado tres mil talentos de plata acuñada, ordenó Alejandro que se les llevase la plata a los caballos. Éstos, naturalmente, no quisieron probarla, así que el rey le dijo: «¿De qué nos sirven pues tus preparativos?», y acto seguido lo mandó encerrar¹³².

En la Pérsida lo primero que hizo fue repartir dinero entre [69] las mujeres, como tenían por costumbre los reyes que, cuantas veces llegaban a dicha región, daban una moneda de oro a cada una; se dice que por esa razón algunos reyes se [2] presentaban raramente en Pérsida, y que Oco no lo hizo ni una sola vez, exiliándose a sí mismo de su patria por avaricia¹³³. Después, encontrándose Alejandro con que la tumba de Ciro [3] había sido profanada, hizo matar al culpable, por más que se tratara de un personaje de no poca alcurnia oriundo de Pela, de nombre Pulámaco. Leyó Alejandro el epitafio de Ciro y [4] ordenó que debajo de él se grabara también en caracteres griegos, que decían así: «Amigo, quienquiera que seas y doquiera que vengas —pues es seguro que vendrás—, yo soy Ciro, el que dio un imperio a los persas. Así pues, no me escatimes esta poca tierra que cubre mi cuerpo». Este episodio afectó vivamente [5] a Alejandro, pues le hizo reflexionar acerca de lo incierto y cambiante de nuestra suerte¹³⁴.

Fue allí donde Cálano, que tenía molestias en el vientre [6] desde hacía cierto tiempo, pidió que se le preparara una pira. Se llegó hasta ella montado a caballo y después de decir una

oración, hacer libaciones sobre sí mismo y ofrecer como primicia un mechón de su pelo, subió a la pira y saludó a los macedonios presentes invitándoles a que pasaran ese día con alegría y se emborracharan con su rey, a quien dijo vería en [7] breve en Babilonia. Diciendo lo cual se tumbó, se cubrió y, cuando el fuego se le acercaba, no se movió; guardando la posición que había tomado al tumbarse, llevó a término su sacrificio propiciatorio siguiendo la costumbre nacional de [8] los sabios de la India. Muchos años más tarde, otro indio que acompañaba a César hizo lo mismo en Atenas, y todavía hoy se muestra allí la llamada «Tumba del indio»¹³⁵.

[70] De regreso de la pira, Alejandro reunió en banquete a un gran número de amigos y oficiales, y les propuso un concurso en el que quien bebiera más vino sin mezclar obtendría una [2] corona. El que más bebió fue Prómaco, que llegó hasta cuatro congios; recibió su premio, una corona que valía un talento, y sobrevivió tres días. En cuanto a los demás, según Cares murieron otros cuarenta y uno que habían concursado, de resultas de un intenso frío que cogieron durante la borrachera¹³⁶.

[3] En Susa se celebraron las bodas de sus íntimos, tomando el propio Alejandro por esposa a la hija de Darío, Estatira, y asignando las mejores novias a sus mejores hombres¹³⁷. Celebró en común con los macedonios que estaban ya casados un banquete de bodas en el que se dice hubo nueve mil invitados, y a cada uno de ellos se le dio una copa de oro para las libaciones; y, entre otras muestras de su extraordinaria munificencia, pagó él mismo a los acreedores las deudas contraídas por los suyos, ascendiendo en total los gastos a nueve mil ochocientos setenta talentos. Antígenes el tuerto [4] se había inscrito fraudulentamente en la lista de deudores, así que trayendo a un supuesto acreedor a la caja de pagos cobró cierta cantidad; pero cuando se descubrió su engaño, el rey, irritado, le expulsó de la sala y le retiró el mando. Este Antígenes [5] era un militar brillante; siendo aún joven, cuando Filipo sitiaba la ciudad de Perinto, recibió en el ojo el impacto de un dardo de catapulta, pero no permitió que se lo extrajeran ni cejó en la lucha hasta que consiguió rechazar a los enemigos y encerrarles tras las murallas. Así

pues, en aquella ocasión [6] llevó muy a mal tal deshonra, y era evidente que, llevado de la aflicción y la pesadumbre, iba a acabar con su vida; el rey, temiendo tal desenlace, cejó en su cólera y le ordenó que se guardara el dinero.

Los treinta mil adolescentes que Alejandro había dejado [71] allí para que se ejercitaran e instruyeran no sólo exhibían ya unos cuerpos varoniles y un magnífico aspecto, sino que además daban muestras de una admirable destreza y agilidad en el desempeño de sus tareas; Alejandro se congratuló de ello, mientras que los macedonios fueron presa de la pesadumbre ante el temor de que el rey pudiera tenerles en adelante en menos consideración que a aquéllos. Por ello, cuando Alejandro [2] procedió a enviar hacia la costa a los enfermos y mutilados, los macedonios protestaron que era un ultraje y un insulto que, después de servirse de unos hombres para todo tipo de tareas, los apartara ahora ignominiosamente de su lado y los repatriara con sus padres, que se los habían entregado en un estado muy diferente; y en consecuencia le pedían que dejase [3] marchar a todos los macedonios, teniéndolos a todos por inútiles, puesto que tenía consigo a esos jóvenes danzantes pírricos en compañía de los cuales iba a conquistar el mundo entero. Alejandro tomó muy a mal sus protestas y, encolerizado, [4] profirió cantidad de injurias contra ellos y les expulsó de su vista; confió su seguridad a los persas y nombró entre [5] ellos a sus guardias personales y ayudantes. Los macedonios, viéndole escoltado por tales hombres y viéndose a sí mismos rechazados e insultados, se sentían humillados; pero, entrando en razón, se dieron cuenta de que casi se habían vuelto locos [6] de celos y de cólera, y, finalmente, recobrando la sensatez, se presentaron ante su tienda sin armas, vestidos con una simple túnica, y entre gritos y gemidos se ponían en sus manos y le exhortaban a que los tratase como a malvados desagradecidos. [7] Alejandro no los dejó entrar, por más que estuviera ya más templado, pero ellos no se retiraron, y durante dos días y dos noches aguantaron allí, plantados junto a su tienda lamentándose [8] y llamándole «soberano». Al tercer día el rey, saliendo de su tienda y viéndoles tan humillados y dignos de lástima, lloró largamente; después les hizo suaves reproches y les habló con humanidad. Despidió a los soldados inútiles después de

hacerles magníficos regalos y de escribir a Antípatro a fin de que en todos los concursos y teatros tuvieran un asiento de honor y asistieran al espectáculo coronados con guirnaldas. Asimismo asignó pensiones para los huérfanos de soldados muertos en sus campañas.

[72] Una vez llegado a Ecbatana de Media y despachados los asuntos urgentes, se entregó de nuevo a festejos y representaciones teatrales, pues le habían llegado de Grecia tres mil [2] artistas. En esos días se dio la circunstancia de que Hefestión estaba febril; pero, siendo como era joven y de espíritu marcial, no toleraba la idea de seguir una dieta rigurosa. Así que mientras su médico, Glauco, se ausentaba para ir al teatro, Hefestión se sentó a la mesa, devoró un gallo cocido y se bebió una gran jarra de vino fresco; comenzó a sentirse mal [3] y al poco rato murió. Alejandro encajó la desgracia de forma irreflexiva y sin ninguna moderación: al punto mandó afeitar las crines a todos los caballos y mulos en señal de duelo, hizo derribar las murallas de las ciudades de los alrededores, mandó crucificar al desdichado médico y prohibió en el campamento, durante largo tiempo, el sonido de las flautas o de cualquier otro tipo de música, hasta que le llegó un oráculo de Amón que le instaba a hacer sacrificios en honor de Hefestión y a honrarle como a un héroe. Alejandro, sirviéndose de la guerra [4] como un medio de paliar su dolor, salió de campaña como quien va a la caza del hombre; sometió al pueblo de los coseos e hizo masacrar a todos los varones adultos (a esto se le llamó «el sacrificio en honor de Hefestión»). Tenía pensado gastar [5] diez mil talentos entre la tumba, los funerales y demás ornatos fúnebres, y como quería que la singularidad y el mérito artístico del monumento quedaran por encima del gasto, quiso contar, antes que con ningún otro arquitecto, con Estásícrates, que prometía dar a sus invenciones una cierta magnificencia, audacia y boato. En efecto, este Estásícrates, en un encuentro [6] anterior con Alejandro, le había dicho que el Atos de Tracia era la montaña más apropiada para recibir la configuración y forma humanas, por lo que, si así se lo ordenaba, haría del [7] Atos la más perenne y conspicua de sus estatuas, un Alejandro rodeando con la mano izquierda una ciudad de diez mil habitantes y vertiendo con la derecha la caudalosa corriente de un río que

desembocaría en el mar. Y si bien Alejandro había [8] desechado esta idea, por aquel entonces pasaba mucho tiempo en compañía de los arquitectos imaginando y dándole vueltas a proyectos aún más absurdos y costosos que aquél¹³⁸.

Mientras avanzaba hacia Babilonia, Nearco —que había [73] llegado de su segunda navegación por el gran mar, hasta el Éufrates— le hizo saber que se había encontrado con algunos sabios caldeos que aconsejaban a Alejandro que se alejara de [2] Babilonia; pero él no hizo caso y siguió avanzando. Llegado ante las murallas de la ciudad, vio una gran bandada de cuervos que peleaban y se herían unos a otros; algunos cayeron [3] muertos a sus pies. Después se denunció a Apolodoro, gobernador militar de Babilonia, por haber celebrado un sacrificio para conocer el futuro de Alejandro; éste hizo llamar al adivino [4] Pitágoras, quien no negó el hecho. Alejandro le interrogó sobre el estado de las víctimas, y cuando aquél le informó de que el hígado no tenía lóbulo, el rey dijo: «Ay, ésta es grave [5] señal». A Pitágoras no le hizo ningún daño, y se arrepintió de no haber hecho caso a Nearco; en adelante pasaba la mayor parte del tiempo acampado en las afueras de la ciudad y navegando [6] por el Éufrates. Pero se producían muchos presagios que lo inquietaban: así, por ejemplo, un asno doméstico atacó y mató de una coz al más grande y hermoso de los leones que [7] hacía criar. Otra vez, el rey se había desvestido y hecho frotar con aceite para jugar a la pelota; los jóvenes que jugaban con él, cuando fue ya el momento de coger de nuevo sus ropas, vieron a un hombre sentado en el trono, en silencio, vistiendo [8] la estola y la diadema reales. Se le preguntó quién era, pero él estuvo un rato largo sin decir palabra; después, volviendo en sí a duras penas, dijo llamarse Dionisio y ser oriundo de Mesenia. Dijo también que se le había llevado desde la costa hasta allí a causa de cierta acusación, y que había pasado mucho [9] tiempo encadenado, pero que recientemente Serapis se le había aparecido, lo había liberado de sus grilletes y lo había conducido hasta allí, ordenándole que se pusiera la estola y la diadema, se sentase y guardase silencio¹³⁹.

[74] Alejandro, tras escuchar sus palabras, hizo desaparecer al hombre, como le aconsejaban los adivinos, pero estaba

desanimado, ya no tenía confianza en la divinidad y sospechaba de sus amigos. Temía sobre todo a Antípatro y a sus hijos, uno de [2] los cuales, Yolas, era su copero mayor; el otro, Casandro, había llegado de Grecia recientemente, y cuando vio a unos bárbaros que se prosternaban ante el rey, educado como estaba a la manera griega y sin haber visto antes nada parecido, prorrumpió en sonoras carcajadas. Alejandro se irritó y, agarrándolo [3] violentamente de los pelos con ambas manos, le golpeó la cabeza contra el muro. En otra ocasión, cuando Casandro [4] se disponía a decir algo contra quienes estaban acusando a Antípatro, Alejandro le cortó diciendo: «¿Qué dices? ¿Es que crees que unos hombres que no hubieran sufrido ninguna injusticia iban a hacer tan largo camino sólo para calumniar?». Casandro replicó que el hecho mismo de haberse ido tan lejos [5] de quien pudiera refutarles era un indicio de que se trataba de calumnias; y Alejandro, echándose a reír, dijo: «¡Aquí tenemos los sofismas de los discípulos de Aristóteles, capaces de defender tanto el derecho como el revés! Como se descubra que habéis causado el más mínimo perjuicio a estos hombres, lo habréis de lamentar». Y se dice que a Casandro acabó por [6] metérsele en el alma un miedo tan terrible e indeleble que, muchos años más tarde, siendo ya rey de Macedonia y señor de Grecia, paseándose en cierta ocasión por Delfos mientras contemplaba las estatuas, al ver una imagen de Alejandro se quedó de repente pasmado y su cuerpo fue presa de temblores y convulsiones, y a duras penas pudo recuperarse del vértigo causado por esta visión¹⁴⁰.

[75] Así pues, Alejandro se entregó a partir de entonces a las señales divinas, su espíritu siempre turbado y temeroso; no había un suceso desusado y extraño, por mínimo que fuese, del que no hiciese un prodigio o un presagio, y su palacio estaba lleno de sacrificantes, exorcistas, adivinos y, en una palabra, de gentes que llenaban el espíritu del rey de necedades y temores. [2] Y es que, si en verdad la incredulidad y el desprecio de las cosas divinas es una falta terrible, terrible es a su vez la superstición que, igual que el agua, se dirige siempre a las [3] partes más bajas [...] ¹⁴¹. No obstante, desde que le llegaron los oráculos del dios referentes a Hefestión, abandonó

el luto [4] y se dio de nuevo a hacer sacrificios y a beber. Ofreció un magnífico banquete a Nearco, y después de bañarse como era su costumbre, se disponía a irse a dormir; pero, a petición de [5] Medio, marchó a casa de éste para seguir la fiesta. Allí, después de beber toda la noche y el día siguiente, comenzó a tener fiebre, pero no porque hubiera apurado la copa de Heracles, ni por haber sentido un dolor repentino en la espalda, como si le hubieran alcanzado con una lanza —pues estos detalles los inventaron ciertos autores que consideraban necesario escribir un desenlace trágico y patético, como si fuera el de un gran [6] drama. Aristobulo dice que el rey tuvo una fiebre virulenta y que, como tenía mucha sed, bebió vino; que, de resultas de ello, se puso a delirar, y que murió el día treinta del mes Desio¹⁴².

[76] Y en los *Diarios* está escrito lo siguiente en relación con su enfermedad: «El día dieciocho del mes Desio durmió en [2] el cuarto de baño a causa de la fiebre. A la mañana siguiente, después de bañarse se trasladó a su alcoba y pasó el día jugando a los dados con Medio; después, a una hora ya avanzada, se bañó, hizo un sacrificio a los dioses y cenó, pasando la noche con fiebre. El día veinte, después de bañarse de nuevo, [3] celebró el sacrificio de costumbre, y acostado en el cuarto de baño pasó el rato escuchando a Nearco hablar de su viaje marítimo y del gran océano. El día veintiuno hizo lo mismo, [4] pero se enardecía más que el día anterior; pasó una mala noche y al día siguiente tuvo una fiebre muy alta. Se le trasladó [5] de allí y se acostó junto a la gran piscina, donde conversó con sus oficiales acerca de los puestos de mando vacantes, instándoles a que nombraran para ellos a gente experimentada. El [6] día veinticuatro, con fiebre muy alta, se le llevó a que celebrase sus sacrificios; ordenó que los oficiales de mayor graduación se quedaran en el palacio y que los taxiarcos y pentacosiarcos pasaran la noche fuera de él. Trasladado al palacio [7] situado en la otra orilla del río, el día veinticinco durmió un poco, pero la fiebre no remitió; cuando los oficiales entraron a verle estaba ya sin voz, y lo mismo el día veintiséis. Por ello [8] los macedonios creyeron que había muerto, y presentándose ante las puertas comenzaron a gritar y a amenazar a los íntimos del rey hasta que les forzaron a

dejarles entrar; una vez abiertas las puertas todos ellos desfilaron junto a su lecho, en fila india, vestidos con una simple túnica. Ese día Pitón y [9] Seleuco fueron enviados al templo de Serapis para preguntar si había que llevar allí a Alejandro, pero el dios respondió que lo dejaran donde estaba. Y el día veintiocho por la tarde murió»¹⁴³.

La mayoría de estos hechos están registrados así, palabra [77] por palabra, en los *Diarios*. La sospecha de envenenamiento [2] nadie la tuvo de inmediato, pero cinco años más tarde, según se dice, como consecuencia de una denuncia, Olímpíade hizo matar a un buen número de personas y aventar los restos de Yolas, ya fallecido, pues supuestamente fue él quien vertió el [3] veneno. Y en cuanto a los que dicen que Aristóteles aconsejó tal acción a Antípatro y que incluso le proporcionó el veneno, ellos dan como fuente de esta versión a un tal Hagnótemis, quien a su vez la habría escuchado de labios del rey Antígono; [4] y el veneno era, según dicen, un agua fría y helada que mana de cierta roca en Nonácride, donde la recogen como si fuera un rocío ligero y la meten en un casco de asno (pues ningún otro recipiente puede contenerla, ya que su frialdad y acritud [5] los hacen saltar en pedazos)¹⁴⁴. Sin embargo, la mayoría de los autores creen que la historia del envenenamiento es una pura invención, y tienen como prueba nada desdeñable lo siguiente: mientras, durante muchos días, los generales disputaban entre sí, el cadáver, que yacía descuidado en un lugar de un calor sofocante, no mostró señales de una muerte semejante, antes bien, se conservó puro y fresco¹⁴⁵.

[6] Roxana estaba entonces encinta, por lo que recibía los honores de los macedonios. Pero estaba celosa de Estatira, así que la hizo venir a su presencia engañándola por medio de una carta fingida; una vez llegada la hizo matar junto con su hermana, arrojó los cadáveres a un pozo e hizo que lo cegaran con tierra, todo ello con la complicidad y ayuda de Perdicas. [7] Éste disfrutó enseguida de un enorme poder, y llevaba siempre tras de sí, como un figurante de los que acompañan a los reyes en el teatro, a Arrideo, hijo de Filina, una mujer pública y de baja estofa¹⁴⁶. Arrideo tenía las facultades disminuidas a consecuencia de una enfermedad, pero ésta no

le había sobrevenido de forma natural o espontánea, sino que, según se cuenta, [8] cuando era niño había dado muestras de un carácter noble y afable, pero después Olimpiade lo había echado a perder con la ayuda de drogas, perturbándole la razón¹⁴⁷.

¹ Carano parece un personaje legendario inventado expresamente por los historiadores griegos para poder enlazar la dinastía macedonia con la de Argos; Neoptólemo era el hijo de Aquiles y por tanto nieto de Éaco.

² Las Edónides son las mujeres de los Edones, una tribu tracia; el Hemo es el nombre antiguo de los Balcanes y, en un uso más restringido, las montañas de Tracia. La relación etimológica que establece Plutarco entre *threskeúein* ('practicar la religión') y *thréikios/thrêissa* ('tracio/a') carece de cualquier fundamento, más allá del parecido formal.

³ En efecto, Filipo perdió un ojo durante el sitio de Metone, en la costa macedonia, el año 354 a. C.

⁴ Eratóstenes de Cirene (siglo III a. C.), sabio polifacético y director de la Biblioteca de Alejandría, escribió muchas obras históricas, todas perdidas; los fragmentos están recogidos en F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Leiden, 1926-1958 (citado en adelante como JACOBY, *FGrH*), núm. 241; éste es el fr. 28.

⁵ En tanto que diosa de la fidelidad conyugal.

⁶ Alejandro nació hacia el 20 de julio del 356 a. C; el incendio del templo de Ártemis, considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo, se atribuye a un tal Heróstrato, que habría actuado movido por el afán de notoriedad. Hegesias, natural de Magnesia del Sípilo (Lidia, Asia Menor), escribió una *Historia de Alejandro* (perdida) en el siglo III a. C. (cf. JACOBY, *FGrH*, núm. 142, fr. 3).

⁷ La cronología que ofrece Plutarco no se sostiene, pues la toma de Potidea fue en primavera, mientras los demás sucesos mencionados pertenecen ya al verano del 356.

⁸ Sobre la figura de Alejandro en el arte griego y posterior, cf. C. BERTELLI, en *Enciclopedia dell'arte antica ed orientale*, I, Roma, 1958, págs. 236-46; M. BIEBER, *Alexander the Great in Greek and Roman Art*, 1964; A. F. STEWART, *Faces of Power: Alexander's Image and Hellenistic Politics*, 1993.

⁹ Aristóxeno de Tarento (siglo IV a. C.) fue, además de un importante musicólogo, uno de los iniciadores de la literatura biográfica (cf., por ejemplo, A. MOMIGLIANO, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, trad. esp., Méjico, 1986, págs. 95-99); sus *Memorias* (*Hypomnēmata*) aquí citadas se han perdido (fragmentos en F. WEHRLI, *Die Schule des Aristoteles*, 2, Basilea-Stuttgart, 1967; éste es el fr. 132).

¹⁰ Sucesor de Aristóteles en la dirección del Liceo, en 323 a. C., y autor muy utilizado por Plutarco para datos de carácter científico; la cita es de su obra perdida *Sobre los olores* (*De odoribus*, fr. 4,6 WIMMER; hay edición moderna, con comentario, por U. EIGLER y G. WÖHRLE, Stuttgart, 1993).

- ¹¹ La misma anécdota en las *Máximas de reyes y generales*, 179D.
- ¹² Sobre Fénix y Aquiles, cf. *Iliada* IX 430 ss.; PLATÓN (*República*, 390e) llama a Fénix ‘pedagogo’ de Aquiles.
- ¹³ SÓFOCLES, fr. 869 PEARSON (el mismo número en la trad. esp. J. M. LUCAS DE DIOS: Sófocles, *Fragmentos*, Madrid, 1983, en esta misma colección).
- ¹⁴ Mieza se encontraba en las laderas del monte hoy llamado Vermion (cerca de la actual Náousa), no lejos de Pela, la capital de Macedonia.
- ¹⁵ Tanto Platón como Aristóteles reservaban una parte de sus enseñanzas para la difusión oral (*acroamática*) entre los discípulos de sus escuelas respectivas, una forma de transmisión de la doctrina que recordaba a la de las iniciaciones místicas (de ahí el nombre de *epópticas*); las obras de Aristóteles conservadas, incluida la *Metafísica* que cita Plutarco, pertenecerían más bien a esta categoría, en la medida en que no estaban destinadas a la publicación.
- ¹⁶ Onesícrito de Astipalea, filósofo cínico, participó en la expedición a Asia y escribió una obra sobre la educación de Alejandro, siguiendo en parte el modelo de la *Ciropeia* de Jenofonte (fragmentos en JACOBY, *FGrH* núm. 134; éste es el fr. 38). Sobre la supuesta edición de la *Iliada* hecha por Aristóteles, cf. R. PFEIFFER, *Historia de la filología clásica*, trad. esp., Madrid, 1981, vol. I, págs. 138-141.
- ¹⁷ Tanto el historiador siciliano Filisto como los poetas corales Telestes y Filóxeno vivieron a caballo entre los siglos V y IV a. C.; todas sus obras se han perdido.
- ¹⁸ Anaxarco de Abdera, discípulo de Pirrón, aparecerá varias veces a lo largo de la biografía (cf. por ejemplo su entrada en R. GOULET (dir.), *Dictionnaire des philosophes antiques*, vol. 1, París, 1989); Jenócrates fue director de la Academia platónica entre 339 y 315 a. C.; sobre los brahmanes Dándamis y Cálano, cf. luego, cap. LXV.
- ¹⁹ Filipo asedió la ciudad de Bizancio en el invierno de 340-339 a. C.; los medos (gr. *Maídoi*) citados, que no tienen nada que ver con el pueblo homónimo vecino de los persas, eran una tribu tracia asentada a orillas del alto Estrimón (Bulgaria actual).
- ²⁰ La batalla de Queronea —localidad beocia de donde era oriundo Plutarco— tuvo lugar en agosto de 338 y marcó el inicio de la hegemonía macedonia sobre Grecia; el túmulo mencionado por el biógrafo ha sido descubierto y excavado en tiempos modernos (cf. la nota de CHAMBRY y FLACELIÈRE en su ed. de Belles Lettres, pág. 227).
- ²¹ La boda de Filipo con Cleopatra, que debía de proceder de una familia noble macedonia, y el consiguiente «exilio» de Alejandro entre los ilirios se fechan en el 337 a. C.
- ²² Era proverbial el desprecio de los griegos hacia el pueblo cario, en Asia Menor; el actor Tésalo es mencionado también por PLUTARCO en *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 2, 334E-F.
- ²³ Hárpalo, amigo de la infancia, será después tesorero de Alejandro; sobre Nearco, comandante de la flota al regreso de la India, cf. luego, caps. LXVI y ss.;

Tolomeo será el fundador de la dinastía Lágida de Egipto; Erigio (según la corrección del texto propuesta por Schmieder) era otro de los íntimos de Alejandro.

²⁴ EURÍPIDES, *Medea*, 288 (Creonte expresa su temor de que Medea quiera hacerles daño a él, a Jasón y a la princesa Glauce, hija de Creonte; Alejandro se estaría refiriendo así a Átalo, Filipo y Cleopatra). Filipo fue asesinado en octubre de 336 a. C.; es difícil saber hasta qué punto Alejandro y Olimpiade pudieron ser instigadores del magnicidio.

²⁵ El Istro es el Danubio actual; sobre la campaña, cf. A. B. BOSWORTH, *Conquest and Empire: the Reign of Alexander the Great*, Cambridge, 1988 = *Alejandro Magno* [trad. C. FRANCÍ], Madrid, 2005, págs. 30-33.

²⁶ Cf. PLUT., *Demóstenes* 23,3.

²⁷ Los dos personajes citados son desconocidos; sin duda, serían figuras relevantes del partido antimacedonio.

²⁸ La misma historia se cuenta, con más detalle, en *Virtudes de mujeres* 259C.

²⁹ Los misterios de Eleusis se celebraban entre setiembre y octubre, lo que permite fechar en esa época del año 335 la destrucción de Tebas.

³⁰ El episodio de Clito se cuenta en los caps. L-LII; Dioniso, dios de la ebriedad, era hijo de la tebana Sêmele y conquistador mítico de la India.

³¹ El Craneo era un arrabal de Corinto; sobre Diógenes el cínico y las innumerables anécdotas a él atribuidas, cf. C. GARCÍA GUAL, *La secta del perro. Diógenes Laercio: Vidas de los filósofos cínicos*, Madrid, 1987.

³² Libetros estaba situado en Pieria, en las estribaciones del monte Olimpo, comarca asociada con el mito de Orfeo.

³³ Aristobulo participó en la expedición de Alejandro y se le puede considerar como una de las fuentes históricas más fiables de las que dispuso Plutarco (fragmentos en JACOBY, *FGrH* núm. 139; éste es el fr. 4); Duris de Samos, historiador a caballo entre los siglos IV y III a. C. (cf. JACOBY, *FGrH* núm. 76, fr. 40); sobre Onesícrito (fr. 2 JACOBY), cf. nota 16.

³⁴ Cf. *Iliada* IX 189; el Alejandro antes citado es el también llamado Paris en la epopeya homérica. El paso del Helesponto tuvo lugar en la primavera del 334 a. C.

³⁵ El Granico, al este de Troya, es un pequeño río de la Frigia Helespónica que desemboca en el mar de Mármara; para una reconstrucción moderna de la batalla y los problemas que plantea al historiador, cf. BOSWORTH, *Alejandro...*, págs. 39-50. Darío III Codomano era rey de Persia desde el 336 a. C.

³⁶ El mes Desio equivalía al ateniense Targelión (que seguía a Artemisio), es decir, aproximadamente el mes de mayo.

³⁷ ARISTOBULO (cf. nota 33), fr. 5 JACOBY.

³⁸ MENANDRO, fr. 598 KASSEL-AUSTIN (751 KÖRTE).

³⁹ En realidad Teodectes de Fasélide, discípulo de Aristóteles muerto en torno al 334 a. C., destacó más bien como retórico y como autor trágico. La llamada *Escalera*, en el golfo de Antalya (Turquía meridional), era una porción de camino

parcialmente sumergido por las olas que lanzaban contra él los vientos del sur, con el consiguiente peligro e incomodidad para los soldados; el episodio tuvo lugar en el invierno de 334-333 a. C.

⁴⁰ ARISTOB., fr. 75 JACOBY; para este episodio, cf. también ARRIANO, *Anábasis*, 2, 3.

⁴¹ Memnón de Rodas, que había sido nombrado por Darío comandante de las operaciones en el Egeo, murió durante el asedio de Mitilene, en el verano del 333 a. C.

⁴² Se trata del templo de Belo —el dios acadio Bel, llamado Baal entre los cananeos y fenicios— en Babilonia, ciudad donde efectivamente moriría Alejandro.

⁴³ El Cidno, alimentado por las nieves del Tauro, es el río que pasaba por la ciudad de Tarso, en Cilicia.

⁴⁴ Se trata de los desfiladeros del Amano, una ramificación de la cordillera del Tauro que separa Cilicia de Siria, al este del golfo de Iso (actualmente, de Alexandretta, en Turquía); para una reconstrucción histórica de la batalla (noviembre de 333) y de su geografía, cf. BOSWORTH, *Alejandro...*, págs. 63-74 (con mapa de la zona).

⁴⁵ Cares de Mitilene fue chambelán de Alejandro y escribió sobre él una obra que Plutarco cita en varias ocasiones (fragmentos en JACOBY, *FGrH* núm. 125; éste es el fr. 6). En cuanto a la «correspondencia» de Alejandro que utiliza y cita Plutarco en más de una ocasión, es difícil decir hasta qué punto se trataba o no de documentos auténticos; para BOSWORTH, *Alejandro...*, «por lo general, no podemos ir más allá de la afirmación de que las cartas [...] son una deformación adornada de hechos comprobados; pocas de ellas pueden utilizarse como datos fidedignos sin corroboración de otras fuentes» (pág. 353; cf. también L. PEARSON, «The diary and the letters of Alexander the Great», *Historia* 3, 1954-55, págs. 429-39). El general Antípatro había quedado como regente de Macedonia tras la partida de Alejandro a Asia.

⁴⁶ ARISTOB., fr. 11 JACOBY (cf. también PLUT., *Éumenes* 1, 7); Barsine dio a Alejandro un hijo al que se llamó Heracles. La mujer de Darío se llamaba Estatira; su madre, Sisigambis.

⁴⁷ Esto parece un eco del pintoresco episodio de los persas en la corte del rey macedonio Amintas, que cuenta HERÓDOTO, V 18 («para tormento de sus ojos», en la traducción de C. SCHRADER en esta misma colección).

⁴⁸ Ada había sido destronada antes por su hermano Pixódaro (sobre el cual, cf. cap. X).

⁴⁹ Los *Diarios* (en griego, *Ephemerídes*) de Alejandro que citan Plutarco y Arriano se han perdido (fragmentos en JACOBY, *FGrH* núm. 117; éste es el fr. 1); se discute si cubrían todo el reinado del monarca o sólo los últimos años; en cuanto a su valor histórico, parece que hay que considerarlos como un auténtico *documento* en la medida en que debieron de originarse en la propia corte macedonia, «pero no podemos dejar de recelar sobre su testimonio» (BOSWORTH, *Alejandro...*, pág. 353; cf. también el art. de PEARSON cit. en nota 45).

⁵⁰ El dios oficial de Tiro era Melkart, asimilado a Heracles por los griegos.

⁵¹ Juego de palabras basado en un corte arbitrario de la palabra *sátyros*: *sà tyros* significa «Tiro (será) tuya». El asedio de esta ciudad fenicia duró desde febrero hasta agosto del 332 a. C. y terminó con una terrible masacre.

⁵² Cf. antes, cap. V.

⁵³ CARES (cf. nota 45), fr. 7 JACOBY.

⁵⁴ En octubre del 332; Alejandro hizo exterminar a todos los varones de la ciudad.

⁵⁵ Se trata de la hermana de Alejandro, no de su madrastra mencionada en los caps. IX-X.

⁵⁶ Sobre la «*Iliada* del estuche», cf. cap. VIII.

⁵⁷ No es seguro a qué Heraclides se refiere Plutarco: puede ser Heraclides Póntico (fr. 140 WEHRLI), un peripatético del siglo IV, o bien el historiador Heraclides Lembo, del siglo II a. C.

⁵⁸ *Odisea* IV 354-55.

⁵⁹ Q. CURCIO (IV 8, 6) nos informa de que era costumbre macedonia trazar con polenta el perímetro de las futuras murallas. Para la fundación (abril del 331 a. C.) e historia de la gran capital helenística, cf. la monografía clásica de P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, 2 vols., Oxford, 1972.

⁶⁰ Lo cuenta HERÓD., III 26. El santuario de Amón se encontraba en el oasis de Sivah (Siwah), cerca de la actual frontera entre Egipto y Libia, a la altura del paralelo 29; el sincretismo entre Amón y Zeus tenía ya una considerable tradición en época de Alejandro.

⁶¹ Calístenes de Olinto, pariente de Aristóteles, acompañó a Alejandro en calidad de historiador oficial, y sus *Hechos de Alejandro*, que debieron de cubrir los sucesos hasta el año 330, se pueden considerar como la primera obra propiamente histórica sobre el rey macedonio (fragmentos en JACOBY, *FGrH* núm. 124; éste es el fr. 14b). Sobre su caída en desgracia y muerte, cf. caps. LII-LV.

⁶² Sobre las cartas atribuidas a Alejandro, cf. lo dicho en nota 45.

⁶³ *Iliada* V, 340.

⁶⁴ Los coregos eran los ciudadanos acaudalados encargados de financiar espectáculos públicos, como el teatro; sobre el actor Tésalo, cf. cap. X.

⁶⁵ Cf. *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 2, 334E; la interpolación de versos por parte de los actores era una práctica común en el siglo IV a. C., hasta el punto de poner en riesgo la integridad textual de las obras clásicas.

⁶⁶ Sobre los dioses persas citados —Oromasdes (en avéstico, *Ahuramazda*) y Mitra—, cf. los comentarios del propio PLUT. en *Sobre Isis y Osiris* 369D-F.

⁶⁷ Ciro el Grande (muerto c. 527 a. C.) pasaba por ser el fundador del Imperio persa.

⁶⁸ ERATÓSTENES (cf. nota 4), fr. 29 JACOBY.

⁶⁹ Gaugamela (Tell Gomel, al noreste de Mosul, en el Kurdistan iraquí) significaría, más bien, «pasto del camello» (según CHAMBRY y FLACELIÈRE, pág. 236); el rey en cuestión es, según ESTRABÓN (XVI 1, 3), Darío I.

⁷⁰ El Níates es un monte del sur de Armenia; los montes Gordieos marcaban los confines entre Armenia y Asiria. El eclipse mencionado tuvo lugar el 20 de setiembre de 331 a. C., lo que permite fechar con seguridad la batalla el 1 de octubre. Sobre sus pormenores históricos y geográficos, cf. BOSWORTH, *Alejandro...*, págs. 86-99.

⁷¹ Citio es una ciudad de Chipre; Helicón había sido un célebre tejedor chipriota; Rodas se había sometido a Alejandro en la época del sitio de Tiro.

⁷² CALÍSTENES (cf. nota 61), fr. 36 JACOBY.

⁷³ CALÍST., fr. 36 JACOBY. Parmenión, nacido hacia el 400 a. C., tenía cerca de setenta años por entonces; pero, en general, el episodio parece urdido para denigrar al viejo general y ensalzar, por contraste, a Alejandro.

⁷⁴ La comarca de Platea, en Beocia, había sido escenario de la célebre batalla del 479 a. C., durante la segunda guerra Médica; la ciudad resultó destruida en el 427 y de nuevo en el 373 a. C.

⁷⁵ Lo cuenta HERÓD., VIII 47 (aunque no dice que él costeara el viaje, sólo que capitaneaba la nave).

⁷⁶ La lectura *Adiabena* es una conjetura de KRAMER (el texto de los manuscritos da *Ecbátana*); otras posibilidades son *Arbela* o *Artacena*, cf. el aparato crítico en la ed. de K. ZIEGLER. La nafta (palabra de origen acadio) es un tipo de hidrocarburo muy inflamable.

⁷⁷ Este tipo de racionalización del mito apunta, con toda probabilidad, a la escuela estoica.

⁷⁸ El texto griego presenta una laguna en este punto.

⁷⁹ La fuente de Plutarco para los experimentos botánicos de Hárpalo es sin duda el peripatético TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV, 4. Sobre el sentido de esta digresión «científica» y la relación entre la nafta y el temperamento de Alejandro, cf. el artículo de SANSONE (1980) recogido en la bibliografía.

⁸⁰ Dinón, historiador del siglo IV, escribió una gran obra sobre los imperios orientales (fragmentos en JACOBY, *FGrH* núm. 690; éste es el fr. 23b). Hermíone es una ciudad de la Argólida; la fecha resultante de sumar 190 a 331 es el 521 a. C., año de acceso al trono de Darío I.

⁸¹ Hay una laguna en el texto; seguramente, se narraba aquí la entrada en Persépolis (primavera del 330), que, con el pretexto de vengar las afrentas de Darío y de Jerjes, fue objeto del pillaje macedonio. La Pérsida corresponde a la actual región del Fars (Irán).

⁸² Se refiere, claro está, a la expedición que dio lugar a la segunda guerra Médica, el año 480 a. C.

⁸³ La ateniense Tais fue protagonista de numerosas anécdotas en la literatura griega; su nombre era, por lo demás, típico de heteras o prostitutas (cf. por ejemplo FILOSTRATO, *Cartas* 22).

⁸⁴ Maceo, ya mencionado en el cap. XXXII, había sido sátrapa de Siria y Mesopotamia.

⁸⁵ Este Bagoas —que no hay que confundir con el personaje que aparece en el cap. 67— desempeñó un papel crucial en la subida al trono de Darío III, envenenando sucesivamente a los dos reyes anteriores (Artajerjes III y Arsés); después, Darío lo quitó de en medio.

⁸⁶ Un estadio equivale a unos 180 metros.

⁸⁷ También PLINIO (*Historia natural* XXXIV 64) menciona esta obra de arte; la inscripción dedicatoria del grupo escultórico se encuentra todavía *in situ* en Delfos (cf. la nota de CHAMBRY y FLACELIÈRE en su ed., pág. 239); hay también un relieve helenístico procedente de Mesene que quizá reproduzca el conjunto original.

⁸⁸ Hárpalo protagonizó dos fugas, una en vísperas de la batalla de Iso (seguramente la anécdota se refiere a ésta), y, tras ser perdonado, otra el año 324 a. C. (huyó de Babilonia y se refugió en Atenas, creando una gran inestabilidad en la ciudad; fue asesinado poco después).

⁸⁹ Megabizo era el guardián (*neocoros*) del templo de Ártemis en Éfeso.

⁹⁰ 3300 estadios equivalen a unos 640 km.; el encuentro con el moribundo Darío tuvo lugar en Hecatómpilo (actual Shahr-i Qumis, Irán, al SE del mar Caspio). Beso, familiar de Darío, era el poderoso sátrapa de Bactria y Sogdiana.

⁹¹ El cadáver fue enviado a Persépolis, lugar de enterramiento de los reyes de Persia. Beso fue capturado al año siguiente (329) en su antigua satrapía de Bactria; fue mutilado y después ejecutado en Ecbátana.

⁹² El hoy llamado mar de Azov, al norte del Mar Negro; algunos autores griegos pensaban que este mar se comunicaba con el Caspio. En cuanto a los «cuatro golfos» que se citan a continuación, serían el Pérsico, el Mar Rojo, el Mediterráneo y el Caspio —que, sin embargo, HERÓDOTO (I 202-204) ya consideraba, correctamente, un mar cerrado. Hircania es la región del actual Irán que bordea la orilla sudoriental del mar Caspio.

⁹³ El Orexartes, generalmente llamado Jaxartes, es el actual Syr Dariá, cuyo curso alto cruza Kirguizistán, y desemboca en el mar de Aral (Alejandro llegó hasta él en el 329 y fundó allí Alejandría Éscate, «la Última»). El Tanais es el actual Don, en la Rusia meridional europea (sobre la confusión geográfica que reinaba para estas zonas, cf. nota anterior).

⁹⁴ De los autores citados, ya hemos visto anteriormente a ONESÍCRITO (fr. 1 JACOBY), ARISTOBULO (fr. 21 JACOBY), CARES (fr. 12 JACOBY) y DURIS (fr. 46 JACOBY); entre los demás, los más relevantes son CLITARCO, autor de una *Historia de Alejandro* a finales del siglo IV (JACOBY, *FGrH* núm. 137, fr. 15); POLICLITO DE LARISA, que participó en la expedición a Asia (JACOBY, *FGrH* núm. 128, fr. 8); TOLOMEO, fundador de la dinastía Lágida de Egipto e historiador notable (JACOBY, *FGrH* núm. 138, fr. 28a); ISTRO, discípulo de Calímaco (siglo III; JACOBY, *FGrH* núm. 334, fr. 26); y el ateniense ANTICLIDES, también del siglo III (JACOBY, *FGrH* núm. 140, fr. 12). Son prácticamente desconocidos para nosotros ANTÍGENES (*FGrH* núm. 141, fr. 1), HECATEO DE ERETRIA, FILÓN DE TEBAS, FILIPO DE TEÁNGELA y FILIPO DE CÁLCIDE (ambos en JACOBY, *FGrH* núm. 741, fr. 4).

⁹⁵ Lisímaco, uno de los diádocos, asumió el título de rey en el 305. El episodio de Talestris, la reina de las amazonas —al que Plutarco, igual que Arriano, parece dar muy poca verosimilitud—, es una de tantas invenciones novelescas y fantásticas que rodearon desde muy pronto a la figura de Alejandro, dando lugar a obras como la del PSEUDO-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* (trad. de C. GARCÍA GUAL, en esta misma colección).

⁹⁶ Roxana era la hija del noble bactriano Oxiartes, y había caído en su poder durante la campaña contra Beso, el año 328 a. C.; se casó con ella la primavera siguiente, según el rito macedonio.

⁹⁷ La conjura de Limno y la consiguiente eliminación de Filotas y Parmenión tuvo lugar en el 330, en Frada (luego llamada Proftasia), en la Drangiana (Afganistán occidental).

⁹⁸ Los etolios arrebataron a los acarnanios la importante plaza de Eníades en el 330 a. C.; las diferencias entre Alejandro y su regente Antípatro se harían mucho más visibles en los dos últimos años de la vida del rey.

⁹⁹ El episodio de Clito, jefe de la caballería, tuvo lugar, en realidad, dos años después del de Filotas, el 328 a. C., en Bactra, capital de la Bactriana.

¹⁰⁰ *Andrómaca*, 693 (los versos que siguen, y que Alejandro conocería bien, permiten entender la intención de la cita: «cuando un ejército erige trofeos sobre los enemigos, no se considera esta hazaña propia de los que se esfuerzan, sino que quien consigue el renombre es el general [...] y a pesar de no hacer nada más que ninguno, obtiene mayor fama»).

¹⁰¹ Sobre Calístenes y Anaxarco, cf. notas 61 y 18 respectivamente.

¹⁰² Olinto, en la Calcídica, destruida por Filipo en el 348 a. C.

¹⁰³ Cita de EURÍP., fr. 905 (cf. R. KANNICHT, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, vol. V, *Euripides*, Gotinga, 2004).

¹⁰⁴ *Bacantes* 266.

¹⁰⁵ Hexámetro de autor desconocido.

¹⁰⁶ *Iliada* XXI 107 (Aquiles a Licaón, antes de matarlo). Hermipo es un peripatético del siglo III a. C., autor de varias biografías de escritores, filósofos, etc.; el lector era un esclavo especializado en esta función, la lectura en voz alta.

¹⁰⁷ CARES, fr. 18a JACOBY.

¹⁰⁸ Los que habían acogido a Aristóteles eran los atenienses, pues allí vivía el filósofo desde hacía varios años.

¹⁰⁹ CARES, fr. 15 JACOBY. Los motivos que llevaron a la conjura de Hermolao, llamada habitualmente «Conspiración de los Pajes», siguen siendo muy oscuros, aunque pudo verse catalizada por las pretensiones de Alejandro de imponer la prosternación (*proskynesis*) oriental ante su persona; de las versiones que ofrece Plutarco sobre la muerte de Calístenes, la más probable es la primera: que Alejandro lo mandó ejecutar.

¹¹⁰ Sobre Demarato, cf. antes, cap. IX.

¹¹¹ El Oxo, entre Bactria y Sogdiana, es el actual Amu Darya, cuyo curso alto marca la frontera entre el N. de Afganistán, Uzbekistán y Tayikistán; fue teatro de diversas operaciones militares entre el 329 y 327 a. C.

¹¹² El episodio contra Sisimitres (Sisimetres en Q. CURCIO, VIII 2, 19-33) debió de tener lugar en el 328, en Nautaca (Sogdiana).

¹¹³ K. ZIEGLER señala en su edición la existencia de una laguna en este punto.

¹¹⁴ Nisa —llamada así en honor de la nodriza de Dioniso— debía de encontrarse en las proximidades del valle del Kunar (Afganistán, junto a la frontera con Paquistán); estamos ya en los inicios de la campaña contra el Punjab.

¹¹⁵ La ciudad de Taxila se encuentra al NO de la actual Islamabad (Paquistán); su rey recibe en otras fuentes clásicas el nombre de Onfis (en indio, Ambhi).

¹¹⁶ Los «filósofos» a los que se refiere Plutarco son los brahmanes (también llamados *gimnosofistas*), cuya resistencia al invasor acabó por convertirse en todo un tópico literario en época helenística; cf. R. STONEMAN, «Naked philosophers: the Brahmins in the Alexander historians and the *Alexander Romance*», *Journal of Hellenic Studies* 115 (1995), págs. 99-114.

¹¹⁷ El reino de Poro (Paurava en indio) se extendía entre el Hidaspes y el Acesines (los actuales Jhelum y Chenab, ambos afluentes del Indo); su sumisión se logró en el mes de mayo del 326 a. C.

¹¹⁸ Fr. 19 JACOBY.

¹¹⁹ Se trata de una anecdota muy repetida en la literatura zoológica griega (por ejemplo, el propio PLUTARCO en *Sobre la inteligencia de los animales*, 970D); el rey Poro, era, efectivamente, altísimo: medía unos dos metros.

¹²⁰ ONESÍCR., fr. 20 JACOBY.

¹²¹ Soción es un peripatético —que no hay que confundir con Soción de Alejandría (II a. C.)—, quizá el mismo que menciona PLUT. en *Sobre el amor fraterno* 487D; Potamón de Lesbos fue un importante rétor del siglo I a. C. que, al parecer, escribió también una obra histórica sobre Alejandro (cf. JACOBY, *FGrH* núm. 147, fr. 1).

¹²² Sandracoto (Chandragupta) es el fundador de la dinastía Maurya, a partir del 321 a. C.; se hizo con el control del Punjab al poco de morir Alejandro en Babilonia. Los presios se identifican con los habitantes del gran reino de Magadha, cuya capital fue Pataliputra (junto a Patna, actual estado de Bihar, India). Las medidas que da Plutarco para el Ganges corresponderían a unos 5,5 km. de ancho y 175 m. de profundidad; de todos modos, el ejército de Alejandro, castigado por las lluvias monzónicas, se detuvo en el río Hifasis (actual Beas, al E. de Amritsar, India), a más de 300 km. de distancia del alto Ganges.

¹²³ El mar exterior es, claro está, el océano Índico. La construcción de la flota comenzó en setiembre del 326; las tropas llegaron a la desembocadura del Indo en julio del año siguiente.

¹²⁴ El Sabas aquí citado, reyezuelo de una comarca montañosa al O. del Indo, recibe otros nombres en las fuentes clásicas (Sambo en Arriano y Quinto Curcio,

Sabo en Estrabón).

¹²⁵ La espectacular muerte de Cálano se cuenta en el cap. LXIX; el extremo ascetismo de los faquires hindúes causó una honda impresión entre los griegos, gracias sobre todo a los informes, sin duda poco fidedignos, de Onesícrito.

¹²⁶ ARRIANO (VI 19, 3) la llama Ciluta; la identificación de la isla, en el delta del Indo, es poco menos que imposible, dado lo mucho que ha cambiado la línea de costa desde entonces.

¹²⁷ Los oritas habitaban la zona de Las Bela; la Gedrosia (o Gadrosia), atravesada por Alejandro en el otoño del 325, corresponde al actual Beluchistán, entre el Irán oriental y Paquistán.

¹²⁸ Lo que Plutarco llama, por error, el «alcázar de Gedrosia» debe de ser en realidad la capital de la Carmania que *Diodoro* (XVII, 106, 4) llama Salmos (quizá en las proximidades de la actual Khanu). Las copas *tericleas* recién mencionadas debían su nombre a un célebre alfarero corintio llamado Tericles.

¹²⁹ Bagoas era un eunuco real, siniestro e intrigante, que había caído en poder de Alejandro al morir el rey Darío.

¹³⁰ En el invierno del 325-324 Nearco había llegado con su flota hasta Harmocía, en el estrecho de Ormuz; más tarde puso por escrito el relato de la travesía, que conocemos gracias a Arriano y a Estrabón.

¹³¹ Tápsaco era una ciudad del alto Éufrates, única zona de Mesopotamia lo suficientemente arbolada como para construir barcos; parece que entonces Alejandro concibió muy seriamente la idea de circunnavegar África y conquistar todo el Mediterráneo (entre otras cosas, para acabar con Cartago).

¹³² La muerte de Oxiartes (Oxatres en Arriano) y el castigo de Abulites fueron parte de las severas purgas llevadas a cabo por Alejandro entre sus sátrapas corruptos; purgas que provocaron, además, la sonada huida de Hárpalo de Babilonia (cf. cap. 41 y nota 88).

¹³³ Se refiere a Artajerjes III Oco, rey persa hasta 338 a. C. La costumbre citada tiene su origen en un episodio que cuenta PLUTARCO en *Virtudes de mujeres* 246A-B.

¹³⁴ La tumba de Ciro se encuentra todavía en las ruinas de Pasargada, al norte de Persépolis.

¹³⁵ «César» es aquí Octavio Augusto. El indio, llamado Zarmanoquegas, formaba parte de la embajada que se presentó ante Augusto en Samos el año 20 a. C.; después fue a Atenas, se inició en los misterios y se inmoló, según el epitafio de su tumba, «de acuerdo con la costumbre ancestral de los indios» (cf. ESTRAB., XV 1, 73).

¹³⁶ CARES, fr. 19b JACOBY.

¹³⁷ Alejandro llegó a Susa en marzo del 324 a. C.; su política matrimonial no gustó demasiado a sus generales, que consideraron una degradación la boda con mujeres persas, nobles, sí, pero parte al fin y al cabo del pueblo vencido.

¹³⁸ Hefestión murió en Ecbátana en el otoño del 325 a. C.; el duelo extremo de Alejandro recuerda al de Aquiles por Patroclo. Respecto a sus planes

megalómanos, DIODORO (XVII 115, 1-2) nos informa de que el monumento funerario de Hefestión, encargado a Dinócrates de Rodas —el Estásícrates que menciona Plutarco quizá fuera un colaborador suyo—, iba a tener un estadio (c. 180 metros) de largo y 200 pies de alto (unos 65 metros); otros proyectos incluían una gran pirámide como tumba para Filipo.

¹³⁹ Cuentan también el extraño episodio, con algunas variantes, y sin citar el nombre de Dionisio, ARRIANO (VII 24, 1-3) y DIODORO (XVII 116, 2-4).

¹⁴⁰ Casandro había llegado a Babilonia en lugar de su padre, Antípatro, al que Alejandro había hecho llamar (teóricamente la regencia de Macedonia debía quedar en manos de Crátero, enviado con un contingente de veteranos); en esta época, las diferencias con Antípatro —y el consiguiente recelo de Alejandro hacia toda su familia— fueron en aumento, hasta el punto de sospecharse que el regente hubiera tramado el envenenamiento del rey (como se verá en seguida).

¹⁴¹ Hay una laguna en el texto griego. Las ideas de Plutarco sobre este tema están expuestas en el tratado *Sobre la superstición* (en esta misma colección, vol. II), aunque su autenticidad ha sido puesta en duda.

¹⁴² El 10 de junio del 323 a. C. «Apurar la copa de Heracles» es expresión proverbial para designar el abuso de la bebida.

¹⁴³ Sobre el crédito que merecen estos *Diarios* (núm. 117, fr. 3b JACOBY), cf. antes, nota 49; la mención de Serapis es especialmente sospechosa, pues es inverosímil que hubiera entonces en Babilonia un templo dedicado a este dios egipcio.

¹⁴⁴ También Q. CURCIO (X 10, 16) habla de la virulencia del veneno, que era capaz de destruir el hierro y manaba de una fuente llamada Éstige; Nonácride era una localidad de Arcadia. El Antígono antes citado es el llamado Monoftalmo, uno de los diádocos, muerto en 301 en la batalla de Ipsos.

¹⁴⁵ Lo más probable es que Alejandro muriera de malaria o de alguna otra enfermedad tropical, agravada por la herida recibida en el pulmón y, en general, por la fatiga y los excesos con la bebida.

¹⁴⁶ Arrideo era el único hijo varón de Filipo aún con vida, habido en una de sus primeras uniones, con Filina de Larisa (Tesalia); a la muerte de Alejandro, convertido en un títere, se lo nombró rey, con el título de Filipo III, trono que pronto hubo de compartir con el recién nacido hijo de Roxana, Alejandro (IV). Perdicas no sobrevivió mucho tiempo a Alejandro, pues murió en el 321, luchando en Egipto contra Tolomeo.

¹⁴⁷ Es casi seguro que el final de la biografía se ha perdido; es probable que Plutarco hiciera alusión a los funerales de Alejandro, cuyo cadáver embalsamado fue más tarde depositado en un mausoleo en Alejandría de Egipto. Quizá se contara también la muerte de Filipo Arrideo y su mujer Eurídice, por instigación de Olímpíade (317 a. C.), la de la propia Olímpíade (316) y, finalmente, la de Roxana y su hijo Alejandro, brutalmente eliminados por Casandro en el 310-9 a. C.

CÉSAR

Sila, una vez convertido en el amo de Roma, no pudiendo [1] conseguir ni con promesas ni por miedo que Cornelia —la hija de Cina, quien había ejercido el poder en solitario— se divorciase de César, le confiscó la dote¹. La causa de la animosidad [2] de César contra Sila era su parentesco con Mario: en efecto, Mario el viejo estaba casado con Julia, hermana del padre de César, y de ella tuvo a Mario el Joven, que era primo hermano de César. Al principio Sila, ocupado como estaba [3] en innumerables asesinatos, no se preocupaba de César, pero él, no dándose por contento, se presentó ante el pueblo para solicitar el sacerdocio, aunque era apenas un muchacho. Sila, oponiéndose en secreto, consiguió que César fracasara en su intento y comenzó a pensar en hacerlo desaparecer; cuando [4] algunos le decían que no tenía sentido matar a un muchacho de tan poca edad, él replicó que eran ellos los que no tenían seso si eran incapaces de ver en ese muchacho a muchos Marios. Cuando este rumor llegó a oídos de César, fue a ocultarse [5] durante bastante tiempo entre los sabinos, moviéndose de un [6] sitio para otro; más tarde, cuando a causa de una enfermedad se hacía trasladar de noche a otra casa, cayó en manos de unos soldados de Sila que iban haciendo pesquisas por aquellos [7] lugares para apresar a quienes se escondían. César consiguió persuadir a Cornelio, el comandante del grupo, para que lo dejara libre previo pago de dos talentos, y acto seguido bajó a la costa y se embarcó para Bitinia con el fin de presentarse [8] ante el rey Nicomedes. Tras pasar cierto tiempo junto a él, se embarcó de regreso y fue apresado en las inmediaciones de la isla Farmacusa por los piratas que por aquel entonces ya infestaban el mar con grandes escuadras e innumerables embarcaciones².

[2] Pues bien, en un primer momento los piratas le pidieron veinte talentos por su rescate; él se echó a reír diciéndoles que no sabían a quién habían hecho prisionero, y prometió darles [2] cincuenta. Después, tras enviar a sus hombres a diferentes ciudades para que se procurasen el dinero, aun rodeado como estaba de cilicios, los hombres más sanguinarios del mundo, en compañía de un único amigo y dos acompañantes, trataba a

los piratas con tal desprecio que, cuantas veces se disponía a dormir, enviaba a alguien para que les ordenase guardar silencio. [3] Y durante treinta y ocho días estuvo compartiendo sus juegos y ejercicios con toda libertad, como si en vez de custodiar [4] a un prisionero estuvieran escoltándolo; les hacía escuchar los poemas y discursos que escribía, y a los que no los admiraban los motejaba delante de ellos de incultos y bárbaros, y entre risas los amenazaba muchas veces con hacerlos colgar; ellos disfrutaban con él y atribuían tal franqueza a la ingenuidad [5] y jovialidad. Una vez hubo llegado el rescate de Mileto y él quedó en libertad con su entrega, inmediatamente equipó unos navíos y zarpó del puerto de Mileto al encuentro de los piratas; los sorprendió todavía anclados en la isla y apresó a la mayoría de ellos. Saqueó sus reservas de dinero, hizo [6] encarcelar a los hombres en Pérgamo y él marchó en persona ante el gobernador de Asia, Junco, pues a él correspondía, en tanto que pretor, castigar a los cautivos³. Cuando Junco, [7] lanzando una mirada de codicia al dinero (que era abundante), dijo que estudiaría despacio el caso de los prisioneros, César se despidió de él, marchó a Pérgamo y sacando a los piratas de la cárcel los hizo crucificar a todos, como les había anunciado muchas veces en la isla, aparentemente en broma.

A continuación, declinando ya el poder de Sila, César, [3] llamado por sus amigos de Roma, se embarcó para Rodas a fin de escuchar las enseñanzas de Apolonio, hijo de Molón, de quien también Cicerón había sido alumno; se trataba de un brillante profesor y pasaba por ser hombre de buen carácter⁴. Se dice también que César tenía inmejorables condiciones [2] naturales para la oratoria política y que ejercitó este talento natural con tan gran ardor que, incontestablemente, ocupaba el segundo puesto, pues al primero había renunciado a fin [3] de consagrar su tiempo a ser el primero por la fuerza de las armas; y si no alcanzó la elocuencia a la que lo predisponía su naturaleza, ello fue por causa de las expediciones y negocios políticos que le hicieron alcanzar el poder supremo. En todo [4] caso, más tarde el propio César, en su réplica a Cicerón acerca de Catón, pide que no se compare el discurso de un

hombre de armas con la elocuencia de un orador naturalmente dotado y que disponía de mucho tiempo para tal menester⁵.

[4] De vuelta a Roma, acusó a Dolabela de malversación de fondos en su provincia, y muchas de las ciudades griegas le [2] aportaron testimonios en ese sentido. Y si bien Dolabela fue declarado inocente, César, queriendo devolver a Grecia su gesto de buena voluntad, se convirtió en su abogado contra Publio Antonio, acusado por los griegos de venalidad ante el pretor [3] de Macedonia, Marco Lúculo; y su defensa fue tan vehemente que Antonio tuvo que apelar a los tribunos de la plebe, alegando que estaba en inferioridad de condiciones al ser el juicio en [4] Grecia y contra griegos⁶. En Roma su elocuencia como abogado le proporcionó un gran brillo y renombre, y tanto su afabilidad como la gracia de su conversación le granjearon una gran simpatía por parte de los ciudadanos, a los que adulaba [5] con precocidad para su edad; además sus banquetes, su mesa y en general la brillantez de su modo de vida iban haciendo [6] aumentar poco a poco su influencia en la vida política. Al principio aquellos que le tenían inquina, pensando que dicha influencia se desvanecería tan pronto como se agotaran sus recursos financieros, no se inquietaban de verla florecer entre [7] la mayoría del pueblo; pero cuando aquélla hubo crecido hasta el punto de ser irreversible, encaminándose directamente a una revolución completa del Estado, se dieron cuenta, demasiado tarde, de que nunca hay que infravalorar el comienzo de una empresa, pues la continuidad le da rápidamente envergadura y se aprovecha del desprecio inicial para convertirse en algo imposible de detener. En todo caso, el primero que pareció [8] sospechar y temer el aspecto risueño de su política, como el del mar, y comprender el terrible carácter que se ocultaba detrás de su humanidad y jovialidad, fue Cicerón, que decía que detrás de todos sus proyectos y acciones políticas veía una intención tiránica; y también decía: «Sin embargo, cuando [9] veo su cabellera arreglada con tanta distinción y a César rascándose con un dedo, ya no me parece posible que a este hombre se le haya metido en la cabeza una idea tan criminal como la destrucción de la constitución romana» (si bien esto lo dijo más tarde)⁷.

La primera muestra de favor que recibió del pueblo fue [5] cuando, compitiendo por el tribunado militar con Gayo Popilio, resultó elegido por delante de éste; la segunda, más relumbrante, [2] fue cuando, con ocasión de la muerte de Julia, la mujer de Mario —César era sobrino carnal suyo—, pronunció en su honor un notable elogio fúnebre en el Foro y tuvo la osadía de sacar imágenes de Mario en el cortejo fúnebre (fue entonces la primera vez, después del gobierno de Sila, que se vieron imágenes suyas, pues Mario y su familia habían sido declarados enemigos públicos)⁸. Esto provocó que algunos comenzasen [3] a gritar contra César, pero el pueblo salió brillantemente en su defensa, recibéndole con aplausos y admiración por haber, después de muchos años, devuelto por así decir del Hades a la ciudad los honores públicos de Mario. Por cierto que era una [4] costumbre romana pronunciar discursos fúnebres en honor de las mujeres de edad, pero no era así para las mujeres jóvenes, siendo César el primero que lo hizo con ocasión de la muerte [5] de su propia esposa⁹; ello le granjeó una cierta simpatía y contribuyó a que la mayoría, compadeciéndose de su dolor, le cobrara afecto y lo tuviera por un hombre sensible y lleno de [6] cualidades. Tras el entierro de su mujer marchó como cuestor a Hispania acompañando a Veto, uno de los pretores, a quien siempre tuvo en gran estima y a cuyo hijo nombró a su vez [7] cuestor cuando él hubo alcanzado la pretura. Una vez cumplido con este cargo, se casó en terceras nupcias con Pompeya; tenía entonces de su anterior mujer, Cornelia, una hija que [8] más tarde se casó con Pompeyo el Grande¹⁰. Gastando sin miramientos, daba la impresión de estar comprando una gloria breve y efímera a precio de oro, cuando en realidad lo que hacía era adquirir ventajas capitales a bajo precio; se dice que, antes de haber ocupado cargo alguno, ya se había endeudado [9] por valor de mil trescientos talentos. Más tarde, cuando fue nombrado intendente de la vía Apia, gastó en ella enormes sumas de su propio dinero; después, siendo edil, costeó trescientas veinte parejas de gladiadores; finalmente, con sus demás larguezas y patrocinios para teatros, procesiones y banquetes, eclipsó a los que antes de él se habían entregado a ambiciosas liberalidades, y a tal punto dispuso en su favor al

pueblo que todo el mundo buscaba una nueva magistratura o un nuevo honor con los que devolverle los favores recibidos¹¹.

Había en la ciudad dos facciones: la de los de Sila, enormemente [6] poderosa, y la de los de Mario, que, acobardada y dispersa, estaba por aquel entonces en sus horas más bajas. César, que tenía la intención de reanimar y ganarse a la segunda, coincidiendo con el apogeo de sus larguezas edilicias hizo modelar en secreto imágenes de Mario y de la Victoria ornada de trofeos y, llevándolas de noche al Capitolio, las hizo instalar allí. Al amanecer del día siguiente los ciudadanos [2] que vieron las imágenes, todas resplandecientes con reflejos de oro y trabajadas con exquisito arte —las inscripciones hacían alusión a los triunfos de Mario contra los cimbrios—¹², quedaron estupefactos de la osadía del dedicante (pues era evidente quién había sido), y el rumor, extendiéndose rápidamente, hizo que todo el mundo se reuniese para contemplarlas. Los unos gritaban diciendo que César se aprestaba a la tiranía [3] restableciendo unos honores que habían sido enterrados por decretos legales, y que ello constituía la prueba de que César estaba ablandando al pueblo para ver si, domesticado con sus liberalidades, le permitía entregarse a tales bromas y novedades; los del partido de Mario, animándose mutuamente y presentándose [4] repentinamente en sorprendente número, llenaron el Capitolio con sus aplausos. A muchos de ellos, al ver las [5] imágenes de Mario, incluso se les saltaban las lágrimas de alegría, y a César se lo ensalzaba y elogiaba sobremanera, diciendo que era entre todos el único varón digno del parentesco de Mario. Reunido el Senado para tratar de estos sucesos, Lutacio [6] Cátulo, por entonces el más respetado de los romanos, se puso en pie y acusó a César, pronunciando la memorable frase: «Ya no es con galerías subterráneas, César, sino con máquinas de guerra como te estás lanzando a destruir la república»¹³. Pero [7] él, defendiéndose de tales acusaciones, logró convencer a los senadores; de resultas de lo cual sus admiradores se exaltaron todavía más y lo animaron a no cejar en su grandeza ante nadie, pues con la voluntad del pueblo de su parte llegaría a estar por encima de todos ocupando el primer puesto.

[7] Entre tanto había muerto Metelo, el pontífice máximo. Aspiraban al sacerdocio, que era un cargo muy codiciado, Isáurico y Cátulo, varones muy destacados y con gran influencia en el Senado; pero César no se arredró ante ellos y, presentándose [2] ante el pueblo, anunció su candidatura¹⁴. Ahora bien, cuando se vio que los bandos estaban prácticamente igualados, Cátulo, que temía tanto más la incertidumbre del resultado en cuanto que ocupaba un cargo superior, mandó un emisario a César para convencerlo de que renunciara a su pretensión a cambio de una fuerte suma de dinero¹⁵; pero él, pidiendo prestada una suma todavía mayor, declaró que iba a luchar hasta el final. [3] Llegado el día de la elección, su madre lo acompañaba llorosa hasta la puerta, pero él la abrazó y le dijo: «Madre, hoy verás [4] a tu hijo o pontífice máximo o exiliado». Una vez celebrada la votación César resultó vencedor de la contienda, haciendo temer al Senado y a la aristocracia que incitase al pueblo a todo tipo de osadías.

[5] De ahí que Pisón y Cátulo reprocharan a Cicerón no haberse ensañado con César cuando éste, con ocasión del asunto [6] de Catilina, había dado pie para ello¹⁶. En efecto, Catilina había proyectado no sólo cambiar la constitución del Estado, sino acabar con todo el sistema de magistraturas y trastornar completamente la república; y si bien él había sido expulsado de Roma (a pesar de que los indicios en su contra eran mínimos antes de que se descubriesen sus intenciones últimas), dejó en la ciudad como sustitutos al mando de la conjuración a Léntulo y Cetego. Que César les proporcionase secretamente [7] algún tipo de ayuda o aliento, es algo que no puede demostrarse. Lo que sí es cierto es que, cuando aquéllos fueron declarados culpables sin remisión en el Senado, Cicerón, que era entonces cónsul, comenzó a preguntar a cada senador su opinión acerca del castigo que merecían; los demás instaban a aplicar la pena de muerte, hasta que le llegó el turno a César, quien, poniéndose en pie, pronunció un estudiado discurso [8] en el que decía que, de no ser en caso de extrema necesidad, no le parecía justo ni acorde con las costumbres patrias dar muerte sin juzgarlos a unos varones destacados por su rango y linaje, y que si se los encarcelaba y custodiaba en

las ciudades [9] de Italia que el propio Cicerón designaría, hasta que Catilina fuese completamente derrotado, el Senado podría más tarde, en paz y con calma, tomar una decisión acerca de cada uno de ellos.

Esta opinión pareció tan humana, y su discurso fue pronunciado [8] con tal vigor, que no sólo los que se levantaron después de César se sumaron a su propuesta, sino que incluso muchos de los que lo habían hecho antes que él se desdijeron de las opiniones expresadas y se pusieron de su lado, hasta que el turno llegó a Catón y Cátulo. Éstos se opusieron con [2] vehemencia a su propuesta, y Catón incluso se apoyó para su discurso en las sospechas que había contra César, atacándolo violentamente. Los dos hombres fueron entregados para ser ejecutados, y cuando César salía del Senado muchos de los jóvenes que por entonces escoltaban a Cicerón acudieron corriendo hacia él y desenvainaron sus espadas; pero Curión, [3] según se cuenta, lo cubrió con su toga y lo hizo salir de allí, mientras que el propio Cicerón, ante las miradas interrogativas de los jovenzuelos, hizo una señal negativa con la cabeza, ya fuera por temor del pueblo, ya porque considerase de todo [4] punto injusto e ilegal tal homicidio¹⁷. Por cierto que, si es verdad que así sucedió, no comprendo cómo Cicerón no lo relató en su obra titulada *Sobre el consulado*¹⁸; en todo caso, más tarde se le censuró por no haber aprovechado la magnífica oportunidad que se le ofrecía entonces contra César y por haberse acobardado ante el pueblo, que rodeaba a aquél con [5] extraordinaria adhesión. Pocos días después César se presentó en el Senado para defenderse de las sospechas que pesaban contra él, lo cual le granjeó airados abucheos; y como la sesión del Senado se alargaba más de lo acostumbrado, el pueblo se presentó dando gritos y rodeó el edificio reclamando [6] a su hombre y exigiendo que se le dejase salir. En vista de ello, Catón —que temía por encima de todo una revolución de los indigentes, quienes constituían por así decir la mecha del resto de la población y tenían puestas en César sus esperanzas— convenció al Senado de que se les concediese un [7] subsidio alimenticio mensual; esta decisión política supuso añadir a los demás gastos del Estado siete millones y medio de denarios

anuales, pero consiguió a todas luces apaciguar el gran terror del momento, además de quebrantar y disipar casi toda la influencia de César en un momento muy oportuno, pues se disponía a ocupar el cargo de pretor y eso le había de hacer aún más temible¹⁹.

Sin embargo, de dicha magistratura no se siguió ninguna [9] turbación pública; por contraste, en casa de César se produjo un desagradable incidente. Publio Clodio era un hombre de [2] origen patricio, destacado por su riqueza y su elocuencia, pero que aventajaba en insolencia y audacia a todos los romanos célebres por su conducta infame²⁰. Este Clodio estaba enamorado [3] de Pompeya, la mujer de César, no sin el consentimiento de ella, pero el gineceo estaba rigurosamente vigilado y Aurelia, madre de César y mujer de gran discreción, estaba siempre atenta a la joven esposa y hacía que el encuentro entre ambos fuese difícil y arriesgado.

Tienen los romanos una divinidad que llaman la Buena [4] Diosa; los griegos la llaman Ginecea, y los frigios, queriendo reivindicarla como suya, dicen que era la madre del rey Midas, mientras que los romanos dicen que era una ninfa dríade, compañera de Fauno, y los griegos que una de las madres de Dioniso, aquella cuyo nombre no se puede pronunciar. De ahí [5] que las mujeres que celebran su fiesta cubran sus tiendas con sarmientos y se coloque una serpiente sagrada junto a la diosa, de acuerdo con el mito. A ningún varón le está permitido [6] tomar parte, ni siquiera estar en la casa en que se celebran los ritos místicos; las propias mujeres, según se dice, celebran entre ellas unas ceremonias que coinciden en muchos aspectos con las de los órficos. Así pues, cuando llega el día de la [7] fiesta²¹, el varón que desempeña el cargo de cónsul o de pretor se va, y con él todos los de sexo masculino, mientras la mujer se hace cargo y toma las riendas de la casa. Los ritos más importantes [8] se celebran de noche, y estas fiestas nocturnas están acompañadas de diversiones, con una presencia muy importante de la música²².

[10] Pompeya era entonces la encargada de celebrar dicha fiesta; Clodio, todavía imberbe y creyendo que eso lo haría pasar desapercibido, se puso el vestido y demás pertrechos de

una harpista y se presentó en su casa con la apariencia física de [2] una joven. Encontrándose las puertas abiertas, fue fácilmente introducido en la casa por una sirvienta que estaba al tanto de la situación; ésta se fue corriendo a informar a Pompeya, pero como el tiempo pasaba, Clodio no fue capaz de aguardar en el lugar en que se le había dejado y comenzó a vagar por la espaciosa casa, tratando de evitar las luces. Una doncella de Aurelia se encontró con él y, tomándolo por una mujer, lo invitó a que tocara algo; como él se negaba, la doncella lo arrastró al centro de la habitación y le preguntó quién era y de [3] dónde venía. Clodio dijo que estaba esperando a la doncella favorita de Pompeya, cuyo nombre era precisamente Habra²³, pero su voz lo delató; al punto la doncella salió corriendo a donde estaban las luces y la reunión de las mujeres, mientras chillaba y gritaba que había sorprendido a un hombre. Las mujeres fueron presa del pánico y Aurelia, tras hacer detener las ceremonias religiosas y cubrir los objetos sagrados, ordenó cerrar las puertas y se puso a recorrer la casa con antorchas [4] en busca de Clodio. Se lo encontró refugiado en la habitación de la muchacha que lo había introducido en la casa; una vez hubieron las mujeres conocido su identidad, lo echaron a la [5] calle. Inmediatamente, esa misma noche, las mujeres salieron de la casa y fueron a contarles a sus maridos lo sucedido; al día siguiente corrió por toda la ciudad la noticia de que Clodio había cometido un sacrilegio, por el que debía pagar no sólo ante los ofendidos sino también ante la ciudad y los dioses.

Así pues, uno de los tribunos de la plebe presentó contra [6] Clodio una demanda por impiedad, y los senadores más influyentes se pusieron también en su contra, testificando que, entre otros horribles actos impúdicos, había cometido incesto con su hermana, que estaba casada con Lúculo²⁴. Pero el pueblo, [7] plantando cara a los esfuerzos de aquéllos, defendió a Clodio y fue para él una gran ayuda ante los jueces, aterrorizados de miedo ante la muchedumbre. César repudió inmediatamente [8] a Pompeya, pero cuando se lo llamó a testificar en el juicio dijo no saber nada de las acusaciones que se esgrimían contra Clodio. Como tal declaración produjera extrañeza, el fiscal [9] le preguntó: «Entonces, ¿por qué

repudias a tu mujer?», respondiéndole César: «Porque considero que de la mía no debe siquiera sospecharse»²⁵. Algunos pretenden que, hablando así, [10] César estaba diciendo lo que pensaba, pero otros creen que lo hizo por agradar al pueblo, que estaba decidido a salvar a Clodio. Sea como fuere, éste salió absuelto de la acusación; [11] la mayor parte de los jueces habían escrito su veredicto con caracteres ilegibles para así no ponerse en peligro ante la muchedumbre por haber condenado al reo, ni tampoco perder su reputación ante las personas eminentes por haberlo absuelto.

Inmediatamente después de la pretura, César recibió el [11] mando de la provincia de Hispania²⁶. Como le resultaba difícil arreglarse con sus acreedores, que lo importunaban y abrumaban con sus reclamaciones cuando se disponía a partir, recurrió a la ayuda de Craso, que era el más adinerado de los romanos y necesitaba del vigor y vehemencia de César para la [2] lucha política que le oponía a Pompeyo. Craso se hizo cargo de los acreedores más difíciles e inflexibles y presentó un aval por valor de ochocientos treinta talentos; de esta forma César pudo partir hacia su provincia.

[3] Se cuenta que, según atravesaba los Alpes, pasó junto a cierta aldea bárbara que contaba con poquísimos habitantes y tenía un aspecto miserable. Sus compañeros, entre bromas y risas, decían: «Quizá haya, también aquí, ambición por los cargos, disputas por los primeros puestos y envidias recíprocas [4] entre los poderosos», y César, con gran seriedad, les replicó: «Lo que es yo, preferiría ser el primero entre ellos antes que [5] el segundo entre los romanos»²⁷. Igualmente se cuenta que en Hispania, un día de ocio, leía César un libro sobre Alejandro; quedóse largo rato ensimismado en sus pensamientos y después [6] rompió a llorar. Sus amigos, asombrados, le preguntaron por qué lloraba, y él les dijo: «¿No os parece motivo de aflicción pensar que, a la edad que tengo, Alejandro reinaba ya sobre tan gran imperio, mientras que yo todavía no he llevado a cabo ninguna acción brillante?»²⁸.

[12] Así, nada más llegar a Hispania, comenzó a desplegar una gran actividad, de tal forma que en pocos días pudo añadir diez cohortes a las veinte ya existentes; y marchando de

expedición contra los galaicos y lusitanos avanzó, de victoria en victoria, hasta el mar exterior, sometiendo a pueblos que [2] nunca antes habían obedecido a los romanos. Y si llevó con éxito los asuntos de la guerra, con no menos talento se entregó a administrar la paz: estableció la concordia en las ciudades y sobre todo trató de suavizar las desavenencias entre deudores y acreedores. En efecto, decretó que el acreedor cobrara cada [3] año los dos tercios de los ingresos del deudor, que podría servirse del tercio restante, y así hasta la extinción de la deuda. Estas medidas le granjearon una gran popularidad; cuando [4] abandonó la provincia no sólo se había enriquecido gracias a sus campañas militares, sino que además había hecho beneficiarse de ellas a sus soldados, que lo saludaban ya con el título de *imperator*²⁹.

Puesto que los aspirantes al triunfo debían permanecer [13] fuera de la ciudad y los candidatos al consulado debían estar presentes en Roma para hacer campaña, César, que había llegado justo en el momento de los comicios consulares, viéndose en tal antinomia mandó un emisario al Senado para solicitar el permiso de optar al consulado por intermedio de unos amigos, estando él ausente de Roma³⁰. En un primer momento [2] Catón, con la ley en la mano, se opuso firmemente a su demanda; más tarde, viendo que César se había ganado el favor de muchos de los senadores, se dedicó a obstruir y alargar el asunto, y así consumió toda la jornada en discusiones. Entonces César decidió renunciar al triunfo y consagrarse al consulado. Se presentó en la ciudad e inmediatamente acometió [3] una acción política que consiguió engañar a todo el mundo excepto a Catón: la reconciliación entre Pompeyo y Craso, los hombres más influyentes de Roma. César convirtió su enemistad [4] en unión y amistad, y reunió en sí mismo la fuerza procedente de ambos personajes; con una acción que se tenía por filantrópica consiguió hacer pasar inadvertida una auténtica [5] revolución política³¹. Y es que no fue la discordia entre César y Pompeyo, como cree la mayoría, lo que desencadenó las guerras civiles, sino más bien su amistad, pues en un primer momento se aliaron para acabar con la aristocracia y fue sólo [6] después cuando surgió la enemistad. Y Catón, que había vaticinado en

repetidas ocasiones lo que había de venir, se ganó entonces la fama de hombre perturbador y entrometido, si bien más tarde se vio en él a un consejero avisado pero sin suerte.

[14] En todo caso César, situado gracias a su amistad entre Craso y Pompeyo, como si fuesen su guardia personal, se [2] presentó como candidato al consulado y obtuvo un resonante éxito, resultando elegido junto con Calpurnio Bíbulo³². Nada más tomar posesión del cargo propuso leyes más propias de un audacísimo tribuno de la plebe que de un cónsul, planteando, para agradar a las masas, la fundación de colonias y el reparto [3] de tierras. La oposición de la gran nobleza senatorial le proporcionó el pretexto que buscaba desde hacía mucho tiempo; se puso a gritar y a protestar que se lo empujaba contra su voluntad a lisonjear a la plebe, obligado por la insolencia y la dureza del Senado, y dicho esto fue corriendo a presentarse [4] ante la asamblea popular. Allí, flanqueado de un lado por Craso y del otro por Pompeyo, preguntó a la plebe si aprobaba sus leyes; como le dijeran que sí, César les invitó a que las defendieran espada en mano contra aquellos que amenazaban [5] con oponerse a ellas. Ellos lo prometieron, y Pompeyo llegó a añadir que haría frente a las espadas con la suya propia y con [6] su escudo. Esto causó gran malestar entre los aristócratas, para quienes tales palabras eran indignas del respeto que se le tenía, poco conformes con la consideración debida al Senado y más propias de un jovenzuelo exaltado; sin embargo, la plebe se mostró complacida.

César tenía la secreta intención de adueñarse todavía más [7] de la influencia de Pompeyo; como tenía una hija, Julia — prometida a Servilio Cepión—, concedió su mano a Pompeyo y prometió casar con Servilio a la hija de Pompeyo, que a su vez no estaba libre, sino prometida a Fausto, el hijo de Sila³³. Poco tiempo después César desposó a Calpurnia, hija [8] de Pisón, y a éste lo hizo elegir cónsul para el año siguiente³⁴; también entonces Catón gritó y protestó que era intolerable que se prostituyeran los cargos públicos con enlaces matrimoniales y que se repartieran entre sí provincias, ejércitos y prebendas sirviéndose de sus mujeres. El colega de César en [9] el cargo, Bíbulo, viendo que nada conseguía con

su oposición a estas leyes y que con frecuencia corría el riesgo de ser asesinado en el Foro junto con Catón, se encerró en su casa y allí consumió todo lo que le quedaba de consulado. Y Pompeyo, [10] inmediatamente después de su boda, llenó el Foro de hombres armados e hizo ratificar las leyes por el pueblo y atribuir a César toda la Galia, tanto la Cisalpina como la Transalpina, añadiendo a ello la Iliria, con cuatro legiones y por espacio de cinco años. Pues bien, cuando Catón trató de oponerse a [11] estas medidas, César lo hizo encarcelar, pensando que recurriría a los tribunos de la plebe; pero Catón se dejó llevar sin [12] decir palabra. César, viendo que esta acción no sólo era mal encajada por los más poderosos, sino que también el elemento popular, por el respeto que les infundía la virtud de Catón, lo seguía en silencio y con la cabeza gacha, pidió a uno de los tribunos de la plebe, personalmente y en secreto, que lo dejase [13] en libertad. Eran muy pocos los senadores que se reunían con César en el Senado, mientras el resto se mantenía apartado [14] para mostrar su descontento. Y un tal Considio, de edad muy avanzada, dijo que los senadores no comparecían por temor de las armas y de los soldados; y cuando César le preguntó: «Entonces, ¿por qué ese mismo temor no te hace quedarte en [15] casa también a ti?», le dijo Considio: «Porque la vejez hace que no tenga miedo; y es que lo poco de vida que me queda [16] no merece demasiado precaución». Pero la medida política considerada como la más vergonzosa de aquella época fue, durante el consulado de César, la elección como tribuno de la plebe del mencionado Clodio, que había violado las leyes del [17] matrimonio y el secreto de las celebraciones nocturnas. Fue elegido con vistas a acabar con Cicerón, y César no marchó a reunirse con su ejército sin antes haber formado con Clodio una facción contra Cicerón y conseguido que éste se exiliase de Italia³⁵.

[15] Hasta aquí, pues, las que se dice fueron sus actividades [2] antes de su mando en las Galias. Esta época —con las guerras que libró a continuación y las campañas con las que domó la Galia— supone como si dijéramos un nuevo comienzo en su carrera, pues le hizo adoptar un nuevo género de vida y encaminarse a nuevas empresas. Allí tuvo ocasión de

revelarse como un guerrero y estratega en absoluto inferior a los [3] generales más grandes y admirados del pasado; es más, si se lo compara con los Fabios, los Escipiones o los Metelos, con los militares de su tiempo o de la época inmediatamente anterior —Sila, Mario, los dos Lúculos o el propio Pompeyo, cuya gloria florecía entonces por todo lo alto gracias a su polifacético talento militar—³⁶, con sus hazañas César sobrepasa a todos [4] ellos, al uno por la dificultad de los lugares en que combatió, al otro por la extensión de tierra conquistada, a éste por el número y fortaleza de los enemigos vencidos, a aquél por la singularidad y doblez de los pueblos que se supo conciliar, al uno por su moderación y mansedumbre para con los prisioneros, al otro por sus regalos y favores hacia sus compañeros de campaña, y a todos por el gran número de batallas libradas y [5] de enemigos aniquilados. En efecto, durante los escasos diez años que duró la guerra de las Galias, tomó por la fuerza más de ochocientas ciudades, sometió a trescientas naciones y se enfrentó en diferentes batallas a tres millones de enemigos, acabando con la vida de un millón y capturando el mismo número de prisioneros³⁷.

Era tal la devoción y el celo que inspiraba su persona a [16] sus soldados que incluso aquellos que no se habían destacado en absoluto en anteriores campañas se mostraban invencibles e irresistibles, dispuestos a afrontar cualquier peligro por la gloria de César. Tal se mostró Acilio, a quien, durante la batalla [2] naval librada frente a Marsella, subido a bordo de una nave enemiga, le cortaron la mano derecha de un golpe de espada; sin embargo él, lejos de soltar su escudo de la izquierda, comenzó a golpear a los enemigos en el rostro, los hizo retroceder [3] a todos y se hizo con el control de la embarcación³⁸. Tal se mostró también Casio Esceva quien, durante la batalla de Dirraquio, con un ojo reventado por una flecha, un hombro y un muslo atravesados por sendos venablos y el escudo que había recibido ciento treinta impactos de saeta, llamó a los enemigos [4] haciendo ver que se entregaba; cuando dos de ellos se acercaron, al uno le cercenó un hombro con la espada, al otro lo puso en fuga golpeándole en el rostro, y él se salvó gracias a la llegada [5]

de los suyos³⁹. Asimismo, en Britania, en cierta ocasión los enemigos arremetían contra los centuriones de vanguardia, que se habían metido en un paraje cenagoso y lleno de agua; entonces un soldado, a la vista del propio César que observaba el combate, se precipitó contra los enemigos y, dando numerosas muestras de una extraordinaria audacia, salvó a [6] los centuriones y puso en fuga a los bárbaros. Él mismo, cruzando penosamente detrás de todos los demás, se lanzó a las aguas cenagosas y consiguió a duras penas atravesarlas, unas [7] veces nadando y otras caminando, pero sin su escudo; César y los suyos, llenos de admiración, salieron a su encuentro entre gritos y felicitaciones, pero él, la cabeza muy gacha y los ojos llenos de lágrimas, se lanzó a los pies de César implorándole [8] perdón por haber abandonado el escudo⁴⁰. Y en Libia, Escipión, tras apresar una nave de César en la que viajaba Granio Petrón, cuestor electo, hizo prisioneros a todos los demás pero [9] dijo que le concedía salvar la vida al cuestor; éste le contestó que los soldados de César no tenían por costumbre recibir tal favor, sino concederlo, y acto seguido se quitó la vida con su espada⁴¹.

El propio César fomentaba y daba pie a tales muestras de [17] valor y de afán de gloria, en primer lugar por la liberalidad con que recompensaba y honraba a sus soldados, haciéndoles ver que, si reunía riquezas en sus campañas, no era para su propio regalo y placer, sino que las mantenía a buen recaudo a modo de fondo común con el que recompensar el coraje, y no echaba mano de ellas más que en la medida en que le era necesario para dar a sus soldados que lo merecían; y en segundo lugar, porque él se sometía gustoso a toda suerte de peligros, sin echarse atrás ante ninguna penalidad. Pues bien, [2] este gusto por el riesgo no sorprendía a sus soldados, que conocían su afán de gloria; pero lo que los dejaba atónitos era que aguantara la fatiga con una resistencia que parecía estar por encima de sus fuerzas físicas —pues era de constitución débil, su piel era blanca y delicada y era propenso a los dolores de cabeza y a ataques epilépticos (esta afección, según se dice, le sobrevino por primera vez en Córdoba)⁴². Pero él no [3] convertía su falta de salud en pretexto para la molicie, antes bien, hacía de sus campañas un tratamiento

contra ella; con sus marchas incansables, con su régimen frugal y con su costumbre permanente de dormir al aire libre y someterse a todo tipo de penalidades, combatía su mal y conservaba su cuerpo a salvo de la enfermedad.

Así, la mayor parte de las veces dormía en el carruaje o [4] en la litera, convirtiendo así su reposo en actividad; y durante el día se hacía conducir por las fortalezas, las ciudades o los atrincheramientos en compañía tan sólo de un amanuense acostumbrado a escribir sobre un vehículo en marcha y, situado [5] a sus espaldas, de un soldado armado de espada. Viajaba a tal ritmo que, cuando su primera salida de Roma en dirección a su provincia, al cabo de ocho días había llegado ya al [6] Ródano⁴³. Es verdad que desde niño tenía gran facilidad para ir a caballo, pues se había acostumbrado a cabalgar al galope con [7] las manos cruzadas a la espalda; y durante aquella campaña de las Galias se ejercitó además en dictar sus cartas desde su montura, ocupando en ello a dos amanuenses al mismo tiempo [8] y, según Opio, incluso a más⁴⁴. Se dice también que César fue el primero en recurrir a las cartas para comunicarse con sus amigos cuando la urgencia del asunto no le dejaba tiempo para verlos en persona, y ello debido tanto a sus muchas ocupaciones [9] como al tamaño de la ciudad de Roma. Por lo que respecta a sus pocas exigencias en materia de dieta, se presenta como muestra la siguiente anécdota: cenando una vez en Milán en casa de Valerio León, su anfitrión hizo servir unos espárragos sobre los que se había vertido aceite perfumado en lugar de aceite de oliva; César se los comió sin rechistar y, como sus amigos dieran muestras de disgusto, se lo reprochó diciendo: [10] «Bastaba con que no hubierais comido lo que no os gusta, pero el que denuncia tal rusticidad se acredita él mismo de [11] rústico». Y una vez que iba de viaje el mal tiempo lo obligó a refugiarse en la cabaña de un hombre pobre, en la que no encontró más que una sola habitación capaz de acoger malamente a una persona; y diciendo a sus amigos que, si había que ceder los sitios de honor a los mejores, a los más débiles había que cederles los que les eran necesarios, mandó que Opio descansase en ella, mientras él se iba a dormir con los demás bajo el tejadillo de la puerta.

Pues bien, su primera campaña en las Galias fue contra [18] los helvecios y tigurinos, quienes, tras incendiar sus doce ciudades y sus cuatrocientas aldeas, avanzaban a través de la Galia sometida a los romanos, como en otro tiempo hicieran los cimbrios y teutones, a los que no parecían inferiores ni en audacia ni en número, ya que contaban un total de trescientas mil personas, de los cuales noventa mil eran combatientes⁴⁵. De estos dos pueblos, los tigurinos fueron destrozados en las [2] inmediaciones del río Arar, no por el propio César sino por Labieno, enviado por aquél⁴⁶. Mientras conducía el ejército hacia una ciudad amiga, César fue atacado inesperadamente por los helvecios a mitad de camino, teniendo que refugiarse a toda prisa en una posición fuerte; allí reagrupó su ejército [3] y lo dispuso en formación de batalla. Cuando le trajeron su caballo, dijo: «Me serviré de él después de la victoria para perseguir a los enemigos; ahora, marchemos contra ellos», y se lanzó a pie al ataque. Tras un combate largo y difícil logró [4] rechazar al adversario, siéndole lo más penoso la lucha en torno a los carros y la empalizada, ya que allí no sólo resistían y combatían los hombres, sino incluso sus mujeres y niños, que se defendieron hasta morir despedazados; tanto fue así que el combate apenas pudo terminar mediada la noche. Y a su [5] hermosa victoria añadió una resolución todavía mejor: reunió a los bárbaros que habían huido del campo de batalla y los obligó a que regresaran a la tierra que habían abandonado y a las ciudades que habían destruido, siendo los supervivientes [6] más de cien mil. Esto lo hizo por temor a que los germanos cruzasen el Rin y ocupasen el país si éste quedaba desierto.

[19] Su segunda campaña fue directamente contra los germanos para defender las Galias, y ello a pesar de que con anterioridad César había hecho reconocer a su rey Ariovisto como [2] aliado de Roma⁴⁷; pero eran unos vecinos insoportables para los pueblos sometidos a César, y además era de imaginar que si se les presentaba la ocasión no se iban a quedar quietos en sus actuales territorios, sino que invadirían y ocuparían la [3] Galia. César, viendo a sus oficiales acobardados, sobre todo a los jóvenes de familias nobles, que lo habían acompañado con la idea de aprovechar esta expedición para llevar una vida de molicie y enriquecerse, los

reunió en asamblea y les exhortó a que se marcharan y no afrontasen el peligro contra [4] su voluntad, cobardes y blandos como eran; y añadió que él tomaría consigo tan sólo la décima legión y marcharía contra los bárbaros, pues ni los enemigos contra los que iba a combatir eran superiores a los cimbrios, ni él era inferior a Mario [5] como general. Más tarde la décima legión envió portavoces a César para testimoniarle su agradecimiento, y las demás legiones colmaron de reproches a sus oficiales; así que el ejército entero, lleno de ímpetu y de ardor, siguió a César durante muchos días de marcha, hasta acampar a doscientos estadios de distancia de los enemigos.

[6] Pues bien, la llegada de César sirvió por sí sola para quebrantar [7] un tanto la audacia de Ariovisto, que no se esperaba que los romanos atacasen a los germanos, pues no parecía que aquéllos pudieran resistir a éstos; quedó pues admirado de la audacia de César y pudo ver además la turbación de su propio [8] ejército. Y todavía embotaban más el valor de sus soldados las predicciones de sus sacerdotisas, que profetizaban el futuro observando los remolinos de los ríos y conjeturando a partir de los torbellinos y del ruido de la corriente; las sacerdotisas les prohibían entablar batalla antes de la aparición de la luna nueva. César, informado de estas predicciones y viendo que [9] los germanos estaban inactivos, consideró que era mejor atacarlos en tal estado de desgana que esperar a que les llegase a ellos su momento propicio. Y lanzando avanzadillas contra [10] las trincheras y las colinas en las que acampaban, consiguió irritarlos y obligarlos a descender encolerizados a librar el combate decisivo. César los puso en fuga en una brillante acción [11] y, persiguiéndolos por espacio de cuatrocientos estadios hasta el Rin, llenó toda la llanura de cadáveres y de despojos. Ariovisto se le adelantó en su huida y cruzó el Rin con unos [12] pocos hombres; el número de muertos, según se dice, se elevó a ochenta mil.

Una vez finalizada esta campaña, César dejó su ejército en [20] los cuarteles de invierno de los secuanos y él, que quería estar al tanto de lo que sucedía en Roma, descendió a la Galia Padana, que formaba parte de la provincia bajo su mando (en efecto, el río llamado Rubicón separa la Galia Cisalpina del

resto de Italia)⁴⁸. Durante su estancia en esta región trabajaba por su [2] popularidad; muchas personas se llegaban a su presencia, él le daba a cada uno lo que le pedía y los despedía a todos, ya fuera con sus regalos entre las manos, ya con la esperanza de obtenerlos. Es más, durante el resto del tiempo que duró [3] su campaña, Pompeyo no llegó a darse cuenta de que César, alternativamente, tan pronto sometía a los enemigos con las armas de los ciudadanos como se ganaba y controlaba a los ciudadanos con las riquezas capturadas a los enemigos.

[4] Pero cuando se enteró de que los belgas —los más poderosos entre los celtas, que ocupaban un tercio de toda la Galia— se habían sublevado y habían reunido muchas decenas de miles de hombres armados, dio media vuelta de inmediato [5] y se puso en camino a toda velocidad⁴⁹. Cayendo sobre los belgas mientras éstos devastaban las tierras de los celtas aliados de Roma, puso en fuga a los grupos más compactos y numerosos, que pelearon vergonzosamente, y les causó tal mortandad que los romanos pudieron atravesar incluso lagunas [6] y ríos profundos sobre la masa de cadáveres⁵⁰; y todos los pueblos sublevados de la parte del océano se pusieron de su lado sin combatir. Marchó entonces contra los nervios, los más [7] feroces y belicosos de aquellas regiones, que instalaban sus hogares en bosques impenetrables y llevaban sus familias y enseres a lo más profundo de la espesura, lo más lejos posible del enemigo. Mientras César hacía construir una empalizada, sin esperarse un combate en ese momento, los nervios cayeron de improviso sobre él en número de sesenta mil, pusieron en fuga a la caballería y, rodeando a las legiones duodécima y [8] séptima, dieron muerte a todos sus centuriones. Y si César, arrebatándole el escudo a un soldado y abriéndose paso entre los que peleaban delante de él, no hubiera cargado contra los bárbaros, y la legión décima, viéndolo en peligro desde las alturas en que estaba situada, no llega a bajar corriendo para cortar por la mitad las filas enemigas, probablemente no hubiera [9] salido con vida ni uno solo de los romanos; pero los soldados, ante la audacia de César, libraron según se dice un combate por encima de sus propias fuerzas, y a pesar de todo no pudieron poner en fuga a los nervios, que se defendieron hasta morir despedazados —se dice, en efecto,

que de sesenta [10] mil que eran se salvaron quinientos, y sólo tres de entre cuatrocientos senadores.

Enterado de ello el Senado, decretó quince días de fiesta [21] para hacer sacrificios a los dioses, suspendida toda actividad laboral, cosa que nunca antes se había decretado por una victoria. Y es que el peligro había sido muy grande, al sublevarse [2] tantos pueblos al mismo tiempo, y por otra parte, por ser César el vencedor, el favor popular de que disfrutaba hacía su victoria más brillante. El propio César, después de poner [3] orden en los asuntos de la Galia, pasó de nuevo el invierno en la comarca del Po mientras se dedicaba a ganarse el favor de Roma⁵¹. En efecto, los candidatos a las magistraturas, sirviéndose [4] de César como proveedor de fondos y corrompiendo al pueblo con el dinero recibido de él, se hacían elegir y llevaban a cabo una política totalmente orientada a acrecentar el poder de aquél; y no sólo esto, sino que además la mayor parte de [5] los hombres más notables y poderosos se reunieron con él en Luca: Pompeyo y Craso, Apio el gobernador de Cerdeña y Nepote el procónsul de Hispania, hasta el punto de juntarse allí ciento veinte lictores y más de doscientos senadores⁵². Tuvieron, pues, una conferencia y se pusieron de acuerdo en [6] que Pompeyo y Craso serían nombrados cónsules y a César se le asignaría dinero y otros cinco años de mando militar⁵³. [7] Esto último fue lo que pareció más extraño a las gentes sensatas: aquellos que recibían tales sumas de César convencían al Senado de que le concediese dinero, como si no lo tuviera, o para ser más exactos, forzaban al Senado, que deploraba sus [8] propios decretos. Y es que Catón estaba ausente —de propio se lo había enviado en misión a Chipre—, y Favonio, partidario acérrimo de aquél, viendo que nada conseguía con su oposición, salió precipitadamente del Senado y comenzó a [9] arengar a gritos a la muchedumbre, pero nadie le prestó atención ni se movió de su sitio, algunos por respeto a Pompeyo y Craso, la mayoría por complacer a César, en quien tenían depositadas sus esperanzas⁵⁴.

[22] Nuevamente de regreso junto a sus tropas en la Galia se ve César envuelto en una guerra de grandes dimensiones en el país, pues dos importantes pueblos germánicos han cruzado

recientemente el Rin a la conquista de tierras; unos se llaman [2] usipetes y los otros téncteros. Acerca de la batalla librada contra ellos escribe César en sus *Comentarios* que los bárbaros, tras enviarle embajadores, con ocasión de la tregua le habían atacado por el camino, y que gracias a esta trampa habían puesto en fuga con ochocientos jinetes suyos a cinco [3] mil de César, que no se lo esperaban; y que más tarde enviaron otros embajadores con la intención de engañarlo de nuevo, pero él los retuvo y dirigió su ejército contra los bárbaros, considerando que sería necedad el tratar de buena fe con unos hombres que no respetaban las treguas ni los pactos [4] recíprocos⁵⁵. Y Tanusio cuenta que cuando el Senado decretó fiestas y sacrificios por esta victoria, Catón proclamó que, en su opinión, había que entregar a César a los bárbaros para así purificar a la ciudad de la violación de la tregua y hacer que la maldición cayera sobre el culpable⁵⁶. En cuanto a los bárbaros que habían [5] cruzado el Rin, cuatrocientos mil de entre ellos fueron aniquilados, y los pocos que pudieron cruzar de nuevo el río fueron acogidos por los sugambros, otro pueblo de la Germania. Ello [6] fue motivo para César de ir contra ellos, ya que por lo demás aspiraba a la gloria de ser el primer hombre en cruzar el Rin con un ejército. Así que se puso a construir un puente sobre este río, que tenía una gran anchura y era particularmente violento, impetuoso y crecido por la parte elegida para cruzar; la corriente arrastraba maderos y troncos que chocaban y destrozaban los apoyos del puente. Pero César dispuso contra [7] ellos, a manera de dique, grandes pilotes de madera bien clavados, y refrenando así la violencia de la corriente contra la obra, ofreció un espectáculo por encima de lo creíble: un puente terminado en diez días.

Hizo pasar, pues, a su ejército sin que nadie se atreviese a [23] salirle al paso; es más, incluso los suevos, el pueblo con mayor autoridad en la Germania, se retiraron a las profundidades de valles boscosos. César prendió fuego al país enemigo, dio nueva confianza a los que siempre habían mostrado amistad hacia los romanos y regresó de nuevo a la Galia tras haber pasado dieciocho días en Germania.

Su campaña contra los britones fue digna de renombre [2] por la audacia de que se hizo gala: y es que César fue el

primero en lanzar una flota al océano occidental y navegar por el Atlántico llevando un ejército a la guerra⁵⁷. Esta isla, de [3] cuya existencia se dudaba en virtud de su supuesto tamaño y que era causa de muchas controversias entre un buen número de autores —algunos pretendían que Britania era una mera invención, el nombre de un país que no existía ni había existido nunca—, César se propuso someterla y llevar así la [4] dominación romana más allá del mundo conocido. Por dos veces navegó hasta la isla desde la parte de la Galia que queda enfrente, y librando numerosas batallas causó más daño a los enemigos que beneficio a sus propios hombres (y es que no había nada que valiera la pena arrebatar a unos hombres que llevaban una vida miserable y mezquina). Así pues, puso término a esta guerra, desde luego no de la forma en que lo hubiera deseado, pero al menos abandonó la isla habiendo recibido rehenes del rey e impuesto tributos.

[5] En el momento en que se disponía a embarcarse le llegaron cartas de sus amigos de Roma comunicándole el fallecimiento de su hija, muerta de parto en casa de Pompeyo⁵⁸. [6] Grande fue el pesar de éste, como grande fue el de César. También sus amigos fueron presa de la turbación, al pensar que se había disuelto el parentesco que mantenía en paz y concordia una república por lo demás muy debilitada; además, la criatura tampoco tardó en morir, sobreviviendo unos pocos [7] días a su madre. Así pues, la muchedumbre tomó el cuerpo de Julia, contra la voluntad de los tribunos de la plebe, y lo llevó al Campo de Marte, donde está enterrada.

[24] Como su ejército había adquirido ya grandes proporciones, César se vio obligado a repartirlo en varios cuarteles de invierno, y él se dirigió hacia Italia, según su costumbre. Sin embargo, la Galia entera se sublevó de nuevo: grandes ejércitos rodeaban y pugnaban por destruir los cuarteles de invierno, [2] atacando las empalizadas de los romanos; los más fuertes y numerosos de los rebeldes, al mando de Ambiórix, aniquilaron [3] a Cota y a Titurio con su ejército, mientras la legión al mando de Cicerón era rodeada y sitiada por sesenta mil hombres, y poco faltó para que fuese tomada al asalto, pues todos los soldados estaban maltrechos y se defendían con un celo por encima de sus fuerzas⁵⁹. Cuando

llegaron estas noticias a oídos [4] de César, muy alejado de allí, dio rápidamente media vuelta y, reuniendo un total de siete mil hombres, se apresuró a librar a Cicerón del sitio de que era objeto. No pasó desapercibido a [5] los sitiadores, quienes, despreciando lo exiguo de sus tropas, salieron a su encuentro con la intención de apresarlos. Pero [6] César, usando de ardides en todo momento y rehuyendo el combate, ocupó una posición apropiada para quien había de luchar con unos pocos hombres contra muchos, y estableció allí un campamento fortificado; mantuvo a los suyos al margen de todo combate y los obligó a levantar una empalizada y a tabicar las puertas, como si tuvieran miedo, pues su estrategia se encaminaba a hacerse despreciar. Finalmente, [7] cuando los enemigos, envalentonados, le atacaban dispersos y en desorden, César salió y los puso en fuga, causándoles numerosas bajas.

Esta victoria apaciguó las numerosas rebeliones de los [25] galos de aquellas regiones, así como la presencia del propio César, quien durante ese invierno se desplazaba por doquier y vigilaba atentamente los posibles desórdenes. Además le [2] habían llegado de Italia tres legiones en sustitución de las que habían perecido; dos de ellas se las prestaba Pompeyo de entre las que estaban a sus órdenes, y la otra acababa de ser reclutada en la Galia Cisalpina⁶⁰.

[3] Pero lejos de aquellas regiones comenzaban a dejarse ver las semillas de la más grande y peligrosa guerra de las libradas en aquel país, semillas echadas hacía largo tiempo, en secreto, y sembradas por hombres muy poderosos entre las tribus más belicosas; semillas que cobraban vigor gracias a una juventud numerosa, venida de todas partes y armada, a grandes riquezas reunidas en fondo común, a ciudades fortificadas y a unas tierras [4] de difícil invasión. Además, siendo entonces invierno, los ríos helados, los bosques cubiertos de nieve, las llanuras empantanadas por los torrentes, los caminos irreconocibles por el espesor de la nieve, la inseguridad de la marcha a causa de las ciénagas y las corrientes desbordadas, todo ello parecía poner [5] a los rebeldes completamente fuera del alcance de César. Así pues, un gran número de tribus se sublevaron, con los arvernos y

carnutos a la cabeza; el mando supremo de la guerra recayó por elección en Vercingetórix, cuyo padre, sospechoso de veleidades tiránicas, había sido ejecutado por los galos.

[26] Así pues, Vercingetórix, dividiendo sus fuerzas en varias fracciones y poniendo diversos jefes al mando de cada una, consiguió ganarse a todo el país circundante, incluidos los pueblos que habitaban a orillas del Arar; a sabiendas de que en Roma se estaba ya tramando algo contra César, tenía la [2] intención de levantar en son de guerra la Galia entera. Si esto lo hubiera hecho un poco más tarde, cuando César estaba envuelto en la guerra civil, Italia habría sido presa de un terror no menos acuciante que el provocado en otro tiempo por los [3] cimbrios. Sin embargo, César, que tenía un talento innato para sacarle el mayor provecho a todos los asuntos de la guerra, y sobre todo poseía el sentido de la oportunidad, nada más enterarse de la sublevación se puso en marcha e hizo ver a los bárbaros, tanto por el propio itinerario seguido como por la vehemencia y rapidez de su avance, en medio de un invierno tan rudo, que se les venía encima un ejército invencible e [4] indomable. En efecto, donde era inverosímil que uno de sus mensajeros o correos pudiera internarse, incluso en un gran lapso de tiempo, allí podían verlo, con todo su ejército, arrasando sus tierras, destruyendo sus plazas fuertes, sometiendo ciudades y acogiendo a los que se pasaban de su lado; hasta [5] que entraron también en la guerra los eduos, pueblo que en el pasado se había declarado hermano de los romanos y había recibido de éstos grandes muestras de respeto, y que ahora, uniéndose a los rebeldes, provocaba un gran desaliento en el ejército cesariano. Por ello movió a sus tropas de donde estaban [6] y cruzó el territorio de los lingones con la intención de llegarse al de los secuanos, pueblo amigo que estaba situado delante de Italia y frente al resto de la Galia⁶¹. Entonces, atacado [7] y rodeado por muchas decenas de miles de enemigos, se dispuso a librar un combate decisivo; peleando con todas sus fuerzas, resultó vencedor y pudo reducir a los bárbaros, no sin que ello le costara mucho tiempo y mucha sangre. Parece [8] incluso que al principio de la batalla sufrió un cierto descalabro, pues los arvernos muestran una daga colgada en un templo y dicen que es un despojo

arrebatado a César; cuando éste la vio más tarde, se sonrió y no permitió que se la llevaran de allí como le pedían sus amigos, pues, dijo, era un objeto consagrado.

Ahora bien, la mayor parte de los que pudieron escapar [27] se refugiaron entonces con su rey en la ciudad de Alesia⁶². Y [2] mientras César sitiaba esta ciudad, que parecía inexpugnable a causa del tamaño de sus murallas y del gran número de defensores, le sobrevino del exterior un peligro por encima de toda ponderación. Y es que se reunieron trescientos mil hombres [3] armados, los más valerosos de entre todos los pueblos de la Galia, y acudieron en ayuda de Alesia; por otra parte, los que [4] luchaban dentro de la propia ciudad no eran menos de ciento setenta mil, así que César, atrapado y asediado en medio de tan enormes contingentes, se vio obligado a levantar dos empalizadas, una de cara a la ciudad y la otra del lado de los que habían venido en ayuda de ésta, pues si ambas fuerzas conseguían unirse, estaría perdido sin remisión.

[5] Así pues, si el peligro corrido frente a Alesia tuvo con razón gran renombre, ello es debido a muchas causas, pues César tuvo que hacer gala de una audacia y de una habilidad como en ningún otro combate; pero lo más sorprendente fue que los que estaban dentro de la ciudad no se enteraron de que César había atacado y vencido a las inmensas tropas que venían del exterior, y todavía más sorprendente que los romanos que vigilaban el muro que daba a la ciudad no se enteraron [6] tampoco. En efecto, estos últimos no supieron de la victoria de César hasta que oyeron los gemidos de los hombres y los golpes que se propinaban las mujeres de Alesia al ver del otro lado gran cantidad de escudos guarnecidos de oro y de plata, de corazas ensangrentadas o de copas y tiendas galas que los [7] romanos llevaban a su campamento. Tan enorme ejército se desvaneció y dispersó tan rápidamente como una aparición o un sueño, cayendo la mayor parte de los hombres en la batalla. [8] En cuanto a los ocupantes de Alesia, después de dar no pocos problemas a César y también a sí mismos, acabaron por rendirse. [9] Vercingetórix, comandante en jefe de la guerra, tomó sus más hermosas armas, engalanó su caballo y salió montado [10] por las puertas de la ciudad;

describió varios círculos en torno a César, que estaba sentado, y después, desmontando, dejó caer todas sus armas, se sentó a los pies de César y se quedó allí quieto, hasta que aquél lo puso en manos de sus guardias con vistas a la celebración de su triunfo⁶³.

César había decidido desde hacía tiempo acabar con Pompeyo, [28] de la misma manera que éste, sin duda, tenía resuelto acabar con César; y es que una vez muerto Craso — que era un posible sustituto de ambos— en tierras de los partos, al uno no le faltaba para convertirse en el más poderoso más que acabar con el que lo era, y al otro, para librarse de ese destino, no le quedaba más salida que tomar la delantera y eliminar al hombre que temía⁶⁴. Pompeyo era presa de tal temor desde [2] hacía poco tiempo, ya que hasta entonces había mirado a César por encima del hombro, en la idea de que no le sería difícil deshacerse de quien él mismo se había ocupado de encumbrar. Pero César, que había tomado esa resolución desde el [3] principio, manteniéndose alejado de sus contrincantes, como un atleta, y ejercitándose con las campañas de la Galia, había curtido a su ejército, había hecho crecer su renombre y con sus hazañas se había puesto al mismo nivel que Pompeyo con sus éxitos; aprovechaba los pretextos que le ofrecían tanto el [4] propio Pompeyo como las circunstancias del momento y la pésima política que se llevaba en Roma, donde los candidatos a las magistraturas ponían sus mostradores a la vista de todos y corrompían sin ningún pudor a la plebe que, a sueldo como estaba, bajaba al Foro para pelear por quien le había pagado, pero no con sus votos, sino con el arco, la espada y la honda. Muchas veces se separaban tras haber mancillado [5] la tribuna con sangre y cadáveres, dejando a la ciudad sumida en la anarquía, a la deriva como un navío sin timonel, hasta el punto que los ciudadanos sensatos se daban por satisfechos si semejante demencia y agitación no venían a dar en algo peor para ellos que la monarquía. Muchos se atrevían incluso a [6] decir públicamente que el Estado no tenía ya más cura que la monarquía, y que tal medicina había que recibirla de manos [7] del médico más templado, aludiendo con ello a Pompeyo. Éste afectaba con sus palabras declinar ese cargo, pero de hecho hacía todo lo posible por ser

designado dictador, así que Catón y los suyos se pusieron de acuerdo y persuadieron al Senado de que lo nombrase cónsul único, a fin de que no consiguiera la dictadura por la fuerza y se consolase con una monarquía [8] más acorde con la legalidad⁶⁵. Además se le prorrogó por votación el gobierno de las dos provincias que tenía, Hispania y toda la Libia, que administraba por medio de legados y en las que mantenía ejércitos por los que recibía cada año mil talentos del erario público.

[29] A continuación César mandó a solicitar el consulado y una prórroga semejante de su mando en las provincias. En un primer momento Pompeyo guardó silencio al respecto, pero Marcelo y Léntulo, que por lo demás odiaban a César, se opusieron, añadiendo a una reacción necesaria un gesto [2] innecesario, destinado a deshonorarlo y ultrajarlo: y es que privaron de la ciudadanía romana a los habitantes de Nuevo Como, recientemente fundada por César en la Galia⁶⁶; además Marcelo, que era entonces cónsul, hizo apalear a uno de los senadores de dicha ciudad que se había presentado en Roma, y le dijo también que le dejaban tales marcas en señal de que no era ciudadano romano, instándole a que se las mostrase a César de regreso a su ciudad.

Después del consulado de Marcelo, César permitió ya a [3] todos los políticos que echaran mano en abundancia de sus riquezas acumuladas en la Galia; saldó las abundantes deudas de Curión, tribuno de la plebe, y entregó a Paulo, cónsul por entonces, mil quinientos talentos gracias a los cuales éste adornó el Foro con un celebrado monumento, la basílica construida en el lugar que ocupaba antes la basílica Fulvia⁶⁷. Pompeyo, atemorizado ante tal contubernio, comenzó a actuar [4] ya abiertamente, por sí mismo o por mediación de sus amigos, para que se designase un sucesor al mando que César detentaba, y envió a pedirle que le devolviese los soldados de que se había servido para la guerra de las Galias; César se los envió de vuelta tras haber gratificado con doscientas cincuenta dracmas a cada uno de ellos. Los oficiales encargados de llevar [5] dichas tropas a Pompeyo sembraron entre la plebe rumores malévolos y falsos acerca de César, y consiguieron corromper al propio Pompeyo con vanas esperanzas,

haciéndole creer que el ejército de César ansiaba tenerlo por jefe y que, por más que él estuviera en Roma en una situación difícil a causa de las envidias de una república sana sólo en apariencia, el ejército de allí estaba a su completa disposición; que bastaba con que cruzasen a Italia para ponerse inmediatamente de su lado, hasta tal punto César se les había hecho insoportable con sus innúmeras campañas y el miedo a la monarquía lo convertía en blanco de las sospechas. Pompeyo se envanecía al oír [6] tales palabras; se despreocupaba de procurarse soldados, en la idea de que nada tenía que temer, y creía doblegar a César con [7] sus discursos y con los decretos que hacía votar⁶⁸, de los que aquél no se preocupaba en absoluto. Se cuenta también que un centurión enviado a Roma por César, enterándose delante de la Curia de que el Senado no le concedía la prórroga de su mando, dijo: «¡Pues ésta se la dará!», al tiempo que se echaba la mano a la empuñadura de la espada.

[30] Sin embargo, la petición de César tenía una irreprochable apariencia de legalidad, pues proponía deponer él las armas, que Pompeyo hiciese lo propio y que ambos, en calidad de simples particulares, trataran de conseguir el favor de los ciudadanos; pero —decía César— despojarlo a él de su ejército y confirmar a Pompeyo en el mando del suyo propio era lo mismo que desacreditar al uno y convertir al otro en tirano⁶⁹. [2] Curión presentó estas propuestas en nombre de César ante la asamblea popular, haciéndose aplaudir ruidosamente; algunos llegaron incluso a lanzarle coronas de flores, como a un [3] atleta. Y Antonio, que era tribuno de la plebe, aportó ante la muchedumbre una carta que le había llegado de César y que trataba de dichas cuestiones, y la leyó a despecho de los [4] cónsules⁷⁰. Pero en el Senado, Escipión, el suegro de Pompeyo, hizo aprobar una moción según la cual, si César no deponía las armas en una fecha determinada, sería declarado enemigo [5] público. Los cónsules preguntaron al Senado si les parecía que Pompeyo debía licenciar a sus soldados, y de nuevo si César debía hacer lo mismo con los suyos; muy pocos se sumaron a la primera opción y prácticamente todos a la segunda. Pero cuando Antonio y los suyos propusieron de nuevo que ambos dejaran el mando,

todos los senadores aprobaron al unísono. Sin embargo, como Escipión se oponía violentamente y el [6] cónsul Léntulo decía a gritos que contra un malhechor lo que hacían falta eran armas y no decretos, el Senado se disolvió y los senadores, en razón de tal disensión, vistieron el hábito de duelo⁷¹.

Llegaron entonces unas cartas de César en las que parecía [31] moderar sus pretensiones, pues estaba dispuesto a dejar todo lo demás con tal de que se le concediera la Galia Cisalpina e Iliria con dos legiones, hasta que pudiera optar a su segundo consulado. Cicerón el orador, que había vuelto hacia poco de Cilicia, intentó lograr una reconciliación y ablandar a Pompeyo, quien cedía en todo lo demás, pero insistía en despojar a César de sus tropas. Entonces Cicerón persuadió a los amigos [2] de César de que se contentaran con las provincias mencionadas y con sólo seis mil soldados, para poder así conseguir una reconciliación; Pompeyo se plegó a estas condiciones y aceptó, pero entonces el cónsul Léntulo se opuso e incluso injurió y expulsó ignominiosamente del Senado a Antonio y a Curión, proporcionando así a César el más especioso de los [3] pretextos⁷². En efecto, éste fue el principal elemento utilizado para aguijar a sus soldados, haciéndoles ver cómo unos hombres señalados, unos magistrados, habían tenido que huir con ropas de esclavo en un vehículo de alquiler (pues así era como aquéllos, presas del miedo y disfrazados, habían salido en secreto de Roma).

César tenía consigo no más de trescientos jinetes y cinco [32] mil infantes, ya que el resto del ejército, que había dejado al otro lado de los Alpes, se lo iban a traer los oficiales enviados [2] a tal efecto⁷³. Pero viendo que para el comienzo y arranque de su proyectada empresa no necesitaba por el momento de muchos brazos, sino que sería más bien el estupor causado por su audacia y la rapidez de su acción lo que le haría aprovecharse de las circunstancias —pues era más fácil aterrorizar a quienes nada se esperaban que no tratar de someterlos por la fuerza [3] tras largos preparativos—, ordenó a sus tribunos militares y a sus centuriones que sin más arma que sus espadas tomaran Ariminio, gran ciudad de la Galia, evitando en la medida de lo posible el derramamiento de sangre y el tumulto, y los puso a las órdenes de Hortensio⁷⁴.

[4] Él pasó la jornada a la vista de todos, asistiendo como espectador a unos combates de gladiadores; un poco antes de anoecer tomó un baño y entró en el comedor, donde estuvo por poco tiempo con los invitados a la cena; cuando había ya oscurecido se levantó, departió amablemente con los presentes y les pidió que aguardasen su vuelta; con anterioridad había dicho a unos pocos de sus amigos que lo siguieran, pero no [5] todos por el mismo camino sino cada uno por un sitio. Montó en uno de los carruajes de alquiler y en un primer momento se dirigió por otro camino, pero después torció en dirección a Ariminio. Una vez llegado al río que separa la Galia Cisalpina del resto de Italia —Rubicón es su nombre—, se puso a reflexionar, [6] pues según se iba aproximando más y más al peligro sentía vértigo ante la envergadura de su propia audacia; después detuvo la marcha. Mientras duró esta parada, en silencio y para sí mismo sopesó repetidamente su decisión, oscilando entre una y otra posibilidad y cambiando innumerables veces de opinión; también comunicó largamente sus dudas con [7] los amigos presentes, entre ellos Asinio Polión, tratando de conjeturar los grandes males que causaría a la humanidad el paso del río y también la memoria de la posteridad sobre este episodio. Finalmente, cediendo a un impulso, como si abandonara [8] la reflexión y se dejara llevar hacia el futuro, pronunció la frase que es el preludio común de quienes se lanzan a empresas difíciles y osadas: «Lancemos el dado», y procedió a cruzar el río⁷⁵. El resto del trayecto lo hizo ya a la carrera, y cayendo sobre Ariminio antes del alba ocupó la ciudad. Se [9] dice también que la noche antes del paso del río tuvo un sueño nefando, pues le pareció tener comercio inconfesable con su propia madre.

Tras la toma de Ariminio pareció que las puertas de la [33] guerra se abrían de par en par, tanto por tierra como por mar, y que, al mismo tiempo que los límites de la provincia, habían caído en total confusión las leyes del Estado; se diría que no eran sólo los hombres y mujeres, como en otras ocasiones, los que corrían despavoridos por toda Italia, sino que incluso las propias ciudades parecían levantarse y ponerse en fuga las unas a las otras. Y Roma, como inundada por las oleadas de [2] gentes que dejaban las comarcas cercanas para refugiarse

en la ciudad, no estaba en disposición ni de obedecer a los magistrados ni de regirse por la razón, y poco faltó para que, en medio de tan gran agitación y marejada, ella misma provocara su hundimiento. Por todas partes prevalecían pasiones [3] encontradas y movimientos violentos; ni siquiera los que se regocijaban de tal situación permanecían tranquilos, sino que, encontrándose constantemente en la gran ciudad con gentes temerosas y afligidas, hacían ver su confianza en el futuro y [4] daban así motivo de altercados. Al propio Pompeyo, de por sí desconcertado, lo turbaban las acusaciones vertidas contra él desde diversos flancos: los unos decían que era el responsable de haber encumbrado a César contra sí mismo y contra la república, los otros lo acusaban de haber permitido a Léntulo que ultrajase a César cuando éste cedía y proponía una [5] reconciliación en términos razonables. Por su parte, Favonio le exhortó a que golpear la tierra con el pie, pues Pompeyo, jactándose en cierta ocasión en el Senado, había dicho a los senadores que no tenían que ocuparse de nada ni cuidarse de preparativos de guerra, pues él mismo, cuando César llegase, llenaría Italia de ejércitos con sólo golpear el suelo con el pie. [6] Y, sin embargo, en ese momento Pompeyo aventajaba a César en número de efectivos, pero nadie permitió a este hombre que actuara según sus propios cálculos, y ante la avalancha de noticias falsas y de temores, que hacían creer que la guerra estaba ya a las puertas de la ciudad y ocupaba todo el país, cediendo y dejándose arrastrar por la corriente general, decretó el estado de excepción, abandonó la ciudad y ordenó al Senado que lo siguiera, así como que no se quedase en la ciudad nadie que prefiriese la patria y la libertad a la tiranía⁷⁶.

[34] Así pues, los cónsules huyeron sin siquiera hacer los sacrificios prescritos para cuando salen de la ciudad; huyeron también la mayoría de los senadores, cogiendo de entre sus pertenencias lo que tenían más a mano, del mismo modo que [2] se hace pillaje en los bienes ajenos. Hubo incluso algunos que, habiendo sido antes acérrimos de César, fueron entonces presa del pánico, perdieron la cabeza y se dejaron llevar, sin ninguna [3] necesidad, por aquella corriente desbocada. Pero el espectáculo más lamentable era ver la ciudad arrastrada por

tan gran tormenta, como un navío al que sus timoneles, resignados, abandonan a su suerte. Sin embargo, por lamentable que fuese [4] este éxodo, Pompeyo hacía que las gentes considerasen el exilio como su patria y Roma como el campamento de César que se abandonaba. Incluso Labieno, uno de los mejores amigos [5] de César, que había sido su legado y había combatido a su lado con el máximo celo en todas las campañas de las Galias, le hizo entonces defección y se llegó junto a Pompeyo; a pesar de ello, César le hizo llegar su dinero y sus enseres. Después [6] marchó contra Domicio, que ocupaba Corfinio al mando de treinta cohortes, y estableció su campamento junto a la ciudad⁷⁷; Domicio, desesperando de sus posibilidades, pidió a su médico, un esclavo, que le diera un veneno, y tomando lo que aquél le daba se lo bebió, dispuesto a morir. Pero al [7] cabo de un rato, enterándose de la maravillosa clemencia de que César hacía gala con los prisioneros, comenzó a deplorar su suerte y a reprocharse el haber tomado una resolución tan precipitada, pero su médico lo reconfortó diciéndole que la [8] droga que había bebido no era mortal, sino sólo un somnífero; así que Domicio, exultante, se levantó, se presentó ante César y, tras haberle éste dado la mano, volvió de nuevo al lado de Pompeyo⁷⁸. Estas noticias, al ser anunciadas en Roma, [9] alegraron a sus habitantes e hicieron volver a algunos de los que habían huido.

César tomó consigo el ejército de Domicio y, tomando [35] la delantera, se hizo también con todos aquellos que se estaban reclutando para Pompeyo en las ciudades. Dueño ya de unas fuerzas numerosas y temibles, marchó contra el propio Pompeyo; éste no aguardó su ataque sino que se refugió en [2] Bríndisi. Una vez allí, en primer lugar envió a los cónsules a Dirraquio con un ejército, y un poco después, ante la llegada de César, cruzó él mismo a dicha ciudad, como explicaremos con todo detalle en los capítulos que hemos de escribir al [3] respecto⁷⁹. César hubiera querido perseguirlo de inmediato, pero carecía de barcos, así que regresó a Roma, convertido en señor de toda Italia en el espacio de sesenta días y sin derramar una gota de sangre.

[4] Encontrándose la ciudad más sosegada de lo que esperaba y viendo que muchos senadores seguían allí, departió con ellos con moderación y humanidad y los invitó a que enviasen emisarios [5] a Pompeyo a fin de llegar a un acuerdo razonable; pero ninguno de ellos le escuchó, ya fuera por miedo a Pompeyo, al que habían abandonado, ya por considerar que César no era [6] sincero y estaba utilizando un lenguaje especioso. Como Metelo, tribuno de la plebe, quería impedirle que cogiera dinero del tesoro público, alegando ciertas leyes en ese sentido, César le dijo que las armas y las leyes tenían su propio momento: [7] «Y tú, si estás a disgusto con la situación actual, quítate de en medio al instante, pues la guerra no necesita de la libertad de palabra; y cuando se llegue a un acuerdo y yo deponga las [8] armas, entonces vienes y dices lo que te parezca». Y añadió: «Y te digo esto haciendo dejación de mis derechos, pues tú me perteneces lo mismo que todos los demás adversarios a [9] los que he capturado». Tras hablar así a Metelo, se encaminó a las puertas del tesoro público; como las llaves no aparecían, hizo llamar a unos cerrajeros y les ordenó que hicieran saltar [10] los cerrojos. Metelo intentó de nuevo oponerse y algunos lo jalearon, pero César amenazó enérgicamente con matarlo si no dejaba de importunarle: «Y sabes muy bien, jovenzuelo», le dijo, «que eso me es más difícil decirlo que hacerlo». Estas [11] palabras hicieron que Metelo se retirase amedrentado, y así César pudo hacerse fácil y rápidamente con los fondos necesarios para la guerra⁸⁰.

Marchó con su ejército a Hispania, decidido en primer [36] lugar a expulsar de allí a Varrón y Afranio, legados de Pompeyo, y a hacerse con el control de sus ejércitos y provincias para después ir al encuentro de Pompeyo sin tener ya ningún enemigo a la espalda. Allí tuvo que afrontar peligros tanto [2] para su propia vida, a causa de las frecuentes emboscadas, como para su ejército, sobre todo a causa del hambre, pero aun así siguió persiguiéndolos, provocándolos y rodeándolos de empalizadas, no cejando hasta que hubo conseguido por la fuerza convertirse en dueño y señor de sus ejércitos y campamentos. Los jefes, por su parte, huyeron y se reunieron con Pompeyo⁸¹.

De regreso a Roma, su suegro Pisón le aconsejó que enviase [37] unos emisarios a Pompeyo con vistas a la reconciliación, pero Isáurico, por complacer a César, se opuso a ello. Nombrado [2] dictador por el Senado, hizo volver a los proscritos, restituyó los honores cívicos a los hijos de quienes habían caído en desgracia en tiempos de Sila y descargó a los deudores de una parte de los intereses que pesaban contra ellos; tomó algunas otras medidas políticas de este estilo, pero no muchas⁸², ya que al cabo de once días renunció a la magistratura única y se nombró a sí mismo cónsul junto con Servilio Isáurico, tras [3] lo cual salió de campaña⁸³. Avanzando a toda prisa, adelantó por el camino al resto de sus tropas, y con seiscientos jinetes escogidos y cinco legiones, en el solsticio de invierno, al comienzo del mes de enero (que viene a ser el de Posideón en [4] el calendario de Atenas), se hizo a la mar, cruzó el mar Jónico y se apoderó de Orico y de Apolonia, enviando los barcos de regreso a Bríndisi para recoger a los soldados que se habían demorado en la marcha⁸⁴.

[5] Todo a lo largo del camino estos hombres, cuya época de esplendor físico había ya pasado y que estaban desanimados al cabo de tal cantidad de guerras, hacían reproches a César: [6] «¿Adónde, pues, y con qué fin nos conduce este hombre, que nos lleva de un lado para otro y se sirve de nosotros como si fuéramos objetos inanimados e inmunes al desgaste? Incluso el hierro se embota a fuerza de golpes, y el escudo y la coraza necesitan cuidados cuando han de servir por tan largo tiempo. [7] ¿Es que César no se da cuenta, al ver nuestras heridas, de que está al mando de mortales y que nosotros hemos nacido para tolerar y padecer penalidades propias de mortales? Ni siquiera un dios puede forzar la estación invernal y la época de los vientos marinos; sin embargo él se lanza al peligro como si en vez de perseguir a los enemigos fuera él el perseguido». [8] Mientras proferían tales quejas avanzaban lentamente hacia Bríndisi. Una vez llegados se encontraron con que César había zarpado; entonces, cambiando de nuevo su estado de ánimo rápidamente, comenzaron a hacerse reproches a sí mismos por haber traicionado a su general, y también reprocharon a sus oficiales que no hubieran acelerado la marcha. Y sentados en

[9] los altozanos que daban al mar y al Epiro trataban de divisar las naves en las que debían cruzar para reunirse con su jefe.

En Apolonia César no tenía consigo un ejército suficientemente [38] grande para combatir, y como las tropas que estaban en Bríndisi se demoraban, impaciente y apurado, tomó una tremenda decisión: embarcarse en completo secreto en una nave de doce remos y navegar hasta Bríndisi, por más que el mar estuviese infestado de escuadras enemigas. Así pues, de [2] noche, disfrazado con las ropas de un esclavo, subió a bordo, se acomodó como si fuera un pasajero sin importancia y se mantuvo en silencio. Pero cuando el río Aoo hacía descender [3] la embarcación hacia el mar, un fuerte viento marino que se había levantado por la noche hizo desaparecer la brisa matinal, que en ese momento del día solía dejar en calma la desembocadura manteniendo alejado el oleaje; y el río, embravecido [4] ante el flujo marino y la oposición de la marea, se encrespaba con gran estruendo y retrocedía entre potentes remolinos. El timonel, incapaz de controlar la situación, ordenó a los marineros que virasen para dar marcha atrás; pero César, percatándose [5] de ello, se dio a conocer y cogiendo del brazo al timonel, estupefacto de verlo allí, le dijo: «Vamos, valiente, atrévete y no temas nada: llevas a César y la fortuna de César navegando contigo». Así pues, los marineros, olvidándose al [6] instante de la marejada, se pusieron a los remos e intentaron con todo su ardor forzar el paso; pero como era imposible, César, después de tragar mucha agua y de arriesgar su vida en la desembocadura, permitió mal de su grado al timonel que virase hacia atrás. A su regreso los soldados le salieron en [7] masa al encuentro, mostrándole su descontento y reprochándole largamente que no confiase en poder vencer sólo con ellos, y que se afligiese y corriese peligros por los ausentes, como si no confiase en los presentes.

[39] Entonces llegó Antonio de Bríndisi trayendo consigo las tropas⁸⁵; César, reconfortado, comenzó a provocar a Pompeyo, que estaba instalado en una buena posición y recibía suficiente avituallamiento por tierra y mar, mientras el propio César, si ya al principio no nadaba en la abundancia, más tarde

se vio [2] terriblemente apurado por la falta de víveres. Sus soldados se alimentaban con cierta raíz que cortaban y remojaban en leche; incluso una vez, amasando panes con dicha raíz, fueron corriendo ante los puestos avanzados de los enemigos y comenzaron a lanzarlos al interior de sus posiciones al tiempo que proclamaban que, mientras la tierra produjese esas raíces, [3] no dejarían de sitiar a Pompeyo. Pero éste no dejaba que los panes ni las tales proclamas llegaran hasta el grueso de su ejército, pues sus soldados estaban desanimados y temían la ferocidad e insensibilidad de los enemigos como si éstos fueran bestias salvajes.

[4] Constantemente se producían escaramuzas en torno a las empalizadas de Pompeyo, y todas se saldaron a favor de César, menos en una ocasión en que, sus tropas puestas en clamorosa [5] fuga, estuvo en el trance de perder su campamento. Y es que ante el ataque de Pompeyo nadie resistió en su puesto; los fosos se llenaban de muertos y los soldados, obligados a huir en desbandada, caían en torno a sus propias empalizadas [6] y muros defensivos. César, saliendo en su ayuda, trataba de hacer volver a los que huían pero nada conseguía, y si echaba mano a las insignias, los encargados de portarlas las arrojaban al suelo, de tal suerte que los enemigos capturaron treinta y dos de ellas. Y al propio César poco le faltó para perder la vida, pues a un soldado grande y robusto que pasaba huyendo [7] a su lado lo cogió por el brazo y le ordenó que se detuviera y se volviera de cara al enemigo; aquél, turbado como estaba por el peligro, levantó su espada para golpearlo, pero el escudero de César se le adelantó cercenándole un hombro. Así, César [8] se daba ya por perdido, de manera que cuando Pompeyo, ya fuera por prudencia, ya por azar, en vez de llevar a término tan brillante acción se retiró contentándose con haber encerrado a los fugitivos en sus empalizadas, César, volviéndose hacia sus amigos, les dijo: «Hoy la victoria estaba del lado de los enemigos, si hubieran tenido quien supiera vencer». Y él, [9] entrando en su tienda y acostándose, pasó la más amarga de sus noches, entregado a cavilaciones desesperadas; pensaba que había seguido una mala estrategia, pues teniendo ante sí la tierra fértil y las prósperas ciudades de Macedonia y Tesalia, había desdeñado atraer hacia allí la guerra y se había instalado

en aquellos lugares próximos a un mar dominado por la flota enemiga, asediado él mismo por la penuria de víveres antes que asediando con las armas a Pompeyo. Así que, agitado [10] y atormentado ante una situación tan difícil y sin salida, levantó el campamento decidido a avanzar hacia Macedonia al encuentro de Escipión, pues o bien atraería a Pompeyo a un [11] lugar en el que habría de combatir sin las mismas posibilidades de avituallarse por mar, o bien derrotaría a Escipión si éste se quedaba solo⁸⁶.

Esto enardeció al ejército y a los oficiales de Pompeyo, [40] dispuestos a acometer a César en la idea de que éste huía ya vencido. En cuanto a Pompeyo, se guardaba prudentemente [2] de tentar la suerte con una batalla tan trascendental; magníficamente preparado como estaba con todo lo necesario para afrontar una larga campaña, tenía la intención de desgastar hasta la consunción las fuerzas del enemigo, que él creía escasas. [3] Pues, si bien la elite del ejército de César tenía experiencia y una audacia irresistible en los combates, en cambio, para las marchas o los trabajos del campamento, cuando había que vigilar los muros o hacer guardias nocturnas, la vejez los hacía flaquear; el cuerpo les pesaba para los trabajos duros y [4] su debilidad les hacía perder el entusiasmo. Además, se decía entonces que una enfermedad contagiosa, originada por lo inhabitual de su alimentación, se extendía por el ejército de César; y lo más grave era que no estando sobrado de dinero ni teniendo abundancia de víveres, parecía que iba a consumirse por sí mismo en poco tiempo.

[41] Por estas razones Pompeyo no quería librar batalla, y Catón era el único que lo aprobaba, por afán de ahorrar vidas de ciudadanos; tanto es así que, al ver a los enemigos caídos en el combate, en número de mil, se cubrió la cabeza y se [2] retiró de allí llorando. Pero todos los demás le reprochaban a Pompeyo que rehuyera el combate y trataban de picarle llamándolo «Agamenón» y «Rey de reyes», dando con ello a entender que no quería desprenderse del poder unipersonal, pues se regocijaba de ver que tantos generales dependieran [3] de él y frecuentaran su tienda. Favonio, remedando la franqueza de Catón, se quejaba neciamente de que, a causa del apego de Pompeyo al mando, tampoco ese año podría probar

[4] los higos de Túsculo⁸⁷. Y Afranio —que había llegado recientemente de Hispania, donde había estado desafortunado en las operaciones; se le acusaba además de haber entregado su ejército a cambio de dinero— preguntaba por qué no se combatía contra el comerciante que le había comprado sus provincias. [5] Empujado por todo ello, Pompeyo, mal de su grado, se puso en marcha para combatir, yendo en persecución de César⁸⁸. Éste realizó penosamente la primera parte del camino, [6] pues nadie le proporcionaba productos que comprar y todos lo despreciaban a causa de su reciente derrota; pero en cuanto [7] tomó la ciudad tesalia de Gonfos, no sólo pudo alimentar a sus tropas sino que además los libró de la enfermedad de forma inopinada. Y es que los soldados encontraron vino en [8] grandes cantidades, y bebiendo sin medida prosiguieron el camino entre festejos y excesos báquicos; y la embriaguez, invirtiendo la disposición de sus organismos, repelió el mal y obró la curación.

Una vez que ambos generales hubieron penetrado en la [42] comarca de Fársalo y establecido sus campamentos, Pompeyo volvió a su antigua determinación, y con más razón que antes, pues tuvo en sueños una visión y apariciones infaustas: le parecía verse en su teatro, aplaudido por los romanos [...] ⁸⁹. Pero sus altos mandos estaban tan confiados y habían [2] concebido por adelantado tales esperanzas en la victoria, que Domicio, Espínter y Escipión se disputaban y contendían entre sí por el cargo de pontífice máximo que desempeñaba César; y muchos mandaban enviados a Roma para alquilar y reservar por adelantado mansiones apropiadas para un cónsul o un pretor, en la idea de que nada más terminar la guerra ocuparían esas magistraturas. Pero los más impacientes [3] por combatir eran los jinetes, que se vanagloriaban de sus magníficas armas relucientes, de sus bien cuidados caballos, de su propia gallardía y también de su superioridad numérica, [4] pues eran siete mil contra los mil de César. También los efectivos de infantería estaban descompensados, pues frente a los cuarenta y cinco mil de Pompeyo había veintidós mil de César.

[43] César reunió a sus soldados y, tras anunciarles que se acercaba Cornificio al mando de dos legiones y que otras quince cohortes estaban acuarteladas en Mégara y Atenas al

mando de Caleno, les preguntó si preferían aguardar dichos refuerzos [2] o bien afrontar ellos solos el peligro; ellos le pidieron a gritos que no aguardase, antes bien, que se ingeniase una táctica para venir a las manos con los enemigos lo más pronto [3] posible⁹⁰. Y según César procedía a la lustración ritual del ejército y sacrificaba la primera víctima, al instante el adivino le comunicó que en tres días se produciría la batalla decisiva [4] con el enemigo. Cuando César le preguntó si veía también en el sacrificio algún signo favorable respecto del desenlace de la batalla, aquél dijo: «Tú eres quien mejor puede responder a tu pregunta, pues los dioses indican una gran mutación y trastorno de la situación en sentido contrario, de tal forma que si crees encontrarte actualmente en situación favorable, has de esperarte la peor suerte, y si en situación desfavorable, [5] la mejor». La noche antes de la batalla, cuando visitaba hacia la medianoche los puestos de guardia, se vio en el cielo una estela de fuego que adquiriría un brillo fulgurante al pasar por sobre el campamento de César y que parecía caer después en [6] el de Pompeyo. Y durante la guardia del alba se dieron también cuenta de que un terror pánico se había apoderado de los [7] enemigos; sin embargo César no esperaba librar batalla en ese día y comenzó a levantar el campamento con la intención de marchar en dirección a Escotusa⁹¹.

Habían desmontado ya las tiendas cuando los vigías llegaron [44] a caballo anunciando que los enemigos descendían a librar batalla; César, exultante de alegría, rezó a los dioses y dispuso su infantería dividiéndola en tres secciones. El centro [2] lo puso al mando de Calvino Domicio, el ala izquierda la mandaba Antonio y él se puso al frente de la derecha, en la que debería combatir con la legión décima. Al ver que la [3] caballería enemiga —un contingente brillante y numeroso que le inspiraba temor— se colocaba enfrente de su ala, ordenó que seis cohortes de la última línea rodearan el ejército sin hacerse notar y se llegaran hasta él; las colocó detrás de su ala derecha y les instruyó sobre lo que debían hacer cuando la caballería enemiga cargara contra él. Pompeyo en persona [4] mandaba una de las alas, Domicio el ala izquierda y Escipión, suegro de Pompeyo, estaba al frente del

cuerpo central. La caballería al completo se concentró en el ala izquierda a [5] fin de rodear el ala derecha del enemigo y ponerla brillantemente en fuga junto con su propio jefe; y es que pensaban [6] que la infantería enemiga, por mucho fondo que tuviese, no podría resistirles, sino que se vería por completo quebrantada y destrozada ante la acometida de tal cantidad de jinetes. Pero [7] cuando ambos generales estaban a punto de dar la señal de ataque, Pompeyo ordenó a su infantería que se mantuviera a la defensiva y que aguardase a pie firme la acometida de los enemigos, hasta que éstos estuvieran a tiro de sus lanzas. Y César dice que también en esto se equivocó Pompeyo, al [8] ignorar hasta qué punto la carrera y el impulso del primer momento tienen por efecto aumentar la violencia de los golpes y contribuyen a inflamar el ardor provocado por el encuentro [9] con el enemigo. César se disponía a poner en movimiento la infantería y a entrar ya en acción, y el primer hombre en quien reparó fue uno de los centuriones, fiel y experimentado en la guerra, que animaba a los suyos y los incitaba a rivalizar en [10] valor. César, dirigiéndose a él por su nombre, le dijo: «¿Qué podemos esperar, Gayo Crástino? ¿Cómo andamos de confianza?», y Crástino, levantando el brazo, le respondió a voz en grito: «Venceremos gloriosamente, César, y a mí, vivo o [11] muerto, me dedicarás hoy elogios». Diciendo esto se lanza el primero a la carrera contra los enemigos, arrastrando consigo [12] a sus ciento veinte hombres; destroza las primeras filas, se abre paso a la fuerza y avanza hacia adelante causando gran mortandad, hasta que lo detiene una espada que lo hiere en la boca con tal fuerza que la punta le sale por encima de la nuca.

[45] Mientras ambas infanterías entrechocaban y combatían así en la parte central, la caballería pompeyana se lanzaba de forma imponente desde su ala y desplegaba sus escuadrones [2] a fin de rodear el ala derecha del enemigo; pero antes de que se les vengán encima acuden a la carrera las cohortes preparadas por César, y en vez de servirse, según su costumbre, de sus lanzas a modo de armas arrojadizas o de herir de cerca a los enemigos en los muslos y pantorrillas, apuntan a los ojos y los hieren en el rostro, como César les había enseñado a [3] hacer, en la esperanza de que unos hombres poco familiarizados con guerras y con heridas,

jóvenes y orgullosos de su belleza y lozanía, recelarían ante todo de ese tipo de heridas y no resistirían ante el temor tanto del peligro presente como [4] de quedar desfigurados para el futuro. Y esto fue exactamente lo que sucedió, pues no toleraban los dardos dirigidos hacia lo alto ni se atrevían a ver el hierro ante sus ojos, por lo que se [5] daban la vuelta y se cubrían para protegerse el rostro; finalmente, sembrando así la confusión en sus propias filas, fueron puestos en fuga y desbarataron con su vergonzosa actitud el ejército entero, pues quienes los acababan de derrotar rodearon [6] inmediatamente a la infantería y, cayéndole por la espalda, la destrozaron.

Cuando Pompeyo vio desde su ala que la caballería se [7] dispersaba y huía, ya no fue el mismo hombre ni se acordó de que era Pompeyo el Grande, sino que, como aquel a quien un dios ha hecho perder por completo el juicio, o quien es presa del espanto a causa de una derrota de origen divino, se retiró a su tienda sin decir palabra y allí sentado se puso a esperar lo que hubiera de venir; hasta que, puestas en fuga todas sus tropas, los enemigos asaltaron sus defensas y comenzaron a luchar con quienes las guardaban. Entonces, como volviendo [8] en sí, pronunció tan solo, según se cuenta, esta frase: «¡Conque hasta mi campamento!»; y despojándose de su uniforme de general, propio para el combate, se puso unas ropas apropiadas para un fugitivo y se escabulló de allí. En cuanto a sus [9] posteriores avatares y al modo en que se puso en manos de unos egipcios y fue asesinado, todo ello lo contaremos en la biografía a él dedicada⁹².

César, al penetrar en el campamento de Pompeyo y ver [46] tanto los cuerpos sin vida de los enemigos como aquellos a los que se daba muerte entonces, dijo entre gemidos: «Ellos lo han querido, ellos me han forzado a hacerlo, pues si yo, Gayo César, vencedor en tan gloriosas guerras, hubiese licenciado a mis ejércitos, sin duda me habrían condenado». Asinio Polión [2] dice que en ese momento César pronunció estas palabras en griego, y que él las puso por escrito en latín⁹³; en cuanto a los [3] muertos, dice Polión que los abatidos cuando la toma del campamento fueron en su mayor parte esclavos, y que las bajas de [4] soldados no superaban los seis mil hombres. En cuanto a los supervivientes hechos prisioneros, César integró a

la mayoría en sus propias legiones, y concedió el perdón a muchos de los personajes de alto rango, entre ellos a Bruto, quien había de matarlo más tarde; se dice que César se mostró angustiado al ver que no aparecía, y que cuando lo tuvo a su lado sano y salvo se alegró sobremanera⁹⁴.

[47] Entre los muchos prodigios que anunciaron la victoria, el más extraordinario es el que se cuenta sucedió en Trales⁹⁵. [2] Había allí, colocada en el templo de la Victoria, una estatua de César, y el terreno circundante no sólo era naturalmente firme, sino que además el suelo estaba pavimentado con piedra dura; pues bien, se dice que de este suelo brotó una palmera junto al [3] pedestal de la estatua. Y en Padua Gayo Cornelio, hombre de reputación en la ciencia de la adivinación, conciudadano y conocido del historiador Tito Livio, se encontraba casualmente [4] aquel día sentado observando el vuelo de las aves; y en primer lugar —según Livio— adivinó el momento exacto de la batalla y dijo a los presentes que el asunto estaba en marcha y que [5] los hombres venían a las manos. Después volvió de nuevo a la observación, y tras haber visto las señales se levantó gritando, [6] arrobado de entusiasmo: «Eres el vencedor, César». Y, ante el asombro de los circunstantes, se quitó la corona de la cabeza y juró solemnemente que no volvería a colocársela antes de que el hecho viniese a testimoniar en favor de su ciencia. En todo caso, Livio asegura que así sucedió⁹⁶.

César, tras conceder la libertad al pueblo tesalio a modo de [48] regalo por su victoria, se puso a perseguir a Pompeyo; tocando tierra en Asia, libertó a los cnidios por complacer a Teopompo, autor de una colección de mitos, y condonó a todos los habitantes de Asia un tercio de sus tributos⁹⁷. Desembarcando en [2] Alejandría poco después de la muerte de Pompeyo, despachó a Teódoto, que le presentaba la cabeza de aquél, y al recibir el sello de aquel hombre rompió a llorar; y a todos los amigos y [3] familiares de Pompeyo que, yendo errantes por el país, habían sido capturados por el rey, los trató generosamente y se ganó su confianza⁹⁸. A sus amigos de Roma les decía en sus cartas [4] que el mayor placer de que disfrutaba en la victoria era el de salvar continuamente la vida a algunos de los ciudadanos que habían luchado contra él. En

cuanto a la guerra allí acometida, [5] unos dicen que no era necesaria y que por amor a Cleopatra se metió en una campaña sin gloria y llena de peligros; otros señalan como responsables a los íntimos del rey y especialmente al eunuco Potino, que gozaba de la máxima influencia, acababa de hacer asesinar a Pompeyo y, tras expulsar a Cleopatra, [6] conspiraba en secreto contra César. Se dice que fue por esta razón por lo que, a partir de entonces, César comenzó a pasar las noches bebiendo, para velar por su integridad. Potino resultaba insoportable también en público, pues tanto sus actos [7] como sus palabras eran odiosos y ultrajantes para César; así, hacía que se distribuyera a los soldados el grano peor y más pasado, y les instaba a que lo encontraran de su agrado, ya que estaban alimentándose de lo ajeno. Y en la mesa hacía utilizar cacharros de madera y barro cocido, pues decía que César tenía en su poder, en pago de una deuda, toda la vajilla [8] de oro y plata; en efecto, el padre del que era entonces rey debía a César diecisiete millones y medio, de los que éste había anteriormente perdonado una parte a sus hijos, pero ahora solicitaba recibir el resto de la deuda para mantener a [9] su ejército⁹⁹. Y como Potino le invitaba a partir de inmediato para ocuparse de sus asuntos importantes, diciéndole que más tarde recibiría lo suyo junto con sus agradecimientos, César le respondió que no tenía la más mínima necesidad de los consejos de los egipcios, y en secreto hizo volver a Cleopatra de su exilio¹⁰⁰.

[49] Ésta, tomando consigo a uno solo de sus amigos, el siciliano Apolodoro, subió a una pequeña embarcación y abordó el palacio real cuando reinaba ya la oscuridad; como no había [2] otro modo de pasar desapercibida, se metió en un fardo de mantas cuan larga era y Apolodoro, atando el fardo con una correa, la introdujo a presencia de César, quien se dice quedó [3] prendado de Cleopatra gracias a esta su primera artimaña, encontrándola descarada, y que después, cautivado por su conversación y su gracia, la reconcilió con su hermano a fin de que compartiera el reino con él. Más tarde, cuando todos [4] celebraban un banquete por dicha reconciliación, un servidor de César, su barbero, que por ser el más aprensivo de los hombres andaba siempre escrutándolo todo, inquietándose

por todo y con el oído bien alerta, descubrió un complot urdido contra César por el general Aquilas y el eunuco Potino. César, [5] sorprendiéndolos en delito flagrante, puso una guardia alrededor de la sala y acabó con Potino, pero Aquilas huyó a su campamento y entabló con él una guerra penosa y de difícil control, pues César se defendía con escasas fuerzas frente a una ciudad y ejército enormes. El primer peligro que tuvo [6] que afrontar fue el de ver interceptado el suministro de agua, pues los enemigos habían cegado los conductos por los que llegaba. En segundo lugar, ante la amenaza de verse privado de su flota, a fin de alejar este peligro se vio obligado a servirse del fuego, que extendiéndose a partir de los arsenales destruyó también la gran biblioteca¹⁰¹. En tercer lugar, cuando [7] se entabló combate en torno a la isla de Faro, César saltó del malecón a una barca y acudió en ayuda de sus combatientes, pero como los egipcios llegaban de todas partes con sus barcos contra él, se lanzó al mar y a duras penas pudo escapar [8] nadando. Y se cuenta que llevaba en la mano gran cantidad de papeles y que, a pesar de estar en el agua y expuesto a los dardos enemigos, no los soltó, sino que sostenía los papeles con una mano por encima del agua y nadaba con la otra; en [9] cuanto a su barca, se fue inmediatamente a pique. Finalmente, el rey se pasó al bando enemigo y César, marchando contra él y entablando combate, lo venció en una batalla en la que hubo muchos muertos y en la que el propio rey desapareció. [10] Dejó como reina de Egipto a Cleopatra —que poco después tuvo de él un hijo al que los habitantes de Alejandría llamaban Cesarión— y partió para Siria¹⁰².

[50] Desde allí marchó a la provincia de Asia, al enterarse de que Domicio, derrotado por Farnaces, el hijo de Mitridates, había tenido que huir del Ponto con unos cuantos hombres, y que Farnaces, insaciable en explotar su victoria, ocupaba Bitinia y Capadocia, tenía ambiciones sobre la llamada Pequeña Armenia y sublevaba a todos los reyes y tetrarcas de [2] dicha región. Así pues, César marchó de inmediato con tres legiones contra este hombre y, entablando un gran combate cerca de la ciudad de Zela, lo puso en fuga, lo expulsó del [3] Ponto y destruyó completamente su ejército¹⁰³. Y cuando le contaba a uno de sus amigos de Roma, Macio, la prontitud y

rapidez con que había ganado dicha batalla, escribió estas [4] tres palabras: «Llegué, vi, vencí»; en latín, estas palabras, que terminan en la misma desinencia verbal, son de una concisión muy expresiva¹⁰⁴.

A continuación cruzó a Italia y subió a Roma cuando finalizaba [51] el año para el que había sido designado dictador por segunda vez, a pesar de que hasta entonces nunca esta magistratura había sido anual; también se lo nombró cónsul para el año siguiente¹⁰⁵. Era objeto de críticas porque, habiéndose [2] amotinado sus soldados y dado muerte a Cosconio y Galba, dos antiguos pretores, no les infligía más castigo que el de llamarlos «ciudadanos» en vez de «soldados», distribuía a cada uno de ellos mil dracmas y les asignaba grandes parcelas de tierra en Italia. Eran también motivo de maledicencia contra [3] él la vesania de Dolabela, la avaricia de Macio y la afición a la bebida de Antonio, que además revolvía y hacía transformar la casa de Pompeyo, por no parecerle bastante para él¹⁰⁶. Los romanos llevaban a mal todo esto, pero César, que ni desconocía [4] ni aprobaba tales actos, se veía obligado a causa de sus proyectos políticos a servirse de dichos colaboradores.

Después de la batalla de Fársalo, Catón y Escipión habían [52] huido a Libia y allí, con la ayuda del rey Juba, habían reunido un ejército considerable, así que César decidió marchar contra ellos¹⁰⁷. Pasando a Sicilia hacia el solsticio de invierno [2] y resuelto a quitar de raíz a sus oficiales la más mínima esperanza de una posible demora o tardanza, plantó su tienda en la misma orilla; y en cuanto hubo viento favorable, se embarcó y zarpó con tres mil soldados de infantería y unos [3] pocos de caballería. Una vez desembarcados, César zarpó de nuevo en secreto, pues temía por el grueso del ejército; y saliéndoles al encuentro cuando aquéllos estaban ya en alta [4] mar, los condujo a todos a su campamento. Enterándose de que los enemigos depositaban su confianza en un antiguo oráculo, según el cual el linaje de los Escipiones había de continuar quedando victorioso en Libia, es difícil decir si César se propuso jugar a menospreciar a Escipión, que estaba al mando de los enemigos, o si por el contrario quiso [5] seriamente hacer que el oráculo lo favoreciese a él¹⁰⁸. El caso

es que había en su ejército un hombre, por lo demás insignificante y despreciable, pero que procedía de la familia de los Africanos —se llamaba Escipión Salvitón—¹⁰⁹; pues bien, lo colocaba en primera fila en las batallas, como si fuera el jefe del ejército, y es que César se veía con frecuencia obligado a [6] atacar al enemigo y a buscar el combate, pues no abundaba el alimento para sus hombres ni el forraje para los animales, de suerte que no había más remedio que alimentar a los caballos con algas marinas, lavadas para quitarles la salmuera y aderezadas [7] con un poco de grama. Los númeridas, que aparecían a cada momento, numerosos y rápidos, eran los dueños del terreno. Y en cierta ocasión en que la caballería de César se entregaba al ocio (pues se daba la circunstancia de que un libio les ofrecía una representación, bailando y tocando la flauta admirablemente, y ellos, tras confiar sus caballos a los esclavos, estaban allí sentados, encantados con el espectáculo), los enemigos los rodean repentinamente y los atacan, matan a algunos y a los demás los persiguen en desbandada hasta el campamento, sobre el que se precipitan al tiempo que aquéllos. Y si el propio César y con él Asinio Polión no [8] llegan a acudir en su ayuda desde la empalizada para detener la desbandada, allí se hubiera terminado la guerra. También [9] en otro combate en que se llegó a las manos llevaron los enemigos la mejor parte, y se cuenta que entonces César, cogiendo del cuello a un portador de insignias que huía, lo hizo volverse y le dijo: «Por allí es por donde están los enemigos».

Estas victorias animaron a Escipión a librar una batalla **[53]** decisiva y, dejando a un lado a Afranio y al otro a Juba, que establecieron sus campamentos a poca distancia de él, se puso a fortificar el suyo propio por encima de una laguna, en las inmediaciones de la ciudad de Tapso, para que sirviera a todo el ejército de base de operaciones para la batalla, y también de refugio¹¹⁰. Pero mientras trabajaba en ello, César, atravesando [2] con extraordinaria rapidez unas zonas boscosas que tenían salidas imprevistas, rodeó a unos, atacó de frente a otros y [3] los puso en fuga; y aprovechando la coyuntura y el favor de la fortuna tomó el campamento de Afranio al primer asalto y, haciendo huir a Juba, saqueó el campamento de los númeridas.

Así, en un breve lapso de tiempo y en un solo día se hizo el [4] dueño de tres campamentos y aniquiló a cincuenta mil enemigos sin perder siquiera cincuenta de los suyos. Tal es lo que [5] algunos autores relatan sobre esta batalla. Sin embargo, otros dicen que César no estuvo presente en la acción, pues en el momento en que ponía orden en sus tropas y las disponía para el combate tuvo un ataque de su enfermedad crónica; dicen [6] también que en cuanto sintió que comenzaba, antes de que el mal turbara y se apoderase por completo de sus sentidos ya bastante quebrantados, hizo que lo llevaran a una torre cercana y allí permaneció en reposo mientras duró el [7] combate¹¹¹. Entre los personajes consulares y pretorios que salieron huyendo de la batalla, algunos se dieron muerte ellos mismos al ser capturados, y César hizo ejecutar a muchos otros que había apresado.

[54] Ansioso por coger vivo a Catón, se dirigió a toda prisa a Útica; y es que aquél, encargado de vigilar esta ciudad, no [2] había participado en la batalla. Cuando se enteró de que el hombre se había suicidado, se mostró visiblemente afectado, si bien se ignora por qué razón. En todo caso, dijo: «Oh, Catón, desapruebo tu muerte, pues has rechazado la posibilidad [3] de que te salvara la vida». Sea como fuere, el libro que escribió más tarde contra Catón, muerto ya éste, no parece dar indicios de que César estuviera en una tesitura de mansedumbre y reconciliación. Entonces, ¿cómo iba a perdonarle la vida, si una vez convertido en un objeto insensible vertió [4] contra él tanta bilis? Por otra parte, la clemencia mostrada con Cicerón, Bruto y muchísimos otros que habían hecho la guerra contra él permite conjeturar que César compuso dicho libro no por odio sino por pundonor político, y ello por la siguiente [5] razón. Cicerón había escrito un elogio de Catón, titulando así su obra, *Catón*, y este libro encontró eco en muchas personas, lo que era lógico, pues había sido escrito por el más grande [6] de los oradores y trataba el más hermoso de los temas. Ello contrarió a César, quien consideraba el elogio de una persona muerta por su causa como una acusación personal. Así pues, reunió toda suerte de quejas contra Catón y con ellas escribió un libro titulado *Anticatón*. Ambas obras tuvieron gran número de adeptos, y ello a causa de César, de Cicerón y de Catón¹¹².

Pues bien, una vez hubo regresado a Roma desde Libia, [55] primero se dedicó a magnificar su victoria ante la plebe, diciendo que había conquistado tierra suficiente como para proporcionar cada año al Estado doscientos mil medimnos áticos de trigo y tres millones de libras de aceite¹¹³. A continuación [2] celebró sus triunfos de la Galia, de Egipto, del Ponto y de Libia, pero para este último no se mencionó a Escipión, sino tan sólo al rey Juba. En dicha ocasión se llevó en el cortejo triunfal [3] a Juba, hijo del rey mencionado, entonces todavía un niño de corta edad, y su captura resultó de lo más afortunada para él, pues dejó de ser un bárbaro nómada para pasar a contarse entre los más eruditos historiadores griegos¹¹⁴. Después de los [4] triunfos, César se dedicó a recompensar generosamente a sus soldados y a ganarse al pueblo con festines y espectáculos: dio un banquete para todo el mundo al mismo tiempo, en veintidós mil triclinios, y ofreció espectáculos de gladiadores y de luchas navales en honor de su hija Julia, muerta muchos años atrás. A continuación de estos espectáculos se llevó a cabo el [5] censo, en el que se contaron ciento cincuenta mil ciudadanos en vez de los trescientos veinte mil de antes; tan grande era [6] la destrucción causada por la guerra civil y tan elevado el número de ciudadanos consumidos en ella, y esto sin tener en cuenta las desgracias que se habían abatido sobre el resto de Italia y las provincias¹¹⁵.

[56] Una vez terminadas estas celebraciones, César fue designado cónsul por cuarta vez y marchó a Hispania para combatir contra los hijos de Pompeyo, que, si bien eran todavía jóvenes, habían reunido un ejército sorprendentemente numeroso y daban muestras de una audacia que los hacía dignos del mando, [2] hasta el punto de poner a César en un peligro extremo¹¹⁶. La gran batalla se entabló cerca de la ciudad de Munda¹¹⁷; allí César, viendo que los suyos, muy agobiados, resistían malamente, corrió a través de las filas del ejército gritándoles que si no tenían vergüenza lo cogieran y lo pusieran a él en [3] manos de aquellos mozalbetes. Y rechazando a duras penas y con grandes esfuerzos a los enemigos, mató a más de treinta [4] mil de ellos y perdió a mil de los suyos, los mejores; después de la batalla dijo a los

amigos que en muchas ocasiones había combatido por la victoria, pero que entonces, por primera vez, [5] lo había hecho por salvar la vida. Ganó esta batalla en la época de las fiestas Dionisias, el mismo día del año en que se dice que Pompeyo el Grande partió a la guerra; entre uno y otro [6] suceso habían pasado cuatro años¹¹⁸. De los dos hijos de Pompeyo el más joven escapó, mientras que Didio le trajo a César, unos días más tarde, la cabeza del mayor¹¹⁹. Ésta fue la última [7] guerra llevada a cabo por César, pero el triunfo por él celebrado causó a los romanos una aflicción sin precedentes. Y es que [8] César no había derrotado a jefes extranjeros ni a reyes bárbaros, sino que había aniquilado de raíz a los hijos y al linaje del mejor varón entre los romanos, víctima de los avatares de la fortuna; no estaba bien triunfar así de las desdichas de la patria ni recrearse en unos sucesos cuya única justificación ante los [9] dioses y ante los hombres era que habían sido inevitables, y eso que hasta entonces César no había enviado mensajeros ni cartas a título oficial en relación con la victoria en las guerras civiles, y había rechazado por pudor la gloria¹²⁰.

Sin embargo, los romanos se inclinaron ante la fortuna [57] de este hombre y aceptaron el yugo; considerando la monarquía como un respiro de las desgracias de la guerra civil, lo nombraron dictador de por vida, lo que era lo mismo que reconocer la tiranía, pues en su poder único se conjugaba la perpetuidad con la no obligación de rendir cuentas ante nadie. Los primeros honores que Cicerón propuso para César en el [2] Senado entraban, por así decir, dentro de parámetros humanos, pero otros personajes, sobrepujando y rivalizando entre sí, consiguieron que este hombre acabase por resultar odioso e insoportable a los más moderados, en virtud del cúmulo de honores extraordinarios que se votaban a su favor. Y se cree [3] que los enemigos de César no se quedaron a la zaga de sus aduladores, para de esta forma tener contra él el mayor número posible de pretextos y dar la impresión de que lo atacaban con gravísimos motivos.

[4] Por lo demás, una vez llegadas a su fin las guerras civiles, su comportamiento fue irreprochable, y si se decretó por votación dedicarle un templo de la Clemencia en

agradecimiento a su bondad, no podrá decirse que fue sin razón, [5] pues perdonó a muchos de los que habían peleado contra él y a algunos incluso les confirió cargos y honores, como es el [6] caso de Bruto y de Casio, que fueron ambos pretores. Tampoco se desentendió de las estatuas de Pompeyo que yacían derribadas, antes bien, las hizo poner en pie, lo que hizo decir a Cicerón: «César, al levantar las estatuas de Pompeyo, ha [7] consolidado las suyas propias»¹²¹. Sus amigos le encarecían que se pusiese una guardia personal, ofreciéndose muchos de ellos para tal tarea, pero él no lo toleró, diciendo que era mejor morir de una vez que estar constantemente a la espera. [8] Y pensando que la más hermosa y a la vez segura protección de que podía rodearse era el favor de las gentes, se dedicó de nuevo a ganarse a la plebe con banquetes y repartos de trigo, y al ejército con el establecimiento de colonias, entre las que las más renombradas fueron Cartago y Corinto, dándose así la circunstancia de que ambas ciudades, que en el pasado habían sido tomadas al mismo tiempo, también entonces fueron a la vez restablecidas¹²².

[58] En cuanto a los ciudadanos más principales, César prometió a unos consulados y preturas para el futuro, a otros los consoló con prebendas y honores diversos, y a todos ellos les hizo concebir esperanzas, pues su ambición era que sus [2] súbditos aceptasen de buen grado su poder. Así, cuando el cónsul Máximo murió la víspera del día en que expiraba su cargo, César nombró a Caninio Rebilo cónsul para ese único día; y como muchas personas, siguiendo la costumbre, se acercaban [3] a felicitarlo y a acompañarlo, Cicerón dijo: «Démonos prisa, no sea que el hombre deje el consulado antes de llegar nosotros»¹²³.

Pero su afán innato de grandeza y su ambición no le permitían [4] disfrutar de los muchos éxitos conseguidos a base de esfuerzo; al contrario, dichos éxitos lo inflamaban y enardecían de cara al futuro y le hacían concebir proyectos de mayor envergadura y el deseo de una gloria nueva, como si ya no encontrara aliciente en la que tenía. Esta pasión no [5] era sino una especie de envidia de sí mismo, como si fuera otra persona, y como una rivalidad entre lo que había hecho hasta

entonces y lo que había de venir. Meditaba, pues, y preparaba [6] ir de campaña contra los partos y, tras haberlos sometido, atravesar la Hircania bordeando el mar Caspio y el Cáucaso, rodear el Ponto y lanzarse contra la Escitia; después, [7] marchar contra los países vecinos de los germanos y contra la propia Germania para así, a través de las Galias, regresar a Italia y completar el círculo del imperio, delimitado por todas partes por el Océano¹²⁴.

Mientras llegaba el momento de la expedición, César se [8] propuso perforar el istmo de Corinto, encomendando este trabajo a Anieno; también se propuso, justo a la salida de Roma, embocar el Tíber por una profunda zanja y, desviándolo hacia Circeo, hacerlo desembocar en el mar junto a Terracina para así proporcionar una vía fácil y al mismo tiempo segura [9] a los comerciantes que frecuentaban Roma. Además de esto proyectaba desecar las marismas de Pomencio y Secia y convertirlas en terreno cultivable para muchas decenas de miles de hombres; finalmente, construyendo diques a modo de barrera contra el mar más próximo a Roma y limpiando la costa de Ostia de los obstáculos ocultos que la hacían difícil de abordar, pensaba construir puertos y fondeaderos seguros para tan gran actividad marítima¹²⁵. Tales eran los preparativos en que andaba.

[59] La reforma del calendario y la corrección de las anomalías en el cómputo del tiempo, acertadamente meditadas y llevadas [2] a término por César, se revelaron de una preciosa utilidad. Y es que no sólo en los tiempos más remotos tenían los romanos, en lo referente a la recurrencia de los meses en relación al año, tal confusión que los sacrificios y las fiestas, desplazándose poco a poco, acababan por caer en las estaciones opuestas a [3] las originarias; es que, además, incluso en la época de que hablamos la mayor parte de los ciudadanos no comprendían absolutamente nada de todo esto, y los sacerdotes, los únicos que conocían el asunto, de repente y sin que nadie se lo esperase, añadían el mes intercalar que llamaban Mercedonio, [4] mes que se dice fue introducido originariamente por el rey Numa, que halló con ello un remedio limitado y de poco alcance al problema de los errores de cálculo en el retorno periódico de los astros, como queda

escrito en la biografía de aquél¹²⁶. César planteó el problema a los más eminentes filósofos [5] y matemáticos y, partiendo de métodos ya existentes, les añadió una reforma personal y más precisa de la que los romanos se sirven hasta el día de hoy, y tienen con ello la reputación de equivocarse menos que los otros pueblos en lo referente a dichas anomalías. Sin embargo, la reforma proporcionó [6] motivos de queja a los envidiosos y a quienes llevaban a mal su dominación; en todo caso Cicerón, según parece, como alguien dijera que a la mañana siguiente iba a salir la constelación de la Lira, le replicó: «Sí, por decreto», dando a entender que las gentes aceptaban esta reforma por pura necesidad¹²⁷.

Pero fue su aspiración a la realeza lo que le granjeó el [60] odio más patente y mortífero, convirtiéndose dicha aspiración en el primer motivo de queja para la masa y en el más especioso de los pretextos para quienes eran desde hacía tiempo sus enemigos en la sombra. Por otra parte, los interesados en conferirle [2] dicho honor difundieron entre la plebe cierto rumor en el sentido de que, según los libros sibilinos, los romanos podrían apoderarse del imperio de los partos si marchaban contra ellos en compañía de un rey, pero que de otra forma aquéllos serían inabordables. Y un día que César bajaba de Alba [3] a la ciudad, se atrevieron a saludarlo a título de rey. Mientras la plebe era presa de una profunda turbación, él, contrariado, dijo que no se llamaba rey, sino César; después de lo cual se hizo un completo silencio y César, con un aire más bien sombrío y disgustado, pasó de largo¹²⁸. En otra ocasión en que se [4] votaban en el Senado honores extraordinarios en su favor, César se encontraba sentado en la tribuna de discursos, y cuando se acercaron a él los cónsules y pretores seguidos del Senado al completo, no se levantó, como si estuviera dando audiencia a simples particulares, pero les dijo que más que añadirle [5] honores lo que había que hacer era disminuirlos. Esta actitud no sólo disgustó al Senado, sino también a la plebe, entendiendo que la ciudad en su conjunto era ultrajada en la persona de los senadores; y aquellos que no estaban obligados [6] a permanecer allí se retiraron de inmediato, tremendamente abatidos. El propio César, apercibiéndose de ello, volvió a su casa en el acto y,

apartando la toga de su cuello, dijo gritando a sus amigos que estaba dispuesto a presentar su garganta a quien quisiera acabar con él. Más tarde se excusó pretextando [7] su enfermedad, pues —decía— los sentidos de quienes son víctimas de dicho mal no pueden permanecer en calma cuando hablan de pie frente a la masa, sino que se ven rápidamente [8] agitados, extraviados, sufren vértigos y se colapsan¹²⁹. Pero entonces las cosas no se pasaron de esa forma; antes bien, se dice que César, que estaba firmemente resuelto a ponerse en pie ante los senadores, fue retenido por uno de sus amigos, o más bien de sus aduladores, Cornelio Balbo, que le dijo: «¿Es que no te vas a acordar de que eres César ni vas a consentir que se te trate como a un ser superior?»¹³⁰.

[61] A estas actitudes ofensivas vino a añadirse el ultraje cometido contra los tribunos de la plebe. Se celebraban entonces las Lupercales, que, según muchos autores, fueron antiguamente unas fiestas de pastores, y que guardan cierta relación con las fiestas Liceas en Arcadia¹³¹. Ese día muchos jóvenes [2] de noble cuna y muchos magistrados corren desnudos por la ciudad y entre risas y bromas golpean con velludas correas de cuero a quienes se les ponen delante; muchas mujeres en [3] edad de tener hijos les salen al paso a propósito y presentan sus manos a los golpes, como los niños al maestro, convencidas de que eso las ha de ayudar a tener un buen parto, si están embarazadas, o a quedar encinta si son estériles. César [4] contemplaba la fiesta desde el Foro, sentado en una butaca de oro y ataviado con sus galas de triunfador; Antonio era uno de [5] los que participaban en la carrera sagrada, ya que era entonces cónsul. Pues bien, cuando este último penetró en el Foro y la muchedumbre se apartó para dejarle paso, tendió a César una diadema entrelazada con una corona de laurel; se oyeron aplausos escasos y poco entusiastas, de cumplido. Cuando [6] César la rechazó, el pueblo al completo aplaudió; Antonio se la ofreció de nuevo, se oyeron unos pocos aplausos; César la rechazó una vez más, todos volvieron a aplaudir. Así, una [7] vez hecha la verificación, César se levanta y ordena que se lleve la corona al Capitolio; allí se descubre que las estatuas [8] de César han sido coronadas de diademas reales. Dos de los tribunos de la

plebe, Flavio y Marulo, se presentan allí y se las arrancan; después, encontrando a aquellos que habían saludado por primera vez a César con el título de rey, los conducen a prisión. La plebe los seguía entre aplausos y los llamaba [9] «Brutos», pues Bruto fue quien puso fin a la sucesión de los reyes y transfirió la soberanía, antes atributo de la monarquía, al Senado y al pueblo¹³². Muy irritado por ello, César [10] privó de su cargo a Marulo y a su colega, y en la acusación que presentó contra ellos, al tiempo que ultrajaba también al pueblo, motejó repetidamente a los tribunos de *brutos* y de cimeos¹³³.

[62] En vista de ello, la mayoría volvió sus ojos hacia Marco Bruto, quien pasaba por ser, por parte paterna, del linaje del Bruto mencionado, y que por parte materna descendía de los Servilios, otra familia ilustre, siendo además yerno y sobrino [2] de Catón¹³⁴. Pero a Bruto los honores y gracias recibidos de César lo refrenaban de acometer por propia iniciativa el [3] derribo de la monarquía, y es que no solamente se le había perdonado la vida en Fársalo, después de la huida de Pompeyo, y había conseguido con sus ruegos salvar a muchos de sus íntimos, sino que incluso disfrutaba de un gran crédito [4] ante César. Desempeñaba la pretura que era entonces de más lustre y debía ser cónsul al cabo de tres años, pues se le había acordado la preferencia sobre Casio, que rivalizaba con él por [5] el cargo. En efecto, según se cuenta, César había dicho que Casio reunía más méritos, pero que aun así no pasaría por delante de Bruto¹³⁵.

[6] En cierta ocasión en que se lanzaban acusaciones contra Bruto, ya en marcha la conspiración, César no hizo caso, y poniendo una mano sobre sí dijo a quienes lo acusaban: «Bruto esperará a que este cuerpo se consuma», dando a entender con ello que, si bien su virtud lo hacía merecedor del poder, esa misma virtud no le permitía comportarse como un [7] canalla desagradecido. Pero quienes ansiaban un cambio de poder tenían puestos los ojos en él solo, o al menos en él en primer lugar, y si bien no se atrevían a hablarle de ello, durante la noche llenaban de misivas la tribuna y el asiento en el que Bruto despachaba en calidad de pretor; por lo general las misivas decían cosas tales como «Duermes, Bruto» o «No eres

uno de los Brutos». Casio, apercibiéndose de que estos [8] reproches iban insensiblemente excitando su pundonor, lo apremiaba y azuzaba más que nunca; el propio Casio tenía a César un odio particular, por las razones que hemos expuesto en la biografía de Bruto¹³⁶. No en vano César sospechaba de [9] él, y en cierta ocasión les dijo a sus amigos: «¿Qué os parece que se trae Casio entre manos? Porque a mí su palidez excesiva no me gusta nada». Se cuenta asimismo que cuando [10] llegaron a sus oídos acusaciones contra Antonio y Dolabela en el sentido de que tramaban novedades, dijo: «No es de esos individuos gruesos y melenudos de los que tengo miedo, sino más bien de esos otros pálidos y flacos», aludiendo a Casio y a Bruto.

Pero, según parece, es más fácil prever el destino que [63] guardarse de él, pues se dice que entonces se produjeron signos y apariciones extraordinarias. En cuanto a los resplandores [2] celestes, los ruidos nocturnos difundidos por doquier y las aves silvestres que se abatían sobre el Foro, probablemente no valga la pena ni mencionarlos, tratándose de un suceso de tanta envergadura. Pero Estrabón el filósofo cuenta que [3] muchas personas vieron aparecer hombres cubiertos de fuego, y que el lacayo de un soldado hizo salir de su mano una gran llama, creyendo los presentes que se quemaba, pero que al apagarse el fuego el hombre seguía indemne¹³⁷; y que cuando [4] el propio César celebraba un sacrificio, no se encontró el corazón de la víctima, lo que era un prodigio terrible, pues difícilmente podría la naturaleza engendrar un animal sin corazón. [5] También se puede oír a mucha gente contar que un adivino le había prevenido que se guardase de un gran peligro [6] el día del mes de marzo que los romanos llaman los Idus, y que llegado dicho día, saliendo César para dirigirse al Senado, había saludado al adivino diciéndole a modo de chanza: «Bueno, aquí están los Idus de marzo», a lo que aquél le había respondido sin inmutarse: «Sí, aquí están, pero todavía no han pasado»¹³⁸.

[7] La víspera de esta fecha estaba invitado a cenar en casa de Marco Lépido, y según su costumbre, estaba allí recostado a la mesa sellando cartas al mismo tiempo, cuando la conversación fue a dar en la cuestión de cuál es la mejor de las

muertes; César, anticipándose a todos los demás, gritó: «La inesperada»¹³⁹. [8] Después se acostó junto a su mujer como de costumbre. De repente todas las puertas y ventanas de la habitación se abrieron de par en par y al mismo tiempo, y César, turbado tanto por el ruido como por la intensa luz que despedía la luna, se dio cuenta de que Calpurnia, profundamente dormida, pronunciaba en sueños palabras ininteligibles y emitía gemidos [9] inarticulados; y es que soñaba que lloraba a su marido, al que tenía entre sus brazos, degollado. Sin embargo, otros dicen que no fue ése el sueño que tuvo su mujer, sino el siguiente. Por decreto del Senado y para servir de ornato y conferirle majestad, se había rematado la casa de César con una especie de acrotera, según cuenta Tito Livio¹⁴⁰; pues bien, en su sueño Calpurnia veía este adorno destrozado y por ello pedía socorro y lloraba. Sea como fuere, cuando amaneció le rogó a César [10] que no saliera y que aplazara la sesión del Senado, si le era posible; y que, si acaso no se preocupaba en absoluto de sus sueños, indagara acerca de su futuro por medio de otros medios de adivinación y de sacrificios. Y según parece, también [11] él tenía ciertos miedos y sospechas, pues anteriormente nunca había advertido signos de superstición femenina en Calpurnia, y sin embargo en ese momento la veía extraordinariamente alterada. Y cuando los adivinos, después de realizar [12] numerosos sacrificios, le comunicaron que le eran desfavorables, César decidió enviar a Antonio para que disolviese el Senado.

Entre tanto Décimo Bruto, apodado Albino —en quien [64] César tenía tanta confianza que incluso lo había designado su segundo heredero, y que sin embargo participaba en la conspiración con el otro Bruto y con Casio—, temiendo que [2] se descubriese el complot si César conseguía sustraerse al día designado, comenzó a burlarse de los adivinos y a encarecer a César las quejas y acusaciones que se iba a ganar por parte del Senado, que se consideraría escarnecido; y es que se había [3] reunido a instancias suyas y estaba decidido a votar por unanimidad que aquél fuese proclamado rey de las provincias no italianas y que portase la corona cuando estuviese en cualquier otra parte del mundo, tanto por tierra como por mar. «Pero», decía Décimo Bruto, «si se les dice a

los senadores [4] que se retiren ahora que están instalados en sus escaños y que comparezcan en otra ocasión, cuando Calpurnia tenga mejores sueños, ¿qué dirán los envidiosos? Quién podrá soportar [5] a tus amigos cuando vayan diciendo que no hay en ello ni esclavitud ni tiranía? En todo caso, si estás completamente decidido a sacrificar esta jornada, mejor será que te presentes en persona en el Senado para el aplazamiento de la sesión». Y a la vez que Bruto decía esto, cogía a César por el brazo y [6] se lo llevaba¹⁴¹. Cuando apenas se había alejado unos pasos de su puerta, un esclavo de otra casa que se esforzaba por llegarse ante él, incapaz finalmente de sobreponerse al tumulto y a la muchedumbre que rodeaba a César, se abrió paso a la fuerza hasta su casa y poniéndose en manos de Calpurnia le rogó que lo vigilase hasta el regreso de aquél, pues tenía que referirle asuntos de gran importancia.

[65] Artemidoro, oriundo de Cnido, que era profesor de letras griegas y por ello tenía suficiente intimidación con algunos de los amigos de Bruto como para saber lo esencial de la trama, llegó con un billete en el que estaba escrito lo que se proponía revelar, [2] pero al ver que César entregaba a sus sirvientes todas las misivas que recibía, se colocó muy cerca de él y le dijo: «Lee esto, César, rápidamente y a solas, pues se trata de asuntos [3] importantes que te conciernen». Así pues, César lo cogió, pero la muchedumbre que le salía al paso le impidió leerlo, por más que lo intentó repetidas veces, y entró en el Senado llevando [4] en la mano dicho billete, el único que había guardado. Ahora bien, algunos autores dicen que fue otra persona la que le dio el tal billete, y que Artemidoro no pudo siquiera acercarse a él, recorriendo todo el camino aplastado entre la masa¹⁴².

[66] Todo lo relatado hasta aquí quizá sea producto del azar, pero el hecho de que en la sala que fue escenario de aquella contienda y aquel asesinato, la sala en la que se había reunido entonces el Senado, hubiese una estatua de Pompeyo (quien había dedicado dicha construcción a modo de ornamento añadido a su teatro), demuestra sin lugar a dudas que el suceso fue guiado por alguna divinidad que convocó la acción a ese preciso lugar¹⁴³. Es más, se cuenta también que

Casio, antes [2] del asesinato, volvió la mirada hacia la estatua de Pompeyo y lo invocó en silencio, a pesar de ser afecto a la doctrina de Epicuro; y es que la inminencia del crimen, según parece, [3] provocaba en él un entusiasmo y una pasión que no dejaban sitio a sus antiguas ideas filosóficas¹⁴⁴. A Antonio, que seguía [4] siendo fiel a César y era muy robusto, lo retuvo en el exterior Bruto Albino entablado a propósito una larga conversación con él.

Cuando César entró los senadores se pusieron en pie por [5] deferencia, y entre los cómplices de Bruto, unos se desplegaron en círculo detrás del asiento de César y otros salieron a su encuentro como si se unieran a los ruegos que en ese momento le dirigía Tilio Cimbro por su hermano fugitivo, y así, suplicándole, lo acompañaron hasta su asiento. Una vez [6] sentado rechazó sus peticiones, y como ellos insistían con más vehemencia, César les hizo ver, uno por uno, su disgusto. Entonces Tilio agarró con ambas manos su toga y se la bajó, dejándole el cuello al descubierto, lo que era la señal convenida para comenzar el ataque. Casca le golpea el primero con [7] su espada en la nuca, pero la herida no fue mortal, ni siquiera profunda, pues, como es comprensible, aquél era presa de la turbación al estar tan osada empresa tan sólo comenzando; y [8] así César pudo darse la vuelta, agarrar la espada y retenerla con la mano. Casi al mismo tiempo gritaron ambos personajes, el agredido en latín: «Maldito Casca, ¿qué es lo que haces?», y [9] el agresor en griego, a su hermano: «¡Ayuda, hermano!». Tras este comienzo un escalofrío de terror se apoderó de quienes nada sabían de la conspiración, a la vista de lo que sucedía, y no se atrevieron ni a huir ni a defender a César, ni siquiera [10] a proferir una sola palabra. Pero los que habían preparado el asesinato desenvainaron cada cual su espada; César, rodeado por todos lados y encontrándose dondequiera que mire con el hierro hiriéndole en el rostro y en los ojos, se ve envuelto y zarandeado como una fiera salvaje entre todas esas manos. [11] Y es que todos tenían que tomar parte en el sacrificio y gustar del crimen; por ello también Bruto le propinó una herida, [12] una sola, en la ingle. Y hay quien dice que César se defendía contra los otros, moviéndose de un lado a otro y gritando, pero que cuando vio

que Bruto blandía su espada contra él, se cubrió la cabeza con la toga y se dejó caer, ya fuese empujado por el azar, ya por sus asesinos, junto al pedestal sobre el que [13] se alzaba la estatua de Pompeyo. Este pedestal quedó completamente ensangrentado, de modo que parecía que Pompeyo en persona presidía el castigo de su enemigo, recostado a sus pies [14] y palpitando de sus innumerables heridas. Se dice, en efecto, que fueron veintitrés las que recibió; muchos de los conjurados se causaron heridas entre ellos al asestar tal cantidad de golpes sobre un mismo cuerpo¹⁴⁵.

[67] Una vez muerto César, por más que Bruto se llegó al centro de la sala como con la intención de decir algo al respecto de lo sucedido, los senadores no lo toleraron y salieron precipitadamente de allí. Esta huida llenó al pueblo de turbación y de un irremediable terror, de suerte que unos cerraban sus casas, otros abandonaban sus mostradores y comercios; pasaban corriendo tanto los que se dirigían al lugar para contemplar el drama como los que regresaban de allí tras haberlo visto. Antonio y Lépido, los mejores amigos de César, se escabulleron [2] de allí y se refugiaron en casas distintas de las propias¹⁴⁶. Bruto y los suyos, todavía calientes del crimen, blandiendo [3] sus espadas desnudas, se congregaron a la salida del Senado y todos ellos se dirigieron hacia el Capitolio, no con el aspecto de unos fugitivos, sino con la expresión radiante y confiada, llamando a la muchedumbre a la libertad y saludando a los notables que se encontraban por el camino. Algunos de éstos [4] incluso se unieron a ellos y subieron en su compañía como si hubieran participado en la acción; pretendían así usurpar una gloria que no les correspondía. Entre ellos se contaban Gayo Octavio y Léntulo Espínter, quienes más tarde pagaron [5] su fanfarronada, pues Antonio y el joven César los hicieron ejecutar sin haber disfrutado de la gloria por la que morían, ya que nadie los creyó; tampoco sus verdugos los castigaron [6] por sus actos, sino por sus intenciones¹⁴⁷.

Al día siguiente Bruto y los suyos bajaron al Foro y hablaron [7] al pueblo, que escuchaba sus discursos sin dar muestras de censurar ni de aprobar lo sucedido, y que, con su completo silencio, dejaba traslucir su compasión por César

pero también su respeto hacia Bruto. El Senado decretó ciertas amnistías y [8] la reconciliación general: por una parte, decidió por votación que César recibiría honores divinos y que no se modificarían en lo más mínimo las medidas tomadas cuando él estaba en el poder; por otro lado, atribuyó el mando de provincias a Bruto [9] y a sus cómplices y les concedió honores apropiados, de tal forma que todos creyeron que la situación se había restablecido tras llegarse al mejor de los arreglos posibles.

[68] Pero cuando se abrió el testamento de César y se supo que dejaba un legado considerable a cada uno de los romanos, mientras se veía cómo se llevaba a través del Foro su cuerpo desfigurado por las heridas, la muchedumbre dejó de guardar orden ni disciplina, y apilando alrededor del cadáver bancos, barrotes y mesas cogidas del Foro, le prendieron fuego [2] y lo quemaron por completo¹⁴⁸; después, agarrando teas encendidas fueron corriendo a las casas de los asesinos con la intención de incendiarlas, mientras otros recorrían de arriba abajo la ciudad buscando a esos hombres para prenderlos y despedazarlos, pero no se encontraron con ninguno de [3] ellos, pues estaban todos bien escondidos y parapetados. Pero se dio la circunstancia de que Cina, uno de los amigos de César, había tenido, según dicen, un extraño sueño la noche anterior: había soñado que César lo invitaba a cenar y que, aunque él declinaba la invitación, aquél se lo llevaba del brazo [4] contra su voluntad y venciendo su resistencia. Cuando Cina se enteró de que estaban incinerando el cuerpo de César en el Foro, se levantó y se puso en camino para rendirle honores, a pesar de que su sueño lo tenía intranquilo y además estaba con [5] fiebre. Alguien entre la muchedumbre lo vio y le dijo cómo se llamaba a otro que se lo preguntaba; éste se lo comunicó a un tercero y al final corrió por todas partes el rumor de que [6] este hombre era uno de los asesinos de César. Y, en efecto, había entre los conjurados uno que llevaba su mismo nombre, Cina; la muchedumbre, tomándolo por aquél, se lanzó de inmediato [7] sobre él y lo hizo trizas en cuestión de minutos. Ello atemorizó extraordinariamente a Bruto y a Casio, que pocos días más tarde abandonaron la ciudad; lo que

hicieron y padecieron antes de morir lo tenemos escrito en la biografía de Bruto¹⁴⁹.

César murió a los cincuenta y seis años, sobreviviendo a [69] Pompeyo poco más de cuatro¹⁵⁰. Del poder y la dominación perseguidos a lo largo de toda su vida entre tan grandes peligros y penosamente obtenidos, no recogió más fruto que el nombre y una gloria que provocó la envidia de los ciudadanos. Sin embargo, el poderoso espíritu que le había asistido en [2] vida, también después de muerto lo acompañó como vengador del asesinato, rastreando y persiguiendo por tierra y por mar a los asesinos hasta que no quedó ni uno solo y se hubo vengado de cuantos hubieran tenido cualquier relación con el crimen, ya fuese por haber participado en su comisión, ya por haber tenido la intención de hacerlo. En el orden humano, lo más [3] asombroso fue lo de Casio: vencido en Filipos, se dio muerte con la daga que había utilizado contra César¹⁵¹. En el orden [4] divino, el gran cometa que después del asesinato de César apareció resplandeciente durante siete noches consecutivas, desapareciendo después; y también el oscurecimiento de la luz del sol, pues durante todo aquel año el disco solar se mostró [5] pálido y carente de brillo, y de él emanaba un calor débil y escaso, hasta tal punto que el aire se volvía oscuro y pesado a consecuencia de la debilidad del calor que lo penetraba, y los frutos, madurando sólo a medias, se marchitaban y echaban a perder a causa de la frialdad del ambiente¹⁵².

[6] Pero fue ante todo el fantasma que se le apareció a Bruto lo que demostró de forma patente que el asesinato de César no había sido del agrado de los dioses; sucedió de la siguiente [7] forma. A punto de hacer cruzar su ejército desde Abidos al otro continente, Bruto reposaba de noche en su tienda, como era su costumbre, pero no dormía, sino que reflexionaba acerca [8] del futuro; se dice, en efecto, que este hombre era el menos dormilón de los generales y aquel a quien su naturaleza le [9] permitía pasar el mayor tiempo despierto¹⁵³. Le pareció oír un ruido en la puerta, y cuando miró a la luz de un velón que ya comenzaba a extinguirse vio la terrorífica imagen de un hombre [10] de talla descomunal y aspecto hostil. Al principio Bruto se quedó espantado, pero

cuando vio que aquél no hacía ni decía nada, sino que se quedaba en pie en silencio junto a su lecho, [11] le preguntó quién era. El fantasma le respondió: «Tu espíritu malo, Bruto. Me verás en Filipos»; y Bruto, envalentonado, le dijo entonces: «Allí te veré», e inmediatamente después el espíritu [12] desapareció. Cuando llegó el momento en Filipos, Bruto se alineó frente a Antonio y César, y llevando la mejor parte, puso en fuga a sus oponentes y atravesó el campamento de [13] César devastándolo; pero cuando se disponía a combatir por segunda vez, aquel mismo fantasma se le volvió a aparecer de noche, y si bien no pronunció palabra, Bruto comprendió cuál [14] era su destino, y se lanzó ciegamente al peligro. Sin embargo, no cayó combatiendo; cuando su ejército fue puesto en fuga, se refugió en una zona escarpada y, apoyando el pecho contra su espada desnuda y ayudado, según dicen, por un amigo para hacer más violento el impacto, murió¹⁵⁴.

¹ Sobre la posible pérdida del principio de la biografía, cf. la Introducción. Cina, partidario de Mario, se hizo con el control del estado romano a la muerte de aquél en 86; fue asesinado dos años más tarde. Sila se hizo el amo de Roma en el 82 a. C. y murió el 79 (César era todavía muy joven por entonces, pues había nacido el 100 a. C.; el sacerdocio al que se alude en seguida es el de *flamen Dialis*, los flámines de Júpiter).

² Farmacusa es una pequeña isla del Egeo, al SO de Mileto; los piratas de Cilicia infestaban el Mediterráneo oriental, hasta que Pompeyo acabó con ellos en 67 a. C. (cf. PLUT., *Pompeyo* 24, 1-13).

³ Marco Junco, propretor de la provincia de Asia en 75-74, se encontraba en Bitinia para la ejecución del testamento del rey Nicomedes Filopátor, que había legado su reino al pueblo romano; Plutarco, que no parece tener muy clara la cronología de estos primeros años de actividad pública de César, sitúa este episodio en plena época silana, cuando debió de tener lugar varios años más tarde.

⁴ Sobre la cronología de esta proyectada visita a Rodas (año 75-74), cf. nota anterior.

⁵ Sobre el *Anticatón* de César, al que alude Plutarco aquí, cf. luego, cap. 54; sobre la elocuencia del dictador, véase el juicio muy positivo de CICERÓN, *Bruto* 261-262.

⁶ Ambos procesos, emprendidos contra personajes destacados del régimen de Sila, son cronológicamente anteriores a su cautividad entre los piratas, pues hay que fecharlos en 77-76 el de Gneo Cornelio Dolabela (cónsul con Sila, en el 81) y en 76 el de Gayo (no Publio) Antonio Híbrida, cuyo desenlace no conocemos, aunque lo más probable es que también saliera absuelto.

⁷ Rascarse la cabeza con un dedo, para no despeinarse, era signo de afeminamiento; por lo demás, César era casi calvo desde muy joven, y procuraba

disimularlo (cf. SÜETONIO, I 45, que señala que el dictador recibió con mucho placer el derecho a llevar una corona de laurel, lo que disimularía su calvicie).

⁸ El tribunado militar lo ejerció probablemente en el 71; del elogio de Julia, tía paterna suya muerta el 69, SÜETONIO (I 6) nos ha conservado un breve pasaje.

⁹ Cornelia, hija de Cina, que murió el 69 a. C.

¹⁰ Eran sus terceras nupcias (año 68) porque antes de Cornelia había estado unido (o quizá sólo prometido) con Cosucia; la Pompeya mencionada era hija de Quinto Pompeyo Rufo, y estuvo casada con César hasta el 61; la hija de César, Julia, casó con Pompeyo el Grande el año 59. La cuestura en Hispania Ulterior con G. Antistio Veto se fecha en el 69-68.

¹¹ Los cargos de edil curul y de *curator viae Appiae* los desempeñó en 65; para entonces, terminada la cuestura, César era ya miembro del Senado.

¹² Se refiere al triunfo decisivo de 101 a. C. en Vercelli (Galia Cisalpina).

¹³ El padre de Quinto Lutacio Cátulo, cónsul en 102, se había enemistado después con Mario y finalmente se había visto empujado al suicidio (cf. PLUT., *Mario* 27, 6-10).

¹⁴ P. Servilio Vacia Isáurico, cónsul en 79, se había distinguido luchando contra los isauros, un pueblo de Asia Menor; Lutacio Cátulo es el mencionado en el capítulo anterior. César, que ya había ingresado hacía tiempo en el colegio de los pontífices, fue pontífice máximo —cargo de extraordinaria importancia en la política romana— el año 63.

¹⁵ El «cargo superior» era el de *princeps senatus*, que ocupaba el puesto más alto dentro de la jerarquía de los senadores.

¹⁶ El Pisón citado es Gayo Calpurnio Pisón, cónsul en 67.

¹⁷ Curión es Gayo Escribonio Curión, que moriría en el 49 luchando en África, en el bando cesariano. Sobre el discutido papel de César en el asunto de Catilina, cf. L. CANFORA, *Giulio Cesare*, Roma-Bari, 1999 = *Julio César. Un dictador democrático* [trad. X. GARÍ y A. ARES], Barcelona, 2000, págs. 57-78.

¹⁸ Plutarco no se debe de referir al poema *De consulatu suo*, sino al informe en prosa, escrito en griego, en el que el político romano daba cumplida cuenta de su consulado del año 63 (ambas obras se han perdido).

¹⁹ En efecto, César fue pretor en 62, junto con Marco Bibulo.

²⁰ Clodio era entonces cuestor designado; siendo tribuno de la plebe en el 58 (cf. cap. 14, 16) forzará el exilio de Cicerón.

²¹ ZIEGLER supone una breve laguna textual en este punto, no aceptada por CHAMBRY y FLACELIÈRE; según el filólogo alemán, el texto completo diría algo como: «Cuando llega el día de la fiesta, que se ha de celebrar en casa del varón que desempeña el cargo de cónsul o de pretor, éste se va [...]».

²² Plutarco, quizá influido por las especulaciones de los órficos, está interpretando con mentalidad griega la figura de la *Bona Dea*, una diosa itálica y especialmente romana; su ritual, ampliamente atestiguado epigráficamente, iba

dirigido a propiciar el bienestar del pueblo romano (*pro salute Populi Romani*). La madre «oficial» de Dioniso, según la mitología griega, era Sémele.

23 Que en griego significa eso, ‘doncella favorita’, de ahí la confusión.

24 No fue un tribuno, sino el pretor Cornificio quien introdujo la causa, y el principal acusador fue Cornelio Léntulo Crure; los principales senadores contra Clodio fueron Catón y Marco Valerio Mesala.

25 Cf. PLUT., *Máximas de reyes y generales* 206A.

26 En realidad, sólo de la Hispania Ulterior (aproximadamente las actuales Andalucía, Extremadura y Portugal), donde ya había sido cuestor en 69-68; desempeñó este cargo (el de procónsul) en el 61 a. C.

27 Cf. PLUT., *Máximas de reyes y generales* 206B.

28 SUETONIO (I 7, 1) sitúa este episodio, quizá con más verosimilitud, durante la cuestura del 69-68, en Gades (César tenía entonces 32 años, la edad con la que murió Alejandro; en el momento en que lo sitúa Plutarco tendría casi 40).

29 Título que podía, por aclamación, conferir el ejército (también el Senado) al general victorioso, que normalmente celebraba más tarde el triunfo en Roma. César dejó Hispania en junio del 60, sin esperar a que llegara su sucesor en el cargo.

30 El triunfo consistía en la entrada solemne en la ciudad, con los máximos honores militares y al mando de sus tropas, del general victorioso —que había de ser dictador, cónsul o pretor—, donde era recibido por el Senado en pleno y por los ciudadanos más destacados.

31 Este pacto privado entre los tres hombres es lo que, más bien impropriamente, se llama el «primer triunvirato» (julio del 60 a. C.).

32 Ambos fueron, en efecto, los cónsules del año 59 (aunque, en la práctica, César actuó como si fuera el único; Bibulo pasó la mayor parte del tiempo encerrado en su casa, tratando inútilmente de entorpecer la actividad de su rival).

33 Y, de hecho, se casó con Fausto. La boda de Julia causó escándalo en Roma, pues Pompeyo había repudiado a su tercera mujer, Mucia, precisamente por ser amante de César.

34 La boda se celebró en el 59 a. C.; Lucio Calpurnio Pisón Cesonino fue cónsul el 58, junto con Aulo Gabinio.

35 Cicerón salió de Roma el 20 de marzo del 58 (cf. PLUT., *Cicerón* 30-32), mientras Clodio asistía al incendio de su casa en el Palatino; poco después César partía para las Galias. El acceso de Clodio al cargo de tribuno de la plebe requería su adopción formal (la llamada *transitio ad plebem*) por una familia plebeya; fue César quien le permitió cumplir con esta formalidad, que se le había denegado repetidamente con anterioridad.

36 El pasaje tiene claras resonancias homéricas en el griego de Plutarco. El Lucio Licinio Lúculo al que Plutarco dedicó su biografía (formando pareja con Cimón) tenía un hermano llamado Marco.

³⁷ Un millón doscientos mil muertos según PLINIO, *Hist. nat.* VII 92, quien añade la siguiente valoración: «Yo no puedo poner entre sus títulos de gloria un ultraje tan grave como el causado por él al género humano».

³⁸ El año 49, después del paso del Rubicón, hubo no una sino dos batallas navales en Marsella; este episodio de Acilio lo cuenta también SUETONIO, I 68, comparando el comportamiento del soldado romano con el del célebre Cinegiro durante la batalla de Maratón (cf. HERÓD., VI 114).

³⁹ Compárese con el relato del propio CÉSAR, *Guerra civil* 53, 4-5; sobre la batalla de Dirraquio, cf. después, cap. 39.

⁴⁰ Britania es, claro está, la actual isla de Gran Bretaña; las campañas de César en la isla tuvieron lugar en el otoño del 55 y el verano del 54.

⁴¹ El Escipión mencionado es Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión (cf. luego, caps. 52-53); el suceso hay que fecharlo en el año 47 a. C.

⁴² En setiembre del 49, cuando contaba unos 50 años de edad; cf. SUET., I 45, 1-2.

⁴³ En marzo del 58 a. C.

⁴⁴ Gayo Opio fue amigo, colaborador (*agens in rebus*) y, al parecer, biógrafo de César.

⁴⁵ Los tigurinos no eran, en realidad, más que una parte de los helvecios; la Galia en cuestión es la Narbonense, con capital en Narbo Martius (Narbona), fundada en 118. Para el relato de lo que sigue, Plutarco va a utilizar de forma constante la obra del propio César (tanto la *Guerra de las Galias* como la *Guerra civil*), aunque resumiendo o pasando por alto la mayor parte de las operaciones militares, de acuerdo con lo expresado en su introducción a la *Vida de Alejandro*.

⁴⁶ El Arar es el actual Saona, en la Borgoña; la ciudad amiga y la batalla (abril-junio del 58) que se menciona a continuación es la de Bibracte (Mount-Beuvray, cerca de Autun), capital de los eduos.

⁴⁷ Durante su primer consulado, en 59; la campaña en cuestión tuvo lugar en el verano del 58.

⁴⁸ La Galia Padana o Cisalpina había sido, efectivamente, atribuida a César al alcanzar el consulado, por un periodo de cinco años (cf. antes, cap. 14).

⁴⁹ Los belgas ocupaban un territorio mucho más amplio que la actual Bélgica (cf. el célebre comienzo de la *Guerra de las Galias*, I 1: «La Galia, en su conjunto, está dividida en tres partes, de las cuales una la habitan los belgas, otra los aquitanos y, la tercera, los que en su propia lengua se llaman celtas y en la nuestra galos»); la campaña se fecha entre la primavera y el verano del 57 a. C.

⁵⁰ Debe de tratarse de la batalla del río Aisne (cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* II 8-11).

⁵¹ Estamos, por tanto, en el invierno de 57-56 a. C.

⁵² La reunión en Luca para la renovación del «triunvirato» se fecha en abril del 56; el propretor de Cerdeña era Apio Claudio Pulcro; el procónsul de la Hispania Citerior, Q. Cecilio Metelo Nepote, que había sido cónsul el año anterior.

Los lictores eran los oficiales que acompañaban a los altos magistrados romanos (dictadores, cónsules, pretores, legados, sacerdotes).

⁵³ Fueron efectivamente cónsules el año 55, como ya lo habían sido, también juntos, en 70; además, se les asignó el gobierno provincial de Hispania (Pompeyo) y Siria (Craso).

⁵⁴ Catón había sido enviado a Chipre como «alto comisario», con el fin de arrebatárle la isla al rey de Egipto, Tolomeo XIII.

⁵⁵ Cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* IV 11-14 (primavera-verano del 55).

⁵⁶ Esta es la única ocasión en la que Plutarco cita al historiador latino Tanusio Gémino (sobre él, cf. el art. de MÜNZER en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, IV A2, cols. 2231-33).

⁵⁷ Los britones son, claro está, los habitantes del sur de la actual isla de Gran Bretaña; la campaña en cuestión tuvo lugar en el otoño del 55.

⁵⁸ En setiembre del 54.

⁵⁹ Ambiórix era el jefe de los eburones, asentados entre el Mosa y el Rin; el desastre de Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cota (otoño del 54) lo cuenta CÉSAR en *Guerra de las Galias* V 26-37. El Cicerón mencionado es Quinto Tulio Cicerón, hermano del famoso orador, que se encontraba en el territorio de los nervios.

⁶⁰ Estamos en el invierno del 54-53; Plutarco omite por completo las campañas del año 53 contra tréveros, eburones, etc., así como el segundo paso del Rin, para pasar a relatar la gran revuelta de Vercingetórix, ya en febrero del 52.

⁶¹ Los secuanos habitaban a la izquierda del río Doubs, hasta el Rin y el Jura, y tenían su capital en Vesontio (Besançon, en el Franco-Condado).

⁶² La actual Alise-Sainte-Reine, al NO de Dijon (Borgoña); el sitio duró entre julio y setiembre del 52.

⁶³ Vercingetórix estuvo todavía seis años cautivo, hasta que, en efecto, figuró en el triunfo celebrado en Roma en agosto del 46; después fue ejecutado.

⁶⁴ Craso había muerto en junio del 53 en la batalla de Carras (actual Harran, en la región de Urfa, Turquía). Plutarco, como se ve, pasa por alto las campañas cesarianas del año 51, dirigidas sobre todo al control y pacificación del territorio conquistado, y narradas por AULO HIRCIO en el libro VIII de la *Guerra civil*.

⁶⁵ La dictadura era una magistratura no electiva, dotada de poderes extraordinarios, pensada para momentos de peligro muy grave para el Estado; el dictador era designado directamente por uno de los cónsules. Pompeyo fue cónsul *sine collega* —lo que no resultaba muy distinto de la dictadura— en el año 52 (por más que, por guardar las formas, a finales de año asociara en el cargo a otro cónsul, su suegro Q. Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica).

⁶⁶ La actual Como, al pie de los Alpes italianos. En realidad, Plutarco está aquí confundiendo dos Marcelos distintos, Marco Claudio Marcelo, cónsul en 51, que fue, en efecto, quien propuso sustituir a César antes del término de su mandato en las Galias (cf. SUET., I 28) y Gayo Claudio Marcelo, que sería cónsul en 49, junto con Lucio Cornelio Léntulo Crure.

⁶⁷ Lucio Emilio Lépido Paulo fue cónsul en 50; la basílica Julia, cuyos restos pueden verse todavía en el Foro romano entre el templo de los Dioscuros y el de Saturno, sustituyó a la basílica Fulvia y Emilia (mandada construir por M. Fulvio Nobilior y Emilio Lépido en 179 a. C.).

⁶⁸ Traducción aproximada, si aceptamos la laguna sugerida por Ziegler entre *Kaisara* y *katapsephizómenos*.

⁶⁹ La cuestión de fondo era que César, si quería seguir con su *imperium*, que lo hacía intocable ante sus enemigos políticos, tenía que mantener el mando de sus tropas hasta el año 49 incluido, en que podría optar al consulado para el 48 (había que cumplir el intervalo de diez años contemplado para repetir en dicha magistratura).

⁷⁰ La carta en cuestión la leyó el propio Curión, y no Antonio, ante el Senado, el 1 de enero del 49.

⁷¹ Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica (cf. nota 65) era el padre de Cornelia, la quinta y última mujer de Pompeyo; sobre Lucio Cornelio Léntulo, cf. nota 66.

⁷² Era el 7 de enero; Cicerón había vuelto de su gobierno en Cilicia tres días antes.

⁷³ Sólo tenía consigo la legión XIII; las demás (ocho) se encontraban en territorio de los belgas y de los eduos.

⁷⁴ *Ariminium*, la actual Rímini, no estaba en la Galia Cisalpina sino en Umbria, aunque muy cerca de la frontera con aquella; el Hortensio citado era el hijo del célebre orador, Quinto Hortensio Hórtalo, que dio título a una obra (perdida) de Cicerón.

⁷⁵ Según PLUT., *Pompeyo* 60, 4, estas palabras (vulgarmente referidas como «la suerte está echada») las pronunció en griego; cf. también PLUT., *Máximas de reyes y generales* 206C. Sobre la obra de Asinio Polión, cf. la introducción.

⁷⁶ Era el 17 de enero del 49; los cónsules y una parte del Senado huyeron al día siguiente. La traducción «decretó el estado de excepción» es aproximada, pues parece que Plutarco no ha entendido bien la expresión latina *tumultum decernere*, y utiliza un extraño giro griego para traducirla.

⁷⁷ Al este de Roma, en territorio samnita.

⁷⁸ La toma de Corfinio tuvo lugar a mediados de febrero; Lucio Domicio Enobarbo, viejo enemigo de César, había sido cónsul en 54.

⁷⁹ Cf. PLUT., *Pompeyo* 72. César llegó a Bríndisi el 9 de marzo del 49, Pompeyo se embarcó para Dirraquio (la italiana Durazzo; hoy Durrës, Albania) el 17 de ese mes. Por otra parte, este tipo de noticias son las que permiten establecer una cronología relativa de las *Vidas* de Plutarco (en este caso, saber que la *Vida de Pompeyo* se escribió después de la de César); cf. al respecto K. ZIEGLER, *Plutarco*, trad. ital., Brescia, 1965, págs. 312-16.

⁸⁰ Este tribuno, Lucio Cecilio Metelo, es mencionado en tono negativo en CÉSAR, *Guerra civil* I, 33, 3, aunque, significativamente, el autor se abstiene de narrar el saqueo del erario público.

⁸¹ Los legados de Pompeyo en Hispania eran Lucio Afranio (cónsul en 60), Marco Terencio Varrón, el célebre erudito, y Marco Petreyo, al que Plutarco no menciona. La campaña de Hispania y del largo asedio de Marsella (cf. antes, cap. 16), sobre la que Plutarco pasa apresuradamente, duró buena parte del año 49 (cf. el relato detenido de CÉSAR, *Guerra Civil* I 34-87 y II 1-22; Afranio y Petreyo capitularon en Ilerda en agosto; Marsella cayó en octubre).

⁸² Ziegler supone la existencia de una breve laguna en este punto; la traducción se atiene al texto de Flacelière y Chambry.

⁸³ César llegó a Roma el 2 de diciembre, fue designado dictador y once días más tarde fue nombrado (o se nombró a sí mismo) cónsul para el año siguiente, el 48, junto con Publio Servilio Isáurico.

⁸⁴ La toma de Orico —en los límites entre el Epiro e Iliria, en el actual golfo de Vlorë, Albania— y Apolonia —más al norte, cerca del río Aoo, el actual Vijose, Albania— se fecha el 6-7 de enero del año 48 a. C.

⁸⁵ Marco Antonio desembarcó en la costa del Epiro el 27 de marzo y una semana más tarde unió sus fuerzas a las de César.

⁸⁶ El Escipión mencionado es Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica, suegro de Pompeyo (cf. antes, cap. 30).

⁸⁷ Túsculo es una localidad cercana a Roma, junto a la actual Frascati.

⁸⁸ Cf. PLUT., *Pompeyo* 67, 7-10, donde se lo critica con severidad por ello, afirmando que era «un hombre que no sabía sobreponerse a la opinión del vulgo, ni a la censura de sus amigos».

⁸⁹ Hay una laguna en el texto griego, que sin embargo puede suplirse a la vista de *Pompeyo* 68, 2-3: «y él después adornaba con muchos despojos el templo de Venus Victoriosa. Esta visión en parte lo alentaba y en parte le causaba inquietud, no fuera que por ocasión de él resultara gloria y esplendor al linaje de César, que descendía de Venus». Los restos del teatro de Pompeyo y sus edificios anexos se encuentran muy cerca de la actual plaza romana de Campo de' Fiori (cf. al respecto A. GARCÍA Y BELLIDO, *Arte romano*, 4.^a ed., Madrid, 1990, págs. 71-73).

⁹⁰ Quinto Cornificio era propretor en Iliria; Quinto Fufio Caleno había sido enviado como legado de César para ganarse la Acaya (el Peloponeso y Atenas).

⁹¹ No menciona esta localidad el propio CÉSAR, *Guerra civil* III 85 (se habla simplemente de su determinación de levantar el campo y estar siempre de camino).

⁹² Cf. PLUT., *Pompeyo* 69-71. La batalla de Fársalo tuvo lugar el 9 de agosto del 48 a. C.

⁹³ Flacelière y Chambry adoptan aquí la conjetura de Madvig y otros, en virtud de la cual se intercambia la posición de los adverbios *hellenistí* («en griego») y *rhomaistí* («en latín»); el texto de los manuscritos, aceptado por Ziegler, exige una interpretación forzada y entra en contradicción con otros casos similares en los que César se expresa en griego precisamente para ser entendido sólo por su círculo más íntimo (cf. antes, cap. 32 y la nota 75, con ocasión del paso del Rubicón). Sobre Asinio Polión, cf. la introducción.

⁹⁴ Marco Junio Bruto era hijo de Servilia, que había sido amante de César; más tarde sería el organizador con Casio de la conjura que acabó con el dictador (cf. después, cap. 62, así como la biografía de Plutarco dedicada a Bruto).

⁹⁵ Trales era una ciudad de Caria (Asia Menor), al este de Éfeso.

⁹⁶ Los libros de Tito Livio correspondientes al final de la República —que, en concreto, eran los 109-116 para la guerra civil y la muerte de César— se han perdido; cf. la recopilación de resúmenes y fragmentos en esta misma colección, TITO LIVIO, *Periocas. Periocas de Oxirrinco. Fragmentos* (1995; frag. 43 para el pasaje de Plutarco en cuestión).

⁹⁷ Cnido (Gnido) es una ciudad de la costa menorasiática; Gayo Julio Teopompo, amigo de César, fue un importante personaje público, al que se dedicaron estatuas en diversos lugares de Grecia (cf. ESTRAB., XIV 656); nada sabemos de su obra como mitógrafo (testimonios en JACOBY, *FGrH* núm. 21). Para todo lo que sigue, nuestra fuente principal es el *Bellum Alexandrinum* (*Guerra de Alejandría*), continuación de la *Guerra civil* cuyo autor quizá sea el mismo A. Hircio que escribió el libro VIII de la *Guerra de las Galias* (cf. nota 64).

⁹⁸ El rey en cuestión era Tolomeo XIII, hermano y marido de Cleopatra; Teódoto era un profesor griego, encargado de la educación del joven rey (que apenas tenía quince años). Pompeyo, llegado a Egipto a través de Asia Menor y Chipre, fue asesinado a traición el 28 de setiembre del 48, cuatro días antes de que César desembarcase en Alejandría; éste hizo enterrar la cabeza de Pompeyo en Pelusio y construir un templo dedicado a Némesis.

⁹⁹ El padre del rey era Tolomeo XII Auletes, que había vivido varios años en Roma —Egipto era ya, *de facto*, un protectorado romano— antes de ser restablecido en el trono en el 55 por Aulo Gabinio, gobernador de Siria; había muerto en el 51 a. C.

¹⁰⁰ Potino era el político más hábil de la corte del joven Tolomeo XIII. Cleopatra VII, hija mayor de Tolomeo XII, compartió el trono con sus dos hermanos, primero con Tolomeo XIII (que moriría en la guerra alejandrina, el año 47) y después con Tolomeo XIV (muerto en 44, seguramente por instigación de la propia reina); cuando Pompeyo desembarcó en Egipto, se estaban enfrentando los ejércitos de Cleopatra —refugiada en Siria— y de su hermano Tolomeo XIII.

¹⁰¹ Es decir, la célebre Biblioteca de Alejandría, depósito del saber antiguo. En realidad, el incendio debió de afectar a la zona del puerto, destruyendo entre otras cosas algunos depósitos de libros destinados a la exportación, pero, contra la suposición de Plutarco —recogida por muchos autores modernos—, no afectaría a la gran Biblioteca, que se encontraba dentro del recinto del palacio real en el que se había atrincherado César con los suyos (cf. L. CANFORA, *La biblioteca desaparecida*, trad. esp., Gijón, 1998).

¹⁰² La batalla del Nilo (27 de marzo del 47), en la que Tolomeo XIII murió ahogado en el Nilo, se cuenta en la *Guerra de Alejandría*, 29-32; Cleopatra, como queda dicho en nota 100, pasó a reinar en compañía de su otro hermano pequeño, Tolomeo XIV.

¹⁰³ Farnaces II, hijo del gran Mitridates VI, aprovechando la guerra civil, había comenzado una campaña expansionista por Anatolia, derrotando a Domicio Calvino en Nicópolis (diciembre del 48) y amenazando seriamente Capadocia y la

Pequeña Armenia. La batalla de Zela (la actual Zile, Turquía) se libró el 2 de agosto del 47; Farnaces fue asesinado poco después.

¹⁰⁴ Gayo Macio era amigo de César y también de Cicerón (cf., de este último, sus *Cartas a los familiares*, XI 27 y 28).

¹⁰⁵ El año 46 a. C., junto con Marco Emilio Lépido; César llegó a Roma el 4 de octubre del 47 y permaneció allí hasta principios de diciembre.

¹⁰⁶ Publio Cornelio Dolabela (que no tiene ninguna relación con el Dolabela mencionado en el cap. 4) era tribuno de la plebe en el 47 y fue protagonista de graves desórdenes públicos; sobre Macio, cf. nota 104; los excesos de Marco Antonio, por entonces *magister equitum*, los cuenta el propio PLUT., *Antonio* 9, 5-9.

¹⁰⁷ Para la campaña de África contamos con otro «apéndice» a la *Guerra civil*, el *Bellum Africum*, obra de un oficial anónimo, testigo de los hechos. Juba, rey de Numidia, había acabado el año 49 con Gayo Curión Escribonio (cf. nota 17).

¹⁰⁸ Se alude a las victorias de Escipión Africano sobre los cartagineses durante la segunda guerra púnica, sobre todo la de Zama (202 a. C.). César desembarcó en la costa africana a finales de diciembre del año 47 a. C.

¹⁰⁹ Apodo despectivo, algo así como «Escipión Sálvese-quien-pueda».

¹¹⁰ La ciudad y puerto de Tapso se localiza cerca de la actual Teboulba (Túnez); la decisiva batalla tuvo lugar el 6 de abril del 46.

¹¹¹ Para esta versión de lo sucedido, Plutarco debe de estar utilizando una fuente hostil a César, pues, según el autor de la *Guerra de África* (83, 1), testigo de los hechos, aquél «se lanzó a galope tendido contra el enemigo, en primera fila».

¹¹² Ambas obras —así como otra de Bruto en alabanza de Catón— se han perdido; la de Cicerón no debe confundirse con su diálogo *Cato maior, de senectute*, que sí se ha conservado, y cuyo protagonista es Catón el Viejo. La muerte de Catón en Útica, al norte de Cartago, seis días después de Tapso, se cuenta en la biografía a él dedicada por PLUT. (*Catón el Menor* 66, 6-70, 10).

¹¹³ Lo que equivale a diez millones y medio de hectolitros de trigo y un millón de kilos de aceite, respectivamente. César llegó a Roma en julio del 46 y permaneció en la ciudad hasta principios de noviembre.

¹¹⁴ La formulación del triunfo africano (*ex Africa de rege Iuba*) fue, evidentemente, para mitigar la sensación de guerra civil. Juba hijo, que tenía entonces unos cinco años, escribió su abundante obra en griego, entre otras cosas una *Historia romana* (fragmentos en JACOBY, *FGrH*, núm. 275); Plutarco lo cita en muchas ocasiones.

¹¹⁵ En realidad, lo que Plutarco toma erróneamente por un censo no fue sino una severa reducción de las listas de beneficiarios de *frumentationes* (distribuciones públicas de trigo entre los plebeyos), como queda claro en el relato de SUETONIO, I 41.

¹¹⁶ Los hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto, andaban entre los treinta y los treinta y cinco años; César ejerció el consulado del año 45 en solitario (hasta octubre).

¹¹⁷ En las inmediaciones de la actual Montilla (Córdoba); la batalla se cuenta en el último apéndice del *corpus Caesarianum*, el anónimo *Bellum Hispaniense* (caps. 27-31).

¹¹⁸ Pompeyo había salido de Brindisi, camino de Grecia, el 17 de marzo de 49; la batalla de Munda tuvo lugar el mismo día del 45 a. C. Las «Dionisias» que menciona Plutarco son las fiestas llamadas *Liberalia*, en honor de Baco, el Dioniso romano.

¹¹⁹ El mayor era Gneo; Sexto Pompeyo se vería envuelto en las luchas que siguieron a la muerte de César, y no murió hasta el 35 a. C.

¹²⁰ El triunfo sobre los hijos de Pompeyo se celebró en Roma a principios de octubre del 45; poco antes había adoptado al joven Octavio —pariente más bien lejano suyo— y lo había nombrado su principal heredero en su testamento.

¹²¹ Las estatuas de Pompeyo habían sido retiradas de los *Rostra* del Foro después de la batalla de Farsalo.

¹²² Ambas ciudades habían sido tomadas y destruidas en 146 a. C., marcando la desaparición del estado cartaginés y la definitiva sumisión de toda la Grecia continental.

¹²³ Quinto Fabio Máximo, que había luchado en Munda, era cónsul *suffectus* (suplente) desde el 1 de octubre, nombrado por el propio César para los tres meses que quedaban de año (cf. SUET., I 80). Sobre el consulado de Caninio Rebilo ironiza así Cicerón en una de sus cartas conservadas (*Cartas a los familiares* VII, 30, 1): «¡Has de saber que, así, nadie ha desayunado siendo cónsul Caninio!».

¹²⁴ La noticia acerca de este inverosímil viaje, que según CANFORA (*Julio César...*, pág. 302) «parece el fruto de la fantasía de Julio Verne», se debe probablemente al afán de establecer un paralelismo entre las hazañas de César y las del propio Alejandro, determinado a ir hasta los confines del mundo conocido (un afán comparativo que probablemente ya estaba firmemente arraigado en la tradición literaria greco-latina cuando Plutarco escribe su obra).

¹²⁵ El puerto de Ostia se haría en la época del emperador Claudio; todos estos grandes proyectos, así como la reforma del calendario y diversas iniciativas edilicias en Roma, corresponden cronológicamente al verano del 46, antes por tanto de la campaña de Hispania, ya relatada.

¹²⁶ Cf. PLUT., *Numa* 18, 3, donde al mes en cuestión se le llama «mercedino» (en latín, *mensis Mercedonius*, ‘que salda la deuda’).

¹²⁷ Sobre el calendario romano, cf. A. KIRSOPP MICHELS, *The Calendar of the Roman Republic*, Princeton Univ. Press, 1967.

¹²⁸ El episodio tuvo lugar el 26 de enero del 44, al regresar de las *Feriae Latinae* de Alba; doce días antes había sido nombrado *imperator* cónsul y dictador por quinta vez.

¹²⁹ La enfermedad en cuestión es, como queda dicho, la epilepsia (antes, cap. 17).

¹³⁰ Lucio Cornelio Balbo, natural de Gades, cónsul en 40, fue *praefectus fabrum* (oficial del cuerpo de ingenieros) y un estrecho colaborador de César a partir de los años 50.

¹³¹ Las Lupercales se celebraban el 15 de febrero; cf. la detallada descripción y los comentarios del propio PLUT., *Rómulo* 21, 4-10.

¹³² El año 509 a. C., según la tradición romana (cf. T. LIVIO, I 57-60).

¹³³ *Brutus* significa eso mismo, «estúpido, bruto»; los habitantes de la ciudad de Cime, en Asia Menor, tenían fama de necios. Los tribunos Lucio Cesetio Flavio y Gayo Epidio Marulo fueron enseguida acusados por su colega Helvio Cina.

¹³⁴ Su madre era hermanastra de Catón el Menor; al casarse Bruto con la hija de aquél, Porcia, el de Útica pasó a ser tanto tío como suegro del asesino de César (cf. PLUT., *Bruto* 1-2).

¹³⁵ Cf. antes, cap. 57; para el año 44, Bruto había sido designado *pretor urbano*, cargo de más prestigio que el de Casio, *pretor peregrino*.

¹³⁶ Cf. PLUT., *Bruto* 8.

¹³⁷ Estrabón, autor de unos *Comentarios históricos* perdidos (JACOBY, *FGrH* núm. 91), es calificado como *filósofo* en tanto que historiador que reflexiona sobre los acontecimientos que narra; cf. ESTRAB., *Geografía* I 23, c13-14, donde afirma que sus obras históricas son «útiles (...) para la filosofía ética y política», y de su *Geografía* dice que «la presente obra es cosa seria y propia de un filósofo».

¹³⁸ Los idus —palabra de probable origen etrusco— caían el día 15 en los meses de marzo, mayo, julio y octubre, y el 13 en los demás.

¹³⁹ Marco Emilio Lépido es el futuro ‘triumviro’, junto con Octavio y Antonio; el año 44 desempeñaba el cargo de *magister equitum*. La anécdota también la recoge PLUT., *Máximas de reyes y de generales*, 206F.

¹⁴⁰ Sobre la obra perdida de Tito Livio (en este caso, el libro 116), cf. nota 96.

¹⁴¹ Décimo Junio Bruto Albino gozaba, en efecto, de la mayor confianza ante César, aunque éste no lo había designado propiamente su «segundo heredero», sino que estaba incluido entre el grupo de los *segundos herederos* (los herederos directos eran sus sobrinos: Octavio, por tres cuartos, Lucio Pinario y Quinto Pedio).

¹⁴² Artemidoro, que salió esa mañana de casa de Bruto, era hijo del Teopompo citado en el cap. 48; cf. el relato, algo distinto, de APIANO, *Guerras civiles* II 116.

¹⁴³ El teatro, en la actual zona del Campo de’ Fiori (cf. nota 89), tenía un amplio pórtico anexo; allí había una exedra, en la que se había reunido entonces la Curia; todo el conjunto fue mandado construir por Pompeyo, y se terminó en el año 55 a. C.

¹⁴⁴ El materialismo de Epicuro negaba la existencia de los espíritus o la supervivencia del alma después de la muerte.

¹⁴⁵ Cf. el relato complementario de SUET., I 82 (donde César le dirige a Bruto las célebres palabras «¿También tú, hijo?»).

¹⁴⁶ Cf. PLUT., *Bruto* 18, 1-6: los conjurados, en especial Casio, habían pensado matar también a Antonio, pero Bruto los disuadió.

¹⁴⁷ Gayo Octavio Balbo murió asesinado en el 43; Cornelio Léntulo Espínter murió después de la batalla de Filipos; «el joven César» es Octavio, el futuro Augusto.

¹⁴⁸ Fue un grave error por parte de los conjurados no deshacerse del cadáver de César (tenían previsto arrojarlo al Tíber), que quedó en la Curia hasta que unos esclavos lo llevaron a su casa; cinco días más tarde, el 20 de marzo, Antonio supo organizar con él un espectáculo de mucho efecto (cf. SUET., I 84).

¹⁴⁹ Cf. PLUT., *Bruto* 21-52. Helvio Cina, tribuno de la plebe, fue confundido con Lucio Cornelio Cina, pretor, que no formaba parte de la conjura, pero había pronunciado la víspera una arenga violenta contra César (cf. SUET., I 85).

¹⁵⁰ En realidad, menos de cuatro, los que van del 28 de setiembre del 48 (según el calendario prejuliano) al 15 de marzo del 44.

¹⁵¹ Cf. PLUT., *Bruto* 43.

¹⁵² El testimonio de SUETONIO (I 88), permite fechar la aparición del cometa —«se creyó que era el alma de César acogido en el cielo»— en los últimos días de julio del 44, cuando Octavio mandaba celebrar los Juegos de la Victoria de César, instituidos dos años antes por el dictador.

¹⁵³ Abidos estaba situada a orillas del Helesponto, en la hoy Turquía asiática; el otro continente es, por tanto, Europa.

¹⁵⁴ Cf. PLUT., *Bruto* 52. La batalla de Filipos (en Macedonia, cerca de la actual Kavála) tuvo lugar el 23 de octubre del año 42 a. C.; «César» es, de nuevo, Octavio.

AGESILAO – POMPEYO

INTRODUCCIÓN

Son muchos los datos biográficos de Agesilao y de Pompeyo que justifican su emparejamiento. Abundan, en efecto, los puntos de contacto entre ambos personajes: en lo que se refiere a sus acciones, los dos comenzaron su carrera política y militar bajo la protección de un gran hombre (Lisandro y Sila respectivamente), con el que terminaron entrando en conflicto; los dos destacaron por su pericia en el campo de batalla; los dos conquistaron Asia; los dos murieron en Egipto. Pero por encima de todos estos detalles, lo que más le interesa a Plutarco es describir sus «carreras descendentes», por usar la acertada expresión de D. R. Shipley¹, es decir, la decadencia de dos hombres que han llegado a lo más alto y que, por razones distintas en cada uno de ellos, lo han perdido todo. Aquí reside, sin duda, la conexión íntima entre estas dos figuras y la idea que confiere unidad a esta pareja de *Vidas*.

AGESILAO

Por lo que respecta a la *Vida de Agesilao*, Plutarco destaca a lo largo de toda la obra dos rasgos de carácter propios del rey espartano: la *philotimía* («ansia de gloria» o «ambición»), emparejada a veces con la *philoneikía* («afición a las disputas» y, en sentido negativo, «envidia»), y la *praótēs* («dulzura» o «mansedumbre»). Gracias a su *philotimía*, característica esencial de la moral espartana, cuyo fin es siempre la búsqueda del bien común, Agesilao logró igualarse a Agamenón, su mítico compatriota, llegó a ser «el hombre más importante y más poderoso de entre sus contemporáneos» — según la definición de Teopompo (cf. 10, 10)— y llevó a Esparta a su máximo esplendor; la dulzura de carácter, especialmente visible en las relaciones con sus hijos y amigos más cercanos, le sirvió a Agesilao para ganarse el afecto de todos los ciudadanos de Esparta, que recurrieron a él siempre que la patria se encontraba al borde de la catástrofe. Sin embargo, Plutarco, cuya intención no es hacer hagiografía de su biografiado (aunque es evidente la simpatía que este le inspira) ni proponer unos modelos de conducta ideales, no presenta estos dos rasgos en términos absolutamente positivos: el exceso de *philotimía*, que siempre provoca más perjuicios

que beneficios (cf. 8, 5-6), llevó a Agesilao a cometer multitud de injusticias: humilló a Lisandro, su antiguo amante y protector, nombrándolo su dispensero; promovió y justificó la injustificable toma de la Cadmea tebana llevada a cabo por Fébidas; buscó en todo momento la aniquilación de Tebas, cosa que le costó la pérdida de la hegemonía y casi la destrucción de Lacedemonia; sirvió como mercenario al egipcio Taco y después desertó de su bando para pasarse al de su enemigo Nectanebis. En cuanto a su dulzura y a su trato afable, es evidente, si tenemos en cuenta muchas de sus acciones, que Agesilao las utilizó como estrategia para ganar influencia dentro del Estado y poder así manejar las riendas de la política del imperio espartano. La ambivalencia moral del personaje, en definitiva, no hace sino humanizarlo y dotar a la obra de una complejidad y de una profundidad psicológica sumamente interesantes para el lector de hoy.

El interés de Plutarco no se limita a la caracterización de su héroe o a la narración de los hechos más relevantes de este periodo fundamental de la historia de Grecia (la primera mitad del siglo IV a. C.); su horizonte es mucho más amplio, y apunta sobre todo a la cultura y a las costumbres de su admirada Esparta, rasgo constante en su obra, como revelan la «serie espartana» de las *Vidas Paralelas* (Licurgo, Lisandro, Agesilao, Agis y Cleómenes) y algunos de sus *Moralia* (las *Máximas de espartanos*, por ejemplo). Como un verdadero anticuario, Plutarco recoge —y en algunos casos describe— las instituciones particulares del cosmos espartano (la educación, la monarquía, los éforos, los ancianos, los hilotas, las comidas comunitarias), las costumbres (la proverbial austeridad de los lacedemonios, el llamado amor dorio, la liberación de las tareas manuales de que gozan los espartiatas) e incluso algunos objetos característicos (la *escítala*, cf. 10, 9, y el *kannatron*, cf. 19, 5). Sin embargo, de la lectura de la obra no se desprende, ni mucho menos, una visión idílica de la Esparta posterior a la guerra del Peloponeso: la sucesión interminable de batallas en Asia y en Grecia, la ruptura constante de los distintos pactos firmados entre griegos, los intentos de revoluciones producidas en el seno del Estado y promovidas por algunos de sus hombres más insignes (Lisandro, por ejemplo), en definitiva, los excesos derivados

de la política imperialista y de la ambición de sus líderes han llevado a la ruina a la ciudad que antaño, gracias a su estricto respeto a la constitución de Licurgo, era para muchos griegos el modelo político ideal.

A continuación ofrecemos un esquema de la obra con el fin de facilitar la lectura:

A. Descripción y primeros pasos como rey.

- 1-2. Linaje, educación, rasgos físicos y de carácter. Lisandro.
- 3-5. Ascenso al trono y relaciones con los poderes y los ciudadanos de Esparta.

B. La expedición de Asia.

- 6-8. Asentamiento en Éfeso y enfrentamientos con Lisandro.
- 9-10. Guerra contra Tisafernes.
- 11-13. Guerra contra Farnabazo; Espitrídates (11) y amistad con el hijo de Farnabazo (13).
- 14-15. Segundo año de campaña. Fin de la expedición por orden de los éforos.
- 16-17. Camino de regreso a Grecia; victorias sobre distintos pueblos.

C. La lucha por el mantenimiento de la hegemonía en Grecia.

- 17. Batalla de Cnido.
- 18-19. Batalla de Coronea; regreso a Esparta.
- 20. Descubrimiento de la conjuración de Lisandro. Agesípolis.
- 21-22. Expediciones contra Corinto.
- 23-25. La paz de Antálcidas: Fébidas y la toma de la Cadmea tebana; Esfodrias y su ataque contra Atenas; juicio contra Esfodrias.
- 26-28. Guerras contra Beocia: enfermedad de Agesilao; Congreso de Esparta; Epaminondas. Inicio de la batalla de Leuctra.
- 29-30. Batalla de Leuctra: reacciones y consecuencias en Esparta.
- 31-32. Invasión de Laconia por Epaminondas.
- 33. Intervención de Agesilao para salvar el Estado.
- 34. Intento de recuperar Mesenia; ataque de Epaminondas contra

Lacedemonia.

35. Batalla de Mantinea.

D. Últimos años

36-39. Campañas en Egipto junto al rey Taco; Nectanebis; guerra contra el rebelde mendesio.

40. Muerte y repatriación de su cadáver.

En cuanto a las fuentes manejadas por Plutarco, tenemos la suerte de que las más importantes han llegado hasta nosotros; estas son, sin duda, el *Agésilao* y las *Helénicas* de Jenofonte², de las que Plutarco toma a veces pasajes casi textuales. Ahora bien, no son pocas las diferencias existentes entre las obras del historiador ateniense y la biografía plutarquiana: el *Agésilao* de Jenofonte no es una composición histórica sino un encomio (no olvidemos que Jenofonte fue servidor y gran amigo del rey de Esparta), y como tal no recoge datos que Plutarco no puede omitir, sobre todo aquellos que pueden afectar a la reputación de Agésilao (su cojera, por ejemplo); de él, no obstante, el biógrafo de Queronea extrae algunos detalles —especialmente los relativos al carácter del rey— que nosotros indicamos en las notas de nuestra traducción. De las *Helénicas* procede gran parte del material histórico y político empleado por Plutarco; sin embargo, existen diferencias significativas entre ambos textos: por cuestiones de espacio, evidentemente, nuestro autor resume numerosos pasajes que en Jenofonte se relatan con abundancia de datos, cosa que además explica algunos saltos cronológicos abruptos en la narración; la intención encomiástica del ateniense le lleva de nuevo a omitir algunos episodios que no dejan en buen lugar a Agésilao (por ejemplo, el humillante nombramiento de Lisandro como dispensero del rey); por último, el odio de Jenofonte hacia los tebanos le lleva a reducir radicalmente el papel de Epaminondas, al que no menciona hasta el libro VII, después de haber contado el Congreso de Esparta y la batalla de Leuctra. En cuanto a otras fuentes, es posible que Plutarco haya empleado también el *Agésilao* escrito por el historiador latino Cornelio Nepote, aunque también cabe la posibilidad de que ambos autores hayan tenido acceso a una fuente común³. Respecto a los otros

autores que le han servido de fuente, todos son citados por el propio Plutarco —Calístenes, Dicearco, Dioscórides, Duris, Jerónimo y Teofrasto— y de ellos hablamos nosotros en las notas.

Por último, respecto a las traducciones modernas al español de la *Vida de Agesilao*, hemos de decir que, salvo la edición completa de las *Vidas paralelas* de Antonio Ranz Romanillos (1821-30), continuamente reeditada, no tenemos conocimiento de que exista ninguna otra versión disponible en el mercado editorial español.

POMPEYO

Lo primero que llama la atención de la *Vida de Pompeyo* es la abrumadora sucesión de datos y personajes históricos que Plutarco presenta cronológicamente, casi sin interrupción; no abundan aquí los característicos excursos plutarquianos que interrumpen el relato, y los que se insertan en él no suelen ser muy extensos (los más importantes son el capítulo 40, dedicado al liberto Demetrio, y el 53, sobre el amor de Pompeyo hacia su esposa Julia). Este hecho ha llevado a algunos críticos a afirmar que Plutarco, en la *Vida de Pompeyo*, procede más como historiador que como biógrafo, obviando su propósito expreso de no escribir *historias* sino *vidas* y de reflejar el carácter de los personajes, no mediante la narración de batallas, sino mediante situaciones pasajeras, frases y bromas (cf. *Alej.*, 1, 1-3). Desde nuestro punto de vista, sin embargo, esta opinión carece de fundamento: la simple lectura de la obra y la declaración del propio autor (cf. 8,7) revelan su deseo de describir el carácter de su biografiado, conjugando, eso sí, los grandes acontecimientos y las acciones brillantes con los detalles pequeños pero significativos.

Las peculiaridades fundamentales de la caracterización plutarquiana de Pompeyo —el Alejandro romano, como lo define la tradición historiográfica seguida aquí por Plutarco y como reza el título de un conocido libro⁴— coinciden con las antes comentadas a propósito de Agesilao: la «ambición» y la «dulzura» (aunque no debemos olvidar su frugalidad y su sencillo modo de vida). Ahora bien, existen matices que distinguen estas cualidades en uno y otro personaje; mientras

que en el rey espartano la *philotimía* es una conducta «institucionalizada», promovida por la educación de Esparta y cuya meta es siempre la consecución del bien común, en Pompeyo la ambición se mezcla con otros rasgos negativos: la envidia, expresada mediante el concepto griego *philoneikía* — que, como ya se ha dicho antes, significa literalmente «afición a las disputas»— en su sentido peyorativo, que le lleva a deshacer de mala manera todo lo hecho por Lúculo en la provincia de Cilicia (cf. 32, 1) y a sacar provecho de las victorias de los demás (cf. 32, 11-12); la vanidad y la arrogancia, que le empujan a despreciar a sus enemigos (sobre todo a César) y que fueron, en palabras del propio Plutarco, algunas de las causas, «y no de las menos importantes», que provocaron la guerra civil. Por otro lado, su carácter afable queda patente a lo largo de toda la biografía, y se demuestra en su relación con sus soldados, con el pueblo romano y con algunos de sus amigos (incluido su suegro César) y, sobre todo, en el amor hacia sus distintas esposas, amor que en no pocas ocasiones le llevaba a descuidar los asuntos de interés público (cf. 2, 11 y 55, 4). Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en Agesilao, este natural apacible acaba transformándose en su punto flaco, que no fue otro que su debilidad de carácter, visible en su incapacidad para imponerse a las demás —ya sean estos Clodio (cf. 46, 7-8), César o sus ambiciosos consejeros— y para tomar con firmeza sus propias decisiones; Plutarco parece hacer especial hincapié en ella, intentando demostrar que fue una de las causas principales de su ruina y, tal vez, el único defecto que le impidió al Magno igualarse al divino Alejandro.

Ofrecemos ahora un esquema de la estructura de la *Vida de Pompeyo*:

A. Los inicios.

- | | |
|-------|--|
| 1-2. | Linaje: Cneo Pompeyo Estrabón. Apariencia física y rasgos de carácter: semejanza con Alejandro, amor por sus esposas y frugalidad. |
| 3-5. | Guerra contra Cinna junto a Estrabón. Muerte de Estrabón. Muerte de Cinna; regreso de Sila a Italia. |
| 5-16. | Intervenciones al servicio de Sila. |

- 6-10. Campañas en Italia contra los enemigos de Sila: nombramiento de Sila como dictador y matrimonio con Emilia (9).
- 11-14. Luchas en África contra los antisilanos: diferencias con Sila y primer triunfo (14).
- 15-16. El consulado de Lépido; muerte de Sila; victoria sobre Lépido.

B. Los años de gloria.

- 17-20. Las guerras contra Sertorio en Hispania: Metelo Pío; batalla del Júcar; muerte de Sertorio.
- 21-23. De nuevo en Italia: Espartaco; segundo triunfo; primer consulado; Craso.
- 24-29. La lucha contra los piratas.
- 30-42. La conquista de Oriente: las guerras contra Mitrídates; Tigranes; sometimiento de Arabia, Siria y Judea; excursio sobre el liberto Demetrio (40); regreso triunfal a Italia (42).

C. El comienzo de la decadencia: circunstancias previas a la guerra civil.

- 43-46. Suspicias contra Pompeyo; Catón; el tercer triunfo; excursio sobre la decadencia de Pompeyo (46); Clodio.
- 47-51. Irrupción y ascenso de César: primer consulado de César (47); campañas de César en la Galia; Cicerón; caos en Roma; pacto de Lucca.
- 52-59. Segundo consulado de Pompeyo; Julia; el tercer consulado; Cornelia; peticiones de los cesarianos; preparativos de César; últimos intentos de reconciliación.

D. La guerra civil.

- 60-67. El paso del Rubicón; la toma de Roma y la huida de Pompeyo; la jactancia de Pompeyo y los suyos (66); persecución de Pompeyo.
- 68-72. La batalla definitiva: Farsalo.

E. Huida y muerte.

- 73-77. Viaje sin rumbo; decisión de refugiarse en Egipto.
- 78-80. Asesinato y exequias.

F. Comparación entre Agesilao y Pompeyo (81-85).

Un comentario especial merece, desde nuestro punto de vista, la narración de los últimos días de Pompeyo, ya que es en ella donde Plutarco demuestra en grado sumo sus dotes de escritor. Sin duda, las trágicas circunstancias de la muerte del Magno se prestaban a ser adoptadas por el autor griego como material literario —ya lo había hecho antes, con su barroquismo característico, el poeta latino Lucano en su *Farsalia* (libro VIII). En primer lugar, llama la atención la extensión del relato —ocho capítulos, desde el 73 al 80; destaca también su estructura dramática: la ruina del héroe se introduce ya en el capítulo 72, con la patética escena de un Pompeyo enloquecido y derrotado en su propio campamento; continúa con el viaje del héroe y su exiguo séquito, en nave ajena y con la intención de recoger a su esposa Cornelia y a su hijo en Mitilene, donde esta le brindará una calurosa acogida y donde mantendrá una discusión con el filósofo Cratipo acerca de la Providencia (73-75); prosigue la travesía sin rumbo cierto, hasta que Teófanés, hábil orador, le convence para refugiarse en Egipto, donde sus futuros asesinos maquinan su muerte antes incluso de su llegada (76-78); y por último, la descripción del crimen y de las pobres exequias (79-80). Pero es sin duda en los detalles donde reside la fuerza de este pasaje: la conmovedora conversación entre Pompeyo y Cornelia, deshecha en lágrimas tras enterarse de la inesperada derrota de su esposo, de la que ella misma se declara culpable; la diligencia y la lealtad inquebrantable de Favonio, que actúa como contrapunto en medio de la tragedia; el retrato de la camarilla de asesinos, los «monstruos de Pela», en palabras de Lucano; las últimas palabras del Magno antes de morir, que fueron unos yambos de Sófocles; la descripción del asesinato —ocurrido un día después de su cumpleaños— que es contemplado desde el barco por los suyos; el triste sepelio del cadáver decapitado, hecho, con los restos apolillados de una pequeña embarcación, por el liberto Filipo y un viejo romano exiliado en Egipto que pasaba casualmente por allí; semejante atentado contra los dioses, sin embargo, no quedará impune, ya que César arribará allí y vengará a Pompeyo (80, 7-9). Detrás de todo esto, en definitiva, subyace la idea del poder inexorable de la Fortuna —básica en el pensamiento de Plutarco—, esa fatalidad que es capaz de acabar, «en una sola

hora» (cf. 73, 2), con treinta y cuatro años de gloria ininterrumpida.

En cuanto a las fuentes empleadas por Plutarco, todas son citadas en el texto: entre las romanas, se menciona a Cayo Opio, Cicerón, César y Asinio Polión, y entre las griegas a Teófanés de Mitilene y a Timágenes de Alejandría —de todos ellos hablamos en nuestras notas. No podemos hacer aquí un estudio sobre el uso que Plutarco hace de dichas fuentes; por ello, remitimos al lector al completo análisis realizado por Luciano Pérez Vilatela (*Vidas de Sertorio y Pompeyo*, Madrid, 2004, núm. 74, págs. 108-111).

Respecto a las traducciones castellanas modernas de la *Vida de Pompeyo*, aparte de la citada versión íntegra hecha en el siglo XIX por Antonio Ranz Romanillos, solo contamos — que nosotros sepamos— con la edición de Rosa M.^a Aguilar, responsable de la traducción y de la introducción general, y de Luciano Pérez Vilatela, autor de las introducciones a las *Vidas* y de las notas (véase la referencia en el párrafo anterior). En esta edición la *Vida de Pompeyo* está emparejada con la *Vida de Sertorio* y no con la de *Agésilao*, decisión que los editores justifican por la significación que ambos personajes tienen en la historia de la Hispania Romana (pág. 21); desde aquí recomendamos su consulta —tanto de las introducciones como de las completísimas notas— al lector interesado en profundizar en los aspectos concretos de la *Vida de Pompeyo*.

NUESTRA TRADUCCIÓN

El texto que hemos adoptado como base de nuestra traducción es el establecido por R. Flacielère y É. Chambry (*Vies*, vol. VIII, Belles Lettres, París, 1973), acompañado de traducción francesa, aunque la hemos cotejado con la edición de K. Ziegler (*Plutarchus, Vitae Parallelae*, vol. 3, fasc. 2, Leipzig, 1973). Para nuestra traducción nos han sido de gran utilidad la versión francesa de Flacelière y la inglesa de Loeb, a cargo de B. Perrin (*Plutarch's Lives*, vol. 5, Londres-Cambridge, Mass., 1961). En cuanto a los criterios seguidos a la hora de verter al español el texto griego, hemos intentado conseguir una versión fiel al original pero que a la vez sea legible para el lector actual. Respecto a las notas, nos hemos

limitado, de acuerdo con las normas de esta colección, a comentar con brevedad los *realia* y aquellos puntos difíciles para el lector no especialista; en el caso de *Vida de Agesilao*, hemos considerado pertinente remitir con frecuencia a los lugares paralelos en los escritos de Jenofonte —especialmente en las *Helénicas*—, con el fin de facilitar la tarea a quienes estén interesados en comparar las obras de ambos autores.

A continuación indicamos los puntos en que nos hemos apartado del texto griego fijado por Flacelière:

FLACELIÈRE	NOSOTROS
Ages., 31, 3 [κχι]	—
Ages., 32, 13 [οί δε]	—

¹ Cf. D. R. SHIPLEY (1997, págs. 9 y 16).

² Ambas se encuentran publicadas en esta misma colección, volúmenes 75 (págs. 53-96) y 2, respectivamente, traducidos por O. Guntiñas Tuñón.

³ D. R. SHIPLEY (1997, pág. 48).

⁴ P. GREENHALGH, *Pompey, the Roman Alexander*, 1980.

BIBLIOGRAFÍA

Sobre Agesilao y la «Vida de Agesilao» de Plutarco

- CAKWELL, G. L., «Agesilaos and Sparta», *Classical Quaterly* 26 (1976), págs. 62-84.
- CARTLEDGE, P., *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B. C.*, Londres, 1979.
- Agesilaos and the Crisis of Sparta*, Baltimore, 1987.
- DE VOTO, J. G., *Agesilaos II and the Politics of Sparta, 404-377 B. C.*, Chicago, 1982.
- FORNIS, C., *Esparta: historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, 2003.
- FORREST, W. G., *A History of Sparta*, Londres, 1971.
- GARCÍA VALDÉS, M., «Algunas sugerencias sobre la *Vida de Agesilao*», en Pérez Jiménez y Cerro Calderón (eds.), *Estudios sobre Plutarco: Obra y tradición: Actas del I Simposio Español sobre Plutarco, Fuengirola, 1988*, Málaga, 1990, págs. 27-38.
- GUNTIÑAS, O., «Introducción» a *Agesilao*, en *Jenofonte. Obras menores*, Madrid, págs. 53 y ss. (en esta misma colección).
- HAMILTON, C. D., «Étude chronologique sur le règne d'Agesilas», en *Ktèma* 7 (1982), págs. 281-296.
- LUPPINO MANES, E., «La traccia della biografia plutarchea di Agesilao: individuazione di una possibile indagine critica», en *Misc. grec. e rom.* 14 (1989), págs. 87-122.
- MARTIN, H., «The Concept of Praōtēs in Plutarch's *Lives*», en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 3 (1960), págs. 65-73.
- RÍOS FERNÁNDEZ, M., *Plutarco y Jenofonte: Paralelismo filológico en torno a Agesilao*, Sevilla, 1979.
- «Los silencios de Jenofonte en el *Agesilao* de Plutarco», en *Habis* 15 (1984), págs. 41-70.
- SHIPLEY, D. R., *Plutarch's life of Agesilaos. Response to Sources in the Presentation of Character*, Oxford, 1997.

Sobre Pompeyo y la «Vida de Pompeyo» de Plutarco

- ANDERSON, W. S., «Pompey, his friends, and the literature of the first century B. C.», *Univ. of California Publications in Classical Philology*, 19. I, Berkeley y Los Ángeles, 1963, págs. 1-88.
- DREIZEHNTER, A., «Pompeius als Stadtgründer», en *Chiron* 5 (1975), págs. 213-245.
- EDWARDS, M. J., *The lives of Pompey, Caesar and Cicero. A Companion to the Penguin Translation with Introduction and Commentary*, Bristol, 1991.
- GELZER, M., *Pompeius*, Munich, 1959.
- GREENHALGH, P., *Pompey. The Roman Alexander*, Londres, 1980.
- Pompey. The Republican Prince*, Londres, 1981.
- LEACH, J., *Pompey the Great*, Londres, 1978.

OOTEGHEM, J. VAN, *Pompée le Grand, bâtisseur d'empire*, Bruselas, 1954.

ROLDÁN, J. M., *Historia de Roma: tomo I, La República Romana*, Madrid, 1995, págs. 505-573 y 593-615.

—«La guerra civil entre Sertorio, Metelo y Pompeyo (82-72 a.C.)», en *Historia de la España Antigua*, vol. II, *Hispania romana*, Madrid, 1978.

SEAGER, R., *Pompey, A Political Biography*, Oxford, 1979.

AGESILAO

Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, después de reinar brillantemente [1] sobre los espartanos, dejó dos hijos: uno de Lámpido, mujer renombrada, llamado Agis, y otro mucho más joven, Agesilao, de Eupolía, hija de Melesípides¹. Como legalmente [2] el reino pertenecía a Agis, Agesilao decidió vivir como un particular. Pasó la educación ciudadana de Esparta², que imponía un régimen de vida duro y penoso pero que enseñaba a los jóvenes a obedecer, razón por la que se dice que Simónides [3] llamó a Esparta «domadora de hombres»³, pues más que ninguna otra ciudad sometía a sus ciudadanos a las leyes y los civilizaba mediante las costumbres, como caballos bien domados desde su nacimiento. La ley exime de esta obligación a los [4] jóvenes que reciben educación para el trono; pero a Agesilao le ocurrió el hecho insólito de llegar al poder sabiendo lo que es la obediencia, y por ello procuró adaptarse a sus súbditos [5] mucho más que los demás reyes, ya que a sus dotes naturales para mandar y reinar unía la sencillez y la humanidad que había adquirido en su educación.

Cuando estuvo en los llamados grupos de jóvenes que se [2] educaban juntos tuvo un amante, Lisandro, que admiraba de él sobre todo su natural prudencia⁴. Era sin duda el más competitivo [2] y animoso de los jóvenes; deseaba ser el primero en todo, poseía un ímpetu y una fuerza invencibles e imparables; sin embargo, su carácter obediente y apacible hacía que cumpliera las órdenes no por miedo sino por respeto, y que sufriese más por los reproches que por soportar las fatigas. Su cuerpo [3] hermoso y joven disimulaba el defecto de su pierna, defecto que sobrellevaba sin complejos y con buen humor, siendo él el primero en bromear y burlarse de sí mismo, lo cual no sólo contribuía a aliviar su padecimiento, sino también a realzar su honor, ya que no renunciaba a ninguna fatiga o tarea a causa de su defecto. No conservamos ninguna imagen de su figura [4] (porque él no quiso y porque, poco antes de morir, prohibió que se hiciese escultura o imitación alguna que representase su físico), aunque se dice que era pequeño y de apariencia despreciable. No obstante, su

alegría, constante bondad y buen humor (nunca se mostraba desagradable ni agrio en su tono [5] de voz ni en su rostro), lograron que fuese hasta su vejez más encantador que los jóvenes hermosos. Como cuenta Teofrasto⁵, los éforos multaron a Arquidamo por tomar como esposa [6] a una mujer pequeña y le dijeron: «Tú no nos engendrarás reyes, sino reyezuelos»⁶.

Durante el reinado de Agis llegó a Lacedemonia Alcibíades, que huía de Sicilia, y aunque no pasó mucho tiempo en [3] la ciudad, fue acusado de mantener relaciones con Timea, la esposa del rey⁷. Cuando ella dio a luz un hijo, Agis se negó a reconocerlo alegando que lo había engendrado de Alcibíades. Pero este hecho, en opinión de Duris, en absoluto enfadó a Timea, que en casa y delante de las sirvientas hilotas llamaba [2] en voz baja al niño Alcibíades y no Leotíquidas⁸. Además, el propio Alcibíades decía que no había intimado con Timea por lujuria, sino porque tenía la ambición de reinar sobre los espartanos a través de sus descendientes. Por miedo a Agis, [3] Alcibíades se marchó de Lacedemonia. Durante algún tiempo, aquel miraba con desconfianza al niño y no lo consideraba hijo legítimo suyo; sin embargo Leotíquidas, estando Agis enfermo, de rodillas y entre lágrimas logró convencerlo para que lo declarase públicamente hijo legítimo suyo. No obstante, [4] tras la muerte de Agis, Lisandro, que ya había vencido a los atenienses en batalla naval y que ejercía en Esparta el más alto poder, puso a Agesilao al frente de la monarquía, considerando que tal derecho no le correspondía a Leotíquidas por ser bastardo⁹. También muchos otros ciudadanos, gracias a la virtud [5] de Agesilao y al hecho de que se habían formado y habían participado junto a él en la educación ciudadana, lo apoyaron y colaboraron de buen grado con él. Pero había en Esparta un [6] intérprete de oráculos llamado Diopites, profundo conocedor de las antiguas prácticas adivinatorias y que, al parecer, estaba extraordinariamente versado en las cosas de los dioses, que [7] decía que, según el derecho divino, no era lícito que un cojo llegara a ser rey de Lacedemonia, y en el juicio pronunció el siguiente oráculo¹⁰:

«Procura, Esparta, aunque ahora te muestres orgullosa, que de ti, de piernas fuertes, no nazca una monarquía coja; pues durante mucho tiempo inesperados males te invadirán y te arrojarán a la ola de la guerra, destructora de hombres.»

A estas palabras Lisandro contestó que si los espartanos [8] sentían mucho miedo hacia el oráculo, era de Leotíquidas de quien debían precaverse, ya que a la divinidad no le importaba que reinase alguien que fuese cojo debido a un golpe en la pierna, pero que si lo hacía otro que no fuese legítimo ni descendiente de Heracles, de ahí sí que resultaría una monarquía coja¹¹. Agesilao dijo que también Poseidón era testigo de [9] la bastardía de Leotíquidas, porque con un terremoto había arrojado del lecho a Agis nueve meses antes de que naciese Leotíquidas¹².

Elegido rey de este modo y por estos motivos, Agesilao [4] tomó de inmediato los bienes de Agis después de expulsar a Leotíquidas por ser bastardo. Pero viendo que los familiares maternos, aunque de ilustre linaje, eran extremadamente pobres, les asignó la mitad de los bienes, procurándose así afecto y popularidad en vez de envidia y hostilidad por culpa de la herencia. En cuanto a lo que dice Jenofonte, que Agesilao, al [2] obedecer en todo a la patria, alcanzó un poder tan grande que podía hacer lo que deseaba, he aquí un ejemplo¹³. En aquel [3] tiempo el más alto poder del Estado residía en los éforos y en los ancianos¹⁴; los primeros gobiernan solo un año, pero los ancianos gozan de esta dignidad de por vida, pues han sido nombrados para controlar el poder de los reyes, como [4] está escrito en mi *Vida de Licurgo*¹⁵. Es por esto por lo que ya desde época muy antigua los reyes adoptaban continuamente frente a ellos una rivalidad y una discrepancia hereditarias. [5] Agesilao, en cambio, tomó el camino opuesto: evitaba tener enfrentamientos y discrepancias con ellos y los colmaba de atenciones; empezaba todas las actividades con su aprobación; si ellos lo convocaban, se ponía inmediatamente en marcha, y siempre que se encontraba concediendo audiencia sentado en su trono real, se levantaba en cuanto entraban los éforos; a cada uno de los ciudadanos que eran elegidos de forma vitalicia para el Consejo de Ancianos, les enviaba como premio [6] un manto y

un buey. Aunque parecía que así honraba y acrecentaba la dignidad de estos cargos, en realidad aumentaba de forma subrepticia su propio poder, y además daba al reino una grandeza procedente del afecto que hacia él se sentía.

[5] En las relaciones con los demás ciudadanos se mostraba más irreproachable como enemigo que como amigo, pues nunca perjudicó de modo injusto a los enemigos, pero ayudaba a [2] sus amigos incluso en las acciones injustas; y se avergonzaba de no alabar a los enemigos que actuaban correctamente, pero era incapaz de reprender a los amigos que cometían faltas, antes bien se sentía orgulloso de ayudarlos y de cometer faltas junto ellos, pues pensaba que no era deshonrosa ninguna de [3] las ayudas que se prestan a los amigos. Por el contrario, como era el primero en afligirse ante las desgracias y los fracasos de sus enemigos y en atender de buen grado sus súplicas, se [4] concilió y se ganó a todo el pueblo. Los éforos, viendo esto y temiendo su poder, lo multaron acusándolo de que se apropiaba [5] de los ciudadanos que pertenecían al Estado. Pues del mismo modo que los filósofos de la naturaleza piensan que si se eliminase del universo la discordia y la lucha, se detendrían los astros, y que la armonía cósmica de todos los seres haría que cesasen el nacimiento y el movimiento de las cosas, así parece que el legislador lacedemonio introduce en el Estado la ambición y la competencia como acicate de la virtud, y desea que siempre haya cierta disputa y rivalidad entre los buenos ciudadanos, ya que la complacencia que cede sin respuesta, es perezosa y no ofrece oposición, no merece recibir el nombre de concordia¹⁶. Algunos autores piensan que esto sin duda lo [6] comprendió también Homero, ya que no hubiera representado a Agamenón alegrándose de que Odiseo y Aquiles se insultasen «con terribles palabras»¹⁷ si no pensase que el mutuo deseo de emulación y la disputa entre los mejores no fuesen un gran bien para el interés común. Sin embargo, no se debe [7] aceptar sin matices esta opinión, pues las rivalidades desmedidas perjudican al Estado y le ocasionan grandes peligros.

Poco después de que Agesilao alcanzase el trono, algunos [6] hombres procedentes de Asia anunciaron que el rey persa

preparaba una gran flota para expulsar a los lacedemonios del mar. Lisandro deseaba ser enviado de nuevo hacia Asia para [2] ayudar a los amigos a quienes él había dejado como jefes y soberanos de las ciudades y que, como habían gestionado mal y de manera violenta la situación, habían sido expulsados o asesinados por los ciudadanos¹⁸; así pues, convenció a Agesilao de que se pusiese al frente del ejército y combatiese por Grecia marchándose lejos de ella y anticipándose a los [3] preparativos del bárbaro¹⁹. Al mismo tiempo Lisandro escribió a sus aliados de Asia con el fin de que le enviasen a Esparta [4] embajadores que reclamasen a Agesilao como general. Agesilao, pues, se presentó ante el pueblo y aceptó ir a la guerra si le proporcionaban treinta generales y consejeros espartiatas, un cuerpo selecto de dos mil *neodamodes* y un ejército aliado de [5] unos seis mil hombres²⁰. Con la ayuda de Lisandro aprobaron todas estas peticiones y enviaron a Agesilao con los treinta espartiatas, entre los que sobresalía el propio Lisandro, no sólo por su reputación y virtud, sino también por su amistad con Agesilao, que pensaba que le había hecho un favor más grande al ponerlo al frente de esta expedición que al concederle la propia monarquía.

[6] Mientras el ejército se reunía en Geresto, Agesilao descendió personalmente con sus amigos a Áulide, donde pasó la noche y le pareció que una voz le decía en sueños²¹: «Rey de los lacedemonios, que nadie ha sido reconocido general de toda la Grecia unida, salvo antes Agamenón y ahora tú después de él, lo sabes de sobra; puesto que mandas sobre los mismos que él, combates a los mismos enemigos, y partes hacia la guerra desde los mismos lugares, es lógico que también tú hagas en honor de la diosa el mismo sacrificio que hizo él entonces antes de zarpar». Inmediatamente le vino a [7] la memoria a Agesilao la inmolación de la joven a la que su padre sacrificó por obedecer a los adivinos²². Sin embargo, esto no lo desconcertó; se levantó, habló a sus compañeros de la aparición y dijo que él iba a tributar honores a la diosa mediante los sacrificios con los que es justo alabar a la divinidad, pero que no imitaría la insensibilidad del general de antaño²³. [8] Y después de coronar con cintas a una cierva ordenó a su adivino que empezase el sacrificio, cosa que hizo

sin respetar las costumbres de aquel a quien los beocios confían esta tarea. Cuando los beotarcas se enteraron de este hecho, enfadados, [9] enviaron mensajeros para que prohibiesen a Agesilao que hiciese sacrificios atentando contra las leyes y las costumbres de los beocios. Ellos le comunicaron estas órdenes y arrojaron los muslos de las víctimas fuera del altar. Agesilao, pues, se [10] embarcó apesadumbrado, sumamente irritado con los tebanos, y, debido al augurio, sin esperanza de poder acabar su empresa y de conducir su expedición hacia la meta fijada.

Cuando llegó a Éfeso, la gran consideración y el poder [7] de los que gozaba Lisandro le resultaron en seguida odiosos e insoportables. El pueblo acudía continuamente a las puertas de Lisandro, y todos le rendían pleitesía y le servían; se decía que, si bien Agesilao era por ley el nombre y la imagen de la expedición, Lisandro era en la práctica el soberano de todos y el que podía y lo hacía todo. Ninguno de los generales que [2] habían sido enviados a Asia gozaba de más prestigio y era más temible que Lisandro, ni hombre alguno proporcionó más beneficios a sus amigos y causó más desgracias a sus enemigos. [3] Estos acontecimientos eran aún recientes y la gente los recordaba. Por otro lado, al ver que Agesilao era sencillo, afable en su trato y cercano al pueblo, mientras que Lisandro poseía la misma violencia, dureza y concisión al hablar que antes, se sometían por completo a la autoridad del segundo y [4] le prestaban atención únicamente a él. En principio, los demás espartiatas a duras penas soportaban verse convertidos más en servidores de Lisandro que en consejeros del rey; después, el propio Agesilao, que ni era envidioso ni se molestaba por el hecho de que otros recibiesen honores, pero que sí era muy ambicioso y competitivo, temía que si él llevaba a cabo acciones brillantes, estas se atribuyesen a Lisandro en virtud de su [5] buena fama. En consecuencia, actuó de la siguiente manera: en primer lugar rechazó a los consejeros propuestos por Lisandro, y desatendía y renunciaba a las empresas en las que este ponía todo su esfuerzo, y en su lugar desempeñaba otras. [6] Después, despachaba sin concederles nada a todos aquellos que acudían a él para pedirle un favor y que él había visto que [7] obedecían sobre todo a Lisandro. Del mismo modo, era preciso que ganasen la

causa aquellos a quienes Lisandro perjudicaba en los juicios, y, por el contrario, aquellos a quienes era evidente que Lisandro apoyaba, difícilmente se escapaban de [8] ser condenados. Como estos hechos no se producían por azar sino de manera premeditada y continua, Lisandro, en cuanto conoció el motivo, no se lo ocultó a sus amigos, sino que les decía que por su culpa se los deshonraba y les aconsejaba que fuesen a ponerse al servicio del rey y de aquellos que tenían una autoridad mayor que la suya.

[8] Así pues, como parecía que estas actitudes y palabras de Lisandro pretendían suscitar el odio hacia el rey, Agesilao lo nombró su dispensero con la intención de ofenderlo todavía más, y agregó, según se dice, delante de muchas personas: «¡Que vengan estos ahora a cortejar a mi dispensero!». Lisandro [2] le respondió afligido: «A las claras se ve, Agesilao, que sabes bien cómo humillar a tus amigos». «Se ve —dijo Agesilao— que ellos quieren ser más poderosos que yo». Y Lisandro replicó: «Posiblemente tus palabras valgan más que mis acciones. Asígname un cargo y una región donde, sin causarte molestias, pueda serte útil»²⁴. A continuación Lisandro [3] fue enviado al Helesponto, y desde la región gobernada por Farnabazo mandó ante Agesilao a un varón persa llamado Espitridates con muchas riquezas y doscientos caballeros²⁵. Sin embargo, no aplacó su ira, y, aún resentido, continuó el resto del tiempo tramando cómo arrebatarse la realeza a las dos casas reales y extenderla a todos los espartanos. Y se cree que esta [4] disensión hubiera producido una gran revuelta si él no hubiese muerto antes mientras dirigía una campaña en Beocia²⁶. Así, [5] las naturalezas ambiciosas, si no se apartan del exceso en las acciones de gobierno, causan más daños que beneficios. Y si [6] Lisandro era insoportable, como en realidad era, y si por culpa de su ambición excedía lo conveniente, sin duda Agesilao tampoco ignoraba que había otra manera menos despreciable de corregir a un hombre renombrado y a un amigo que había [7] cometido un error. Pero parece que, llevados por una misma pasión, ni el uno reconocía la autoridad del jefe, ni el otro soportaba la ingratitud de parte de un amigo.

[9] En principio Tisafernes, por temor a Agesilao, firmó con él un tratado en virtud del cual el rey tenía que conceder la independencia a las ciudades griegas; pero más tarde, convencido de que tenía fuerzas suficientes, le declaró la guerra²⁷. Agesilao [2] aceptó con agrado esta declaración, pues tenía puestas grandes esperanzas en esta campaña, y consideraba indignante que los Diez Mil, bajo el mando de Jenofonte, hubiesen alcanzado el mar después de haber derrotado al rey cuantas veces quisieron, y que en cambio él, el jefe de los lacedemonios, dueños de la tierra y del mar, no hubiera aún demostrado ante [3] los griegos ningún hecho digno de memoria²⁸. De inmediato, pues, para vengarse del perjurio de Tisafernes mediante un engaño legítimo, hizo ver que se dirigía hacia Caria²⁹. Cuando el ejército del bárbaro se reunió allí, levantó el campamento [4] e invadió Frigia³⁰. Tomó numerosas ciudades y se apoderó de abundantes riquezas, demostrando a sus amigos que violar un tratado es despreciar a los dioses, pero que engañar con falsos cálculos a los enemigos no solo es una acción justa, sino que también proporciona una gran gloria y un beneficio no exento placer.

Como la caballería había sufrido un revés³¹ y las víctimas [5] del sacrificio habían aparecido sin lóbulo³², regresó a Éfeso y reclutó una sección de caballería ordenando a los ricos que, si no querían prestar servicio militar, cada uno proporcionase a cambio un caballo y un hombre. Como los ricos eran muchos, [6] Agesilao consiguió reunir rápidamente muchos y belicosos caballeros en lugar de hoplitas cobardes. [Pues los que no querían prestar servicio pagaban a los que sí querían, y los que no querían ser caballeros pagaban a quienes sí querían serlo.]³³ Sin [7] duda Agesilao creía que Agamenón había actuado de manera correcta al aceptar una buena yegua a cambio de eximir del servicio militar a un hombre cobarde y rico³⁴. Cuando por orden [8] de Agesilao los vendedores del botín desnudaron a los prisioneros de guerra y los pusieron a la venta, surgieron muchos compradores de sus vestidos, pero sus cuerpos, completamente blancos y débiles, acostumbrados a una vida a la sombra, fueron objeto de burla por carecer de utilidad y de valor; Agesilao, presentándose allí, dijo: «Es

contra estos hombres contra quienes combatís, y estas las cosas por las que combatís».

En cuanto se presentó el momento oportuno de conquistar [10] de nuevo el territorio enemigo, anunció abiertamente que se dirigía hacia Lidia³⁵. Esta vez ya no embaucó a Tisafernes; fue el propio Tisafernes quien se engañó a sí mismo, pues desconfiaba de Agesilao a causa del engaño anterior, y ahora pensaba que el espartano atacaría realmente Caria, ya que él era muy inferior en caballería y este era un lugar desfavorable [2] para combatir a caballo. Cuando Agesilao, como había anunciado, llegó a la llanura de Sardes³⁶, Tisafernes se vio obligado a salir apresuradamente de allí para prestar ayuda, y al cruzar la región con la caballería destruyó a muchos de los griegos [3] que saqueaban en desorden la llanura. Agesilao, al saber que los enemigos no disponían del apoyo de la infantería, y una vez que a él no le faltaba ninguna de sus tropas, se apresuró a combatir. Tras mezclar la infantería ligera con los jinetes, les ordenó que se pusiesen en marcha con la mayor velocidad posible y que atacasen a los enemigos, y él en persona [4] condujo a los hoplitas³⁷. Los bárbaros fueron puestos en fuga; los griegos, por su parte, los persiguieron, tomaron su campamento [5] y dieron muerte a muchos de ellos. Tras esta batalla no sólo pudieron saquear y devastar sin temor el país del rey de Persia, sino también ver cómo recibía castigo Tisafernes, [6] hombre miserable y el mayor enemigo de la raza griega. En efecto, el rey de Persia le envió de inmediato a Titraustes, quien, después de decapitar a Tisafernes, pidió a Agesilao que firmasen un tratado y que se marchase de vuelta a su patria, y [7] le hizo llegar cierta cantidad de dinero³⁸. Agesilao respondió que era Esparta la que tenía en sus manos la paz, y que le era más grato enriquecer a sus soldados que proporcionarse riquezas a sí mismo; y, por otro lado, que los griegos consideraban hermoso arrebatar los despojos a los enemigos, y no recibir [8] regalos de su parte. Sin embargo, como deseaba complacer a Titraustes, puesto que había castigado a Tisafernes, el enemigo común de los griegos, trasladó su ejército a Frigia y recibió de él treinta talentos como provisión para el viaje.

Mientras estaba en camino recibió de las autoridades de [9] Esparta una *escíta* en la que se le ordenaba ponerse también al frente de la flota³⁹ (excepto Agesilao, nadie recibió antes este honor). Era considerado, por unanimidad, el hombre más [10] importante y más brillante de entre sus contemporáneos, como ha dicho en alguna parte Teopompo⁴⁰. Sin embargo, él mismo se enorgullecía más de su virtud que de sus cargos. Al nombrar [11] a Pisandro jefe de la flota parece que cometió un error, porque, aun disponiendo de hombres más experimentados y más inteligentes, no miró por el bien de la patria y le concedió a este el mando de la flota para honrar a su familia y complacer a su mujer, que era hermana de Pisandro⁴¹.

Mientras conducía el ejército por el país gobernado por [11] Farnabazo encontró de todo en abundancia y reunió muchos bienes. Llegó hasta Paflagonia, donde se ganó el apoyo de Cotis, el rey de los paflagonios, que deseaba entablar amistad con él debido a su virtud y a su fidelidad⁴². Espitridates, [2] que tras desertar del bando de Farnabazo se había dirigido en primer lugar a Agesilao, le acompañaba siempre en sus desplazamientos y expediciones⁴³. Tenía este un hijo muy hermoso, Megabates, de quien, siendo un niño, se enamoró completamente Agesilao, y una hermosa hija, virgen en edad [3] de matrimonio. Agesilao convenció a Cotis de que se casara con esta y, tras recibir de él mil caballeros y dos mil peltastas, volvió de inmediato a Frigia y arrasó el país de Farnabazo⁴⁴. Este, en lugar de aguardar y de confiar en sus fortificaciones, se marchó llevando siempre consigo la mayoría de los bienes que más estimaba y quería, y huyó cambiando constantemente de lugar dentro del país, hasta que Espitridates, que lo había espiado y que se había asociado con el espartiatas Herípidas, [4] tomó el campamento y se apoderó de todos sus bienes⁴⁵. Allí mismo Herípidas examinó minuciosamente los bienes robados y obligó a los bárbaros a que los devolviesen, y al supervisarlo e investigarlo todo irritó a Espitridates hasta tal punto que este [5] se fue enseguida a Sardes con los paflagonios⁴⁶. Se dice que este hecho afectó a Agesilao más que todos los demás. Le dolió haber perdido a un hombre valeroso como Espitridates, y con él a un ejército

considerable, y se avergonzaba de las falsas acusaciones de mezquindad y de avaricia, contra las que ponía todo su empeño, a fin de mantener siempre limpio no [6] sólo su nombre, sino también el de su patria. Aparte de estas causas manifiestas, le atormentaba no poco el amor que el joven le inspiraba, aunque, por pundonor, en su presencia se esforzaba enérgicamente por combatir su deseo. Un día que [7] Megabates se le acercó para saludarlo y besarlo, se apartó de él; como el joven, avergonzado, desistió de su intento, y desde ese momento lo saludaba desde lejos, Agesilao, afligido y arrepentido de haber rehuido el beso, fingía sorprenderse y sufrir porque Megabates no le había saludado con un beso; «Tú eres el culpable —le decían sus familiares—; en vez de [8] permitirselo, rehuiste el beso del hermoso joven como si tuvieses miedo; aún ahora se le podría convencer para que venga a besarte, pero no vayas a acobardarte de nuevo». Así pues, [9] después de pensar y guardar silencio durante un momento, dijo: «No es preciso que lo convenzáis, pues yo mismo creo que volver a entablar ese combate por el beso me resultará más agradable que si se convirtiese en oro todo lo que tengo a la vista». Así se comportaba Agesilao en presencia de Megabates; [10] sin embargo, cuando se marchó, quedó tan consumido por su deseo que resulta difícil decir si habría soportado no dejarse besar en el caso de que Megabates hubiera regresado y hubiera vuelto a presentarse ante él.

Después de esto, Farnabazo deseaba entrevistarse con él, [12] y los reunió Apolófanes de Cízico, que era huésped de ambos⁴⁷. El primero en llegar al lugar del encuentro acompañado [2] de sus amigos fue Agesilao, quien, echándose a la sombra en la hierba espesa, esperaba allí a Farnabazo. Cuando este llegó, [3] se dispusieron para él pieles blandas y alfombras bordadas; mas, avergonzado al ver a Agesilao sentado de aquella manera, también él se reclinó tal como estaba, en el suelo sobre la hierba, aunque vestido con una ropa de finura y colores admirables. Después de saludarse, Farnabazo no carecía de [4] argumentos justos, pues a pesar de los numerosos e importantes servicios que él había prestado a los lacedemonios en la guerra contra los atenienses, ellos devastaban ahora su país⁴⁸; [5] Agesilao, viendo que los

espartiatas que lo acompañaban agachaban por vergüenza la cabeza hacia el suelo y se mostraban confusos porque veían que Farnabazo había sido tratado injustamente, [6] dijo: «Al principio nosotros, Farnabazo, cuando éramos amigos del rey, tratábamos amistosamente sus posesiones; pero ahora que nos hemos convertido en sus enemigos, las tratamos como enemigos. Así pues, como vemos que también tú deseas ser una de las posesiones del rey, es lógico [7] que lo injuriemos a él a través de ti; ahora bien, desde el día en que estimes conveniente ser llamado amigo y aliado de los griegos más que esclavo del rey, considera que esta falange, las armas, las naves y todos nosotros somos guardianes de tus bienes y de tu libertad, sin la cual no hay nada hermoso ni [8] envidiable para los hombres». A continuación Farnabazo le revela sus intenciones: «Yo —dijo—, si el rey enviase a otro general, estaría con vosotros; pero si él me concede el mando del ejército, pondría todo mi ardor en castigaros y dañaros en [9] nombre del rey». Al escuchar esto Agesilao se sintió complacido y, tomando su mano derecha, se levantó y le dijo: «Ojalá, Farnabazo, que un hombre como tú fuera nuestro amigo más que nuestro enemigo».

[13] Cuando Farnabazo se marchó junto a sus amigos, su hijo se quedó atrás, corrió ante Agesilao y sonriendo le dijo: «Yo a ti, Agesilao, te hago mi huésped», y le dio la jabalina que [2] llevaba en la mano. Agesilao la aceptó y, complacido por el aspecto y la amabilidad del joven, miró a los presentes por si alguno tenía algún regalo que se pudiese dar a cambio al bello y noble joven. Al ver que el caballo del secretario Ideo estaba adornado con jaeces, rápidamente los cogió y se los dio al joven. En adelante no dejó de acordarse de él, y cuando [3] pasado un tiempo sus hermanos lo expulsaron de su casa y lo mandaron al destierro en el Peloponeso, Agesilao le prestó numerosas atenciones y le ayudó también en algunas de sus relaciones amorosas. En cierta ocasión se enamoró de un [4] joven atleta de Atenas que, como era grande y fuerte, corría el peligro de ser excluido de los juegos olímpicos; el persa acudió a Agesilao para suplicarle por el joven, y Agesilao, que quería complacerlo también en esto, con grandes dificultades y tras muchos esfuerzos cumplió su petición⁴⁹. Pues aunque [5]

era por lo general impecable y respetuoso con las leyes, en lo que se refiere a la amistad pensaba que cumplir lo estrictamente justo era un simple pretexto. A este respecto se menciona una carta que escribió al cario Hidrieo, donde decía lo siguiente: «Si Nicías no es culpable, déjalo ir; pero si lo es, déjalo ir por mí; en cualquier caso, déjalo ir». Así actuaba en la [6] mayoría de los casos Agesilao para ayudar a sus amigos; aunque a veces aprovechaba las circunstancias para su propio provecho, como demostró una vez que se produjo una retirada tumultuosa en la que abandonó a un joven enfermo al que amaba. Entre súplicas, este lo llamaba cuando se marchaba; [7] Agesilao se dio la vuelta y le dijo que era difícil tener piedad y al mismo tiempo ser prudente. Así cuenta esta anécdota el filósofo Jerónimo⁵⁰.

[14] La expedición se acercaba ya a su segundo año, y la fama de Agesilao se había difundido notablemente por Persia, donde gozaba de una extraordinaria consideración gracias a su prudencia, [2] sencillez y moderación⁵¹. Durante sus viajes acampaba por propia iniciativa en los santuarios más sagrados, haciendo a los dioses espectadores y testigos de esas acciones nuestras que pocas personas tienen permitido ver⁵². Entre tantos miles de soldados no hubiera sido fácil ver un lecho más modesto [3] que el de Agesilao. Ante el calor y el frío, parecía que sólo él tenía una naturaleza adecuada para soportar las estaciones [4] dispuestas por la divinidad. Pero para los griegos que habitaban en Asia el espectáculo más agradable era ver cómo los gobernadores y los generales que antes eran violentos e insoportables y que se perdían por la riqueza y el lujo, temían y servían a un hombre que iba y venía con un simple manto, y cómo ante una concisa y lacónica palabra suya se contenían y cambiaban de conducta, hasta el punto de que a muchos les venía al pensamiento el verso de Timoteo: «Ares es un tirano; pero Grecia no teme al oro»⁵³.

[15] Como Asia se había sublevado y se habían producido defecciones en numerosos puntos, Agesilao puso en orden las ciudades de la zona y, después de restituir la legalidad a los estados sin provocar muertes ni destierro de personas, decidió marchar hacia delante, llevar la guerra lejos del mar griego y obligar al Rey a combatir por su persona y por el bienestar de

Ecbatana y Susa⁵⁴; para ello, en primer lugar había que sacarlo de su inactividad con el fin de que no pudiera arbitrar, sentado en su trono, las guerras entre los griegos ni corromper a los gobernantes del pueblo. En este momento se presenta ante él [2] el espartiatas Epicídidas anunciándole que en Grecia ha estallado una gran guerra contra Esparta y que los éforos lo llaman y le ordenan que acuda en ayuda de la patria⁵⁵.

«¡Griegos, inventores de males bárbaros!»⁵⁶. En efecto, [3] ¿qué nombre podría recibir aquel ánimo de discordia, la coalición y la asociación de unos griegos contra otros? Fueron ellos quienes acabaron con el ascenso de su fortuna y volvieron contra sí mismos las armas dirigidas contra los bárbaros y la guerra que ya habían alejado de Grecia. En lo que a mí [4] respecta, no estoy de acuerdo con el corintio Demarato cuando dice que los griegos que no pudieron ver a Alejandro sentado en el trono de Darío, se vieron privados de un gran placer⁵⁷; al contrario, pienso que ellos llorarían con razón si pensasen que quienes habían dejado este éxito en manos de Alejandro y de Macedonia fueron aquellos que entonces acabaron con los ejércitos griegos en Leuctra, en Coronea, en Corinto y en Arcadia⁵⁸. Agesilao, sin embargo, no hizo nada mejor ni más [5] grande que aquella retirada, ni jamás existió otro ejemplo más [6] hermoso de obediencia y de respeto a las leyes⁵⁹. Pues Aníbal, que ya se encontraba en situación adversa y a punto de ser expulsado de Italia, muy a duras penas obedeció a los que le reclamaban para llevar la guerra en su patria⁶⁰; Alejandro, por su parte, habló en tono de burla cuando se enteró de la guerra de Antípatro contra Agis, diciendo: «Parece, señores, que mientras nosotros derrotábamos aquí a Darío, allí, en Arcadia, se ha producido una guerra de ratones»⁶¹. Así, es justo considerar dichosa a Esparta por el respeto que Agesilao mostró hacia [7] ella y por su cumplimiento de las leyes. En cuanto recibió la *escítala*⁶², abandonó la situación favorable y la extraordinaria fuerza de que disponía, renunció a las grandes esperanzas que le inducían a seguir adelante, e inmediatamente se embarcó, «con su empresa inacabada»⁶³, dejando con mucho pesar por su parte a los aliados, y sobre todo refutando el argumento de Erasítrato, el hijo de Féace, que decía que los lacedemonios

[8] son mejores en público y los atenienses en privado. Pues si él se mostró extraordinario como rey y como general, se reveló como un hombre todavía mejor y más amable en las relaciones privadas que mantenía con sus amigos y familiares. Como la moneda persa tenía como marca un arquero, Agesilao, tras levantar el campamento, dijo que el rey lo había expulsado de Persia con treinta mil arqueros, pues este fue el número de monedas que habían sido llevadas a Atenas y a Tebas y que se habían distribuido entre los jefes políticos con el fin de arrastrar a los pueblos a la guerra contra los espartanos.

Cuando hubo cruzado el Helesponto, atravesó Tracia, sin [16] pedir permiso a ninguno de los pueblos bárbaros, y enviando mensajeros a cada uno de ellos se informaba de si pasaría el país como amigo o como enemigo. Todos los demás lo [2] recibieron amistosamente y le escoltaron, cada uno según sus fuerzas; pero los llamados tralos, a quienes Jerjes, según se dice, también había dado regalos, le pidieron a Agesilao como pago por el paso cien talentos de plata y otras tantas mujeres⁶⁴. Él les respondió diciéndoles en tono de burla: «¿Por qué, entonces, [3] no habéis venido enseguida a cogerlos?»; prosiguió su camino y, al encontrárselos dispuestos en orden de batalla, los puso en fuga y mató a muchos. Hizo formular esta misma [4] pregunta al rey de los macedonios, que contestó que iba a deliberar. «Pues bien —dijo Agesilao— que delibere; nosotros sigamos ahora mismo nuestro camino». El rey, sorprendido y atemorizado por su atrevimiento, ordenó que pasara en calidad de amigo. Como los tesalios eran aliados de los enemigos, [5] devastó su país⁶⁵. No obstante, envió hacia Larisa a Jenocles y a Escites en son de amistad; pero ambos fueron apresados y encarcelados⁶⁶. Los demás consejeros, indignados, pensaron que era preciso que Agesilao acampase delante de Larisa y la sitiase; pero él declaró que ni siquiera la toma de Tesalia entera podría compensarle por la muerte de uno de esos dos hombres, y mediante la firma de un tratado hizo que se los devolvieran. Y tal vez no deba sorprendernos esta actitud en [6] Agesilao, quien, al enterarse de que en Corinto se había producido una gran guerra, de que hombres muy renombrados habían muerto en un espacio de tiempo muy corto, y de que las pérdidas

totales de los espartiatas habían sido pocas y muchas las de los enemigos⁶⁷, no se mostró ni alegre ni contento, sino que emitió un profundo suspiro y exclamó: «¡Ay de ti, Grecia, a cuántos hombres has matado con tus propias manos! Si ellos viviesen, serían capaces de vencer en combate a todos [7] los bárbaros juntos». Como los farsalios le atacaban y hacían mella en su ejército, ordenó que quinientos caballeros atacasen junto a él, y, tras poner en fuga al enemigo, erigió un trofeo [8] al pie del Nartacio⁶⁸. Aquella victoria le produjo una alegría especial, porque, disponiendo la caballería a su manera, había vencido solo con ella a quienes se jactan de ser los mejores en el arte ecuestre⁶⁹.

[17] Allí se encontró con él el éforo Dífridas, que había venido desde Esparta para ordenarle que invadiese inmediatamente [2] Beocia⁷⁰. Agesilao, aunque tenía la intención de hacer esto más tarde, con un contingente mayor, creía que no debía desobedecer a los magistrados, y dijo a los que se encontraban con él que se acercaba el día que había motivado su partida de Asia; además, hizo venir dos batallones de los que estaban [3] acampados delante de Corinto. Los lacedemonios de la ciudad, que lo estimaban, hicieron una convocatoria pública para que se inscribiesen los jóvenes que desearan ir en ayuda del rey. Todos se inscribieron solícitamente; los magistrados eligieron a los cincuenta más fuertes y vigorosos y los enviaron. [4] Agesilao dejó atrás las Termópilas y atravesó la Fócide, que era aliada⁷¹; en cuanto entró en Beocia y acampó cerca de Queronea, el sol se eclipsó y adoptó forma de media luna, y en ese mismo momento se enteró de que Pisandro había muerto en batalla naval cerca de Cnido, derrotado por Farnabazo y Conón⁷². Ante estas noticias Agesilao, como es natural, se afligió, [5] tanto por el hombre como por la ciudad, pero para que el abatimiento y el miedo no invadiesen a los soldados que marchaban hacia el combate, ordenó a los que venían del mar que dijese lo contrario, que habían ganado en la batalla naval, y adelantándose él mismo con una corona sobre la cabeza hizo sacrificios en señal de agradecimiento y envió porciones de las víctimas a sus amigos.

Después de seguir su camino y de llegar a Coronea, Agesilao, [18] cuando vio a los enemigos y fue visto por ellos, colocó su ejército en orden de batalla, dando el ala izquierda a los orcomenios y poniéndose él mismo al frente del ala derecha⁷³. Los propios tebanos tenían el ala derecha, y los argivos la izquierda. Dice Jenofonte que no hubo en aquella época otra [2] guerra comparable a esta⁷⁴; él mismo, tras regresar de Asia, estuvo presente en ella combatiendo en el bando de Agesilao. [3] El primer choque no produjo un gran movimiento ni ningún enfrentamiento notable; no obstante, los tebanos pusieron inmediatamente en fuga a los orcomenios, y Agesilao a los [4] argivos. Pero cuando ambos oyeron que el ala derecha había sido aplastada y emprendía la huida, se dieron la vuelta. En ese momento Agesilao pudo lograr sin peligro la victoria si hubiese querido eludir el combate de frente con los tebanos y golpearlos cuando, en el curso de la persecución, pasasen ante él; sin embargo, dejándose llevar por su coraje y su deseo de vencer, avanzó de frente contra ellos con la intención de [5] rechazarlos por la fuerza. Estos lo recibieron con no menos ímpetu, y se produjo una violenta batalla en toda la línea del ejército, más violenta aún en el lugar en que él estaba dispuesto junto a los cincuenta, que parecían haber encontrado [6] el momento oportuno para rivalizar por salvar al rey⁷⁵. Aunque lucharon y afrontaron los peligros con ardor, no fueron capaces de mantenerlo indemne: Agesilao recibió en su persona y a través de su armadura muchas heridas de lanza y de espada, pero gracias a sus esfuerzos lograron sacarlo de allí con vida; apretándose unos contra otros delante de él, mataron a muchos [7] enemigos y cayeron muchos de los suyos. Sin embargo, como era una dura tarea rechazar y desbaratar a los tebanos, los lacedemonios se vieron obligados a hacer precisamente lo [8] que desde un principio no querían hacer: abrieron la falange y dejaron pasar al enemigo; a continuación, cuando ya los tebanos se aproximaban en completo desorden después de haber atravesado sus filas, los persiguieron, corrieron a su lado y [9] les golpearon por los flancos. Los tebanos, sin embargo, no emprendieron la huida, sino que se retiraron al Helicón, muy orgullosos de aquel combate, pues pensaban que, en lo que a ellos se refería, habían salido invictos⁷⁶.

Aunque Agesilao había quedado maltrecho a causa de las [19] numerosas heridas, no se retiró a su tienda hasta que fue llevado en camilla por la falange y vio que los cadáveres habían sido transportados dentro del campamento. No obstante, ordenó [2] que se permitiese salir a todos los enemigos que se habían refugiado en el santuario; cerca de allí, en efecto, se encuentra el templo de Atenea Itonia, delante del cual se alzaba un trofeo que habían colocado antiguamente los beocios cuando, bajo el mando de Espartón, vencieron allí a los atenienses y mataron a Tólmides⁷⁷. A la mañana siguiente, Agesilao, queriendo [3] comprobar si los tebanos volverían a combatir, ordenó coronar a los soldados, tocar la flauta a los flautistas, erigir y adornar un trofeo como suelen hacer los vencedores. Cuando los enemigos [4] enviaron mensajeros para pedirle permiso para recoger a sus muertos, Agesilao firmó con ellos una tregua, y tras asegurarse de ese modo la victoria, se trasladó a Delfos, donde se estaban celebrando los juegos píticos, organizó la procesión en honor del dios y le ofreció la décima parte del botín conseguido en Asia, cuyo valor ascendía a cien talentos⁷⁸.

Cuando regresó a su patria, sus conciudadanos le mostraron [5] inmediatamente su afecto y le brindaron toda su admiración [6] por su conducta y su modo de vida. Pues él no volvió del extranjero cambiado, como la mayoría de los generales, fascinado por las costumbres de otros pueblos, descontento con las de su propio país y reacio a someterse al yugo; por el contrario, siguió respetando y amando sus tradiciones igual que los que nunca habían atravesado el Eurotas⁷⁹, y no hizo cambio alguno en su comida, ni en sus baños, ni en el aseo personal de su mujer, ni en el adorno de las armas, ni en el mobiliario de su casa, donde dejó las mismas puertas, que eran tan antiguas que podría creerse que eran aquellas que había [7] colocado allí Aristodemo⁸⁰. Dice Jenofonte que el *kannathron* [8] de su hija no era más suntuoso que el de las demás⁸¹. (Ellos llaman *kannathron* a las sillas de madera con forma de grifo o de mitad macho cabrío mitad ciervo en las que transportaban [9] a las niñas durante las procesiones.) Jenofonte no dejó escrito el nombre de la hija de Agesilao, y Dicearco se indignó de que no sepamos nada

sobre la hija de Agesilao ni sobre la madre [10] de Epaminondas⁸²; no obstante, en los registros laconios yo he descubierto que la esposa de Agesilao se llamaba Cleora, y sus [11] hijas Eupolía y Proauga⁸³. Es posible aún ver una lanza suya conservada hasta hoy en Lacedemonia, que no se distingue en nada de las demás.

Viendo que algunos de sus conciudadanos se consideraban [20] importantes y se vanagloriaban porque criaban caballos de carrera, convenció a su hermana Cinisca de que aparejase un carro para que compitiese en los juegos olímpicos, con la intención de demostrar a los griegos que la victoria no es una cuestión de excelencia, sino de riqueza y de recursos⁸⁴. Como tenía a su lado al filósofo Jenofonte y se ocupaba de [2] él de manera especial, le animó a que le mandase a sus hijos y a que se educasen en Lacedemonia para que aprendiesen la más hermosa de las enseñanzas, a saber, el arte de obedecer y de mandar⁸⁵.

Tras la muerte de Lisandro⁸⁶, como descubrió la existencia [3] de una gran conjuración que aquel había tramado contra él inmediatamente después de su regreso de Asia, concibió propósito de mostrar qué clase de ciudadano había sido Lisandro en vida; y tras leer en un libro dejado por él un discurso [4] que escribió Cleón de Halicarnaso y que Lisandro tenía la intención de memorizar y pronunciar ante la asamblea del pueblo con el fin de provocar una revolución y un cambio de sistema político, Agesilao quiso publicarlo. Pero cuando [5] uno de los ancianos, que había leído el discurso y temía su habilidad, le aconsejó no desenterrar a Lisandro, sino más bien enterrar el discurso con él, Agesilao aceptó el consejo [6] y se quedó tranquilo⁸⁷. Respecto a sus opositores, él no les perjudicaba abiertamente, pero siempre conseguía que algunos de ellos fuesen enviados como generales y gobernadores, y así sacaba a la luz las ruindades y las ambiciones existentes en su ejercicio del poder; luego, por el contrario, cuando ellos eran llevados a juicio, acudía en su ayuda y asumía su defensa, y de enemigos que eran los hacía sus amigos y los atraía [7] a su causa, de tal manera que nadie podía oponerse a él. El otro rey, Agesípolis, como era hijo de un exiliado, y además muy joven y de naturaleza dócil y moderada, no se ocupaba [8] mucho de

los asuntos políticos⁸⁸. No obstante, también a este consiguió domesticarlo. Cuando se hallaban en la ciudad, [9] los reyes comían juntos en el mismo refectorio⁸⁹. Así pues, Agesilao, sabedor de que Agesípolis era, como él, de carácter enamorado, iniciaba siempre una conversación acerca de los jovencitos, inducía al joven a hacer lo mismo, compartía sus amores y le ayudaba en ellos, pues en el amor dorio no hay nada de vergonzoso, sino de gran decencia, noble ambición y ardiente deseo por la virtud, como está escrito en mi *Vida de Licurgo*⁹⁰.

Cuando hubo alcanzado gran influencia en la ciudad, consiguió [21] que Teleutías, su hermano por parte materna, se pusiese al frente de la flota⁹¹. Él personalmente dirigió la expedición [2] contra Corinto y tomó por tierra los Grandes Muros, mientras que con sus naves Teleutías [...] ⁹². Los argivos eran por entonces [3] dueños de Corinto y celebraban los juegos ístmicos⁹³; Agesilao apareció allí, los expulsó cuando acababan de hacer los sacrificios al dios, y les hizo abandonar todos los preparativos⁹⁴; cuando todos los exiliados corintios que se encontraban [4] presentes allí le rogaron que organizase el certamen, se negó a hacerlo, pero mientras ellos organizaban y celebraban los juegos, permaneció junto a ellos y veló por su seguridad. Más tarde, cuando Agesilao se marchó, los argivos volvieron [5] a celebrar los juegos ístmicos; algunos vencieron por segunda vez, aunque hubo otros que primero se registraron como [6] vencedores y después como perdedores⁹⁵. Ante esta situación Agesilao declaró que los argivos se habían acusado a sí mismos de una gran cobardía, si, considerando insigne y grande la presidencia de los juegos, no se atrevieron a combatir por [7] ella. Por lo que a él respecta, pensaba que en todos estos casos es conveniente actuar con medida. Por otro lado, dio esplendor a los coros y a los juegos de Esparta; asistía siempre lleno de ardor y de interés, y no se ausentaba de los enfrentamientos entre jóvenes o entre muchachas; sin embargo, algunos espectáculos que los demás contemplaban con admiración, él [8] parecía no conocerlos. En cierta ocasión Calípides, el actor de tragedias, que gozaba de renombre y fama en Grecia y al que todos prestaban gran atención, salió a su encuentro y le

saludó; a continuación, irrumpiendo impetuosamente entre los que paseaban junto al rey, se exhibió ante él creyendo que este lo agasajaría con alguna palabra amable, y por último dijo: «¿No me reconoces, rey?». Agesilao le dirigió la mirada y le respondió: «¿Acaso no eres tú Calípides, el *dikelicta*?». (Así llaman [9] los lacedemonios a los mimos.⁹⁶) En otra ocasión fue invitado a oír a uno que imitaba a un ruiñón, pero se negó diciendo: [10] «Yo ya he oído al ruiñón mismo». El médico Menócrates, que tras obtener éxito en algunos tratamientos desesperados fue llamado Zeus, tenía el mal gusto de usar este sobrenombre, y en cierta ocasión se atrevió incluso a escribirle a Agesilao una carta con el siguiente encabezamiento: «Menócrates-Zeus al rey Agesilao, que te vaya bien»; Agesilao le contestó: «El rey Agesilao a Menócrates, que estés cuerdo⁹⁷».

Cuando se encontraba en Corinto y, una vez tomado el [22] santuario de Hera⁹⁸, miraba cómo sus soldados llevaban a los prisioneros y transportaban el botín, llegaron embajadores procedentes de Tebas para solicitar su amistad. Agesilao, que [2] siempre había odiado esa ciudad, pensando que en ese momento le interesaba tratar con desprecio a los tebanos, fingió no verlos ni escuchar a quienes se entrevistaron con él. Pero [3] esta acción criminal fue pronto castigada: pues aún no se habían alejado los tebanos cuando llegaron algunos mensajeros para comunicarle que su batallón había sido destrozado por Ifícrates⁹⁹. Hacía mucho tiempo que a los espartanos no les [4] sucedía un desastre tan grande como este, pues perdieron a muchos hombres valerosos, sus hoplitas fueron vencidos por peltastas y los lacedemonios por mercenarios. Agesilao, pues, [5] se lanzó de inmediato para ir en su ayuda; pero cuando supo que todo había acabado¹⁰⁰, regresó al templo de Hera, ordenó a los beocios acudir allí y esta vez les concedió audiencia. Como ellos, para devolverles la ofensa, no hicieron mención [6] alguna a la paz y pidieron permiso para marchar hacia Corinto, Agesilao les respondió irritado: «Si queréis ver a vuestros amigos jactarse de sus éxitos, mañana podréis hacerlo con toda seguridad». Al día siguiente, los tomó a su lado, devastó [7] la región de los corintios y se dirigió contra la ciudad misma. Tras comprobar

de este modo que los corintios no se atreverían a defenderse, despidió a la embajada. Después recibió a [8] los supervivientes del batallón y los condujo hacia Lacedemonia; levantaba el campamento antes del amanecer y no hacía alto hasta la noche, para que no se regocijasen los arcadios [9] que odiaban y envidiaban a los espartanos. A continuación, para complacer a los aqueos, avanzó hacia Acarnania junto a ellos con un ejército, donde obtuvo un gran botín y venció en [10] combate a los acarnanios¹⁰¹. Pero cuando los aqueos le rogaron que permaneciese allí durante el invierno para impedir que los enemigos sembrasen sus campos, Agesilao dijo que haría lo contrario, pues estos temerían más la guerra si tenían su tierra [11] sembrada para el verano, que fue lo que ocurrió. En efecto, cuando se les anunció una nueva expedición contra ellos, los acarnanios se reconciliaron con los aqueos.

[23] Cuando Conón y Farnabazo, convertidos en dueños del mar con la flota del Rey, saqueaban las costas de Lacedemonia, y después de que Atenas hubiese sido amurallada con dinero proporcionado por Farnabazo, a los lacedemonios les [2] pareció que debía hacerse la paz con el Rey¹⁰²; por ello, enviaron a Antálcidas ante Tiribazo, cometiendo el acto más vergonzoso y más desleal al dejar en manos del Rey a los griegos que habitaban en Asia, por los cuales Agesilao había [3] hecho la guerra¹⁰³. Pero ocurre que Agesilao no fue en absoluto partícipe de esta infamia, pues Antálcidas era su enemigo e intentaba lograr a toda costa la paz, en la idea de que la guerra engrandecería a Agesilao y lo haría más reputado y poderoso. Sin embargo, a uno que decía que los lacedemonios [4] estaban de parte de los medos, Agesilao le contestó que más bien eran los medos quienes estaban de parte de los lacedemonios. Tras amenazar a quienes no querían aceptar la paz y [5] declararles la guerra, les obligó a permanecer fieles a todos los términos que el Persa había considerado justos, cosa que hizo especialmente por los tebanos, con el fin de debilitarlos aún más consiguiendo que dejasen independiente Beocia¹⁰⁴. Los hechos posteriores corroboraron esto. En efecto, cuando [6] Fébidas cometió el acto indigno de someter la Cadmea mientras los tratados y la paz estaban vigentes, todos los griegos se indignaron y los

espartiatas lo llevaron a mal, especialmente los opositores de Agesilao, quienes encolerizados interrogaban a Fébidas acerca de quién le había ordenado llevar a cabo tal acto¹⁰⁵; sus sospechas apuntaban hacia Agesilao, quien no vaciló en apoyar a Fébidas diciendo abiertamente [7] que era preciso comprobar si este hecho les proporcionaría alguna utilidad, ya que, decía, es hermoso buscar la utilidad de Lacedemonia por iniciativa propia e incluso sin que nadie [8] lo ordene¹⁰⁶. Sin embargo, de palabra declaraba siempre que la justicia es la más grande de las virtudes, porque la valentía no sirve de nada si no va acompañada de justicia; si todos los hombres fuesen justos —decía— la valentía no sería necesaria. [9] A quienes decían que en esto pensaba como el Gran Rey, les contestaba: «¿En qué es él más grande que yo si no es más justo?», porque tenía la correcta y hermosa idea de que la justicia debía servir como medida real para controlar el exceso [10] de poder. Firmada la paz, el Rey le envió una carta en la que se pedía un pacto de mutua hospitalidad y amistad y que él no aceptó, diciendo que la amistad pública era suficiente y que no era necesaria ninguna amistad privada mientras la [11] pública se mantuviese¹⁰⁷. En sus actos, sin embargo, no siempre respetaba estos principios: en muchas ocasiones se dejaba llevar por la ambición y el ansia de victoria, especialmente en lo que toca a los tebanos; de hecho, no solo salvó a Fébidas, sino que también convenció a la ciudad de que asumiera por su cuenta esta injusticia, de que retuviese la Cadmea a título propio y de que designase como jefes de la situación y del gobierno de Tebas a Arquías y Leontíades, con cuyo apoyo Fébidas había entrado en la ciudad y se había apoderado de su acrópolis¹⁰⁸.

[24] En vista de lo ocurrido se tenía la firme sospecha de que, si bien la acción era obra de Fébidas, la decisión de actuar procedía de Agesilao, acusación que los sucesos posteriores corroboraron¹⁰⁹. Pues cuando los tebanos rechazaron a la guarnición [2] espartana y liberaron su ciudad, Agesilao los acusó de la muerte de Arquías y de Leontíades —tiranos en la práctica, pero polemarcos de nombre— y les declaró la guerra¹¹⁰. Cleómbroto, que ya había accedido al trono tras la muerte de [3] Agesípolis, fue enviado a Beocia con un

ejército¹¹¹; Agesilao, que ya había cumplido cuarenta años en el ejército y que por ley quedaba eximido del servicio militar¹¹², evitó asumir el mando de aquella expedición, pues se hubiera avergonzado si, después de combatir poco antes contra los de Fliunte en apoyo de los exiliados, ahora le vieran perjudicando a los tebanos para favorecer a los tiranos¹¹³.

Había un laconio, llamado Esfodrias, miembro de la facción [4] opuesta a Agesilao, que ocupaba el cargo de gobernador de Tespías¹¹⁴. No era un hombre cobarde ni carente de ambición, aunque siempre daba muestras de tener más esperanzas que buen juicio. Este hombre, ávido de renombre y [5] convencido de que Fébidas había ganado reputación y fama gracias a su acción audaz contra Tebas¹¹⁵, estaba seguro de que alcanzaría mucho más honor y gloria si tomaba el Pireo por su cuenta y cortaba a los atenienses el acceso al mar [6] lanzándoles por tierra un ataque sorpresa. Algunos dicen que este plan lo idearon los beotarcas Pelópidas y Melón¹¹⁶. Estos enviaron en secreto a hombres que fingían ser partidarios de los lacedemonios, quienes, alabando a Esfodrias y exaltándolo como único hombre digno de una acción tan grande, lo animaron e impulsaron a cometer un acto tan injusto e ilegal como [7] aquel¹¹⁷, al que por otra parte le faltaron audacia y suerte. El día lo sorprendió y lo puso al descubierto en la llanura de Tría, aunque tenía la esperanza de atacar el Pireo durante la noche¹¹⁸. Se dice que los soldados, cuando vieron una luz que procedía de algunos santuarios de Eleusis, cayeron presos del [8] terror y emprendieron la huida. Esfodrias perdió la confianza en cuanto vio que no le era posible ocultarse, y después de apoderarse de un modesto botín, regresó a Tespías vergonzosamente [9] y sin gloria. Después de esto llegaron a Esparta acusadores enviados desde Atenas, quienes descubrieron que los magistrados no tenían ninguna necesidad de sus acusaciones contra Esfodrias, pues ya le habían incoado un proceso de pena capital, al que él renunció a comparecer por temor a la cólera de los ciudadanos, que se sentían avergonzados ante los atenienses y que deseaban aparecer como víctimas de la injusticia para que no se les considerara cómplices de ella¹¹⁹.

Esfodrias tenía un hijo llamado Cleónimo, joven de hermosa [25] apariencia del que estaba enamorado Arquidamo, hijo del rey Agesilao¹²⁰. En aquella situación, como es natural, [2] Arquidamo se compadecía de Cleónimo, que corría peligro debido a la situación de su padre, aunque no podía prestarle apoyo públicamente ni ayudarlo porque Esfodrias se contaba entre los opositores de Agesilao. Cleónimo acudió a su [3] encuentro entre súplicas y lágrimas con el fin de ganarse el favor de Agesilao¹²¹, pues era a él a quien sus amigos temían más, y durante tres o cuatro días Arquidamo acompañó a su padre en silencio lleno de respeto y de temor. Cuando por fin [4] se encontraba próximo el juicio, se atrevió a decir a Agesilao que Cleónimo le pedía que intercediera por su padre. Agesilao, que [5] conocía el amor de Arquidamo hacia él, no ponía trabas, porque ya desde la infancia Cleónimo había dado sobradas muestras de que llegaría a ser un hombre reputado e importante. En esta ocasión, sin embargo, respondió a las súplicas de su [6] hijo sin decir nada que pudiese hacer esperar de él una actitud favorable y bondadosa; se limitó a decir que iba a pensar qué era conveniente y adecuado hacer, y se marchó. Arquidamo, [7] avergonzado, renunció a visitar a Cleónimo, pese a que antes tenía la costumbre de hacerlo muchas veces al día. En consecuencia, [8] los partidarios de Esfodrias empezaron a desconfiar todavía más de los acontecimientos, hasta que un amigo de Agesilao, Etimocles, les reveló en el curso de una conversación la intención de Agesilao: censurar muy duramente la [9] acción de Esfodrias, por más que considerase que Esfodrias fuese un hombre valiente y viese que la ciudad necesitaba [10] soldados como él. Tales eran, pues, las afirmaciones que hacía a cada momento acerca del juicio, por afán de complacer a su hijo; de este modo, Cleónimo percibió de inmediato el empeño de Arquidamo, y los amigos de Esfodrias recobraron [11] de nuevo fuerzas para acudir en su ayuda¹²². Y es que Agesilao era ante todo amante de sus hijos; respecto a su gusto por los juegos infantiles, se cuenta que, cuando sus hijos eran pequeños, jugaba con ellos en casa montando a caballo sobre un palo, y como uno de sus amigos lo viese, le pidió que no se lo contara a nadie hasta que él mismo fuera padre.

[26] Esfodrias fue absuelto, y los atenienses, en cuanto conocieron la noticia, se aprestaron a la guerra¹²³. Agesilao recibió críticas muy duras, ya que, por satisfacer un deseo insensato y pueril, se había opuesto a una sentencia justa y había hecho a la ciudad cómplice de tan grandes injusticias cometidas [2] contra los griegos. Como Cleómbroto no daba muestras de ser partidario de la guerra contra los tebanos, Agesilao renunció a acogerse a la ley militar que antes había invocado, e invadió personalmente Beocia¹²⁴; allí causó estragos entre [3] los tebanos y sufrió a su vez daños; de ahí que Antálcidas le dijese un día en que él resultó herido: «Ese es el pago que recibes por las buenas enseñanzas que proporcionaste a los tebanos, al enseñarles a combatir cuando ellos no querían ni [4] sabían hacerlo». De hecho, se dice que en aquella ocasión los tebanos se mostraron mucho más combativos que nunca, puesto que se habían ejercitado en las numerosas expediciones que los lacedemonios emprendieron contra ellos. Es por esto [5] por lo que el viejo Licurgo, en una de las llamadas *tres retras* prohibía organizar expediciones frecuentes contra los mismos enemigos, con el fin de no enseñarles a combatir¹²⁵.

También los aliados de Agesilao se enfadaron con él, ya [6] que no era una cuestión relativa al interés común la que lo llevaba a buscar la destrucción de los tebanos, sino el simple rencor y la ambición¹²⁶. Ellos decían que no tenían ninguna necesidad de ir cada año de un lado a otro para dejarse destruir en compañía de unos pocos espartanos, siendo ellos tan numerosos. Se dice que entonces Agesilao, con la intención [7] de refutar el argumento de su superioridad numérica, tramó la siguiente argucia: ordenó a todos los aliados que se sentasen mezclados unos con otros, mientras que los lacedemonios se reunirían aparte, separados de los demás. A continuación mandó [8] que se pusiesen en pie primero los ceramistas y, cuando estos se levantaron, dio sucesivamente la misma orden a los herreros, a los carpinteros, a los albañiles y a todos los demás trabajadores manuales. Casi todos los aliados se levantaron, [9] pero no lo hizo ningún lacedemonio, ya que a ellos se les prohibía aprender y desempeñar cualquier oficio manual¹²⁷. Entonces Agesilao dijo entre risas: «Como veis,

amigos, nosotros enviamos a la guerra muchos más soldados que vosotros».

[27] En Mégara, después de conducir al ejército fuera de Tebas, Agesilao, mientras subía a la residencia de los magistrados situada en la acrópolis, sintió una convulsión y un fuerte dolor en su pierna sana, que más tarde se hinchó, apareció llena [2] de sangre y dio signos de una inflamación extraordinaria¹²⁸. Un médico siracusano le abrió una vena a la altura del tobillo y los dolores cesaron, aunque perdió y derramó sangre de un modo tan descontrolado que sufrió un gran desmayo y su vida [3] corrió un grave peligro. Sin embargo, el desmayo hizo cesar la hemorragia; Agesilao fue llevado a Lacedemonia, donde pasó una larga temporada débil e incapacitado para mandar un ejército.

[4] Durante aquella época los espartiatas sufrieron numerosos reveses tanto por tierra como por mar; entre ellos, el más grande fue el sufrido en Tegira, donde por primera vez [5] cayeron vencidos por los tebanos en batalla campal¹²⁹. Todos pensaron, pues, que era preciso que se firmase la paz entre todas las ciudades, y embajadores procedentes de toda Grecia se reunieron en Lacedemonia con el fin de establecer las [6] condiciones¹³⁰. Entre ellos se encontraba un tal Epaminondas, hombre famoso por su formación y su sabiduría pero que aún no había dado muestras de su capacidad para dirigir una expedición¹³¹. Al ver que todos los demás se sometían a Agesilao, [7] él fue el único que tuvo el valor de hablar con sinceridad, y, en defensa del interés común de toda Grecia y no sólo del de los tebanos, pronunció un discurso en el que declaraba que la guerra engrandecía a Esparta a costa del sufrimiento de todos los demás y pedía que se firmase la paz conforme a los principios de igualdad y justicia, ya que dicha paz sólo sería duradera si todos los estados eran iguales.

Entonces Agesilao, al ver a los griegos completamente [28] maravillados y atentos al discurso de Epaminondas, le preguntó si consideraba justo e igualitario que Beocia fuese independiente¹³². Epaminondas, rápida y atrevidamente, le preguntó [2] a su vez si también él consideraba justo que Laconia fuese independiente¹³³; Agesilao se levantó de su

asiento y, encolerizado, le mandó que dijese a las claras si él iba a permitir que Beocia fuese independiente, a lo cual Epaminondas [3] respondió volviendo a preguntarle si él dejaría que Laconia fuese independiente. Ante esta respuesta Agesilao se irritó y acogió con gusto el pretexto que se le ofrecía para borrar inmediatamente del tratado de paz el nombre de los tebanos y declararles la guerra. A los demás griegos les ordenó que se [4] marchasen después de firmar entre ellos la reconciliación, y que encomendasen a la paz las diferencias que tenían solución, y a la guerra aquellas que no la tenían, ya que era una [5] tarea difícil apaciguar y resolver todas las desavenencias. En aquella época Cleómbroto se encontraba en la Fócide al frente de un ejército¹³⁴. Lo habían enviado los éforos con la orden de que dirigiese una expedición contra los tebanos; los éforos, además, habían enviado mensajeros por todas partes con el fin de congregar a los aliados, que no apoyaban ni deseaban la guerra pero que aún no se atrevían a contradecir y a desobedecer [6] a los lacedemonios. A pesar de que se produjeron malos presagios, como cuento en la *Vida de Epaminondas*¹³⁵, y de que el laconio Prótoo se opuso a la expedición, Agesilao no desistió de su propósito y se empeñó en hacer la guerra, pues creía que, ahora que toda Grecia estaba de su parte, a excepción de los tebanos, que se encontraban excluidos del [7] tratado, había llegado el momento de vengarse de ellos¹³⁶. La fecha elegida demostró que aquella expedición se emprendió más guiada por la ira que por un planteamiento calculado: en efecto, el día catorce del mes de Esciroforión se firmó en Lacedemonia el tratado de paz¹³⁷, y el día cinco del mes de Hecatómbeon, es decir, veinte días después, los lacedemonios [8] fueron derrotados en Leuctra¹³⁸. Allí murieron miles de lacedemonios, entre ellos el rey Cleómbroto y, en torno a él, los espartiatas más valientes. Entre estos se encontraba también el hermoso Cleónimo, el hijo de Esfodrias, quien se dice que, tras caer tres veces delante del rey y levantarse otras tantas veces, acabó muriendo en el combate contra los tebanos¹³⁹.

Leuctra fue para los lacedemonios una derrota imprevista, [29] y para los tebanos un éxito inesperado, sin parangón con

otros enfrentamientos de griegos contra griegos; pero no por ello se debe alabar ni admirar menos la valentía de la ciudad derrotada que la de la vencedora. Jenofonte dice que hay algo digno [2] de ser recordado en las palabras y en los entretenimientos de los hombres nobles, incluso cuando beben vino o se divierten, y tiene razón¹⁴⁰; de ahí que no sea menos provechoso, sino incluso más, observar y comprender lo que los hombres nobles hacen y dicen manteniendo la firmeza en medio de la adversidad. Resulta que la ciudad celebraba una fiesta y se encontraba [3] llena de extranjeros, ya que eran las gimnopedias, y cuando los coros competían en el teatro, se presentaron, procedentes de Leuctra, los mensajeros que anunciaban la desgracia¹⁴¹. Los [4] éforos, aunque de inmediato comprendieron que sus empresas se habían ido al traste y que habían perdido la supremacía, no permitieron que el coro saliese ni que la ciudad cambiase su aspecto festivo; después de enviar los nombres de los fallecidos a casa de sus familiares, ellos se encargaron personalmente del espectáculo y de la competición de los coros. A la [5] mañana siguiente, una vez que ya todos supieron el nombre de los supervivientes y de los fallecidos, los padres, los parientes y los amigos de los fallecidos bajaron al ágora y se saludaron unos a otros, los rostros radiantes, rebosantes de orgullo y de [6] alegría; en cambio, los familiares de los supervivientes, como si estuviesen de duelo, permanecieron en sus casas junto a sus mujeres, y si alguno de ellos se veía obligado a salir, mostraba en el aspecto, el tono de voz y la mirada su dolor y su humillación. [7] Pero era sobre todo a las mujeres a las que había que mirar y observar: la que esperaba a su hijo sano y salvo de la guerra, se mostraba triste y silenciosa, mientras que aquellas cuyos hijos se decía que habían muerto acudían de inmediato a los santuarios, donde coincidían unas con otras para demostrarse su alegría y su orgullo¹⁴².

[30] Sin embargo, como los aliados abandonaban, muchos pensaron que Epaminondas, seguro de su victoria, se atrevería a atacar el Peloponeso. En estas circunstancias se recordó la predicción de los oráculos acerca de la cojera de Agesilao, y se extendieron un abatimiento profundo y el terror de haber atentado contra los designios divinos, ya que se pensaba que la

ciudad había fracasado en sus empresas por haber apartado de la monarquía a un rey de piernas firmes y haber elegido a uno cojo y lisiado, que era de lo que la divinidad les había indicado que se cuidasen y se protegiesen por encima de todo¹⁴³. [2] Pero gracias al poder de que disfrutaba entre los demás, a su valor y a su fama, la ciudad se sirvió de él no sólo como rey y general de guerra, sino también como médico y árbitro de los problemas políticos. Por ejemplo, como aquellos que se habían mostrado cobardes en la batalla —a quienes los propios espartanos llamaban los temblorosos— eran muchos y poderosos, se dudaba si aplicarles la privación de derechos prescrita por la ley, por temor a que tramasen una revolución. [3] Pues no sólo estaban excluidos de ejercer cualquier magistratura, sino que también se consideraba deshonroso entregarles o recibir de alguno de ellos una esposa, y cualquiera que se los encontrase podía golpearlos si quería. Se les obligaba a [4] deambular con un aspecto sucio y miserable, a llevar raídos mantos de color oscuro, a afeitarse sólo una mitad de la barba y a dejarse crecer la otra mitad¹⁴⁴. Era, pues, un peligro ver [5] en la ciudad a tantos hombres de esta clase, en un momento en que esta necesitaba no pocos soldados. Por ello, eligieron como intérprete de las leyes a Agesilao. Él, sin añadir, quitar [6] o alterar nada de lo escrito en la ley, se dirigió a la asamblea de los lacedemonios y declaró que por un día iban a dejar dormir las leyes, pero que desde el día siguiente estas recobrarían para siempre su plena autoridad. Fue así como consiguió que la ciudad conservase sus leyes y los hombres su honor. Con la [7] intención de sacar a los jóvenes del abatimiento y la tristeza en que se encontraban, atacó Arcadia, pero se guardó muy bien de entablar batalla campal contra los enemigos. Mediante la toma de una pequeña ciudad de los mantineos y la invasión de su territorio, Agesilao redujo las preocupaciones de la ciudad y aumentó sus esperanzas y su alegría, al demostrar que la situación no era del todo desesperada¹⁴⁵.

Después de esto, Epaminondas se presentó en Lacedemonia [31] junto a los aliados, llevando consigo no menos de cuarenta mil hoplitas¹⁴⁶. Muchos soldados de infantería ligera y [2] hombres desarmados lo acompañaban a causa del botín,

de suerte que fue un ejército de setenta mil soldados en total el [3] que descendió y se abatió sobre Laconia. Hacía por lo menos seiscientos años que los dorios habitaban Lacedemonia, y, en todo este tiempo, era la primera vez que se veían enemigos en su país; antes, nadie se había atrevido siquiera a entrar en él. Los enemigos atacaban una tierra intacta y nunca antes devastada, la incendiaban y la saqueaban hasta el río, sin que [4] nadie de la ciudad les opusiese resistencia¹⁴⁷. Agesilao, por su parte, no permitió que los lacedemonios combatesen contra semejante «oleada y torrente de guerra», en expresión de Teopompo¹⁴⁸; distribuyó a los hoplitas por las partes centrales y más importantes de la ciudad, y soportó las amenazas y los comentarios jactanciosos de los tebanos, que lo llamaban por su nombre y le animaban a luchar por su país, ya que él era el culpable de todas las desgracias por haber provocado [5] la guerra. No menos que estos acontecimientos afectaban a Agesilao los tumultos producidos en la ciudad, los gritos y las idas y venidas de los ancianos, que no podían soportar lo que estaba pasando, y de las mujeres, que eran incapaces de mantener la calma y que perdían por completo la razón ante [6] el griterío y el fuego de los enemigos. Lo afligía también la opinión que de él se tenía, porque, después de haber recibido la ciudad más importante y poderosa, veía ahora su grandeza reducida y maltrecho el orgullo del que él mismo hacía gala a menudo cuando decía que ninguna mujer laconia había visto [7] el humo enemigo¹⁴⁹. Se cuenta también que Antálcidas¹⁵⁰, en una discusión en torno a la valentía con un ateniense que le dijo: «Con todo, nosotros os hemos expulsado muchas veces del Cefiso¹⁵¹», contestó: «Sin embargo, nosotros nunca os hemos expulsado a vosotros del Eurotas». Una respuesta similar [8] dio un espartiatas a un argivo que le dijo: «Muchos de los vuestros yacen muertos en Argólida». «Pues sí, —respondió el espartiatas— pero ninguno de vosotros yace muerto en Laconia».

Se dice que por aquella época Antálcidas, que era éforo, [32] estaba tan atemorizado que, en secreto, puso a salvo a sus hijos llevándolos a Citera¹⁵². Agesilao, cuando los enemigos [2] intentaban cruzar el río y atacar la ciudad, abandonó las

demás posiciones y dispuso el ejército en orden de batalla delante de las partes centrales y elevadas. El Eurotas corría entonces [3] más caudaloso y profundo que de costumbre a causa de la nieve, y su corriente, más por la baja temperatura que por la impetuosidad, supuso para los tebanos un duro y difícil obstáculo. Algunos revelaron a Agesilao que Epaminondas [4] encabezaba la falange; se dice que él, después de dirigir su mirada hacia Epaminondas y fijarla en él durante largo rato, se limitó a decir las siguientes palabras: «¡He aquí a un hombre ambicioso!». Epaminondas deseaba trabar combate y erigir el [5] trofeo en la ciudad, pero como no lograba hacer salir a Agesilao ni incitarlo a luchar, levantó de nuevo el campo y empezó a arrasarlo. En Lacedemonia, alrededor de doscientos [6] ciudadanos que desde hacía tiempo venían escondiendo sus malos propósitos, se agruparon y se apoderaron del Isorió, donde estaba el templo de Ártemis, lugar bien cercado y difícil de asaltar¹⁵³. Como los lacedemonios deseaban expulsarlos de [7] inmediato, Agesilao, que temía una sublevación, ordenó al resto de la ciudad mantener la calma; él mismo, vestido con un manto y acompañado de un único sirviente, se acercó a ellos y les dijo a gritos que no habían escuchado bien su orden, ya que no les había ordenado que se reuniesen todos en aquel lugar, sino unos allí (y les señalaba otro lugar), y otros en otra [8] parte de la ciudad. Ellos se alegraron de escuchar estas palabras, pues pensaban que su verdadera intención no había sido descubierta; así, se separaron y se retiraron a los lugares a los [9] que Agesilao les había ordenado ir. Este, por su parte, mandó que viniesen de inmediato otras tropas para que tomasen el Isorió, hizo apresar a unos quince conjurados y les dio muerte durante [10] la noche. Quedó al descubierto otra conspiración mayor ideada por un grupo de espartiatas que se reunían de manera clandestina en una casa para planear una revolución; en tal estado de agitación, tan difícil era someterlos a juicio como [11] desdeñar sus maquinaciones. Agesilao, tras deliberar con los éforos, mató a los conjurados sin previo juicio, a pesar de que nunca antes ningún espartiatas había muerto sin ser juzgado. [12] Como muchos de los periecos¹⁵⁴ y de los hilotas que formaban parte del ejército huían de la ciudad para pasarse al enemigo, hecho que

provocaba un notable desaliento, Agesilao mandó a sus sirvientes que fuesen al amanecer a las barracas para recoger y ocultar las armas de los desertores, con el fin de que no se supiese su número¹⁵⁵.

[13] Algunos historiadores dicen que los tebanos se marcharon de Laconia cuando llegó el invierno y cuando los arcadios comenzaron a marchar sin orden y a dispersarse, puesto que habían permanecido allí tres meses completos y habían devastado gran parte del país¹⁵⁶. Pero según Teopompo¹⁵⁷, cuando ya [14] los beotarcas habían decidido emprender el regreso, se presentó ante ellos un espartiatas llamado Frixo, que en nombre de Agesilao les ofreció veinte talentos en concepto de retribución por la marcha, de modo que hicieron lo que desde hacía tiempo habían decidido hacer, y además las provisiones para el viaje fueron aportadas por los enemigos.

No sé cómo es posible que los demás historiadores ignoren [33] este hecho y que sólo Teopompo lo conozca. Todos coinciden, [2] no obstante, en que fue entonces Agesilao el responsable de la salvación de Esparta, porque, renunciando a sus pasiones congénitas, la afición a las disputas y la ambición, adoptó una política de salvaguarda del Estado. Sin embargo, no fue capaz [3] de reavivar el poder y la fama de la ciudad desde aquella derrota: como en un cuerpo que goza de salud pero que ha sido sometido durante mucho tiempo a un régimen de vida muy austero y muy riguroso, un único error y un único vuelco bastaron para echar por tierra la prosperidad de la ciudad, y no es de extrañar: pues los espartiatas, al añadir a un Estado como [4] el espartano, que había sido perfectamente gobernado gracias a la paz, la virtud y la concordia, unos dominios y un imperio logrados por la fuerza, cosas que según Licurgo ninguna ciudad necesita para vivir dichosa, lo echaron a perder.

El propio Agesilao había ya renunciado a las campañas [5] militares a causa de su vejez¹⁵⁸. Pero su hijo Arquidamo, que contaba con la tropa auxiliar que le había enviado desde Sicilia el tirano¹⁵⁹, venció a los arcadios en la llamada «guerra sin llanto», porque no cayó ninguno de los suyos y mató a [6]

muchos enemigos¹⁶⁰. Sin embargo, esta victoria puso todavía más de manifiesto la debilidad de la ciudad. Hasta ahora, consideraban que el vencer a los enemigos era para ellos un acto tan ordinario y tan natural que para celebrar la victoria no hacían en la ciudad más sacrificio a los dioses que el de un gallo, ni los combatientes se jactaban de ello ni mostraban [7] excesiva alegría quienes se enteraban de la noticia. Incluso después de la batalla de Mantinea, sobre la que Tucídides ha escrito¹⁶¹, al primero que anunció la victoria los arcontes le enviaron carne de la comida comunitaria por la buena noticia, [8] y nada más¹⁶². En aquella ocasión, sin embargo, cuando se anunció el resultado de la batalla y Arquidamo llegó a Esparta, nadie se contuvo: su padre fue el primero que salió a recibirlo llorando de alegría, y después de él los magistrados; la mayoría de los ancianos y de las mujeres bajaron al río con las manos extendidas y dando gracias a los dioses, como si Esparta hubiese repelido las deshonrosas ofensas sufridas y brillase de nuevo el prestigio de que antes gozaba. Se dice que, antes de este día, los hombres ni siquiera se atrevían a mirar a la cara a sus mujeres, tan avergonzados estaban de sus derrotas.

[34] A pesar de que Mesenia estaba siendo reconstruida por Epaminondas y a ella afluían antiguos habitantes procedentes de todas partes, los espartanos no se atrevieron a combatir ni fueron capaces de oponerse a ellos¹⁶³; pero se sentían disgustados y molestos con Agesilao, porque habían visto cómo durante su reinado perdían un país no menor en población que Laconia, que era el primero de Grecia por su fertilidad y del que habían sacado provecho durante todo el tiempo que duró su control sobre ella. Fue por esto por lo que Agesilao [2] no aceptó la oferta de paz de los tebanos. No quería entregarles de palabra una tierra que ellos ocupaban en la práctica; pero su pundonor no le valió para recuperar Mesenia, y poco le faltó para perder también Esparta al verse sorprendido por una maniobra enemiga. Pues cuando los mantineos se volvieron [3] a separar de los tebanos y reclamaron la presencia de los lacedemonios, Epaminondas, en cuanto supo que Agesilao se había marchado con su ejército fuera de Esparta y que se acercaba¹⁶⁴, levantó el campamento

de Tegea por la noche, sin que los mantineos se enterasen, con la idea de conducir un ejército a través de la mismísima Lacedemonia, y, eligiendo un camino distinto al de Agesilao, poco le faltó para tomar por sorpresa la ciudad indefensa¹⁶⁵. Pero Eutino de Tespías, [4] según Calístenes, o bien un cretense, en opinión de Jenofonte, avisó a Agesilao, quien de inmediato envió un jinete para que a toda prisa advirtiese a los que se encontraban en la ciudad¹⁶⁶; no mucho más tarde llegó él mismo a Esparta. Poco después los tebanos cruzaron el Eurotas y atacaron la [5] ciudad; Agesilao la defendió con todas sus fuerzas, a pesar [6] de su edad, pues veía que la situación no exigía seguridad y precaución como antes, sino más bien temeridad y audacia, cualidades en las que nunca antes había confiado y que había empleado sólo cuando ellas eran lo único que tenía para apartar el peligro. Al librar a la ciudad de las manos de [7] Epaminondas y erigir un trofeo, demostró a los niños y a las mujeres que los lacedemonios pagaban a su patria la excelente educación recibida. Entre los lacedemonios más destacados estuvo Arquidamo, que combatió magníficamente, con presencia de espíritu y agilidad de cuerpo; corrió con rapidez por las zonas angostas hacia los puntos más concurridos del combate, y, sobre todo, puso en jaque a los enemigos con un [8] reducido número de guerreros. Tengo entendido que Isadas, el hijo de Fébidas, ofreció a la vista de los ciudadanos y de [9] los enemigos un hermoso y admirable espectáculo¹⁶⁷: destacaba por su apostura y por su gran talla, y tenía la dulzura propia de esa floreciente edad en que los hombres pasan de la infancia a la madurez; desnudo, sin armas defensivas ni manto, con el cuerpo untado de grasa, blandiendo en una mano la lanza y en la otra el escudo, salió de un salto de su casa, se lanzó en medio de los que combatían y permaneció entre los enemigos golpeando y abatiendo a todo aquel que [10] le salía al encuentro. No recibió herida de nadie, ya fuera que un dios lo protegiese a causa de su valentía, ya que se mostrase a la vista de los enemigos como un ser más fuerte y más [11] poderoso que un simple mortal. Por esta acción se dice que los éforos lo coronaron y después le impusieron una multa de mil dracmas porque se había atrevido a afrontar el peligro sin armadura.

Pocos días después combatieron en Mantinea¹⁶⁸. Epaminondas, [35] que ya se había hecho con las primeras posiciones, estrechaba el cerco y se lanzaba a la persecución, fue atacado y herido con la lanza por el laconio Antícrates, como cuenta Dioscórides, aunque todavía hoy los lacedemonios llaman *Machairíonas* a los descendientes de Antícrates, porque pensaban que lo había alcanzado con una espada¹⁶⁹. Los lacedemonios [2] le dieron tales muestras de admiración y de afecto —tan grande era el miedo que Epaminondas les inspiraba mientras vivía— que se decretó ofrecerle honores y regalos, y a su linaje la exención de impuestos, de la que goza aún en la actualidad Calícrates, uno de los descendientes de Antícrates. Después de la batalla y de la muerte de Epaminondas, se [3] firmó la paz entre los griegos, aunque Agesilao y los suyos excluyeron del juramento a los mesenios alegando que no tenían una ciudad¹⁷⁰. Como todos los demás pueblos habían [4] sido aceptados en el tratado y habían ratificado los juramentos, los espartanos se separaron y continuaron por su cuenta la guerra con la esperanza de recuperar Mesenia. Por todo [5] esto, Agesilao pasaba por ser un hombre violento, cruel e insaciable de guerras, que intentaba por todos los medios minar y destruir los pactos comunes de los griegos, y que, además, se veía obligado por la escasez de dinero a molestar a sus amigos de la ciudad pidiéndoles préstamos y reclamándoles contribuciones; por el contrario, él debería haber apartado a sus ciudadanos de las calamidades de la guerra cuando se le presentó la oportunidad, y no haberse empeñado en vano por retomar los bienes y los ingresos que proporcionaba Mesenia, después de haber perdido un imperio tan grande, numerosas ciudades y el control de la tierra y del mar.

[36] Echó a perder todavía más su reputación ponerse al servicio [2] del egipcio Taco¹⁷¹. Y es que resultaba indigno que un hombre que había sido considerado el más importante de Grecia y que había extendido su fama por todo el mundo, emplease en beneficio de un hombre bárbaro, rebelde del rey persa, su persona, su nombre y su fama con el fin de recibir dinero por desempeñar trabajos de mercenario y de jefe de un [3] ejército extranjero. Y si, sobrepasados los ochenta años y

con el cuerpo entero destrozado por las heridas, hubiera vuelto a emprender aquella gloriosa y célebre expedición en defensa de la libertad de Grecia, su ambición no hubiera escapado del [4] todo a las críticas, ya que incluso las buenas acciones tienen su momento y su época adecuados; mejor dicho, por lo general es la mesura la que distingue las buenas acciones de las malas. [5] Agesilao no atendía a estas consideraciones y pensaba que ningún servicio público era inferior a su dignidad; ante todo consideraba indigno vivir en la ciudad sin hacer nada y sentarse [6] a esperar la muerte. Por esta razón reunió mercenarios con el dinero que Taco le había enviado y, después de equipar las naves, se hizo a la mar llevando consigo treinta consejeros espartiatas, como la primera vez¹⁷².

Cuando desembarcó en Egipto, los más destacados generales [7] y gobernadores del rey acudieron de inmediato a la nave para rendirle pleitesía. Había también entre el resto de los [8] egipcios un gran interés y expectación debido a su renombre y a su fama, y todos acudieron a verlo. Pero como no vieron [9] brillo ni parafernalia algunos, sino a un viejo tumbado en el césped junto al mar, menudo y de aspecto vulgar, cubierto con un manto áspero y modesto, se pusieron a burlarse de él y a bromear a su costa diciendo que aquello se parecía a la fábula del monte que se puso de parto y parió un ratón¹⁷³. Se sorprendieron aún más de su rareza cuando le llevaron e [10] hicieron entrega de los regalos de hospitalidad: cogió harina, bueyes y gansos, y rechazó pasteles, golosinas y perfumes, y, como lo obligasen a aceptarlos y le insistiesen, les dijo a quienes se los ofrecían que se los diesen a sus hilotas. No [11] obstante, Teofrasto dice que a Agesilao le gustó el papiro que servía para hacer guirnaldas debido a su sencillez y pureza, y por ello, en el momento de partir, se lo pidió al rey y se lo llevó consigo¹⁷⁴.

Se unió a Taco en la época en que este preparaba una [37] expedición, pero no fue nombrado, como él esperaba, general de todo el ejército, sino solo de los mercenarios, mientras que al frente de la flota se encontraba el ateniense Cabrias¹⁷⁵; el comandante en jefe era el propio Taco. Esta fue para Agesilao [2] la primera decepción; más tarde, se vio obligado a soportar hasta la saciedad la fanfarronería y la vanidad del rey egipcio.

Aun así se embarcó con Taco en dirección a Fenicia, y, contrariamente a su dignidad y a su carácter, se sometió a él y aguantó hasta que se le presentó la oportunidad de romper la [3] alianza. Nectanebis, que era primo de Taco y que tenía bajo su mando una parte del ejército, se rebeló contra él y, una vez proclamado rey por los egipcios, llamó a Agesilao para que lo ayudase e hizo la misma proposición a Cabrias, prometiéndoles [4] a ambos excelentes regalos. En cuanto supo esto, Taco recurrió a las súplicas, y Cabrias intentó por medio de la persuasión y de las amonestaciones que Agesilao conservase [5] su alianza con Taco. Pero Agesilao dijo: «Cabrias, como tú has venido por tu propia voluntad, puedes actuar a tu manera; pero a mí fue mi patria la que me puso como general al servicio de [6] los egipcios. Por ello, no sería correcto por mi parte combatir contra aquellos a los que fui enviado como aliado, a no ser [7] que mi patria me dé nuevas órdenes». Después de decir esto envió a Esparta emisarios con el fin de que acusaran a Taco [8] y alabasen a Nectanebis. Ellos enviaron también emisarios para suplicar ayuda a los lacedemonios, el uno como antiguo aliado y amigo, y el otro con la promesa de que en adelante [9] mostraría mejor disposición y más afecto a la ciudad. Tras oír a los embajadores, los lacedemonios respondieron abiertamente a los egipcios que estas cuestiones las dejaban en manos de Agesilao, y a él le escribieron ordenándole que viera la [10] manera de actuar en interés de Esparta. Agesilao, entonces, cogió a sus mercenarios y se pasó del bando de Taco al de Nectanebis, esgrimiendo el interés de la patria para encubrir una actuación extraña e inaudita, pues si se suprimía este pretexto, el nombre que más correspondía a semejante actitud era el de traición. Pero los lacedemonios, que colocan siempre [11] en el lugar del honor el interés de la patria, no aprenden ni conocen otra justicia que la que ellos creen que aumenta la grandeza de Esparta¹⁷⁶.

Taco, abandonado por sus mercenarios, emprendió la [38] huida¹⁷⁷; pero, desde Mendes, otro aspirante al trono se sublevó contra Nectanebis, fue proclamado rey y, después de reclutar diez mil hombres, se lanzó al ataque¹⁷⁸. Nectanebis, [2] con el fin inspirar confianza a Agesilao, le decía que

aunque los enemigos eran muchos, no eran más que una maraña de obreros cuya inexperiencia los hacía despreciables; a estas [3] palabras Agesilao contestó: «En realidad, más que el número de los enemigos temo su inexperiencia y su ignorancia, ya que va a ser difícil engañarlos: pues las estratagemas sólo [4] desconciertan a quienes piensan en cómo defenderse de una maniobra que ellos sospechan y esperan; pero quien no sospecha ni espera nada no ofrece punto débil a quien intenta despistarlo, del mismo modo que, en la lucha, quien no se mueve no da oportunidad alguna a su adversario para que le haga una llave». Después de esto, el mendesio mandó también [5] emisarios con la intención de tantear a Agesilao. Nectanebis se sintió atemorizado, y como Agesilao le instaba a trabar un combate lo más rápido posible en lugar de entablar una guerra larga contra unos hombres sin experiencia militar pero que disponían de brazos suficientes para envolverlo, cercarlo con trincheras, anticiparse y adelantarlo en muchos puntos, Nectanebis sospechó de él, sintió aún más miedo y se retiró [6] a una ciudad bien cercada por una extensa muralla. Agesilao se indignó ante esta falta de confianza y lo llevó muy a mal, pero como tenía vergüenza de cambiarse de nuevo de bando y de regresar finalmente sin haber hecho nada, lo acompañó y entró con él dentro de la fortaleza.

[39] Cuando los enemigos rodearon y cercaron con trincheras la ciudad, de nuevo por miedo al asedio el egipcio quiso combatir, para lo cual contaba con el total apoyo de los griegos, ya [2] que en la plaza fuerte no había víveres. Pero como Agesilao, en vez de aprobar ese plan, se oponía a él, su fama decayó aún más entre los egipcios, que lo llamaban traidor al rey; no obstante, soportó las calumnias con más calma todavía y se dedicó a esperar el momento oportuno para su estratagema. [3] He aquí lo que ocurrió: en el exterior los enemigos cavaban un profundo foso alrededor de la muralla, con el fin de dejarlos [4] completamente encerrados. Cuando los dos extremos del foso estaban a punto de encontrarse el uno con el otro y de rodear la ciudad, Agesilao esperó que cayese la tarde, ordenó a los griegos que se armasen, se dirigió al egipcio y le dijo: «Es este, joven, el momento oportuno para nuestra salvación, del que no he querido hablar antes de que

llegase, por miedo [5] a que se echase todo a perder. Los enemigos trabajan con sus propias manos por nuestra seguridad al cavar un foso tan grande: la parte terminada les impide sacar provecho de su superioridad numérica, mientras que la parte inacabada nos permite a nosotros combatir contra ellos en justas condiciones de igualdad. Vamos, pon todo tu empeño en actuar como un valiente, síguenos a la carrera y salva tu vida y a tu ejército. [6] Los enemigos que vengan de frente no soportarán nuestro ataque, y los demás no nos causarán daño alguno por culpa [7] del foso». Nectanebis se admiró de la sagacidad de Agesilao y, tras colocarse en el centro del ejército griego, se lanzó al ataque y puso fácilmente en fuga a cuantos se le oponían. Una vez que Agesilao consiguió que Nectanebis confiase en [8] él, puso de nuevo en práctica la misma estrategia contra los enemigos, como en una lucha de atletas. Huyendo y retirándose [9] unas veces, rodeándolos otras, metió al grueso de los enemigos dentro de un recinto bordeado a ambos lados por un profundo canal; al obstruir el espacio intermedio entre los dos lados y ocuparlo con el frente de su falange, igualó en número a los enemigos, que no podían rodearlo ni cercarlo. De este modo, tras una muy corta resistencia, puso en fuga a [10] los enemigos; muchos de ellos cayeron muertos, mientras que quienes lograron huir se dispersaron y se disolvieron¹⁷⁹.

Después de esto, los asuntos del egipcio empezaron a [40] marchar viento en popa y su seguridad se vio reforzada; como muestra de afecto y amistad, le rogó a Agesilao que se quedara y pasara junto a él todo el invierno. Sin embargo, Agesilao [2] deseaba regresar a su patria, que se encontraba en guerra, porque sabía que la ciudad necesitaba recursos y mantenía a mercenarios. Nectanebis, pues, lo despidió con gran honor y magnificencia, le colmó de distinciones y regalos y le dio doscientos treinta talentos de plata para la guerra¹⁸⁰. Como [3] ya había llegado el invierno, tuvo que atracar en tierra sus naves en la costa de Libia, en un lugar desierto denominado *puerto de Menelao*, donde murió a la edad de ochenta y cuatro años¹⁸¹. Fue rey de Esparta durante cuarenta y un años¹⁸², durante treinta años fue el hombre más importante y más poderoso de todos los griegos, y fue considerado el general y

el [4] rey de casi toda Grecia hasta la batalla de Leuctra¹⁸³. Como es costumbre laconia tributar los honores fúnebres y abandonar los cuerpos de los ciudadanos comunes que mueren en el extranjero, pero repatriar los cadáveres de los reyes, los espartiatas allí presentes embadurnaron el cadáver con cera, pues carecían de miel, y lo transportaron a Lacedemonia.

[5] Su hijo Arquidamo heredó el trono, que perteneció a su familia hasta Agis, a quien asesinó Leónidas porque pretendía reinstaurar la antigua constitución espartana; Agis era el quinto descendiente de Agesilao¹⁸⁴.

¹ Arquidamo II fue rey de Esparta desde 469 hasta 427 (todas las fechas son antes de Cristo); su hijo primogénito, Agis II, ocupó el trono desde 427 hasta 400; el hijo menor, y fruto de otro matrimonio, como afirma aquí Plutarco, fue Agesilao II (440-360), el protagonista de esta vida, rey de Esparta entre 398 y 360.

² El sistema educativo espartano (*agogé*), instaurado por el mítico legislador Licurgo, era el eje sobre el que giraba la vida política de la ciudad. La función esencial de este sistema era inculcar en el individuo la idea de que el máspreciado de los bienes era el bien del Estado; para ello, los niños, nada más nacer, eran entregados al Estado, que, tras comprobar la valía física de los recién nacidos, se encargaba de su educación desde los siete hasta los treinta años. La formación de los jóvenes, básicamente militar, se caracterizaba por su sobriedad y dureza. Además del testimonio del propio PLUTARCO (*Vida de Licurgo*, 16-23), un buen resumen de la *agogé* espartana lo encontramos en C. FORNIS, *op. cit.* págs. 272-282.

³ Fr. 218 Bgk.= 111 Page.

⁴ Dentro de la *agogé*, los jóvenes espartanos eran distribuidos en *grupos* (en griego *agélai*, literalmente rebaños), en los que permanecían tanto durante los ejercicios del día como durante la noche, de ahí que fuesen muy habituales las relaciones amorosas entre sus integrantes. Lisandro, uno de los personajes más importantes de la historia de Esparta, se convirtió en el estadista más poderoso de Grecia tras su victoria en la batalla de Egospótamos (405), que supuso el fin del imperio ateniense. Hombre de grandes ambiciones, murió en la batalla de Haliarto en 395. Plutarco le dedicó una de sus *Vidas*, haciendo pareja con Sila.

⁵ Fr. 141 Wimmer.

⁶ Los éforos constituían una magistratura colegiada y anual de cinco miembros, cuya importancia en el Estado espartano era capital: su función era, sobre todo, la de vigilar en nombre del Estado la acción de los reyes; por ello, las relaciones entre unos y otros fueron siempre tensas (cf. más abajo, 4, 4-5); para cumplir su tarea, gozaban de todos los poderes y recursos, incluidas las censuras y las sanciones. En cuanto al matrimonio, los éforos podían sancionar a los reyes por casarse con una mujer que no fuese adecuada para engendrar hijos sanos y fuertes (*kakogamía*).

⁷ El popular político y militar ateniense Alcibiades (450-404) estuvo refugiado en Esparta en 415, cuando allí reinaba Agis II (cf. nota 1).

⁸ Duris de Samos (340-270 a. C.), historiador y tirano de su isla natal, escribió varias obras históricas, entre las que destacaba una *Historia de Grecia* (o bien *Historia de Macedonia*). Los hilotas constituían el último estrato social del Estado espartano, por debajo de los espartiatas y de los periecos; aunque hay dudas respecto a su tipificación exacta, sabemos que la mayoría de ellos eran de origen mesenio, que carecían de libertad y que eran propiedad del Estado, pues dependían de un particular. Los hombres hilotas se dedicaban a cultivar en usufructo las tierras de su amo, y las mujeres estaban destinadas por lo general a las tareas domésticas. Sobre los hilotas, cf. C. FORNIS, *op. cit.*, págs. 261-267.

⁹ Agesilao, nacido en 440, ascendió al trono el 398, cuando ya contaba cuarenta y dos años de edad.

¹⁰ Este Diopites parece ser el mismo de que habla ARISTÓFANES (*Cab.* 1085, *Avispas* 580, *Aves* 988).

¹¹ Los espartanos se consideraban descendientes de Heracles (*Heraclidas*), a partir sobre todo de los descendientes inmediatos de este y de Deyanira, que colonizaron el Peloponeso, la patria del héroe, en el curso del mítico «regreso de los Heraclidas».

¹² Sin embargo, JENOFONTE (*Hel.* III, 3, 2) afirma, por boca del propio Agesilao, que el terremoto no expulsó del lecho a Leotíquidas sino a Alcibiades.

¹³ Cf. JEN., *Ages.* 6, 4.

¹⁴ Los ancianos (*gérontes*) formaban el Consejo de Ancianos (*Gerousía*), compuesto por 28 ancianos mayores de 60 años, procedentes de las familias aristocráticas. Se encargaban de arbitrar en casos que implicasen muerte, exilio y *atimía* (privación de derechos ciudadanos), y, como se dice aquí, incluso los reyes estaban sometidos a su jurisdicción. Su creación se atribuía, como la de todas las instituciones espartanas, al legislador Licurgo, personaje semilegendario que vivió tal vez en el siglo IX a. C. y que dio forma a la constitución espartana inspirándose en las instituciones de Creta; a él le dedicó PLUTARCO una de sus *Vidas*, haciendo pareja con Numa.

¹⁵ Sobre la importancia del papel moderador de la *Gerousía* en Esparta, cf. PLUT., *Lic.* 5, 10-14.

¹⁶ Los filósofos de la naturaleza son los presocráticos; la idea aquí mencionada parece remitir al pensamiento de figuras como Heráclito, cuya filosofía se asentaba en la existencia de opuestos que causaban el perpetuo cambio del mundo, pero sin que este perdiese su unidad, ya que esos opuestos se unían conforme a un principio universal que él denominó *Lógos*.

¹⁷ Cf. *Od.*, VIII, 77.

¹⁸ Lisandro ya había estado en Asia dos veces durante la guerra del Peloponeso: una vez en 407, como *navarca* (jefe de la flota peloponésica) y luego en 406-5, en calidad de vicealmirante, pues la ley prohibía que una misma persona comandase dos veces la flota. Hay en este pasaje, además, una alusión a las llamadas *dearquías*, que eran los duros regímenes oligárquicos que Lisandro impuso en las ciudades que antes habían pertenecido al imperio ateniense; estaban compuestas por diez magistrados (de ahí su nombre) y gracias a ellas Esparta ejercía su hegemonía e intervenía en la política de numerosas ciudades de Grecia y de Asia Menor.

¹⁹ Agesilao partió hacia Asia (concretamente hacia Asia Menor) a comienzos de 396.

²⁰ Los espartiatas eran el grupo minoritario, selecto y dominante del Estado espartano; a él pertenecían los varones de más de treinta años que, tras superar la *agogé*, disfrutaban de plenos poderes políticos y civiles. Los *neodamodes* eran hilotas recién liberados.

²¹ Geresto era un promontorio y un puerto situados al S de la isla de Eubea, que se encontraba frente al Ática y Beocia. Áulide se hallaba en la costa de Beocia, frente a Calcis de Eubea.

²² Según la leyenda, el rey Agamenón, incitado por el adivino Calcante, hubo de sacrificar en Áulide a su hija Ifigenia para mitigar la cólera de la diosa Ártemis y poder así conducir hacia Troya al ejército griego.

²³ La diosa en cuestión es Ártemis. Otros manuscritos recogen, en lugar de «insensibilidad» (*apátheia*) —como hacemos nosotros, de acuerdo con R. FLACELIÈRE y K. ZIEGLER— la lectura «ignorancia» (*amathía*); esta última posibilidad puede ser también válida, ya que Agamenón desconocía que a los dioses no les agradaban los sacrificios humanos.

²⁴ Tanto en el anterior capítulo como en este, PLUTARCO sigue muy de cerca el relato de JENOFONTE acerca de la rivalidad entre Lisandro y Agesilao (*Hel.*, III, 4, 7-10); sin embargo, el historiador ateniense omite el humillante nombramiento de Lisandro como despensero del rey.

²⁵ El Helesponto se corresponde con el actual estrecho de los Dardanelos. El persa Farnabazo II era el sátrapa de Dascilio, ciudad de la Propóntide (Frigia del Helesponto); durante la guerra del Peloponeso apoyó a los lacedemonios, pero una vez que estos lograron la victoria, vio peligrar sus intereses en Asia Menor y terminó por unirse a los atenienses para acabar con la hegemonía espartana. Espitridates se había enemistado con Farnabazo porque este pretendía casarse con la hija del rey persa y tomar a la hija de Espitridates sin matrimonio, es decir, como concubina (cf. JEN. *Hel.* III 4, 10 y *Ages*, 3, 3).

²⁶ Lisandro murió en 395 en la batalla contra los tebanos que tuvo lugar en Haliarto, ciudad beocia al S del lago Copais, entre Tebas y Orcómeno; sobre la muerte de Lisandro, cf. JEN. *Hel.*, III 5, 17-19.

²⁷ Tisafernes era el sátrapa de Sardes, la capital del reino de Lidia, y el comandante en jefe del ejército persa en Asia Menor. Sobre el pacto firmado entre Agesilao y Tisafernes y su ruptura, cf. JEN., *Hel.*, III 4, 5-6 y 11 ss.

²⁸ Los Diez Mil fueron la famosa expedición de mercenarios griegos que el príncipe persa Ciro el Joven contrató en 401 para destronar a su hermano Artajerjes II, ascendido al trono a principios de 404; Esparta contribuyó a este ejército con setecientos mercenarios a las órdenes de Quirisofonte. En ella desempeñó un papel destacado el historiador ateniense Jenofonte, quien además nos ha dejado el relato más completo de esta expedición en su obra *Anábasis*.

²⁹ Caria, región de Asia Menor situada al S de Lidia, perteneció a la satrapía de Sardes hasta la muerte de Tisafernes.

³⁰ Se trata, concretamente, de la Frigia del Helesponto, de la que era sátrapa Farnabazo.

³¹ Plutarco alude aquí al revés sufrido por los jinetes de Agesilao cerca de Dascilio, donde murieron trece de ellos a manos de los jinetes de Farnabazo (cf. JEN. *Hel*, III 4, 13-14).

³² Signo de mal agüero.

³³ Este pasaje entre corchetes es posible que sea una glosa introducida erróneamente en el texto.

³⁴ Cf. *Iliada* XXIII, 295-299.

³⁵ Lidia era un reino de Asia Menor, situado en el centro del extremo occidental de la península (actual Turquía). Esta campaña comenzó en la primavera de 395.

³⁶ Sardes era la capital de Lidia.

³⁷ Los hoplitas eran los soldados de infantería pesada.

³⁸ El persa Titraustes sustituyó a Tisafernes en la satrapía de Lidia.

³⁹ La *escítala* era el sistema de codificación utilizado por los éforos espartanos para enviar mensajes secretos: consistía en dos varas del mismo grosor que se entregaban a los destinatarios; para enviar un mensaje se enrollaba una cinta de forma espiral a uno de los bastones y se escribía el mensaje longitudinalmente, de manera que en cada vuelta de cinta apareciese una letra. Una vez escrito el mensaje, se desenrollaba la cinta y se enviaba al receptor, que solo tenía que enrollarla a la vara gemela para leer el mensaje. PLUTARCO da una descripción detallada de este particular modo de comunicación en su *Vida de Lisandro*, 19.

⁴⁰ Se trata del historiador Teopompo de Quios (nacido aproximadamente en 380), autor de unas *Helénicas* y unas *Filípicas* de las que solo se conservan fragmentos (recogidos en JACOBY, FGH núm. 115).

⁴¹ El navarca Pisandro, cuñado de Agesilao —pues este estaba casado con Cleora, hermana de aquel (véase más abajo, 19, 10) combatió contra la flota grecofenicia comandada por Farnabazo y Conón, y murió en la batalla de Cnido, que tuvo lugar en 394 (cf. JEN., *Hel*, IV 3, 10 ss.).

⁴² Paflagonia, región de Asia Menor (hoy Turquía), se hallaba en el centronorte de Anatolia y limitaba al N con las colonias griegas del Mar Negro. En cuanto al nombre del rey de los paflagonios, otros manuscritos lo llaman *Otis* (así aparece en las *Helénicas* de JENOFONTE). Sobre el matrimonio entre Cotis y la hija de Espitridates, cf. JEN. *Hel*, IV 1, 4-15.

⁴³ Sobre Espitridates, véase más arriba, 8, 3 y nota 25.

⁴⁴ Los peltastas eran los soldados de infantería ligera.

⁴⁵ Herípidas era el jefe de la expedición espartana y, como tal, tenía derecho absoluto para intervenir sobre el botín.

⁴⁶ En efecto, Espitridates y los paflagonios se habían llevado gran parte de los bienes arrebatados a Farnabazo; Espitridates, indispuesto con Herípidas, se marchó a Sardes junto al persa Arieo, que en esa época era delegado de Titraustes en la satrapía de Sardes (cf. JEN., *Hel*, IV 4, 26-27).

⁴⁷ Cízico era una ciudad de la Propóntide; sobre la entrevista entre Agesilao y Farnabazo, cf. JEN., *Hel*, IV 1, 29.

⁴⁸ En efecto, como refiere TUCÍDIDES (VIII, 6, 1), Farnabazo, en 413, durante la guerra del Peloponeso, había enviado embajadores a Lacedemonia para persuadir a los espartanos de que llevasen sus naves al Helesponto con el fin de sublevar contra los atenienses a las ciudades griegas que se encontraban bajo su jurisdicción.

⁴⁹ En todo este pasaje Plutarco sigue a JENOFONTE (*Hel*, IV 39-40), quien nos aporta algunos detalles omitidos por Plutarco: el hijo de Farnabazo aquí citado, cuyo nombre no se da, era hijo de su mujer Parapita; tras el ascenso al trono del otro hijo de Farnabazo, Ariobarzanes, el otro fue desterrado a Esparta, donde gracias a Agesilao logró que admitiesen en la carrera infantil de Olimpia a su amante, un hijo del ateniense Evalces, aunque este sobrepasaba la estatura permitida.

⁵⁰ Se trata del filósofo peripatético Jerónimo de Rodas, que vivió entre 290 y 230 a. C., autor de unos *Recuerdos históricos* (fragmentos en WEHRLI, *Die Schule des Aristoteles*, 10, 1969).

⁵¹ La expedición asiática de Agesilao comenzó la primavera de 396 y acabó el verano de 394.

⁵² Alusión a las relaciones sexuales, que estaban prohibidas en los santuarios.

⁵³ Verso del poeta Timoteo de Mitilene (450-360); es el fr. 790 Page.

⁵⁴ Ecbatana, la capital de Media, emplazada a orillas del río Orontes, era la residencia de verano de los reyes persas; Susa era la capital del Imperio persa, situada a SO del actual Irán.

⁵⁵ La «gran guerra contra Esparta» aquí mencionada es la guerra de Corinto, que había estallado en la Grecia continental en 395, es decir, un año antes de que Agesilao iniciase sus preparativos para marchar sobre Susa y Ecbatana; dicha guerra enfrentó a Esparta con la coalición integrada por Beocia, Corinto, Atenas y Argos.

⁵⁶ Verso pronunciado por Andrómaca en las *Troyanas* de EURÍPIDES (v. 764).

⁵⁷ Cf. PLUT., *Alej.* 37, 7, y 56, 1.

⁵⁸ Alusión a distintas guerras entre griegos: la de Leuctra tuvo lugar en 371 (cf. caps. 28, 29 y 30); la de Coronea, en 394 (cf. caps. 18 y 19), y la de Corinto entre 395 y 386 (cf. caps. 21 y 22); en cuanto a la «batalla de Arcadia» aquí mencionada, es posible que se corresponda con la de la ciudad arcadia de Mantinea (362), o tal vez —como proponen FLACELIÈRE-CHAMBRY en su edición, pág. 113— con la invasión de Arcadia por Agesilao en 370 y de la que se habla más abajo (cf. 30, 1).

⁵⁹ Cf. PLUT., *Pomp.* 82, 5-6.

⁶⁰ En 203, Cartago reclamó la presencia de Aníbal, que se hallaba cerca de Roma cuando Publio Cornelio Escipión Africano trasladó la guerra a África.

⁶¹ Alusión a la batalla que tuvo lugar en el otoño de 331 en la ciudad arcadia de Megalópolis, en la que el rey espartano Agis III, al frente de la coalición peloponésica, fue derrotado por Antípatro, regente de Macedonia en ausencia de Alejandro.

⁶² Sobre la *escítala*, véase más arriba, 10, 9 y nota.

⁶³ *Iliada*, IV, 175.

⁶⁴ Los tralos eran un pueblo tracio.

⁶⁵ La región de Tesalia se hallaba en la Grecia central, al S de Macedonia.

⁶⁶ Larisa era la capital de Tesalia. Los espartiatas Jenocles y Escites habían combatido, a las órdenes de Agesilao, contra Tisafernes en la batalla del río Pactolo, en Lidia, el primero como jefe de la caballería y el segundo al frente de los hoplitas *neodamodes* (cf. JEN., *Hel.* III 4, 20).

⁶⁷ Según JENOFONTE (*Hel.*, IV, 3, 1, y *Ages.*, 7, 5), en la batalla de Corinto solo murieron ocho espartiatas.

⁶⁸ Los farsalios habitaban Fársalo, ciudad de Tesalia. El Nartacio era un monte de esa misma región.

⁶⁹ JENOFONTE relata con más detalles los combates de Agesilao en Tesalia (cf. *Hel.* IV 3, 3-9).

⁷⁰ El éforo Dífridas es el mismo que, en 390, fue enviado por Esparta como estratega a Asia Menor y cuyas virtudes militares alaba JENOFONTE (cf. *Hel.*, IV, 8, 21).

⁷¹ El desfiladero de las Termópilas, entre el mar y las alturas del Calidromo, comunicaba la Grecia del Norte con la del centro. La región de Fócide se hallaba en el centro de Grecia, al N de Beocia.

⁷² Queronea, la ciudad natal de Plutarco, se encontraba en la frontera beocia con la Fócide. En agosto de 394, en Cnido, ciudad de Asia Menor situada en la extremidad de un largo promontorio unido a la costa de Caria, tuvo lugar la batalla en la que murió Pisandro, cuñado de Agesilao y navarca de la flota lacedemonia (cf. 10, 11); la flota enemiga, formada por naves griegas y fenicias, la comandaban el sátrapa Farnabazo y el general ateniense Conón, quien, tras ser derrotado por Lisandro en Egospótamos (405), se había exiliado en Chipre y se había puesto al servicio de Persia. Sobre la batalla de Cnido, cf. JEN., *Hel.* IV 3, 10-14.

⁷³ Coronea, ciudad beocia situada al SO del lago Copais, fue, en 394 a. C. — pocos días después de la derrota de Cnido —, el escenario de la batalla que enfrentó a los lacedemonios con una alianza antiespartana integrada por beocios, atenienses, argivos, corintios, eubeos, enianos, locrios opuntios y locrios ózolos; los espartanos, por su parte, contaron, entre otros, con el apoyo de media compañía y hoplitas de la ciudad beocia de Orcómeno. Más detalles sobre la batalla de Coronea en JEN., *Hel.* IV 3, 15-20.

⁷⁴ Cf. JEN., *Hel.* IV 3, 16, y *Ages.*, 2, 9.

⁷⁵ En su relato de la batalla de Coronea (cf. nota 77) JENOFONTE no menciona a estos cincuenta espartiatas.

⁷⁶ El Helicón, el monte de las Musas, se hallaba en la región de Beocia.

⁷⁷ PLUTARCO alude aquí a otra batalla que tuvo lugar en Coronea en el año 447 y que enfrentó a Atenas con Tebas; en ella los beocios, junto con aliados orcomenios, locros y eubeos, derrotaron al ejército ateniense encabezado por Tólmides, que murió en el combate (cf. TUC., 1, 113). El templo de Atenea Itonia (epíteto aplicado a la diosa por ser Itono el fundador de su culto en Beocia) era el centro religioso de la confederación beocia.

⁷⁸ Los juegos píticos en honor del dios Apolo se celebraban cada cuatro años —concretamente en el mes de septiembre— en Delfos, ciudad de la Fócide, al NO de Beocia, donde se hallaban el santuario y el oráculo de Apolo más importantes de Grecia.

⁷⁹ El Eurotas es el río más importante de la región de Laconia.

⁸⁰ Aristodemo fue el descendiente de Heracles al que, según la leyenda, le correspondió Lacedemonia en el mítico reparto de la península doria que tuvo lugar después del regreso de los Heraclidas (véase más arriba, nota 11); era, además, el abuelo de Agis y de Euripón, los fundadores de las dos familias reales de Esparta, la de los Agiadas y la de los Euripóntidas, a la que pertenecía Agesilao (cf. JEN., *Ages.* 8, 7).

⁸¹ Cf. JEN., *Ages.* 8, 7.

⁸² Dicearco de Mesene, que vivió tal vez a finales del siglo IV, fue discípulo directo de Aristóteles; destacó en el campo de la geografía —fue el más importante predecesor de Eratóstenes— y escribió, entre muchas otras obras, una *Vida de Grecia (Bíos Helládos)* y un tratado *Sobre las leyes de Esparta*. Sobre Epaminondas, general y estadista tebano, véase más abajo 27, 6, y nota, y caps. 28 y 30.

⁸³ Cleora sería sin duda la hermana de Pisandro (véase más arriba, 10, 11, y 17, 4).

⁸⁴ Cinisca era, según PAUSANIAS (3, 15, 1; 5, 12, 5; 6, 1, 6-7), hija de Agesilao y no su hermana, como sostiene aquí PLUTARCO; es posible que Cinisca sea la «hermana de Arquidamo», el hijo de Agesilao, con la que estaba casada el espartiatas Quilón, según JENOFONTE (*Hel.* VII 4, 23). Sea lo que sea, sí es seguro que Cinisca pasó a la historia como la primera mujer que venció en los juegos olímpicos en sendas carreras de cuadrigas (en 396 y 362), como se recoge en una inscripción dedicada a ella en Olimpia (*IG V 1.11564a*).

⁸⁵ De acuerdo con FLACELIÈRE-CHAMBRY y B. PERRIN, traduzco por *filósofo* el adjetivo *sofós* (literalmente, «sabio») aplicado a Jenofonte, más conocido por su faceta de historiador, pero que fue también filósofo (no en vano fue discípulo de Sócrates).

⁸⁶ Sucedió en 395, en la batalla de Haliarto (cf. 8, 4, y nota).

⁸⁷ Lisandro, en efecto, como el propio PLUTARCO afirmaba más arriba (cf. 8, 3), deseaba subvertir el orden constitucional espartano —bien acabando con la realeza, o bien eliminando su carácter hereditario para hacerla electiva entre todos los Heraclidas— con el fin de alcanzar él el trono. En *Máximas de espartanos*, 229 F, PLUTARCO nos informa de que fue el éforo Lacrátidas quien aconsejó a

Agesilao enterrar el discurso escrito por el logógrafo jonio Cleón, y no uno de los ancianos. Más detalles sobre esta conspiración en PLUT., *Lis.* 24, 2- 26.

⁸⁸ Agesípolis I, rey de Esparta entre 394 y 380, era hijo del rey agiada Pausanias, que hubo de marcharse exiliado a Tegea en 395, tras ser condenado a muerte por su calamitosa intervención en la batalla de Haliarto. Frente al carácter competitivo y belicoso de Agesilao, Agesípolis se distinguió por su naturaleza pacífica y justa (cf. DIOD., 15, 19, 4); no obstante, JENOFONTE da cuenta de sus acciones militares en la invasión de Fliunte (*Hel.* IV 7, 2, y ss.) y la campaña de Mantinea (V, 2, 3, y ss.). Murió en el verano de 380, en el curso de la guerra de Olinto, a causa de una fiebre que cogió durante la toma de Torona (JEN., *Hel.* V 3, 18-20).

⁸⁹ La *phiditia* (o *syssitia* o incluso *syskenia*), palabra que aquí traduzco por «refectorio», siguiendo a FLACELIÈRE-CHAMBRY (*ed. cit.* pág. 120), era la comida comunitaria que compartían los espartiatas todos los días al anochecer (cf. PLUT., *Lic.* 15, 6); esta práctica, introducida por Licurgo, tenía gran importancia dentro del Estado espartano: con ella se buscaba estrechar y reforzar los lazos de unión que vinculaban a los miembros de la elite política espartana. PLUTARCO aporta numerosos detalles sobre las comidas comunitarias en *Lic.*, 10-12.

⁹⁰ Cf. PLUT., *Lic.* 18, 8-9.

⁹¹ Teleutías alcanzó el cargo de navarca en 391.

⁹² Hay una laguna en el texto griego; sin embargo, gracias a JENOFONTE (*Hel.*, IV, 4, 19), a quien sigue PLUTARCO en este punto, podemos reconstruir más o menos el contenido del pasaje: la toma de Corinto se efectuó gracias a la intervención terrestre de Agesilao y a las doce trirremes aportadas por Teleutías; esta hazaña, según JENOFONTE, alegró mucho a la madre de ambos.

⁹³ Los juegos ístmicos en honor de Poseidón se celebraban en primavera (entre abril y mayo) y cada dos años, en el santuario que este dios tenía en el Istmo de Corinto.

⁹⁴ Esta nueva expedición contra Corinto tuvo lugar en mayo o junio de 390, un año después de la que Agesilao hizo junto con Teleutías.

⁹⁵ Cf. JEN., *Hel.* IV 5, 1-3.

⁹⁶ Para un actor era un insulto ser considerado un mimo.

⁹⁷ Para mofarse del prepotente médico Menécrates, Agesilao sustituye la fórmula habitual de encabezamiento de las cartas, *chaírein*, «que te vaya bien», por el verbo *hygiáinein*, que literalmente significa «ten salud», y, en sentido figurado, «que estés cuerdo».

⁹⁸ En este santuario de Hera, situado sobre un promontorio al N de Corinto, se habían refugiado los corintios del Pireo —es decir, de la península montañosa que separa la bahía de Corinto de la Egostena—, según refiere JENOFONTE (cf. *Hel.* IV 5, 5).

⁹⁹ La guarnición ateniense destinada en Corinto, al mando de Calias e Ificrates, infligió una severa derrota al batallón espartano de la aldea de Amiclas en el Lequeo, importante puerto del golfo de Corinto; JENOFONTE hace un extenso relato de esta batalla (cf. *Hel.* IV 5, 7-19).

¹⁰⁰ Concretamente, cuando supo que todos los cadáveres habían sido ya recogidos; cf. JEN, *Hel.* 4, 5, 8.

¹⁰¹ En el año 389, los aqueos, aliados de Esparta, fueron atacados por los acarnanios, habitantes de la Grecia central, que formaban parte de la alianza antiespartana junto con los atenienses y los beocios; en consecuencia, Agesilao acudió en su ayuda y derrotó a los acarnanios, que se vieron forzados a firmar la paz con los aqueos y una alianza con los lacedemonios (cf. *Hel.* IV 6 y 7, 1).

¹⁰² Como se ha dicho más arriba (véase 17, 4 y nota), Conón y Farnabazo derrotaron a la flota espartana en 394 en Cnido. Este descalabro debilitó la posición militar y económica de Esparta hasta el extremo de que un amplio sector de la población espartana comenzó a reclamar hacer las paces con el rey de Persia; los contactos con este se iniciaron en 392. Por otro lado, las murallas de Atenas habían comenzado a restaurarse ya en 394 con el dinero que Farnabazo había dado a la ciudad (cf. JEN., *Hel.* IV 8, 9-10).

¹⁰³ El estratega Antálcidas, enemigo de Agesilao, fue el encargado de llevar las negociaciones con Tiribazo, que era entonces el sátrapa de Sardes. En las conversaciones con Tiribazo intervinieron también los atenienses, los beocios y los argivos, quienes, a diferencia de Antálcidas, se negaron a entregar al Gran Rey sus posesiones en Asia Menor. La paz, pues, quedó frustrada; sin embargo, Tiribazo dio dinero a Antálcidas para que armase una flota con el fin de obligar a los atenienses y a los aliados a pedir la paz (cf., JEN., *Hel.* IV 8, 12-17 y V, 1, 25-28).

¹⁰⁴ En efecto, con la paz de Antálcidas —suscrita finalmente en 386, tras las victorias militares de Antálcidas sobre los atenienses— prácticamente todas las ciudades griegas, pequeñas o grandes, lograron la autonomía; esta condición la aceptaron los atenienses, los argivos y los lacedemonios, pero no los tebanos, ya que eso suponía el fin de la liga beocia —que, de hecho, se disolvió después de este pacto (cf. JEN. *Hel.* V 1, 29-36).

¹⁰⁵ En 382, el oficial espartano Fébidas, cuando marchaba hacia la ciudad calcídica de Olinto, tomó por su cuenta la Cadmea —la acrópolis de Tebas— incitado por Leontíades, uno de los polemarcos tebanos y líder de la facción filolaconia (cf. *Hel.* V 2, 25-36). Este hecho suponía una violación flagrante del principio de autonomía acordado en la paz de Antálcidas.

¹⁰⁶ De hecho, según DIODORO (15, 20, 1-2), Fébidas invadió la Cadmea siguiendo instrucciones secretas de Agesilao, que se dejó llevar, una vez más, por su odio acérrimo a los tebanos.

¹⁰⁷ Cf. JEN., *Ages.* 8, 3

¹⁰⁸ El polemarco Arquías era tebano; sobre Leontíades, véase más arriba, nota 105.

¹⁰⁹ Véase más arriba, nota 106.

¹¹⁰ En 379, es decir, tres años después de ser tomada por Fébidas, la Cadmea fue liberada por el estratega tebano Pelópidas, como relata PLUTARCO en *Pelóp.*, caps. 7-14.

¹¹¹ Cléombroto I, hermano de Agesípolis e hijo de Pausanias, por tanto miembro de la casa agiada, había ascendido al trono de Esparta en 380, y permaneció en él hasta su muerte en la batalla de Leuctra en 371.

¹¹² Agesilao, que había nacido en 440, tenía en 378 más de sesenta años, edad a la que ningún ciudadano estaba obligado a servir fuera de su territorio (cf. JEN., *Hel.* V 4, 13).

¹¹³ En 384, Agesilao y los éforos restituyeron a los oligarcas exiliados de la ciudad arcadia de Fliunte, tradicional aliada de Esparta pero que, desde la primera década del siglo IV, disponía de una Constitución democrática; más tarde, en 381, estos oligarcas consiguieron que Agesilao sitiara Fliunte durante un año y medio, tomara la ciudad e instalara en ella una oligarquía filolaconia (cf. JEN., *Hel.* V 2, 8; 3, 10-17, y 21-25).

¹¹⁴ El espartiatas Esfodrias era gobernador de la ciudad beocia de Tespias. Sobre él, véase JEN., *Hel.* V, 4, 15, 20, y ss.

¹¹⁵ Véase más arriba, 23, 6 y ss., y nota.

¹¹⁶ El político y general tebano Pelópidas fue desterrado de Tebas después de la ocupación de la Cadmea por los lacedemonios; más tarde, participó en la liberación de Tebas (véase más arriba, 24, 2, y nota 110). Amigo de Epaminondas, intervino gloriosamente en la batalla de Leuctra (371) y murió en Cinoscéfalas en 364. PLUTARCO le dedicó una de sus *Vidas*. En cuanto al tebano Melón, su intervención en la expulsión de los lacedemonios de Tebas es narrada por JENOFONTE en *Hel.*, V, 4, 2, y ss.

¹¹⁷ Es decir, como la toma de Cadmea por parte de Fébidas.

¹¹⁸ Tría se encontraba en el Ática, cerca de Eleusis.

¹¹⁹ Cf. JEN., *Hel.* V 4, 24.

¹²⁰ El hijo de Agesilao, Arquidamo III, reinó en Esparta desde 360 hasta 338.

¹²¹ Esto lo hizo, según JENOFONTE, incitado por su padre (cf. JEN., *Hel.* V 4, 26)

¹²² Todo este pasaje es un resumen del relato que hace Jenofonte del juicio de Esfodrias (cf. *Hel.* V 4, 25-33). Etimocles, amigo personal de Agesilao, era uno de los embajadores espartanos que se hallaba en Atenas cuando Esfodrias intentó tomar el Pireo (cf. JEN., *Hel.* V 4, 22).

¹²³ En efecto, los atenienses se unieron a los beocios con el fin de vengarse de Esparta (cf. JEN. V 4, 34).

¹²⁴ Se refiere a la ley que eximía del servicio militar a los mayores de sesenta años, mencionada más arriba (cf. 24, 3). Sobre la expedición de Agesilao contra Beocia, que tuvo lugar en 378, véase el detallado relato de JENOFONTE, *Hel.* V 35, y ss.

¹²⁵ Las *retras* introducidas por el legislador Licurgo eran, en sentido técnico, las leyes que daban forma a la Constitución espartana; sin embargo, el término *retra* es muy complejo y plantea numerosos problemas que no podemos tratar aquí (el lector interesado puede encontrar más datos en C. FORNIS, *op. cit.*, págs. 35 ss.); la *retra* aquí mencionada es, concretamente, la tercera, que es descrita por el propio PLUTARCO en *Lic.* 13, 6.

¹²⁶ Los aliados expusieron sus quejas en una Asamblea que se celebró en 376 y de la que JENOFONTE da cuenta en *Hel.* V 4, 60.

¹²⁷ En efecto, como señala PLUTARCO en *Lic.*, 24, 2, Licurgo había proporcionado a sus conciudadanos un gran bien, que era el de disponer de tiempo libre, ya que a los espartiatas no se les permitía ejercer ningún oficio manual; las tareas manuales las realizaban los hilotas (véase nota 8).

¹²⁸ La ciudad de Mégara era el centro político de Megáride, región situada entre el Istmo de Corinto, Beocia y el Ática. Agesilao cayó enfermo en la primavera de 376 (cf. JEN., *Hel.* 5, 4, 58).

¹²⁹ La ciudad beocia de Tegira, al N del lago Copais, fue, en 376 (o bien en 375, según CARTLEDGE) el escenario de esta batalla en la que el tebano Pelópidas, al frente del «Batallón Sagrado», derrotó a los lacedemonios (cf. PLUT., *Pelop.*, caps. 16-17).

¹³⁰ PLUTARCO da aquí un salto cronológico de cinco años, ya que este nuevo acuerdo se concretó en 371, es decir, aproximadamente unos cinco años después de la batalla de Tegira. JENOFONTE relata con más detalles el llamado *Congreso de Esparta* en *Hel.*, VI, 3.

¹³¹ Epaminondas, general y hombre de Estado tebano, colaboró con su amigo Pelópidas en la liberación de Tebas en 379; se opuso a la hegemonía lacedemonia en el Congreso de Esparta (aunque JENOFONTE omite su intervención en dicho Congreso, cf. *Hel.* VI 3) y reveló su genio militar en la batalla de Leuctra (28, 8 y nota). Murió, finalmente, en 362, en la batalla de Mantinea. PLUTARCO le dedicó una de sus biografías, formando pareja con Escipión, que por desgracia no ha llegado hasta nosotros.

¹³² Es decir, independiente de Tebas, la ciudad que ejercía el liderazgo de la confederación.

¹³³ Es decir, independiente de Esparta, que controlaba a todas las ciudades de la región.

¹³⁴ El rey Cleómbroto (cf. 24, 3 y nota), en efecto, había sido enviado con un ejército de diez mil hoplitas y mil caballeros a Fócide, región de la Grecia central, para combatir a los tebanos, que dirigían una campaña contra aquella después de someter a todas las ciudades beocias (cf., JEN., *Hel.* VI 1, 1, y PLUT., *Pelop.* 20, 1).

¹³⁵ Esta biografía de PLUTARCO no se ha conservado (véase más arriba, nota 131).

¹³⁶ La intervención del espartiatas Prótoo es recogida por JENOFONTE (cf., *Hel.* VI 4, 2).

¹³⁷ Es decir, en el mes de junio de 371.

¹³⁸ Esta decisiva batalla tuvo lugar en julio de 371, en la llanura de Leuctra, a los pies del monte Helicón —en el territorio de Tespias, a solo once kilómetros de Tebas. Con esta victoria, los tebanos pusieron fin a tres décadas de hegemonía espartana en Grecia. Sobre la batalla de Leuctra y sus consecuencias, cf. C. FORNIS, *op. cit.*, págs. 189 y ss.

¹³⁹ Sobre Cleónimo, véase más arriba, cap. 25. En Leuctra murieron, además de Cleómbroto y Cleónimo, cerca de mil lacedemonios y unos cuatrocientos

espartiatas de los setecientos que combatieron allí, entre los cuales se hallaba Esfodrias (cf. JEN., *Hel.* VI 4, 14-15).

¹⁴⁰ Cf. JEN., *Banquete* 1, 1.

¹⁴¹ Las gimnopedias eran las fiestas espartanas celebradas en honor de Apolo.

¹⁴² JENOFONTE relata en términos semejantes la reacción espartana tras la batalla de Leuctra (cf. *Hel.* VI 4, 16).

¹⁴³ Véase más arriba, cap. 3.

¹⁴⁴ En Esparta, fue Licurgo quien prescribió que la cobardía se castigase con la *atimía*, es decir, con la privación de los derechos ciudadanos (cf. JEN., *República de los lacedem.*, 9).

¹⁴⁵ JENOFONTE (*Hel.* VI 5,10-21) relata la campaña de Agesilao en la región peloponésica de Arcadia. Desde 370, arcadios y mantineos (habitantes de la Arcadia oriental) se encontraban agrupados en una liga y contaban con el apoyo de Argos y de Élide, aunque terminaron por unirse a los beocios (véase nota siguiente).

¹⁴⁶ Epaminondas invadió y devastó Laconia en el invierno de 370/69. Los aliados de Epaminondas eran, según JENOFONTE (cf. *Hel.* VI 6, 23, y *Ages.* 2, 24), los beocios, arcadios, argivos, eleos, focidios, eubeos, locrios (los dos grupos), acarnanios, heracliotas y malieos.

¹⁴⁷ El río aquí aludido es el Eurotas (cf. 19, 6 y nota).

¹⁴⁸ Sobre Teopompo, cf. 10, 10 y nota.

¹⁴⁹ Cf. JEN. *Hel.* VI 5, 28.

¹⁵⁰ Sobre Antálcidas, cf. 23, 2-3 y nota, y 26, 3.

¹⁵¹ El Cefiso es un río del Ática.

¹⁵² Citera era una isla del Mar de Creta, al SE del Peloponeso.

¹⁵³ Este templo de Ártemis Isoria se hallaba cerca de Pitana, una de las cuatro aldeas que configuraban Esparta.

¹⁵⁴ Los periecos eran, junto con los espartiatas y los hilotas, otra de las categorías jurídicas que conformaban el estado espartano. Habitaban en aldeas y pequeñas ciudades de Laconia y de Mesenia (de ahí su nombre, que significa «los que viven alrededor»), y, aunque no eran ciudadanos, podían entregarse libremente a las tareas agrícolas, a la artesanía y al comercio, con la única obligación de servir al lado de los espartiatas en el ejército lacedemonio. A pesar de lo que aquí cuenta PLUTARCO, nunca supusieron un peligro para la estabilidad de Esparta.

¹⁵⁵ Cf. JEN., *Hel.* VI 5 28 y 32.

¹⁵⁶ Entre estos historiadores se cuenta JENOFONTE, cf. *Hel.* VI 5, 50-51.

¹⁵⁷ Sobre TEOPOMPO, cf. 10, 10, y nota, y 32, 4.

¹⁵⁸ En 369, Agesilao, nacido en 440, tenía 71 años.

¹⁵⁹ Se trata del tirano Dionisio de Siracusa, como nos informa JENOFONTE (*Hel.* VII 1, 20-22).

¹⁶⁰ Se trata de la batalla que tuvo lugar en 368 en Eutresis, al S de Arcadia (cf. JEN., VII 1, 28-32).

¹⁶¹ Esta batalla de Mantinea se produjo en 418, en el curso de la guerra del Peloponeso; cf. TUC., 5, 64-74.

¹⁶² Sobre la comida comunitaria (*phiditia*) espartana, cf. 20, 8, y nota. Aquí traduzco *phiditia* por «comida comunitaria», y no por «refectorio», como en 20, 8, porque esta palabra servía para designar tanto la comida misma como el lugar en que esta se desarrollaba.

¹⁶³ La región de Mesenia se hallaba al SE del Peloponeso y era una tierra extraordinariamente fértil, como señala el poeta Tirteo (fr. 5 WEST); desde el siglo VIII hasta el V, los espartanos sostuvieron continuas guerras contra los mesenios (las llamadas «Guerras Mesenias») para ocupar y mantener bajo su dominio este importante territorio; en 369, Epaminondas proclamó la independencia de Mesenia.

¹⁶⁴ Concretamente, Agesilao se hallaba en la ciudad arcadia de Pelene (cf. JEN., *Hel.* VII, 5, 9).

¹⁶⁵ Esta campaña de Epaminondas en Arcadia —que tuvo lugar en el verano de 362, poco antes de la batalla de Mantinea— y la marcha de este contra Esparta son narradas con más detalle por JENOFONTE (*Hel.*, VII, 5, 1-13).

¹⁶⁶ El historiador del siglo IV CALÍSTENES DE OLINTO escribió una *Historia de Grecia* en diez volúmenes en la que Alejandro era presentado en clave heroica; JENOFONTE habla de este cretense sin citar tampoco su nombre en *Hel.*, 7, 5, 10.

¹⁶⁷ Sobre Fébidas, véase más arriba 23, 6 y ss. y nota, y 24, 1.

¹⁶⁸ La batalla de Mantinea, sucedida en 362, enfrentó a las dos coaliciones antagónicas: una integrada por lacedemonios, atenienses, aqueos, eleos y mantineos, y otra compuesta por los tebanos y sus aliados de la Grecia central, mesenios, argivos, tegeatas y megalopolitanos.

¹⁶⁹ Dioscórides, discípulo de Isócrates, escribió probablemente una *Constitución de los laconios. Máchaira*, en griego, significa «cuchillo» o «espada».

¹⁷⁰ La batalla de Mantinea supuso el fin de la breve hegemonía tebana en el continente; muerto Epaminondas, Tebas se quedaba sin su líder principal, ya que Pelópidas había muerto dos años antes en Cinoscéfalos. Las *Helénicas* de JENOFONTE terminan con la narración de la batalla de Mantinea, de incierto desenlace, ya que después de ella «en Grecia hubo aún mayor indecisión y confusión después de la batalla que antes» (cf. VII, 5, 26-27; traducción de O. GUNTIÑAS TUÑÓN, en esta misma colección, volumen 2, pág. 322).

¹⁷¹ Ya octogenario, Agesilao recaló en Egipto y se pone al servicio del rey egipcio Teco, que en 361 había ascendido al trono y que deseaba combatir contra los persas. Desde este momento, la única preocupación de Agesilao sería recaudar fondos para pagar a los mercenarios que Esparta necesitaba para recuperar Mesenia (como afirma PLUTARCO en *Pomp.* 85, 1), aunque no debe descartarse que

Agesilao buscarse también el lucro personal. Sobre Agesilao en Egipto, cf. JEN., *Ages.* 2, 28-31.

¹⁷² Es decir, igual que en su primera expedición a Asia, que empezó a comienzos de 396 y terminó en el verano de 394 (véase más arriba; 6, 4-5, y caps. 7-15).

¹⁷³ Fábula convertida en proverbio (cf. HOR., *Arte poét.* 139: *parturiunt montes, nascetur ridiculus mus*).

¹⁷⁴ Sobre TEOFRASTO, véase más arriba, 2, 6, y nota.

¹⁷⁵ Se trata del estratega ateniense Cabrias, que había combatido contra los espartanos en distintas campañas —entre ellas, en la batalla de Naxos (376), en que derrotó al navarca lacedemonio Polis— y que había marchado a Egipto por cuenta propia y no enviado por Atenas, como el propio Agesilao le recuerda más abajo (cf. 37, 4).

¹⁷⁶ A diferencia de PLUTARCO, que muestra aquí una postura veladamente crítica respecto al cambio de bando de Agesilao, JENOFONTE (*Ages.*, 2, 31) justifica esta acción, aduciendo que Agesilao luchó junto a aquel que «parecía simpatizar más con los griegos».

¹⁷⁷ En efecto, Taco se pasó al bando persa y se alió al Gran Rey, que le perdonó y le nombró general de las tropas enviadas contra los egipcios, según cuenta DIODORO (15, 92, 5).

¹⁷⁸ La ciudad de Mendes estaba situada al NE del delta del Nilo. El nombre exacto del aspirante al trono aquí mencionado nos es desconocido.

¹⁷⁹ DIODORO (15, 93, 1-5) da una descripción más detallada de esta campaña.

¹⁸⁰ JENOFONTE (*Ages.*, 11, 16) se refiere a estos doscientos treinta talentos, sin citarlos explícitamente, cuando afirma que incluso muerto, Agesilao prestó un gran servicio a Esparta, ya que junto con su cadáver los espartanos llevaron a la ciudad esta suma de dinero.

¹⁸¹ Este *puerto de Menelao* se hallaba entre Cirene y Egipto; se llamaba así, al parecer, porque en él Menelao encontró a su esposa, según la versión de la leyenda que aparecía en la *Helena* de EURÍPIDES.

¹⁸² Desde 360 a 401.

¹⁸³ Es decir, hasta 371, año en que se derrumba la hegemonía espartana en Grecia.

¹⁸⁴ Arquidamo III reinó en Esparta desde 360 a 338; el Agis aquí citado es Agis IV, rey de Esparta entre 244 y 241, el último rey de la casa euripóntida, que fue, exactamente, el sexto descendiente de Agesilao —y no el quinto, como sostiene PLUTARCO— después de Agis III (338-331), Eudamidas I (331-300), Arquidamo IV (300-275) y Eudamidas II (275-244).

POMPEYO

Hacia Pompeyo parece que el pueblo romano sintió ya [1] desde el principio lo mismo que el Prometeo de Esquilo hacia Heracles cuando, al ser salvado por este, dijo:

«Por más que aborrezca al padre, su hijo me es muy querido¹.»

En efecto, los romanos nunca mostraron un odio ni una [2] violencia y crueldad semejantes hacia otro general como hacia Estrabón, el padre de Pompeyo; mientras vivía, temían su poder militar (pues era un muy destacado hombre de armas), pero cuando murió fulminado por un rayo, arrojaron el cadáver fuera del féretro en que lo transportaban y lo insultaron². Por el contrario, ningún otro romano gozó desde tan pronto de [3] un afecto más profundo ni más inmediato, ni fue más fuerte en la prosperidad ni se mantuvo más firme en la adversidad que Pompeyo. Había una única razón para odiar a su padre: [4] su insaciable deseo de riquezas; sin embargo, había muchos motivos para amar a Pompeyo: su moderado género de vida, su práctica en las armas, su capacidad de persuadir mediante la palabra, su carácter leal, su trato afable; nadie rogaba causando menos molestias ni ayudaba con más placer a quienes le suplicaban, pues a sus encantos añadía la capacidad de dar sin arrogancia y de recibir con dignidad.

[2] También desde un principio, el físico que le adornaba contribuía no poco a que se ganase el favor del pueblo incluso antes de hablar; su amable aire de dignidad desprendía bondad, y ya desde el comienzo y la flor de su juventud su belleza [2] revelaba una naturaleza majestuosa y regia. La suavidad con que le caían los cabellos y la delicada vivacidad de sus ojos asemejaban su rostro, de un modo más aparente que real, a [3] las imágenes del rey Alejandro³. Por ello Pompeyo no rechazó que, desde su juventud, muchos le cambiasen el nombre, hasta el punto de que ya entonces algunos lo llamaban Alejandro [4] para burlarse de él. También por esta razón Lucio Filipo, hombre de rango consular, cuando habló en su defensa, dijo que no hacía nada extraño si, siendo él Filipo, amaba a Alejandro⁴.

[5] Se cuenta que Flora, la cortesana, cuando ya era muy vieja, recordaba siempre con agrado la relación que había mantenido con Pompeyo; decía que, después de haber pasado la [6] noche con él, no sin pesar lo abandonaba. Además de esto, Flora contaba que un familiar de Pompeyo, Geminio, la deseaba y la molestaba con numerosas atenciones; sin embargo, cuando ella le dijo que no podía cumplir sus deseos a causa [7] de Pompeyo, Geminio se lo refirió a este. Pompeyo, pues, se la cedió a Geminio, y ya nunca más tuvo con ella contacto ni relación algunos, a pesar de que parecía estar enamorado de ella. Ella, por su parte, no lo encajó como corresponde a una cortesana; por el contrario, estuvo enferma durante mucho tiempo a causa de la pena y del deseo. No obstante, se dice [8] que Flora era tan bella y tenía tal fama que Cecilio Metelo, al adornar con estatuas y pinturas el templo de los Dioscuros⁵, ordenó pintar su retrato y lo consagró a causa de su belleza. Pompeyo trató también a la mujer de su liberto Demetrio⁶, [9] que ejercía mucha influencia sobre él y que dejó una fortuna de cuatro mil talentos; pero, contrariamente a su propia costumbre, lo hizo sin dulzura y sin generosidad, pues temía dar muestras de debilidad ante su hermosura, que tenía fama de ser en cierta medida irresistible. Aunque fuese siempre muy [10] cauto y precavido respecto a sus relaciones personales, en este caso no se escapó de las críticas de sus enemigos, y se le acusaba de descuidar y abandonar muchos asuntos de interés público por complacer a sus esposas⁷.

Respecto a la frugalidad y sencillez de su modo de vida [11] se cuenta la siguiente anécdota. Una vez que se encontraba enfermo y sin ganas de probar alimento, un médico le prescribió comer un tordo. Cuando lo buscaron y no encontraron [12] ninguno a la venta (pues no era temporada), uno le dijo que lo encontraría en casa de Lúculo⁸, que los criaba durante todo el año; «Es decir —respondió— ¿que si Lúculo no fuera un exquisito, Pompeyo no podría vivir? »; y, tras mandar a paseo al médico, tomó otra cosa más fácil de conseguir. Claro que esto ocurrió más tarde⁹.

[3] Siendo aún muy joven, participó junto a su padre en una expedición que este dirigía contra Cina¹⁰, durante la cual tenía

como amigo íntimo y compañero de tienda a un tal Lucio Terencio¹¹. Este, sobornado por Cinna, iba a asesinar personalmente a Pompeyo, mientras que otros quemarían la tienda [2] del general. Se puso a Pompeyo en conocimiento del complot mientras cenaba; en lugar de turbarse, bebió con más ganas de lo acostumbrado y trató con amabilidad a Terencio; cuando se fue a dormir, se deslizó fuera de la tienda sin ser visto y, después de disponer una guardia en torno a su padre, aguardó [3] tranquilo. Terencio, cuando consideró que había llegado el momento oportuno, se levantó, sacó el puñal y, tras dirigirse al lecho en el que pensaba que Pompeyo estaba acostado, asestó [4] numerosos golpes a las mantas. Después de esto, el odio que se sentía hacia el general provocó una gran conmoción y un deseo de deserción por parte de los soldados, que levantaron [5] las tiendas y se llevaron las armas. El general no dio la cara, atemorizado ante el tumulto, pero Pompeyo, lanzándose en medio de los soldados, les suplicó entre lágrimas; finalmente, se dejó caer de bruces delante de la puerta del campamento y tumbado en el suelo obstaculizó la salida, llorando y ordenando a los que salían que lo pisasen, en vista de lo cual algunos, avergonzados, se retiraron, y todos, excepto ochocientos, cambiaron de parecer y se reconciliaron con el general.

Inmediatamente después de la muerte de Estrabón, Pompeyo [4] afrontó un juicio por robo de fondos públicos incoado contra su padre¹². Al descubrir que la mayoría de los bienes los [2] había robado Alejandro, uno de sus libertos, Pompeyo se lo reveló a los magistrados; sin embargo, a él mismo se le acusó de poseer redes de caza y libros que habían sido arrebatados como botín en Ásculo¹³. (Recibió, en efecto, estos objetos de [3] su padre tras la conquista de Ásculo, pero los perdió cuando los guardias de Cina, de regreso a Roma, forzaron su casa y la saquearon.) No fueron pocos los preliminares del juicio [4] que sostuvo contra el acusador, mas, como en ellos mostró una agudeza y una solidez infrecuentes para un joven de su edad, se ganó una gran reputación y estima, hasta el extremo de que Antistio, pretor y juez de aquel juicio, se encariñó con él y quiso entregarle en matrimonio a su hija, intención que comunicó a los amigos de

Pompeyo¹⁴. Pompeyo aceptó y entre [5] ellos se firmaron acuerdos secretos; sin embargo, el hecho no pasó desapercibido para nadie a causa del empeño de Antistio. Cuando al fin Antistio declaró públicamente la sentencia [6] absolutoria de los jueces, el pueblo, como obedeciendo una orden, rompió a gritar la aclamación que según una antigua costumbre se dedica a los recién casados: «¡Para Talasio!». Se [7] dice que el origen de dicha costumbre fue el siguiente. Cuando los romanos más relevantes raptaron a las hijas de los sabinos, que habían acudido a Roma para presenciar el espectáculo de los juegos, con el fin de hacerlas sus esposas, unos mercenarios y unos pastores de baja estofa atraparon a una muchacha [8] hermosa e importante y se la llevaron; y, para que uno de los ciudadanos relevantes, si se encontraba con ellos, no les arrebatase la muchacha, corrían y al mismo tiempo gritaban: «¡Para Talasio!». Este Talasio era un hombre reputado y muy conocido, de suerte que quienes oyeron el nombre aplaudieron [9] y gritaron como muestra de común alegría y aprobación. Tras este hecho, y como el matrimonio fue feliz para Talasio, se dice que esta exclamación se pronuncia ante los recién casados [10] a modo de broma. Esta es la anécdota más verosímil de las que se cuentan sobre Talasio¹⁵. Pues bien, pocos días más tarde, Pompeyo tomó a Antistia como esposa.

[5] Después se marchó al campamento de Cina, aunque a causa de ciertas acusaciones y calumnias se atemorizó y se retiró de inmediato y en secreto¹⁶. Como no aparecía, circuló por el campamento un rumor según el cual Cina había hecho [2] matar al joven. Por ello, quienes desde antiguo eran molestados por Cina y lo odiaban, se lanzaron contra él. Cuando, durante la huida, Cinna fue apresado por uno de los centuriones que lo perseguía con la espada desenvainada, se arrodilló [3] y le ofreció su sello, que era muy valioso. El centurión le dijo con suma violencia: «No vengo aquí para sellar un pacto, sino para castigar a un tirano impío y criminal», y a continuación [4] lo mató¹⁷. Después de que Cina acabase así su vida, recibió y ejerció el poder Carbón, un tirano aún más arbitrario que él¹⁸. Sila regresó por deseo de la mayoría de los ciudadanos, quienes, a la vista de los males

presentes, consideraban un cambio de dictador como un gran bien¹⁹. Las desgracias sobrevenidas [5] a la ciudad provocaron que se perdiese la esperanza en la libertad y se buscase una servidumbre más soportable.

En aquella época Pompeyo permanecía en el Piceno, en [6] Italia; allí disponía de posesiones y, sobre todo, disfrutaba con el trato familiar y amistoso que, como antes a su padre, le dispensaban sus ciudades²⁰. Al ver que los ciudadanos más insignes y relevantes abandonaban sus casas y desde todas partes acudían al campamento de Sila como a un refugio, no estimó conveniente marchar allí para refugiarse, como un hombre que no paga su contribución y que mendiga seguridad; al contrario, deseaba ser el primero en rendirle servicio llegando gloriosamente junto a él al frente de un ejército. Para [3] este fin excitaba los ánimos de los picenos y los ponía a prueba; ellos lo escuchaban con actitud favorable y no prestaban atención a los emisarios de Carbón. Cuando un tal Vedio dijo [4] que Pompeyo, recién salido del pedagogo, había saltado sobre la tribuna para convertirse en su demagogo, se indignaron tanto que se lanzaron sobre él y al punto lo mataron. Después de [5] esto Pompeyo, que tenía veintitrés años, y aún nadie lo había nombrado general, se concedió a sí mismo el cargo²¹; dispuso un tribunal en la plaza de Auximo²², ciudad grande, y mediante un decreto ordenó salir de la ciudad a los dos hermanos Ventidios, hombres relevantes que habían actuado contra Sila en favor de Carbón²³. Después alistó soldados, eligió conforme a la ley a los centuriones y a los comandantes, recorrió las [6] ciudades de alrededor y repitió en ellas la operación. Todos los partidarios de Carbón se retiraron y cedieron sus posiciones; en cambio, los demás se sumaron de buen grado a su causa, de modo que en poco tiempo reunió tres legiones completas, carros para el equipaje, carretas y demás pertrechos. A continuación se dirigió al campamento de Sila, sin prisas y sin ánimo de ocultarse; al contrario, durante el camino se detuvo para causar daños a los enemigos e intentó apartar de Carbón todas las ciudades de Italia por las que pasaba.

[7] Se alzaron contra él a la vez tres generales enemigos, Carrina, Clelio y Bruto²⁴; no todos ellos atacaban de frente y

desde la misma posición: con tres ejércitos dispuestos en [2] círculo, avanzaban contra él con la intención de destruirlo. En lugar de atemorizarse, Pompeyo reunió en un mismo punto todas sus tropas y, poniendo delante a la caballería, al frente de la cual estaba él en persona, se dirigió únicamente contra el [3] ejército de Bruto. Cuando por parte de los enemigos los galos se lanzaron a atacar a caballo, Pompeyo se adelantó al primero de ellos, que era el más fuerte, lo golpeó a poca distancia con su lanza y lo derribó. Los demás se dieron la vuelta y espantaron a la infantería, de manera que se produjo una huida en [4] masa. Tras esta derrota, los generales se enfrentaron unos con otros y se retiraron, cada uno como buenamente pudo; las ciudades se unieron al bando de Pompeyo considerando que había sido el miedo el que había dispersado a sus enemigos. A [5] continuación el cónsul Escipión se lanzó contra él, pero antes de que las falanges se encontrasen al alcance de las jabalinas, los soldados de Escipión saludaron a los de Pompeyo y se pasaron a su bando, ante lo cual Escipión huyó²⁵. Finalmente [6] Carbón mandó contra él, a orillas del río Asio, a numerosos escuadrones de caballería²⁶; Pompeyo ofreció una fuerte resistencia, los puso en fuga y, en la persecución, los empujó a todos hacia lugares difíciles e impracticables para la caballería; ellos, viéndose sin esperanzas de salvación, se entregaron junto a sus armas y sus caballos.

Sila aún no había recibido información de estos acontecimientos, [8] y, en vista de las primeras noticias y rumores que le llegaban, empezó a temer por Pompeyo, que se revolvía contra tan valientes y numerosos generales enemigos, así que se apresuró a acudir en su ayuda. Pompeyo, al conocer que Sila [2] estaba cerca, mandó a sus jefes que se armasen por completo y que dispusiesen el ejército de tal manera que le pareciese más hermoso y más brillante al general; esperaba conseguir de él grandes honores, y los consiguió aún mucho más grandes. De hecho, cuando Sila vio que Pompeyo avanzaba con su [3] admirable ejército, repleto de hombres alegres y enardecidos por sus triunfos, saltó de su caballo y, tras ser saludado, como es natural, en calidad de *imperator*²⁷, devolvió a Pompeyo el mismo saludo, nadie podía esperar que

Sila compartiese con un hombre joven y que aún no había formado parte del Senado este título, por el cual había hecho la guerra contra Escipiones y Marios. Lo que viene a continuación no contradijo estos [4] primeros contactos de amistad: se puso en pie ante la llegada de Pompeyo y se quitó el manto de la cabeza, gestos que rara vez se le veía hacer ante otro, a pesar de que eran muchos los [5] hombres sobresalientes que le rodeaban. Por cierto que ante estos hechos Pompeyo no se envaneció, y, cuando Sila quiso enviarlo de inmediato hacia la Galia, al frente de la cual estaba Metelo²⁸, donde, al parecer, no había realizado ninguna acción digna del poder militar de que disponía, Pompeyo dijo que no era correcto arrebatarse el mando del ejército a quien era mayor que él y gozaba de mayor prestigio, aunque si Metelo lo deseaba y se lo ordenaba, él estaba dispuesto a combatir a [6] su lado y prestarle ayuda. Después de que Metelo aceptase su propuesta y le escribiese para que viniese, se dirigió personalmente hacia la Galia, donde por su cuenta llevó a cabo acciones admirables, y de nuevo agitó y encendió en Metelo el ardor guerrero y la confianza que ya la vejez había apagado, de la misma manera que, según se dice, un bronce líquido y caliente, si se derrama sobre uno sólido y frío, lo ablanda y lo [7] funde aún más que el fuego. En efecto, del mismo modo que no se hace mención alguna ni se registran las victorias infantiles de un atleta que ha sido el primero entre los hombres y ha conseguido en todos los certámenes famosos premios, así, temo abordar las acciones que entonces llevó a cabo Pompeyo (que, aun siendo en sí mismas sobresalientes, yacen sepultadas bajo el número y la grandeza de los combates y batallas posteriores), no sea que, si me entretengo demasiado con sus primeras experiencias, me falte tiempo para las acciones y hechos más relevantes y especialmente para los que demuestran el carácter de nuestro hombre.

Así pues, una vez que Sila se apoderó de Italia y fue [9] proclamado dictador²⁹, premió a los demás jefes y generales colmándolos de riquezas, colocándolos en los cargos más importantes y concediendo favores, de manera desinteresada y de buen grado, a todos los que se los solicitaban; respecto a Pompeyo, como admiraba su virtud y estimaba mucho lo útil

que era para sus empresas, intentó a toda costa introducirlo en su familia. Con la aprobación de Metela, su mujer, convencen [2] a Pompeyo de que se separe de Antistia y tome por esposa a Emilia, hijastra de Sila, nacida de Metela y de Escauro, que ya estaba casada con un hombre y se encontraba en ese momento embarazada³⁰. Un matrimonio de este tipo era característico de [3] los tiranos, y encajaba más con los intereses de Sila que con las costumbres de Pompeyo; Emilia fue entregada a Pompeyo estando embarazada de otro, mientras que Antistia fue repudiada de un modo deshonesto y sin piedad, tanto más cuanto que hacía poco que se había visto privada de su padre a causa de su marido, ya que Antistio fue degollado en el Senado porque [4] se lo consideraba partidario de Sila a causa de Pompeyo; la madre de Antistia, ante tales desgracias, abandonó la vida por propia voluntad, de manera que este triste suceso se unió a la tragedia del nuevo matrimonio, a la que, por cierto, se sumó el hecho de que poco más tarde Emilia murió durante el parto en casa de Pompeyo.

Después de esto se le anunció que Perpenna dominaba [10] Sicilia y que había convertido la isla en un campo de operaciones para los opositores que aún sobrevivían, que Carbón recorría la zona con una flota, que Domicio estaba atacando Libia, y que habían llegado otros muchos relevantes exiliados, todos los que, huyendo de las proscripciones, se habían refugiado [2] en esos lugares³¹. Pompeyo fue enviado contra ellos con un numeroso ejército³². De inmediato Perpenna le dejó Sicilia; Pompeyo, por su parte, reanimó a las ciudades que habían sido maltratadas y a todas las trató con generosidad, salvo a los [3] mamertinos de Mesina³³. Cuando ellos rechazaron su tribunal y su jurisdicción en virtud de que una antigua ley de los romanos lo prohibía³⁴, dijo; «¿Por qué no dejáis ya de leernos las [4] leyes a nosotros, que tenemos a mano las espadas?». También pareció que se ensañaba de forma inhumana con las desgracias de Carbón. Pues, si era preciso, como sin duda lo era, darle muerte, había que hacerlo inmediatamente después de apresarlos, y así la acción se le podría imputar al que había dado la [5] orden. Pompeyo, sin embargo, llevó encadenado a un romano que había sido cónsul tres veces³⁵, lo colocó delante del tribunal en el que él se

sentaba y lo interrogó personalmente, hecho que disgustó y molestó a los presentes; luego ordenó que lo sacaran de allí y le dieran muerte. Además se dice que, cuando [6] se lo llevaban, Carbón, en cuanto vio la espada ya desenvainada, rogó que se le procurase un lugar adecuado y una breve prórroga, puesto que su vientre lo atormentaba. Cayo Opio, [7] el compañero de César, dice que Pompeyo también trató de manera inhumana a Quinto Valerio³⁶. Pompeyo, que sabía que [8] Valerio era un hombre erudito y culto como pocos, cuando fue conducido ante él, se lo llevó aparte, paseó con él, lo interrogó y, cuando averiguó lo que deseaba, ordenó de inmediato a sus asistentes que se lo llevaran para ejecutarlo. Sin embargo, [9] cuando Opio habla de los enemigos o de los amigos de César, hay que ser muy cauto a la hora de concederle crédito. Pompeyo [10] se veía obligado a castigar a los más relevantes enemigos de Sila, a aquellos cuyo arresto era de conocimiento público, pero dejaba escapar a cuantos podía, e incluso a algunos les concedía la libertad. Cuando decidió castigar a la ciudad de [11] Himera³⁷, que se había pasado al bando enemigo, Estenio³⁸, el popular político, pidió la palabra y dijo que Pompeyo cometería una injusticia si dejaba libre al culpable y aniquilaba a quienes no habían cometido injusticia alguna. Como Pompeyo [12] le preguntó que a qué culpable se refería, Estenio le respondió que él mismo era el culpable, porque había convencido a aquellos ciudadanos que eran sus amigos y había obligado [13] por la fuerza a los enemigos. Admirado ante la franqueza y el buen juicio de Estenio, Pompeyo lo absolvió primero a él y [14] luego a todos los demás. Al oír que los soldados incurrían en desorden durante sus marchas, puso un sello en sus espadas y castigaba a aquel que no lo conservase.

[11] Mientras así resolvía los asuntos de Sicilia, recibió un decreto del Senado y una carta de Sila en la que se le ordenaba zarpar hacia Libia y combatir con todas sus fuerzas a Domicio³⁹, que había reunido un ejército mucho más poderoso que el que tenía Mario cuando no mucho antes se dirigió desde Libia hacia Italia y provocó la revolución que lo convirtió de [2] exiliado en tirano⁴⁰. Así pues, tras disponer rápidamente todos los preparativos, dejó como general de Sicilia a

Memmio⁴¹, el marido de su hija, y él mismo se hizo a la mar con ciento veinte naves de guerra y ochocientas de carga, en las que transportaba [3] víveres, armas, dinero y máquinas de combate⁴². En cuanto desembarcó con una parte de las naves en Útica y con otra en Cartago⁴³, siete mil enemigos desertaron y se sumaron [4] a su bando; tenía a su disposición seis legiones completas. Se cuenta que allí le ocurrió un hecho gracioso. Unos soldados, al parecer, dieron con un tesoro y consiguieron mucho dinero. Cuando se hizo público lo ocurrido, todos los demás soldados se imaginaron que el lugar estaba lleno de un dinero que en algún momento de adversidad habían depositado allí los cartagineses. En consecuencia, durante muchos días Pompeyo [5] no pudo hacer nada con sus soldados, tan ocupados como estaban buscando tesoros; se paseaba y se reía al observar a una miríada de hombres excavando y recorriendo la llanura; finalmente, agotados por la búsqueda, y como pensaban que ya habían recibido un castigo adecuado a su estupidez, rogaron a Pompeyo que los llevase donde él quisiese.

Domicio dispuso su ejército contra Pompeyo resguardado [12] tras un barranco áspero y difícil de atravesar; sin embargo, al amanecer comenzó una abundante lluvia acompañada de viento, y, como no cesaba, Domicio renunció a combatir ese día y ordenó la retirada. Pompeyo, en cambio, aprovechó su [2] oportunidad, se puso rápidamente en marcha y cruzó el barranco. Los enemigos, entre el desorden y la turbación, no afrontaron todos ni de manera compacta el ataque, y el viento volvió lanzándoles la tempestad a la cara. La tormenta, sin [3] embargo, también molestó a los romanos, ya que no distinguían con exactitud a unos de otros, y el propio Pompeyo, al no ser reconocido, estuvo a punto de morir porque tardó en responder a un soldado que le preguntó la contraseña. Con [4] todo, sus soldados derrotaron a los enemigos provocándoles una gran matanza (se dice que de veinte mil hombres sólo escaparon tres mil), y saludaron a Pompeyo como *imperator*. Sin embargo, como Pompeyo dijo que no aceptaría ese honor [5] mientras el campamento de los enemigos quedase intacto, y que si ellos lo consideraban digno de tal título era preciso destruir antes su campamento, se

lanzaron de inmediato sobre el terraplén; Pompeyo luchó sin casco por temor a correr un riesgo similar al de antes. Enseguida fue tomado el campamento y fue asesinado Domicio⁴⁴. Unas ciudades se sometieron de [6] inmediato, pero otras fueron tomadas por la fuerza. Capturó también al rey Yarbás, que había combatido junto a Domicio, [7] y entregó su reino a Hiempsal⁴⁵. Aprovechando la buena suerte y el poderío del ejército, atacó Numidia; mediante una marcha que duró muchos días, derrotó a todos los enemigos que se encontraba a su paso, hizo de nuevo fuerte y temible el miedo que los bárbaros sentían hacia los romanos y que ya entre ellos se iba perdiendo, y dijo que ni siquiera las fieras que habitan Libia debían quedarse sin conocer la fuerza y la [8] valentía de los romanos. Por ello empleó algunos días en cazar leones y elefantes. Según se dice, en un total de cuarenta días destruyó a los enemigos, se apoderó de Libia y fue árbitro en los asuntos de los reyes, aunque solo tenía veinticuatro años de edad⁴⁶.

[13] A su regreso a Útica le llegó una carta de Sila en la que le ordenaba que licenciase a una parte de su ejército y que permaneciese él allí con una sola legión hasta que otro general lo [2] relevase. Aunque a Pompeyo le sentaron mal estas órdenes, no dio muestras de su disgusto, pero sus soldados mostraron abiertamente su irritación; rogando a Pompeyo que se dejara ver, insultaron a Sila y dijeron que ni le abandonarían ni le [3] permitirían confiar en el tirano. En principio Pompeyo intentaba calmarlos y apaciguarlos; mas, como no los convenció, bajó de la tribuna y se alejó llorando a su tienda. Ellos, sin embargo, lo cogieron y lo llevaron de nuevo a la tribuna, y [4] así transcurrió una gran parte del día, con ellos pidiéndole que se quedase y conservase el mando, y él rogándoles que obedeciesen y que no se rebelasen. Al final, ante sus súplicas y gritos insistentes, juró que él mismo se quitaría la vida si ellos lo forzaban, y aun así le fue difícil apaciguarlos. La primera [5] noticia que Sila recibió fue que Pompeyo había hecho defección, y por ello dijo a sus amigos que sin duda el destino le obligaba a él, que ya era viejo, a trabar combate contra jóvenes. Decía esto también en alusión a Mario, quien, siendo aún muy joven, le causó numerosos

problemas y le llevó a correr los más extremos peligros⁴⁷. Sin embargo, cuando averiguó la [6] verdad y supo que todo el mundo daba la bienvenida a Pompeyo y se unía a su cortejo con muestras de afecto, se apresuró a superar a los demás. Acudió a recibirle, y, tras darle la acogida [7] más calurosa posible, lo saludó en voz alta con el nombre de *Magno* y ordenó a los presentes que así lo llamasen (*Magno* significa grande). Otros dicen que este título le fue concedido [8] por vez primera en Libia por parte de todo el ejército, aunque cobró autoridad y valor una vez que fue sancionado por Sila. Por cierto que él fue el último de todos en darse a sí mismo [9] tal nombre; fue mucho más tarde cuando, enviado a Hispania como procónsul contra Sertorio⁴⁸, empezó a firmar sus cartas y decretos como Pompeyo el Grande, pues el nombre, habitual ya, no suscitaba aún la envidia. Por todo esto es natural que se [10] admire y se respete a los antiguos romanos, que con tales títulos y sobrenombres no solo premiaban y honraban los éxitos guerreros y militares, sino también las acciones y los méritos políticos. Por ejemplo, el pueblo concedió el título de [11] *Máximo*, lo cual significa muy grande, a dos ciudadanos: a Valerio, por reconciliar al Senado con el pueblo tras una secesión, y a Fanio Rulo, porque expulsó del Senado a unos ricos, libertos de procedencia, que habían sido inscritos en él⁴⁹.

[14] Después de esto Pompeyo reclamó un triunfo, pero Sila se opuso⁵⁰. La ley solo concede tal honor a un cónsul o a un pretor, y a ningún otro; por esta razón el primer Escipión, que derrotó a los cartagineses tras sobresalientes y gloriosos combates en Hispania, no reclamó un triunfo, pues no [2] era ni cónsul ni pretor⁵¹. Si Pompeyo, que era aún imberbe, entraba en la ciudad en triunfo, cuando por su edad ni siquiera formaba parte del Senado, la autoridad de Sila y el [3] honor de Pompeyo resultarían absolutamente odiosos. Esto fue lo que Sila dijo a Pompeyo; además, le dijo que no le concedería su petición, que se opondría a él y que truncaría [4] su ambición si lo desobedecía. Pero Pompeyo no se arredró; al contrario, le pidió a Sila que comprendiese que la mayoría adora más al sol cuando sale que cuando se pone, en alusión a que su poder crecía mientras que el de Sila disminuía y se [5]

apagaba. Sila no oyó bien estas palabras, y, al ver las caras y los gestos de asombro de quienes lo escuchaban, le preguntó que qué era lo que había dicho. Cuando lo supo, y admirado ante el atrevimiento de Pompeyo, gritó dos veces seguidas: [6] «Que triunfe». Como muchos se disgustaron y se molestaron, Pompeyo, según dicen, con la intención de irritarlos aún más, intentó hacer la entrada montado sobre un carro tirado por cuatro elefantes, ya que traía muchos de Libia, capturados en la guerra contra los reyes. Sin embargo, como la puerta de la ciudad era muy estrecha, renunció a ello y se presentó sobre sus caballos⁵². Como sus soldados no recibieron la recompensa [7] que esperaban, declararon su propósito de causarle problemas y provocar un tumulto, ante lo cual Pompeyo dijo que no le importaba, y que antes que adularlos renunciaría a su triunfo. Entonces Servilio, hombre ilustre y uno de los más [8] radicales opositores al triunfo de Pompeyo, dijo que desde ese momento veía en Pompeyo a un hombre verdaderamente grande y digno del triunfo⁵³. Es evidente que Pompeyo hubiese [9] conseguido fácilmente entrar en el Senado si en esa ocasión lo hubiese deseado, pero no puso en ello ningún empeño, ya que, como dicen, andaba a la caza de la reputación por caminos inusuales⁵⁴. No era sorprendente que Pompeyo fuese senador [10] antes de la edad requerida; lo realmente magnífico era, más bien, que triunfase sin haber sido nunca senador. Este hecho [11] le proporcionó una gran popularidad entre la mayoría de los ciudadanos, pues el pueblo se alegró de que después de su triunfo siguiese formando parte del orden ecuestre⁵⁵.

A Sila le fastidiaba ver hasta qué punto ascendía la gloria [15] y el poder de Pompeyo, aunque por escrúpulos no impedía su ascenso y se mantenía en silencio. Sólo hizo una excepción cuando, a la fuerza y contra su voluntad, Pompeyo colocó a Lépido en el consulado después de haber defendido su candidatura y de haber conseguido, gracias a su popularidad personal, [2] que el pueblo lo apoyase⁵⁶. Sila, al observar a Pompeyo saliendo del foro acompañado por la muchedumbre, le dijo: «Veo, joven, que te alegras de tu victoria. ¿No es acaso noble y hermoso que Lépido, el peor de todos los ciudadanos, haya sido elegido cónsul antes que Cátulo⁵⁷, el mejor de todos,

gracias a la forma en que te has ganado al pueblo? Ahora bien, es el momento de que no te duermas y te preocupes por tus intereses, porque has reforzado más a tu enemigo que a ti [3] mismo»⁵⁸. Se aprecia muy claramente que Sila no se llevaba bien con Pompeyo en el testamento que escribió, pues, mientras que a otros amigos les dejó regalos y los nombró tutores de su [4] hijo, a Pompeyo lo omitió por completo. Él, sin embargo, lo soportaba con suma calma y tacto político, hasta el punto de que, cuando Lépido y algunos otros se opusieron a que se enterrase en el Campo de Marte el cadáver de Sila y a que se le dispensase un entierro público, prestó su ayuda y proporcionó a un tiempo esplendor y seguridad al funeral⁵⁹.

[16] En cuanto Sila murió, sus vaticinios resultaron ser tan claros como el día⁶⁰: Lépido, para conseguir el poder de dictador, no se anduvo con rodeos ni pretextos; tomó de inmediato las armas, y reanimó y agrupó en torno a él los restos de la facción que había escapado a Sila y a la que el paso del tiempo había debilitado. Su colega Cátulo, a quien obedecían los senadores [2] y ciudadanos más sensatos e intachables, era considerado, por su prudencia y su respeto a la justicia, el más grande de los romanos de su tiempo, aunque se lo estimaba más apto como político que como militar. Estos acontecimientos, pues, [3] reclamaban a Pompeyo, que no tardó en decidir qué camino tomar: se ganó a los nobles y se nombró a sí mismo general del ejército con el que se enfrentaría a Lépido, que ya había movilizado a gran parte de Italia y tenía controlada la Galia Cisalpina con el ejército de Bruto⁶¹. Nada más llegar, Pompeyo [4] se apoderó sin dificultad de casi todas de las ciudades de la zona, pero en Módena⁶², en la Galia, estuvo acampado durante mucho tiempo frente a Bruto. Entre tanto Lépido se lanzaba contra Roma y, tras acampar fuera de los muros, reclamaba su segundo consulado infundiendo terror a los que estaban dentro mediante una enorme muchedumbre de seguidores. Disipó el [5] miedo la llegada de una carta de Pompeyo en la que anunciaba que había puesto fin a la guerra sin combatir. Bruto, ya fuera [6] porque él mismo había entregado a su ejército, ya porque este lo había traicionado a él cambiándose de bando,

puso su persona a disposición de Pompeyo y, tras tomar una guardia de caballeros, se retiró a una pequeña ciudad a orillas del Po, donde, un solo día más tarde, murió a manos de Geminio, que había sido enviado a tal efecto por Pompeyo⁶³. A causa de esta [7] acción Pompeyo recibió duras acusaciones, pues, después de declarar por escrito al Senado que Bruto, en cuanto comenzó la desertión de su ejército, se había entregado a él por propia voluntad, envió de nuevo otras cartas en las que acusaba al [8] hombre al que él había hecho matar. Hijo de este Bruto era el Bruto que, junto a Casio, asesinó a César, hombre distinto a su padre tanto en su actitud en la guerra como en su forma de [9] morir, como está escrito en mi *Vida de Bruto*⁶⁴. Lépido, por su parte, fue expulsado de Italia y se retiró a Cerdeña, donde cayó enfermo y murió de desesperación, pero no, como dicen, a causa del resultado de los acontecimientos, sino porque cayó en sus manos un billete que le descubrió una infidelidad de su mujer⁶⁵.

[17] Un general muy distinto de Lépido, Sertorio, ocupó Hispania e hizo cundir el terror entre los romanos⁶⁶. Era como si la peste de las guerras civiles hubiera culminado en este hombre, que ya había eliminado a los generales de menor [2] rango y ahora se enfrentaba a Metelo Pío⁶⁷, hombre insigne y extraordinario militar pero que, a causa de su vejez, parecía demasiado lento para aprovechar las oportunidades de la guerra y se dejaba aventajar en las acciones por la vivacidad y la rapidez de Sertorio, que lo atacaba por sorpresa con prácticas propias de bandidos: mediante emboscadas y movimientos circulares confundió a un maestro de los combates reglados y general de un ejército pesado y estático. En consecuencia [3] Pompeyo, que conservaba el mando de su ejército, trató de que se lo enviara para apoyar a Metelo, y, aunque así lo había ordenado Cátulo, no licenció a sus soldados, sino que permaneció en armas cerca de la ciudad, alegando siempre distintos pretextos, hasta que se le concedió el mando a proposición de Lucio Filipo⁶⁸. Se dice también que en esta ocasión, en [4] el Senado, alguien preguntó sorprendido si Filipo pensaba que era necesario enviar a Pompeyo como procónsul, a lo que Filipo respondió: «como

procónsul no, sino en lugar de los cónsules», dando a entender que los dos cónsules de ese año no valían para nada⁶⁹.

En cuanto Pompeyo alcanzó Hispania, como suele ocurrir [18] por efecto de la reputación de un nuevo general, transformó a los hombres con nuevas esperanzas, agitó y atrajo a su causa a los pueblos que no prestaban un apoyo del todo firme a Sertorio⁷⁰. Este difundía palabras de desprecio contra Pompeyo, y en tono de burla decía que sólo necesitaría una palmeta y un látigo para enderezar al jovenzuelo aquel, si no fuera porque temía a la vieja aquella, expresión con la que se refería a Metelo. Pero, en realidad, se mantenía firmemente en guardia y, [2] por miedo a Pompeyo, llevaba la guerra con suma precaución. Por su parte Metelo, cosa increíble, llevaba una vida disoluta, completamente entregado a los placeres; de repente se había producido en él un gran viraje hacia el fasto y el lujo⁷¹, hecho [3] que proporcionó a Pompeyo una sorprendente popularidad y gloria al aumentar por contraste la simplicidad de su modo de vida, que no le requería mucha dedicación, pues era por naturaleza [4] austero y moderado en sus deseos. De las numerosas situaciones que planteó la guerra, la que más irritó a Pompeyo fue la conquista de Laurón por parte de Sertorio⁷²: cuando pensaba que él había cercado al enemigo y ya se jactaba de ello, pronto descubrió que era él quien se encontraba rodeado por completo, razón por la cual temía moverse y tuvo que [5] ver impasible cómo la ciudad ardía ante sus propios ojos. No obstante, cerca de Valencia venció a Herennio y a Perpenna, generales refugiados al lado de Sertorio y que combatían bajo sus órdenes, y mató a más de diez mil de sus hombres⁷³.

[19] Animado por este hecho y armado de valor, se apresuró a atacar al propio Sertorio, con el fin de que Metelo no participase [2] de la victoria. Ya al final de la jornada, los ejércitos trabaron combate a orillas del río Sucro⁷⁴; ambos temían que Metelo llegase, el uno porque quería luchar solo, el otro porque [3] quería luchar contra un solo enemigo. El combate tuvo un desenlace incierto, ya que de cada bando venció una de las alas, aunque el general que mayor partido sacó fue Sertorio, [4] pues puso en fuga al ala que se le

oponía⁷⁵. Un alto soldado de infantería se lanzó contra Pompeyo, que iba a caballo; cuando se encontraron y entablaron combate, los golpes de las espadas cayeron sobre las manos de ambos, aunque con desigual resultado: Pompeyo solo resultó herido, pero le cortó la mano a su [5] oponente. Numerosos enemigos se abatieron sobre él cuando ya sus tropas emprendían la fuga, mas, en contra de lo esperado, logró huir cediendo a los enemigos su caballo ataviado con adornos de oro para la cabeza y con arreos decorativos de gran valor, pues mientras se peleaban unos contra otros por el reparto del botín, dejaron escapar a Pompeyo. Al amanecer, [6] ambos dispusieron de nuevo sus tropas en orden de batalla con el fin de asegurarse la victoria, pero con la llegada de Metelo Sertorio se retiró y dispersó a su ejército. Era esta la forma [7] en que sus hombres solían disgregarse para después volver a reagruparse, de manera que muchas veces Sertorio erraba solo y otras muchas volvía a presentarse con ciento cincuenta mil soldados, como un torrente súbitamente desbordado.

Cuando después de la batalla Pompeyo compareció ante [8] Metelo y se encontraron el uno frente al otro, ordenó que se bajasen las fasces en su honor, respetando que Metelo era superior a él en rango. Metelo, sin embargo, se opuso a ello y [9] favoreció en todo a Pompeyo, no asignándose ningún privilegio ni por ser cónsul ni por ser anciano, salvo el de dar la señal de orden a todo el ejército siempre que acampaban juntos. No obstante, la mayoría de las veces acampaban por separado, pues el enemigo los obligaba a dividirse y a separarse, gracias [10] a su astucia y habilidad para en poco tiempo aparecer por distintos puntos y arrastrarlos de un combate a otro. Finalmente [11] Sertorio, al cortar el suministro de provisiones, saquear el país y hacerse con el control del mar, los expulsó a los dos de la parte de Hispania que estaba bajo su control, obligándolos a refugiarse en otras provincias por falta de recursos⁷⁶.

Pompeyo, cuando agotó y consumió en la guerra gran [20] parte de su patrimonio, pidió dinero al Senado diciendo que [2] volvería con su ejército a Italia si no se lo enviaban. Lúculo⁷⁷, que era el cónsul de ese año, no se llevaba bien con

Pompeyo, pero como deseaba para sí la guerra contra Mitrídates, puso su esfuerzo en enviarle el dinero, por temor a proporcionarle a Pompeyo el pretexto que él deseaba para abandonar la guerra contra Sertorio y volverse contra Mitrídates, rival espléndido [3] para conseguir fama y que parecía fácil de vencer⁷⁸. Entre tanto muere Sertorio asesinado a traición por sus amigos⁷⁹; Perpenna, principal cabecilla de la traición, intentó continuar sus acciones, para lo cual disponía del mismo ejército y de los mismos recursos que Sertorio, pero no tenía la misma capacidad [4] que él para utilizarlos. Así pues, Pompeyo marchó inmediatamente contra él y, cuando supo que Perpenna dudaba sobre cómo actuar, le envió como cebo diez cohortes que, [5] siguiendo sus órdenes, se dispersaron por la llanura. Cuando Perpenna se volvió contra ellas y emprendió la persecución, apareció Pompeyo con su ejército al completo, trabó combate y los derrotó a todos. La mayoría de los generales murió en [6] la batalla; Perpenna fue llevado ante Pompeyo, que ordenó que se le diese muerte. Adoptó esta medida no porque fuese un desagradecido y hubiese olvidado lo sucedido en Sicilia, como algunos le reprochan, sino guiado por una gran prudencia y con la intención de salvar la República⁸⁰. Pues Perpenna, [7] que se había convertido en dueño de la correspondencia de Sertorio, mostraba cartas en las que los hombres más poderosos de Roma, deseosos de subvertir el orden establecido y de transformar el régimen político, llamaban a aquel para que regresase a Italia. Pompeyo, por temor a que esto pudiese [8] resucitar conflictos mayores que las guerras recién pacificadas, mató a Perpenna y quemó las cartas sin ni siquiera leerlas.

Tras estos acontecimientos, y después de permanecer en [21] Hispania el tiempo suficiente para apagar los desórdenes más peligrosos, calmar y acabar con las dificultades más acuciantes, condujo su ejército hacia Italia, donde por azar llegó cuando la guerra de los esclavos estaba en su punto de máxima tensión⁸¹. Fue por esto por lo que el general Craso se apresuró [2] temerariamente a combatir⁸²; la suerte le sonrió y mató a doce mil trescientos enemigos. Sin embargo la fortuna, sea como [3] sea, introdujo a Pompeyo en esta acción, pues cinco mil fugitivos de la guerra se toparon con él; tras matarlos

a todos, tomó la delantera y escribió al Senado diciendo que Craso había vencido a los gladiadores en una batalla campal, pero que él [4] había atajado por completo la guerra desde la raíz⁸³. Por afecto hacia Pompeyo, a los romanos les complacía escuchar y repetir estas palabras. Respecto a Hispania y a Sertorio, no había nadie que se atreviese a decir, ni siquiera en broma, que todo lo que se había hecho era obra de otro que no fuese Pompeyo. [5] Sin embargo, en los honores y las esperanzas que recaían sobre su persona había algo de sospecha y de miedo, pues se pensaba que no licenciaría al ejército y que, gracias a las armas y al control absoluto del poder, marcharía derecho hacia [6] la dictadura de Sila. Por esta razón no eran menos los que por afecto corrían a su encuentro y lo aclamaban a su paso [7] que los que hacían lo mismo por miedo. Aunque Pompeyo disipó tal sospecha diciendo que licenciaría al ejército después del triunfo, dejó a los envidiosos un único motivo para la crítica, a saber, que se consagraba más al pueblo que al Senado y que para complacer al primero había decidido restablecer la dignidad del tribunado de la plebe, que Sila había destruido, [8] lo cual era verdad⁸⁴. Sin duda, no había nada que el pueblo romano amase más furiosamente ni nada que deseara más que ver de nuevo restablecida aquella magistratura, de manera que Pompeyo consideró como una gran suerte la oportunidad de adoptar esa medida política, en la idea de que no hubiera encontrado otra forma de agradecimiento con la que corresponder al afecto de sus ciudadanos si alguien se le hubiera adelantado en ella.

Se le concedieron por decreto un segundo triunfo y el [22] consulado⁸⁵, pero no era por ello por lo que él parecía admirable e importante; antes bien, se consideraba una demostración de su grandeza el hecho de que Craso, el político más rico, el más hábil orador, el hombre más grande de su tiempo, que miraba por encima del hombro al propio Pompeyo y a todos los demás, no se atreviese a solicitar el consulado sin pedir el apoyo de Pompeyo. Esto, sin duda, agradó a Pompeyo, que [2] desde hacía tiempo deseaba entablar con él una relación de amistad. Por ello, lo recibía de buen grado y, en sus exhortaciones al pueblo, declaraba que su agradecimiento por obtener el consulado no sería menor que el

de tener a tal colega en el cargo. Sin embargo, una vez proclamados cónsules, disentían [3] en todo y discrepaban el uno del otro⁸⁶: en el Senado tenía más influencia Craso, pero entre el pueblo el poder de Pompeyo era grande, porque le había devuelto el tribunado y permitió que [4] por ley se volviesen a transferir los juicios a los caballeros⁸⁷. Pero el espectáculo más agradable que le concedió al pueblo fue el de licenciarse a sí mismo del servicio militar. En efecto, [5] existe entre los caballeros romanos la costumbre, cuando han prestado servicio militar durante el tiempo prescrito por la ley, de llevar al foro su caballo ante dos hombres a los que llaman censores⁸⁸, donde, después de enumerar a cada uno de los generales y de los jefes bajo cuyas órdenes han servido y de rendir cuentas de su actividad, se licenciaban del servicio militar. También allí se reparten los honores y deshones correspondientes [6] a la conducta de cada uno. En aquel tiempo ocupaban el tribunal con toda majestuosidad los censores Gelio y Léntulo⁸⁹, y los caballeros desfilaban con el fin de que se les pasase revista; en ese momento se vio a Pompeyo descender en dirección al foro, provisto de todas las insignias de su [7] cargo pero llevando a su caballo con su propia mano. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para ser visto por los censores, ordenó a los lictores que abriesen paso y condujo a su caballo ante el tribunal⁹⁰. Había entre el pueblo admiración y un silencio absoluto, y los magistrados asistían al espectáculo [8] con una mezcla de respeto y regocijo. A continuación le preguntó el censor más anciano: «Te pregunto, Pompeyo Magno, si has hecho todas las campañas militares que prescribe la ley». Y Pompeyo le respondió en voz alta: «Las he hecho [9] todas, y todas bajo mis propias órdenes como general». Al escuchar estas palabras el pueblo rompió a gritar, y como no había forma de detener sus gritos de alegría, los censores se levantaron y acompañaron a Pompeyo a su casa para agradar a los ciudadanos, que los seguían entre aplausos.

[23] Cuando ya estaba a punto de terminar el consulado de Pompeyo, y como sus diferencias con Craso no dejaban de aumentar, un tal Cayo Aurelio, que tenía rango ecuestre pero que había llevado una vida apartada de la política, en el curso

de una asamblea del pueblo, se dirigió a la tribuna, se subió en ella y dijo que en sueños se le había aparecido Júpiter ordenándole advertir a los cónsules que no abandonasen su cargo sin que el uno y el otro se hubiesen hecho antes amigos⁹¹. Ante estas palabras, Pompeyo permaneció inmóvil y en [2] silencio, mientras que Craso, tomando la iniciativa, le dio la mano y le dijo: «Ciudadanos, no creo hacer nada indigno ni vil en ser el primero en ceder ante Pompeyo, a quien vosotros considerasteis digno llamar Magno cuando aún no tenía barba y a quien le concedisteis dos triunfos cuando aún no formaba parte del Senado». Tras este suceso se reconciliaron y dejaron [3] formalmente su cargo⁹².

Tras esto, Craso mantenía el modo de vida que había llevado desde el principio; Pompeyo, en cambio, rechazaba intervenir en numerosos litigios, iba poco a poco abandonando el foro y rara vez se presentaba ante el pueblo, y siempre acompañado de una multitud de seguidores. En efecto, ya no [4] era fácil encontrarlo ni verlo separado de la muchedumbre, más bien parecía alegrarse muchísimo presentándose rodeado de una multitud compacta, gracias a la cual proporcionaba majestuosidad y solemnidad a su presencia; no obstante, pensaba que era preciso mantener su dignidad intacta del trato y la familiaridad con la multitud. Sin duda, la vida política presenta [5] el peligro de desacreditar a quienes se han hecho grandes con las armas y no se adaptan a la igualdad democrática, pues ellos pretenden ser los primeros tanto en el terreno político como en el militar, en tanto que quienes han alcanzado menor gloria en la milicia no soportan no ser superiores en la política. Por [6] ello, cuando estos últimos encuentran en el foro a un hombre ilustre por sus campañas y triunfos, lo someten a su control y lo humillan, pero si este renuncia a intervenir y se retira, mantienen lejos de su envidia la gloria y la autoridad que logró en la guerra⁹³. Los hechos demostraron pronto la verdad de estas afirmaciones.

[24] El poder de los piratas tuvo su primer asiento en Cilicia⁹⁴; tras un comienzo temerario que pasó desapercibido, ganó confianza y audacia en la guerra contra Mitrídates, al [2] ponerse al servicio de dicho rey. Luego, cuando durante las guerras civiles los romanos combatieron los unos contra los

otros a las puertas de Roma, el mar⁹⁵, libre de vigilancia, les fue poco a poco atrayendo y los indujo ya no solo a atacar a los navegantes, sino también a devastar las islas y las ciudades [3] costeras. Hombres ya poderosos por sus riquezas, de linaje ilustre y considerados superiores por su inteligencia, entraron en las bandas de piratas y participaron en sus empresas, en la idea de que esta actividad les proporcionaría cierto honor y [4] distinción. Había en numerosos puntos puertos para barcos piratas y torres de señalización amuralladas, y se sucedían los ataques por parte de escuadras bien equipadas para su cometido gracias a la valentía de su tripulación, la pericia de sus pilotos y la rapidez y ligereza de sus naves; sin embargo, más que el miedo que inspiraban irritaba su odiosa ostentación, visible en sus mástiles de oro, sus cortinas púrpuras y sus remos plateados, que daban la sensación de que se complacían [5] en sus fechorías y se jactaban de ellas. Flautas, instrumentos de cuerda, borracheras a lo largo de toda la costa, secuestros de personas de alto rango, rescates de ciudades sometidas, todo [6] ello era una vergüenza para la supremacía romana. Más de mil eran las naves de los piratas, y cuatrocientas las ciudades tomadas por ellos. De entre los santuarios hasta entonces inviolables y sagrados, atacaron y saquearon los de Claros, Dídima, Samotracia, el de Deméter en Hermíone, el de Asclepio en Epidauro, los de Poseidón en el Istmo, Ténaro y Calauria, los de Apolo en Accio y Léucade, y los de Hera en Samos, Argos y Lacinio⁹⁶. Ofrecían sacrificios extranjeros en Olimpia [7] y celebraban algunos cultos místéricos como el de Mitra, que todavía hoy pervive y que ellos fueron los primeros en dar a conocer⁹⁷. Después de haber causado numerosas ofensas a [8] los romanos, empezaron a penetrar en el interior, donde se dedicaban al pillaje por los caminos y devastaban las villas cercanas a la costa. En cierta ocasión raptaron incluso a dos [9] pretores, Sextilio y Belieno, vestidos con sus ropas púrpuras, y junto a ellos se llevaron a sus ayudantes y lictores⁹⁸. Capturaron [10] también a una hija de Antonio, hombre que ya había recibido el honor del triunfo, cuando se dirigía hacia el campo, y a la que se rescató mediante el pago de una gran suma de [11] dinero⁹⁹. Pero su acto más cruel era el siguiente: cuando uno de sus prisioneros gritaba que era romano y decía su nombre,

fingían sentir terror y miedo, se golpeaban los muslos y se arrodillaban ante él suplicándole que los perdonase; este, al [12] verlos afligidos y en actitud de súplica, quedaba convencido. A continuación, unos le ponían sus zapatos y otros lo vestían con una toga para que en otra ocasión no se lo dejase de reconocer. [13] Tras burlarse de él de este modo y divertirse durante mucho tiempo, al final arrojaban una escalera de mano en medio del mar y le ordenaban que bajara y se marchara contento, y si se negaba ellos mismos lo empujaban al mar y lo ahogaban.

[25] La influencia de la piratería abarcaba casi por completo todo el mar Mediterráneo, que de este modo quedó cerrado a [2] la navegación e inaccesible a cualquier clase de comercio. Fue sobre todo esta situación la que empujó a los romanos, agobiados por conseguir víveres y temerosos de una gran escasez, a enviar a Pompeyo para que expulsase a los piratas del mar. [3] Gabinio, uno de los amigos íntimos de Pompeyo, propuso una ley que le concedía no ya el mando de la flota, sino un poder absoluto y una autoridad sin límites sobre todas las personas. [4] Esta ley le concedía el mando sobre el mar hasta las columnas de Hércules y sobre todo el continente a cuatrocientos [5] estadios de la costa¹⁰⁰. Este límite no excluía casi ninguno de los territorios ocupados por los romanos y abarcaba los pueblos más grandes y a los reyes más poderosos. Además de [6] esto, le concedía escoger entre los senadores a quince legados, tomar todo el dinero que quisiese del tesoro público y de los recaudadores de impuestos, y disponer de doscientas naves en calidad de jefe con plenos poderes sobre el número total y el reclutamiento de soldados y remeros¹⁰¹. Tras su lectura, estas [7] propuestas recibieron entre el pueblo una acogida extraordinaria; sin embargo, los senadores más relevantes e influyentes consideraron que un poder tan ilimitado e indefinido escapaba a la envidia pero podía inspirar temor. Por esta razón se [8] opusieron a la ley, excepto César, que la apoyó no porque se preocupase lo más mínimo de Pompeyo, sino porque desde el principio buscaba insinuarse al pueblo y ganarse su apoyo¹⁰². Pero los demás atacaron duramente a Pompeyo; y como uno [9] de los cónsules le dijo que si pretendía imitar a Rómulo no

dejaría de tener el mismo fin que él, estuvo a punto de caer asesinado a manos de la muchedumbre¹⁰³. Cuando Cátulo se [10] presentó para rebatir la ley, el pueblo, por respeto, guardó un absoluto silencio¹⁰⁴; sin embargo Cátulo, después de hablar largo rato sobre Pompeyo en tono de elogio y sin asomo de envidia, aconsejó al pueblo que tratara de conservarlo y que no expusiese a un hombre tan importante a peligros y guerras continuas, y le dijo: «¿A quién tendréis si lo perdéis a él?»; [11] y el pueblo le respondió con grito unánime: «A ti». Como no los convenció, Catulo se retiró. Roscio se adelantó para hablar pero nadie lo escuchó, a pesar de lo cual les mostró dos dedos para indicar que debían elegir no solo a Pompeyo, [12] sino también a su colega en el cargo¹⁰⁵. En esto, se cuenta que el pueblo, disgustado, lanzó tales gritos que un cuervo que sobrevolaba el foro se aturdió y cayó sobre la muchedumbre. [13] De ello se deduce que las caídas de los pájaros no se deben a una ruptura ni a un desgarró del aire que produce un gran vacío, sino a que son heridos por un golpe de la voz cuando esta, lanzada con fuerza y violencia, provoca en el aire una gran agitación y turbación¹⁰⁶.

[26] En ese momento la asamblea se disolvió. El día en que debía hacerse la votación, Pompeyo se retiró discretamente al campo. Cuando supo que la ley había sido aprobada, entró en la ciudad de noche, en la idea de que levantaría envidias si la [2] multitud se reunía para recibirlo. Al amanecer se presentó en público y ofreció un sacrificio; en una asamblea popular convocada por él trató de conseguir mucho más de lo que antes se había votado, y poco le faltó para duplicar sus efectivos. [3] Así pues, se le equipó con quinientas naves y se reunieron ciento veinte mil soldados de infantería y cinco mil de caballería¹⁰⁷. Eligió a veinticuatro hombres del Senado que ya tenían experiencia como generales y como legados, y a ellos se añadieron dos cuestores¹⁰⁸. La súbita caída del precio de los [4] víveres le dio al pueblo la oportunidad de afirmar con placer que el simple nombre de Pompeyo había puesto fin a la guerra. Aun así, dividió toda la extensión del mar Mediterráneo [5] en trece secciones, y a cada una de ellas le asignó un número determinado de naves y un jefe; después, con el ejército que había dispersado por numerosos puntos,

cercó todos los barcos piratas que encontró agrupados, les dio caza y los forzó a dirigirse a tierra. Aquellos que se anticiparon a separarse y a [6] escapar, se dirigieron desde todas partes hacia Cilicia, como abejas que buscan refugio en su colmena. Para combatirlos, Pompeyo se puso en marcha con sus sesenta mejores naves. Sin embargo, no zarpó contra ellos sin antes haber limpiado [7] por completo de piratas el mar Tirreno y los mares de Libia, Cerdeña, Córcega y Sicilia, tarea que realizó en un total de cuarenta días gracias a su infatigable energía y a la diligencia de sus legados.

Como en Roma el cónsul Pisón¹⁰⁹, llevado por la cólera [27] y la envidia, intentaba arruinar sus preparativos y licenciar a sus tripulaciones, Pompeyo mandó su flota a Brindisi y él subió a Roma a través de Etruria¹¹⁰. Al conocer la noticia, [2] todos los ciudadanos se desparramaron por su camino, como si no se hubiesen despedido ya de él pocos días antes. Lo que les causaba alegría era la inesperada rapidez del cambio que les había proporcionado una extraordinaria abundancia de [3] víveres. Por ello Pisón estuvo a punto de ser desposeído del consulado, para lo cual Gabinio tenía ya la moción redactada. Sin embargo, Pompeyo lo impidió, y después de gestionarlo todo convenientemente y de conseguir lo que necesitaba, bajó [4] a Brindisi y desde allí zarpó. Apremiado por el tiempo, pasó con prisa delante de numerosas ciudades, pero en Atenas hizo un alto: desembarcó en ella, hizo sacrificios a los dioses y arengó al pueblo. Inmediatamente después, al salir, leyó dos inscripciones escritas en su honor, cada una de ellas de un solo [5] verso, la primera dentro de la puerta de la ciudad:

«Cuanto más sabes que eres un hombre, más te acercas a los dioses.»

y la segunda fuera:

«Te esperábamos, te adorábamos, te hemos visto, te acompañamos.»

[6] Algunos piratas que aún permanecían agrupados y que erraban por el mar acudieron a suplicarle; él los trató con bondad, se apoderó de sus naves y de sus personas y no les causó daño alguno. Los demás, concibiendo buenas

esperanzas, evitaron a los otros generales y acudieron a Pompeyo para [7] entregarse junto con sus hijos y sus esposas. Él los perdonó a todos, y fue sobre todo gracias a ellos como pudo seguir la pista, capturar y castigar a los piratas que aún se escondían porque se reconocían culpables de los más imperdonables crímenes.

[28] Sin embargo, la mayoría de los piratas más poderosos mantenía a su familia, sus bienes y a la población improductiva resguardados en castillos y fuertes ciudadelas próximas al monte Tauro y, tripulando ellos mismos sus naves, esperaban el ataque naval de Pompeyo cerca del Coracesio, en Cilicia¹¹¹; entablado allí el combate, fueron vencidos y después asediados. Finalmente, enviaron ruegos de paz y se entregaron [2] junto con sus ciudades y las islas que ellos poseían y que habían fortificado de tal modo que eran difíciles de tomar y casi inaccesibles. Así pues, la guerra se terminó, la piratería fue [3] completamente erradicada del mar en menos de tres meses y Pompeyo se apoderó de muchas otras naves, noventa de ellas provistas de espolones de bronce¹¹². En cuanto a los más de [4] veinte mil hombres que apresó, no tenía la intención de matarlos, aunque creía que tampoco era conveniente dejar libre y permitir dispersarse o agruparse de nuevo a tal multitud de hombres pobres y belicosos. Como pensaba que el hombre [5] no es ni por naturaleza ni desde su nacimiento un ser salvaje e insociable, sino que es la práctica del vicio la que lo aparta de su naturaleza, y que mediante las costumbres y un cambio de lugar y de vida vuelve a civilizarse —pues hasta las bestias se despojan de su estado salvaje y de su fiereza si participan de un régimen de vida más delicado—, decidió trasladar a estos hombres desde el mar a tierra firme y darles a probar una vida cómoda acostumbrándolos a vivir en las ciudades y a cultivar la tierra. A algunos de ellos, pues, los acogieron [6] e incorporaron en las pequeñas y casi desiertas ciudades de Cilicia, que así adquirió un territorio más amplio. Pompeyo reanimó Solos, recientemente despoblada por Tigranes, rey de Armenia, y estableció en ella a muchos piratas¹¹³. No obstante, [7] a la mayoría de ellos les concedió como residencia la ciudad de Dime, en Acaya, que estaba

entonces deshabitada y que poseía una tierra extensa y fértil¹¹⁴.

[29] Sus enemigos censuraban estas medidas, y el trato que dio a Metelo en Creta no agradó siquiera a sus mejores amigos. [2] Este Metelo, pariente del que fue colega de Pompeyo en Hispania, había sido enviado a Creta antes de la elección de Pompeyo¹¹⁵. Y es que, en efecto, Creta era una especie de segunda fuente de piratas después de la Cilicia. Metelo había capturado a numerosos piratas y los había matado y aniquilado [3] a todos. Los supervivientes, que padecían el asedio de Metelo, enviaron sus súplicas a Pompeyo y lo llamaron a la isla alegando que parte de la autoridad sobre ella le correspondía a él y que en todos sus puntos la isla estaba dentro de la distancia marítima establecida¹¹⁶. Pompeyo aceptó y le escribió a Metelo [4] que pusiese fin a la guerra. Escribió también a las ciudades que no obedeciesen a Metelo, y envió como general a uno de sus oficiales, Lucio Octavio, quien, al entrar en las murallas de los piratas asediados y combatir junto a ellos, no solo hacía odioso e insoportable a Pompeyo, sino también ridículo, ya que, por odio y envidia hacia Metelo, prestaba su nombre a gentes impías y ateas, y los rodeaba con su autoridad como con un amuleto¹¹⁷. Pues tampoco Aquiles se comportó como [5] un hombre, sino como un jovenzuelo completamente loco y agitado por un apasionado deseo de gloria, cuando mediante señas prohibió a los otros guerreros disparar a Héctor,

«por miedo a que otro se ganara la gloria con su disparo, y él llegara el segundo¹¹⁸».

Pompeyo, por su parte, combatió en defensa del enemigo [6] público y salvó sus vidas para privar del honor del triunfo a un general que había sufrido ya muchas fatigas. Pero Metelo, [7] en lugar de ceder, capturó y castigó a los piratas y despachó a Octavio después de haberlo insultado e injuriado en el campamento.

Cuando en Roma se anunció que la guerra contra los piratas [30] había terminado y que Pompeyo dedicaba su tiempo libre a visitar las ciudades, uno de los tribunos de la plebe, Manilio, redactó un proyecto de ley que entregaba a

Pompeyo todos los territorios y todas las tropas que estaban bajo el mando de Lúculo, a los que se añadía Bitinia, que gobernaba Glabrio, así como el mando de la guerra contra los reyes Mitrídates y Tigranes, conservando la flota y el dominio del mar tal y como en principio lo había recibido¹¹⁹. Esto suponía, en suma, poner [2] en manos de un solo hombre el Imperio Romano, pues las provincias que parecían haber sido excluidas por la ley anterior, es decir, Frigia, Licaonia, Galacia, Capadocia, la Cilicia superior, la Cólquide y Armenia, se le añadían ahora junto a las legiones y las tropas con las que Lúculo había contado para [3] derrotar a Mitrídates y Tigranes¹²⁰. El hecho de que se privase a Lúculo de la gloria de sus hazañas y de que se le diese un sucesor más para celebrar el triunfo que para continuar la guerra, era un asunto secundario para los aristócratas, por más que pensasen que Lúculo sufría un trato injusto e ingrato; en cambio, no soportando el poder de Pompeyo, que se constituía como una tiranía, se exhortaban en privado y se animaban entre sí para oponerse al proyecto de ley y no entregar la libertad. [4] Sin embargo, llegado el momento, renunciaron a su propósito por miedo al pueblo, y la mayoría de ellos guardó un completo silencio, a excepción de Cátulo¹²¹, quien, tras acusar con dureza el proyecto de ley y al tribuno, viendo que no convencía a nadie, rompió a gritar desde la tribuna instando una y otra vez a los senadores a buscar, como sus antepasados, un monte o una roca escarpada donde refugiarse para salvar [5] la libertad. Con todo, la ley, según se dice, fue aprobada por todas las tribus, y Pompeyo fue proclamado en su ausencia dueño de casi todos los poderes que Sila había conseguido [6] al apoderarse de la ciudad mediante las armas y la guerra. Se dice que Pompeyo, cuando recibió la carta y supo lo que se había decretado, en presencia de sus amigos que lo felicitaban, frunció el ceño, se dio una palmada en el muslo y, como alguien a quien ya le cansa y le agobia el poder, dijo: «¡Ay, [7] qué fatigas interminables! ¡Cuánto mejor hubiera sido ser un hombre desconocido, si es que nunca voy a dejar de hacer la guerra ni voy a poder librarme de este clima de envidia, en vez de pasar la vida en el campo junto a mi mujer!». Al oír estas [8] palabras, ni a sus más íntimos les hizo gracia su impostura, pues sabían que su enemistad con Lúculo le causaba regocijo y

le proporcionaba un incentivo mayor que su natural ambición y su deseo de poder.

Los hechos, en efecto, dejaron pronto al descubierto sus [31] intenciones. Expuso edictos por todas partes, llamó a sus soldados y convocó ante él a los príncipes y reyes sometidos a Roma. Al recorrer el país¹²², no dejó en su lugar nada de lo [2] que Lúculo había hecho, sino que perdonó las penas a muchos condenados, retiró recompensas y, en una palabra, hizo por envidia todo lo posible por demostrar a los que admiraban a Lúculo que este no era dueño de nada. Como Lúculo expuso [3] sus quejas por medio de sus amigos, se decidió concertar una entrevista y se reunieron en la Galacia. Como correspondía a [4] tan grandes generales, que tan grandes victorias habían conseguido, los lictores de uno y otro portaban fasces coronadas de laurel cuando ellos se encontraron; sin embargo, Lúculo venía de lugares verdes y protegidos por la sombra, mientras que Pompeyo resulta que había atravesado una extensa región árida y sin árboles. Así pues, los lictores de Lúculo, al ver [5] que los laureles de Pompeyo estaban secos y completamente marchitos, le dieron parte de los suyos, que estaban frescos, y con ellos adornaron y coronaron las fasces de Pompeyo. Esto se consideró que era una señal de que Pompeyo venía [6] a arrebatarse a Lúculo el premio de sus victorias y su gloria. Lúculo era más antiguo en el cargo de cónsul y era mayor que él, pero el prestigio de Pompeyo era superior gracias a los dos [7] triunfos¹²³. A pesar de ello, su primera entrevista la mantuvieron con la mayor urbanidad y cortesía posibles, celebrando cada uno las hazañas del otro y felicitándose ambos por sus [8] éxitos; sin embargo, como en sus conversaciones posteriores no llegaron a un acuerdo conveniente y moderado, empezaron a insultarse, Pompeyo reprochándole a Lúculo su amor por el dinero, y Lúculo a Pompeyo su amor por el poder; sus amigos [9] a duras penas consiguieron separarlos. Lúculo, en la Galacia, repartió los territorios conquistados y dio otras recompensas a quienes él quiso, mientras que Pompeyo, que estaba acampado un poco más lejos, prohibió que se obedeciese a Lúculo y le arrebató a todos sus soldados, excepto a mil seiscientos que, a causa de su arrogancia, consideraba que le serían inútiles a él

[10] y hostiles a Lúculo. Además de esto, ridiculizaba abiertamente sus hazañas diciendo que Lúculo había hecho la guerra contra la apariencia teatral e ilusoria de los reyes, mientras que a él se le dejaba el tener que combatir contra un ejército de verdad y bien organizado, pues Mitrídates ya había recurrido a los [11] escudos, las espadas y los caballos. En su defensa, Lúculo decía que Pompeyo iba a luchar contra un enemigo fantasmal y reducido a una sombra, acostumbrado como estaba a abatirse, como un pájaro perezoso, sobre los cuerpos que otros han [12] matado y a hacer pedazos los despojos de las guerras. Así fue, decía, como él inscribió su nombre sobre las guerras contra Sertorio, Lépido y los partidarios de Espartaco, a pesar de que estas victorias habían sido obra de Craso, de Cátulo y [13] de Metelo¹²⁴. Por ello, no era sorprendente que se apropiara de la gloria de las guerras de Armenia y del Ponto un hombre que, de un modo u otro, se las había ingeniado para introducirse en el triunfo sobre los esclavos¹²⁵.

Después de esto Lúculo se marchó; por su parte Pompeyo, [32] tras distribuir toda su flota para vigilar el mar que media entre Fenicia y el Bósforo, marchó contra Mitrídates, que contaba con un ejército de treinta mil soldados de infantería y dos mil de caballería, pero que no se atrevía a trabar combate¹²⁶. Al [2] principio, Mitrídates abandonó el monte en que se encontraba acampado, que era seguro y difícil de atacar, porque pensaba que carecía de agua. Pompeyo ocupó esta misma posición, y, conjeturando por la naturaleza de la vegetación y la inclinación del terreno que el lugar tenía fuentes, ordenó cavar pozos por todas partes. De inmediato el campamento se vio provisto [3] de abundante agua, en vista de lo cual sorprende que Mitrídates no se hubiera dado cuenta de ello en todo el tiempo que estuvo allí acampado. Luego cercó el campamento del rey y [4] lo rodeó con un muro. Tras soportar un asedio de cuarenta y cinco días, Mitrídates se escapó en secreto junto a lo más granado de su ejército después de haber dado muerte a los inútiles y a los enfermos. Pompeyo, sin embargo, le alcanzó más tarde [5] cerca del río Éufrates y acampó frente a él¹²⁷. Por miedo a que Mitrídates se le adelantara en cruzar el Éufrates, en medio de la noche

puso en marcha a su ejército armado para el combate. Se dice que en ese momento Mitrídates tuvo en sueños una [6] visión premonitoria de lo que le iba a ocurrir: le parecía que navegaba con viento favorable por el mar Pónico¹²⁸, que ya veía el Bósforo y que sus compañeros de viaje se felicitaban, como quien se alegra al saberse seguro y claramente a salvo; mas, de repente, se vio abandonado por todos, zarandeado sobre [7] un minúsculo pecio. Como este sueño estaba provocándole angustia, sus amigos acudieron a despertarlo diciéndole que [8] Pompeyo atacaba. Se vio pues forzado a combatir en defensa del campamento, y sus soldados sacaron las tropas y las dispusieron [9] en orden de batalla. Informado de tales preparativos, Pompeyo dudaba si arriesgarse a combatir de noche; pensaba que lo único que debía hacer era cercarlos para que no huyesen [10] y atacar de día, pues sus tropas eran más fuertes. Pero los comandantes más viejos, mediante súplicas y exhortaciones, le apremiaron a atacar, pues la oscuridad no era total, y la luna, aunque ya estaba baja, aún permitía distinguir suficientemente a las personas. Y fue esta circunstancia la que más [11] perjudicó a las tropas del rey: los romanos avanzaron teniendo la luna a sus espaldas, y como la luz descendía hacia su ocaso, las sombras proyectadas muy por delante de sus cuerpos se extendían sobre los enemigos, quienes, no pudiendo calcular con exactitud la distancia y pensando que ya los tenían cerca, [12] dispararon inútilmente sus lanzas y no alcanzaron a nadie. Al ver esto los romanos se lanzaron con grandes gritos contra los enemigos, que, no atreviéndose siquiera a esperarlos, emprendieron atemorizados la huida; de este modo los romanos mataron a más de diez mil enemigos y tomaron su campamento.

[13] El mismo Mitrídates, al comienzo del combate, había roto la línea de batalla y se había abierto paso entre los romanos con ochocientos caballeros, pero todos ellos se dispersaron [14] pronto y se quedó solo con tres, entre los cuales estaba Hipsicratía, su concubina, que siempre había mostrado virilidad y una audacia extraordinaria, razón por la cual el rey la llamaba [15] Hipsícrates¹²⁹. Ella, que en esta ocasión llevaba vestimenta de soldado persa e iba a caballo, no cayó agotada por las largas jornadas ni dejó de cuidar del rey y

de su caballo hasta que llegaron a Sinora, lugar repleto del dinero y de los tesoros reales¹³⁰. De aquí tomó Mitrídates los lujosos vestidos que [16] repartió entre los que se reunieron con él durante su huida. Dio [17] también un veneno mortal a cada uno de sus amigos para que lo llevaran consigo, con el fin de que ninguno de ellos cayese contra su voluntad prisionero de los enemigos. Desde aquí [18] se dirigió a Armenia para reunirse con Tigranes, pero como este se negó a recibirlo y ofreció una recompensa de cien talentos por su cabeza, pasó al otro lado de las fuentes del Éufrates y huyó por la Cólquide¹³¹.

Pompeyo se lanzó contra Armenia llamado por el joven [33] Tigranes, que ya se había rebelado contra su padre y que se reunió con Pompeyo a orillas del río Araxes¹³². Este río nace en los mismos lugares que el Éufrates, pero se desvía hacia el este y desemboca en el mar Caspio. Los dos, pues, avanzaron [2] juntos y sometieron las ciudades que encontraron a su paso. El rey Tigranes, recientemente derrotado por Lúculo, como sabía que Pompeyo tenía un carácter sereno y dulce, aceptó recibir en su capital una guarnición romana y, llevándose consigo a sus hijos y parientes, marchó para entregarse a Pompeyo. Cuando llegó a caballo al campamento romano, dos [3] lictores de Pompeyo se le acercaron y le ordenaron bajarse de él y entrar a pie, pues dentro de un campamento romano nunca se había visto a nadie montado a caballo. Tigranes obedeció [4] y se desciñó la espada para entregársela a los lictores. Finalmente, cuando se encontró en presencia de Pompeyo, se quitó su tiara y se dispuso a ponerla a sus pies, arrojarla al suelo y, sin duda lo más humillante de todo, abrazar sus rodillas¹³³. [5] Pero Pompeyo se le adelantó, le cogió la mano derecha, lo levantó y, después de darle asiento junto a él y colocar a su hijo al otro lado, le dijo que él debía culpar de sus pérdidas a Lúculo, que era quien le había arrebatado la Fenicia, Siria, la Galacia y la Sofena, pero que lo que Tigranes había conservado hasta ahora él se lo guardaría si pagaba seis mil talentos a los romanos como castigo por el daño que había causado, y [6] su hijo sería rey de la Sofena¹³⁴. Estas condiciones satisficieron a Tigranes, y cuando los romanos lo aclamaron como rey, se alegró mucho

y prometió dar a cada soldado media mina de plata, a cada centurión dos minas y a cada tribuno un talento. [7] Pero su hijo lo llevó a mal, y cuando lo llamaron a la cena, dijo que él no necesitaba los honores que Pompeyo le tributaba, pues él encontraría a otro romano en su lugar. A causa de esta afirmación fue encadenado y guardado para el triunfo. [8] Poco tiempo después el parto Fraates envió embajadores para reclamar al joven, bajo el pretexto de que era su yerno, y pidió que se estableciese el Éufrates como frontera de sus imperios¹³⁵. Pompeyo, sin embargo, respondió que Tigranes pertenecía más a su padre que a su suegro, y que él establecería como frontera la que fuese justa.

[34] Tras dejar a Afranio al cuidado de Armenia, marchó personalmente contra Mitrídates, para lo cual se vio obligado a [2] atravesar los pueblos que habitan cerca del Cáucaso¹³⁶. Los pueblos más importantes de esta zona eran los albanos y los iberos: los iberos se extendían hasta los montes Mósquicos y el Ponto Euxino, mientras que los albanos miraban más al este y al mar Caspio¹³⁷. Estos últimos, en principio, le concedieron [3] a Pompeyo el derecho de paso que él solicitaba; pero cuando el invierno sorprendió al ejército en su país y mientras los romanos celebraban la fiesta de las Saturnales, irrumpieron no menos de cuarenta mil soldados y les atacaron una vez que cruzaron el río Cirno, que nace en los montes Ibéricos, recibe al Araxes, desciende desde Armenia y se vierte por doce desembocaduras en el mar Caspio¹³⁸. Otros dicen que el [4] Araxes no es un afluente del Cirno, sino que sigue su propio curso y desemboca cerca del Cirno en el mismo mar. Aunque [5] Pompeyo pudo oponerse a que los enemigos cruzasen el río, les dejó que pasaran tranquilamente; después les atacó, los puso en fuga y mató a un gran número de ellos. Cuando su rey [6] le envió una embajada para suplicarle, Pompeyo le perdonó su traición e hizo la paz con él; a continuación marchó contra los iberos, no inferiores en número y más belicosos que los demás, y que deseaban con ardor agrandar a Mitrídates rechazando a Pompeyo. Los iberos nunca habían estado sometidos [7] ni a los medos ni a los persas, e incluso escaparon a la dominación macedonia porque Alejandro abandonó a toda prisa la [8] Hircania¹³⁹. Sin

embargo, Pompeyo los puso en fuga en una gran batalla, en la que murieron nueve mil hombres y más de diez mil fueron capturados. Después entró en la Cólquide, y allí, junto al río Fasis, Servilio le salió al encuentro con las naves con que vigilaba el Ponto Euxino¹⁴⁰.

[35] La persecución de Mitrídates, que se había adentrado en los pueblos cercanos al Bósforo y a la laguna Meótide, presentaba grandes dificultades¹⁴¹; además, recibió la noticia de [2] que los albanos habían vuelto a hacer defección. Llevado por la cólera y el deseo de venganza, se dio la vuelta para luchar contra ellos y cruzó de nuevo el Cirno, no sin fatiga y peligro, pues los bárbaros habían cercado con una empalizada gran parte de su orilla. Como le esperaba un largo y duro camino por un país seco, mandó llenar diez mil odres de agua [3] y continuó su marcha contra los enemigos. Se los encontró dispuestos en orden de batalla junto al río Abante, sesenta mil soldados de infantería y doce mil de caballería en total, la mayoría de ellos pobremente armados y sin otro vestido que [4] pieles de animales salvajes¹⁴². Su jefe era un hermano del rey llamado Cosis¹⁴³. Este Cosis, cuando se entabló la batalla cuerpo a cuerpo, se lanzó contra Pompeyo y le alcanzó con una jabalina en el punto flaco de la coraza, pero Pompeyo lo mató [5] atravesándolo con su propia mano. Se cuenta también que en esta batalla las amazonas bajaron de las montañas próximas al río Termodonte y lucharon del lado de los bárbaros, pues los romanos, al despojar a los enemigos después de la batalla, encontraron escudos ligeros y borceguíes de amazonas¹⁴⁴; sin embargo, no vieron ningún cuerpo de mujer. Las amazonas [6] habitan la parte del Cáucaso que se extiende junto al mar de Hircania, pero su país no limita con el de los albanos, ya que entre ellos habitan los getas y los leges¹⁴⁵; durante dos meses cada año ellas acuden con frecuencia a encontrarse con ellos a orillas del río Termodonte, y después se retiran a vivir solas.

Después de la batalla, Pompeyo se puso en marcha hacia [36] la Hircania y el mar Caspio, pero cuando solo llevaba tres días de camino, una multitud de serpientes mortíferas le obligó a retroceder y a retirarse a la Armenia Menor. Allí, los reyes [2] de los elimeos y de los medos le enviaron embajadores, y

él les respondió con una carta amistosa¹⁴⁶; no obstante, contra el rey de los partos, que se había lanzado contra la Gordiana y molestaba a los súbditos de Tigranes, envió un ejército bajo el mando de Afranio, que lo expulsó y lo persiguió hasta Arbela¹⁴⁷.

Numerosas concubinas de Mitrídates fueron llevadas ante [3] él; no mantuvo relación con ninguna, sino que las devolvió a todas a sus parientes y allegados, pues muchas de ellas eran [4] hijas o esposas de generales o de príncipes. Pero Estratonice, la que gozaba de una mayor consideración y custodiaba la fortaleza más rica en oro¹⁴⁸, era, al parecer, hija de un simple músico, viejo y además pobre; sin embargo, conquistó de inmediato a Mitrídates mientras tocaba la lira en un festín, hasta el punto de que él se la llevó para pasar la noche con ella y despachó al viejo, que se fue muy disgustado por no haber [5] siquiera recibido un saludo amistoso. Sin embargo, al rayar el alba, cuando el viejo se despertó y vio dentro de su casa mesas llenas de copas de plata y de oro, una gran muchedumbre de sirvientes, eunucos y pajes que le llevaban lujosos vestidos, y apostado delante de su puerta un caballo adornado como los de los amigos del rey, creyó que todo aquello era una burla y una [6] broma y se dispuso a huir por la puerta de su casa. Pero los sirvientes lo detuvieron y le dijeron que el rey le había regalado la enorme casa de un hombre rico recientemente fallecido, y que todo aquello no eran sino algunas pequeñas primicias [7] y muestras de todas sus riquezas y posesiones. De este modo, a duras penas terminó por creérselo, y ahora, poniéndose la ropa púrpura y subiéndose al caballo, recorría la ciudad [8] gritando: «¡Todo esto es mío!». A todos los que se reían de él les decía que lo sorprendente no era esto, que lo sorprendente era que él, loco de contento como estaba, no lanzase piedras a cuantos se encontrara. Tal era el linaje y la sangre de Estratonice. [9] Ella le entregó a Pompeyo esta fortaleza y le llevó numerosos regalos, pero él solo cogió aquellos que le parecía que podían adornar los templos o proporcionar esplendor a su triunfo, y los demás se los dejó en propiedad a Estratonice, [10] despidiéndose de ella¹⁴⁹. Del mismo modo, cuando el rey de los iberos le envió un lecho, una mesa y un trono, todos de

oro, y le suplicó que los aceptara, Pompeyo se los entregó a los cuestores para el tesoro público.

En la fortaleza de Quenón¹⁵⁰ Pompeyo encontró documentos [37] privados de Mitrídates, y los examinó con no poca satisfacción, pues contenían mucha información acerca del carácter del rey. Había allí unas memorias gracias a las cuales [2] descubrió que Mitrídates, además de a muchas otras personas, había envenenado a su hijo Ariarates y a Alceo de Sardes porque lo había sobrepasado en una carrera de caballos¹⁵¹. Entre [3] esos escritos había también interpretaciones de sueños, algunos que había tenido Mitrídates y otros que habían tenido sus esposas, y apasionadas cartas de Mónima a Mitrídates y de él a ella¹⁵². Teófanés dice que también se encontró allí un [4] discurso de Rutilio en el que animaba al rey a aniquilar a los romanos de Asia¹⁵³. Sin embargo, la mayoría de los autores conjetura con razón que esto era una maliciosa invención de Teófanés, que tal vez odiaba a Rutilio porque no se parecía en nada a él, o también, verosímilmente, una forma de agradar a Pompeyo, cuyo padre es representado por Rutilio en sus historias como un ser completamente despreciable.

[38] Desde allí Pompeyo se dirigió hacia Ámiso, donde, llevado por la ambición, adoptó una actitud indignante¹⁵⁴. Pues él, que había criticado duramente a Lúculo porque, estando aún vivos los enemigos, había emitido edictos y había repartido presentes y honores, cosa que los vencedores acostumbran [2] hacer solo cuando ha acabado definitivamente la guerra, precisamente él, ahora que Mitrídates dominaba el Bósforo y había reunido una poderosa armada, como si ya todo hubiese terminado, hizo lo mismo que Lúculo: organizó las provincias y repartió presentes porque numerosos jefes y príncipes y doce [3] reyes bárbaros habían acudido ante él. Por ello, para complacer a los otros, no estimó conveniente, en su respuesta al rey [4] de los partos, llamarlo rey de reyes, como todos los demás. Le invadió un ardiente deseo de conquistar Siria y de marchar a través de Arabia en dirección al mar Rojo con el fin de llevar sus victorias hasta el Océano que rodea por todas partes la [5] tierra; pues él, en Libia, había sido el primero en extender su poder hasta el mar exterior¹⁵⁵; en

Hispania, había establecido como límite del Imperio Romano el Océano Atlántico, y, en tercer lugar, en su reciente persecución de los albanos, le faltó [6] poco para alcanzar el mar de Hircania. Se puso en marcha, pues, con la intención de cerrar por el mar Rojo el circuito de su expedición militar. Además, veía que Mitrídates era difícil de perseguir con las armas y más peligroso cuando huía que cuando combatía.

[39] Tras decir, por tanto, que le dejaría a Mitrídates un enemigo más poderoso que él, el hambre, dispuso barcos de vigilancia para detener a los mercaderes que navegaban por el Bósforo, y decretó la pena de muerte para los que fuesen [2] atrapados. Luego, tomando consigo al grueso de su ejército, se puso en marcha. Cuando encontró en su camino los cuerpos aún no sepultados de aquellos que, bajo las órdenes de Triario, habían caído muertos en un desgraciado combate contra Mitrídates, les dio a todos un entierro espléndido y digno, cosa que Lúculo había desatendido y que fue al parecer la causa principal del odio que en torno a él se suscitó¹⁵⁶. Después de [3] haber sometido por medio de Afranio a los árabes del Amano, él mismo descendió a Siria y, como esta carecía de reyes legítimos, la declaró provincia y posesión del pueblo romano¹⁵⁷; conquistó también Judea y apresó a su rey Aristobulo¹⁵⁸. Fundó [4] algunas ciudades y a otras les concedió la libertad, castigando a los tiranos que gobernaban en ellas. No obstante, su principal ocupación consistía en impartir justicia arbitrando los conflictos de las ciudades y los reyes, y allí donde él no podía acudir personalmente, enviaba a sus amigos: así, cuando los [5] armenios y los partos delegaron en él la decisión respecto a un territorio que ellos se disputaban, él les mandó tres jueces en calidad de árbitros. Pues si era grande la fama de su poder, [6] no menos lo era la de su virtud y su mansedumbre, gracias a la cual conseguía ocultar la mayoría de las faltas para con él de sus amigos y familiares; y es que él, por naturaleza, no era dado ni a impedir ni a castigar las malas acciones, y los que trataban con él se encontraban con un hombre dispuesto a tolerar de buena gana incluso su avaricia o su mal carácter.

El que más influencia tenía sobre él era su liberto Demetrio, [40] hombre no carente de inteligencia pese a su

juventud pero que abusaba de su buena suerte¹⁵⁹. He aquí lo que sobre [2] él se cuenta. Catón el filósofo, que todavía era joven pero que ya tenía una gran reputación y altas aspiraciones, subió a Antioquía cuando Pompeyo no estaba allí con la intención de inspeccionar la ciudad¹⁶⁰. Él iba a pie, como siempre, pero [3] sus amigos lo acompañaban a caballo. Cuando ante la puerta de la ciudad vio a una muchedumbre de hombres vestidos de blanco, y dispuestos a lo largo del camino a los jóvenes a un lado y a los niños al otro, se disgustó, en la idea de que esto era para honrarlo y adularlo a él, que no deseaba nada de eso. [4] No obstante, ordenó a sus amigos que se bajaran de sus caballos y que caminaran junto a él; pero cuando se encontraron cerca, el organizador de aquel cortejo, puesto al frente de él con una corona en la cabeza y con un bastón en la mano, les salió al encuentro y les preguntó dónde habían dejado a Demetrio [5] y cuándo llegaría. Los amigos de Catón rompieron a reír, pero Catón dijo: «¡Ah, desgraciada ciudad!», y se marchó [6] sin dar otra respuesta. Pompeyo, sin embargo, reducía el odio de los demás hacia este Demetrio aceptando sus insolencias [7] sin enfadarse. Se cuenta, por ejemplo, que a menudo en sus banquetes, mientras que Pompeyo esperaba y recibía al resto de los invitados, Demetrio estaba ya altaneramente sentado, [8] con la toga sobre la cabeza calada hasta las orejas¹⁶¹. Antes incluso de su regreso a Italia, Demetrio ya poseía las más agradables fincas de las afueras de Roma y los más bellos lugares de diversión, además de unos lujosos jardines que recibían el nombre de «Jardines de Demetrio», mientras que el propio Pompeyo, hasta su tercer triunfo, vivió en una sencilla y modesta casa. Es cierto que más tarde, cuando levantó para [9] los romanos su magnífico y famoso teatro¹⁶², se construyó, a modo de anexo, una casa más espléndida que la anterior, pero que no llegaba a despertar envidias, hasta el punto de que el que sucedió a Pompeyo como propietario se quedó sorprendido al entrar en ella y preguntó dónde cenaba Pompeyo el Grande. Así es como se cuenta.

El rey de los árabes de la región de Petra nunca antes había [41] hecho caso a los romanos, pero ahora, como estaba completamente atemorizado, escribió a Pompeyo que estaba

dispuesto a obedecerle en todo y a hacer lo que se le mandase¹⁶³. Con la intención de reafirmarlo en su propósito, Pompeyo condujo su ejército hacia Petra, expedición que muchos criticaron, pues [2] creían que suponía el abandono de la persecución contra Mitrídates y estimaban más conveniente que él se volviese para atacar a ese antiguo enemigo, ahora que este reavivaba de nuevo la guerra y que, según se decía, se preparaba para conducir un ejército a través de la Escitia y de Peonia en dirección a Italia¹⁶⁴. Pero Pompeyo, pensando que era más fácil destruir [3] las fuerzas del rey en el combate que apoderarse de su persona en la huida, no quería desgastarse inútilmente en una persecución y así buscaba otros modos de diferir el enfrentamiento y dejaba que la guerra se alargara en el tiempo. La fortuna, [4] sin embargo, le sacó del aprieto. Pues cuando se encontraba a poca distancia de Petra¹⁶⁵, y, una vez establecido el atrincheramiento para ese día, hacía ejercicios de equitación cerca del campamento, llegaron mensajeros a caballo procedentes del Ponto con buenas noticias, cosa que se supo de inmediato porque las puntas de sus lanzas estaban coronadas con laurel. [5] En cuanto los vieron, los soldados corrieron en tropel ante Pompeyo. Él quería, en primer lugar, terminar sus ejercicios, pero ante sus gritos y súplicas bajó de su caballo, cogió la carta [6] y se dirigió al campamento. Como no había tribuna ni había habido tiempo de que los soldados levantaran una (esa que los propios soldados suelen hacer cogiendo grandes terrones de tierra y amontonándolos unos sobre otros), con la prisa y el entusiasmo del momento apilaron las sillas de las bestias de [7] carga y levantaron con ellas un montículo. Pompeyo se subió en ellas y les anunció que Mitrídates había muerto, obligado a suicidarse a causa de la rebelión de su hijo Farnaces, que este se había apoderado de todo el país y escribía que lo había hecho en su propio beneficio y en el de los romanos¹⁶⁶.

[42] Ante esta noticia el ejército, rebosante de alegría como es natural, se entregó a sacrificios y fiestas, como si en la persona [2] de Mitrídates hubiesen muerto diez mil enemigos. Pompeyo, tras poner a sus campañas y expediciones un fin que en absoluto [3] él preveía tan fácil, abandonó de inmediato la

Arabia y, atravesando rápidamente las provincias intermedias, llegó a Ámiso. Allí recibió numerosos presentes de parte de Farnaces, además de numerosos cuerpos de príncipes y el cadáver del propio Mitrídates, que no era fácilmente reconocible por el rostro (pues los embalsamadores habían olvidado extraerle el cerebro), pero que quienes desearon verlo lo reconocieron por [4] sus cicatrices. El propio Pompeyo no se atrevió a mirarlo, y para aplacar la venganza divina lo envió a Sínope¹⁶⁷. Admiró [5] la talla y el esplendor de las ropas y las armas que Mitrídates llevaba, a pesar de que Publio había robado el tahalí (que había costado cuatrocientos talentos) y se lo había vendido a Ariarates, y de que Gayo, que se había criado junto a Mitrídates, le había dado en secreto la tiara, obra de elaboración admirable, a Fausto, el hijo de Sila, que se la había pedido¹⁶⁸. Pompeyo no tuvo entonces conocimiento de este hecho, pero más tarde Farnaces se enteró y castigó a los ladrones.

Una vez que hubo arreglado y ordenado los asuntos de [7] Asia, prosiguió su viaje, pero ahora con más pompa que antes. Por ejemplo, cuando llegó a Mitilene, concedió la libertad a [8] la ciudad por consideración hacia Teófanés¹⁶⁹, y presenció el tradicional concurso de poetas, cuyo único tema fueron sus hazañas. Como le gustó mucho el teatro, hizo esquemas y [9] planos de su forma con la intención de construir en Roma uno semejante, aunque más grande y más espléndido¹⁷⁰. Durante [10] su estancia en Rodas escuchó a todos los sofistas y regaló un talento a cada uno de ellos. Posidonio ha puesto por escrito el discurso que pronunció ante él contra el retórico Hermágoras, acerca de la investigación en general¹⁷¹. En Atenas, adoptó [11] la misma actitud ante los filósofos y concedió a la ciudad cincuenta talentos para su restauración. Tenía la esperanza de poner pie en Italia como el más ilustre de los hombres y de que sus familiares desearan verlo a él como él deseaba verlos [12] a ellos. Pero la divinidad, que siempre se preocupa de mezclar alguna dosis de mal con los más brillantes y grandes favores de la fortuna, le estaba preparando en secreto y desde hacía [13] tiempo un regreso muy doloroso. Mucia le había sido infiel durante su ausencia. Mientras estuvo lejos, Pompeyo mostró desprecio por las

informaciones sobre esta cuestión; pero cuando estuvo cerca de Italia y, según parece, tuvo más tiempo para reflexionar, envió a su esposa un acta de divorcio, sin comunicarle por escrito, ni entonces ni después, los motivos por los cuales se divorciaba de ella; la causa, no obstante, está recogida en las cartas de Cicerón¹⁷².

[43] Circulaban por Roma todo tipo de rumores acerca de Pompeyo, y había una gran conmoción, pues se pensaba que conduciría de inmediato a su ejército contra la ciudad y que se [2] establecería un firme poder absoluto. Craso cogió a sus hijos y sus riquezas y se marchó en secreto, bien porque estaba verdaderamente atemorizado, o más bien, según parece, para dar credibilidad a esta calumnia y hacer más dura la envidia contra Pompeyo¹⁷³. Pompeyo, sin embargo, en cuanto puso pie [3] en Italia¹⁷⁴, reunió en asamblea a sus soldados y, tras decirles lo que convenía a la situación y expresarles su gratitud, ordenó que cada uno se dispersase hacia su ciudad y se ocupase de sus asuntos personales, recordándoles que se volviesen a reunir con él para la celebración de su triunfo. En cuanto el ejército [4] fue de este modo dispersado y todo el mundo lo supo, sucedió una cosa admirable: cuando las ciudades vieron que Pompeyo [5] Magno marchaba sin armas y acompañado de unos pocos familiares suyos, como al regreso de un viaje cualquiera, las gentes le salieron al paso en señal de afecto y, escoltándolo con un ejército mayor que el suyo, lo llevaron a Roma; de este modo, si en esa ocasión hubiese proyectado subvertir el orden político y hacer una revolución, no habría necesitado en absoluto a sus tropas.

Como la ley no permitía que entrase en la ciudad antes del [44] triunfo, envió mensajeros al Senado para pedir que se aplazasen las elecciones consulares y que se le concediese este favor con el fin de poder apoyar con su presencia la candidatura de Pisón¹⁷⁵. Pero Catón se opuso a esta petición y Pompeyo no consiguió lo que deseaba. Admirado ante la franqueza y la firmeza [2] que Catón empleaba solo en defensa de las causas justas, sintió deseos de ganárselo a toda costa, y como Catón tenía dos sobrinas, quiso tomar a una como esposa y casar a la otra con su hijo. Catón, sin embargo, miraba con desconfianza esta [3] propuesta, en la idea de que

estaba encaminada a corromperle y, en cierto modo, a sobornarlo mediante una unión matrimonial, aunque a su hija y a su esposa les disgustaba que él [4] rechazase el parentesco con Pompeyo el Grande. Entre tanto, Pompeyo, deseando que Afranio fuese nombrado cónsul¹⁷⁶, repartió en su nombre dinero entre las tribus, y para recibirlo [5] la gente bajaba a los jardines de Pompeyo, de manera que el hecho se hizo público y Pompeyo fue objeto de críticas, pues aquella magistratura que él mismo había conseguido como la más alta recompensa por sus éxitos, la ponía ahora en venta para aquellos que no podían alcanzarla por sus propios méritos. [6] «He aquí —dijo Catón a las mujeres de su casa— los reproches de los que hubiésemos participado si nos hubiésemos hecho parientes de Pompeyo». Ellas, al escucharlo, estuvieron de acuerdo en que el juicio de Catón respecto a lo que era conveniente hacer era mejor que el suyo¹⁷⁷.

[45] Aunque el triunfo se repartió en dos días, este tiempo no fue suficiente para su magnitud, y fueron excluidos del espectáculo muchos de los objetos que habían sido preparados y que hubieran bastado para honrar y adornar cualquier otro [2] cortejo¹⁷⁸. Inscripciones llevadas a la cabeza de la comitiva indicaban las naciones sobre las que Pompeyo había triunfado, que eran las siguientes: el Ponto, Armenia, Capadocia, Paflagonia, Media, la Cólquide, los iberos, los albanos, Siria, Cilicia, Mesopotamia, Fenicia, Palestina, Judea, Arabia y todos los piratas que habían sido vencidos por tierra y por [3] mar¹⁷⁹. Según las inscripciones, en estas naciones había tomado no menos de mil fortalezas, casi novecientas ciudades y ochocientas naves piratas, y había fundado treinta y nueve ciudades. Además de esto las inscripciones informaban de que [4] las rentas del Estado, que antes ascendían a cincuenta millones de dracmas, habían recibido ochenta y cinco millones gracias a las adquisiciones que Pompeyo había hecho para la ciudad, y que él había aportado al tesoro público, en moneda acuñada y en objetos de plata y de oro, veinte mil talentos, sin incluir lo que había dado a los soldados, de los cuales el que menos había recibido por su parte mil quinientos dracmas. Los [5] prisioneros conducidos en el cortejo fueron, además de los jefes de los piratas, el hijo de Tigranes el Armenio junto a su

esposa y su hija¹⁸⁰; Zósima, la esposa del propio rey Tigranes; Aristobulo, el rey de los judíos¹⁸¹; una hermana, cinco hijos y las esposas escitas de Mitrídates; rehenes de los albanos, de los iberos y del rey de Comagene¹⁸². Había también numerosos trofeos, iguales en número a todas las batallas en las que él había vencido, bien por sí mismo o bien por sus lugartenientes. Pero lo que más ensalzaba su gloria y lo que ningún romano [6] había alcanzado antes, era que él celebraba su tercer triunfo sobre el tercer continente. Otros, en efecto, habían conseguido [7] antes que él celebrar tres triunfos; pero Pompeyo, al haber conseguido su primer triunfo sobre Libia, el segundo sobre Europa y el último sobre Asia, parecía en cierto modo haber sometido el mundo entero en sus tres triunfos¹⁸³.

Según aquellos que en todo lo comparan con Alejandro [46] y se empeñan en aproximarle a él, Pompeyo tenía entonces menos de treinta y cuatro años; pero en realidad iba camino [2] de los cuarenta¹⁸⁴. ¡Cuánto mejor para él hubiera sido que su vida acabase precisamente entonces, mientras gozaba de la suerte de Alejandro! Pero los tiempos que sobrevinieron solo le proporcionaron éxitos que suscitaron la envidia y desgracias [3] irremediables. El poder político que él había conseguido por medios legítimos, lo empleaba ilegalmente en beneficio de otros; toda la influencia que les concedía no hacía sino disminuir su propia reputación; sin saberlo, cayó arruinado por el [4] vigor y la grandeza de su propio poder. Y así como las partes y puntos mejor defendidos de una ciudad, cuando reciben a los enemigos, les transmiten a estos su propia fuerza, del mismo modo César, gracias al poder de Pompeyo, pudo alzarse contra la ciudad y finalmente derribar y abatir a aquel, que le había servido para hacerse fuerte frente a los demás.

[5] La cosa sucedió del siguiente modo. Cuando Lúculo volvió de Asia, donde había sido indignamente tratado por Pompeyo, los senadores le dispensaron una inmediata y extraordinaria acogida, y, con el deseo de reducir el prestigio de Pompeyo después de su regreso, le animaron aún más para [6] que participase en la política. Pero Lúculo estaba ya sin fuerzas y su actividad se había enfriado por haberse abandonado a los placeres del ocio y a las distracciones

propias de los ricos; no obstante, no tardó en lanzarse contra Pompeyo y, atacándole con vehemencia a propósito de las disposiciones que él había anulado, consiguió una victoria en el Senado, [7] donde era superior a él gracias al apoyo de Catón. Apartado y excluido, Pompeyo se vio obligado a recurrir a los tribunos [8] de la plebe y a aliarse con los jóvenes. Clodio, el más insolente y osado de ellos, se adueñó de él y lo puso en manos del pueblo, y, en contra de su dignidad, le obligaba a ir yendo y viniendo al Foro, y lo usaba como garante de las proposiciones que, bien por escrito o de palabra, hacía para complacer y adular al vulgo¹⁸⁵. Además, le exigía una paga, como si en vez de deshonrarlo le estuviera ayudando; lo último que obtuvo de Pompeyo fue que abandonase a Cicerón, que era amigo suyo y del que sin duda había recibido numerosos favores durante su carrera política. Cuando Cicerón, al verse en peligro, le pidió [9] ayuda, Pompeyo no se dejó ver, sino que, cerrando la puerta a los que venían a buscarlo, desapareció escabulléndose por otra puerta. Cicerón, atemorizado ante el resultado del juicio, se marchó en secreto de Roma¹⁸⁶.

En ese momento César, que había vuelto de una campaña [47] militar¹⁸⁷, llevó a cabo un acto político que de entrada le procuró un gran favor popular y en lo sucesivo un gran poder, pero que fue muy perjudicial para Pompeyo y para la ciudad. César perseguía su primer consulado, y viendo que, [2] mientras que Craso estuviese indispuerto con Pompeyo, si tomaba partido por uno tendría al otro como enemigo, intentó reconciliarlos, acción por lo demás loable y propia de un buen ciudadano, pero urdida premeditadamente por él con mala intención y astucia. Y es que, lo mismo que sucede en una [3] embarcación, cuando el poder del Estado, en vez de equilibrar las sacudidas, se concentra en un punto y se convierte en único, provoca una agitación que es imposible contrarrestar [4] y que todo lo trastorna y arruina. Así pues, Catón, a los que decían que la posterior discrepancia entre César y Pompeyo había destruido el Estado, les respondía que se equivocaban al echarle la culpa al desenlace, ya que no fue ni la discordia ni la enemistad entre ellos, sino su acuerdo y su concordia, el [5] primer y más grande mal para la ciudad. César, en efecto, fue

elegido cónsul¹⁸⁸; de inmediato, para complacer a los necesitados y a los pobres, propuso fundar colonias y repartir tierras, apartándose así de la dignidad de su cargo y convirtiendo el [6] consulado en una especie de tribunado de la plebe. Como su colega Bíbulo se le opuso y Catón estaba dispuesto a apoyar a Bíbulo con todas sus fuerzas¹⁸⁹, César condujo a Pompeyo a la tribuna, donde, a la vista de todos, le saludó y le preguntó [7] si él aprobaría sus proyectos de ley; Pompeyo respondió que sí. «Entonces —continuó César— si alguien usase la violencia contra estas leyes, ¿vendrías tú en ayuda del pueblo?». «Por supuesto —respondió Pompeyo— que iré, y contra los que nos amenacen con sus espadas, yo llevaré espada y escudo». [8] Al parecer, hasta ese día Pompeyo nunca había dicho ni hecho nada tan insolente, hasta el punto de que sus amigos lo defendieron diciendo que esas palabras se le habían escapado [9] al calor del momento. Sin embargo, en sus actos posteriores se vio con claridad que ya se había entregado absolutamente [10] a la voluntad de César. De hecho, sin que nadie lo esperase, Pompeyo tomó por esposa a Julia, la hija de César, que había sido concedida a Cepión y que iba a casarse con él pocos días después¹⁹⁰; para calmar la ira de Cepión, Pompeyo le entregó a su propia hija, que ya había sido prometida a Fausto, el hijo de Sila. César, por su parte, tomó por esposa a Calpurnia, la hija de Pisón¹⁹¹.

Después de esto, Pompeyo llenó la ciudad de soldados y [48] resolvió todos los asuntos mediante la violencia. Así, al cónsul [2] Bíbulo, cuando bajaba al foro con Lúculo y Catón, le atacaron por sorpresa, le rompieron las fasces y alguien le derramó un cesto de basura por la cabeza; además, dos de los tribunos que lo acompañaban resultaron heridos. Una vez que de este modo [3] dejaron el foro libre de opositores, ratificaron la ley sobre el reparto de tierras; desde entonces el pueblo, seducido por este cebo, se volvió dócil y se mostró favorable a todas sus propuestas, no interfiriendo en nada y aportando silenciosamente su voto a los proyectos que ellos presentaban. Así se sancionaron [4] las disposiciones de Pompeyo sobre las que Lúculo había discutido. A César se le concedieron por cinco años la Galia cisalpina y transalpina y la Iliria¹⁹², además de cuatro legiones completas, y para el año siguiente

fueron nombrados cónsules Pisón, suegro de César, y Gabinio, el más exaltado de entre los aduladores de Pompeyo¹⁹³. Mientras estas acciones se llevaban [5] a cabo, Bíbulo se encerró en su casa y no salió en los ocho meses que le quedaban de consulado; se limitó a publicar edictos que solo contenían calumnias y acusaciones contra César y Pompeyo. Catón, como inspirado y poseído por un espíritu [6] profético, anunció en el Senado los males que iban a suceder a [7] la ciudad y a Pompeyo. Lúculo, por su parte, renunció a actuar y se mantuvo tranquilo, con el pretexto de que ya no estaba en edad de intervenir en política; fue entonces cuando Pompeyo dijo que, para un viejo, era más intempestivo entregarse a los [8] placeres que participar en política¹⁹⁴. Bien pronto, sin embargo, el propio Pompeyo se dejó ablandar por su amor hacia su joven esposa y, dedicándose exclusivamente a ella, pasaba los días en su compañía en el campo o en sus jardines y se despreocupaba de lo que estaba ocurriendo en el foro, hasta el punto de que Clodio, que era entonces tribuno de la plebe, acabó por despreciarlo y se metió en las más audaces empresas. [9] En efecto, Clodio, después de haber desterrado a Cicerón y de haber enviado a Catón a Chipre con el pretexto de una expedición militar¹⁹⁵, y al ver que, tras la partida de César hacia la Galia, el pueblo se adhería a él porque todas sus acciones y [10] medidas políticas eran adoptadas para complacerlo, al punto intentó revocar algunas de las disposiciones de Pompeyo, le arrebató a su prisionero Tigranes y lo retuvo consigo, y promovió causas contra sus amigos para probar en ellos hasta dónde [11] llegaba el poder de Pompeyo¹⁹⁶. Finalmente, en una ocasión en que Pompeyo compareció en público con motivo de un juicio, Clodio, con una turba de hombres llenos de insolencia y desvergüenza bajo sus órdenes, se colocó en un lugar visible y [12] lanzó preguntas como estas: «¿Quién es un *imperator* de vida disoluta? ¿Qué hombre anda en busca de otro hombre? ¿Quién es el que se rasca la cabeza con un solo dedo?»¹⁹⁷. Y ellos, como un coro ejercitado en dar la réplica, cuando él sacudía la toga respondían con grandes gritos a cada pregunta: «Pompeyo».

Estas cosas, sin duda, afligían a Pompeyo, que no estaba [49] acostumbrado a oír hablar mal de él y carecía de experiencia en este tipo de combates; sin embargo, le disgustaba más saber que el Senado se regocijaba al verlo insultado y castigado a causa de su traición a Cicerón. Cuando en el foro se llegó a los [2] golpes (algunos incluso recibieron heridas), y se descubrió que un esclavo de Clodio, que se había deslizado hasta Pompeyo entre la muchedumbre de los que lo rodeaban, llevaba en la mano un cuchillo, Pompeyo tomó esto como pretexto y, como por otro lado temía la insolencia y las calumnias de Clodio, no [3] apareció más por el foro durante el tiempo en que este ejerció su magistratura; al contrario, se encerró indefinidamente en su casa para reflexionar con sus amigos sobre cómo apaciguar la ira que contra él sentían el Senado y los nobles. No hizo caso [4] a Culeón¹⁹⁸, que le aconsejaba divorciarse de Julia y cambiar la amistad de César por la del partido senatorial, pero se dejó persuadir por los que reclamaban la vuelta de Cicerón, el mayor enemigo de Clodio y el hombre más amado por el Senado, y condujo ante el pueblo al hermano de Cicerón, que era quien [5] solicitaba su regreso, acompañado por una tropa numerosa¹⁹⁹; aunque en el foro hubo heridos e incluso algunos muertos, logró por fin vencer a Clodio. Cuando Cicerón regresó gracias [6] a una ley²⁰⁰, reconcilió de inmediato a Pompeyo con el Senado, y con su apoyo a la ley del trigo en cierta manera hizo de nuevo a Pompeyo dueño de todo cuanto por tierra y [7] por mar poseían los romanos, pues bajo sus órdenes quedaron los puertos, los mercados, los repartos de cosechas, en una palabra, los intereses de los navegantes y de los agricultores. [8] Clodio alegaba que la ley no se había propuesto a causa de la carestía, sino que se había provocado la carestía para que se pudiese proponer la ley; decía que Pompeyo, como salido de una enfermedad, intentaba reavivar y restablecer su extinguido [9] poder mediante un nuevo cargo. Otros, en cambio, declaran que esto fue una trampa del cónsul Espínter, que encerró a Pompeyo en un cargo más importante con la intención de ser [10] él mismo enviado en ayuda del rey Tolomeo²⁰¹. Sin embargo, el tribuno de la plebe Canidio propuso una ley según la cual Pompeyo, sin ejército y llevando únicamente dos lictores, iría [11] a reconciliar al rey con los alejandrinos²⁰².

Parece que esta ley no disgustaba a Pompeyo, pero el Senado la rechazó con el [12] plausible pretexto de que temía por su persona. Podían encontrarse repartidos por el foro y cerca de la curia escritos según los cuales Tolomeo pedía que se le diera como general [13] a Pompeyo en vez de a Espínter. Por otro lado, Timágenes dice que Tolomeo se marchó sin necesidad y que abandonó Egipto persuadido por Teófanés, que intentaba proporcionar a Pompeyo la ocasión de conseguir dinero y un nuevo mando²⁰³. Pero por más que la maldad de Teófanés pueda hacer creíble [14] esta afirmación, es la propia naturaleza de Pompeyo la que la hace en mayor grado inverosímil, pues su ambición no era tan maligna e innoble.

Una vez puesto al frente de la organización y la administración [50] del abastecimiento, envió legados y amigos a numerosos puntos, mientras que él se embarcó personalmente hacia Sicilia, Cerdeña y Libia e hizo acopio de trigo. Cuando estaba [2] a punto de zarpar, se levantó sobre el mar un fuerte viento, y los pilotos vacilaron; él subió el primero a la nave, ordenó levar el ancla y gritó: «Navegar es necesario; vivir, no». Gracias a este acto de audacia y celo, acompañado por la buena [3] suerte, llenó de grano los mercados y de barcos el mar, de tal manera que la abundancia de esta provisión abasteció incluso a los pueblos extranjeros y, como si manase de una fuente, se derramó generosa sobre todos.

En aquella época las guerras de la Galia habían engrandecido [51] a César; aunque se creía que estaba muy lejos de Roma, enredado con los belgas, los suevos y los bretones, gracias a su astucia se encontraba en medio del pueblo sin que nadie lo viese, y atacaba a Pompeyo en los asuntos políticos más relevantes²⁰⁴. Él se rodeaba de su fuerza militar como si de su [2] propio cuerpo se tratase, y no ponía su empeño en derrotar a los bárbaros sino en ejercitar dicha fuerza en los combates que sostenía contra ellos, como en una cacería, y en hacerla invencible y digna de temor. Enviaba a Roma el oro, la [3] plata y los demás despojos y riquezas que había arrebatado a tantos enemigos, y tentando a la gente con sobornos y contribuyendo a las arcas de los ediles, los pretores, los cónsules y sus esposas, se ganó muchos

partidarios. De este modo, [4] cuando, tras cruzar los Alpes, pasó el invierno en Lucca, una gran multitud de hombres y mujeres acudieron a porfía ante él, además de doscientos senadores, entre los cuales estaban Pompeyo y Craso, y en la puerta de César llegaron a verse [5] ciento veinte fascas de procónsules y pretores²⁰⁵. A todos los demás los despidió colmándolos de esperanzas y de dinero, pero entre Pompeyo, Craso y él se llegó al siguiente acuerdo: ellos solicitarían el consulado, y César les ayudaría enviando a la votación a un gran número de sus soldados; en cuanto fuesen elegidos, ellos se harían con el mando de las provincias y del ejército y confirmarían a César en las provincias que [6] ya tenía por otros cinco años. Cuando este acuerdo se hizo público, los ciudadanos más importantes se indignaron; Marcelino se levantó en la asamblea del pueblo y les preguntó en [7] su cara si serían candidatos al consulado²⁰⁶. Como la mayoría del pueblo les pedía que contestasen, Pompeyo fue el primero en responder diciendo que tal vez se presentaría, o que tal vez no se presentaría; Craso, en cambio, con más tacto político, respondió que él haría lo que, en su opinión, fuese más útil [8] para el bien común. Marcelino acosaba a Pompeyo, y como parecía que hablaba con gran vehemencia, Pompeyo dijo que Marcelino era el más injusto de los hombres al no darle las gracias a él por haberlo convertido, de mudo, en hablador, y de hambriento, en un vomitador de palabras.

Aunque los demás se abstenían de presentarse al consulado, [52] Catón, sin embargo, persuadió a Lucio Domicio y le animaba a no desistir, pues la lucha contra los tiranos, decía, no era por una magistratura, sino por la libertad²⁰⁷. Los partidarios [2] de Pompeyo, que tenían consigo a todo el Senado, viendo la energía de Catón y temiendo que este arrastrase y captase a la parte sana del pueblo, no permitieron que Domicio bajase hasta el foro; enviaron hombres armados que asesinaron al esclavo que iba delante de él llevando la antorcha y ahuyentaron a los demás. Catón fue el último en retirarse, herido en el codo derecho por defender a Domicio. Tras alcanzar el consulado [3] mediante semejantes procedimientos, Pompeyo y Craso no se comportaron en lo demás con mayor decencia. En primer lugar, cuando el pueblo

se disponía a elegir a Catón como pretor y a depositar su voto a favor de él, Pompeyo disolvió la asamblea bajo el pretexto de malos presagios, y las tribus, que habían sido sobornadas a base de dinero, eligieron a Vatinio en vez de a Catón²⁰⁸. Más tarde, gracias a la mediación del [4] tribuno de la plebe Trebonio²⁰⁹, propusieron leyes que, según lo pactado, prorrogarían el mando de César por un segundo plazo de cinco años, concederían a Craso Siria y la expedición contra los partos, y al propio Pompeyo la Libia entera, las dos Hispanias y cuatro legiones, dos de las cuales se las prestó a César, que se las había pedido para la guerra de las Galias²¹⁰. Mientras que Craso se marchó a su provincia al expirar su [5] consulado, Pompeyo inauguró su teatro, y para dedicarlo organizó concursos gimnásticos y musicales y ofreció luchas de animales salvajes, en las que murieron quinientos leones, y, sobre todo, un combate de elefantes, que fue el espectáculo más terrorífico²¹¹.

[53] Aunque estas iniciativas le procuraban admiración y afecto, suscitó de nuevo un descontento no menor, porque cedió sus ejércitos y sus provincias a legados que eran amigos suyos, mientras que él pasaba el tiempo en Italia junto a su mujer, yendo de una casa de recreo a otra, ya fuera porque estuviese enamorado de ella, ya porque, viéndola a ella enamorada, no se hiciese a la idea de abandonarla, pues esto [2] también se dice. En efecto, era bien conocido el amor de la joven por su esposo; a pesar de su edad, ella quería a Pompeyo²¹². La causa era, al parecer, la fidelidad de su marido, que solo mantenía relaciones con su esposa, y su aire de gravedad, que más que hacerlo serio favorecía las relaciones agradables y era especialmente atractivo para las mujeres, si no hemos [3] de considerar falso el testimonio de la cortesana Flora²¹³. Así, durante la elección de los ediles, algunos llegaron a las manos y no pocos cayeron muertos cerca de Pompeyo, que, manchado [4] de sangre, tuvo que cambiarse la ropa. Los sirvientes que llevaban su ropa se presentaron en su casa con gran prisa y alboroto, y su mujer, que estaba a la sazón embarazada, al ver la toga manchada de sangre, se desmayó y a duras penas logró reponerse, pero a causa de la impresión y la conmoción [5] tuvo que abortar.

Desde entonces, ni siquiera los más críticos con la amistad entre Pompeyo y César censuraron su amor por su esposa. Ella, no obstante, volvió a quedarse embarazada y dio a luz una niña, pero murió en el parto y la niña solo le [6] sobrevivió unos pocos días. Pompeyo se disponía a enterrar el cadáver en su finca de Alba, pero el pueblo llevó por la fuerza el cuerpo al campo de Marte, más por piedad hacia la joven que por agradar a Pompeyo y a César. Sin embargo, respecto a ellos dos, el pueblo parecía conceder una parte más grande de ese honor a César, que estaba ausente, que a Pompeyo, que estaba presente²¹⁴.

Inmediatamente la ciudad sufrió una conmoción, y cualquier [7] cosa provocaba agitación y rumores de ruptura, pues la alianza matrimonial que antes, más que controlar, encubría la ambición de los dos hombres, se había roto. Poco después [8] se anunció que Craso había muerto en la guerra contra los partos, y con él desaparecía el que había sido el mayor obstáculo para que estallase la guerra civil²¹⁵; pues, como le temían, ambos respetaban hasta cierto punto sus justas decisiones. Pero [9] cuando la fortuna eliminó del combate al luchador de reserva, al punto pudo decirse, al igual que el cómico, que el uno contra el otro

«se unta con aceite y se frota las manos con polvo²¹⁶.»

¡Tan insignificante es el poder de la fortuna sobre la naturaleza [10] humana! Pues ella no bastó para saciar sus deseos, ya que ni un dominio tan absoluto ni una extensión de territorios tan vasta sirvieron para contentar a estos dos hombres; aunque ellos habían oído y leído que «los dioses han dividido el mundo en tres partes para que cada uno reciba su cuota de poder», no creían que el Imperio Romano fuese suficiente para ellos dos²¹⁷.

[54] Sea como sea, Pompeyo dijo en cierta ocasión, durante un discurso dirigido al pueblo, que él había recibido todos sus cargos antes de lo que él esperaba, y que había sido desposeído de ellos más rápido de lo que se esperaba. Y a decir verdad, hablaba en su favor el hecho de que él siempre había [2] licenciado a sus ejércitos. Pero en esta ocasión, pensando que César no licenciaría sus tropas, buscaba en las magistraturas

políticas la forma de reforzarse contra él. Sin embargo, no pretendía hacer cambios revolucionarios ni quería que pareciese que él desconfiaba de César, sino más bien que no [3] le hacía caso y que lo despreciaba. Pero cuando vio que las magistraturas no se concedían conforme a su deseo, porque los ciudadanos habían sido sobornados, permitió que en la ciudad se instalase la anarquía²¹⁸. Al punto surgieron muchas voces favorables a un dictador. El primero que se atrevió a hablar de ello públicamente fue el tribuno de la plebe Lucilio, [4] que aconsejó al pueblo elegir dictador a Pompeyo²¹⁹. Catón se opuso y Lucilio estuvo a punto de perder su cargo de tribuno. Muchos amigos de Pompeyo salieron en su defensa diciendo [5] que él ni pedía ni deseaba ese cargo. Catón elogió a Pompeyo y le exhortó a que velase por el orden; Pompeyo, movido esta vez por los escrúpulos, así lo hizo, y fueron elegidos cónsules Domicio y Mesala.²²⁰ Pero después volvió a irrumpir la anarquía y se alzaron aún más voces que hablaban de dictadura con más atrevimiento. Los partidarios de Catón, temiendo ser coaccionados, decidieron ofrecer a Pompeyo una magistratura legal para apartarlo de ese poder absoluto y tiránico. Bíbulo, [6] que era enemigo de Pompeyo, fue el primero que propuso en el Senado que se nombrase cónsul único a Pompeyo, pues así —decía— o la ciudad sería liberada del desorden reinante o sería esclava del ciudadano más poderoso²²¹. La propuesta [7] resultó extraña teniendo en cuenta quién la había expresado; Catón se levantó e hizo que todos creyesen que iba a contradecirla; mas, cuando se hizo el silencio, dijo que él no habría introducido la medida propuesta, pero ya que había sido introducida por otro, él aconsejaba que se adoptase, pues prefería cualquier poder antes que la anarquía y pensaba que nadie gobernaría mejor que Pompeyo en una situación tan convulsa. El Senado aceptó la medida y decretó que Pompeyo, una vez [8] nombrado cónsul, ejerciese solo el poder, y que, si deseaba un colega, podía elegir a quien considerase apto para el cargo, pero no antes de dos meses²²². Nombrado y declarado cónsul de este modo por el magistrado regente Sulpicio, Pompeyo saludó afectuosamente a Catón, reconociendo que le estaba muy agradecido y rogándole que fuese su consejero privado durante su cargo²²³. Pero Catón no

aceptó que Pompeyo le [9] diera las gracias, diciendo que nada de lo que había dicho lo había dicho en beneficio de Pompeyo, sino en el de la ciudad, y que sería su consejero privado si él se lo pedía, pero en el caso de que no se lo pidiese, expresaría públicamente lo que estimase oportuno. Así era Catón en todo.

Tras su regreso a Roma²²⁴, Pompeyo tomó por esposa a [55] Cornelia, la hija de Metelo Escipión, que no era doncella, sino que recientemente se había quedado viuda de Publio, el hijo de Craso, con el que se había casado en primeras nupcias y [2] que había muerto en la guerra contra los partos²²⁵. Además de su juvenil belleza, la joven tenía numerosos encantos: estaba muy versada en literatura, en tocar la lira y en geometría, y acostumbraba escuchar con provecho los discursos de los [3] filósofos. A estas cualidades añadía un carácter libre de la antipatía y la afectación que tales conocimientos confieren a las mujeres jóvenes; su padre, además, era un hombre de linaje y [4] reputación irreprochables. Pero a pesar de esto, a algunos no les agradaba este matrimonio debido a la diferencia de edad, pues teniendo esta en cuenta hubiera sido mejor que Cornelia se casase con un hijo de Pompeyo; otros, con más sutileza, consideraban que Pompeyo descuidaba los asuntos de la ciudad, que, estando en una situación crítica, lo había elegido [5] a él como médico y se había entregado solo a él; mientras tanto, él se dedicaba a ponerse coronas y a ofrecer sacrificios por sus bodas, cuando debería haber considerado como una desgracia ese consulado, que no se le hubiese concedido por medios ilegales si la patria hubiese gozado de estabilidad²²⁶.

[6] Después atendió casos de corrupción y sobornos y redactó las leyes conforme a las cuales se desarrollarían los juicios. Por lo general, ejercía digna y limpiamente su arbitraje, proporcionando seguridad, orden y calma a los tribunales que él mismo presidía acompañado de hombres armados. Sin embargo, [7] cuando su suegro Escipión fue llamado a juicio, hizo venir a su casa a los trescientos sesenta jueces y les pidió que lo ayudasen. El acusador abandonó la causa al ver que Escipión era acompañado por los jueces a la salida del foro. En [8] consecuencia, se volvió a hablar mal de Pompeyo, y aún más cuando él, que había prohibido por ley

las alabanzas dedicadas a quienes estaban llamados a juicio, se presentó en persona para alabar a Planco²²⁷. Catón, que era a la sazón uno de los [9] jueces, se tapó con las manos los oídos y dijo que no estaría bien por su parte escuchar un elogio contrario a la ley, razón por la cual fue recusado antes de dar su voto; sin embargo, Planco fue condenado por los votos de los demás jueces, para vergüenza de Pompeyo. Pocos días después, Hipseo, hombre [10] de rango consular perseguido por la justicia, aguardó a que Pompeyo saliese del baño para dirigirse a la cena y le suplicó ayuda abrazándole las rodillas²²⁸. Pompeyo pasó de largo diciéndole con desprecio que lo único que iba a conseguir era que se le echase a perder la cena. Recibió, pues, duras críticas [11] por mostrarse así de parcial. Todo lo demás, sin embargo, lo puso en perfecto orden, y eligió a su suegro como colega para los cinco meses restantes. Se decretó también que conservase [12] el mando de las provincias durante otros cuatro años y que recibiese una suma de mil talentos al año para alimentar y mantener a sus tropas.

Los amigos de César, aprovechando esta ocasión, solicitaban [56] que se le tuviese también en cuenta a él, que tantas guerras había hecho en defensa de la supremacía romana; pues, según ellos, él se merecía, o bien recibir otro consulado, o bien que se prorrogase el plazo de su mando militar, para que no llegase otro y le arrebatase la gloria de sus esfuerzos y para que él, que tantas cosas había conseguido, conservase el mando de [2] su ejército y disfrutase con tranquilidad de sus honores. Se produjo una discusión acerca de esta propuesta; Pompeyo, como si quisiera alejar la envidia contra César, dijo que tenía una carta suya en la que expresaba su deseo de tener un sucesor y dejar su mando, pero que sería conveniente que se le permitiese presentar su candidatura al consulado aun estando [3] él mismo ausente. Catón y sus partidarios se opusieron a ello y pidieron que César se convirtiese en un ciudadano particular y depusiese las armas para conseguir cualquier favor de sus conciudadanos. Como Pompeyo no entró en la discusión e hizo como si aceptase la derrota, hubo aún más sospechas [4] acerca de sus intenciones respecto a César. Mandó también reclamar las tropas que él le

había prestado, con el pretexto de que iba a hacer la guerra contra los partos. César, aunque sabía por qué le reclamaba los soldados, se los devolvió después de haberlos colmado de regalos.

[57] Después de esto Pompeyo cayó gravemente enfermo en Nápoles²²⁹; no obstante, se recuperó, y los napolitanos, por consejo de Praxágoras, hicieron sacrificios de agradecimiento [2] por su curación. Les imitaron los pueblos vecinos, y de este modo su ejemplo recorrió Italia entera: cada ciudad, pequeña [3] o grande, celebró fiestas durante muchos días. Ningún lugar podía contener a los que venían a verlo desde todas partes, y los caminos, las aldeas y los puertos estaban llenos de gente [4] que celebraba banquetes y hacía sacrificios. Muchos salían también a recibirle con coronas y antorchas y le escoltaban arrojándole flores, de tal manera que su viaje y su regreso a Roma fue un espectáculo de una hermosura y brillantez extraordinarias. [5] Sin embargo, se dice que esta fue una de las causas —y no la menos importante— que provocó la guerra civil, pues en Pompeyo se abrió paso, además de una inmensa alegría, una actitud arrogante que prevaleció sobre los cálculos basados en la situación; al abandonar la prudencia que siempre [6] había proporcionado seguridad a sus exitosas empresas, se entregó a una ilimitada confianza y al desprecio del poder de César, en la idea de que para hacerle frente no necesitaría ni armas ni arduos esfuerzos y que lo derrotaría con mayor facilidad que con la que antes lo había ensalzado. Además de [7] esto, llegó Apio trayendo de la Galia las tropas que Pompeyo le había prestado a César²³⁰. Apio menospreciaba las acciones que este llevaba a cabo allí y difundía comentarios difamatorios contra él: decía que Pompeyo desconocía su propio poder y su prestigio al buscar el apoyo de otro ejército contra César, pues él podía vencerlo con las tropas del propio César en cuanto ellas lo viesen, tan grandes eran su odio hacia este y su afecto hacia aquel. De este modo, pues, Pompeyo se [8] creció, y su confianza le hizo concebir tal desprecio que se burlaba de quienes temían la guerra; a quienes le decían que, si César marchase contra la ciudad, no veían con qué tropas lo rechazaría, les respondía con semblante sonriente y alegre que no se preocupasen:

«Pues —decía— en cualquier parte de Italia en que yo golpee el suelo con el pie, saldrán tropas de infantería y de caballería».

César, en cambio, se dedicaba ya a sus asuntos con más [58] energía que antes. Permanecía no muy lejos de Italia, mandaba continuamente a sus soldados a la ciudad para que votaran en las elecciones y a base de dinero se ganó a muchos ciudadanos y corrompió a los magistrados. Entre ellos estaban [2] el cónsul Paulo, que se cambió de partido por mil quinientos talentos, el tribuno Curión, al que César libró de una cantidad innumerable de deudas, y Marco Antonio, que como amigo [3] de Curión compartía beneficios con él²³¹. Se cuenta que uno de los centuriones que había venido con César, hallándose cerca de la curia y al oír que el Senado no concedería a César la prorrogación de su mando, dijo golpeando con la mano su [4] espada: «Pues bien, esta se la concederá». Este era, en efecto, el propósito que tenían las acciones y los preparativos de César. Sin embargo, las demandas y peticiones de Curión en [5] favor de César parecían muy democráticas. Él pedía una de estas dos cosas: o bien que se le pidiese también a Pompeyo renunciar a sus tropas, o bien que no se privase a César de las suyas; así ellos se quedarían tranquilos, pues o bien pasarían a ser ciudadanos particulares con los mismos derechos, o bien mantendrían equilibradas sus fuerzas: mientras que si se debilita a una de las dos partes, se está con ello multiplicando por [6] dos el poder que se teme. Ante esto, Marcelo tachó a César de ladrón y propuso que se lo declarase enemigo público si no deponía las armas²³²; Curión, sin embargo, con la ayuda de Antonio y de Pisón, tuvo fuerza para obligar al Senado [7] a pronunciarse²³³. Propuso a los que querían que solo César depusiese las armas y que Pompeyo conservase su mando que [8] se pasasen a un lado, y la mayoría se pasó. Propuso de nuevo que se desplazasen los que deseaban que ambos depusieran las armas y que ninguno de los dos conservase el mando: solo veintidós apoyaron a Pompeyo, todos los demás se pusieron de parte de Curión²³⁴. Este, como si hubiese logrado una victoria, [9] corrió radiante de alegría a encontrarse con el pueblo, que lo recibió con aplausos y

lanzándole coronas y flores. Pompeyo no estaba presente en el Senado, pues los jefes del ejército no pueden entrar en la ciudad. Marcelo se levantó [10] y dijo que él no se quedaría sentado escuchando discursos mientras veía ya a diez legiones aparecer por los Alpes, y que él mismo iba a enviar a alguien que se opusiese a ellas en defensa de la patria.

Después de esto, se cambiaron las ropas como si estuvieran [59] de duelo. Marcelo, seguido por el Senado, se dirigió hacia el foro para encontrarse con Pompeyo, y cuando lo tuvo enfrente le dijo: «Te ordeno, Pompeyo, que defiendas la patria, y que para ello emplees las tropas de que dispones y reclutes otras». Y lo mismo le dijo Léntulo, uno de los cónsules designados [2] para el año siguiente²³⁵. Pero cuando Pompeyo empezó a reclutar soldados, unos se negaban a obedecer, otros, una minoría, se reunían a duras penas y de mala gana, y la mayoría pedía a gritos la reconciliación. En efecto, Antonio, pese a la [3] oposición del Senado, había leído ante el pueblo una carta de César que contenía propuestas atractivas para la multitud: pedía que Pompeyo y él, después de dejar sus provincias y licenciar [4] sus ejércitos, se presentasen ante el pueblo para rendir cuentas de sus acciones. Pero Léntulo, que ya era cónsul, no [5] convocó al Senado; Cicerón, que hacía poco que había vuelto de Cilicia²³⁶, intentó llegar a un acuerdo según el cual César abandonaría la Galia, licenciaría a todo su ejército y esperaría en Iliria su segundo consulado al frente de dos legiones. [6] A Pompeyo no le gustó la propuesta, y los amigos de César aceptaron renunciar a una de las dos legiones; pero como Léntulo se opuso a ello y Catón dijo a gritos que Pompeyo cometía otra vez el error de dejarse engañar, las negociaciones no tuvieron efecto.

[60] En esto se anunció que César se había apoderado de Arimino, gran ciudad de Italia, y que marchaba directamente hacia [2] Roma con todo su ejército²³⁷. Pero esta noticia era falsa, pues marchaba con no más de trescientos caballeros y cinco mil soldados de infantería. Él no había esperado al resto de sus tropas, que estaban al otro lado de los Alpes, porque prefería lanzarse por sorpresa contra los enemigos cuando ellos estaban en desorden y no esperaban su ataque, antes que darles [3] tiempo de prepararse para el combate. Así pues,

cuando llegó a orillas del río Rubicón, que marcaba el límite de la provincia que se le había concedido, se detuvo en silencio y dedicó un tiempo a reflexionar consigo mismo sobre la magnitud de su [4] atrevimiento²³⁸. Después, como aquellos que se lanzan desde un precipicio a un abismo profundo, hizo callar a la razón, apartó la vista del peligro y, gritando ante los presentes solo estas palabras en griego: «La suerte está echada», hizo que su ejército cruzase el río²³⁹.

[5] En cuanto se divulgó la noticia y se apoderaron de Roma un estupor, una turbación y un miedo nunca vistos hasta entonces, el Senado en su conjunto corrió inmediatamente en busca de Pompeyo, y acudieron también los magistrados. Cuando [6] Tulo le preguntó sobre el ejército y las tropas, y Pompeyo, tras una leve vacilación, le respondió tímidamente que tenía dispuestos a los soldados procedentes del ejército de César y que creía que podía reunir rápidamente a los hombres que antes había reclutado, que eran treinta mil, Tulo exclamó: «¡Nos has engañado, Pompeyo!», y aconsejó enviar embajadores a César²⁴⁰. Un tal Favonio, que por lo demás no era un mal [7] hombre, pero que a menudo pensaba que con su arrogancia e insolencia imitaba la franqueza de Catón, ordenó a Pompeyo golpear la tierra con el pie para llamar a las tropas que él había prometido²⁴¹. Pompeyo soportó con calma esta impertinencia; [8] mas, cuando Catón le recordó las predicciones que desde el principio le había hecho respecto a César, respondió que Catón había hecho mejores predicciones, pero que él había actuado de una manera más propia de un amigo.

Catón aconsejó nombrar a Pompeyo general con plenos [61] poderes, agregando que es a aquellos que han causado grandes males a quienes les corresponde acabar con ellos. Así pues, [2] Pompeyo partió de inmediato para Sicilia, la provincia que le había tocado, y los demás marcharon hacia las provincias que les había asignado la suerte. Como casi toda Italia se había sublevado, el curso de los acontecimientos suscitaba una gran incertidumbre. Los desterrados se lanzaban desde todas partes [3] hacia Roma, y los habitantes de Roma huían y abandonaban la ciudad, donde, en una turbación y un desorden semejantes, la parte útil de la sociedad se encontraba

debilitada, mientras que la porción más turbulenta era muy fuerte y muy difícil de controlar por parte de los magistrados. No había manera, pues, [4] de apaciguar el miedo, ni tampoco se le permitía a Pompeyo seguir los dictados de sus propias reflexiones, sino que cada uno, de acuerdo con lo que en ese momento sentía, ya fuese miedo, tristeza o incertidumbre, intentaba transmitirle a él [5] ese estado de ánimo; así, en un mismo día tomaba decisiones contrarias, y no podía averiguar nada exacto acerca de los enemigos porque muchos le comunicaban lo que habían oído por [6] casualidad y se enfadaban si él no les creía. En estas circunstancias, decretó el reconocimiento del estado de excepción y, después de ordenar a los senadores que lo siguiesen y de declarar que consideraría partidarios de César a todos los que se quedasen, abandonó la ciudad al caer la tarde²⁴². Los cónsules huyeron sin hacer los sacrificios que es costumbre hacer antes de una guerra. Pero incluso en esta espantosa situación, Pompeyo era un hombre digno de ser envidiado a causa del afecto general que hacia él se sentía, pues aunque muchos censuraban su actuación como general, no había nadie que odiase al general, y se podría demostrar que fueron más los que huyeron porque no eran capaces de abandonar a Pompeyo que los que lo hicieron por amor a la libertad.

[62] Pocos días después César entró en Roma y se apoderó de ella. Trató bien a todos los ciudadanos y los tranquilizó; sin embargo, cuando un tribuno de la plebe, Metelo, intentó impedir que tomase dinero del tesoro público, César le amenazó de muerte y añadió a su amenaza una afirmación todavía más dura, a saber, que para él era más difícil decir eso [2] que hacerlo²⁴³. Tras apartar de este modo a Metelo y tomar todo lo que necesitaba, se lanzó a la persecución de Pompeyo, apresurándose a expulsarlo de Italia antes de que le llegasen [3] las tropas de Hispania. Pompeyo, después de tomar Brindisi, donde encontró barcos en abundancia, embarcó inmediatamente a los cónsules y junto a ellos a treinta cohortes, y los envió a Dirraquio por delante de él²⁴⁴; a su suegro Escipión y a su hijo Cneo los mandó a Siria para que preparasen una flota²⁴⁵. Él, por su parte, tras fortificar las puertas de Brindisi [4] y colocar en las murallas a los soldados

más ligeros, ordenó a sus habitantes que se quedasen tranquilos en sus casas, hizo cavar trincheras y abrir fosas en todo el interior de la ciudad, y llenó de estacadas las calles, salvo dos, por las cuales él descendía al mar. Al tercer día, ya tenía cómodamente embarcadas [5] a todas sus tropas; de repente, hizo una señal a los que vigilaban las murallas, que bajaron rápidamente, los subió a bordo y cruzó el mar²⁴⁶. César, cuando vio abandonadas las [6] murallas, pensó que Pompeyo había huido, y poco le faltó para caer sobre las estacadas y los fosos en su afán de perseguirlo; sin embargo, como los habitantes de Brindisi se lo habían advertido, evitó entrar en la ciudad, hizo un recorrido alrededor de ella y se aseguró de que todos los barcos se habían echado al mar excepto dos, que no contenían más que unos cuantos soldados²⁴⁷.

Algunos cuentan esta partida por mar de Pompeyo entre [63] las mejores operaciones militares; sin embargo, el propio César se sorprendió de que Pompeyo, que poseía una ciudad fortificada, esperaba a las tropas de Hispania y tenía el dominio del mar, abandonase y le cediese Italia. También Cicerón [2] le acusó de imitar más la estrategia de Temístocles que la de Pericles, a pesar de que su situación era más parecida a la [3] de Pericles que a la de Temístocles²⁴⁸. No obstante, en sus acciones César demostró que temía enormemente el factor tiempo: así, después de capturar a Numerio, un amigo de Pompeyo, lo envió a Brindisi para pedir una reconciliación en términos [4] de igualdad²⁴⁹; pero Numerio se embarcó con Pompeyo. En ese momento, César, que en sesenta días se había adueñado de toda Italia sin derramar una gota de sangre, quiso ponerse de inmediato a perseguir a Pompeyo, pero como carecía de barcos se marchó y se dirigió a Hispania con la intención de ganarse a las tropas que estaban allí.

[64] En ese tiempo Pompeyo reunió un gran ejército. Su flota era completamente invencible, pues contaba con quinientos barcos de guerra y con un número aún mayor de naves ligeras y lanchas; además, tenía siete mil caballeros, la flor de Roma y de Italia, hombres distinguidos por su linaje, su riqueza y su [2] nobleza de espíritu. A su infantería, que estaba integrada por soldados de distinta procedencia y que

necesitaba entrenamiento, la ejercitó durante su estancia en Berea²⁵⁰ y no lo hizo manteniéndose él ocioso, sino interviniendo personalmente en los ejercicios, como si aún estuviese en la plenitud de sus [3] fuerzas. Era, pues, un poderoso motivo de confianza ver a Pompeyo el Grande, al que le quedaban dos años para cumplir los sesenta, combatir a pie con las armas, después a caballo, desenvainar fácilmente su espada mientras iba al galope y guardarla de nuevo sin dificultad; en los lanzamientos de jabalina no solo demostraba precisión sino también fuerza, al lanzarla a una distancia que muchos jóvenes no podían superar. Le visitaban también reyes y príncipes de otras naciones, [4] y el número de ciudadanos romanos relevantes constituía en torno a él un Senado entero. Acudieron también Labieno, que [5] había abandonado a César después de haber sido su amigo y de haber participado junto a él en la campaña de las Galias, y Bruto, que era hijo del Bruto que había sido degollado en la Galia, hombre magnánimo y que nunca antes le había dirigido la palabra a Pompeyo ni le había saludado, pues en él veía al asesino de su padre, pero que ahora se ponía a sus órdenes pensando que él iba a liberar Roma²⁵¹. Cicerón, aunque en sus [6] escritos y discursos había manifestado lo contrario, se avergonzaba de no pertenecer al grupo de los que se exponían al peligro por la patria. Acudió también a Macedonia Tidio Sexto, [7] un hombre extremadamente viejo y cojo de una pierna²⁵²; como los demás se reían y se burlaban de él, Pompeyo, en cuanto lo veía, se levantaba y corría hacia él, considerando que era un gran testimonio a su favor el que hombres que ya no estaban en edad militar y carecían de fuerzas prefiriesen afrontar junto él el peligro en vez de mantenerse a salvo.

Cuando tras una reunión del Consejo se decretó, de acuerdo [65] con la propuesta de Catón, que no se matase a ningún romano excepto en la batalla y que no se saquease ninguna ciudad sometida a Roma, el partido de Pompeyo se ganó un [2] afecto aún más grande. Pues incluso aquellos que no desempeñaban ningún papel en la guerra, bien porque habitasen lejos, bien porque a causa de su debilidad se despreocupasen de ella, se adherían a su causa en sus intenciones y apoyaban de palabra su lucha en defensa de la

justicia, considerando enemigo de los dioses y de los hombres a aquel para el que no [3] fuese motivo de alegría la victoria de Pompeyo. Sin embargo, también César se mostró generoso en el éxito; así, después de vencer y capturar a las tropas de Pompeyo en Hispania, dejó [4] libres a sus generales y reclutó para sí soldados²⁵³. Pasó de nuevo los Alpes, atravesó rápido Italia y llegó a Brindisi en el [5] solsticio de invierno. A continuación, cruzó el mar, hizo escala en Oricó y envió a Vibulio, el amigo de Pompeyo al que tenía consigo como prisionero, para que propusiese a aquel celebrar una reunión, después de la cual ambos licenciarían todos sus ejércitos en un plazo de tres días y, una vez que se hubiesen [6] jurado amistad, volverían a Italia²⁵⁴. De nuevo Pompeyo consideró que esta propuesta era una trampa; por ello, después de bajar rápidamente en dirección al mar, ocupó plazas fuertes y lugares que ofrecían un asiento sólido para la infantería, además de puertos y desembarcaderos favorables al comercio marítimo, de tal manera que cualquier viento que soprase le [7] traía a Pompeyo víveres, tropas y dinero. César, en cambio, rodeado de dificultades tanto por tierra como por mar, se veía forzado a buscar el combate atacando sus fortificaciones y provocándole en cada ocasión. La mayoría de las veces César vencía y le sacaba ventaja en estas escaramuzas, pero una vez [8] poco le faltó para caer derrotado y perder su ejército, solo que Pompeyo, que había luchado brillantemente hasta poner en fuga a todos los enemigos y matar a dos mil hombres, no presionó a los que huían ni penetró en su campamento, bien porque no pudo o bien porque tuvo miedo de hacerlo. De [9] este modo, César dijo a sus amigos: «Hoy la victoria hubiera sido para los enemigos si hubieran tenido un general capaz de vencer»²⁵⁵.

Animados por esta acción, los partidarios de Pompeyo [66] tenían prisa por entablar la batalla decisiva. Pompeyo escribió a los reyes, los generales y las ciudades de fuera adoptando la actitud de vencedor, aunque temía el peligro de un combate, y pensaba que con el tiempo e imponiéndoles la escasez derrotaría a unos enemigos invencibles en las armas y acostumbrados después de mucho tiempo a vencer unidos, pero que a causa de su vejez estaban incapacitados para

realizar las otras tareas propias de una campaña militar, a saber, marchas, cambios de posición, excavación de fosos, construcción de murallas, y que por ello tenían prisa por llegar rápido a las manos y trabar combate.

De una forma u otra, Pompeyo había conseguido hasta [2] entonces persuadir a sus partidarios para que mantuviesen la calma; pero cuando después del combate César, a causa de la escasez, levantó el campo y se dirigió a Tesalia a través del país de los atamanes²⁵⁶, ya no le fue posible contener la jactancia de sus hombres: gritando que César huía, unos pedían marchar tras él y perseguirlo, otros volver a Italia, y otros enviaban sirvientes y amigos a Roma para que ocupasen casas cerca del foro, con la intención de solicitar cargos inmediatamente [3] después de la guerra. Muchos navegaban por su cuenta hacia Lesbos para darle a Cornelia la buena noticia de que la guerra había terminado, pues Pompeyo la había enviado allí [4] por su seguridad. Durante una reunión del Consejo Afranio reveló su intención de tomar Italia, pues ella era la mayor recompensa de la guerra y quienes la dominasen se anexionarían de inmediato Sicilia, Cerdeña, Córcega, Hispania y la Galia [5] entera²⁵⁷; por otro lado, cuando la patria, que era la principal preocupación de Pompeyo, le tendía cerca los brazos, no era correcto dejar que la ultrajasen y esclavizasen los criados y [6] los aduladores de los tiranos. El mismo Pompeyo, en cambio, pensaba que no era bueno para su reputación huir por segunda vez de César y dejarse perseguir, cuando la fortuna le permitía perseguir a él, y que tampoco era justo abandonar en Grecia y Tesalia a Escipión y a los senadores, que inmediatamente caerían en poder de César junto con su dinero y sus numerosas tropas; él pensaba que la mejor forma de defender Roma era combatir lo más lejos posible, para que ella, sin sufrir los males de la guerra e incluso sin tener noticia de ellos, esperase al vencedor.

[67] Tras hacer aprobar esta determinación, Pompeyo se lanzó a la persecución de César decidido a evitar el combate, pero resuelto a acosarlo y desgastarlo por falta de víveres, siguiéndolo [2] desde cerca. Creía, en efecto, que esta era la estrategia conveniente, y además había llegado a sus oídos un

comentario que circulaba entre los caballeros, según el cual era preciso derrotar cuanto antes a César para acabar con el propio Pompeyo. [3] Algunos dicen que por esta razón Pompeyo no confió a Catón ninguna misión de importancia, y que incluso al marchar contra César lo dejó a orillas del mar al cuidado de los bagajes, temiendo que, si César moría, le obligase a abandonar inmediatamente su mando. Al perseguir a los enemigos con [4] esa tranquilidad, se le injuriaba y se le acusaba de que no hacía la guerra contra César sino contra la patria y el Senado, con el fin de conservar para siempre el mando y no dejar de utilizar como sirvientes y guardias de corps a unos hombres que se consideraban dignos de gobernar el mundo. Domicio Enobarbo, [5] llamándolo Agamenón y rey de reyes, suscitaba el odio contra él²⁵⁸. Y Favonio no le resultaba menos desagradable que los que hablaban con toda franqueza y de manera inoportuna para burlarse de él, cuando gritaba: «Amigos, tampoco este año vais a probar los higos de Túsculo»²⁵⁹. Lucio Afranio, el [6] que fue acusado de traición cuando perdió las tropas de Hispania, viendo ahora que Pompeyo rehuía el combate, decía que le sorprendía que sus acusadores no se presentasen para atacar a ese traficante de provincias. Con estas y con muchas [7] otras opiniones semejantes doblegaron a Pompeyo, que era un hombre dominado por la opinión pública y por el respeto hacia sus amigos, y lo arrastraron a seguir sus propias esperanzas e impulsos apartándole de sus mejores planes, lo cual no conviene que le suceda ni siquiera a un piloto de barco, y menos aún a un general con plenos poderes sobre tantos pueblos y tropas. Pompeyo, que alababa a los médicos que [8] nunca complacen los deseos de sus pacientes, cedía a la facción malsana del ejército por miedo a resultarles odioso en su afán de salvarlos. Pues, ¿cómo podría considerarse en su sano [9] juicio a unos hombres que mientras recorrían el campamento ya solicitaban consulados y preturas, a Espínter, a Domicio, a Escipión, que se enfrentaban, rivalizaban y conspiraban para conseguir el Pontificado Máximo de César?²⁶⁰ Como si frente [10] a ellos estuviese acampado el armenio Tigranes o el rey de los nabateos y no el mismo César y su ejército, con el cual había tomado por la fuerza mil ciudades, había sometido más de trescientos pueblos, había combatido

contra los germanos y los galos en innumerables batallas sin caer derrotado, había hecho un millón de prisioneros y había matado a otros tantos tras ponerlos en fuga en batalla campal.

[68] Pero a pesar de todo, cuando bajaron a la llanura de Fársalo²⁶¹, su insistencia y sus protestas obligaron a Pompeyo a celebrar un consejo, en el cual Labieno²⁶², el jefe de la caballería, fue el primero en levantarse y en jurar que no abandonaría el combate sin haber puesto en fuga a los enemigos, [2] y todos hicieron el mismo juramento. Esa noche Pompeyo soñó que entraba en su teatro entre los aplausos del pueblo y que adornaba con numerosos despojos el templo de Venus [3] Victoriosa²⁶³. Por un lado, esta visión le daba ánimos, pero por otro le inquietaba, pues temía que gracias a él la gloria y el brillo recayese sobre el linaje de César, que se remontaba hasta Venus. Lo despertaron del sueño el tumulto y los gritos de [4] pánico que se extendieron por el campamento. De madrugada, una gran luz brilló de pronto sobre el campamento de César, que se encontraba en una calma absoluta, y de ella surgió una antorcha llameante que se precipitó sobre el campamento de Pompeyo; el propio César dice que vio este prodigio mientras [5] recorría los puestos de guardia. Al amanecer, César se disponía a levantar el campo para partir a Escotusa²⁶⁴, y cuando ya los soldados desmontaban sus tiendas y enviaban delante a las bestias de carga y a los sirvientes, llegaron los vigías anunciando que habían visto en el campamento de los enemigos un gran movimiento de armas y que había un estrepitoso tumulto de hombres que salían a combatir. Después de estos se presentaron otros diciendo que las primeras filas estaban ya formadas en orden de batalla. César, pues, dijo que había [6] llegado el esperado día en que combatirían contra hombres y no contra el hambre y la penuria, y enseguida ordenó que se colgase delante de su tienda la túnica púrpura, que es entre los romanos la señal del combate. Los soldados, al verla, [7] dejaron sus tiendas entre gritos de alegría y se lanzaron a por las armas; y cuando los oficiales los llevaron al puesto que les correspondía, cada uno de ellos se colocó cuidadosamente en su lugar, como en un coro, con tranquilidad y sin confusión.

Pompeyo, que mandaba en persona el ala derecha, tenía [69] que hacer frente a Antonio; en el centro colocó a su suegro Escipión, frente a Lucio Calvino²⁶⁵. El ala izquierda la comandaba Lucio Domicio²⁶⁶ y la reforzaba un gran número de caballeros, pues casi todos ellos se habían concentrado en ese [2] punto con la intención de presionar a César y de romper la décima legión, que tenía fama de ser la más valerosa y en cuyas líneas César acostumbraba combatir. César, al ver que [3] el ala izquierda de los enemigos estaba defendida por una caballería tan numerosa, y atemorizado ante la brillantez de su armamento, hizo venir a seis cohortes de la reserva y las colocó detrás de la décima legión, bajo la orden de que no se movieran ni se mostraran a los enemigos, pero que, cuando [4] cargaran los caballeros, se precipitaran a través de las primeras líneas no lanzando sus jabalinas, como acostumbran hacer los soldados más valientes en su impaciencia por desenvainar sus espadas, sino golpeando hacia arriba para herir en los ojos y [5] en la cara a los enemigos; pues —decía— esos hermosos y lozanos bailarines de danzas pírricas, preocupados por su belleza, no mantendrían su posición ni mirarían de frente cuando [6] el hierro estuviese delante de sus ojos²⁶⁷. Esto era lo que César hacía. Por su parte Pompeyo, que examinaba desde su caballo la disposición de la batalla, cuando vio que los adversarios esperaban con tranquilidad y en orden el momento de atacar, mientras que gran parte de su ejército no mantenía la calma, sino que se alborotaba y se agitaba a causa de su inexperiencia, temió que sus tropas se desordenasen por completo al comienzo de la batalla y ordenó a los que ocupaban las primeras líneas que se mantuviesen en guardia y que permaneciesen [7] apretados unos con otros para recibir a los enemigos. César critica esta táctica: dice que con ella Pompeyo debilitó la fuerza que un ataque repentino confiere a los golpes, y que al eliminar ese impulso, que más que ninguna otra cosa llena de entusiasmo y de ímpetu a la mayoría de los soldados cuando vienen a las manos con los enemigos, y que unido a los gritos y a la carrera aumenta el ardor, paralizó a sus hombres y enfrió [8] sus ánimos²⁶⁸. César contaba con veintidós mil soldados, y Pompeyo con un poco más del doble.

[70] Una vez dada la señal por ambos bandos, y cuando las trompetas empezaron a llamar al combate, la inmensa mayoría de los soldados miraba solo por sí mismo; pero unos pocos romanos, los mejores, y algunos griegos que se encontraban presentes sin participar en la batalla, al ver que se acercaba el terrible momento, comenzaron a reflexionar sobre la situación extrema a la que la codicia y la ambición habían llevado al Imperio. Armas de la misma familia, ejércitos hermanos, enseñas [2] comunes, tropas tan valientes y tan numerosas de una misma ciudad se volvían contra ella misma, demostrando qué ciega y loca es la naturaleza humana cuando reina la pasión. Pues si [3] deseaban gobernar tranquilamente y disfrutar de lo que habían conquistado, la mayor y más importante parte de la tierra les estaba sometida, y si aún querían saciar sus ansias y su sed de trofeos y triunfos, podían haberlas colmado combatiendo contra los partos o los germanos. De hecho, quedaba también [4] una gran tarea por hacer en Escitia y en la India, donde su ambición podría haber tenido el glorioso pretexto de civilizar a estos pueblos bárbaros; y ni la caballería de los escitas, ni [5] los arqueros de los partos ni la riqueza de los indios hubieran podido contener a setenta mil romanos en armas atacando bajo el mando de Pompeyo y de César, cuyos nombres habían oído ellos mucho antes que el de Roma, tan feroces, diversos y salvajes eran los pueblos a los que ambos habían atacado y derrotado. Pero ahora se lanzaban a combatir el uno contra el [6] otro, y no mostraban piedad ni por su propia gloria, a causa de la cual despreciaban su patria, ellos que hasta ese día habían sido llamados invencibles. Pues su parentesco, los encantos [7] de Julia y el matrimonio aquel habían sido desde el principio las engañosas y sospechosas prendas de una alianza basada en el interés y que nada tenía que ver con la amistad verdadera²⁶⁹.

Entonces, cuando la llanura de Fársalo se llenó de hombres, [71] caballos y armas y se dio por parte de ambos bandos la señal de combatir, el primero que salió corriendo de la falange de César fue Cayo Crástino, que estaba al frente de ciento veinte hombres y que así cumplió la gran promesa que había [2] hecho a César²⁷⁰. Él era el primer hombre al que César había visto al salir del campamento; dirigiéndose a él por su

nombre, le había preguntado qué pensaba acerca de la batalla. Crástino, tendiéndole la diestra, respondió a voz en grito: «Vencerás gloriosamente, César, y a mí, vivo o muerto, me dedicarás hoy [3] elogios». Recordando estas palabras, se lanzó fuera de la falange arrastrando consigo a muchos soldados y se arrojó en medio [4] de los enemigos. Al punto se trabó combate con las espadas y muchos cayeron muertos. Cuando Crástino se abría paso y rompía las primeras filas, un enemigo que le hacía frente le clavó la espada en la boca con tal fuerza que la punta le [5] atravesó y le salió por la nuca. Con la muerte de Crástino la batalla quedó igualada en este punto; Pompeyo, en cambio, en vez de sacar rápidamente su ala derecha, se entretuvo en mirar y perdió el tiempo esperando la intervención de sus caballeros. [6] Ellos ya desplegaban sus escuadrones con el propósito de envolver a César y de arrojar sobre su infantería a los pocos [7] caballeros que estaban dispuestos frente a ella. Pero cuando César dio la señal, los caballeros se retiraron, y las cohortes de reserva — unos tres mil hombres — se lanzaron contra el cerco, hicieron frente a los enemigos y, situándose cada hombre frente a un jinete, mantuvieron en alto sus jabalinas, como se les había ordenado, para apuntar a la cara de los caballeros. [8] Los pompeyanos, como no tenían experiencia en toda clase de combates y ni esperaban ni conocían un ataque de este tipo, no tuvieron valor para aguantar los golpes dirigidos a los ojos y a la boca, y dándose la vuelta con las manos puestas en la [9] cara, emprendieron deshonrosamente la huida. Sin preocuparse por los que huían, los soldados de César avanzaron contra la infantería, sobre todo hacia el ala que los caballeros habían dejado desprotegida y que permitía ser cercada y rodeada. Al [10] mismo tiempo que la infantería acometía por el flanco, la décima legión atacaba de frente; los pompeyanos no mantuvieron la posición ni permanecieron unidos al ver que, cuando tenían la esperanza de cercar a los enemigos, eran ellos mismos los que sufrían el cerco.

Cuando se produjo esta huida, Pompeyo vio una nube de [72] polvo y comprendió el descalabro de su caballería. Sería difícil decir qué pensamientos pasaron entonces por su cabeza, pero su imagen era ante todo la de un hombre atacado de demencia y de locura y que ni siquiera recordaba que él era

Pompeyo el Grande; sin dirigirle a nadie la palabra, entró lentamente en su campamento, de manera que muy bien podrían aplicársele [2] los siguientes versos:

«Zeus padre, desde su alto trono, infundió miedo en Ayante: estupefacto, se detuvo, se echó a la espalda su escudo recubierto de siete pieles de buey y tembló al dirigir la mirada a la

[muchedumbre²⁷¹».

En este estado de ánimo se dirigió a su tienda y permaneció [3] sentado en silencio, hasta que un numeroso grupo de enemigos que perseguía a los fugitivos penetró con ellos en el campamento; entonces, pronunció estas únicas palabras: «¡Conque también hasta mi campamento!», y sin decir nada más se levantó, se puso un vestido adecuado a su presente desgracia y escapó a hurtadillas. Huyeron también las demás [4] legiones, y se produjo en el campamento una gran masacre de guardianes de tiendas y sirvientes; no obstante, solo murieron seis mil soldados, según dice Asinio Polión, que combatió junto a César en aquella batalla²⁷². Cuando tomaron el campamento, [5] las tropas de César comprobaron la insensatez y la vanidad de los enemigos: todas las tiendas estaban decoradas con mirto y adornadas con floridos tapices, y había mesas llenas [6] de copas y crateras rebosantes de vino; los aderezos y los adornos eran más propios de hombres que hacían sacrificios o celebraban una fiesta que de soldados que se arman para la batalla. Así marcharon los pompeyanos al combate, corrompidos por sus esperanzas y llenos de una confianza insensata.

[73] Cuando hubo llegado a una pequeña distancia de su campamento, Pompeyo dejó su caballo y, como nadie lo perseguía, continuó tranquilamente su camino, acompañado por un número muy reducido de hombres y entregado a las reflexiones que es natural que se haga un hombre acostumbrado durante treinta y cuatro años a vencer y a dominar a todos sus enemigos y que ahora, por vez primera, en su vejez, prueba [2] la experiencia de la derrota y de la huida; reflexionaba sobre cómo había perdido en una sola hora la gloria y el poder que había ganado en tantos combates y

guerras; él, que poco antes era escoltado por tropas, caballos y escuadras, huía ahora tan insignificante y humillado que pasaba desapercibido para los [3] enemigos que iban en su búsqueda. Después de pasar por Larisa llegó al valle de Tempe, y allí, sediento, se echó de bruces al suelo y bebió del río²⁷³; después, levantándose de nuevo, continuó su camino por el Tempe y descendió hacia el mar. [4] Allí descansó el resto de la noche en una cabaña de pescadores. Al amanecer, subió a bordo de una barca de río llevando consigo a cuantos hombres libres había entre sus acompañantes, y ordenó a los sirvientes que partiesen sin miedo en busca de César. Como navegaba cerca de la costa, vio que estaba a punto de zarpar un barco mercante de considerable tamaño, cuyo patrón era un romano que nunca había tenido trato con Pompeyo pero al que conocía de vista; se llamaba Peticio²⁷⁴. Resulta que este, la noche anterior, había soñado que Pompeyo, [5] no como tantas veces lo había visto, sino abatido y humillado, le dirigía la palabra. Precisamente estaba contándoles [6] este sueño a los que navegaban con él —pues de esta manera suelen entretenerse los que están ociosos—, cuando de repente [7] uno de los marineros dijo que había visto una barca de río apartándose de la orilla a fuerza de remos y desde la cual unos hombres agitaban sus ropas y tendían hacia ellos las manos. Peticio, pues, mandó hacer un alto e inmediatamente reconoció [8] a Pompeyo tal y como lo había visto en el sueño; después, golpeándose la cabeza, ordenó a sus marineros que arrojasen el bote al mar, extendió el brazo y llamó a Pompeyo, comprendiendo ya por su aspecto el desgraciado cambio de fortuna que había sufrido. Por ello, sin esperar súplica o palabra alguna, lo [9] recibió a bordo a él y a todos los que él quiso llevar consigo, que eran los dos Léntulos y Favonio, y se hizo a la mar²⁷⁵; poco después, al ver que el rey Deyótaro se apresuraba hacia ellos desde tierra adentro, también lo recogieron²⁷⁶. Cuando [10] llegó la hora de la cena, el patrón del barco la preparó con las provisiones que encontró a mano; Favonio, viendo que Pompeyo, a falta de sirvientes, comenzaba a descalzarse él mismo, [11] corrió hacia él, lo descalzó y le ungió con aceite. Y, de aquí en adelante, no dejó de cuidarlo y de atenderlo en todo lo que los esclavos sirven a sus señores, lavándole incluso los pies y preparándole la

comida, de tal manera que alguien, al ver con qué generosidad y sincera sencillez cumplía este servicio, podría haber exclamado:

«¡Ah! ¡Para los hombres nobles cualquier tarea es hermosa!»²⁷⁷.

[74] Así, tras hacer escala en Anfípolis, pasó desde allí a Mitilene con la intención de recoger a Cornelia y a su hijo²⁷⁸. [2] Cuando atracó en la costa de la isla, envió a la ciudad un mensajero para que diese a Cornelia noticias muy distintas de las que ella esperaba en vista de los mensajes y las cartas halagüeñas que había recibido, pues ella creía que la guerra había terminado en Dirraquio y que la única tarea que le quedaba [3] por hacer a Pompeyo era perseguir a César²⁷⁹. Encontrándola así de esperanzada, el mensajero no tuvo arrestos para detenerse en ceremonias, y, tras contarle la magnitud de sus numerosas desgracias más con lágrimas que con palabras, le ordenó que se apresurase si tenía algún deseo de ver a Pompeyo [4] a bordo de una sola nave y que además no era suya. Al escucharlo, ella se desplomó y permaneció largo rato tendida en el suelo, sin sentido y sin voz, y, cuando a duras penas recobró el conocimiento, comprendiendo que no era momento de lamentaciones y de lágrimas, atravesó corriendo la ciudad en dirección al mar. Pompeyo salió a recibirla y la acogió en [5] sus brazos cuando estaba a punto de desmayarse y de caerse al suelo. «Te veo —exclamó—, esposo, arrojado sin recursos en una sola nave, no por obra de tu propia fortuna, sino de la mía, tú que antes de tu matrimonio con Cornelia navegabas con quinientos barcos por este mismo mar. ¿Por qué has venido a verme, y por qué no has abandonado a su infeliz destino a la que te ha sumido en semejante desgracia? ¡Qué mujer tan feliz hubiera sido si hubiera muerto antes de enterarme de que Publio, mi primer marido, había muerto entre los partos, y qué sensata si, como era mi intención, me hubiera quitado después de él la vida!»²⁸⁰ Pero me he salvado, al parecer, para causar también la ruina a Pompeyo el Grande».

Se dice que estas fueron las palabras de Cornelia, a las [75] que Pompeyo contestó: «Tú solo conoces, Cornelia, una parte

de mi fortuna, la mejor, y esta tal vez te ha engañado porque ha durado más tiempo de lo que acostumbra. Sin embargo, [2] también tenemos que soportar estas desgracias, ya que somos mortales, y tentar otra vez a la suerte, pues no debe perder la esperanza de salir de su estado actual y de recobrar su antiguo estado alguien que ha pasado desde aquel a este». Así [3] pues, Cornelia mandó a la ciudad a buscar sus bienes y a sus sirvientes; los mitilenios acudieron a saludar a Pompeyo y le invitaron a entrar en su ciudad, pero él se negó y les ordenó que se sometiesen al vencedor y que confiasen en él, pues César era benévolo y clemente. Pompeyo, por su parte, volviéndose [4] hacia el filósofo Cratipo, que había bajado desde la ciudad para verlo, le hizo algunas críticas y discutió brevemente con él acerca de la Providencia²⁸¹; Cratipo cedió a sus argumentos e intentó inducirle a concebir mejores esperanzas [5] para no resultarle molesto e inoportuno si le contradecía. Pues si Pompeyo hubiese seguido haciéndole preguntas sobre la Providencia, Cratipo podría haberle demostrado²⁸² que la situación política, a causa del mal gobierno, requería desde ya de la autoridad de un solo hombre, y después podría haberle preguntado: «¿Cómo, Pompeyo, y con qué pruebas podrás persuadirnos de que tú hubieses empleado la Fortuna mejor que César si hubieses vencido? Pero conviene dejar a un lado estas cuestiones puesto que están en mano de los dioses».

[76] Tras tomar consigo a su esposa y a sus amigos, Pompeyo continuó su viaje sin hacer más que las escalas necesarias para proveerse de agua o de víveres. La primera ciudad en la que entró fue Atalia, en Panfilia²⁸³. Allí recogió algunas trirremes que habían venido desde Cilicia para encontrarse con [2] él, reunió tropas y se rodeó de nuevo de sesenta senadores. Al enterarse de que su flota se mantenía unida y que Catón hacía pasar a Libia a los numerosos soldados que había reunido, se lamentó delante de sus amigos y se reprochó a sí mismo el haberse dejado forzar a combatir con las tropas de infantería y no haber hecho uso de su flota, que era una fuerza incontestablemente superior, ni haberla conducido a una zona donde, en caso de sufrir una derrota por tierra, hubiese podido disponer inmediatamente de una fuerza

naval equivalente y de un [3] ejército igual de poderoso. Sin duda, no hubo error mayor por parte de Pompeyo —ni maniobra más hábil por parte de César— que trabar combate tan lejos de los refuerzos marítimos. Forzado por las circunstancias a tomar una decisión y actuar, [4] envió mensajeros a algunas ciudades, mientras que a otras navegaba él personalmente para pedir dinero y equipar naves. Mas, temiendo la fuerza y la rapidez de su enemigo, que podía [5] lanzarse contra él y sorprenderlo antes de que terminase los preparativos, buscaba por lo pronto un refugio y un asilo. A quienes deliberaban sobre esta cuestión ninguna provincia [6] les parecía adecuada para refugiarse; respecto a los reinos, el propio Pompeyo declaró que el de los partos era, por el momento, el más apropiado para recibirlos y protegerlos mientras estuviesen débiles, y para devolverles las fuerzas y enviarlos de nuevo con una potencia mayor. Los demás volvían sus [7] pensamientos hacia Libia y Juba²⁸⁴; Teófanés de Lesbos, en cambio, consideraba una locura dejar atrás Egipto, que estaba a una distancia de tres días de navegación, y a Tolomeo, que era casi un niño pero que tenía con él una deuda de amistad y cortesía heredada de su padre, e ir a ponerse bajo el poder [8] de los partos, el más desleal de los pueblos²⁸⁵; él, que no estaba dispuesto a aceptar un segundo puesto por detrás de César, un romano que había sido su suegro, para pasar a ser el primero de todos los demás, ni tampoco estaba dispuesto a someterse a su clemencia, ¿iba a hacer dueño de su persona a un Arsácida que ni siquiera pudo apoderarse de Craso con vida?²⁸⁶ [9] Además —decía Teófanés— ¿iba a llevar a una joven mujer de la familia de los Escipiones a un país de bárbaros que practican una insolencia y desenfreno a la medida de su poder, de tal manera que, aunque no sufriese mal alguno, sería terrible que se creyese que lo había sufrido por encontrarse en poder de hombres capaces de hacerle daño? Se dice que esta consideración fue la única que disuadió a Pompeyo de dirigirse hacia el Éufrates, si es que fue un cálculo suyo y no el hado el que le indicó este otro camino.

[77] Como prevaleció, pues, la idea de refugiarse en Egipto, partió de Chipre en una trirreme selúcida con su

mujer (los demás navegaban cerca de él, unos en barcos de guerra como el suyo, otros en naves de carga) y atravesó el mar sin incidentes²⁸⁷; mas, informado de que Tolomeo se hallaba en Pelusio con un ejército haciendo la guerra contra su hermana, se detuvo allí y envió un mensajero para que anunciase al [2] rey su llegada y le pidiese asilo²⁸⁸. Tolomeo era aún demasiado joven, y el que se ocupaba de todos sus asuntos, Potino, convocó en consejo a los hombres más influyentes —esta influencia la concedía él a quien quería— e invitó a cada uno [3] a que expresara su opinión. Era verdaderamente triste que la suerte de Pompeyo la decidiesen el eunuco Potino, Teódoto de Quíos, contratado como maestro de retórica, y el egipcio Aquilas, pues estos eran con mucho los principales consejeros de entre los demás servidores de cámara y tutores del rey²⁸⁹. Pompeyo, anclado lejos de la costa, esperaba el veredicto de [4] semejante tribunal, él que juzgaba indigno deber su salvación a César. Las opiniones fueron completamente opuestas: unos [5] aconsejaban expulsar a Pompeyo, y otros, llamarlo y acogerlo. Pero Teódoto, haciendo una demostración de su elocuencia y [6] de su habilidad oratoria, declaró que ninguna de las dos opciones era segura, pues si lo recibían tendrían a César como enemigo y a Pompeyo como señor, y si lo rechazaban, Pompeyo podría culparlos de su expulsión y César de obligarle a continuar su persecución; la mejor opción era, pues, hacerlo venir y matarlo, ya que de este modo complacerían al uno y no tendrían que temer al otro. Y, según se dice, añadió sonriente: «Un cadáver no muere».

Tras sancionar esta propuesta, encargaron su ejecución a [78] Aquilas. Este, tomando consigo a un tal Septimio, que había sido en otro tiempo tribuno militar de Pompeyo, a un centurión llamado Salvio y a tres o cuatro criados, se hizo al mar en dirección al barco de Pompeyo²⁹⁰. Sus compañeros de viaje [2] más distinguidos habían subido a bordo para ver qué sucedía. Cuando vieron que el recibimiento no era ni regio, ni brillante, [3] ni acorde a las esperanzas de Teófanés, sino que solo navegaban hacia allí unos pocos hombres a bordo de un único barco de pesca, sospecharon de la poca importancia que se les daba y aconsejaron a Pompeyo hacer retroceder la nave

hacia alta mar hasta que estuviesen fuera del alcance de las flechas. Pero [4] entre tanto el barco se acercaba, y Septimio se levantó el primero y saludó en latín a Pompeyo con el título de *imperator*. Aquilas le saludó en griego y le invitó a pasarse a su barco [5] porque había mucho viento y el mar, lleno de bancos de arena, no era lo suficientemente profundo como para que navegase [6] una trirreme. Al mismo tiempo se veían algunas naves del rey equipándose y a hombres armados que ocupaban la costa, de tal manera que, si cambiaban de opinión, la huida parecía imposible, y a ello se añadía el hecho de que esta desconfianza [7] podía dar a los asesinos una excusa para su crimen. Así pues Pompeyo, después de abrazar a Cornelia, que había llorado anticipadamente su muerte, ordenó que subieran a bordo con él dos centuriones, uno de sus libertos, Filipo, y un esclavo llamado Escita, y cuando ya Aquilas le estrechaba la mano desde el barco, se volvió hacia su mujer y sus hijos y recitó estos yambos de Sófocles:

«Quien hacia un tirano se dirige, se convierte en su esclavo
aunque libre emprenda el camino²⁹¹».

[79] Estas fueron las últimas palabras que dijo antes de embarcarse. La distancia desde la trirreme a tierra era grande, y como ninguno de los que navegaban con él le dirigía una palabra de cortesía, volvió los ojos hacia Septimio y le dijo: «Seguro que no me equivoco, ¿no eres tú uno de mis antiguos compañeros de armas?». Septimio se limitó a hacer una señal de afirmación con la cabeza, sin pronunciar palabra ni [2] darle muestra alguna de amistad. Como de nuevo se hizo un profundo silencio, Pompeyo, que llevaba en un pequeño rollo un discurso escrito en griego, preparado para pronunciarlo [3] ante Tolomeo, comenzó a leerlo. Cuando se aproximaban a tierra, Cornelia, que estaba vivamente inquieta, acompañada de sus amigos miraba desde la trirreme el desarrollo de los hechos, y empezó a animarse al ver que muchos hombres del rey concurrían al lugar del desembarco como con intención [4] de honrarlo y recibirlo. Pero en el momento en que Pompeyo tomaba la mano de Filipo para ponerse en pie con mayor facilidad, Septimio, por la espalda, fue el primero en atravesarlo con su puñal, y después de él Salvio y luego Aquilas desenvainaron sus espadas. Pompeyo, echándose con

ambas [5] manos la toga sobre su rostro, sin decir ni hacer nada indigno de él, sino emitiendo sólo un gemido, resistió con firmeza los golpes. Tras haber vivido cincuenta y nueve años, dijo adiós a su vida un día después de su cumpleaños²⁹².

Los que estaban en los barcos, al ver el asesinato, lanzaron [80] un lamento que llegó a oírse desde tierra, y tras levar rápidamente anclas emprendieron la huida. Un fuerte viento les ayudaba a escapar, en vista de lo cual los egipcios renunciaron a perseguirlos, aunque esa era su intención. Cortaron la [2] cabeza de Pompeyo, arrojaron el resto de su cuerpo desnudo fuera de la barca y lo abandonaron para quienes desearan ver esa clase de espectáculos. Filipo permaneció a su lado hasta [3] que ellos se cansaron de mirarlo; a continuación, lavó en el mar el cadáver, lo envolvió en su propia túnica, y como no tenía nada con que incinerarlo, examinó la orilla y encontró los restos de un pequeño barco de pesca, ya apolillados pero suficientes para alimentar la hoguera que necesita un cadáver desnudo e incompleto. Mientras recogía y apilaba los restos, [4] se presentó un romano ya viejo, pero que en su juventud había hecho con Pompeyo sus primeras campañas, y dijo: «¿Quién eres tú, amigo, que tienes intención de dar sepultura a Pompeyo el Grande?». Filipo respondió que era un liberto suyo: [5] «Pues bien —dijo el hombre— no serás el único a quien le corresponda ese honor. Déjame participar en tan piadosa tarea, pues no me quejaré en absoluto de mi estancia en el extranjero si, en compensación por tantas desgracias, al menos consigo tocar y sepultar con mis propias manos al más grande general de Roma». Estos fueron los funerales de Pompeyo. Al día [6] siguiente, Lucio Léntulo²⁹³, que ignoraba lo que había ocurrido, llegó en barco procedente de Chipre, y cuando bordeaba la orilla vio una pira funeral y junto a ella a Filipo, al que aún no había reconocido: «¿Quién es —exclamó— el que ha cumplido su destino y descansa aquí?». Y tras una breve pausa dijo entre suspiros: «¿Quizá tú, Pompeyo el Grande?». Poco después se apeó del barco, lo apresaron y le dieron muerte.

[7] Así acabó Pompeyo. No mucho después César llegó a Egipto, que estaba completamente contaminado por la mancha

de un crimen tan grande. Al hombre que le presentó la cabeza de Pompeyo le volvió la cara como si de un asesino se tratase, y cuando recibió el sello de Pompeyo rompió a llorar; su [8] emblema era un león armado con una espada. A Aquilas y a Potino los hizo degollar; el rey, derrotado en un combate junto [9] al río, desapareció²⁹⁴. Teódoto el sofista escapó a la venganza de César: huyó de Egipto y anduvo errante en la miseria y odiado por todos. Pero Marco Bruto, cuando alcanzó el poder después de matar a César, lo descubrió en Asia y le dio muerte, no sin antes ensañarse con él de todas las formas posibles. [10] Las cenizas de Pompeyo fueron entregadas a Cornelia, que las llevó a su villa de Alba y las depositó allí.

COMPARACIÓN DE AGESILAO Y POMPEYO

[81] Una vez expuestas las vidas, recorramos rápidamente con el pensamiento los puntos que los distinguen y comparémoslos [2] entre sí. Son los siguientes. En primer lugar, Pompeyo alcanzó el poder y la gloria de la manera más justa, abriéndose camino por sí mismo y prestando a Sila numerosos y grandes servicios para liberar a Italia de sus tiranos; Agesilao, en cambio, parece que consiguió la monarquía por medios que atentan contra los dioses y contra los hombres, pues acusó de bastardo a Leotíquidas, a quien su hermano había reconocido como hijo legítimo, y no se tomó en serio el oráculo relativo a su cojera²⁹⁵. En segundo lugar, Pompeyo no dejó de honrar a [3] Sila mientras este vivió, y, tras su muerte, le tributó honores fúnebres en contra de Lépido y casó a su hija con Fausto, el hijo de Sila²⁹⁶. Agesilao, en cambio, apartó de su lado a Lisandro [4] con el primer pretexto que encontró y lo cubrió de injurias. Mientras que Sila recibió de Pompeyo no menos servicios de los que este le procuró a él, a Agesilao fue Lisandro quien le hizo rey de Esparta y general de Grecia. En tercer lugar, las [5] injusticias políticas de Pompeyo se debieron a sus lazos de parentesco, pues la mayoría de ellas las cometió junto a César y Escipión, que eran sus suegros; Agesilao, por su parte, salvó [6] de la muerte a Esfodrias, que debía pagar por su agravio contra los atenienses, solo para favorecer el amor de su hijo ²⁹⁷; y a Fébidas, que había violado los tratados firmados con Tebas, es evidente que le ayudó con entusiasmo a causa de este mismo

crimen²⁹⁸. En resumen, todos los daños cometidos contra [7] los romanos de los que se acusa a Pompeyo, ocurrieron por escrúpulos o por ignorancia, en tanto que Agesilao causó daños a los lacedemonios por cólera y ambición al encender la guerra de Beocia.

Si hay que atribuir a la fortuna los errores de estos dos [82] hombres, la de Pompeyo no podía ser prevista por los romanos, mientras que Agesilao no permitió a los lacedemonios cuidarse de la monarquía coja, a pesar de que ellos tenían noticias de ella y la habían previsto. Pues aunque una y mil [2] veces había quedado claro que Leotíquidas no era más que un extranjero y un bastardo, los euripóntidas no hubiesen tenido ningún problema en proporcionar a Esparta un rey legítimo y de piernas firmes, si Lisandro no hubiera oscurecido el oráculo [3] en interés de Agesilao. Por otro lado, en lo que toca al remedio que aplicó Agesilao al problema planteado por los *temblorosos* después de la batalla de Leuctra, cuando ordenó que por ese día durmiesen las leyes²⁹⁹, debemos decir que no hubo ninguna otra argucia política como esta y que no encontramos nada comparable a ella en la carrera de Pompeyo; este, por el contrario, para demostrar a sus amigos la grandeza de su poder, ni siquiera pensaba que tuviese que mantenerse fiel a las leyes [4] que él mismo había dictado³⁰⁰. Agesilao, en cambio, puesto en el aprieto de quebrantar las leyes para salvar a sus ciudadanos, encontró el modo de que las leyes no perjudicasen a los espartanos [5] y de no derogarlas con tal de no causar daños. Atribuyo también a la virtud política de Agesilao el inimitable hecho de que abandonase sus empresas de Asia al recibir la escítala³⁰¹; [6] y es que él no servía al Estado, como Pompeyo, para hacerse grande a sí mismo, sino que, mirando sólo por el bien de la patria, renunció a un poder y a una gloria tales que nadie, a excepción de Alejandro, alcanzó antes ni después.

[83] Desde otro punto de vista, si se tienen en cuenta sus campañas y éxitos militares y se considera el número de trofeos, la grandeza de los ejércitos que condujo Pompeyo y la cantidad de combates reglados en los que venció, creo que ni siquiera Jenofonte las hubiera comparado con las victorias de Agesilao, aunque a él, en virtud de sus otras cualidades, se le

concede como privilegio extraordinario el poder escribir y decir lo que quiera acerca de su personaje. Pienso también [2] que, en lo que se refiere a la clemencia hacia los enemigos, existen diferencias entre los dos hombres. Pues Agesilao, en su deseo de esclavizar Tebas y despoblar Mesenia, —la una, que había recibido una parte igual a la de su patria, y la otra, que era la metrópoli de su linaje³⁰²—, a punto estuvo de perder Esparta, y de hecho le hizo perder su hegemonía; Pompeyo, [3] en cambio, dio ciudades a los piratas que se reformaron e hizo su aliado al rey de Armenia Tigranes, que había caído en su poder y al que podía haber llevado en su triunfo, diciendo que prefería la eternidad a un solo día³⁰³. Ahora bien, si a un [4] general se le concede el primer premio de la virtud por la excelencia y la superioridad de sus actos y decisiones en la guerra, el lacedemonio deja no poco atrás al romano. Pues, [5] en primer lugar, él no abandonó ni descuidó la ciudad a pesar de que fue atacada por un ejército de siete mil enemigos y de que él disponía solo de unos pocos hoplitas que habían sido vencidos antes en Leuctra. Pompeyo, en cambio, en cuanto [6] César se apoderó de una sola ciudad de Italia únicamente con cinco mil trescientos hombres³⁰⁴, huyó atemorizado de Roma, bien fuera cediendo vergonzosamente su lugar a tan pocos soldados o bien conjeturando erróneamente que eran más; además, [7] tras llevarse consigo a sus hijos y a su esposa, emprendió la huida dejando indefensas a las familias de los demás ciudadanos, cuando debería haber vencido combatiendo por la patria o haber aceptado las condiciones del vencedor, pues to que era conciudadano y pariente suyo. Pero no: Pompeyo, [8] que tenía por algo abominable prorrogar el mando militar y elegir cónsul a César, le dio a este el poder, una vez que él se apoderó de la ciudad, de decirle a Metelo que consideraba sus prisioneros de guerra tanto a él como a todos los demás ciudadanos³⁰⁵.

[84] La principal tarea de un buen general es, sin duda, forzar a combatir a los enemigos cuando es superior a ellos, y no dejarse forzar cuando sus fuerzas son inferiores, cosa que Agesilao hizo y gracias a lo cual se mantuvo siempre invicto. [2] César, mientras estuvo en inferioridad, evitó que Pompeyo le causase daños, pero cuando se supo superior le obligó a

cometer el error de trabar la batalla final con sus tropas de tierra, y pronto se hizo dueño del dinero, de las provisiones y del mar, ventajas que, si hubiesen seguido en manos de sus [3] enemigos, podrían haberle causado la ruina sin combatir. Y lo que se aduce para justificar los errores de Pompeyo es, sin embargo, la mayor acusación que puede hacerse a un general de su talla: pues que un general joven, perturbado por los clamores y los gritos sobre su debilidad y cobardía, se aparte de sus más firmes determinaciones, es natural y perdonable; [4] pero que Pompeyo el Grande, a cuyo campamento los romanos lo llamaban su patria, y a su tienda su Senado, mientras que consideraban desertores y traidores a los pretores y a los cónsules que ejercían sus cargos en Roma; él, que se sabía que no había estado nunca bajo las órdenes de nadie y que había dirigido excelentemente todas sus campañas en calidad de jefe supremo, ¿cómo pudo tolerar que las burlas de Favonio y de Domicio o el miedo a que lo llamasen Agamenón lo forzasen, o casi, a poner en peligro el imperio y la libertad?³⁰⁶ [5] Si pensaba sólo en la vergüenza del momento, debió primero haber resistido y luchado por Roma; y, en todo caso, después de declarar que aquella huida era una estrategia ya adoptada por Temístocles³⁰⁷, no debería haber considerado como una deshonra contemporizar en Tesalia en lugar de trabar batalla. Pues sin duda la divinidad no le había indicado que la llanura [6] de Fársalo sería el estadio y el teatro en que ellos se disputarían el imperio, y ningún heraldo le mandó descender hasta allí para combatir o dejar a otro la corona de vencedor; en cambio, el control del mar le ofrecía numerosas llanuras, miles de ciudades y un territorio inmenso, por si hubiera querido imitar a Máximo³⁰⁸, a Mario, a Lúculo y al propio Agesilao, que soportó en Esparta tumultos de no menor importancia [7] cuando los espartanos quisieron combatir contra los tebanos en defensa de su país, y que en Egipto aguantó numerosas calumnias, acusaciones y sospechas de parte del rey al aconsejarle que mantuviese la calma; adoptando a su antojo sus [8] mejores determinaciones, no solo salvó a los egipcios contra su voluntad y se bastó él solo para mantener siempre en pie a Esparta en medio de tan gran conmoción, sino que también erigió en la ciudad un trofeo por su victoria sobre los tebanos, proporcionándoles así la

posibilidad de vencer de nuevo por el hecho mismo de no haber resultado destruidos cuando querían cometer violencia contra él. Por esta razón Agesilao [9] recibió después las alabanzas de aquellos a quienes él había impuesto la salvación, mientras que Pompeyo, que cometió errores por seguir los consejos de otros, tuvo por acusadores a los mismos ante los que él cedió. Algunos dicen, sin embargo, [10] que lo engañó su suegro Escipión, quien, queriendo apropiarse de una gran parte de las riquezas que había traído de Asia, las ocultó y le apremió a combatir con el pretexto de [11] que ya no había dinero. Pero aunque esto fuese verdad, un general no debía verse afectado por ello ni dejarse engañar tan fácilmente hasta el extremo de poner en peligro los más grandes intereses. En todo esto, pues, apreciamos el carácter de uno y otro hombre.

[85] En cuanto a sus viajes a Egipto, Pompeyo huyó hacia allí por necesidad, mientras que Agesilao no lo hizo por algún motivo honesto ni obligado a ello, sino por dinero, con el fin de poder hacer la guerra contra los griegos con las ganancias [2] que obtendría sirviendo como general de los bárbaros³⁰⁹. En consecuencia, los reproches que nosotros les hacemos a los egipcios respecto a Pompeyo son semejantes a las acusaciones que hacen los egipcios contra Agesilao. Pues el uno, que confiaba en ellos, recibió de su parte un trato injusto; y el otro, en el que ellos confiaban, les abandonó y se pasó a los enemigos de aquellos en cuya ayuda había cruzado el mar.

¹ Verso del *Prometeo liberado*, tragedia perdida de ESQUILO; es el fragmento 201 Radt (201 Nauck²).

² Cn. Pompeyo Estrabón, oriundo del Piceno, participó en la *guerra social* (90-89 a. C.), donde obtuvo éxitos extraordinarios como la toma de Ásculo en el 89. a. C. (todas las fechas son antes de Cristo), que le valió el triunfo. Fue cónsul en el año 89 junto a L. Porcio Catón. Murió en el año 87.

³ Sobre el parecido de Pompeyo con Alejandro, cf. más abajo, 46, 1-2; PLUTARCO, en *Alej.* 4, 2, describe al macedonio con rasgos muy similares a los atribuidos aquí a Pompeyo.

⁴ Lucio Marcio Filippo, cónsul en el año 91, defendió a Pompeyo en un proceso judicial en el año 86, cuando era censor. Más detalles sobre este juicio más abajo, 4,1-4.

⁵ Los Dioscuros Cástor y Pólux, hijos de Zeus y Leda, tenían en Roma un templo que fue restaurado por Lucio Cecilio Metelo en 117; de este modo, si tenemos en cuenta que Pompeyo nació en 106, es imposible que la anécdota aquí referida tenga como protagonista a esta Flora.

⁶ Demetrio era un liberto de Pompeyo, de origen griego; sobre él, véase más abajo, el capítulo 40.

⁷ Pompeyo tuvo cinco esposas: Antistia (cf. 4, 4-10), Emilia (cf. 9, 2-4), Mucia (cf. 42, 13), Julia (cf. 47, 10) y Cornelia (cf. 55, 1-4).

⁸ Lucio Licinio Lúculo (*ca.* 118 – 56 a. C.) fue uno de los más destacados partidarios de Sila, a quien sirvió durante la guerra social. En el 74 alcanzó el consulado y consiguió ser enviado a Oriente, donde obtuvo grandes victorias militares sobre el rey Mitridates VI del Ponto y sobre Tigranes de Armenia. En el 66, Pompeyo le sustituyó en la campaña de Oriente y regresó a Roma; desde ese momento se retiró de la vida política y se dedicó a los placeres del intelecto y de la gastronomía. Plutarco le dedicó una de sus biografías.

⁹ Cf. PLUT., *Luc.*, 40, 2.

¹⁰ La expedición de Estrabón contra Cinna tuvo lugar en el año 87; Pompeyo, nacido en el 106, tenía solo 19 años. Lucio Cornelio Cinna, líder del partido popular y enemigo de Sila, se alió con Mario y tomó Roma en el 87. Fue cónsul sucesivamente desde el 87 hasta el 84, periodo durante el cual dominó tiránicamente el estado romano hasta el año 84, en que fue asesinado por un centurión de Sila (cf. más abajo, 5, 2-3).

¹¹ Este Lucio Terencio es tal vez el mismo *Lucius Terentius* mencionado en una inscripción hallada en Ásculo (*C.I. L.*, 12, 709).

¹² Estrabón murió en el 87; al año siguiente Pompeyo afrontó el juicio de que se habla aquí. Además de Lucio Marcio Filippo (cf. más arriba, nota 4), defendieron a Pompeyo el orador Q. Hortensio y Cn. Papirio Carbón.

¹³ Ásculo, una de las ciudades más importantes de la región del Piceno, fue conquistada por Estrabón en el 89.

¹⁴ La muerte de Antistio a manos de Sila se narra más abajo, cf. 9, 4.

¹⁵ PLUTARCO cita otra explicación sobre el origen de esta exclamación en *Róm.*, 15, 1-5.

¹⁶ En el año 84.

¹⁷ Sobre Cinna, véase más arriba, nota 10.

¹⁸ Cn. Papirio Carbón, cónsul en 85, 84 y 82, ejerció el poder en Roma durante estos años. En el 85 compartió el consulado con Cinna, pero la muerte de este al año siguiente dejó en sus manos todo el poder de Roma; en el 83 Carbón quedó fuera del consulado, aunque retomó las riendas del gobierno en el 82, año en que cayó derrotado por el ejército de Sila.

¹⁹ Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.), líder de la facción *optimata* y cónsul en 88 y 80, había partido hacia Asia en la primavera del 88 para hacer la guerra contra Mitridates VI del Ponto; en 83 regresó a Italia al frente de un ejército, con el cual derrotó a los populares, encabezados por Carbón y el hijo de Mario; se apoderó de Roma en la primavera de 82, e impuso una dictadura que duró hasta el 79 y que siempre sería recordada en Roma por su carácter represivo.

²⁰ En el Piceno, la actual región de Ancona, al N de la Península Itálica, frente al Adriático, habían nacido tanto Pompeyo como su padre; este último, además, consiguió numerosos clientes en esta provincia durante la guerra social.

²¹ En el 83.

²² Ciudad situada al sur de Ancona.

²³ Apenas tenemos datos acerca de los hermanos Ventidios; por Plinio (*Hist. Nat.* 7, 135) y AULO GELIO (15, 4) sabemos que un Ventidio —tal vez P. Ventidio Baso, según FLACELIÈRE, *op. cit.* p. 290— siendo aún un niño, había sido llevado por su madre al triunfo de Cneo Pompeyo Estrabón en el año 89.

²⁴ C. Carrina, C. Clelio Caldo y L. Junio Bruto Damasipo pertenecían al ejército popular comandado por Carbón y por Mario el Joven.

²⁵ Se trata de L. Cornelio Escipión Asiático, cónsul en el 83 junto a C. Norbano.

²⁶ Río que marca la frontera entre el Piceno y Umbría.

²⁷ Título que se concedía, por aclamación, a los generales victoriosos.

²⁸ Se trata de Quinto Cecilio Metelo Pío (130- 64), que fue cónsul junto a Sila en el 80 y procónsul en Hispania desde 79 hasta 71. Sus victorias en Hispania contra Sertorio le valieron el triunfo en 71. Por estas fechas Metelo tenía aproximadamente cincuenta años. Sobre él, véanse más abajo los capítulos 17-20.

²⁹ En diciembre del 82.

³⁰ Marco Emilio Escauro (163-88), cónsul en el 115 junto a Marco Cecilio Metelo y censor en el 109, fue el primer esposo de Metela, la mujer de Sila; de este matrimonio nació Emilia Escaura, que se casó con M. Acilio Glabrión, cónsul en el 67. Cf. PLUT., *Sila*, 33, 4.

³¹ M. Perpenna Veyento, militar formado en las filas de Mario y propretor de Sicilia, abandonó su provincia en el 77 para pasarse al frente antisilano sostenido

por Sertorio en Hispania; sin embargo, tras las sucesivas defecciones y derrotas sufridas por Sertorio, tramó una conjuración contra él y, durante un banquete, le dio muerte. Más datos sobre Perpenna, más abajo, en 20, 5-8 y en PLUT., *Sertorio*, 15, 2-5 y 25-27. Sobre Carbón, cf. más arriba, nota 18. Cn. Domicio Enobarbo, yerno de Cinna, contribuyó a colocar en el trono de Numidia a Yarbas, que había manifestado su apoyo a la causa antisilana, frente a Hiempsal, el candidato del senado; sin embargo, cuando Domicio cayó derrotado por Pompeyo, Hiempsal fue repuesto en el trono (cf. más abajo, 12, 6). Por último, recuérdese que para los romanos Libia era el nombre genérico usado para designar todo el continente africano.

³² Pompeyo contaba exactamente con seis legiones, 120 naves de guerra y 800 de carga, como se nos informa más abajo, en 11, 2-3.

³³ Los mamertinos de Mesina (ciudad de Sicilia, al NE de la isla), cuyo nombre procede de Mamers, el nombre osco del dios Marte, no eran más que una banda de mercenarios de origen itálico que abarcaba elementos de procedencia varia (samnita, brucia o lucana). Más datos sobre ellos en ROLDÁN, *op. cit.* págs. 173-4.

³⁴ Esta ley parece remontarse a la época de la guerra contra Pirro, rey del Epiro (cf. PLUT., *Pirro*, 23-24).

³⁵ En efecto, como ya se ha dicho más arriba, nota 18, Carbón fue cónsul en 85, 84 y 82.

³⁶ Cayo Opio, historiador romano, amigo y colaborador de César, escribió una *Vida de César* (perdida), como nos informa el mismo PLUTARCO en *Cés.*, 17, 7 y 11. Quinto Valerio Sorano, orador y hombre de gran erudición (CICERÓN, en *Bruto*, 169, resalta, más que sus dotes oratorias, sus conocimientos de literatura griega y latina), intervino también en política, siendo tribuno de la plebe en 82; fue partidario de Carbón y, tras la entrada de Sila en Roma, se retiró a Sicilia, donde murió de la manera relatada aquí por PLUTARCO.

³⁷ Colonia griega situada en la costa norte de Sicilia.

³⁸ CICERÓN, en *Verrinas*, 106, habla de Estenio de Hímera y lo define como el hombre más notable e influyente de toda Sicilia; también alude CICERÓN (*ibid.* 113) al proceso que Pompeyo inició contra él (debido a su relación de amistad y hospedaje con C. Mario) y a la bondadosa actitud que el Magno tuvo para con él y la isla entera.

³⁹ Sobre Domicio Enobarbo, véase más arriba, nota 31.

⁴⁰ En el año 87.

⁴¹ Cayo Memmio, yerno de Pompeyo y cuestor en Hispania, murió en el 76 durante la batalla de Sagunto (cf. PLUT. *Sert.*, 21, 2).

⁴² La expedición de Pompeyo a África tuvo lugar en el año 81.

⁴³ Ciudades costeras del N de África: Cartago estaba situada en el territorio que actualmente ocupa Túnez; Útica se hallaba al NO de Cartago.

⁴⁴ Según otras fuentes (T. LIVIO, *Periocas*, 89; VAL. MÁXIMO, 6, 2-8, y EUTROPIO, 5, 9, 1) Domicio no murió en este combate, sino que cayó prisionero, para ser después juzgado en el tribunal de Pompeyo y condenado a muerte.

⁴⁵ Sobre los reyes númeridas Yrbas e Hiempsal y la intervención de Domicio en la política de Numidia, cf. más arriba nota 31.

⁴⁶ La conquista de África por parte de Pompeyo tuvo lugar en el año 80; nacido en el 106, contaba, pues, con 26 años y no con 24, como afirma PLUTARCO; sin embargo, PLUTARCO sigue aquí la tendencia, muy frecuente entre los historiadores antiguos, de rebajar su edad con el fin de magnificar sus hazañas.

⁴⁷ Plutarco se refiere aquí a Cayo Mario el joven, hijo adoptivo del famoso líder popular Cayo Mario, que fue cónsul en el 82 junto a Cneo Papirio Carbón (sobre este, véase más arriba, nota 18). Durante su consulado, combatió contra los ejércitos de Sila, pero tanto él como su compañero en el cargo fueron vencidos; tras su derrota, Mario el joven decidió suicidarse para evitar la venganza de Sila.

⁴⁸ En el 77.

⁴⁹ Marco Valerio, dictador en el año 494 a. C., intervino en la famosa secesión de la plebe de ese año y logró la reconciliación entre esta y el Senado, hecho que le valió la concesión del título de *Máximo*. Quinto Fabio Rulo (o Ruliano), antepasado de Quinto Fabio Cunctátor, fue cónsul cinco veces, concretamente en 322, 310, 308, 297 y 295.

⁵⁰ El triunfo era una ceremonia que se celebraba en Roma en honor de los generales que habían vuelto victoriosos de alguna campaña en el extranjero. En época republicana, para conseguir un triunfo, el general vencedor tenía que ser un magistrado legalmente elegido (bien cónsul o bien pretor) y lograr la aprobación del Senado, que era la institución encargada de concederlo. Sobre el origen de esta ceremonia, ver PLUT., *Róm.*, 16, 6-7.

⁵¹ Se refiere a Publio Cornelio Escipión Africano el Mayor (263-183) que derrotó en Hispania a los cartagineses cuando aún no había desempeñado ninguna alta magistratura.

⁵² Pompeyo hizo su entrada triunfal en Roma el 12 de marzo del 79.

⁵³ Se trata de P. Servilio Vacia Isáurico, cónsul en el 79 junto a Apio Claudio Púlquer.

⁵⁴ En el original hay un juego de palabras intraducible: *tò éndoxon ek tou paradóxou thērōmenos*.

⁵⁵ Pompeyo se ganó el favor de los *populares* permaneciendo en el orden ecuestre y no ingresando en el orden senatorial, como hubiera sido lógico después de conseguir el triunfo.

⁵⁶ Marco Emilio Lépido fue cónsul en el 78. Políticamente oportunista, comenzó colaborando con Cinna, pero cuando este fue derrotado no dudó en pasarse al bando de Sila; más tarde, cuando se hizo con el consulado gracias al apoyo de Pompeyo, se rebeló contra Sila y contra el propio Pompeyo (cf. más abajo, 16, 1-3 y 4-9).

⁵⁷ Quinto Lutacio Cátulo fue el compañero de Lépido en el consulado del 78; a diferencia de Lépido, era un hombre de carácter leal, moderado y conciliador, como se dice más abajo (cf. 16, 2).

⁵⁸ Cf. el pasaje paralelo a este en PLUT., *Sila*, 34, 7-9.

- ⁵⁹ Cf. PLUT., *Sila*, 38, 1-2 y *Lúc.*, 4, 5.
- ⁶⁰ Sila murió en el año 78.
- ⁶¹ Este Marco Junio Bruto, lugarteniente de Lépido, es el padre del Bruto que asesinó a César. La Galia Cisalpina o Citerior abarcaba el N de Italia, aproximadamente el territorio que hoy ocupan la Lombardía y el Piamonte; a su vez, se dividía en dos, la cispadana y la transpadana, al N y al S del Po respectivamente.
- ⁶² La ciudad de Módena, *Mutina* en latín, se hallaba en la Galia Cisalpina; en la actualidad pertenece a la región de Emilia-Romaña.
- ⁶³ Se trata del mismo Geminio citado por PLUTARCO más arriba, en 2, 6-7.
- ⁶⁴ Marco Junio Bruto (85-42) era el hijo del Bruto mencionado antes en 16, 3. Junto a su cuñado Cayo Casio Longino (muerto en 42 a. C.), tramó la famosa conspiración contra Julio César que acabó con la vida de este en los Idus de marzo del 44. A él le dedicó PLUTARCO una de sus *Vidas*.
- ⁶⁵ La mujer de Lépido se llamaba Apuleya.
- ⁶⁶ Quinto Sertorio (122-72), general romano de origen sabino, partidario de Mario y Cinna y enemigo declarado de Sila, recibió de Cinna, en 83, el gobierno de la Hispania Citerior (que abarcaba la costa este, desde los Pirineos hasta Cartagena). Sus acciones militares, que fueron apoyadas por las poblaciones indígenas, pusieron en jaque la estabilidad del régimen silano. La fuente más completa sobre la vida de este personaje es la biografía que de él escribió PLUTARCO.
- ⁶⁷ Estos generales de menor rango fueron L. Aurelio Cota, L. Fufidio, M. Domicio Calvino y Torio (cf. PLUT. *Sert.* 12, 3-4). Sobre Quinto Cecilio Metelo Pío, véase más arriba, nota 28.
- ⁶⁸ Se trata de Lucio Marcio Filippo, brillante orador y cónsul en 91.
- ⁶⁹ En el original hay un juego de palabras entre *anthupáton* («procónsul») y *anth'upáton* («en lugar de los cónsules»), cuyo sentido queda recogido en la traducción. Los cónsules de 77 fueron D. Junio Bruto y M. Emilio Lépido Liviano.
- ⁷⁰ Pompeyo llegó a Hispania en la primavera de 76 a. C.
- ⁷¹ Cf. PLUT., *Sert.*, 22, 2-4.
- ⁷² Laurón, ciudad situada en la costa levantina, al S de Sagunto (aunque no hay unanimidad respecto a su localización exacta), fue tomada por Sertorio en 76. Más detalles sobre la conquista y destrucción de Laurón por parte de Sertorio en PLUT., *Sert.*, 18, 4-11.
- ⁷³ Cayo Herennio, tribuno de la plebe en 80, se pasó al bando de Sertorio en 76 tras sus discrepancias con Sila y Pompeyo. Sobre M. Perpenna, cf. más arriba, nota 31.
- ⁷⁴ Se trata del río Júcar.
- ⁷⁵ El ala comandada no por Pompeyo sino por Lucio Afranio. Sobre la batalla del río Sucro, acaecida en 75, cf. PLUT., *Sert.*, 19.

⁷⁶ La derrota sufrida por Pompeyo y Metelo en la llanura de Sagunto obligó a ambos generales a buscar un refugio: Metelo lo halló en la Galia y Pompeyo entre los vacceos, que ocupaban el centro de la Meseta Norte por ambas orillas del Duero (cf. PLUT., *Sert.*, 21, 7-8).

⁷⁷ Lúculo fue cónsul en 74, junto a M. Aurelio Cota; más detalles sobre él más arriba, nota 8.

⁷⁸ Mitrídates VI Eupátor (132-63 a. C) era el rey del Ponto, que abarcaba las vastas extensiones de tierra del NO de Asia Menor (la actual Turquía) que bordeaban el Ponto Euxino (Mar Negro). Logró hacerse con toda Asia en la primavera de 88, después de una serie de conquistas (el N del Mar Negro, Armenia, la Cólquide y Capadocia, entre otras). Para frenar sus ambiciones en Occidente los romanos sostuvieron contra él tres guerras, las llamadas «guerras mitridáticas»: la primera (86-85) fue dirigida por Sila, que consiguió derrotarlo en Atenas y Queronea y que pactó con él la paz de Dárdanos en 85; en la segunda (83-81), Mitrídates venció a Murena, el lugarteniente de Sila; la tercera (74-63 a. C.) fue iniciada por Lúculo, que consiguió algunas victorias notables, y terminada por Pompeyo en 66.

⁷⁹ En el 72.

⁸⁰ Recuérdese que en 10, 2, PLUTARCO nos informa de que Perpenna le cedió Sicilia a Pompeyo; sin embargo, por las palabras de PLUTARCO no puede deducirse que Pompeyo estuviese en deuda con Perpenna.

⁸¹ Pompeyo abandonó Hispania en la primavera del 71. Cuando llegó a Italia, se encontró con la famosa revuelta servil encabezada por Espartaco, un esclavo tracio que tras desertar del ejército promovió, en el verano del 73, una rebelión de esclavos y gladiadores que comenzó en Capua y se extendió por las regiones del interior de la Italia meridional. Las victorias de Espartaco y los suyos obligaron a Roma a decretar el estado de excepción y confiar a M. Licinio Craso (cf. nota siguiente) un poderoso ejército.

⁸² M. Licinio Craso (112-53) fue cónsul en 70 y 55, en ambos casos junto a Pompeyo. Empezó su carrera política en el bando de Sila. Gracias a sus enormes recursos económicos, se hizo con numerosas clientelas y logró ser uno de los hombres más poderosos de la República. Su acción militar más brillante fue la represión de la revuelta de Espartaco en 73, cuando era pretor. Junto a César y Pompeyo, formó el primer triunvirato en julio de 60. Murió en 53 haciendo la guerra contra los partos.

⁸³ Cf. PLUT. *Craso*, 11, 10-11.

⁸⁴ En efecto, una de las primeras medidas que Pompeyo aprobó como cónsul fue la restitución de los poderes a los tribunos de la plebe, a los que la legislación silana excluía del *cursus honorum*. Dicha ley recibió el nombre de *lex Licinia Pompeia*.

⁸⁵ El segundo triunfo de Pompeyo, concedido por sus victorias en Hispania, fue celebrado el primer día del 71. Pompeyo alcanzó el consulado en el 70.

⁸⁶ Cf. PLUT. *Craso*, 12, 1-3.

⁸⁷ PLUTARCO alude aquí a la *lex Aurelia iudiciaria*, aprobada con el apoyo de Pompeyo en otoño de 70. La propuesta de ley fue hecha por el pretor Cayo

Aurelio Cota, de ahí su nombre. Sobre esta ley, cf. J. M. ROLDÁN, *op. cit.* pág. 522.

⁸⁸ Los censores, magistrados sin *imperium* (poder militar y civil), formaban un colegio de dos miembros que se elegían para un periodo de cinco años. Su función principal era la de elaborar la lista de ciudadanos y repartir a la población en tribus y clases censitarias. Se les consideraba guardianes de las costumbres, de ahí que dicho cargo solo lo ocupasen personas —por lo general ex cónsules— que encarnaban los valores de la moral romana tradicional.

⁸⁹ Se trata de Lucio Gelio Poplícola, cónsul en 72, y de Publio Cornelio Léntulo, cónsul en 71. Ambos fueron legados de Pompeyo en la guerra contra los piratas.

⁹⁰ Los lictores, funcionarios auxiliares al servicio de los magistrados, se encargaban de portar las *fascēs* —un haz de pequeños troncos atados con una cinta alrededor de un hacha— símbolo del poder estatal.

⁹¹ Se refiere a Cayo Aurelio Cota, cónsul en 75 junto a Lucio Octavio, responsable de la aprobación de la *lex Aurelia iudiciaria* (cf. más arriba, nota 87).

⁹² Cf. PLUT., *Craso*, 12, 4-5.

⁹³ Este mismo argumento lo encontramos en PLUT., *Pericles*, 7, 5, y *Nicias*, 5, 1-7, y 11, 2.

⁹⁴ Cilicia era una región costera —frente a ella se halla la isla de Chipre— situada al SE de Anatolia (hoy Turquía), lindando al N con Capadocia.

⁹⁵ Se refiere aquí al mar Mediterráneo, concretamente en las costas de Italia y de Grecia, a las que los piratas se dirigieron después de comenzar sus acciones en Cilicia y en la costa de Asia Menor.

⁹⁶ Claros y Dídima eran ciudades de la costa asiática de Jonia; ambas tenían un famoso templo dedicado a Apolo. Samotracia era una isla del mar Egeo próxima a la costa tracia que poseía el más importante santuario consagrado a los Cabiros. Hermíone era una ciudad costera de la región griega de Argólide, al NE del Peloponeso; también en la Argólide se hallaba Epidauro, donde se encontraba uno de los más importantes templos de Asclepio, dios de la medicina. El Istmo mencionado aquí es el Istmo de Corinto, que unía el Peloponeso con la Grecia continental. Ténaro se hallaba al S del Peloponeso, en el actual cabo de Matapán. En Calauria, isla de la Argólide, en el golfo Sarónico, había un importante templo de Poseidón. La ciudad de Accio se hallaba al N de Grecia, en Acarnania. Léucade es una de las Islas Jonias. La isla de Samos se encontraba en el mar Egeo. Argos era una de las ciudades más importantes de la Argólide. Lacinio se hallaba fuera de Grecia, en el S de Italia, cerca de Crotona.

⁹⁷ Esta Olimpia se encontraba al sur de Asia Menor y era uno de los más fuertes asentamientos de piratas. Mitra, el Sol-Rey para sus fieles, era un dios de origen iranio cuyo culto se extendió por el Imperio Romano a partir del siglo I d. C., aunque en Oriente Próximo era ya conocido desde el siglo II a. C. En la Roma del Imperio contó con numerosos adeptos: Nerón, por ejemplo, empezó, en el año 64 d. C., a identificarse con el Sol-Rey.

⁹⁸ Conocemos a estos dos pretores solo por esta cita de PLUTARCO; aunque es posible que CICERÓN, en *Sobre el imperio de Cn. Pompeyo*, 32, aluda a este

mismo hecho sin citar el nombre de los dos personajes aquí mencionados.

⁹⁹ Se trata de Antonia, la hija de Marco Antonio Crético, a su vez hijo del general que, en 102, comenzó la lucha contra los piratas. En el 74, el gobierno romano le confió a M. Antonio Crético un poderoso dispositivo bélico para acabar con la piratería en el Mediterráneo.

¹⁰⁰ En enero del 67, uno de los tribunos de la plebe de ese año, Aulo Gabinio —el mismo que sería cónsul en 58 junto a L. Calpurnio Pisón— presentó un proyecto de ley que contemplaba el nombramiento de un promagistrado al que se le concedería, por un plazo de tres años, el poder sobre todos los mares y costas hasta unos 75 km al interior (Roma, a unos 23 km del mar, quedaba dentro de los límites que fijaba la ley). Esta ley recibió el nombre de *lex Gabinia*. Las columnas de Hércules se encuentran en el extremo del Estrecho de Gibraltar.

¹⁰¹ Estas concesiones enumeradas por PLUTARCO eran las que recogía el proyecto de ley; sin embargo, tras su aprobación, Pompeyo consiguió casi duplicar dichas concesiones, como el propio PLUTARCO refiere más abajo (cf. 26, 2-3).

¹⁰² Se refiere a Cayo Julio César (101-44 a.C.). De su amplia biografía, podemos destacar que formó, junto con Pompeyo y Craso, el llamado primer triunvirato en 60. Alcanzó el consulado en 59 y conquistó la Galia entre 58-51. Derrotó a Pompeyo en la guerra civil (49-45), a pesar de que en sus comienzos fue gran amigo y admirador de Pompeyo, a quien llegó a introducir en su familia casando con él a su hija Julia. Murió el 15 de marzo de 44, asesinado por un grupo de jóvenes aristócratas. PLUTARCO le dedicó una de sus *Vidas* más célebres.

¹⁰³ C. Calpurnio Pisón era el cónsul de 67 C. y tenía como colega en el cargo a M. Acilio Glabrio. Rómulo es el rey fundador de Roma; la versión más extendida sobre su fin dice que una tempestad lo hizo desaparecer; sin embargo, existe otra tradición según la cual Rómulo murió asesinado por los senadores, que no podían tolerar la desmedida popularidad del rey. Es posible que las palabras de Pisón referidas a Pompeyo aludan a esta segunda versión.

¹⁰⁴ Se trata de Q. Lutacio Cátulo; sobre él, véase más arriba, nota 57.

¹⁰⁵ No está clara la identidad de este Roscio: puede tratarse, o bien del tribuno de la plebe L. Roscio Otho (como sostienen R. SEAGER, *op. cit.* p. 34, y GREENHALGH, 1980, *op. cit.* pág. 84), o bien Sexto Roscio Amerino o alguno de sus parientes, Tito Roscio Capitón o Tito Roscio Magno, como apunta L. PÉREZ VILATELA en su edición de la *Vida de Pompeyo*, pág. 165, nota 112.

¹⁰⁶ Una explicación semejante de este fenómeno la encontramos en PLUT., *Flaminio*, 10, 8-10.

¹⁰⁷ Sobre las concesiones fijadas por la *lex Gabinia*, cf. 25, 6 y notas 100 y 101.

¹⁰⁸ Los cuestores eran los magistrados de menor rango. Su principal tarea era la administración del tesoro público. Se encargaban también de la administración del erario militar.

¹⁰⁹ Sobre C. Calpurnio Pisón, cf. nota 103.

¹¹⁰ Brindisi, ciudad situada al S de Italia, en Apulia, en la costa del Adriático, tenía uno de los más importantes puertos de la Península Itálica debido a sus conexiones con Grecia y Oriente. Etruria es la actual región de la Toscana.

¹¹¹ El Tauro es una cadena montañosa situada al sudeste de Asia Menor. Coracesio (actual Alaja, en Turquía) era un promontorio situado en la Cilicia Traquea.

¹¹² La expedición de Pompeyo contra los piratas empezó, concretamente, a finales del invierno del 67 y acabó a mediados de la primavera de ese mismo año.

¹¹³ Solos era una ciudad de Cilicia que desde su repoblación fue llamada *Pompeiópolis*. Tigranes I el Grande (95-55 a. C.) fue rey de Armenia y yerno de Mitrídates VI; bajo su reinado Armenia alcanzó su mayor esplendor gracias a sus notables conquistas: Siria, Cilicia, Capadocia, el N de Mesopotamia —aunque gran parte de ellas pasaron a manos romanas gracias a las campañas de Lúculo. Fue aliado de Mitrídates en la guerra contra los romanos; sin embargo, las sospechas de que su suegro había participado en la conjura tramada contra él por su hijo Tigranes el Joven le hicieron romper su alianza y someterse a Pompeyo. De él se habla más abajo (cf., 32, 18 y cap. 33).

¹¹⁴ Dime, ciudad griega situada en la región de Acaya, al N del Peloponeso.

¹¹⁵ Se trata de Q. Cecilio Metelo Crético, así llamado por sus victorias contra los piratas en Creta, que le valieron el triunfo; fue cónsul en el 69 junto a Q. Hortensio. Sobre Cecilio Metelo Pío, véase más arriba, nota 28.

¹¹⁶ Es decir, a una distancia de 400 estadios, aproximadamente 75-80 km hacia el interior, como se dice más arriba, en 25, 4.

¹¹⁷ Lucio Octavio fue uno de los legados de Pompeyo durante la guerra contra los piratas. Más datos sobre su intervención en Creta y sus enfrentamientos con Metelo, en P. GREENHALGH, 1980, *op. cit.*, pág. 99.

¹¹⁸ *Iliada* XXII, 207.

¹¹⁹ C. Manilio Crispo, tribuno de la plebe en 67, promovió la *rogatio Manilia*, presentada en enero de 66; esta ley recogía la prorrogación indefinida del mando de Pompeyo sobre los mares —otorgado antes por la *lex Gabinia*, cf. nota 100— para llevar la guerra contra Tigranes y contra Mitrídates; a esto se añadía la concesión de las provincias de Ponto-Bitinia y Cilicia. La ley fue votada a finales del 66 y contó con el apoyo de César y Cicerón, que pronunció a propósito su discurso *Sobre el imperio de Cn. Pompeyo*. Sobre Lúculo, véase más arriba, nota 8. M. Acilio Glabrio, cónsul en 67 junto C. Calpurnio Pisón, era entonces procónsul en Bitinia.

¹²⁰ Frigia, en Asia Menor, ocupaba la parte central de la península de Anatolia, territorio que actualmente pertenece a Turquía; también en Asia Menor, pero más al N, se hallaban, sucesivamente, Licaonia y Galacia; al E de Licaonia, ya en el centro de Anatolia, se encontraba Capadocia. Sobre la localización de Cilicia, véase más arriba, nota 94. La Cólquide y Armenia se extendían más al E: la primera se hallaba en la costa del Mar Negro (en la actual Georgia) y la segunda al S del Cáucaso, entre el Mar Negro y el Caspio.

¹²¹ Q. Lutacio Cátulo ya se había manifestado en contra de la *lex Gabinia* (cf. 25, 10).

¹²² Se refiere a Cilicia.

¹²³ Lúculo había sido cónsul en 74 y Pompeyo en 70; además, Lúculo había nacido en 117 y Pompeyo en 106.

¹²⁴ En el original hay un quiasmo en los nombres propios: Craso derrotó a Espartaco (cf. 21, 2), Cátulo a Lépido (cf. 16, 1-5) y Metelo a Sertorio (cf. caps. 17-19).

¹²⁵ Cf. 21, 3.

¹²⁶ La expedición aquí descrita tuvo lugar en la primavera de 66.

¹²⁷ El Éufrates es el río occidental que, junto con el Tigris, delimita Mesopotamia; nace en Armenia y fluye por las montañas de Anatolia hacia Siria e Irak. Este combate tuvo lugar en el valle del Licos, concretamente en la ciudad fortificada de Dasteira.

¹²⁸ Se trata del mar Negro (llamado en la antigüedad Ponto Euxino).

¹²⁹ Sobre Hipsicratía, cf. VAL. MÁXIMO 5, 6, ext. 2, donde es llamada reina y no concubina.

¹³⁰ Sinora era el más importante tesoro real de Mitrídates; se ignora su emplazamiento exacto, aunque es posible que se trate de Sinnor, en la actual Turquía.

¹³¹ Sobre Tigranes I, véase más arriba, nota 113.

¹³² Nombre antiguo del actual río Araks, que marca la frontera entre Armenia y Turquía y desemboca en el mar Caspio.

¹³³ La tiara era un gorro alto característico de los reyes persas.

¹³⁴ Sofena era una pequeña región situada al NO del Éufrates, lindando al N con la Armenia Menor; en la actualidad pertenece a Turquía.

¹³⁵ Fraates III, rey de los partos —pueblo iranio cuyo imperio se extendía al SE del Mar Caspio— perteneciente a la dinastía arsácida, atacó Armenia incitado por Pompeyo, que buscaba apoyos ante una posible alianza entre Armenia y el Ponto. Además, secundó la sublevación de Tigranes el Joven contra su padre.

¹³⁶ Se trata de Lucio Afranio, que ya había combatido junto a Pompeyo en Hispania (cf. PLUT., *Sert.* 19, 9-11). Fue más tarde cónsul en 60, junto a Q. Cecilio Metelo Céler. La marcha de Pompeyo hacia el mar Caspio tuvo lugar en el invierno de 66-65.

¹³⁷ Los albanos eran un pueblo oriental que se extendía por el territorio que hoy ocupa Azerbaiyán; estaban emparentados con sus vecinos los iberos (como nos informa ESTRABÓN, XI 3, 2), que habitaban la actual república de Georgia.

¹³⁸ Las Saturnales eran una festividad romana que se celebraba en honor del dios Saturno el día 17 diciembre. El río Cirno, cuyo nombre está emparentado, al parecer, con el de Ciro el Grande, es el actual Kura, río de las montañas del Cáucaso que nace en el este de Turquía, atraviesa Georgia y Azerbaiyán, recibe al Araks —su principal afluente— y desemboca en el mar Caspio. Las doce desembocaduras de que habla Plutarco no existen actualmente.

¹³⁹ Hircania, comarca de la antigua Persia que se extendía al S y SO del mar Caspio, abarcaba el territorio que hoy día ocupa Turkistán. Sobre el paso de Alejandro por esta región, cf. PLUT., *Alej.* 44

¹⁴⁰ El río Fasis es el actual Rioni, que fluye al SO de Georgia, baja del Cáucaso Mayor y desemboca en el Mar Negro.

¹⁴¹ La laguna Méotide es el mar de Azov, al NE de la península de Crimea. Este Servilio es P. Servilio Vacia, cónsul en 79 junto a Apio Claudio Púlquer, que recibió el sobrenombre de Isáurico por sus victorias sobre los isauros de Asia Menor.

¹⁴² El Abante tal vez sea el actual Alazonios-Alazan.

¹⁴³ DIÓN CASIO (37, 4, 1-2) nos informa de que el rey de los albanos se llamaba Oroises.

¹⁴⁴ El Termodonte es un río de la Capadocia, actualmente llamado Terme Gayi. Las Amazonas, según la mitología griega, habitaban en los confines del mundo y constituían una nación integrada solo por mujeres guerreras.

¹⁴⁵ El mar de Hircania es el Caspio. Los getas y los leges eran pueblos situados al SO de dicho mar.

¹⁴⁶ Los elimeos eran un pueblo de origen iranio que ocupaba el antiguo país de Elam, al SO de Irán; su capital era Susa. Los medos habitaban Media, antigua región de Oriente Medio que se encontraba al NO del actual Irán y era limitada por al O por la Alta Mesopotamia, al S por Persia, al E por Partia y al N por el mar Caspio; su ciudad más importante era Ecbatana.

¹⁴⁷ El rey de los partos es el antes citado Fraates III (cf. nota 135). La Gordiana era una región situada al E del Éufrates y al S de Armenia. Arbelas era una ciudad asiria que se corresponde con la actual Erbil, situada al N de Irak.

¹⁴⁸ Se trata de la fortaleza de Sinora (cf. DIÓN CASIO, 37, 7, 5).

¹⁴⁹ La concesión a Pompeyo de la plaza fuerte de Sinora no quedó impune: Mitridates se vengó de Estratonice matando a Jifares, el hijo común de ambos (cf. APIANO, *Historia romana*, *Mitr.* 107).

¹⁵⁰ En griego significa literalmente «fortaleza nueva»; por ESTRABÓN (12, 3, 31, 556) sabemos que se encontraba a unos doscientos estadios de Cabiros.

¹⁵¹ Este Alceo era, al parecer, uno de los ciudadanos más ricos y famosos de Sardes, ciudad de Asia Menor y antigua capital del reino de Lidia.

¹⁵² Sobre esta Mónica habla PLUTARCO en *Lúc.* 18, 3-6.

¹⁵³ Se trata del historiador Teófanos de Mitilene, que fue uno de los principales consejeros de Pompeyo, a quien acompañó en sus expediciones por Oriente y cuyas hazañas narró, seguramente de manera propagandística. P. Rutilio Rulo, cónsul en 105 junto a C. Manilio, destacó como general (luchó junto a Escipión Emiliano en la conquista de Numancia y junto a Metelo contra Yugurta) y como jurista, aunque hubo de enfrentarse a numerosos enemigos políticos que le acusaron de corrupción; escribió, además, una autobiografía y una historia de su tiempo. PLUTARCO lo menciona también en *Mario*, 10, 1 y 28, 8: en este último

lugar lo define como «hombre amante de la verdad y honrado», pero contrario a Mario.

¹⁵⁴ La ciudad de Ámiso se encontraba en la costa del Mar Negro. Pompeyo se dirigió allí a comienzos de 64.

¹⁵⁵ Se refiere al Mar Caspio.

¹⁵⁶ Se trata de Valerio Triario, legado de Lúculo que cayó derrotado por Mitrídates en 67 (cf. PLUT., *Lúculo*, 35, 1-3).

¹⁵⁷ El Amanos es una cadena montañosa que separa Siria de Cilicia.

¹⁵⁸ Se trata de Aristobulo II de Judea, de la dinastía asmonea. Pompeyo aprovechó la difícil situación política de Judea —marcada por la lucha dinástica entre Aristobulo y su hermano Hircano II— para tomarla y declararla estado tributario de Roma en 63. Hircano II fue nombrado Sumo Sacerdote gracias al apoyo prestado a la causa pompeyana.

¹⁵⁹ Sobre Demetrio, véase más arriba, 2, 9 y nota 6.

¹⁶⁰ Se trata de Marco Porcio Catón (95-46 a. C.), también llamado Catón de Útica, famoso político conservador romano y sobre todo modelo de virtud debido a su sentido de la justicia, austeridad y franqueza, de las que PLUTARCO da muestras aquí y más abajo (cf. 44, 3-6 y 54, 9), además de en la biografía a él dedicada. Antioquía, la capital de Siria, estaba situada en la margen oriental del río Orontes; actualmente se llama Antakya y pertenece a Turquía.

¹⁶¹ Calarse la toga hasta las orejas era entre los romanos señal de descuido o dejadez.

¹⁶² El famoso teatro de Pompeyo fue construido en 55; fue el primer teatro estable de Roma y el primero que se levantó con materiales sólidos, ya que hasta ese momento los teatros habían sido de madera. Como se dice más abajo, cf. 42, 9, fue construido siguiendo el modelo del teatro de Mitilene.

¹⁶³ El rey aquí aludido es Aretas III (DIÓN CASIO, 37, 15, 1-2); Petra, capital del antiguo reino de los nabateos, estaba situada en la actual Jordania, al E de Wadi Araba, a unos 80 km del Mar Muerto.

¹⁶⁴ Escitia se hallaba en la región sudoriental de Europa, en la vasta llanura que se extiende entre el Danubio y el Volga; Peonia era una región de Grecia, situada al N de Macedonia.

¹⁶⁵ Pompeyo recibió la noticia de la muerte de Mitrídates concretamente en Jericó.

¹⁶⁶ Mitrídates murió a comienzos de 63, víctima de una revuelta encabezada por su hijo Farnaces y que fue apoyada por gran parte de sus súbditos, que ya no podían soportar las duras exigencias que su monarca les imponía ante una posible expedición contra Roma.

¹⁶⁷ Sinope, ciudad de Paflagonia situada en la costa del Mar Negro y perteneciente en esa época al Ponto, era la principal residencia de Mitrídates.

¹⁶⁸ Publio es un personaje desconocido; Ariarates era hijo de Ariobarzanes I Eupátor de Capadocia; Fausto era hijo de Sila y Metela, hermano gemelo de Fausta,

como cuenta PLUTARCO, en *Sila* 34, 5.

¹⁶⁹ Sobre Teófanés, cf. nota 153.

¹⁷⁰ Sobre el teatro de Pompeyo, véase más arriba nota 163.

¹⁷¹ Posidonio de Apamea (135-50) fue uno de los filósofos más destacados de la escuela estoica; entre sus discípulos se encontraba, además de Pompeyo, Cicerón. Sus obras —muy influyentes en la filosofía romana— no se han conservado, aunque sabemos que su doctrina combinaba estoicismo y mística de inspiración platónica. Hermágoras debe de ser el retórico Hermágoras de Temnos, que vivió en el siglo II a. C. y al que menciona CICERÓN en *Bruto*, 263. Para los detalles concretos de la disputa entre Posidonio y Hermágoras, que, en todo caso, remite a la vieja enemistad entre la filosofía y la retórica, cf. I. G. KIDD, *Posidonius, II. The Commentary (I)*, Cambridge, 1988, Fr. 43 (pág. 195-196).

¹⁷² Mucia, hija de Q. Mucio Escévola, fue la tercera esposa de Pompeyo. Por SUETONIO (*Cés.*, 50, 1) sabemos que César sedujo a Mucia —entre otras mujeres ilustres— mientras Pompeyo se encontraba fuera de Roma; CICERÓN (*Cartas a Ático*, 1, 12, 3) alude al divorcio de Pompeyo y Mucia, pero no explica sus razones. Desde el punto de vista político, la separación le costó a Pompeyo la pérdida del apoyo de los hermanos de Mucia, Q. Metelo Céler, que sería cónsul en 60, y Q. Metelo Nepote, tribuno de la plebe en 62, ambos antiguos defensores de la causa pompeyana.

¹⁷³ Sobre Craso, véase más arriba, nota 82.

¹⁷⁴ Pompeyo desembarcó en Brindisi en diciembre de 62.

¹⁷⁵ Se trata de M. Pupio Pisón, legado de Pompeyo en las guerras contra los piratas y en su expedición por Asia, que alcanzó con el apoyo de este el consulado en 61; sin embargo, le tocó compartir el cargo con Valerio Mesala, político abiertamente hostil al Magno.

¹⁷⁶ De hecho, L. Afranio consiguió el consulado en 60, con Q. Cecilio Metelo Céler como colega. Sobre él, véase más arriba, nota 136.

¹⁷⁷ Esta anécdota la relata también PLUTARCO en *Catón el Menor*, 30, 3-8, donde añade que el intermediario fue un amigo de Catón llamado Munacio y que, según algunos, dichas mujeres no eran las sobrinas sino las hijas de Catón.

¹⁷⁸ El triunfo en honor de Pompeyo se celebró, concretamente, entre los días 28 y 29 de septiembre de 61.

¹⁷⁹ Aunque aquí PLUTARCO distingue Judea y Palestina, hasta la reorganización de Oriente hecha por Pompeyo ambas se hallaban bajo el control de la monarquía nabatea, de origen judío.

¹⁸⁰ Sobre Tigranes el Joven, véase más arriba, nota 113 y 33, 7.

¹⁸¹ Sobre Aristobulo, véase más arriba, nota 158.

¹⁸² Comagene, región de Asia, estaba situada al N de Siria. El monarca aquí citado es Antíoco I Epifanes, que reinó en Comagene y Siria aproximadamente entre 69 y 39.

¹⁸³ Sobre los anteriores triunfos, concedidos por sus victorias en Africa e Hispania respectivamente, véase más arriba, cap. 14 y 22, 1.

¹⁸⁴ En 61, año del tercer triunfo, Pompeyo tenía exactamente 45 años, pues había nacido en 106.

¹⁸⁵ Publio Clodio Púlquer, yerno de Lúculo, intervino en algunos de los episodios más controvertidos de la política de su tiempo. En diciembre de 62 protagonizó el sonado escándalo de la Bona Dea (cf. ROLDÁN, *op. cit.*, págs. 554-555). Alcanzó el tribunado de la plebe en 58, durante el cual promovió varias medidas encaminadas a ganarse el favor de la plebe, logró mandar al exilio a los dos máximos representantes de la facción *optimata*, Cicerón y Catón, y se opuso abiertamente a Pompeyo.

¹⁸⁶ En 58 Clodio consiguió aprobar una ley según la cual se condenaría a todo aquel que hubiese causado de manera directa o indirecta la muerte de un ciudadano sin someterlo previamente a juicio. Ello le facilitó la expulsión de Cicerón, que, durante su consulado en 63, había ejecutado sin juicio previo a Léntulo y Cetego (colaboradores de Catilina en la famosa conjuración) y que por ello hubo de exiliarse a Macedonia.

¹⁸⁷ Se refiere aquí PLUTARCO a la campaña llevada a cabo por César en Hispania entre 61-60, adonde había ido como propretor.

¹⁸⁸ Para el 59.

¹⁸⁹ M. Calpurnio Bíbulo, yerno de Catón, fue el colega de César en el consulado de 59.

¹⁹⁰ Julia, hija de César y Cornelia, fue la cuarta esposa de Pompeyo. Para casarla con este, fue arrebatada a Q. Servilio Cepión, su prometido.

¹⁹¹ Sobre Fausto, véase más arriba, 42, 5 y nota 168. Calpurnia, hija de L. Calpurnio Pisón Cesonino (cónsul en 58), fue también la cuarta esposa de César. Sobre los enlaces matrimoniales planeados entre César y Pompeyo, cf. PLUT., *Cés.*, 14, 7-8.

¹⁹² Sobre la Galia cisalpina, cf. nota 61; la Galia transalpina, o ulterior, consistía en una franja costera que iba desde Liguria, en el NO de Italia, hasta los Pirineos. Iliria era una provincia romana que, en su mayor extensión, ocupaba la parte occidental de la Península Balcánica, a orillas del Mar Adriático.

¹⁹³ Sobre Calpurnio Pisón, cf. nota 103; este Gabinio es Aulo Gabinio, citado más arriba (cf. nota 100). Ambos fueron los cónsules de 58.

¹⁹⁴ Cf. PLUT., *Lúc.*, 38, 5.

¹⁹⁵ Clodio, en efecto, aprovechó su poder como tribuno del año 58 para enviar a Catón a la nueva provincia romana de Chipre, con el pretexto de que se encargase de dirigir los trabajos para su anexión definitiva. Sobre el exilio de Cicerón, véase más arriba, nota 186.

¹⁹⁶ Se refiere a Tigranes el Joven, quien, como nos dice PLUTARCO en 45, 5, llegó a Roma como parte del botín para ser exhibido en el tercer triunfo de Pompeyo.

197 Rascarse la cabeza con un solo dedo era, para los romanos, un gesto de afeminamiento.

198 Se refiere al tribuno Q. Terencio Culeón.

199 Se trata de Quinto Tulio Cicerón, hermano de Marco Tulio; fue pretor y gobernador en Asia en 62, y combatió en la Galia a las órdenes de César entre 54 y 51.

200 Cicerón regresó a Roma en agosto de 57, cuando ya había expirado el tribunado de Clodio.

201 Publio Cornelio Léntulo Espínter fue cónsul en el 57 junto a Q. Cecilio Metelo Nepote. Defensor de Cicerón, puso todo su empeño en hacerse con un ejército para reponer en el trono de Egipto a Ptolomeo XII Auletes, quien, temiendo una sublevación, se había refugiado en Roma. No obstante, como se dice a continuación, el Senado encargó definitivamente esta tarea a Pompeyo.

202 L. Canidio Galo (o Caninio, según otra lectura de la tradición manuscrita) fue tribuno de la plebe en 56.

203 Timágenes de Alejandría, historiador y retórico del siglo I a. C., compuso una obra consagrada a los reyes, aunque parece ser que se trataba más bien de una exposición general, política y geográfica, del Oriente. Sobre Teófanos, véase más arriba, nota 153.

204 Los belgas habitaban al N de la Galia, en la Galia Belga, que se extendía desde los ríos Marne y Sena hasta el Rin; los suevos eran un pueblo germánico que habitaba en tiempos de César al N del río Meno; los bretones, habitantes de Britania (hoy Gran Bretaña), eran de origen celta.

205 En abril de 56, se concretó el famoso pacto firmado en Lucca —ciudad próxima a Pisa, en la costa del Tirreno— cuyas consecuencias recoge aquí PLUTARCO: Craso y Pompeyo se presentarían al consulado de 55, para lo cual contarían con los votos de los veteranos enviados por César para la votación; así, Pompeyo y Craso harían que César viese prorrogados por cinco años sus poderes proconsulares en la Galia, mientras que ellos gobernarían también por cinco años las provincias de Hispania y Siria respectivamente.

206 Se trata de Cn. Cornelio Léntulo Marcelino, cónsul de 56 junto a L. Marcio Filipo. Marcelino fue legado de Pompeyo durante la guerra contra los piratas.

207 Lucio Domicio Enobarbo, el candidato de Catón para el consulado de 55, alcanzaría dicho cargo en 54.

208 Se trata del tribuno de la plebe de 59 P. Vatinio, que sería cónsul en 47.

209 C. Trebonio, tribuno de la plebe en 55 y cónsul sustituto en 45, colaboró primero con César, pero terminó implicándose en la conjuración que acabaría con su vida en marzo de 44.

210 Las leyes de propuestas por C. Trebonio, pues, supusieron la concesión efectiva de lo pactado en Lucca por Pompeyo, César y Craso; cf. más arriba, nota 205.

211 Sobre el teatro de Pompeyo, véase más arriba, nota 162.

- 212 En 54, Pompeyo tenía cincuenta y cinco años y Julia veintinueve.
- 213 Sobre Flora, cf. 2, 5-8.
- 214 Recuérdese que Julia era, además de esposa de Pompeyo, hija de César.
- 215 Craso murió el 1 de junio de 53 a manos de los partos, en la batalla de Carras.
- 216 Trímetro yámbico de una comedia desconocida.
- 217 Las palabras entrecomilladas son pronunciadas por Poseidón en la *Iliada* XV 189, y aluden al reparto del mundo hecho entre Zeus, Hades y el propio Poseidón.
- 218 De hecho, a comienzos de 53, Roma aún carecía de cónsules —pues los cuatro candidatos habían sido acusados de cohecho— y de pretores.
- 219 Este Lucililo es C. Lucilio Hirro, tribuno de la plebe en 53. Por otro lado, recuérdese que en Roma la dictadura era una magistratura que se concedía de manera extraordinaria y que se aplicaba solo como solución de emergencia en situaciones de extrema gravedad.
- 220 Cn. Domicio Calvino y M. Valerio Mesala fueron elegidos cónsules para el 53 en julio de ese mismo año, es decir, siete meses después del plazo legal.
- 221 Sobre M Calpurnio Bíbulo, véase más arriba, nota 189.
- 222 Pompeyo ejerció su tercer consulado *sine collega* en 52.
- 223 Se trata de Ser. Sulpicio Rufo, que fue *interrex* en 52 y cónsul el año siguiente junto a M. Claudio Marcelo.
- 224 En PLUT., *Catón el Menor* 48, 1-4, esta conversación entre Pompeyo y Catón tiene lugar en la casa que el primero poseía a las afueras de Roma, donde es posible que Pompeyo pasase unos días; de ahí que PLUTARCO aluda aquí a su regreso a Roma.
- 225 Cornelia, hija de P. Cornelio Escipión Nasica —llamado Metelo Escipión tras ser adoptado por el cónsul de 80 Q. Cecilio Metelo Pío, cf. nota 28—, fue la quinta esposa de Pompeyo. Su anterior marido, Publio, el hijo de Craso, murió combatiendo contra los partos junto a su padre; cf. PLUT., *Cras.* 25, 1-14.
- 226 En efecto, como señala J. M. ROLDÁN, *op. cit.*, pág. 595, el consulado le había sido concedido a Pompeyo sin respetar varios principios legales: en primer lugar, al ser elegido *sine collega*, se rompía la obligatoria colegialidad de toda magistratura; en segundo lugar, su condición de procónsul le incapacitaba legalmente para ejercer otra magistratura; por último, no habían transcurrido aún diez años desde su anterior consulado (en 55).
- 227 T. Munacio Planco Bursa, tribuno de la plebe en 52, fue acusado de participar en el incendio del Senado.
- 228 Este Hipseo es P. Plocio Hipseo; aunque compitió por el consulado contra Milón y Escipión, no llegó nunca a ejercer como cónsul.
- 229 En el verano de 50 a. C.

230 Se trata de Apio Claudio Púlquer, cónsul en 54 junto a L. Domicio Enobarbo.

231 Lucio Emilio Paulo fue cónsul en 50 junto a C. Claudio Marcelo; Cayo Escribonio Curión fue tribuno de la plebe en ese mismo año, y antes de pasarse al bando de César era uno de los más brillantes representantes de la facción *optimatus*; Marco Antonio es el futuro triunviro de 43: después de servir como lugarteniente de César en la Galia entre 54 y 50, regresó a Roma, donde fue tribuno de la plebe a partir de noviembre de 50.

232 C. Claudio Marcelo —hermano de M. Claudio Marcelo, cónsul el año anterior— fue el colega de L. Emilio Paulo en el consulado de 50.

233 Se trata de L. Calpurnio Pisón Cesonino, que ya había sido cónsul en 58 y que en 50 ocupaba el cargo de censor.

234 Esta sesión senatorial recreada aquí por Plutarco tuvo lugar el 1 de diciembre de 50: en ella, la propuesta de Curión obtuvo exactamente 370 votos, mientras que la de Pompeyo, como dice Plutarco, solo consiguió 22.

235 Se trata de L. Cornelio Léntulo Crus, cónsul en 49 junto a C. Claudio, primo del cónsul del año anterior.

236 Cicerón regresó de Cilicia, exactamente, el día 4 de enero de 49.

237 Arimino es la actual Rímini, ciudad del N de Italia, en la costa Adriática, perteneciente a la región de Umbría y fronteriza con la Galia Cisalpina.

238 El Rubicón es un pequeño río costero del Adriático al N de Rímini, que en época republicana marcaba la frontera entre Italia y la Galia Cisalpina.

239 El propio PLUTARCO hace un relato más extenso del célebre paso del Rubicón —acaecido el 10 de enero de 49 y que da inicio a la guerra civil entre César y Pompeyo— en *Cés.*, cap. 32; entre otros detalles, PLUTARCO añade que César, antes de tomar tan importante decisión, tuvo un mal presagio, pues la noche anterior había soñado que mantenía relaciones carnales con su propia madre. La conocida frase *la suerte está echada* («¡Que rueden los dados!», literalmente en griego) es una cita tomada del poeta cómico griego MENANDRO.

240 Es posible que este Tulo sea L. Volcacio Tulo, que ya había sido cónsul en 66 junto a M. Emilio Lépido.

241 Alusión al comentario jactancioso hecho antes por Pompeyo en 57, 9; M. Favonio ocupaba en 49 el cargo de pretor.

242 El estado de excepción —*decretum tumultus* en latín— se aprobó el 17 de enero de 49.

243 Metelo es el tribuno L. Cecilio Metelo. Esta misma escena es descrita por PLUTARCO, pero más detalladamente, en *Cés.*, XXXV, 6-10.

244 Dirraquio, ciudad costera situada en el N de Grecia, en la región del Epiro. Se corresponde con la actual Durres, en Albania. César desembarcó en Dirraquio el 5 de enero de 48.

245 Sobre Escipión, véase 55, 1 y nota 225; Cneo Pompeyo Magno era hijo de Pompeyo y de Mucia, su tercera esposa (sobre esta, cf. más arriba, nota 172); de

ella tuvo, además, otros dos hijos: Sexto y Pompeya.

246 En dirección a Dirraquio.

247 El propio CÉSAR relata el sitio de Brindisi en *Guerra Civil* I, XXV-XXVII.

248 CICERÓN (*Cartas a Ático* VII 11, 3) critica la táctica de Pompeyo comparando su decisión con la del estadista ateniense Temístocles, quien, con ocasión de la segunda invasión persa, persuadió a los atenienses para evacuar la ciudad y obligó a la flota griega a librar batalla en Salamina (480); sin embargo, la estrategia de Pericles durante la guerra del Peloponeso consistió en mantener a la población del Ática tras el Pireo y las Largas Murallas de Atenas, para así evitar un enfrentamiento terrestre y decidir la batalla en el mar, donde los atenienses eran muy superiores a los espartanos.

249 Se trata de Numerio Magio, *praefectus fabrum* (jefe de obreros) de Pompeyo.

250 Berea, o Verria, era una ciudad macedonia situada al oeste de Tesalónica.

251 Tito Labieno, tribuno de la plebe en 63 y lugarteniente de César en la guerra de las Galias, se pasó al bando de Pompeyo poco antes de que César marchase sobre Italia; el Bruto que había sido degollado en la Galia —tras caer derrotado por Pompeyo en Módena— es Marco Junio Bruto, de quien se habla más arriba (cf. 16, 4-8 y nota 61); su hijo Bruto fue uno de los asesinos de César; véase más arriba, nota 64.

252 Tidio Sexto era senador.

253 Alusión a la campaña de Ilerda (Lérida), que tuvo lugar entre los meses de mayo y agosto de 49 y en la que las tropas de César derrotaron a los pompeyanos. De ello habla brevemente PLUTARCO en *Cés.*, cap. 36.

254 Orico era una ciudad situada en la costa sur de Iliria. El personaje en cuestión es L. Vibulio Rufo, *praefectus fabrum* (jefe de obreros) del ejército pompeyano y hombre de autoridad ante el Magno: fue dos veces prisionero de César durante la guerra civil: una en Corfinio —en los Abruzzos— y otra en Hispania, durante la campaña de Ilerda; sobre él, CÉS., *Guerra Civil* III 10, y III, 18, 3-5.

255 Esta batalla es descrita con más detalles por PLUTARCO en *Cés.*, cap. 39.

256 Los atamanes eran un pueblo que habitaba a lo largo del monte Pindo, entre el Epiro y Tesalia.

257 Sobre Lucio Afranio, véase más arriba, 34, 1 y nota 136.

258 Sobre Domicio Enobarbo, véase más arriba, 52, 1 y nota 207.

259 De Marco Favonio se habla más arriba, 60, 7 y nota 241. Túsculo era una localidad del Lacio, situada al S de Roma.

260 Sobre Espínter, véase más arriba 49, 9 y nota 201.

261 La ciudad de Fársalo se hallaba en la región griega de Tesalia y su territorio se extendía sobre una llanura. El encuentro entre las tropas de Pompeyo y César en Fársalo tuvo lugar el 9 de agosto de 48.

- ²⁶² Sobre Tito Labieno, véase más arriba, nota 251.
- ²⁶³ «Vencedora» (en latín, *Victrix*) era uno de los epítetos que se aplicaba a la diosa Venus; esta diosa era, además, protectora de Pompeyo y de César. Por otro lado, César y todos los miembros de la *gens Iulia* afirmaban ser descendientes de Venus al vincular el origen de su familia con Julo Ascanio, el hijo de Eneas, hijo a su vez de Venus y de Anquises.
- ²⁶⁴ Escotusa era una ciudad de Tesalia que se hallaba al NE de Fársalo.
- ²⁶⁵ Es posible que PLUTARCO cometa aquí un error al hablar de Lucio Calvino y no de Gneo Domicio Calvino, cónsul en 53, a quien sí se refiere en *Cés.* 44, 2, con el nombre de Calvino Domicio.
- ²⁶⁶ Se trata de Lucio Domicio Enobarbo, ya citado más arriba, cf. 52, 1, y nota 207.
- ²⁶⁷ Cf. PLUT., *Cés.* 45, 1-5.
- ²⁶⁸ PLUTARCO recoge aquí las críticas que el propio CÉSAR hace a la táctica de Pompeyo en *Guerra Civil*, III, 92.
- ²⁶⁹ Sobre el matrimonio entre Pompeyo y Julia, la hija de César, véase más arriba 47, 10 (y nota 190) y 53, 1-7.
- ²⁷⁰ Cayo Crástino —o Crasiano, lectura que acepta ZIEGLER en su edición, pág. 331 —era un fiel y veterano centurión de César; sobre él, cf. PLUT., *Cés.* 44, 9-11, y CÉS., *Guerra Civil* III 91.
- ²⁷¹ Versos de HOMERO, *Iliada* 11, 544 ss.
- ²⁷² Cayo Asinio Polión (76 a. C.- 4-5 d. C.), cónsul en 40 y combatiente del bando de César durante la guerra civil, escribió tragedias y fue un notable orador e historiador, autor de unas *Historiae* perdidas en las que narraba las guerras civiles desde el primer triunvirato (60 a. C.) hasta tal vez la derrota de Filipos (42 a. C.) o incluso hasta su propio consulado (40 a. C.).
- ²⁷³ Larisa es la capital de Tesalia; el río aquí aludido es el Peneo, el principal río de Tesalia, que nace en la cordillera del Pindo, atraviesa Larisa y discurre finalmente por el valle del Tempe hasta desembocar en el Egeo.
- ²⁷⁴ Peticio solo nos es conocido por esta anécdota.
- ²⁷⁵ Los dos Léntulos son P. Cornelio Léntulo Espínter (cf. 49, 9, nota 201 y 67, 9) y L. Cornelio Léntulo Crus (cf. 59, 2, 5, 6, y nota 235). Sobre M. Favonio, cf. 60, 7 (y nota 241), 67, 5 y 73, 7.
- ²⁷⁶ El rey Deyótaro era, a comienzos del siglo I a. C., uno de los tetrarcas de la Galacia occidental, en Asia Menor; durante la guerra contra Mitridates apoyó a Roma aportando tropas a los distintos generales que lucharon contra el rey del Ponto, entre ellos a Pompeyo. Cuando estalló la guerra civil, tomó partido por Pompeyo —participó en la batalla de Fársalo con seiscientos jinetes. Muerto Pompeyo, intentó reconciliarse con César, que aprovechó su debilidad para castigar a su dinastía. Fue acusado de intentar asesinar a César, y Cicerón, que había trabado amistad con él durante su proconsulado en Cilicia, pronunció en su defensa el discurso *Pro rege Deiotaro*.

- 277 Trímetro yámbico de una obra perdida de EURÍPIDES (fr. 961 N2).
- 278 Anfípolis era una ciudad griega situada en la costa tracia, junto al río Estrimón. Mitilene, la capital de la isla de Lesbos, había sido liberada por Pompeyo en deferencia a su consejero Teófanos (cf. 37, 4, nota 153), de ahí la actitud favorable de sus habitantes hacia Pompeyo. El hijo de Pompeyo aquí aludido debe de ser Sexto, hijo menor del Magno y fruto de su matrimonio con Mucia, pues Cneo, su primogénito, había sido enviado por Pompeyo a Siria para preparar una expedición, como se dice en 62, 3.
- 279 Cf. 66, 3.
- 280 Sobre Publio, cf. 55, 1 y nota 225.
- 281 Se trata de Cratipo de Pérgamo, el filósofo peripatético que fue amigo y maestro de Cicerón en Lesbos y Atenas.
- 282 El texto griego está corrupto en este punto; basamos nuestra traducción en la conjetura propuesta por K. ZIEGLER (*op. cit.*, pág. 337).
- 283 La ciudad de Atalia —actualmente Antalya, en Turquía— se hallaba en la costa oeste de Panfilia, país de Asia Menor situado entre Licia y Cilicia.
- 284 Se trata de Juba I, rey de Numidia entre 60 y 46 a. C. En la guerra civil, tomó partido por Pompeyo y, tras la batalla de Tapso, ganada por César, se suicidó.
- 285 El Ptolomeo aquí mencionado es Ptolomeo XIII, rey de Egipto junto a su hermana y esposa Cleopatra VII, e hijo de Ptolomeo XII Auletes, el que fue huésped de Pompeyo en Roma tras huir de Egipto (cf. 49, 9-14 y nota 201). Ascendió al trono en el año 48 —con solo unos quince años— y murió al año siguiente en la batalla alejandrina contra César.
- 286 Los reyes partos pertenecían a la dinastía de los Arsácidas, fundada por Arsaces a mediados del siglo III a. C. En cuanto a la alusión a Craso, se comprende si tenemos en cuenta que, en la batalla de Carras, el general del ejército parto Surena mató a Craso y entregó su cabeza al rey Orodes II, a pesar de que su intención era apresar vivo al general romano.
- 287 La alusión a la «trirreme seléucida» no queda clara: es posible que Plutarco la llame así porque procediese de Seleucia de Cilicia, o bien porque se tratase de un tipo concreto de «trirreme» cuyas características desconocemos, como sugieren FLACELIÈRE-CHAMBRY (*ed. cit.*, pág. 312).
- 288 La ciudad egipcia de Pelusio estaba situada en el brazo más oriental del delta del Nilo y se corresponde con la actual Tine; en ella comenzó la guerra civil que la reina Cleopatra emprendió, en el año 55, contra su hermano Ptolomeo XIII.
- 289 Aquilas, según CÉSAR, *Guerra Civil*, III, 104, era *praefectum regium*.
- 290 Lucio Septimio era un tribuno militar que había combatido junto a Pompeyo en la guerra contra los piratas (cf. R. SEAGER, *op. cit.*, pág. 184); seguramente era uno de los muchos soldados que, según César, habían sido llevados a Alejandria por Gabinio (cf. CÉS., *Guerra Civil* III 103-104).
- 291 Fragmento 873, Radt (789 Nauck²).
- 292 Pompeyo, nacido en 106, murió el 28 de septiembre de 48.

- ²⁹³ Sobre Lucio Léntulo, cf. *Pomp.*, 59, 2 y nota 235.
- ²⁹⁴ En marzo del 47, Ptolomeo XIII fue derrotado en la batalla del Nilo y murió ahogado.
- ²⁹⁵ Cf. *Ages.*, 3, 7-9.
- ²⁹⁶ Sobre la oposición de Lépido a los funerales de Sila, cf. *Pomp.*, 15, 4, y sobre la boda entre Fausto y la hija de Pompeyo, cf. *Pomp.*, 47, 10.
- ²⁹⁷ Cf. *Ages.*, 24, 4 y ss., y 25.
- ²⁹⁸ Cf. *Ages.*, 23, 6 (y nota) y ss.
- ²⁹⁹ Cf., *Ages.* 30, 6.
- ³⁰⁰ Véase, por ejemplo, *Pomp.*, 55, 6 y ss., donde Plutarco cuenta cómo Pompeyo intercedió en favor de su suegro Escipión, que había sido llamado a juicio, y cómo elogió públicamente a Planco a pesar de que él mismo había prohibido por ley alabar en público a quienes iban a ser juzgados.
- ³⁰¹ Cf. *Ages.*, 15, 2-8.
- ³⁰² Alusión al mítico reparto del Peloponeso entre lacedemonios, mesenios y argivos; según el mito, en Tebas había nacido Alcmene, la madre de Heracles, del que descendían los reyes espartanos.
- ³⁰³ Es decir, Pompeyo prefería una larga paz antes que la gloria de un triunfo, que dura un solo día.
- ³⁰⁴ Esta ciudad es Arimino (Rimini), cf., *Pomp.*, 60, 1.
- ³⁰⁵ Cf. *Pomp.*, 62, 1.
- ³⁰⁶ Cf. *Pomp.* 67, 5.
- ³⁰⁷ Cf., *Pomp.*, 63, 2 y nota.
- ³⁰⁸ El Máximo aquí aludido es sin duda Quinto Fabio Máximo (275-203 a. C.), que fue cónsul en 233 y 228 y censor en 230; en 217, fue nombrado dictador después de la severa derrota que el cartaginés Aníbal infligió a los romanos en Trasimeno. Su apuesta por una guerra de desgaste para acabar con el enemigo púnico le valió el apodo de *Cunctator*, que vendría a significar algo así como *el Contemporizador* o *el Vacilante*.
- ³⁰⁹ Cf. *Ages.* 36, 2 y nota.

SERTORIO – ÉUMENES

INTRODUCCIÓN

SERTORIO

La vida de Quinto Sertorio transcurre entre los años 122 y 72 a. C., una época turbulenta en la historia de Roma, con conflictos exteriores como la guerra de Yugurta (111-105 a. C.), la peligrosa invasión de cimbrios y teutones (113 -101 a. C.) y la larga lucha contra el rey del Ponto Mitrídates (88-66 a. C.), e interiores, en los que se refleja la crisis de la República romana, empezando con el fracaso del movimiento reformador de los Gracos (133-121 a. C.), que será el origen de la guerra civil entre la clase terrateniente de los nobles de viejo cuño, los *optimates*, que encontrarán un líder en Lucio Cornelio Sila, y la burguesía que se les opondrá, adoptando el nombre de *populares*, siendo su jefe más significativo Cayo Mario; añádase a esto, para completar el panorama, la sublevación de los latinos aliados (*socii*) de Roma, que solicitarán en vano la igualdad de derechos con sus antiguos conquistadores, hartos de suministrar impuestos y soldados sin obtener nada a cambio, y que, al no lograrla, se levantarán en armas contra la metrópoli en la llamada «guerra social» (91-89 a. C.).

En este escenario va a vivir Sertorio; muy joven queda huérfano de padre y será criado por su madre, a la que tuvo auténtica devoción (2. 1; 22. 9-11); pocos datos nos da Plutarco sobre su formación, aunque no debió de ser poca, pues empezó a destacar en la oratoria (Cicerón le alaba en el *Bruto* 48. 180), aunque enseguida se sintió atraído hacia las armas, y con la invasión de cimbrios y teutones empezó su aprendizaje militar, conoció a Mario e hizo una primera demostración de su astucia y capacidad lingüística al disfrazarse de celta para obtener informes (3. 2-4). Fue luego tribuno militar en Iberia, cuestor en la Galia Cisalpina, desde donde participó en la «guerra social», campaña en la que perdió un ojo, lo que era su mejor condecoración (4. 3-4), y, de regreso a Roma, la oposición de Sila a su candidatura al tribunado de la plebe provocó que se alineara con los *populares* cuando empezó el conflicto (4. 6), aunque, por conocer bien a Mario, no confiara en él. La muerte de Mario y Cinna y el regreso de Sila de la campaña contra Mitrídates le

hicieron abandonar Roma y, tras una corta estancia en Libia, dirigirse a Iberia.

Allí será donde lucirá plenamente sus dotes militares, que le hicieron invencible ante los muchos generales que Roma envió contra él, entre ellos los prestigiosos Metelo Pío y Gneo Pompeyo; su ejército, formado en su mayor parte por naturales del país, será organizado por él a la manera romana (14. 1-2), pero dándole una agilidad de la que carecía la legión (12. 6-8). Usó también Sertorio de la superstición cuando se servía de la cierva blanca a la que atribuía poderes divinos (11. 3-8) o teatralizando episodios como el de los dos caballos (16. 5-11) para conseguir lo que quería de sus hombres. Su prestigio entre los iberos se hizo mítico y estuvieron dispuestos a morir por él (14. 5-6), aunque, según Plutarco, nunca les confió un mando militar de importancia y siempre quiso mantener las instituciones romanas, formando un senado con aquellos de sus miembros que se refugiaron junto a él (22. 5-7). Esto es para Plutarco una muestra de su patriotismo, y otra, su actitud ante Mitridates, en el pacto que hizo con él, al poner límites a su petición de invadir Asia, negándole su pretensión de ocupar lo que ya era provincia romana, aunque otras fuentes que poseemos, como es el caso de Apiano, den versiones diferentes.

Nuestro autor debe de haber utilizado la descripción que de Sertorio hizo Salustio en sus *Historias*, que conservamos muy fragmentariamente: en concreto, la carta que Pompeyo dirige al senado (21. 9), de la que Plutarco hace un resumen, contiene los mismos términos que la que encontramos en la citada obra de Salustio, II 70; sin embargo, no lo cita, aunque sí lo hace en otras *Vidas* (*Sila*, *Lúculo*), y sólo hace referencia, alabándolo, al historiador Juba II, rey de Mauritania (9. 10). Quizá proceda de Salustio el carácter trágico que imprime Plutarco a Sertorio, quien lucha por sobrevivir, aunque preferiría vivir en paz en unas islas, lejos de la política y de la guerra (9. 1), o, en Roma, como un simple particular (22. 7-9); también se disculpa, achacándola a los reveses de la Fortuna, la crueldad que empleó con los jóvenes iberos a los que mantenía como rehenes en Osca (10. 5-7).

El esquema seguido por Plutarco es el siguiente:

1. Prefacio: 1.
2. Los primeros años de Sertorio: 2-3.
3. Actuación de Sertorio en la «guerra social» y en la guerra civil: 4-5.
4. Su marcha de Roma: 6.
5. Estancia en Libia: 7-9.
6. Llegada a Lusitania: 10-11.
7. Campaña contra Metelo: 12- 17.
8. Campaña contra Pompeyo: 18- 22.
9. Tratos con Mitrídates: 23- 24.
10. Muerte de Sertorio, dispersión de su ejército y partidarios: 25-27.

ÉUMENES

Si la vida de Sertorio estuvo marcada por las turbulencias de la última etapa de la República romana, no menos lo estuvo la de Éumenes en el enorme conflicto de intereses que se produjo tras la muerte de Alejandro Magno en el año 323 a. C. Al morir sin haber hecho testamento ni designar un sucesor, la falange apostó por Filipo Arrideo, un deficiente mental, hijo bastardo de Filipo II, mientras que la caballería formada por los llamados Compañeros optó por el hijo que esperaba Roxana, la viuda de Alejandro, si nacía varón; mientras tanto, la asamblea del ejército nombró un regente, Perdicas, contra el que, de inmediato, todos empezaron a conspirar. En este problema de la sucesión Éumenes intentó conciliar a los dos bandos (3. 1).

Éumenes había nacido en el año 361 a. C. en Cardia, en el Quersoneso tracio; Plutarco desconfía, con razón, de la versión que da el historiador Duris de Samos, cuando asegura que su padre se había visto reducido por la pobreza al oficio de carretero; de haber sido así, resulta difícil entender que Filipo II, en su visita a Cardia, por quedar admirado del valor y talento con los que el niño Éumenes competía en un certamen infantil, se lo llevara con él; mucho más plausible es la versión de Nepote, que lo sitúa como vástago de una noble familia. Éumenes escaló rápidamente puestos en la corte macedonia, y cuando Alejandro fue rey, lo nombró primer secretario, lo que también indica que su educación debía ser esmerada. De su aspecto físico Plutarco nos habla, pero ya en su edad madura

(11. 3), y también de sus grandes cualidades de inteligencia (1. 2; 16. 1), valor (1. 2; 7. 7-12), fidelidad a los legítimos herederos de Alejandro, como se ve en su respuesta a las propuestas de Cratero y Antípatro (5. 6-8) o cuando pone por delante el nombre de los reyes corrigiendo el juramento que le propone Antígono (12. 2-7), astucia, cuando engaña a Antígono fingiendo que está acampado (15. 10-13) o la genial idea de pedir dinero prestado a sus enemigos para que, esperando su reembolso, no atenten contra él (13. 12-13), así como su enorme ingenio para entrenar a hombres y caballos durante su largo asedio en Nora (11. 4-9). Como Sertorio, Éumenes también se sirve de la superstición para imponerse a los jefes de los Argiráspides, Antígenes y Téutamo (13. 5-8), aunque Plutarco da por bueno el sueño que Éumenes tiene antes de su batalla contra Cratero y Neoptólemo (6. 8-12).

Ya hablamos de Duris de Samos, un mediocre historiador, como única fuente citada por Plutarco; menciona también a Jerónimo de Cardia (12. 2), pero sólo como embajador que envía Antígono a Éumenes para acabar con su asedio en Nora. Sin embargo, ha debido de utilizar la obra de Jerónimo *Historia de los Diádocos y de los Epígonos* (que conocía con seguridad, pues la cita en tres ocasiones en la *Vida de Pirro*), que era la mejor fuente, ya que este historiador era compatriota y amigo de Éumenes; en cuanto a su mención en 11. 3 de las cartas de Éumenes, cabe la posibilidad de que hubieran sido recogidas por el propio Jerónimo de Cardia en su obra, o que hubieran sido publicadas por separado, y de ahí las conociera Plutarco.

El esquema de esta *Vida de Éumenes* es:

1. Familia de Éumenes, sus comienzos con Filipo y Alejandro: 1.
2. Diferencias con Hefestión: 2.
3. Muerte de Alejandro. Éumenes, sátrapa de Capadocia: 3-4.
4. Combates contra Neoptólemo y Cratero: 5-8.
5. Lucha contra Antígono: 9-10.
6. Asedio en Nora: 11-12.
7. Prosigue la lucha contra Antígono: 13-16.
8. Traición de los Argiráspides. Captura y muerte de Éumenes: 17-19.

COMPARACIÓN SERTORIO – ÉUMENES

Es de notar que del conjunto de *Vidas Paralelas* de Plutarco, las de Sertorio y Éumenes sean, junto con las de *Coriolano-Alcibíades* y *Paulo Emilio-Timoleón* las únicas en las que la vida de un romano antecede a la de un griego. La comparación es muy breve y retórica, y ya fue adelantada, lo que tampoco es frecuente en Plutarco, en *Sertorio* 1.11. Se resaltan las coincidencias, sobre todo la de dos extranjeros exiliados de sus patrias que mandan tropas ajenas, el romano a iberos, el quersonesio a macedonios, ambos objeto de envidia entre sus colaboradores por sus victorias, ambos traicionados por sus compañeros de armas. Con todo, Plutarco muestra más simpatía por Sertorio, ya que lucha por sobrevivir, aunque desearía no hacerlo, mientras que Éumenes es calificado de amante de la guerra y de los conflictos (*philopólemos*, *philóneikos*); en sus muertes, también es superior Sertorio, ya que Éumenes se dejó apresar sin intentar huir y, ya prisionero, quiso sobrevivir, mientras que Sertorio fue asesinado desprevenidamente debido a su bondad, pues se fiaba de quienes le dieron muerte.

NUESTRA TRADUCCIÓN

La edición seguida es la de R. Flacelière y É. Chambry, *Plutarque. Vies VIII. Sertorius-Eumène – Agésilas-Pompeé*, Les Belles Lettres, París 1973. Como ya se ha comentado en otras ocasiones es, a nuestro juicio, libre en exceso, como suele ocurrir con las versiones francesas, aunque nos hemos servido de sus introducciones y notas, que están muy bien hechas. De las traducciones españolas hemos consultado la ya clásica de A. Ranz Romanillos, completa en la edición de Aguilar, *Biógrafos Griegos*, 1.^a reimp., Aguilar, Madrid 1973, pero hay también dos más recientes: la edición, con traducción y notas, de M.^a Antonia Ozaeta Gálvez, *Plutarco. Vidas Paralelas. Alcibíades-Coriolano. Sertorio-Eumenes*, Alianza Ed., Madrid 1998, precedida de una extensa y erudita introducción a Plutarco de A. Bravo García, y la de Rosa M.^a Aguilar y Luciano Pérez Vilatela, *Plutarco. Vidas de Sertorio y Pompeyo*, Akal, Madrid 2004, en la que la edición, introducción a Plutarco y traducción corren a cargo de la Sra. Aguilar, y las introducciones a ambas *Vidas* y las notas son del Sr. Pérez Vilatela. La traducción de la Sra. Ozaeta se parece en

su liberalidad a la traducción francesa antes comentada, mientras que la de la Sra. Aguilar es mucho más cercana al texto griego y es, a nuestro parecer, una excelente versión; de excelentes también hay que calificar las notas del Sr. Pérez Vilatela, muy eruditas y extensas, que recogen, además, una prolija bibliografía y, dentro de ella, trabajos de ambos autores sobre Plutarco o Sertorio; es una lástima que en esta edición no se haya seguido el criterio plutarquiano de mantener juntas las *Vidas* de los protagonistas que él eligió. Por último, nuestra versión intenta recoger lo que escribió Plutarco y cómo lo hizo, manteniendo, por tanto, dentro de los límites posibles, una literalidad compatible con nuestra lengua.

SERTORIO

No es sorprendente, quizá, que, al discurrir la fortuna de [1] manera diversa en el tiempo infinito, el azar lleve muchas veces a las mismas circunstancias. En efecto, ya sea que al no [2] estar limitado el número de sucesos, la fortuna tiene un abundante material como generoso suministrador de la semejanza de los hechos, ya sea que las acciones se encadenan a partir de algunos sucesos limitados en su número, con frecuencia es forzoso que los mismos resultados procedan de causas idénticas. Porque algunos, aficionados a cosas así, reúnen por investigación [3] o de oídas cuanto ocurrido por azar parece obra del cálculo y de la previsión, como que hubiera dos Atis famosos, [4] uno sirio, otro arcadio, cada uno de los cuales murió por obra de un jabalí¹, o dos Acteones, uno que fue desgarrado por sus perros, el otro por sus amantes², o dos Escipiones: por uno [5] fueron vencidos los cartagineses primero, por el otro, luego, [6] totalmente destruidos³; y que Ilión fue tomada por Heracles a causa de los caballos de Laomedonte, por Agamenón mediante el llamado caballo de madera, y una tercera vez por Caridemo, cuando, tras caer un caballo en las puertas, no pudieron los de [7] Ilión cerrarlas con rapidez⁴; que de dos ciudades con nombres idénticos al de las plantas más perfumadas, Ios y Esmirna⁵, dicen que en una nació el poeta Homero, y que murió en la [8] otra; añadamos a esto que los generales más belicosos y que realizaron la mayoría de sus hazañas con astucia junto con destreza fueron tuertos, Filipo, Antígono, Aníbal y aquél de [9] quien trata esta obra, Sertorio⁶, del que cualquiera podría demostrar que fue más casto con las mujeres que Filipo, más fiel a sus amigos que Antígono, más humano con sus enemigos que Aníbal, y que en sagacidad no quedaba atrás de ninguno de éstos, aunque sí de todos en suerte. Por ella tratado en todo [10] mucho peor que por sus enemigos manifiestos, se hizo igual en experiencia a Metelo, en audacia a Pompeyo, en fortuna a Sila y en fuerza a los romanos, aun siendo un desterrado y un jefe extranjero de los bárbaros a los que comandó.

Con éste comparamos sobre todo de entre los griegos a [11] Éumenes de Cardia; pues ambos fueron aptos para el mando y guerreros con astucia, desterrados de sus patrias, jefes de extraños y tratados por una fortuna cruel e injusta en su muerte; porque uno y otro, tras ser objeto de conspiraciones, fueron [12] muertos por esos con los que vencían a sus enemigos.

La familia de Quinto Sertorio era muy conocida en [2] Nursia⁷, ciudad de los sabinos; huérfano de padre y criado con prudencia por su madre viuda, parece que tuvo por ella un cariño extraordinario; cuentan que el nombre de su madre era Rea. Se ejercitaba bastante en procesos judiciales, y, siendo [2] muchacho, tuvo una cierta reputación por su elocuencia en la ciudad. Pero sus honores y éxitos en los asuntos militares cambiaron su ambición a este lado.

Y así por vez primera prestando servicio militar a las [3] órdenes de Cepión⁸ al irrumpir cimbrios y teutones en la Galia⁹, cuando los romanos combatieron mal y se produjo la derrota, él, tras perder su caballo y cubierto su cuerpo de heridas, atravesó el Ródano nadando con su coraza y escudo contra corriente; ¡tan vigoroso era su cuerpo y entrenado por [2] el ejercicio! Y al hacer una segunda invasión¹⁰ estos mismos con muchos miles y con temibles amenazas hasta el punto de que era una enorme empresa para un romano permanecer en la formación y obedecer al general, que era Mario, Sertorio [3] tomó a su cargo la labor de espiar a los enemigos. Tras vestir una indumentaria celta y aprender lo más común de la lengua para una conversación en el momento oportuno, se mezcla con los bárbaros; y cuando de las cosas más urgentes unas las [4] vio y otras supo de oídas, regresó junto a Mario. Así entonces obtuvo los premios al valor; y durante el resto de la campaña por demostrar muchas acciones de sagacidad y audacia adquirió prestigio y la confianza por parte del general.

[5] Tras la guerra de cimbrios y teutones fue enviado como tribuno militar a Iberia, a las órdenes del general Didio, y pasaba el invierno en la ciudad de Cástulo, ciudad celtíbera¹¹. [6] Como los soldados se comportasen con desdén, soberbios

por la abundancia y borrachos la mayoría de las veces, los bárbaros hicieron venir de noche un socorro de sus vecinos de Isturgi¹², y, entrando en las casas los mataban; Sertorio, escapándose en secreto con unos pocos, después de reunir a [7] los escapados, dio la vuelta a la ciudad. Al descubrir abiertas las puertas por las que los bárbaros habían irrumpido sin ser vistos, no le pasó lo mismo que a aquéllos, sino que puso guardias y ocupando por completo la ciudad mató a todos los que estaban en edad militar. Y cuando fueron muertos, ordenó que [8] todos los soldados se desprendieran de sus propias armas y vestiduras y que, vistiendo las de los bárbaros, siguieran hacia aquella ciudad desde la cual habían sido enviados los que les atacaron por la noche. Tras engañar a los bárbaros con la visión [9] de las armas, encontró las puertas abiertas y sorprendió a una multitud de personas que creían encontrarse con amigos y ciudadanos que habían tenido éxito. Por eso la mayoría fueron [10] muertos por los romanos junto a las puertas y los demás, una vez que se rindieron, fueron vendidos.

Desde ese momento Sertorio fue famoso en Iberia; y nada [4] más regresar a Roma, es designado cuestor de la Galia Cisalpina en el momento oportuno. Pues, al producirse la guerra [2] mársica¹³, le fue encargado alistar soldados y fabricar armas y como se aplicó a la tarea con empeño y rapidez frente a la lentitud y negligencia de los demás jóvenes, tuvo la fama de un hombre que tendría una vida llena de actividad. No cedió [3] en su audacia militar cuando llegó a la dignidad de general, sino que, demostrando con su brazo hazañas admirables y ofreciendo sin contemplaciones su cuerpo en los combates, perdió arrancado uno de los ojos. Por eso no cesaba de vanagloriarse: [4] porque los demás no siempre llevan encima las pruebas de los premios al valor, sino que se quitan collares, lanzas y coronas¹⁴, mientras que con él permanecían las señales de su bravura y tenía los mismos espectadores a un tiempo [5] de su valor y de su desgracia¹⁵. Y el pueblo también le otorgó el honor merecido. Porque, cuando entró en el teatro, le recibieron con aplauso y saludaron con aclamaciones, cosas que ni a los primeros en edad y prestigio era fácil alcanzar.

[6] No obstante, tras presentarse al tribunado de la plebe, perdió al haberle combatido Sila con maquinaciones de partido; por eso también parece que se hizo enemigo de Sila. [7] Pero cuando Mario, vencido por Sila, huyó, y Sila marchó para combatir a Mitrídates¹⁶, Octavio, uno de los cónsules, permanecía en la facción de Sila¹⁷, pero Cinna¹⁸, tramando una revolución, animaba al partido de Mario, que estaba en retroceso; con aquél se unió Sertorio, especialmente al ver que [8] Octavio era débil y desconfiaba de los amigos de Mario. Producida una gran pelea en el senado entre los cónsules, Octavio se impuso, y Cinna y Sertorio, tras perder no mucho menos de [9] diez mil hombres, huyeron. Y atrayéndose por la persuasión a la mayoría de las guarniciones que aún estaban diseminadas por Italia, pronto llegaron a ser capaces de combatir contra Octavio.

Mario llegó por mar desde Libia¹⁹ y al presentarse ante [5] Cinna como un particular ante un cónsul, a los demás les parecía bien acogerlo, pero Sertorio hacía objeciones, ya sea porque pensaba que Cinna le tendría menos consideración a él, al estar presente un hombre más experto en el mando, ya sea porque temiera el carácter obstinado de Mario, no fuera a ser que todos los asuntos públicos se trastornaran, y que al no tener medida su temperamento fuera más allá de la justicia en el ejercicio del poder²⁰. Decía, en efecto, que era pequeña la [2] tarea que les quedaba, siendo ya los dueños, pero que en caso de aceptar a Mario, aquél se llevaría la totalidad de la fama y de la fuerza, porque era rígido y desconfiado para compartir el mando. Cuando Cinna respondió que Sertorio calculaba esto [3] correctamente, pero que sentía vergüenza y no sabía cómo rechazaría a Mario, al haberle invitado él mismo a la participación en los asuntos, tras tomar la palabra Sertorio dijo: «Por [4] pensar yo, sin embargo, que Mario venía a Italia por propia iniciativa, buscaba lo conveniente, pero de ningún modo te estaría bien deliberar cuando viene el que tú mismo decidiste que viniera, sino utilizarlo y acogerlo; la garantía que se da no deja lugar a razonamiento alguno». De esta manera Cinna [5] hace venir a Mario; y, dividida su fuerza militar en tres partes, los tres tenían el mando.

Cuando la guerra llegó a su fin, Cinna y Mario se hartaban [6] de toda clase de violencia e ira, hasta el punto de mostrar a los romanos los desastres de la guerra como algo precioso, y se dice que Sertorio fue el único que no mató a nadie por cólera ni injurió al vencer, sino que sentía aversión hacia Mario y, encontrándose en privado con Cinna y suplicándole, le hacía más moderado. Finalmente los esclavos, a los que Mario, al [7] tenerlos como sus aliados en la guerra y como satélites de su tiranía, hizo poderosos y ricos, bien porque aquél se lo permitiera u ordenara, bien por la violencia, ultrajaban a sus amos, matándolos, violando a sus mujeres y forzando a sus hijos; Sertorio, al considerarlo intolerable, mató a flechazos en el lugar en el que estaban acampados a todos, que no eran menos de cuatro mil²¹.

[6] Cuando Mario murió, Cinna fue muerto poco después, y el joven Mario alcanzó el consulado de manera ilegal y contra la voluntad de Sertorio²², los Carbones, los Norbanos [2] y los Escipiones fracasaron en la guerra contra Sila que volvía²³, y unas cosas se destruían por la cobardía y la debilidad de los generales, y otras las arruinaron los traidores; no eran tarea de Sertorio, aunque estaba presente, unos asuntos mal llevados por tener pésimos propósitos los que de más poder [3] gozaban; finalmente Sila, después de situar su campamento junto al de Escipión y mostrándole amistad, como si la paz fuera a producirse, destruyó al ejército, y, aunque Sertorio [4] lo predecía y aconsejaba a Escipión, no le convenció; y dando totalmente de lado a la ciudad se dirigió a Iberia²⁴ para que, si llegaba a hacerse allí con el poder, fuera un refugio para sus amigos derrotados aquí. Tras sufrir duros temporales en territorios [5] montañosos era obligado por los bárbaros a impuestos y pagos por el peaje. Al indignarse los que estaban con él y [6] dolerse vivamente de que un procónsul romano pagase impuestos a unos bárbaros miserables, se mostró humilde ante la aparente deshonor y dijo que compraba la ocasión, que era lo más escaso para un hombre que aspiraba a grandes cosas; se concilió a los bárbaros con dinero y, dándose prisa, llegó a Iberia. Cuando se encontró pueblos florecientes por su número [7] y por su juventud en edad militar, pero mal dispuestos con todo gobierno por la codicia y violencia de los

generales enviados cada vez, se ganaba a los poderosos con su trato y libraba de impuestos a la mayoría. Pero fue amado sobre todo [8] al liberarles del alojamiento de las tropas; pues obligaba a los soldados a fijar los cuarteles de invierno en los suburbios, siendo él el primero en montar así su tienda de campaña. No [9] fió todo en la buena disposición de los bárbaros, sino que tras armar a los romanos en edad militar que allí estaban establecidos, disponer máquinas de guerra de todo tipo y construcciones de buques, conservaba firmemente en su propio poder las ciudades y se mostraba humano en los asuntos de la paz y temible en la preparación de los militares.

Tan pronto como supo que Sila dominaba Roma y que el [7] partido de Mario y Carbón perecía, al pensar que de inmediato llegaría un ejército con un general para hacerle la guerra, bloquea los montes Pirineos mediante Livio Salinátor con seis mil infantes. Y no mucho después Cayo Annio, enviado por Sila, [2] al ver inexpugnable a Livio, se quedó al pie de las montañas sin saber qué hacer. Pero cierto Calpurnio, de sobrenombre [3] Lanario, asesinó a Livio y cuando los soldados abandonaron las cimas del Pirineo, Annio las franqueó y atacaba con una gran fuerza, arrollando a los que se oponían. Sertorio, al no [4] ser capaz de combatirlo, huyó a la Nueva Cartago con tres mil hombres, y desde allí subió a las naves y, tras atravesar el mar, [5] atracó en Libia, en Mauritania. Pero los bárbaros atacaron a los soldados que se proveían de agua sin protección, perdió a muchos y de nuevo navegó a Iberia; y fue rechazado de ella, pero como se aliaron con él los piratas cilicios, se dirigió contra la isla Pitiusa²⁵ y se fue de allí después de hacer daño a [6] la guarnición de Annio. No mucho después Annio se presentó con muchas naves y cinco mil infantes, y contra él Sertorio intentó sostener un combate naval, aunque disponía de barcos ligeros contruidos para la velocidad, no para la batalla; pero, al levantarse un fuerte viento de poniente y lanzar la mayoría de los barcos de Sertorio por su poco peso de costado contra [7] los arrecifes, él mismo con unas pocas naves, rechazado del mar por la tormenta y de la tierra por los enemigos; resistió a duras penas al ser sacudido durante diez días por las olas contrarias y el agitado movimiento del mar.

[8] Cuando el viento amainó, fue llevado a unas islas diseminadas y sin agua en las que pasó la noche²⁶; y de allí se hizo de nuevo a la mar, atravesó el estrecho de Gades y llegó por la derecha a la costa exterior de Iberia, un poco más arriba de la desembocadura del Betis, el cual, al desembocar en el océano Atlántico, dio su nombre a la parte de Iberia que está en torno [2] a él²⁷. Allí se encuentran con él unos marinos que hacía poco habían vuelto navegando desde las islas atlánticas, las dos que están totalmente separadas por un pequeño estrecho, y distan de Libia diez mil estadios²⁸ y se llaman de los Bienaventurados. [3] Al tener lluvias moderadas y poco frecuentes, y la mayoría de las veces vientos suaves y húmedos, no sólo ofrecen una tierra buena y fértil para arar y cultivar, sino que también producen un fruto suficiente por su cantidad y dulzura para alimentar sin esfuerzos ni trabajo a un pueblo ocioso. Un [4] aire sano por la mezcla de estaciones y la moderación de su cambio domina las islas. Porque los vientos del norte y del este que soplan desde aquí, desde tierra, al venir a dar a un inmenso espacio, debido a la distancia, se dispersan y pierden su fuerza, mientras que los marinos, fluyendo a su alrededor, los del sur y del oeste, traen lluvias finas y dispersas desde el mar, y con frecuencia refrescando con aires húmedos se condensan poco a poco; de manera que hasta los bárbaros ha [5] llegado la firme creencia de que allí está la llanura del Elíseo y la morada de los Bienaventurados que Homero cantó²⁹.

Cuando Sertorio oyó esto tuvo un deseo singular de habitar [9] las islas y vivir tranquilo, apartado de la tiranía y de guerras incesantes. Pero al enterarse los cilicios, que en absoluto [2] pretendían paz y tranquilidad sino riqueza y botín, navegaron hacia Libia para reponer en el reino de los mauritanos a Áscalis, hijo de Ifta. Sertorio no se desalentó, sino que decidió [3] ayudar a los que combatían contra Áscalis, para que, al recibir los suyos un nuevo comienzo de esperanzas y base de otras hazañas, no se dispersaran por la necesidad. Ante el contento [4] de los mauritanos, según llegó se puso a la tarea, y tras vencer a Áscalis en una batalla, le sometía a asedio. Pero como Sila [5] envió a Paciano con un ejército para ayudar a Áscalis, Sertorio atacó y mató a

Paciano, atrajo hacia él al ejército al que había vencido y tomó por asalto Tingis³⁰, adonde huyó Áscalís con sus hermanos.

Allí cuentan los libios que yace Anteo³¹; Sertorio abrió su [6] tumba, al no creer a los bárbaros en lo referente a su tamaño. [7] Cuando encontró un cuerpo con una estatura de sesenta codos³², según dicen, quedó atónito, y sacrificando una víctima volvió a cerrar la sepultura, y acrecentó el prestigio y la fama [8] respecto a él. Los tingitanos relatan que cuando murió Anteo, su mujer Tinge se unió con Heracles y que el hijo de ambos, Sófax, reinó en el territorio y dio a la ciudad el nombre de [9] su madre. Y que de Sófax fue hijo Diodoro, al que se sometieron muchos pueblos libios, que tenía un ejército griego [10] de olbios³³ y micénicos establecidos allí por Heracles. Y esto quede dedicado en honor a Juba³⁴, el mejor historiador de entre todos los reyes; pues dicen que los antepasados de aquél [11] eran descendientes de Diodoro y de Sófax. Sertorio se hizo dueño de todo y no fue injusto con los que le suplicaron y se confiaron a él, antes bien, les devolvió los bienes, las ciudades y el gobierno, cuanto tenía por haberlo recibido de los que se lo dieron voluntariamente.

[10] Desde aquí, cuando deliberaba a dónde debía ir, le llamaron los lusitanos que le enviaron embajadores para ofrecerle el mando, al necesitar por su miedo a los romanos a un general que tenía sin duda un enorme prestigio y experiencia; se confiaban sólo a aquél ya que conocían su manera de ser por [2] los que habían tenido tratos con él³⁵. Se cuenta que Sertorio no resultaba fácil de atrapar ni por el placer ni por el miedo, al ser por naturaleza intrépido ante las adversidades y comedido cuando alcanzaba el éxito; y, en el combate de frente, [3] más atrevido que los generales de su época, y un habilísimo experto en cuantas acciones bélicas precisan de sorpresa y ventaja para obtener posiciones fuertes y de rapidez en los pasos de ríos, de engaño y trampas en el momento oportuno. En las recompensas a los hechos valerosos se mostraba generoso, [4] y era moderado en los castigos de las faltas, aunque [5] parece que la actuación de crueldad y violencia que tuvo con los rehenes al final de su vida mostró una naturaleza no pacífica, sino encubierta por cálculo debido

a la necesidad³⁶. A [6] mí me da la impresión de que a una virtud clara y formada en la razón nunca suerte alguna la cambió a lo contrario, aunque no es imposible que intenciones y naturalezas virtuosas al ser maltratadas por grandes e innmerecidos desastres hayan modificado por el destino la manera de ser. Esto es lo que creo que [7] le ocurrió a Sertorio cuando la fortuna ya le abandonaba, que se volvió duro contra los que le agraviaban debido a que sus empresas iban mal.

Por otra parte, al llamarle entonces los lusitanos, partió [11] de Libia³⁷. Y enseguida los organizaba, como general con plenos [2] poderes, y sometía la parte de Iberia que estaba cerca, adhiriéndose la mayoría por propia voluntad, especialmente debido a su afabilidad y actividad, y había cosas que él habilidosamente tramaba para engaño y encantamiento. Y lo [3] primero de todo lo referente a la cierva, que fue lo siguiente: un lusitano, hombre corriente, que vivía en el territorio, se encontró una cierva recién parida que huía de los cazadores; a ella la perdió, pero admirado ante la cría por la novedad del color de su piel (era totalmente blanca), tras perseguirla, [4] la capturó. Por casualidad Sertorio pasaba la noche en estos lugares y como aceptaba gustosamente todo lo que cualquiera viniera a llevarle como regalo de la caza o de los cultivos y correspondía con generosidad a los que tenían esta atención, el [5] hombre le entregó la cervatilla que llevaba. Cuando la recibió sintió una alegría moderada, pero con el tiempo la domesticó y la hizo tan sociable que le atendía cuando la llamaba y le seguía cuando caminaba, y soportaba el ruido y todo el tumulto [6] del ejército; a poco le atribuía un carácter divino y solía decir que la cierva era un regalo de Ártemis, y le atribuía que le revelaba muchas cosas ocultas, porque sabía que los bárbaros [7] son por naturaleza inclinados a la superstición³⁸. Y él también imaginaba cosas como las siguientes: cuando se enteraba en secreto de que los enemigos habían atacado en alguna parte del país que estaba bajo su dominio o movido a defección a una ciudad, fingía que la cierva se lo había dicho en sueños, [8] recomendándole que tuviera sus fuerzas en alerta. Y, por el contrario, cuando se había enterado de alguna victoria de sus propios generales, escondía al mensajero, y hacía avanzar a la cierva con una

corona en señal de buenas noticias, animando a regocijarse y a hacer sacrificios a los dioses porque iban a saber algo bueno.

[12] Tras hacerlos así manejables, los utilizaba más moderados para todo, convencidos de que eran conducidos no por los planes de un extranjero, sino por un dios, al mismo tiempo que los sucesos testimoniaban a su favor por incrementar su [2] fuerza de manera extraordinaria. Porque lanzándose con dos mil seiscientos, a los que llamaba romanos, unidos con setecientos libios que pasaron con él a Lusitania, con cuatro mil infantes ligeros lusitanos y setecientos jinetes, hacía la guerra contra cuatro generales romanos³⁹, bajo cuyas órdenes había ciento veinte mil infantes, seis mil jinetes, dos mil arqueros y honderos y ciudades incontables por su número, mientras que él, al principio, había ganado veinte en total. Pero aunque [3] empezó tan débil e insignificante, no solo se hizo dueño de grandes pueblos y conquistó muchas ciudades, sino que también venció en combate naval en el estrecho de Melaria⁴⁰ a Cota, uno de los generales que le hicieron frente, y puso en [4] fuga a Fufidio, gobernador de la Bética, junto al río Betis, tras matar a dos mil romanos; a Domicio Calvino, que era procónsul de la otra parte de Iberia, le venció su cuestor⁴¹, a Torión, otro general de los enviados por Metelo, le aniquiló junto con su ejército, y al propio Metelo⁴², un hombre entonces [5] de los más grandes y más ilustres romanos, tras acosarlo con no pocas derrotas, le puso en tal aprieto que Lucio Manlio vino a socorrerlo desde la Galia Narbonense y Pompeyo el Grande fue enviado a toda prisa desde Roma con un ejército. Porque Metelo no tenía cosa que pudiera utilizar para guerrear [6] con un hombre audaz que evitaba todo combate abierto y que cambiaba toda la disposición táctica por la agilidad y ligereza del ejército ibérico; él, en cambio, estaba entrenado en combates tradicionales de infantería pesada, y era general de una falange lenta y firme, perfectamente ejercitada para rechazar a enemigos que llegaran a las manos y destruirlos, pero que no podía subir a los montes ni adaptarse a persecuciones y huidas incesantes de hombres rápidos como el viento, ni soportar sed y hambre sin fuego y sin acampar, como aquéllos.

[13] Además, Metelo era ya viejo y dedicado por entonces a un tipo de vida relajado y muelle tras muchos y grandes combates, y se enfrentaba con un Sertorio lleno de espíritu vigoroso y que tenía maravillosamente preparado su cuerpo en fuerza, [2] rapidez y austeridad⁴³. Porque no se embriagaba cuando descansaba, y estaba acostumbrado a grandes esfuerzos, largas caminatas y constantes vigiliass, bastándole vivir con alimentos escasos y ligeros; al practicar siempre la marcha y la caza cuando tenía tiempo libre, había adquirido de antemano la experiencia de los lugares accesibles e inaccesibles para una [3] evasión completa si huía y para un cerco si perseguía. Por eso a Metelo, impedido del combate, le tocaba sufrir cuanto les ocurre a los vencidos, pero Sertorio, al huir, tenía lo de los [4] perseguidores. Pues impedía los aprovisionamientos de agua y estorbaba la búsqueda de víveres, le obstaculizaba cuando marchaba, le hacía moverse cuando estaba acampado, y, cuando sitiaba a otros, apareciendo de improviso le sitiaba a su vez [5] con la carencia de lo necesario, de manera que los soldados desfallecían y, cuando invitó Sertorio a Metelo a un combate singular, gritaban y animaban a que combatiera general con general, romano con romano, y, al rehusar Metelo, se burlaban. [6] Él, en cambio, se reía de ellos y hacía bien, porque, como dijo Teofrasto, un general debe morir de la muerte de un general, no de la de cualquier peltasta⁴⁴.

[7] Al ver Metelo que los lacóbriges⁴⁵ ayudaban no poco a Sertorio y que eran fáciles de rendir por sed (pues sólo tenían un pozo en la ciudad y el que los sitiara podía apoderarse de los manantiales que había en los suburbios y junto a las murallas), llegaba contra la ciudad como para conquistarla en dos días, al no haber agua. Por eso había ordenado a los soldados que llevaran sólo víveres para cinco días. Pero Sertorio corrió [8] en ayuda rápidamente y ordenó llenar dos mil odres con agua, tras pagar por cada odre mucho dinero. Al tomar a su cargo la [9] tarea muchos iberos y muchos mauritanos, eligió a hombres a la vez vigorosos y veloces, los envió a través de la montaña y les mandó que, cuando entregaran los odres a los de la ciudad, sacaran fuera en secreto a la población inútil, para que la bebida bastara a los

defensores. Al ser descubierto esto por Metelo, [10] se disgustaba porque sus hombres habían consumido ya las provisiones, y envió a la búsqueda de víveres a Aquino con seis mil hombres. Enterado Sertorio, cuando marchaba tendió [11] una emboscada a Aquino y le lanzó tres mil hombres desde un barranco sombrío, mientras que él, atacando de frente, le hacía dar la vuelta, y a unos mataba y a otros atrapaba vivos. [12] Metelo, tras recibir a Aquino, que había perdido armas y caballo, se retiraba de mala manera, siendo objeto de muchas burlas por parte de los iberos.

Admirado por estos hechos Sertorio gozaba de estimación [14] entre los bárbaros, y porque al suprimir lo furioso y salvaje de su fuerza con armamentos, formaciones y consignas romanas, hacía un contingente militar en lugar de una gran banda de ladrones. Además adornaba los cascos utilizando sin reparar [2] en gastos plata y oro y decoraba sus escudos, les enseñaba a usar capas y túnicas bordadas y los atraía al costear estas cosas y compartir con ellos su amor por lo bello. Pero lo que más les [3] ganó fue lo de los hijos. Porque a los más nobles de entre los pueblos reunió en Osca⁴⁶, ciudad importante, puso maestros de enseñanzas griegas y romanas, y, de hecho, los usó como rehenes, pero de palabra los educaba para hacerlos partícipes, [4] cuando fueran hombres, del gobierno y del poder. Y los padres disfrutaban extraordinariamente al ver a sus hijos con togas orladas de púrpura ir y venir a las escuelas con mucho orden, y a Sertorio pagando sueldos por ellos, haciéndoles pruebas con frecuencia, distribuyendo recompensas a los merecedores de ellas y regalando collares de oro, los que los romanos llaman [5] *bulas*⁴⁷. Es una costumbre ibérica que los que forman alrededor de un jefe mueran con él si cae, y los bárbaros de allí la llaman consagración⁴⁸; a los demás jefes les acompañaban unos pocos escuderos y amigos, pero a Sertorio muchas decenas [6] de miles de hombres que se habían consagrado a ello. Y se cuenta que producida una derrota ante una ciudad y al atacar los enemigos, los iberos despreocupándose de ellos mismos salvaban a Sertorio, y alzándolo en los hombros de unos a otros lo levantaron hasta las murallas, y cuando el jefe estuvo a salvo, entonces cada uno de ellos se dió a la fuga.

[15] Sertorio era amado no sólo por los iberos, sino también [2] por los que desde Italia venían en expedición militar. Por ejemplo, cuando Perpenna Veyento⁴⁹, del mismo partido que Sertorio, llegó a Iberia con mucho dinero y un gran ejército, y decidido a combatir contra Metelo por su cuenta, los soldados se irritaban, y era mucho lo que se hablaba de Sertorio en el campamento, molestando a Perpenna, cegado de soberbia por su noble linaje y su riqueza. Pero cuando se anunció que [3] Pompeyo estaba atravesando el Pirineo, los soldados, después de tomar las armas y coger precipitadamente las enseñas de las formaciones, injuriaron a gritos a Perpenna, pidiendo que los llevara a Sertorio; porque si no, amenazaban con abandonarlo [4] y marchar ellos junto a un hombre capaz de salvarse y de salvarlos. Perpenna aceptó y los condujo y se unió a Sertorio, [5] con cincuenta y tres cohortes.

Y Sertorio, cuando se le adherían a la vez todos los que [16] habitan de este lado del río Ebro, tenía un ejército numeroso; pues acudían siempre más y más y se reunían con él desde todas partes. Pero, inquieto por la indisciplina y osadía de [2] los bárbaros, que pedían a gritos atacar a los enemigos y no podían soportar el retraso, intentaba apaciguarlos con palabras. Sin embargo, como veía que estaban irritados y que se [3] mostraban intempestivamente violentos, cedió y permitió que llegaran a las manos con los enemigos en circunstancias en las que al no ser derrotados por completo, pero sí tras recibir una paliza, esperaba que los tendría más dóciles en adelante. Las cosas ocurrieron como calculaba, fue en su ayuda, recuperó [4] a los que huían y los condujo con seguridad al campamento. Pero con la intención de quitarles el desánimo, unos [5] pocos días después reunió una asamblea general e introdujo dos caballos, uno muy débil y ya viejo, el otro muy grande y fuerte, que además tenía una cola maravillosa por el espesor y hermosura de las crines. Al lado del débil estaba situado un [6] hombre grande y robusto, y al del fuerte otro pequeño y de aspecto despreciable. Después de dárseles la señal, el fuerte con [7] ambas manos tiró con violencia de la cola del caballo hacia él como para arrancarla, pero el débil arrancaba una por una las [8] crines

del fuerte. Cuando el primero desistió tras haber causado no pocas dificultades en vano a él mismo y mucha risa a los espectadores, y el otro mostró la cola pelada de crines en [9] corto tiempo y sin esfuerzo alguno, Sertorio se levantó y dijo: «Veis, aliados, que la paciencia es más eficaz que la violencia y que muchas cosas difíciles de vencer en conjunto ceden [10] poco a poco. Porque es invencible la perseverancia, con la cual el tiempo, al avanzar, toma y somete toda fuerza, y es un aliado propicio a los que aceptan con cálculo su oportunidad, pero muy hostil a los que se apresuran intempestivamente»⁵⁰. [11] Urdiendo parecidos entretenimientos cada vez, Sertorio enseñaba a los bárbaros la oportunidad.

[17] Pero no fue menos admirada que ninguna de sus hazañas [2] militares la de los llamados caracitanos⁵¹. Son un pueblo más allá del río Tagonio⁵², que no viven en ciudades ni aldeas, sino que hay una colina muy grande y alta que contiene cuevas y [3] cavidades de rocas, orientadas hacia el norte. Todo el terreno que sirve de base es barro arcilloso, y la tierra por falta de consistencia se torna frágil, y no se ofrece firme a los que la pisan, y si la tocan un poco, como cal viva o ceniza, se desmorona en [4] un gran trecho. Por tanto los bárbaros, siempre que por miedo a la guerra se ocultaban en las cuevas y llevaban dentro el botín, estaban tranquilos, al ser inexpugnables por la fuerza, y a Sertorio, entonces alejado de Metelo y acampado junto a la colina, lo despreciaban como si estuviera vencido; aquél, bien por cólera, bien porque no quisiera dar la impresión de huir, al rayar el día avanzó a caballo y examinaba con detenimiento el terreno. Como desde ningún sitio ofrecía medio de acercarse, [5] al ir de un lado al otro inútilmente profiriendo vacías amenazas, ve que de aquella tierra un gran remolino de polvo es llevado por el viento arriba hacia ellos. Porque, como dije, [6] las cuevas estaban orientadas al norte, y el viento que sopla desde la Osa, al que algunos llaman Cecias⁵³, es el más dominante y el mayor de los vientos de allí, al haberse originado desde húmedas llanuras y montes cubiertos de nieve, y al ser [7] entonces pleno verano, reforzado y alimentado por el deshielo de las montañas expuestas al norte, soplaba de manera muy agradable y mantenía frescos durante el día a ellos y a los

animales. Reflexionando sobre ello Sertorio y escuchando a las [8] gentes del país, ordenó a los soldados que arrancasen aquella tierra fina y cenicienta, y llevándola frente a la colina hiciesen un montón, del que los bárbaros se burlaban, al suponer que era la construcción de un terraplén contra ellos. Entonces, [9] cuando los soldados trabajaron hasta la noche, los retiró; con el amanecer, al principio soplabla una brisa tenue que revolvía lo más liviano de la tierra amontonada que se esparcía como el rocío, luego, al desencadenarse el impetuoso Cecias hacia [10] el sol y llenarse de polvo las colinas, los soldados subiéndose al montículo lo derribaban hasta el fondo y rompían el barro, y algunos incluso hicieron pasar a sus caballos arriba y abajo, levantando una polvareda y entregando lo que estaba en el aire al viento. Éste, levantando todo lo pulverizado y moviéndolo [11] hacia arriba, lo lanzaba hacia las viviendas de los bárbaros contra las puertas que reciben el Cecias. Y ellos, como sus [12] cuevas tenían sólo aquel respiradero por el que se lanzaba el viento, pronto eran cegados sus ojos, y pronto sufrían un jadeo ahogado, al aspirar un aire áspero y revuelto con mucho polvo. [13] Por eso resistieron apenas dos días, y al tercero se rindieron, entregándose a Sertorio no tanto por su fuerza como por su prestigio, ya que había conseguido con sabiduría lo que era inexpugnable por las armas.

[18] Mientras guerreaba contra Metelo, parecía que la mayoría de las veces tenía éxito por la vejez y la torpeza natural de Metelo, incapaz de resistir frente a un hombre audaz y que [2] mandaba más una tropa de bandoleros que una regular⁵⁴. Pero cuando plantó su campamento frente a Pompeyo, que había atravesado el Pirineo⁵⁵, dando unas veces y recibiendo otras toda prueba de estratagemas militares, fue superior en realizar acciones ofensivas y defensivas, y se propagó totalmente hasta Roma que era el más hábil en manejar la guerra de los generales [3] de entonces. Porque no era cosa pequeña el renombre de Pompeyo, sino que en aquel momento brillaba muchísimo en prestigio por sus virtudes guerreras junto a Sila, debido a las cuales fue denominado por él Magno, esto es, Grande, y obtuvo [4] los honores del triunfo aún imberbe⁵⁶. De ahí que muchas de las ciudades en poder de

Sertorio, al dirigir la mirada hacia él, tuvieran deseo de cambio, pero luego desistieron, al producirse [5] la derrota de Lauro⁵⁷ en contra de todo lo esperado. Pues cuando Sertorio los asediaba llegó Pompeyo para ayudarlos con todo su ejército; luego, el primero se adelantó a ocupar una colina que parecía bien situada naturalmente contra la ciudad, y el otro se daba prisa para impedirlo. Como Sertorio [6] llegó antes, tras detener al ejército Pompeyo se alegraba por su buena suerte, al creer que Sertorio quedaría atrapado en medio de la ciudad y de su ejército; y envió recado a los [7] lauronenses animándoles a que tuvieran confianza y a que se sentaran en las murallas para contemplar a Sertorio sitiado. Y [8] cuando aquél lo escuchó, se rió y dijo que al discípulo de Sila (pues así llamaba a Pompeyo burlándose) personalmente le enseñaría que un general debe mirar a su espalda más que al frente. Al tiempo que decía esto, mostraba a los sitiados seis [9] mil hoplitas dejados atrás por él en su anterior empalizada, desde donde había partido para ocupar la colina, con la intención de que atacaran por la espalda a Pompeyo cuando se moviera contra ellos. Esto lo comprendió Pompeyo muy tarde, [10] y en parte no se atrevía a atacar temiendo el cerco, en parte sentía vergüenza de abandonar a unos hombres en peligro, y, estando allí e inactivo, se veía obligado a verlos perdidos; pues los bárbaros se desesperaron y se rindieron a Sertorio. Él perdonó sus vidas y dejó ir a todos, pero quemó la ciudad, [11] no por cólera ni crueldad, pues parece que este hombre era, de los generales, el que menos se dejaba dominar por la pasión, sino para vergüenza y confusión de los que admiraban a Pompeyo, y para que entre los bárbaros hubiera noticia de cómo aún estando muy cerca y casi calentándose con el fuego de los aliados no les socorría.

Ciertamente a Sertorio le sucedieron muchas derrotas, [19] pero siempre manteniéndose invencible él y los suyos, y sufriendolas en otros generales; pero por cómo enmendaba sus [2] derrotas era más admirado que los victoriosos generales enemigos, como en la batalla de Sucro⁵⁸ contra Pompeyo, y, de nuevo, en la de Sagunto, contra éste y a la vez contra Metelo. [3] Se cuenta que la batalla de Sucro tuvo lugar porque Pompeyo [4] se apresuró para que Metelo no

participase de la victoria. Sertorio, por su parte, quería luchar con Pompeyo antes de que llegase Metelo, y, tras avanzar, atacó ya por la tarde, creyendo que para los enemigos, que eran extraños y desconocedores de los lugares, la oscuridad sería un obstáculo tanto para huir [5] como para perseguir. Cuando el combate llegó a las manos, él se encontró no frente a Pompeyo, sino situado al principio frente a Afranio que tenía el ala izquierda, mientras él [6] estaba formado en su ala derecha. Cuando se enteró de que los enfrentados a Pompeyo, al atacar éste, retrocedían y eran vencidos, confió el ala derecha a otros generales y corría él [7] mismo a defender aquella ala vencida. Y reuniendo y reanimando tanto a los que ya se daban la vuelta como a los que permanecían en la formación, de nuevo cargó contra Pompeyo que continuaba la persecución y le causó una gran derrota, [8] puesto que Pompeyo estuvo cerca de morir y, herido, escapó inesperadamente⁵⁹. Porque los libios que estaban con Sertorio, como se apoderaron del caballo de Pompeyo, adornado con oro y lleno de lujosos arneses, en lo que se lo repartían y discutían [9] entre ellos, abandonaron la persecución. Afranio, tras poner en fuga a los que se le opusieron al mismo tiempo que Sertorio marchó para ayudar al otro lado, los rechazó hacia el campamento; y cayendo sobre él lo saqueaba cuando ya estaba oscuro, sin conocer la derrota de Pompeyo ni ser capaz [10] de apartar a los soldados del pillaje. En ese momento Sertorio regresó, victorioso de su parte; y al caer sobre los soldados de [11] Afranio, dispersos por el desorden, mató a muchos. Por la mañana, armado de nuevo, descendió al combate, pero luego, al saber que Metelo estaba cerca, rompiendo la formación levantaba el campo diciendo: «Yo a este muchacho, si no estuviera cerca aquella vieja, lo habría enviado a Roma tras propinarle unos azotes⁶⁰».

Estaba terriblemente desanimado porque aquella cierva [20] no aparecía por parte alguna; pues quedaba privado de un artificio extraordinario frente a los bárbaros, que entonces estaban muy necesitados de consuelo. Después, unos que [2] simplemente caminaban por la noche la encuentran, y reconociéndola por el color de la piel, la capturan. Al enterarse [3] Sertorio se puso de acuerdo con aquéllos para darles

mucho dinero, si no se lo contaban a nadie, y él escondió a la cierva y después de dejar pasar pocos días se presentaba en la tribuna con un aspecto muy alegre, contando a los jefes iberos que la divinidad le había revelado una cosa muy buena durante el sueño; a continuación se subió a la tribuna y gestionaba asuntos con los que se dirigían a él. La cierva, soltada cerca [4] por los que la guardaban, al ver a Sertorio, corría muy alegre a la carrera hacia la tribuna, y poniéndose a su lado apoyó la cabeza en sus rodillas y tocaba con su hocico su mano derecha, acostumbrada antes a hacer eso. Como Sertorio respondía [5] convincentemente con muestras de cariño e incluso derramó alguna lágrima, un estupor se apoderó de los presentes al principio, y luego, una vez que con aplauso y gritería acompañaron a Sertorio a su casa, como a un hombre maravilloso y grato a los dioses, estaban en gran contento y con buenas esperanzas⁶¹.

En las llanuras de Sagunto después de haber reducido a [21] los enemigos a las más extremas carencias, se vio obligado a atacarlos cuando bajaban en busca de pillaje y de aprovisionamiento. [2] Se luchó brillantemente por ambas partes. Memnio⁶², el más capaz de los generales bajo el mando de Pompeyo, cayó en lo más duro del combate, mientras que Sertorio vencía y con gran matanza de los que aún resistían chocaba contra el propio Metelo. Éste resistió por encima de su edad y, mientras peleaba de manera extraordinaria, fue herido por una lanza. [3] A los romanos, tras ver esto unos, y oírlo otros, les invadió la vergüenza de dejar abandonado a su jefe, y, al tiempo, surgió en ellos cólera contra los enemigos. Poniendo por delante los [4] escudos y sacándole con decisión, rechazaban a los iberos. Y así, vuelta atrás la victoria, Sertorio maquinando unas retiradas sin temor para aquéllos y tramando que otro ejército se le reuniera con seguridades, escapó a una ciudad montañosa y sólida⁶³, afirmaba sus murallas y fortificaba las puertas, trazando todo, más que para aguantar un asedio, para engañar a [5] los enemigos. Porque al asediarlo y pensar que tomarían sin dificultad el lugar, permitían que los bárbaros huyesen y se despreocuparon del ejército que de nuevo se estaba reuniendo [6] para Sertorio. Y se iba reuniendo porque envió oficiales a sus ciudades y mandaba

que, cuando ya fueran muchos, le remitieran [7] un mensajero. Después que lo enviaron, sin esfuerzo alguno se abrió paso entre los enemigos y se juntó con los suyos; y otra vez reforzado, atacaba, les cortaba el abastecimiento desde tierra con emboscadas y cercos, lanzándose rápido en un ir y venir desde todas partes, y desde el mar dominaba la [8] costa con los barcos piratas; de forma que los generales se vieron obligados a separarse, uno marchó a la Galia, y Pompeyo pasó el invierno entre los vacceos⁶⁴, miserablemente por falta de dinero, escribiendo al senado que licenciara al ejército si no le enviaban dinero; porque ya se había gastado el suyo combatiendo en defensa de Italia⁶⁵. Y en Roma era grande el [9] rumor de que Sertorio llegaría a Italia antes que Pompeyo; a este extremo llevó la destreza de Sertorio a los primeros y más capaces generales de entonces.

Metelo dio a entender que tenía terror a Sertorio y que lo [22] consideraba importante. Porque anunció por heraldo que si algún romano lo quitaba de en medio, le daría cien talentos de plata y veinte mil fanegas de tierra; y si un desterrado, el regreso a Roma, como si por desesperación de una defensa abierta comprase al hombre a través de una traición. Incluso [2] en cierta ocasión en la que venció a Sertorio en una batalla se exaltó y amó su buena suerte tanto que se hizo proclamar *imperator*⁶⁶, y las ciudades que visitaba lo acogían con sacrificios y altares. Y se cuenta que aceptaba imposiciones de [3] coronas y acogidas de banquetes grandiosos en los que bebía con vestidura triunfal, y unas Victorias construidas mediante mecanismos de poleas, llevando trofeos áureos y coronas, descendían, y coros de niños y mujeres cantaban en su honor himnos triunfales⁶⁷. Por estas cosas, como es lógico, era objeto [4] de burla, si mientras trataba a Sertorio de fugitivo de Sila y residuo de la huida de Carbón⁶⁸, tan engreído estaba de falso orgullo y tan alegre se mostraba por haberle vencido cuando se retiraba.

[5] En cambio, (fue propio) de la magnanimidad de Sertorio, en primer lugar el que proclamase Senado a los senadores que huían de Roma y vivían con él, el que designase de entre ellos a los cuestores y pretores y que todo lo organizase de manera [6] similar a las leyes de su patria⁶⁹.

Además, que, aun utilizando armas, dinero y ciudades de los iberos, ni siquiera de palabra les cediera el poder supremo, al imponer a romanos como sus generales y magistrados, con la intención de recobrar la libertad para los romanos, no de acrecentar el poder de aquéllos [7] contra los romanos. Porque era un hombre amante de su patria y que tenía mucho deseo de regresar; pero cuando sufría reveses hacía de ello virtud y no hacía baja alguna a los enemigos, y en las victorias enviaba a decir a Metelo y a Pompeyo que estaba dispuesto a deponer las armas y a vivir [8] como un particular si obtenía el regreso; pues prefería ser el ciudadano más desconocido en Roma que, como desterrado, ser proclamado soberano con plenos poderes sobre todos los [9] demás juntos. Y se dice que deseaba su patria no menos a causa de su madre, criado huérfano por ella y dedicado por [10] completo a aquélla. En el momento en el que sus amigos de Iberia le designaban para el mando, supo la muerte de su madre [11] y faltó poco para que perdiera la vida por la pena. Pues durante siete días yacía abatido sin dar consigna ni dejarse ver por ningún amigo, y con dificultad sus compañeros en el mando del ejército y sus iguales en dignidad, rodeando su tienda, le obligaron a que saliera a encontrarse con los soldados y a que se ocupara de los asuntos que iban bien. Por eso también [12] a muchos les pareció un hombre que, nacido pacífico por naturaleza y bastante dispuesto a una vida tranquila, utilizaba fuerzas militares en contra de su manera de pensar, y que, al no alcanzar seguridad, sino forzado por sus enemigos a las armas, se rodeaba de la guerra como una guardia necesaria de su persona.

Propia también de su magnanimidad fue su política respecto [23] a Mitrídates⁷⁰. Pues cuando, tras la derrota contra Sila, [2] Mitrídates, levantándose como para un segundo combate, de nuevo invadió Asia⁷¹, la gloria ya grande de Sertorio iba y venía por todas partes y los que navegaban desde occidente habían llenado el Ponto de relatos sobre él, como de mercancías extranjeras; Mitrídates decidió enviarle embajadores, [3] muy exaltado por las fanfarronadas de los aduladores, que, al comparar a Sertorio con Aníbal y a Mitrídates con Pirro, afirmaban que los romanos, atacados por los dos lados, no resistirían contra semejantes naturalezas y

fuerzas conjuntas, la del general más capaz aliado al más grande de los reyes. Envío entonces Mitrídates embajadores⁷² a Iberia llevando [4] cartas y propuestas verbales a Sertorio, en las cuales ofrecía suministrar dinero y naves para la guerra, pero solicitaba que le fuera garantizada por aquél toda el Asia que cedió a los romanos [5] según los tratados concertados con Sila. Sertorio reunió la asamblea, a la que llamaba Senado, y cuando los demás le animaban a aceptar las propuestas y a contentarse (pues se les pedía un nombre y un documento vacío sobre asuntos que no estaban en sus manos, y, a cambio de ellos, recibir aquello de [6] lo que se encontraban muy necesitados), Sertorio no quedó satisfecho; dijo que no vería con malos ojos que Mitrídates se apoderase de Bitinia y Capadocia, pueblos gobernados por reyes y que no pertenecían a los romanos, pero que en cuanto a la provincia que los romanos habían adquirido de la manera más justa⁷³, que Mitrídates arrebató y ocupó, que perdió peleando a manos de Fimbria⁷⁴, y que abandonó al pactar con Sila, ésa, dijo, no permitiría que volviera a estar de nuevo bajo [7] su poder; porque era preciso que engrandeciera a la ciudad por sus victorias, pero no fortaleciera con la disminución de lo de aquélla; pues para un hombre noble es preferible vencer con el bien y no salvarse deshonorosamente⁷⁵.

[24] Al darse a conocer estas noticias, Mitrídates se quedaba [2] estupefacto; y se cuenta que dijo a sus amigos. «¿Qué ordenará pues Sertorio cuando esté establecido en el Palatino⁷⁶, si ahora, rechazado al mar Atlántico, pone límites a nuestro reino y amenaza con la guerra si nos apoderamos de Asia?». No obstante se hicieron tratados y juramentos de que Mitrídates [3] tendría Capadocia y Bitinia, que Sertorio le enviaría un general y soldados, y que Sertorio recibiría de Mitrídates tres mil talentos y cuarenta naves. Y fue enviado por Sertorio [4] como general a Asia uno de los senadores refugiados junto a él, Marco Mario, con el cual tomó Mitrídates algunas ciudades asiáticas y al que él mismo seguía cuando entraba con fasces y hachas, asumiendo voluntariamente un segundo puesto y la actitud de un servidor. Mario liberaba a unas y escribiendo [5] a otras anunciaba la exención de impuestos como favor de Sertorio, de manera que

Asia, irritada de nuevo por los recaudadores, agobiada por las codicias y arrogancias de las fuerzas de ocupación, recibía nuevas alas hacia la esperanza y deseaba el aguardado cambio de gobierno.

En Iberia, tan pronto como recuperaron la esperanza frente [25] al enemigo, desaparecido el miedo, se apoderaba de los senadores y colegas de Sertorio una envidia y celo insensato del poder de aquél. Era el promotor Perpenna, que estaba [2] ensoberbecido por la nobleza de su nacimiento con un vano orgullo hacia el mando, y divulgaba en secreto palabras perversas a sus allegados. «¿Qué malvada divinidad después de [3] apoderarse de nosotros nos lleva de mal en peor? ¿Nosotros que, cuando Sila era al mismo tiempo dueño de la tierra entera y del mar, no nos resignamos a hacer lo que mandaba quedándonos en casa, y estando consumidos aquí para vivir como hombres libres, nos esclavizamos voluntariamente como satélites del destierro de Sertorio, miembros de un Senado cuyo nombre es objeto de burla por los que lo oyen, soportando insolencias, órdenes y trabajos no inferiores a los de los iberos y lusitanos?». Llenándose de razonamientos semejantes la [4] mayoría no se rebelaba abiertamente, temerosos de su poder, pero, en secreto, perjudicaban las empresas y trataban mal a los bárbaros, castigándoles con crueldad e imponiéndoles [5] tributos como si lo mandara Sertorio. A partir de esto se producían defecciones y revueltas en las ciudades. Y los enviados a calmar eso y a apaciguarlo, volvían después de producir [6] más guerras e incrementar las rebeliones existentes, de manera que Sertorio, cambiando su anterior moderación y mansedumbre, cometió un ultraje con los niños iberos que se educaban en Osca, matando a unos y vendiendo como esclavos a otros.

[26] Y Perpenna, que tenía muchos conjurados para su golpe de mano, se atrae también a Manlio, uno de los que estaban al [2] frente del ejército⁷⁷. Éste estaba enamorado de un muchacho joven, y para darle pruebas de su afecto, le cuenta la conspiración, animándole a dejar a sus otros amantes y dedicarse [3] sólo a él, ya que en pocos días sería importante. Pero el muchacho, que sentía más afecto por

Aufidio, otro de sus amantes, le cuenta la historia. Y Aufidio, cuando lo oye, se queda asombrado; porque él también tomaba parte en la conjuración [4] contra Sertorio, pero desconocía que Manlio participaba. Al nombrar el muchacho a Perpenna, a Grecino y a algunos otros, que él sabía que eran de los conjurados, confundido ante aquel relato, le quitaba importancia y aconsejaba que desdénase a Manlio como vano y fanfarrón; pero él fue junto a Perpenna y tras relatarle la urgencia del momento y el peligro, aconsejó [5] actuar. Ellos se mostraban de acuerdo y disponiendo un hombre que llevara una carta a Sertorio lo despacharon. La carta revelaba la victoria de uno de sus generales y una gran [6] matanza de enemigos. Ante esto Sertorio se mostraba muy alegre y hacía sacrificios por las buenas noticias, y Perpenna le invitaba a un banquete a él y a los amigos presentes (que eran de la conjuración), y tras insistir mucho, lo convenció para que fuera.

Los banquetes con Sertorio tenían siempre mucho decoro [7] y orden, porque no soportaba ver ni oír algo inconveniente, sino que acostumbraba a los asistentes a hacer uso de amabilidad y de diversiones moderadas y no ofensivas. Pero en [8] aquella ocasión, en medio de la bebida, buscando el comienzo de una pelea, abiertamente utilizaban palabras groseras, y fingiendo beber mucho se mostraban insolentes para irritarle. Y [9] él, bien al no soportar el desorden, bien porque comprendiera la intención de ellos en la osadía de la charla y en el menosprecio en contra de lo acostumbrado, cambió la posición del lecho, poniéndose de espaldas, como para ni prestar atención ni escuchar. Entonces Perpenna, tras coger una copa de vino [10] puro, mientras bebía, la dejó caer de sus manos e hizo ruido, lo que era para ellos la señal, y Antonio, que estaba echado en un lecho superior, hirió a Sertorio con la espada. Cuando aquél [11] se dio la vuelta ante el golpe e intentó incorporarse, cayendo sobre su pecho le sujetó ambas manos, de manera que murió sin poder defenderse de los muchos que lo herían⁷⁸.

La mayoría de los iberos se fueron enseguida y, tras enviar [27] embajadores, se entregaron a Pompeyo y Metelo; con los que se quedaron, Perpenna, tomándolos a su cargo, intentaba

lograr algo. Pero al utilizar los preparativos de Sertorio de la [2] forma más torpe posible y dejar claro que no estaba hecho ni para mandar ni para obedecer, se lanzó contra Pompeyo⁷⁹; derrotado pronto por él y hecho prisionero, ni siquiera soportó [3] como un jefe la última desgracia, sino que, al ser poseedor de unos documentos de Sertorio, prometía a Pompeyo mostrarle cartas autógrafas de cónsules y de hombres del mayor poder en Roma, invitando a Sertorio a Italia, como si tuvieran el mayor deseo de remover la situación presente y cambiar el sistema [4] de gobierno. Entonces Pompeyo realizando una acción no propia de una mente juvenil,⁸⁰ sino de una muy segura y [5] formada, libró a Roma de grandes miedos y revueltas. Porque, tras amontonar aquellas cartas y los documentos de Sertorio, quemó todo, sin leerlas ni dejar que otro lo hiciera; al propio Perpenna lo ejecutó de inmediato, temeroso de que si los nombres eran dados a conocer a algunos, se produjeran revueltas [6] y disturbios. De los que se conjuraron con Perpenna, unos fueron llevados a Pompeyo y perecieron, otros que huyeron a [7] Libia fueron muertos a flechazos por los mauritanos. Ninguno escapó a excepción de Aufidio, el rival amoroso de Manlio; éste, bien porque se ocultó o porque se hizo poco caso de él, envejeció en una aldea bárbara, pobre y odiado.

¹ Atis era un dios frigio asociado a Cibeles, la Madre de los dioses (cf. *Numa* 4, 3). Es posible que Plutarco lo confunda con el Adonis sirio, muerto por un jabalí, como el propio Atis según una leyenda lidia (PAUSANIAS, VII 17, 10). En ninguna otra parte hay mención de un Atis arcadio.

² Acteón fue un cazador beocio que sorprendió a Ártemis cuando se bañaba; en castigo, la diosa lo convirtió en ciervo y fue devorado por sus propios perros; hijo de Aristeo y Autónoe, es citado en EURÍPIDES, *Bacantes* 339 ss. y su mito lo cuentan OVIDIO, *Metamorfosis* III 138-252, APOLODORO, *Biblioteca* III 4, 4, y PAUSANIAS, IX 2, 3; según el léxico *Suda* hubo tragedias tituladas con su nombre de autores como Yofón, Cleofón y Frínico. El segundo Acteón, hijo de Meliso, fue un joven corintio de gran belleza que suscitó la pasión de muchos, entre ellos el heraclida Arquias; como Acteón no accedió a las pretensiones de Arquias, éste decidió raptarlo, y al defenderlo Meliso y sus amigos, Acteón resultó despedido durante la pelea.

³ Publio Cornelio Escipión Africano (236-183 a. C.), que venció a Aníbal en Zama el año 202, y Publio Cornelio Escipión Emiliano (185-129 a. C.), hijo de Lucio Emilio Paulo y adoptado por el hijo del Escipión anterior, que destruyó Cartago el año 146.

⁴ Hubo, pues, tres capturas de Troya en las que intervinieron caballos: la primera a cargo de Heracles, cuando el avaro rey troyano Laomedonte no le dio los caballos divinos regalados por Zeus a su abuelo Tros, los que le prometió si libraba a su hija Hesíone de un monstruo marino enviado por Poseidón como castigo porque tampoco le había pagado la construcción de las murallas de Troya, levantadas por el propio Poseidón y por Apolo; la segunda es la que se narra en la *Iliada*; en cuanto a la tercera, la realizó Carimedonte, un mercenario procedente de Oreos, en Eubea, del s. IV a. C.: este Carimedonte se comprometió y consiguió recuperar el Quersoneso para Atenas, lo que le valió la ciudadanía ateniense, y, asimismo, defendió Olinto contra Macedonia; su conducta posterior contra Atenas es analizada pormenorizadamente por DEMÓSTENES en su discurso *Contra Aristócrates*, y su conquista de Troya contada por ENEAS EL TÁCTICO en su *Poliórcética* XXIV 4-14 y POLIENO, *Estratagemas* III 14.

⁵ Los recuerda el nombre de la violeta en griego (*íon*), Esmirna (*smýrna* o *mýrra*) el de la mirra.

⁶ Tanto Filipo V de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, como Sertorio perdieron un ojo en combate: el primero recibió un flechazo cuando sitiaba Metona, y Sertorio (como nos cuenta PLUTARCO más adelante, en 4, 3) peleando contra los marsos. En cuanto a Antígono I, llamado precisamente *Monóftalmo*, «el de un solo ojo» (o, más jocosamente *Cíclope* por sus hombres, lo que ocurría también con Sertorio), no se sabe en qué circunstancias lo perdió. Aníbal, por su parte, al cruzar los pantanos del Arno durante su campaña en Italia contra Roma, padeció una enfermedad ocular, que, mal curada, le causó la misma pérdida que a los otros.

⁷ Sertorio debía pertenecer al orden ecuestre, aunque CICERÓN, al alabar su oratoria sin artificio en *Bruto* 48, 180, dice que era senador («*nostri ordinis*»), con lo que quizá se refería a su posterior ascenso social.

⁸ Se trata de Quinto Servilio Cepión, cónsul el año 106 a. C. y gobernador de la Galia Narbonense el 105. Se negó a cooperar con su sucesor, Gneo Manlio Máximo, y provocó la derrota de Arausio.

⁹ Los cimbrios procedían de Jutlandia y junto con los teutones, cuya lengua germana compartían, y los ambrones, hicieron una incursión hacia el sur a finales del s. II a. C. El 6 de octubre del año 106 a. C. derrotaron al ejército del cónsul Gneo Manlio Máximo y al del procónsul Quinto Servilio Cepión en Arausio (Orange).

¹⁰ En el año 102 a. C.

¹¹ Su nombre actual es Cazlona (Jaén), famosa por sus minas de galena argentífera.

¹² No está claro dónde estaba esta ciudad.

¹³ Esta guerra contra los marsios es llamada también «guerra itálica» o «guerra social», o mejor «guerra de los aliados», que es aquí el valor de la palabra «social». Estalló el año 91 a. C. y el motivo fue que los pueblos itálicos, «socios» de Roma, querían ser tratados con más equidad por la metrópoli. En el año 90 a. C. la ley Julia concedió la ciudadanía a los latinos y aliados, y en el 86 a. C. fueron distribuidos entre las treinta y cinco tribus.

¹⁴ Referencia a diferentes condecoraciones militares romanas, como los *torques*, collares tomados de los galos, las *armillae* o brazaletes, premios ambos

concedidos por hazañas valerosas, la *phalera*, medallón de gran tamaño, la *corona vallaris*, otorgada al soldado que traspasara el primero una empalizada enemiga, etc.

¹⁵ Esta vanagloria de Sertorio aparece también en un fragmento de las *Historias* I 88 de SALUSTIO, transmitido por AULO GELIO en sus *Noches áticas* II 27, 2: «...él en vida mostraba en plena cara estos recuerdos en forma de algunas cicatrices ocasionadas por heridas hechas de frente y de un ojo vaciado».

¹⁶ En el año 88 a. C.

¹⁷ Gneo Octavio, cónsul con Cinna en el año 87 a. C.; partidario de Sila, defendió la legislación de éste ante los ataques de su colega, y fue muerto por los partidarios de Cinna.

¹⁸ Lucio Cornelio Cinna, de origen patricio, se distinguió en la guerra social y fue elegido cónsul, junto con G. Octavio el año 87 a. C.; levantó el exilio de Mario, en contra de la opinión de Octavio, al que terminó asesinando; cónsul con Mario de nuevo, sin elecciones, en el año 86 a. C., tras la muerte de su colega ejerció una dictadura hasta el 84, cuando fue asesinado por sus propios hombres.

¹⁹ Libia es el norte de África, correspondiente a la provincia romana de este nombre.

²⁰ Cf. *Mario* 41, 1-2.

²¹ Según el propio PLUTARCO, en *Mario* 44, 10, la decisión de masacrar a los esclavos fue tomada conjuntamente por Cinna y Sertorio.

²² Mario murió en enero del año 86 a. C. cuando acababa de empezar su séptimo consulado; Cinna fue muerto por sus soldados en el 84 a. C.; en cuanto al hijo de Mario, no tenía la edad legal para aspirar al consulado, aunque lo fue el año 82 con Papirio Carbón como colega.

²³ Estos hombres, cuyos apellidos pone Plutarco en plural, eran, respectivamente, Cayo Papirio Carbón, tribuno de la plebe en el año 89 a. C., cónsul el 82 con el joven Mario, y muerto en el asedio de Volterra el 81, Cayo Norbano, tribuno de la plebe el año 103, pretor el 91, gobernador de Sicilia durante la guerra social del 90 al 89, y cónsul electo el 83, vencido por Sila y Metelo huyó a Rodas donde se suicidó, y, por último, Publio Cornelio Escipión Asiático, colega de Norbano en el consulado del año 83, al que sus tropas abandonaron cuando se enfrentaba a Sila, según se cuenta a continuación, por lo que se exilió a Marsella.

²⁴ Sertorio marchó a Iberia a finales del año 83 a. C. en calidad de propretor.

²⁵ Ibiza.

²⁶ Posiblemente las Columbretes, frente a Castellón de la Plana.

²⁷ El Betis es el actual Guadalquivir, y daba el nombre a la provincia romana de Bética.

²⁸ Unos 1.800 km, distancia que no se corresponde ni con Madeira ni con las Canarias.

²⁹ HOMERO, *Odisea* IV 563-569.

³⁰ Tingis, capital de la Mauritania Tingitana, el actual Tánger.

³¹ El gigante Anteo, hijo de Posidón y Gea (la Tierra), vivía en Libia y obligaba a luchar con él a cuantos viajeros pasaban por allí; los vencía, mataba y adornaba con sus despojos el templo de su padre. Heracles, durante su viaje por Libia en busca de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, luchó con Anteo y lo ahogó, levantándolo en vilo para que no pudiera tocar la tierra, de la que sacaba nuevas fuerzas.

³² Unos veintisiete metros; cf. ESTRABÓN, *Geografía* XVII 829.

³³ Había varias ciudades con el nombre de Olbia, por lo que resulta difícil decidir de cuál se trata.

³⁴ Juba II (56 a. C.-23 d. C.), hijo del rey de Mauritania Juba I, fue capturado cuando era un niño de cinco años por César tras la batalla de Tapso contra los pompeyanos (46 a. C.) y desfiló en su triunfo; en el año 39 a. C. Octavio le nombró rey cliente de Numidia y, más tarde, en el 25, rey de Mauritania. Se casó el año 19 a. C. con Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio y Cleopatra; escribió entre otras obras, todas perdidas, una *Historia romana*.

³⁵ Marco Mario Graditano, sobrino de Cayo Mario, ya había utilizado tropas auxiliares celtíberas en el año 102 a. C.

³⁶ Alusión anticipada a la masacre de Osca, que se trata en 14. 3-4 y 25. 5-6.

³⁷ En el año 80 a. C.

³⁸ Tampoco eran ajenos a ella los propios romanos; el propio PLUTARCO cuenta cosas parecidas sobre la relación entre la ninfa Egeria y el rey romano Numa Pompilio (*Numa* 4, 12) o entre la profetisa Marta y Cayo Mario (*Mario* 17, 2-5). La relación de esta cierva con Sertorio aparece en otros autores como APIANO, *Historia Romana* II, *Guerras civiles* I 110, PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* VIII 117, etc.

³⁹ Estos generales fueron Lucio Aurelio Cota, Lucio Fufidio, Marco Domicio Calvino y Lucio Torión Balbo, de los que se habla a continuación.

⁴⁰ Melaria era una ciudad costera situada cerca de la actual Tarifa.

⁴¹ El cuestor de Sertorio era L. Hirtuleyo.

⁴² Quinto Cecilio Metelo Pío, hijo de Metelo Numídico, cónsul el año 80 con Sila; ya se había distinguido antes en la guerra contra los marsios.

⁴³ Metelo tenía entonces cincuenta años y Sertorio cuarenta y cuatro, por lo que no era tan grande la diferencia de edad entre los dos.

⁴⁴ Este duelo entre generales, que recuerda la costumbre homérica, es criticado por PLUTARCO en algunas otras de sus *Vidas* (*Pelópidas* 2, *Marcelo* 33 y *Sila* 43, 4).

⁴⁵ Los lacóbriges aparecen citados también por PLINIO EL VIEJO, *Hist. Nat.* III 26, como un pueblo vacceo. Hay discrepancias acerca del lugar en el que se encontraba su capital, Lacóbriga. A. FONTÁN, en su traducción de este pasaje, n. 40 (PLINIO, *Hist. Nat.*, libros III-VI, BCG, Madrid 1998), la sitúa cerca de Carrión de los Condes (Palencia), mientras que FLACELIÈRE y CHAMBRY, en las *Notas Complementarias*, pág. 269 de su edición, la ubican en Lagos, al sur de Portugal, cerca del Cabo San Vicente.

⁴⁶ La actual Huesca, cuya fecha de fundación no es seguro que pueda ser anterior al año 76 a. C.

⁴⁷ Vestir la *toga praetexta* así como llevar la *bullae* (adorno en forma de media luna que se colgaba del cuello) era algo propio de los hijos de la nobleza romana.

⁴⁸ Se trata de la célebre *devotio iberica*, la fidelidad hasta la muerte de los clientes hacia su patrón.

⁴⁹ Hijo del cónsul M. Perpenna, que en el año 130 a. C. venció a Aristónico, pretendiente al trono de Pérgamo. Pretor con Mario y gobernador de Sicilia el 82 a. C., fue expulsado de allí por Pompeyo, y luego, durante el consulado de Emilio Lépido, estuvo destinado en Cerdeña, desde donde se embarcó para Iberia el 77 a. C.

⁵⁰ Esta anécdota de los caballos la relatan también VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables* VII 3, 6, FRONTINO, *Estratagemas* I 10, 1; IV 7, 6, y se refiere a ella, resumiéndola como algo muy conocido, PLINIO EL JOVEN, *Cartas* III 9, 11.

⁵¹ Caraca, según las fuentes antiguas, era una ciudad carpetana; su ubicación es discutida, situándola en Córcoles, Sacedón, Taracena, todas ellas localidades de Guadalajara, o en Carabaña y Perales de Tajuña (Madrid).

⁵² El Tajuña, afluente del Tago.

⁵³ El Cecias es mencionado por ARISTÓTELES, *Metereológicos* 363b17, como un viento del nordeste, que conocemos como cierzo.

⁵⁴ Parece que PLUTARCO olvida que en 14, 1 afirmó que Sertorio había hecho un auténtico ejército de lo que era un grupo de bandidos.

⁵⁵ Pompeyo había dejado su provincia de la Galia Narbonense a cargo de Marco Fonteyo para pasar a Iberia en ayuda de Metelo en la primavera del año 76 a. C.

⁵⁶ Pompeyo tenía entonces 26 años (cf. *Pompeyo* 14).

⁵⁷ Una ciudad situada al sur de Sagunto; de nuevo hay diferencias sobre su ubicación; A. SCHULTEN (*Sertorius*, Leipzig, 1926 = *Sertorio*, Barcelona, 1949; págs. 100 y ss. de la edición alemana) la identificó con El Puig (Valencia), pero hay muchos que consideran que se trata de San Miguel de Liria, en la misma provincia.

⁵⁸ El Sucro es el actual río Júcar; la ciudad homónima no debía de estar muy lejos de la desembocadura del río.

⁵⁹ Pompeyo fue herido en una mano, según nos cuenta el propio PLUTARCO en *Pompeyo* 10, 4, pero APIANO, *Historia Romana* II. *Guerras civiles* I 110, dice, en cambio, que fue herido peligrosamente en el muslo por una lanza.

⁶⁰ El muchacho es, desde luego, Pompeyo, y la vieja, Metelo Pío. Cf. *Pompeyo* 18, 1.

⁶¹ Este relato aparece también en APIANO, en el mismo pasaje citado anteriormente.

⁶² Cayo Memnio estaba casado con una hermana de Pompeyo y era su cuestor en Iberia. SCHULTEN (*op. cit.* p. 116) cree que se trata de su hermano Lucio Memnio.

⁶³ Se ha pensado en Clunia, en la provincia de Valladolid, pero SCHULTEN (*op. cit.*, pág. 117) se inclina por Sagunto.

⁶⁴ Los vacceos habitaban extensas zonas de la actual Castilla y León, siendo Palencia una de sus ciudades más importantes.

⁶⁵ Esta carta de Pompeyo al senado aparece recogida en el frag. 98 de las *Historias* II de SALUSTIO. Los cónsules del momento hicieron poco caso, pero los elegidos para el año siguiente, Lucio Lúculo y Marco Cota, quedaron impresionados por ella y consiguieron reunir el dinero que se adeudaba y un ejército suplementario.

⁶⁶ El término griego empleado por Plutarco es *autokrátor*, que, como el latino, será posteriormente un título imperial; en época republicana era un honor que concedían los soldados a un general victorioso, y el senado podía reconocer su derecho a usarlo.

⁶⁷ El relato de estos lujosos banquetes de Metelo está también en el frag. 70 de las *Historias* II de SALUSTIO. La crítica a este comportamiento de Metelo aparece en VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables* IX 1, 5. Respecto a estas Victorias, PLUTARCO en *Sila* 11, 1-2 habla de una Victoria que, llevando una corona, los habitantes de Pérgamo hicieron descender sobre el rey Mitrídates mediante un mecanismo parecido.

⁶⁸ Cneo Papirio Carbón, tribuno de la plebe el 92 a. C., fue colaborador de Cinna y cónsul con él el año 85 a. C.; cónsul de nuevo en el 84 también con Cinna, se quedó solo al ser su colega asesinado por sus tropas. Intentó detener el avance de Sila hacia Campania, y en el 82 volvió a ser cónsul con el hijo de Mario; terminó huyendo de Roma ese mismo año. Vencido por Metelo se refugió en África y, ya proscrito, Pompeyo lo capturó cerca de Sicilia y lo ejecutó.

⁶⁹ Cf. el ya citado pasaje de Apiano.

⁷⁰ Mitrídates VI Éupator Dioniso, conocido como el Grande, que reinó en el Ponto desde el año 120 al 63 a. C., fue un formidable enemigo de Roma, luchando contra Sila, Lúculo y Pompeyo que, al fin, lo venció.

⁷¹ Con el nombre de Asia PLUTARCO se refiere a la provincia romana así llamada; la victoria de Sila sobre Mitrídates se había producido el año 85 a. C. (cf. *Sila* 22) y la nueva invasión de Mitrídates el 76 a. C.

⁷² En la edición de FLACELIÈRE-CHAMBRY, *Notas Complementarias*, pág. 221, se afirma que estos embajadores eran Lucio Magio y Lucio Fanio, a los que el entonces procuestor de Cilicia, Cayo Verres, había vendido una nave robada a los milesios (cf. CICERÓN, *Verrinas* I 34, 87); sin embargo APIANO, *Historia Romana* I. *Sobre Mitrídates* 68, dice que estos individuos fueron enviados por Sertorio una vez que se entablaron negociaciones con Mitrídates, en calidad de consejeros.

⁷³ Se refiere a Pérgamo, dejada en testamento al pueblo romano por su último rey, Átalo III.

⁷⁴ C. Flavio Fimbria, violento partidario de Mario y Cinna, fue enviado el año 86 a. C. a Asia como legado de Valerio Flaco, al que hizo asesinar. Empezó la guerra contra Mitrídates y cuando estaba a punto de capturarlo se lo impidió Lúculo, por órdenes de Sila. El año 85 a. C. fue cercado por Sila y se suicidó.

⁷⁵ La versión de APIANO, *Hist. Rom.* I. *Sobre Mit.* 68, es diferente: «... (Sertorio) pactó con Mitrídates entregarle la provincia de Asia, Bitinia, Paflagonia, Capadocia y Galacia...».

⁷⁶ Anacronismo de Plutarco que está pensando en su propio tiempo, cuando los emperadores residían en el Palatino, porque en la época de Sertorio no había en esa colina ninguna institución de gobierno.

⁷⁷ Según APIANO, *Hist. Rom.* II. *Guerras Civiles* I 113, a Perpenna le acompañaban otros diez conjurados. TITO LIVIO, *Períocas* 96, habla de Perpenna, Manlio Antonio y otros conjurados.

⁷⁸ Sertorio murió en Osca el año 72 a. C.

⁷⁹ Los sucesos posteriores a la muerte de Sertorio aparecen más detallados en APIANO, *Hist. Rom.* II. *Guerras Civiles* I 114.

⁸⁰ Pompeyo tenía entonces 34 años.

ÉUMENES

Éumenes de Cardia¹, cuenta Duris², nació de un padre [1] que, debido a la pobreza, era carretero en Quersoneso, pero fue educado de manera liberal en las letras y en la palestra³; era niño aún cuando Filipo, que iba de paso⁴ y tenía tiempo [2] libre, contempló competiciones de pancracio⁵ de jóvenes de Cardia y luchas de niños, en las cuales al tener éxito Éumenes y mostrarse inteligente y valiente agradó a Filipo y se lo llevó con él. Pero parece más lógico el relato de los que dicen que [3] Éumenes fue promovido por Filipo a causa del vínculo de hospitalidad y amistad que tenía con su padre. Tras la muerte [4] de Filipo, al parecer que no era inferior a ninguno de los de Alejandro ni en inteligencia ni en fidelidad, era nombrado primer secretario⁶ y obtenía el mismo honor que los más amigos [5] y allegados, de manera que, como general, fue enviado a la India con un ejército bajo sus órdenes⁷, y recibió el mando de la caballería de Perdicas, cuando Perdicas, tras morir Hefestión, [6] ocupó su lugar⁸. Por eso también, al decir el jefe de los escuderos Neoptólemo⁹ que, tras la muerte de Alejandro, él seguía al séquito con el escudo y la lanza y Éumenes con el estilete para escribir y la tablilla, se reían los macedonios, sabedores de que Éumenes, además de otros honores, había sido considerado [7] por el rey digno de parentesco mediante matrimonio. En efecto, Barsine, hija de Artabazo, la primera a la que conoció Alejandro en Asia y de la que tuvo un hijo, Heracles, tenía dos hermanas; de ellas dio en matrimonio Apama a Tolomeo, y, a Éumenes, Artonis¹⁰, cuando distribuyó a las demás persas y unió en matrimonio a sus Compañeros¹¹.

No obstante, también muchas veces estaba en desacuerdo [2] con Alejandro y corrió peligro a causa de Hefestión. Pues, en [2] una primera ocasión, al haber asignado Hefestión al flautista Evio una casa que los esclavos habían ocupado de antemano para Éumenes, Éumenes fue colérico junto a Alejandro y gritaba, junto con Mentor, que sería mejor tocar la flauta o bailar en un coro trágico tras arrojar las armas de las manos, de forma que Alejandro compartió su indignación y censuró a Hefestión. Sin embargo, pronto cambió de opinión y

se [3] encolerizó contra Éumenes, porque había usado con él más insolencia que franqueza con Hefestión¹². Otra vez, al enviar [4] a Nearco con naves al mar exterior¹³, pedía Alejandro dinero a los amigos; pues no había en el tesoro real. Éumenes, [5] al que pidió trescientos talentos, dio sólo cien, y repitiendo que los había reunido para él a través de los administradores con esfuerzo y a duras penas; Alejandro, sin hacer reproches ni aceptar el dinero, ordenó a los esclavos que prendieran fuego en secreto a la tienda de Éumenes, con la intención de atraparle en flagrante mentira cuando se pusiera a salvo el dinero. Pero la tienda se quemó deprisa y Alejandro se [6] arrepintió cuando se destruyeron los documentos. Y se descubrió oro y plata fundido por el fuego con un valor de más de mil talentos. Nada tomó Alejandro, sino que escribió a los [7] sátrapas y generales de todas partes que remitieran copias de lo destruido, y ordenó a Éumenes que lo reuniera todo. De [8] nuevo se enzarzó en una discusión con Hefestión a propósito de cierto regalo, y escuchó muchas injurias y otras muchas dijo, pero entonces no perdió prestigio. Poco después, sin [9] embargo, tras morir Hefestión, el rey quedó muy afectado, y con todos los que, a su parecer, tenían envidia a aquél cuando vivía y se alegraban de su muerte se comportaba con acritud y era severo; a Éumenes especialmente tenía bajo sospecha, y le reprochaba con frecuencia aquellas discusiones e injurias. [10] Pero Éumenes, que era astuto y convincente, intentó salvarse con lo que le perdía. Porque recurrió al deseo de honra y afecto de Alejandro hacia Hefestión, aconsejando los honores que más ponderarían al muerto y gastando dinero con profusión y largueza en la construcción de su tumba.

[3] Al morir Alejandro y enemistarse la falange con los Compañeros, aunque Éumenes en su corazón estuvo de acuerdo con estos últimos, de palabra sin embargo era imparcial con ambos y una persona privada, porque no le tocaba, siendo extranjero, inmiscuirse en las disputas de los macedonios¹⁴. [2] Los demás Compañeros partieron de Babilonia¹⁵, y él, permaneciendo en la ciudad, calmaba a muchos de los soldados [3] de infantería y los hizo más dóciles para acuerdos. Y cuando se reunieron los generales unos con otros y, tras apaciguarse de las primeras discordias, repartían

satrapías y mandos de ejército¹⁶, Éumenes recibe Capadocia, Paflagonia y la costa [4] situada cerca del Ponto Euxino hasta Trapezunte, aunque no era entonces de los macedonios, pues reinaba en ella Ariarates, sino que era preciso que Leonato y Antígono¹⁷ condujeran a Éumenes con un gran ejército para establecerlo como sátrapa [5] del lugar. Sin embargo, Antígono no hizo caso a las instrucciones escritas por Perdicas¹⁸, porque estaba ya envanecido y despreciaba a todos, pero Leonato bajó desde tierra adentro hacia Frigia para garantizar a Éumenes la expedición militar. Al reunirse con él Hecateo, el tirano de Cardia, y pedirle que [6] mejor ayudara a Antípatro y a los macedonios que estaban sitiados en Lamia¹⁹, decidió hacer la travesía e invitaba a Éumenes y trataba de reconciliarle con Hecateo. Porque ellos [7] tenían cierta sospecha hereditaria debida a mutuas diferencias políticas; y muchas veces Éumenes había llegado a acusar claramente a Hecateo de tirano y solicitado a Alejandro que devolviera a los cardianos la libertad. Por eso también en esa [8] ocasión Éumenes rehusaba la expedición contra los griegos y repetía que temía a Antípatro, no fuera a ser que, por complacer a Hecateo y odiarle a él desde hacía tiempo, lo eliminara; Leonato, que le tenía confianza, nada le ocultó de lo que tramaba. La expedición de socorro era excusa y pretexto, pero [9] había resuelto, una vez que hiciera la travesía, disputar de inmediato por Macedonia; y mostró unas cartas de Cleopatra llamándole a Pela, al parecer, para casarse con él²⁰. Éumenes, [10] bien porque temiera a Antípatro, bien porque desconfiara de Leonato, que era voluble y estaba lleno de una tendencia a la inseguridad y a la precipitación, levantó el campo por la noche llevándose su propio equipo. Tenía trescientos jinetes, [11] doscientos esclavos armados y en oro una cantidad de un valor [12] de cinco mil talentos de plata. Huyó así junto a Perdicas, y, cuando le contó los planes de Leonato, pronto tenía influencia con él y formaba parte de su Consejo; poco después fue llevado a Capadocia con un ejército, estando presente y comandando [13] el propio Perdicas. Ariarates fue hecho prisionero y, una vez sometido el territorio, Éumenes fue designado sátrapa. [14] Entregó las ciudades a sus amigos, estableció comandantes de guarnición y dejó los jueces y administradores que quería, sin que Perdicas se entrometiera

en absoluto en esto, y él se marchó en su compañía, por servirle y porque no quería quedarse lejos de los reyes²¹.

[4] No obstante Perdicas, aunque confiaba en que por sí mismo lograría lo que planeaba, creyendo, sin embargo, que lo que dejaba atrás necesitaba un vigilante activo y fiel, despachó desde Cilicia a Éumenes, con el pretexto de su propia satrapía, en realidad para tener a mano la vecina Armenia que andaba [2] revuelta por Neoptólemo. Éumenes a éste, aunque Neoptólemo estaba afectado por un cierto orgullo e inútil presunción, [3] intentaba contenerlo con reuniones amistosas; él, por su parte, al encontrar la falange de los macedonios exaltada e insolente, equipaba como tropa opuesta a ella un ejército de caballería, concediendo exenciones de impuestos y tributos a los indígenas que podían montar a caballo, distribuyendo caballos comprados entre aquellos de los suyos con los que tenía más confianza, estimulando los ánimos con honores y regalos y trabajando con empeño los cuerpos mediante ejercicios [4] y prácticas; de este modo, unos macedonios quedaron sorprendidos y otros se animaron cuando vieron que en poco tiempo estaban reunidos junto a él no menos de seis mil trescientos jinetes.

Cuando Crátero²² y Antípatro vencieron a los griegos, [5] cruzaban a Asia para acabar con el poder de Perdicas y se anunciaba que iban a invadir Capadocia, el propio Perdicas, en campaña contra Tolomeo²³, designó a Éumenes general con plenos poderes de las fuerzas que había en Armenia y Capadocia; a este respecto envió cartas a Alcetas²⁴ y Neoptólemo, [2] ordenándoles ponerse a disposición de Éumenes, y a Éumenes tratar los asuntos como le pareciera. Alcetas rechazó abiertamente [3] la expedición, porque los macedonios que estaban a sus órdenes se avergonzaban de luchar contra Antípatro y, además, estaban dispuestos a recibir a Crátero con benevolencia. Neoptólemo, por su parte, no ocultó que tramaba una [4] traición contra Éumenes, y al ser llamado no obedecía, sino que disponía a su ejército en orden de batalla. Entonces por [5] vez primera Éumenes disfrutó de su previsión y preparativo; pues, aunque vencido en la infantería, derrotó con sus jinetes a Neoptólemo, capturó su bagaje y, tras conducirlos en masa en persecución contra la

falange dispersada, obligó a deponer las armas y a que, prestando juramento, lucharan a su lado. Neoptólemo, reuniendo a unos pocos de la derrota, huyó junto [6] a Crátero y Antípatro, pero por parte de ellos había sido enviada una embajada a Éumenes, invitándole a cambiarse a su bando, a que disfrutara de las satrapías que tenía, a recibir de ellos un ejército y territorio, a que se hiciera amigo de Antípatro en vez de enemigo, y a que no fuera enemigo de Crátero, cuando había sido amigo²⁵. Después de oír esto Éumenes, [7] respondió que no se iba a hacer amigo de Antípatro siendo enemigo suyo de antiguo, cuando veía que trataba a [8] sus amigos como enemigos, y, en cuanto a Crátero, que estaba dispuesto a reconciliarle con Perdicas, a juntarlos en términos equitativos y justos, y, si uno ocasionaba violencias, a ayudar al agraviado mientras tuviera aliento, y que perdería su cuerpo y su vida antes que su compromiso.

[6] Al enterarse de estas propuestas, Antípatro y los suyos deliberaban largo tiempo sobre el conjunto de la situación cuando, al llegar Neoptólemo junto a ellos tras su huida, les informaba del combate y les pedía que prestaran la mayor ayuda [2] a ambos, pero especialmente a Crátero; porque aquél era amado de manera extraordinaria por los macedonios, que si veían su sombrero²⁶ y oían su voz, acudían llevando sus armas. [3] El renombre de Crátero, en efecto, era grande, y, tras la muerte de Alejandro, la mayoría lo anhelaron, acordándose de que, por defenderlos, muchas veces recibió numerosas muestras de enemistad de Alejandro, de que se oponía cuando Alejandro se dejaba llevar a la imitación de lo persa, y de que defendía las costumbres patrias, ya ultrajadas por el lujo y la pompa. [4] Entonces Crátero envió a Antípatro a Cilicia, y él con la mayor parte de su ejército marchó con Neoptólemo contra Éumenes, pensando que, al no esperarlo, y tener a su ejército en desorden y entregado a la bebida tras la reciente victoria, le cogería [5] desprevenido. El que Éumenes hubiera sentido su ataque y se hubiese preparado de antemano es algo que se atribuiría a un mando lúcido, no por cierto a una habilidad sobresaliente; [6] pero el que no sólo hubiera sabido ocultar a los enemigos lo que no tenía en buena situación, sino que incluso lanzara contra Crátero a los que

combatían con él ignorantes de contra quién luchaban y mantuviera en secreto al general enemigo, [7] parece que fue una empresa propia de este jefe. Difundió por tanto el rumor de que de nuevo atacaban Neoptólemo y Pigres con jinetes capadocios y paflagonios. Aunque quería levantar [8] el campo por la noche, después, mientras estaba dormido, tuvo una visión singular. Pues le parecía ver a dos Alejandro que se disponían a luchar entre sí, teniendo cada uno el mando de una falange; luego a Atena que llegaba para ayudar a uno y [9] a Deméter al otro, y que tras librarse un duro combate, fue vencido el que estaba con Atena, y que Deméter, recogiendo espigas, trenzaba una corona para el vencedor. Inmediatamente [10] sospechaba que la visión era en su favor, ya que luchaba por una tierra excelente y que en ese momento tenía mucha y buena espiga en su vaina; pues toda estaba sembrada y ofrecía una vista propia para la paz, con las llanuras de larga cabellera por todas partes; y más se animó cuando supo que la consigna de los enemigos era «Atena y Alejandro». Él, a su vez, dio [11] como consigna «Deméter y Alejandro», y ordenaba que todos, cogiendo espigas, se ciñeran con ellas y coronasen las armas. Muchas veces pensó revelar y decir a sus jefes y generales [12] contra quién iba a ser el combate, para no ser el único que, teniéndolo en su interior, ocultase y retuviese un secreto tan necesario, pero, con todo, se mantenía en sus motivos y confió el peligro a su corazón²⁷.

No formó contra Crátero a macedonio alguno, sino a dos [7] escuadrones de caballería extranjera, que mandaban Farnabazo, hijo de Artabazo, y Fénix de Ténedos²⁸, tras darles la orden de que, según fueran vistos los enemigos, marcharan a toda velocidad y lucharan con ellos, sin dejarles dar la vuelta ni permitirles una palabra ni que enviaran un heraldo. Porque [2] tenía mucho miedo de que los macedonios, cuando reconocieran [3] a Crátero, se marcharan pasándose a aquél. Él reunió una guardia con los trescientos jinetes más valerosos y, pasando al ala derecha, se disponía a trabar combate contra Neoptólemo. [4] Cuando, después de franquear la colina que estaba en medio, fueron vistos haciendo un ataque rápido y con violentísimo ardor, aunque Crátero quedó espantado e injurió mucho a Neoptólemo, como si hubiera sido engañado

por él en lo del cambio de bando de los macedonios, tras ordenar a sus jefes [5] portarse como hombres, les hizo frente. El primer choque resultó duro y al romperse pronto las lanzas, el combate era con las espadas; Crátero no deshonró a Alejandro, sino que a muchos derribó, y muchas veces hizo darse la vuelta a sus oponentes, pero, finalmente, alcanzado por un tracio que le [6] atacó de flanco, cayó del caballo. Cuando cayó, los demás que pasaron junto a él no lo conocían, pero Gorgias, un general de los de Éumenes, lo reconoció, y, bajándose del caballo, puso una guardia alrededor de su cuerpo, aunque se encontraba ya mal y luchaba con la muerte.

[7] En ese momento también Neoptólemo trabó combate con Éumenes. Odiándose desde tiempo atrás y llenos de cólera, en dos encuentros no se vieron, pero en el tercero, al reconocerse, se atacaban a toda carrera blandiendo los puñales y gritando. [8] Sus caballos chocaron de frente con violencia como trirremes, y soltando las riendas se asieron con las manos, quitándose los [9] cascos y desgarrando las corazas por los hombros. Durante la pelea los caballos escaparon al mismo tiempo, y cayendo a tierra y chocando entre sí, se agarraban y luchaban sin descanso. [10] Luego Éumenes rompió la corva de Neoptólemo cuando intentó levantarse primero y él se apresuró a ponerse de pie, pero Neoptólemo, apoyándose en una rodilla al estar lisiado en la otra, se defendía valerosamente desde abajo, pero sin causar golpes mortales, y herido en el cuello, cayó y quedó [11] abatido. Al quitarle las armas Éumenes e injuriarle debido a la cólera y al antiguo odio, como tenía aún la espada, le hirió por sorpresa bajo la coraza rozándole ligeramente en la parte que toca la ingle. El golpe asustó más que dañó a Éumenes, [12] al resultar leve por la debilidad. Tras despojar al muerto, se encontraba mal al estar resentido por los golpes en piernas y brazos, pero, con todo, se subió al caballo y corrió hacia la otra ala, por si aún resistían los enemigos. Al saber el final de [13] Crátero y avanzar a caballo, cuando le vio respirando y consciente²⁹, descabalgando lloró y le cogió la diestra, y mucho insultó a Neoptólemo, mucho lamentó la suerte de Crátero y su propia necesidad, por la que fue llevado a sufrir o a ejecutar eso con un amigo y allegado.

Este combate lo venció Éumenes unos diez días después [8] del primero³⁰; y su fama creció enormemente a partir de él, porque logró unas cosas con habilidad y otras con coraje, y le atrajo mucha envidia y odio por igual de parte de sus aliados y enemigos, ya que, forastero y extranjero, había destruido con armas y brazos macedonios al primero y más ilustre de ellos. Pero si Perdicas hubiera llegado a enterarse del final [2] de Crátero, ningún otro hubiera ocupado el primer puesto de los macedonios; sin embargo, Perdicas había muerto en una [3] revuelta en Egipto dos días antes de que llegara esta noticia del combate al campamento, y, por cólera, los macedonios condenaron de inmediato a muerte a Éumenes³¹. Fueron designados [4] como generales de la guerra contra él Antígono junto con Antípatro.

[5] Entretanto Éumenes se encontró con las manadas de caballos reales que pastaban en el Ida³², tomó los caballos que necesitaba y envió un recibo a los administradores; se dice que Antípatro rio y dijo que admiraba a Éumenes por su previsión, al esperar darles cuenta de las propiedades reales o [6] recibirlas de ellos. Cerca de Sardes quería Éumenes, como tenía ventaja en la caballería, combatir en las llanuras lidias, deseando al mismo tiempo mostrar su ejército a Cleopatra; [7] pero al suplicárselo ella (pues temía recibir alguna acusación de Antípatro), partió hacia la alta Frigia y pasaba el invierno [8] en Celenas³³; allí, al competir con él por el mando Alcetas, Polemón y Dócimo³⁴, dijo: «Esto era conforme al dicho, y [9] de la ruina, ni una palabra»³⁵, y, como prometió pagar a los soldados el salario en tres días, vendía para ellos las granjas y [10] plazas fuertes del país, llenos de esclavos y rebaños. El comprador, capitán de una compañía o jefe de una tropa extranjera, al suministrarle Éumenes máquinas e ingenios de guerra, las tomaba por asedio, y, según el salario adeudado, los soldados [11] se repartían lo capturado. Por esto de nuevo era querido Éumenes; y una vez que aparecieron en el campamento escritos que repartieron los jefes enemigos, ofreciendo cien talentos y honores al que matara a Éumenes, se irritaron mucho los macedonios y decretaron que mil oficiales siempre estuvieran a su alrededor, como guardaespaldas, y que le custodiaran en turnos y pasaran la

noche a su lado. Ellos obedecían y [12] estaban contentos al recibir de él los honores que reciben los amigos de parte de los reyes. Porque Éumenes podía repartir sombreros teñidos de púrpura³⁶ y clámides, que era el regalo más regio entre los macedonios.

El estar en situación próspera, en efecto, ayuda a aliviar [9] los espíritus, incluso a los mezquinos por naturaleza, hasta el punto de que, al mirarlos, aparece en torno a ellos una especie de grandeza y dignidad por lo sobresaliente de sus asuntos; pero el realmente noble y firme se hace visible más en las [2] desgracias y en soportar los malos días, como Éumenes. En [3] primer lugar, en efecto, vencido en Orcinio de Capadocia por Antígono a causa de una traición, aunque era perseguido, no permitió que el traidor, aprovechando la huida, escapara hacia los enemigos, sino que, tras capturarlo, lo colgó³⁷. Y, mientras [4] huía, cambió al camino contrario al de sus perseguidores y pasó de largo sin ser visto, de modo que llegó al lugar en el que había ocurrido la batalla, acampó, y tras recoger a los [5] muertos y romper las puertas de las aldeas de alrededor, quemó por separado a los jefes y por separado a los soldados, levantó un túmulo y se fue, de manera que Antígono, cuando llegó después, admiraba su valor y serenidad.

Luego cayó sobre los bagajes de Antígono, y aunque pudo [6] tomar con facilidad muchas personas libres, muchos esclavos y riqueza acumulada de tantas guerras y pillajes, temió que los suyos, cargados de botín y presa, resultaran entorpecidos para la huida y más débiles para soportar el andar errantes y el tiempo, en el que en mayor medida ponía las esperanzas de la guerra, para hacer retirarse a Antígono. Y ya que [7] era muy difícil apartar a los macedonios de las riquezas que estaban accesibles, ordenó que se alimentara y diera forraje [8] a los caballos, y así marchar contra los enemigos. Pero él avisa en secreto a Menandro³⁸, que estaba con el bagaje de los enemigos, de que inquietándose por él, al ser amigo y allegado, le aconsejaba ponerse en guardia y retirarse lo más rápidamente posible de los lugares accesibles y poco elevados hacia la cercana región al pie de la montaña, que era imposible para la caballería y no permitía movimientos de cerco. [9] Como Menandro comprendió de inmediato el

peligro y partió, Éumenes enviaba abiertamente exploradores, y transmitía a los soldados la orden de tomar las armas y embridar a los [10] caballos como si los fuera a conducir contra los enemigos. Y cuando los exploradores trajeron la noticia de que Menandro era por completo inexpugnable al haberse refugiado en lugares difíciles, Éumenes, fingiendo disgustarse, retiraba al ejército. [11] Y se cuenta que, cuando Menandro atestiguó esto a Antígono y los macedonios alababan a Éumenes y le trataban como el más humanitario, porque, siéndole factible esclavizar a sus [12] hijos y violar a sus mujeres, tuvo compasión y los dejó ir, Antígono dijo: «Aquél los dejó partir no porque se compadeciera de vosotros, infelices, sino porque temió ponerse semejantes trabas para huir»³⁹.

[10] Tras esto, Éumenes, andando errante y retirándose, convenció a la mayoría de sus soldados de que se marcharan, bien por compadecerse de ellos, bien porque no quería arrastrar tras de sí a pocos para combatir, pero demasiados para que [2] pasaran desapercibidos. Y se retiró a Nora, una plaza fuerte en la frontera de Licaonia y Capadocia⁴⁰, con quinientos jinetes y doscientos hoplitas, y de nuevo desde allí, cuantos de sus amigos le pidieron marcharse al no soportar la incomodidad de la fortaleza y la carencia de víveres, a todos los despidió tras abrazarlos y darles muestras de amistad. Y cuando al llegar [3] Antígono le invitaba a negociaciones antes del asedio, respondía que eran muchos los amigos de Antígono y los generales tras Antígono, pero que él tras de sí no dejaba a ninguno de aquellos por los que combatía; y le pidió que enviara rehenes si quería reunirse con él para negociar. Al ordenarle Antígono [4] que le hablara como a un superior, dijo: «A nadie considero superior a mí, mientras sea dueño de mi espada». Sin embargo, [5] cuando Antígono envió a la fortaleza a su sobrino Tolomeo, como exigió Éumenes, bajó, y saludándose, se abrazaban entre sí de forma amistosa y familiar, como quienes se han tratado mucho y han llegado a ser amigos íntimos. Se produjeron [6] muchas conversaciones y cuando Éumenes no sólo hizo mención de la seguridad y del fin de las hostilidades, sino que pedía que se le garantizaran las satrapías y se le devolviesen los dones, la sorpresa se

apoderaba de los presentes, admirando su temple y su atrevimiento. A la vez muchos macedonios [7] corrían, deseando ver cómo era Éumenes; porque de ningún otro se hablaba tanto en el ejército tras la muerte de Crátero. Pero Antígono tuvo miedo por él, no fuera a sufrir alguna [8] violencia, y en un primer momento prohibía a gritos que se acercaran, y tiraba piedras a los que se echaban encima, y, finalmente, rodeando a Éumenes con sus brazos y apartando a la multitud con sus guardaespaldas, lo puso con dificultad en lugar seguro.

Después de eso, Antígono, tras rodear Nora con un muro [11] y dejar una guarnición, levantó el campo; y Éumenes, estrechamente sitiado, aunque la fortaleza estaba llena de trigo y agua abundante y sal, pero no tenía ningún otro comestible ni condimento para el pan, sin embargo, a partir de lo que había, organizaba un modo de vida agradable para sus compañeros, invitando a todos por turno a su propia mesa, y endulzando la [2] comida en común con un trato en el que había gracia y amabilidad. [3] Era de aspecto agradable, y no se parecía a un guerrero ni a alguien desgastado por las armas, sino elegante y juvenil, y en todo su cuerpo conformado como si por arte tuvieran exactamente sus miembros una admirable simetría, no hábil en hablar, pero sí astuto y convincente, según se puede deducir [4] de sus cartas⁴¹. Y puesto que a los sitiados con él les molestaba más que todo la falta de espacio, permaneciendo en viviendas pequeñas y en un lugar que tenía un perímetro de dos estadios⁴², tomando el alimento sin hacer ejercicio y manteniendo [5] ociosos a los caballos, quería no sólo poner fin a la inquietud de ellos, que se estaban apagando por la inactividad, sino también tenerlos entrenados de alguna manera para la huida, [6] si se presentaba la ocasión; determinó como lugar de paseo para los hombres una casa, que era la más grande que había en la fortaleza, con una longitud de catorce codos⁴³, ordenando [7] que poco a poco aumentaran en intensidad el movimiento; a cada uno de los caballos, tras ceñirlo por la parte del cuello con grandes cuerdas atadas al techo, levantaba y mantenía colgado por medio de poleas, de forma que se apoyara en el suelo con las patas traseras, pero sólo las puntas del casco lo [8] tocaran con las delanteras. Una

vez colgados así, los palafreneros que estaban a su lado los hostigaban a la vez con gritos y fustas; y los caballos, llenos de cólera y agitación, saltaban y se movían con las patas traseras, pero, al intentar apoyarse en las que estaban levantadas y golpear el suelo, extendían todo su cuerpo y despedían mucho sudor y baba, haciendo un ejercicio que no era perjudicial ni para su velocidad ni para su fuerza⁴⁴. Les echaban cebada sin cáscara, para que la digirieran [9] más rápidamente y se alimentaran mejor.

Cuando el asedio ya duraba tiempo, enterado Antígono [12] de que Antípatro había muerto en Macedonia y de que los asuntos estaban revueltos al mantener diferencias Casandro y Poliperconte⁴⁵, tenía una esperanza no pequeña, sino que en la idea de que abarcaría todo el mando, quería tener a Éumenes como amigo y colaborador en sus empresas. Por [2] eso envió a Jerónimo⁴⁶ a pactar con Éumenes y a proponer un juramento que Éumenes corrigió y entregó a los macedonios que lo asediaban para que juzgasen cuál sería más justo. Porque Antígono, por formulismo, hacía mención de los reyes [3] al principio, pero en el resto del juramento se ponía a sí mismo, mientras que Éumenes inscribió en los juramentos a Olimpiade en primer lugar⁴⁷, junto con los reyes, luego juraba que estaría bien dispuesto no sólo con Antígono ni que tendría el mismo enemigo y amigo que aquél, sino también con Olimpiade y los reyes. Como esto pareció más justo, los macedonios, [4] tras hacer jurar a Éumenes, levantaron el asedio y mandaban recado a Antígono para que también él devolviera el juramento a Éumenes. Entretanto Éumenes devolvía a los [5] capadocios cuantos rehenes suyos tenía en Nora, recibiendo de los que los recobraban caballos, acémilas y tiendas de campaña, y reunía a los soldados que, dispersos tras la huida, andaban errantes por el país, de forma que estuvieron a su [6] alrededor poco menos de mil jinetes⁴⁸, con los que huyó a [7] caballo, temiendo con razón a Antígono. Pues no sólo ordenó a los que lo sitiaban sitiario de nuevo, sino que respondió por escrito a los macedonios con amargura, por haber aceptado la corrección del juramento.

[13] A Éumenes en su huida le llegan cartas de los que en Macedonia temían el engrandecimiento de Antígono,

Olimpiade invitándole a que fuera a encargarse del pequeño de Alejandro y a educarlo, como si fuera objeto de conspiraciones⁴⁹, [2] Poliperconte y el rey Filipo pidiéndole que luchara contra Antígono mandando el ejército de Capadocia, y que tomara del tesoro de Cuindo⁵⁰ quinientos talentos para compensación de sus bienes particulares y cuanto quisiera utilizar para la [3] guerra. Sobre ello habían escrito también a Antígenes y Téutamo, [4] jefes de los Argiráspides⁵¹. Cuando aquéllos recibieron las cartas, acogieron a Éumenes con amabilidad en apariencia, pero se mostraban llenos de odio y envidia, al considerar indigno ocupar el segundo lugar tras aquél; Éumenes curaba el odio al no tomar el dinero, como si nada necesitase, y para las envidias y ambiciones de ellos, que no eran capaces de [5] mandar ni querían obedecer, introducía la superstición. Dijo, pues, que Alejandro se le había aparecido en sueños y le había mostrado una tienda preparada regiamente y un trono situado [6] en ella; que luego dijo que allí cuando ellos se reunieran y gestionaran los asuntos públicos, él personalmente estaría a su lado y participaría en toda decisión y acción que comenzaran en su nombre. Y con esto fácilmente convenció a Antígenes y [7] Téutamo, porque ni ellos querían ir junto a él, ni él estimaba decoroso que le vieran a las puertas de ellos. Y colocando de [8] esta manera una tienda real y un trono destinado para Alejandro, allí iban juntos a deliberar sobre los asuntos de mayor trascendencia⁵².

Cuando avanzaban tierra adentro, Peucestas⁵³, que era [9] amigo, les salió al encuentro con los demás sátrapas y unieron sus fuerzas; por el gran número de hombres armados y la brillantez del equipo animaron a los macedonios, pero ellos, [10] que se habían hecho maleducados por las riquezas y flojos por su manera de vivir tras la muerte de Alejandro y en sus pensamientos tiránicos y nutridos con fanfarronerías bárbaras era en lo que habían coincidido, no podían soportarse entre sí y eran inconciliables; además, halagando profusamente [11] a los macedonios y gastando en banquetes y sacrificios, en poco tiempo hicieron del campamento una posada de festivo desenfreno y una asamblea demagógica para la elección de generales, como en las democracias. Al darse

cuenta Éumenes [12] de que ellos se despreciaban mutuamente, y de que a él le temían y vigilaban para eliminarlo si llegaba la ocasión, fingió que necesitaba dinero y tomó prestados muchos talentos de los que más le odiaban, para que confiaran y se mantuvieran alejados, al angustiarse por los préstamos⁵⁴; de esta manera [13] ocurrió que tuvo la riqueza ajena como guardián de su vida, y mientras que los demás la dan para su salvación, fue el único que adquirió seguridad por recibirla.

Por otra parte, mientras había tranquilidad, los macedonios [14] se corrompían ante los que les regalaban y guardaban las puertas de aquéllos, que estaban rodeados de guardaespaldas y [2] deseando el puesto de general; pero cuando Antígono estableció su campamento cerca de ellos con un ejército numeroso y los asuntos, alzando la voz, reclamaban un general auténtico, no sólo los soldados se volvían a Éumenes, sino que también cada uno de aquellos grandes en la paz y el lujo cedió y se ofrecía a sí mismo a guardar en silencio el puesto que se le [3] dio. Pues cuando Antígono intentó atravesar el río Pasitigris⁵⁵, los demás que vigilaban no se enteraron, y sólo Éumenes hizo frente, y tras entablar batalla abatió a muchos, llenó de [4] muertos la corriente y tomó cuatro mil prisioneros. Pero los macedonios mostraron de manera muy evidente, durante una enfermedad que le sobrevino, que consideraban a los demás capaces de dar brillantes banquetes y de hacer fiestas, pero [5] sólo a aquél de mandar y hacer la guerra. Pues Peucestas, que los había obsequiado magníficamente en Persia y dado a cada hombre una víctima para el sacrificio⁵⁶, esperaba ser el más [6] importante; pero, al cabo de pocos días, cuando los soldados marchaban contra los enemigos, ocurría que Éumenes, por cierta enfermedad peligrosa, era transportado en una litera [7] lejos del ejército, en silencio, a causa de sus insomnios. Y al avanzar un poco, de pronto se les aparecieron los enemigos [8] franqueando unas colinas y bajando hacia la llanura. Cuando los resplandores de las armas doradas fulguraron ante el sol desde las alturas, al marchar la tropa en formación, vieron las torres encima de los elefantes y las vestiduras de púrpura, que era su atavío cuando iban al combate, tras detener la marcha los que iban primero, gritaban

que se les llamara [9] a Éumenes; porque no avanzarían si aquél no mandaba al ejército, y, poniendo las armas en tierra, se animaban mutuamente a estar quietos, a los jefes a permanecer tranquilos y a no luchar ni correr peligro ante los enemigos sin Éumenes. [10] Y cuando lo oyó Éumenes, se acercaba a ellos a la carrera metiendo prisa a los que le transportaban, y abriendo desde uno y otro lado las cortinas de su litera, alegre les tendía la diestra. Cuando ellos lo vieron, al punto lo saludaron en lengua [11] macedonia, cogieron los escudos y golpeándolos con las sárisas alzaron gritos de guerra, porque el general estaba con ellos.

Al oír Antígono por los prisioneros que Éumenes estaba [15] enfermo y que era transportado porque se encontraba mal, pensó que no sería una gran empresa destrozar a los demás estando enfermo aquél. Por eso también a la carrera se dirigía a la batalla. Pero cuando avanzando a caballo vio la disposición [2] y el orden de batalla de los enemigos formados en su puesto, se detuvo un largo rato asombrado; luego vio la litera llevada de un ala a la otra. Se rio mucho pues Antígono, como [3] acostumbraba, y tras decir a sus amigos: «Esta es la litera, según parece, que se pone en orden de batalla contra nosotros», de inmediato condujo a su ejército hacia atrás y acampó.

Los de Éumenes, tras tomar aliento un instante, de nuevo [4] se comportaban demagógicamente, y burlándose de sus jefes se repartían para sus cuarteles de invierno casi toda la tierra de los gabenos⁵⁷, de forma que los últimos tenían sus tiendas a casi mil estadios de los primeros. Antígono supo esto y se [5] lanzó de repente contra ellos tras tomar un camino difícil y falto de agua, pero corto y que atajaba, esperando que, si caía sobre los dispersos en sus cuarteles de invierno, no sería ya fácil a los generales reunir a la multitud en un mismo lugar. Pero al avanzar por una tierra deshabitada, terribles vientos [6] y grandes fríos le estorbaban la marcha, quedando el ejército desalentado. Era, pues, una ayuda necesaria encender muchos [7] fuegos; por eso no pasó desapercibido a los enemigos, sino que los bárbaros que viven en las montañas que miran a ese lugar inhabitado, sorprendidos ante el gran número de fuegos, enviaron a Peucestas mensajeros en

camellos utilizados como [8] caballos. Y él, según lo oyó, se quedó totalmente fuera de sí por el miedo y, al ver que los demás estaban igual, pensaba en huir, llevándose a los soldados que estaban precisamente [9] con ellos en el camino; Pero Éumenes cortaba el desorden y el miedo, prometiendo que detendría la velocidad de los enemigos, de manera que llegaran tres días después de lo que [10] parecía. Una vez convencidos, al mismo tiempo anunciaba por todas partes por medio de mensajeros, ordenando que se reunieran con rapidez las fuerzas desde los cuarteles de invierno y los demás, y, simultáneamente, él salió a caballo con los otros jefes, y tras tomar un lugar visible desde lejos a los que caminaban por el desierto y medirlo, ordenó encender muchos fuegos a intervalos, como los que montan un campamento. [11] Hecho esto y visibles los fuegos a Antígono desde la montaña, una pesadumbre y desaliento se apoderó de él, al creer que, enterados desde hacía mucho tiempo, los enemigos [12] salían a su encuentro. Para no verse forzado, abatido y agotado por la marcha, a combatir con hombres preparados y que habían invernado confortablemente, tras abandonar el camino más corto, conducía con calma al ejército reanimándolo a través [13] de aldeas y ciudades. Al no haber nadie obstaculizándolo, como se acostumbra cuando los enemigos están situados enfrente, decir los vecinos que ningún ejército había sido visto, y estar el lugar lleno de fuegos consumidos, comprendió que había sido objeto de una estratagema por parte de Éumenes, y, lleno de pesar, avanzaba para decidirlo en una batalla abierta.

[16] En esto, la mayoría del ejército agrupado en torno a Éumenes admiraba su sagacidad y pedía que mandara él solo; [2] Disgustados y llenos de odio por eso los jefes de los Argiráspidas, Antígenes y Téutaros⁵⁸, conspiraban contra él, y, reuniendo a la mayor parte de los sátrapas y generales, deliberaban cuándo y cómo había que eliminar a Éumenes. Al ser opinión [3] compartida por todos utilizarlo para la batalla y matarlo inmediatamente después de la batalla, Éudamo, jefe de los elefantes, y Fedimo revelan a Éumenes en secreto lo decidido, no por simpatía alguna o gratitud, sino preocupados por perder el dinero que le habían prestado⁵⁹. Éumenes les dio las gracias, y [4] después de entrar en su tienda y decir a sus

amigos que vivía en una caterva de fieras, escribió su testamento y rompió y destruyó sus documentos, porque no quería que, tras su muerte, se produjeran acusaciones y delaciones por los secretos a los que escribieron. Una vez que dispuso eso, meditaba poner [5] la victoria a disposición de los contrarios e invadir Capadocia huyendo a través de Media y Armenia. Nada decidió mientras [6] sus amigos estuvieron presentes, pero tras removerse hacia muchas cosas en su espíritu que era versátil según su fortuna, colocaba en orden de combate al ejército, animando a griegos y a bárbaros, y él, a su vez, era animado a tener valor por parte de la falange y de los Argiráspides, porque los enemigos no resistirían. Pues eran los más viejos de los de [7] Filipo y Alejandro, como atletas no vencidos en las guerras e infalibles hasta aquel momento, muchos de setenta años de edad, y ninguno más joven de sesenta. Por eso, al avanzar [8] contra los de Antígono, gritaban: «¡Contra vuestros padres cometéis un error, malas cabezas!»⁶⁰; y atacando con furia rompieron a la vez toda la falange sin que nadie les resistiera, [9] y la mayoría perecieron en sus manos. En esta parte, pues, Antígono era vencido por completo, pero con la caballería dominaba, porque Peucestas combatió con completa flojedad y cobardía, y capturó todo el bagaje, al haberse mantenido [10] prudente ante los peligros y ayudarle el terreno. Porque era una llanura totalmente abierta, no muy pesada, ni dura ni sólida, sino arenosa y llena de salitre seco, que, removido con las carreras de tantos caballos y tantos hombres durante el momento de la batalla⁶¹, se cubría de polvo como cal viva, [11] blanqueando el aire y oscureciendo la visibilidad. Con ella pasando más fácilmente desapercibido Antígono se apoderó del bagaje de los enemigos⁶².

[17] Cuando el combate cesó, al punto Téutamo enviaba una [2] embajada a tratar sobre el bagaje. Al prometer Antígono devolverlo a los Argiráspides y tratarlos en lo demás de manera humanitaria, si se apoderaba de Éumenes, los Argiráspides tomaron una terrible decisión, entregar vivo al hombre en [3] manos de los enemigos. Y, al principio, se acercaban a él de manera poco sospechosa y le cuidaban, unos lamentándose por el bagaje, otros animándole a tener

confianza ya que [4] había vencido, y otros acusando a los demás jefes. Luego, lanzándose sobre él, le arrebataron su puñal, y, con su cinturón, [5] echándole atrás las manos, lo ataron. Cuando Nicanor⁶³ fue enviado por Antígono para encargarse de él, pedía poder hablar mientras era conducido a través de los macedonios, no para una súplica o petición de perdón, sino para hablarles [6] de asuntos que a aquéllos convenían. Al hacerse el silencio, tras subirse en un sitio elevado y tendiendo las manos atadas dijo: «¿Qué trofeo, ¡oh, los peores de los macedonios!, querría erigir Antígono sobre vosotros, equiparable al que levantáis sobre vosotros mismos, al entregar como prisionero a vuestro general? ¿Acaso no sería terrible que vosotros, [7] vencedores, reconociérais la derrota por unos bagajes, como si en las riquezas y no en las armas estuviera el vencer, puesto que enviáis a vuestro jefe como rescate del bagaje? Yo, [8] por cierto, soy llevado invicto cuando venzo a los enemigos, destruido por mis compañeros de armas; pero vosotros, en nombre de Zeus guerrero y de los dioses por quienes se ha jurado, ¡matadme aquí por vuestras propias manos! De [9] todas formas, muerto allí, vuestra obra soy. Antígono nada reprochará; pues desea a Éumenes muerto y no vivo. Pero [10] si tratáis con miramientos vuestras manos, bastará una de las mías, desatada, para ejecutar la obra. Y si no me confiáis una espada, arrojadme atado a los elefantes. Al actuar vosotros [11] así, os libero de la culpa contra mí, como a hombres que han sido los más piadosos y justos con sus generales».

Al hablar así Éumenes, una mayoría se llenaba de aflicción [18] y se producía un lamento, pero los Argiráspides gritaban que lo llevaran y no prestaran atención a uno que decía tonterías; porque no era malo que un maldito quersonesio [2] se quejara después de haber cansado a los macedonios con miles de guerras, y sí, en cambio, que los mejores soldados de Alejandro y Filipo, tras fatigarse tanto, quedaran privados en la vejez de sus premios y recibieran de otros el alimento, y que sus mujeres durmieran ya una tercera noche con los enemigos. Y, al mismo tiempo, lo conducían acelerando el paso. Como Antígono temió a la multitud (pues nadie quedó [3] atrás en el campamento), envió los diez elefantes más fuertes y

numerosos lanceros medos y partos para apartar a la masa. Después no soportó ver a Éumenes, debido a la amistad y [4] compañerismo que antes existieron, y al preguntar los que habían recibido al hombre cómo lo custodiarían, dijo: «Igual [5] que a un elefante, que a un león»⁶⁴. Pero, poco después, movido por la compasión, ordenó que le quitaran las ataduras más pesadas y que le dejaran un esclavo de los suyos habituales, para que le ungiera, y permitió al que lo deseara de sus amigos [6] pasar el día con él y llevarle lo necesario. Deliberando sobre él muchos días, admitía razones y sugerencias, Nearco el cretense⁶⁵ y su hijo Demetrio⁶⁶ se afanaban en salvar a Éumenes, pero todos los demás a la vez se oponían y pedían que [7] lo matara⁶⁷. Se dice que Éumenes preguntó a Onomarco, su guardián, por qué Antígono después de tener en su poder a una persona odiosa y enemiga, ni lo mataba al instante ni lo [8] dejaba libre con generosidad; que Onomarco respondió con insolencia que debía tener valor ante la muerte no ahora, sino en la batalla, y que Éumenes dijo: «Sí, por Zeus, lo tuve también entonces; pregunta a los que han llegado a las manos [9] conmigo; pero sé que a nadie encontré más fuerte que yo». Y que Onomarco contestó: «Puesto que ahora encontraste a uno más fuerte, ¿por qué no aguardas el momento oportuno para aquél?».

[19] Cuando a Antígono le pareció bien matar a Éumenes⁶⁸, ordenó que se le privara de alimento. Y al estar sin comer dos o tres días así se acercaba al final. Pero al producirse de repente [2] una retirada, tras enviar un hombre, lo degollaron⁶⁹. Antígono entregó el cuerpo a sus amigos, permitió que lo quemaran y que introdujeran los restos recogidos en una urna de plata, para que fueran entregados a su mujer y a sus hijos. Muerto [3] Éumenes de esta manera, la divinidad encomendó la venganza de los jefes y soldados que lo traicionaron no a otro, sino que el propio Antígono, tras expulsar como impíos y salvajes a los Argiráspides, los entregó a Sibirtio, el que gobernaba Aracosia, ordenando exterminarlos y matarlos de todas las maneras, de forma que ninguno de ellos volverá a Macedonia ni verá el mar griego⁷⁰.

Esto es lo que hemos encontrado digno de mención sobre [20] Éumenes y Sertorio. En la comparación existe entre ambos [2] una cosa común, el que siendo extranjeros, oriundos de otras partes y desterrados, pasaron la vida mandando sobre pueblos de todo tipo de procedencias, sobre ejércitos combatientes y sobre grandes fuerzas; como propio de cada uno, el que [3] Sertorio tuviera el mando entregado por todos sus aliados a causa de su prestigio, mientras que Éumenes conseguía el primer puesto por sus hazañas, aunque muchos disputaban con él por la jefatura; a uno seguían los que querían ser mandados [4] con justicia, al otro quienes, incapaces de mandar, se sometían a lo que les interesaba. Porque uno, romano, mandaba [5] a iberos y lusitanos, mientras que el otro, quersonesio, a los macedonios, pero de ellos, los primeros eran esclavos de los romanos desde hacía tiempo, mientras que los otros en aquel [6] momento, esclavizaban a todos los hombres. Sertorio llegó a la jefatura admirado por su determinación y estrategia, y [7] Éumenes despreciado por su condición de secretario. Pues no sólo con menos recursos para el mando, sino con más [8] obstáculos para su progreso se encontró Éumenes. Porque de manera abierta tenía muchos opositores y, a escondidas, muchos conspiradores, no como el otro, al que abiertamente ninguno se opuso, y secretamente, al final, unos pocos de [9] sus compañeros de armas. Por eso, para el primero, el vencer a los enemigos era el final de correr peligro, pero, para el segundo, el peligro venía de vencer, a causa de los que le odiaban.

[21] En lo referente a la estrategia, era semejante y paralela; pero en su manera de ser, eran diferentes: Éumenes era amante de la guerra y aficionado a disputar, Sertorio, en cambio, [2] amigo de la tranquilidad y de la paz. Pues el primero, pudiendo vivir con seguridad y honor sin ser obstáculo a los principales, pasó la vida luchando y corriendo peligro, pero el otro, que ninguna cosa de gobierno deseaba, hubo de hacer la guerra por su seguridad personal contra los que no le [3] permitían la paz. Antígono, en efecto, habría utilizado con gusto a un Éumenes que se hubiera olvidado de los combates por la primacía y contentado con el puesto detrás de él, pero [4] a Sertorio Pompeyo ni le permitía vivir tranquilamente. Por eso, al primero le ocurría que hacía la

guerra voluntariamente por el mando, y al segundo que, sin querer, mandaba debido [5] a que le hacían la guerra. Amante de la guerra uno al preferir la ambición a la seguridad, belicoso el otro al adquirir la seguridad [6] con la guerra. Y, por cierto, morir le ocurrió a uno sin haberlo previsto, pero al otro esperando su final, y de ellos, a uno por candidez, pues pensaba confiar en sus amigos, y al otro por debilidad, pues fue capturado cuando quería escapar. [7] Del primero la muerte no deshonraba su vida, al sufrir por parte de sus compañeros de armas lo que ningún enemigo le hizo, pero el segundo, al no poder huir por la cautividad, y [8] prefiriendo vivir tras la cautividad, ni evitó bien la muerte ni la aguantó, sino que implorando y suplicando al enemigo que parecía dominar sólo su cuerpo, le hizo también dueño de su espíritu.

¹ Cardia está situada en el istmo que une el Quersoneso tracio al continente; fue colonizada por los atenienses a mediados del s. VI a. C. y conquistada por Filipo II de Macedonia durante su campaña de Tracia en los años 342-341 a. C.

² DURIS DE SAMOS (340-270 a. C.) escribió unas *Helénicas* que empezaban con la muerte de Filipo y se extendían hasta Pirro, así como una *Historia de Agatocles* y una *Crónica de Samos*; de todo ello quedan fragmentos en los que se puede apreciar su erudición y la dramatización de sus relatos.

³ NEPOTE, *Vidas. Éumenes* 1, 3, dice, en cambio, que procedía «de muy noble stirpe cardiana».

⁴ Durante la campaña de Filipo en Tracia.

⁵ El pancracio era una competición de lucha en la que estaban permitidos todos los golpes y en la que, como su nombre indica, se empleaba toda la fuerza.

⁶ El *archigrammateús* era el jefe de la cancellería real, encargado de vigilar la redacción de las *Efemérides* de Alejandro. NEPOTE, *Éum.* 1. 4-5 dice que Éumenes había sido ya secretario de Filipo durante siete años, esto es, desde el comienzo de estar con él (Filipo murió en el año 326 a. C.) lo que abona la hipótesis de que tuviera una educación esmerada.

⁷ Según ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* V 24. 6, Alejandro envió a Éumenes con trescientos jinetes para conminar a la rendición a las dos ciudades que se habían sublevado junto con Sangala, tras la toma de ésta.

⁸ Hefestión murió en octubre del 324 a. C. Lo que dice Plutarco sobre su sucesión no concuerda con la versión de ARRIANO, VII 14. 10, pues éste afirma que Alejandro no nombró a ningún otro quiliarco (término que significa comandante de mil hombres, pero que en esta época designaba al más alto dignatario del Estado) al mando de la caballería, para que el nombre de Hefestión se conservara siempre en el batallón así como el estandarte que él había diseñado.

⁹ *Archiupaspistés*, jefe del cuerpo de los hipaspistas o portadores de escudo; Neoptólemo era un Eácida, de la familia real de Epiro.

¹⁰ Mantenemos la lectura de Artonis, de acuerdo con la edición de FLACELIÈRE-CHAMBRY, al estar mal conservado en los MSS el nombre de la esposa de Éumenes. Artonis es, por otra parte, el nombre que da ARRIANO, VII 4, 6.

¹¹ Referencia a las «Bodas de Susa», celebradas el año 324 a. C., cuando Alejandro se casó con dos princesas persas y se casaron también muchos de sus hombres. En cuanto al término «Compañeros» (*hetairoi*), en un principio los amigos íntimos de Alejandro, era ya un título oficial.

¹² De estos enfrentamientos entre Éumenes y Hefestión habla también ARRIANO, VII 14, 9.

¹³ El Océano, por oposición al Mediterráneo.

¹⁴ La falange era partidaria de que fuera sucesor Filipo Arrideo, hijo bastardo de Filipo II y retrasado mental, al parecer, mientras que la caballería de los Compañeros se decidía porque lo fuera el hijo que Roxana estaba esperando, si era varón, como así fue, y que se llamaría también Alejandro.

¹⁵ Donde había muerto Alejandro el 13 de junio del 323 a. C.

¹⁶ En el pacto de Triparadiso (Siria) celebrado en el año 321 a. C.

¹⁷ Leonato y Antígono, generales de Alejandro, fueron, respectivamente, sátrapa de Frigia y rey de una parte de Asia Menor.

¹⁸ Perdicas fue quien recibió el anillo del moribundo Alejandro y la asamblea del ejército lo confirmó como regente y tutor de Filipo Arrideo y del hijo aún no nacido de Alejandro.

¹⁹ Antípatro había sido dejado por Alejandro en el gobierno de Macedonia durante su campaña a Asia, y ya en el año 331 a. C. tuvo que aplastar una revuelta espartana en Megalópolis; cuando Alejandro murió, los griegos se sublevaron contra los macedonios y asediaron a Antípatro en Lamia, por lo que se llama a este conflicto «guerra lámíaca» (323-322 a. C.), que acabó con el triunfo de Antípatro en Cranón. Tras el asesinato de Perdicas, Antípatro fue elegido regente en su lugar.

²⁰ Cleopatra, hermana de Alejandro, era viuda del rey de Epiro, llamado también Alejandro, y tutora de su hijo Neoptólemo.

²¹ Esto es, de Filipo Arrideo y del pequeño Alejandro, hijo de Roxana.

²² Crátero era otro de los generales de Alejandro, designado por éste en el año 324 a. C. para llevar de vuelta a Macedonia a los soldados licenciados y recibir de Antípatro, su suegro, el gobierno de Macedonia y Grecia.

²³ Tolomeo, nombrado gobernador de Egipto a la muerte de Alejandro, fue el que organizó la coalición contra Perdicas.

²⁴ Alcetas era hermano de Perdicas.

²⁵ NEPOTE, *Éum.* 4. 4: «...en vida de Alejandro habían sido íntimos amigos (Cratero y Éumenes)».

- ²⁶ La *causía*, un sombrero de alas anchas, usado por los macedonios.
- ²⁷ Cabría preguntarse entonces cómo se enteró Plutarco de este sueño; quizá Éumenes se lo contó a Jerónimo de Cardia, una de las fuentes que sin duda utilizó Plutarco, aunque nunca lo cita como tal.
- ²⁸ Farnabazo era hermano de Artonis y, por tanto, cuñado de Éumenes; Fénix de Ténedos sería más tarde gobernador de la Frigia del Helesponto a las órdenes de Tolomeo y, luego, general de Antígono.
- ²⁹ Según NEPOTE, *Éum.* 4, 1 y 3, y DIODORO, XVIII 30, 5-6, la muerte de Cratero fue instantánea, así que es posible que PLUTARCO haya recurrido aquí a un patetismo embellecedor. La batalla debió de ocurrir en la primavera del año 321 a. C.
- ³⁰ La primera de las batallas, en la que Éumenes venció a Neoptólemo, es la que se cuenta en 5, 4-6.
- ³¹ NEPOTE., *Éum.* 5, 1: «Mientras todo esto sucedía en el Helesponto, Seleuco y Antígenes dieron muerte a Perdicas a orillas del Nilo, pasando así el mando supremo a manos de Antípatro. Cuantos habían desertado de él son condenados a muerte, mediante el voto del ejército, aunque estaban ausentes: entre éstos se encontraba Éumenes».
- ³² El monte Ida, en la Tróade.
- ³³ Celenas, al sur de Frigia, donde Ciro el Menor tenía un palacio y un gran parque (JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 7-8).
- ³⁴ Los tres eran partidarios de Perdicas, dos de ellos por razones de parentesco: Alcetas era su hermano; Polemón era hermano de Átalo, cuñado de Perdicas; Dócimo era sátrapa de Babilonia.
- ³⁵ Esto es, se quiere disfrutar del mando pero no se piensa en los problemas que acarrea.
- ³⁶ Cf. n. 26.
- ³⁷ DIODORO, XVIII 40, 5-6, da el nombre del traidor, un tal Apolonides, oficial de caballería de Éumenes, que se pasó al enemigo.
- ³⁸ Otro de los Compañeros de Alejandro.
- ³⁹ Esta treta de Éumenes la cuenta también POLIENO, *Estratagemas* IV 8, 5.
- ⁴⁰ NEPOTE, *Éum.* 5, 3, se equivoca al situar Nora en Frigia.
- ⁴¹ FLACELIÈRE-CHAMBRY, en su «Introducción» a la *Vida de Éumenes* pág. 50, consideran probable que Plutarco conociera estas cartas a través de la obra de Jerónimo de Cardia, o porque se había publicado esta correspondencia de manera independiente.
- ⁴² Menos de 400 metros.
- ⁴³ Unos 6,20 metros.
- ⁴⁴ Esta extraña manera de ejercitar a los caballos se describe también en NEPOTE., *Éum.* 5, 4-6, y DIODORO, XVIII 42, 3-4.

⁴⁵ Antípatro murió en el verano del año 319 a. C., a los cuarenta y cuatro años de edad; había designado a Poliperconte como su sucesor, a pesar de que Casandro era hijo suyo, porque creía que este último se conformaría con el cargo de quiliarco (cf. n. 8).

⁴⁶ JERÓNIMO DE CARDIA, historiador, compatriota y amigo de Éumenes; PLUTARCO sólo le cita aquí, en su función de embajador, pero nada comenta de su obra *Historia de los Diádocos y de los Epígonos* que, sin duda, ha utilizado.

⁴⁷ Olimpiade, madre de Alejandro, fue asociada al poder por Poliperconte.

⁴⁸ Plutarco cuenta sólo los jinetes, porque, según DIODORO, XVIII 53, 7, Éumenes tenía más de dos mil soldados, además de los quinientos que habían soportado con él el asedio en Nora.

⁴⁹ El pequeño Alejandro debía de tener cuatro años en el 319 a. C.; será asesinado en el 309 junto con su madre Roxana.

⁵⁰ Cuindo era una fortaleza de Cilicia donde se guardaba el tesoro real.

⁵¹ Los Argiráspides («escudos de plata») eran los más escogidos veteranos del ejército de Alejandro y estaban acantonados entonces en Cilicia; Antígenes era sátrapa de Susiana y de Téutamo nada se sabe.

⁵² La misma historia aparece en NEPOTE, *Éum.* 7, y DIODORO, XVIII 60, 1-5, y 61, 1-3.

⁵³ Peucestas era sátrapa de Persia.

⁵⁴ Cf. DIOD., XIX 2, 3, que cifra en 400 talentos la suma que Éumenes tomó en préstamo.

⁵⁵ El río Pasitigris fluye al este de Susa y desemboca en el Golfo Pérsico.

⁵⁶ DIODORO, XIX 22, 1 y ss., describe el banquete dado por Peucestas en Persépolis, además de un sacrificio dedicado a los dioses, a Alejandro y a Filipo.

⁵⁷ Este territorio está al este de la Susiana.

⁵⁸ A los que se ha referido PLUTARCO en 13, 3.

⁵⁹ Éudamo mandaba 120 elefantes según DIODORO, XIX 14, 8, quien también nos informa de que Éumenes no le debía préstamo alguno, sino que, por el contrario, le había regalado 200 talentos.

⁶⁰ DIODORO, XIX 41, 1-2 precisa que Antígenes, jefe de los Argiráspides, envió poco antes de la batalla a un jinete macedonio que fue el que gritó estas palabras a la falange enemiga.

⁶¹ Sobre esta batalla de Gabiena cf. DIODORO, XIX 40-43, POLIENO, IV 6, 13, y JUSTINO, *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo*, XIV 3, 1-2.

⁶² Y con él, de las mujeres e hijos de los macedonios.

⁶³ Nicanor debe de ser el mismo que en el año 321 a. C., cuando se produjo el reparto en Triparadiso, había sido sustituido por Éumenes como sátrapa de Capadocia.

⁶⁴ Cf. NEPOTE, *Éum.* 11, 1.

⁶⁵ Nearco es el almirante de Alejandro que realizó la famosa travesía desde el delta del Indo al Golfo Pérsico en el año 325 a. C.

⁶⁶ Se trata de Demetrio Poliorcetes cuya biografía también escribió Plutarco.

⁶⁷ Por otra parte, Éumenes ya había sido condenado a muerte cinco años antes, en el 321 a. C., como se nos dijo en 8, 3.

⁶⁸ Según NEPOTE, *Éum.* 12, 3, Antígono esperó una semana tras la reunión de su Consejo antes de tomar esta decisión.

⁶⁹ La muerte de Éumenes se produjo en enero del año 316 a. C.

⁷⁰ Aracosia era una provincia oriental del imperio de Alejandro, entre Bactriana al norte y Gedrosia al sur. Según DIODORO, XIX 44, 1-2, Antígono envió a Sibirtio, sátrapa de Aracosia, a los más revoltosos de los Argiráspides con órdenes de hacerlos desaparecer. POLIENO, IV 6, 15, dice que Antígono, por tener dudas acerca de la lealtad de los Argiráspides, envió a mil de ellos a Sibirtio y repartió a los demás en puestos difíciles, de manera que todos desaparecieron con rapidez.

ÍNDICE GENERAL

ALEJANDRO - CÉSAR

INTRODUCCIÓN

I. Alejandro

II. César

AGESILAO - POMPEYO

INTRODUCCIÓN

I. Agesilao

II. Pompeyo

III. Comparación de Agesilao-Pompeyo

SERTORIO - ÉUMENES

INTRODUCCIÓN

I. Sertorio

II. Éumenes

III. Comparación de Sertorio-Éumenes